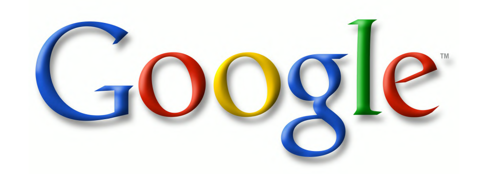
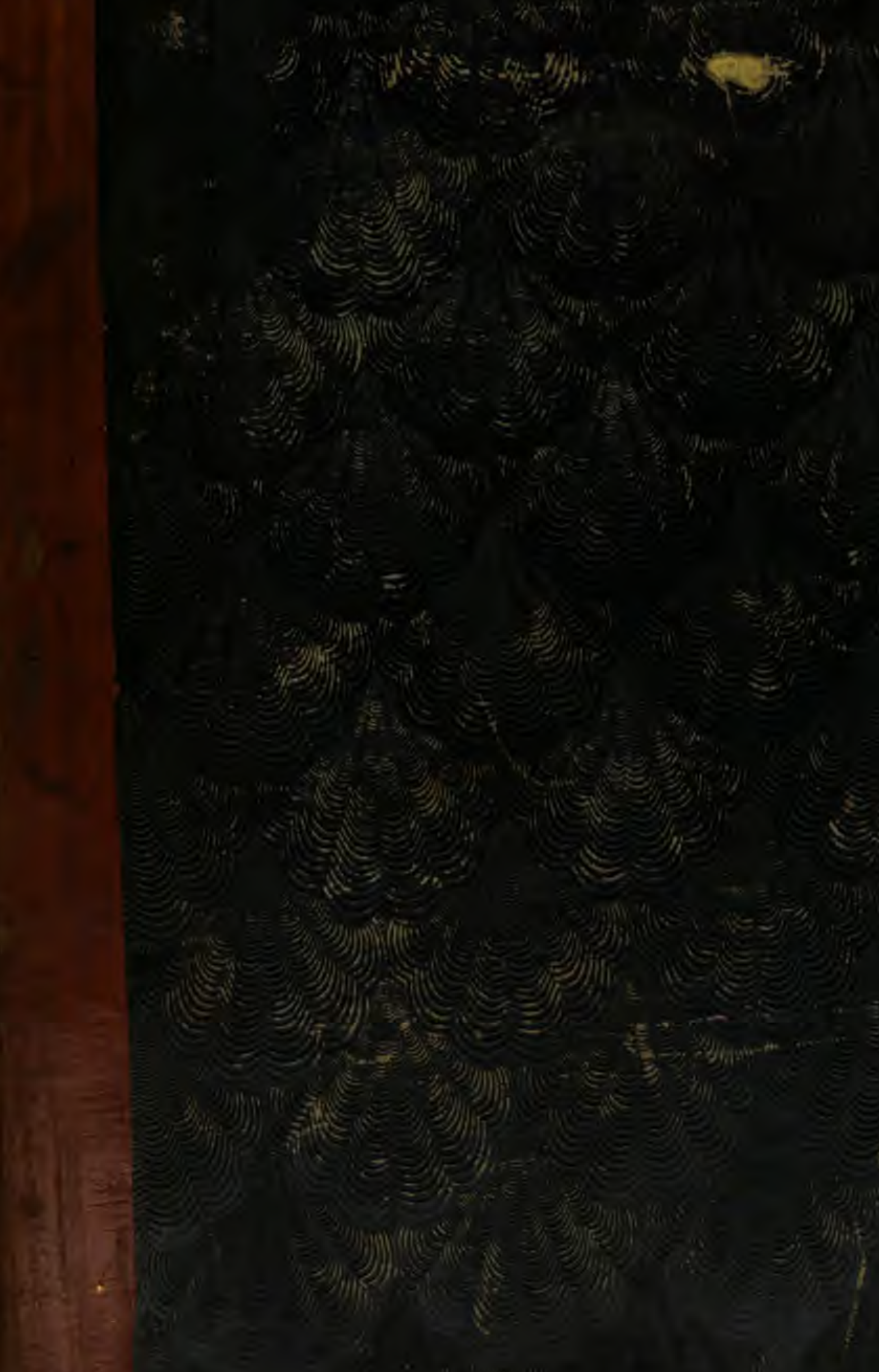





TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

EL REY D. FRUELA.

NOVELA ORIGINAL,

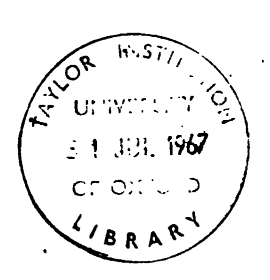
DE

D. JUAN DE DIOS DE MORA.

MADRID: 1858.

MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, NÚM. 7, CTO. 2.°

Aprobada por la Censura. = Madrid y Febrero de 1858.=*Lugar del sello.*



MADRID.—1858.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.



Lit. de S. Gonzalez S.ta Clara 8. Madrid.

Moreno dib.o y lit.o



CAPITULO PRIMERO.

El castillo de Samos.

DURANTE el invierno del año 764 se hallaba el rey D. Fruela I en el castillo de Samos, situado en las montañas que parten términos entre Galicia y el Vierzo.

Era al caer la tarde.

La noche se presentaba tempestuosa.

D. Fruela se paseaba con aire de inquietud por su aposento. Un hombre de alta estatura, pero ya algo encorvado por la edad, permanecia inmóvil y de pie junto á la chimenea. Su rostro habria sido de notable hermosura. Ahora tenia una espresion tranquila y venerable. Su cabellera, muy abundante, pero blanca como la nieve, caia sobre sus hombros como la corona de la ancianidad. Aquel hombre se llamaba Argerico y habia sido el ayo del rey. Argerico profesaba á su se—

ñor la lealtad mas acrisolada, y en muchas ocasiones le habia prestado servicios de grande importancia.

Frisaba el rey D. Fruela en los treinta y cinco años, y era corpulento como su padre D. Alfonso I el Católico, yerno de D. Pelayo.

Pero desgraciadamente D. Fruela, aunque príncipe animoso y afable, deslucia sus buenas prendas con los mas torpes vicios. Deshonraba al mejor de sus vasallos, galanteando á su esposa ó á su hija, y sacrificaba el honor de las familias á sus caprichos de un momento. Aunque vigoroso y bien trazado de cuerpo, el rey D. Fruela tenia las facciones disformes y repugnantes. Bajo la falsa sonrisa de su afabilidad ocultaba un corazon feroz, cruel y sobremanera envidioso.

Y era lo mas horrible que esta envidia se ensañaba mas particularmente contra su hermano por la sola razon de que este brillaba en su corte como un astro esplendoroso, no tanto por su gentileza y valentía, cuanto por la nobleza de su carácter. Wimarasio (1), que así se llamaba el hermano del rey, era en efecto un prodigio de hermosura varonil y de caballeresca hidalguía. Escusado es decir que el infante Wimarasio era querido y estimado de todos á porfía en la corte de D. Fruela.

A los vicios que hemos apuntado, reunia el rey el de ser no poco supersticioso. Daba grande importancia á los ensueños y agüeros. Esta supersticion traia su origen de que en cierta ocasion, andando de caza, encontró entre unas ásperas breñas á un ermitaño, el cual le habia predicho que algun dia se habia de ver en peligro de que le quitasen el reino y la vida, y que por lo tanto viviese siempre con gran cautela.

Esta vana prediccion, que de nadie habia sido oida por haberse el rey estraviado en el monte, causó una impresion tan indeleble como funesta en el ánimo del monarca. Cuando el rey se reunió á sus cortesanos, una palidez mortal cubria su

---

(1) Algunos le llaman Vimarano; pero nosotros tenemos poderosas razones, que sería muy prolijo enumerar aquí, para escribir el nombre como está en el testo.

semblante, una inquietud indecible devoraba su alma. Desde entonces el rey no soñaba sino con asesinos y conspiraciones. En vez de estinguirse de su memoria aquella escena, con el transcurso del tiempo, parecia por el contrario que cada dia era mas vivo su recuerdo.

Solo á una persona habia confiado el rey D. Fruela sus continuas inquietudes. Esta persona era su ayo Argerico.

—No debeis dar crédito, señor, á tales agüeros, decia el anciano.

—Y sin embargo, no puedo dejar de acordarme dia y noche de aquella funesta prediccion.

—Ya habeis visto que han pasado tres años, y nada os ha sucedido.

—Precisamente ahora temo mas que nunca.

—¿Y qué motivos teneis, señor, para temer?

D. Fruela guardó silencio. Sin duda el rey quiso guardar reserva respecto á las personas que le inspiraban temores.

Abrióse en esto la puerta y apareció una mujer hermosísima. Su talle era esbelto y flexible como la palma de Delos, su tez era del color del jazmin y de la rosa, y sus ojos negros y rasgados respiraban fuego y viveza y gracia. Sus movimientos eran por estremo airosos, su trage era rico, y sus cabellos negros y perfumados caian en abundantes y graciosos rizos sobre su cuello de marfil y completaban el encanto irresistible de Munia, que tal era el nombre de la reina.

Acompañaba á Munia una anciana, la cual era su nodriza, y tenia por nombre Nunilo.

Debemos advertir que la sencillez de aquellos tiempos y la estrecheza del reino cristiano, se oponia á que en la casa del rey existiese el complicado y rigoroso ceremonial que mas adelante dominó en la corte de nuestros monarcas.

Nunilo y Argerico, que eran deudos, se saludaron con inequívocas muestras de cariño, y pusiéronse á departir algo separados de D. Fruela y de su esposa.

—Os he mandado llamar, dijo el rey, para preveniros que mañana os aguarda la mas agradable sorpresa.

—Yo os agradezco mucho, señor, vuestra tierna solicitud

hácia mi persona.—¿Y de qué se trata? preguntó al fin Munia, vencida por su curiosidad.

—Mañana recibirémos en este castillo á un ilustre huésped.

—¿Y no me quereis decir su nombre?

—Vuestro ilustre padre el duque Eudo.

Mucho se holgó la reina de recibir semejante noticia, pues ya hacia largo tiempo que no habia visto á su padre, ocupado en gobernar sus dominios. El duque Eudo era el señor de los vascones.

Ya la noche habia estendido sus sombras sobre los altos móntes, y la lluvia caia á torrentes.

Abrióse la puerta del aposento del rey, y apareció un mancebo de tan gentil presencia, que no podia menos de llevarse tras de sí la admiracion de cuantos le mirasen. Era de magestuósa estatura, de color moreno claro, de ojos de fuego y de negrísimos cabellos como su barba, suave, flexible y rizada. Si su talle y apostura agradaban sobremanera, su valor, su generosidad y la nobleza de su carácter, cautivaban irresistiblemente el corazon. Aquel mancebo era Wimarasio, el hermano del rey D. Fruela.

—Señor, vengo á pediros permiso para partir esta noche, dijo Wimarasio.

—¡Quieres ausentarte de este castillo!

—Si V. A. me lo permite...

El rey clavó una mirada aguda como un puñal sobre el semblante de su hermano.

—¿Y adónde vas?

El infante vaciló algunos momentos.

—A Villanueva, respondió al fin.

Durante algunos minutos D. Fruela guardó silencio. Su frente se habia oscurecido, y una nube de sospechas revolaba en torno de su alma.

Al fin su ceño se desvaneció en una sonrisa.

—Hermano mio, ya ves que la noche está en estremo tempestuosa y pudieras despeñarte caminando por esas fragosísimas sierras, cuando no se ven los dedos de las manos.

Lám. 1.ª



Y Munia asió de la mano á su cuñado y murmuró en su oido algunas palabras con una sonrisa seductora.

—Me es imposible dejar de partir esta noche.

—Yo te suplico que te quedes.

—Yo, señor, os ruego encarecidamente que me permitais ausentarme.

—¿Tan importante es para tí marcharte esta noche?

—Es cuestion para mí de vida ó muerte, dijo el infante con toda la vehemencia de una pasion comprimida.

Quedóse el rey asaz meditabundo al oir semejantes palabras.

—¡No! esclamó al fin. No puedo permitir que salgas del castillo en noche tan tempestuosa.—¡Oye!...

En aquel momento resonó un trueno formidable.

—Señor, os suplico que me dejeis... Os prometo, os juro que mi ausencia será muy breve.

—Pero la tempestad...

—Pasará pronto, y si no, yo la desafio.

—Vamos, mi hermosa y querida Munia, dijo el rey volviéndose hácia la reina, veamos si vos teneis magia para retener en nuestra compañía á este mancebo tan galan como caprichoso.

—Mucho temo que mis súplicas sean inútiles.

—Señora... yo respeto siempre...

—Si es cierto lo que dices, si es que aun te inspiro algun respeto, debes de hacer caso de mi. ¡Cómo se entiende! ¿Se atreverá un caballero á rebelarse contra las órdenes de una dama? Yo te suplico, y si es necesario te mando, que permanezcas aqui.

Y asi diciendo Munia, echando hácia atrás su linda cabeza, tomó una actitud encantadora de afectada magestad y añadió:

—Caballero, estais á mis órdenes. Mañana tengo necesidad de vuestros servicios, pues quiero que seais el gefe de los hombres de armas que deben salir para escoltar hasta este castillo á mi padre y señor el duque Eudo.

—Señora... Yo os suplico...

—Lo dicho. Desde ahora sois mi prisionero.

Y Munia asió de la mano á su cuñado, y murmuró en su oido algunas palabras con una sonrisa seductora.

El infante hizo algunas señales de asentimiento, y en segui-

da, como transportado de gratitud, estampó un beso en la mano de la reina.

El rey no habia podido observar aquella escena sin que brotasen en su corazon las sospechas mas crueles. Al principio creyó que Wimarasio sin duda conspiraba contra él, cuando en aquella noche, á pesar de tan deshecha tempestad, intentaba con tan estraordinario empeño salir del castillo.

Pero despues se arrepintió de que se hubiese quedado, porque al ver la intimidad cariñosa conque se habian hablado la reina y el infante, creyó que su esposa le habia afrentado. El misero D. Fruela por todas partes donde fijaba su pensamiento no encontraba sino sospechas, celos, inquietudes, martirios insoportables. Su alma era como un navio sin áncoras. No tenia un solo pensamiento consolador en que reclinarse, ó mejor dicho, se reclinaba siempre sobre un lecho de espinas.

Munia se despidió del rey, al cual manifestó que en efecto el infante se habia resignado á permanecer en el castillo.

D. Fruela con su mas falsa sonrisa felicitó á su bella esposa por el señalado triunfo que habia sabido obtener sobre el fogoso mancebo.

La reina salió de la estancia acompañada de su nodriza Nunilo.

Pocos momentos despues Wimarasio pidió permiso á su hermano para retirarse á su aposento.

D. Fruela lo despidió con un ademan y una sonrisa.

Apenas el rey se hubo quedado solo con el anciano Argerico esclamó fuera de sí:

—¡Ira de Dios! ¿Has visto?

—El buen Wimarasio ha sentido mucho permanecer aquí esta noche.

—¿Y has observado á mi esposa?

—Solamente su gracia encantadora ha podido triunfar de la enérgica resolucion que parecia haber tomado el infante.

—¿Y has visto cómo se hablaban al oido y se sonreian? ¿No has oido lo que hablaban?

—No señor.

—Decian que yo... En fin, se estaban burlando de mí...

Además, no tengas la menor duda, Argerico, mi esposa y mi hermano ¡qué horror! están en inteligencia y me deshonran.

—¡Señor! ¿Qué estais diciendo?

—No tengas la menor duda, te lo repito, mi esposa es infiel y mi hermano es un traidor.

—No creais tal, amado señor; yo os ruego por la Virgen de Covadonga que desecheis de vuestro corazon tan horribles sospechas.

—Yo mismo lo he visto y he oido. ¿Quieres que me haga ciego y sordo, y que contemple como un imbécil su traicion y mi deshonra? ¿Piensas tú que es esta la primera vez que se me han ocurrido semejantes pensamientos? ¿Comprendes tú, mi querido Argerico, que yo le habia de hablar de estas cosas á nadie, ni aun á tí mismo, si no estuviese convencido íntimamente de la horrible verdad que tú crees vana sospecha? ¿Pretenderia yo deshonrar á mi esposa tan solo por un capricho? ¿No conoces que yo mismo tendria el mayor interés en callar mi afrenta, si fuese una sospecha infundada? Pero ¡ay! por desgracia mia es verdad todo cuanto acabo de decirte.

Calló D. Fruela, y Argerico inclinó sobre el pecho su venerable cabeza como si un rayo se hubiese desplomado sobre el castillo. El buen anciano sentia sobremanera la desgracia de su señor, y no podia menos de esperimentar la mas santa indignacion hácia los ofensores del rey Munia y Wimarasio.

—Si lo que me habeis dicho, señor, fuese verdad, creeria que los tigres y las ovejas, las sierpes y las palomas, pudieran vivir en cariñosa paz. ¿Qué imposible no se podrá creer despues de tamaña traicion?...

—¿Y qué castigo impondrias á los infames?

—Señor, es horrible lo que me habeis dicho; dejadme aun creer que acaso os engañais.

—No, Argerico, no... ¿Has olvidado que esta noche al principio de nuestra conversacion no quise pronunciar los nombres de las personas que me inspiraban sospechas? Pues bien, Munia y Wimarasio son mis enemigos. Ya en otras ocasiones les he visto hablarse con la misma ternura que esta noche... Yo estraño que un hombre de tu esperiencia haya necesitado las es-

plicaciones que te he dado para comprender que ellos son culpables y caminan de acuerdo. ¿No los has visto hablarse al oido y sonreirse y besar él la mano de ella?... ¿Puedes creer que todo esto es inocente? Muy cándido será quien tal crea, y es además enemigo mio y cómplice suyo el que intente hacerme entender que mis inquietudes, mis sospechas, mis celos no son mas que sueños de mi imaginacion.

—Como estaba desprevenido, yo no podia interpretar todo lo que he visto esta noche en su verdadera significacion. Ahora me habeis dado la clave de tan horrible misterio, y yo os aseguro que de hoy en adelante no les será fácil engañarnos. Ya sabeis que tengo tres hijos valientes y discretos, y que todos ellos darán su vida por servir á su rey. Yo instruiré á mis hijos de que el infante trata de quitaros la corona. Si os parece no les manifestaré mas que esto para que estén siempre sobre aviso y observen todos los pasos del infante. Por lo demás, creo que es lo mas prudente guardar silencio profundo respecto á los deslices de vuestra esposa, pues de lo contrario solo se conseguirá que vos mismo aparezcais deshonrado, y todo este oprobio caerá tambien sobre la frente de vuestro hijo. En tales casos, señor, conviene usar la mayor reserva, y que el dolor devore á solas al dolor.

—¿Querrás creer que algunas veces he tenido tambien dudas sobre mi hijo?—¡Ah, mi querido Argerico! ¡Soy el mas desgraciado de los esposos, el mas infeliz de los padres, el mas infortunado de los reyes!

—Respecto á lo que pensais de vuestro hijo, me parece, señor, que exagerais vuestros temores y vuestras dudas.

—¿No encuentras que Alonso se parece notablemente á Wimarasio?

—Debeis tener en cuenta que el infante es vuestro hermano, y que se parece mucho á vuestro padre D. Alonso, de feliz memoria.

—Estas dudas... ¡Ira de Dios! Es forzoso que mi venganza sea terrible...

—Os aconsejo, señor, que en esta ocasion despleguels grande prudencia. Por vos mismo, por vuestro reino, por vuestros

hijos debeis evitar á todo trance que nadie se entere de las flaquezas de la reina.. Suponed por un instante que las apariencias os hubiesen engañado, y que os convenciéseis de la inocencia de vuestra esposa: ¿quién sin embargo repararía ya la afrenta que le hubiéseis hecho deshonrándola á los ojos de toda la corte?

—No, no... Yo amo á la reina, á pesar de todo... Mi venganza debe recaer solamente sobre mi hermano... ¡Si yo tuviera servidores fieles!

—Señor, me son muy dolorosas vuestras palabras. ¿No soy yo, no he sido, no seré siempre el mas fiel servidor de V. A.?

—Sí, Argerico, si; pero temo que en esta ocasion tal vez no quieras prestarme el servicio que voy á exigir de tu acrisolada lealtad.

—Yo os juro por el Dios que está en los cielos y por las cenizas de mi padre, serviros siempre con la fidelidad que mis antepasados sirvieron á los vuestros. ¡Mandad y sereis obedecido!

D. Fruela estrechó cariñosamente la mano de Argerico; pero guardó silencio durante largo rato.

—Ya has oido que mañana viene á este castillo el duque Eudo, dijo al fin el rey.

—¿Y bien?

—Mañana es preciso celebrar aquí un gran banquete para solemnizar la venida del duque.

Argerico hizo un signo de asentimiento.

El rey continuó:

—Wimarasio asistirá al banquete, y es necesario que se le sirva un plato que... sea el último.

—¡Envenenar á vuestro hermano! esclamó Argerico horrorizado.

—No me interrumpas, dijo el rey con bronca voz y aire ceñudo.—Haciendo lo que he dicho acabaré de un solo golpe con todos mis enemigos. Es casi seguro que vendrá acompañando al duque el bueno de Luis Mainet, que dicen que priva mucho con Eudo. Ya sabes el odio que tengo á Mainet desde que dió muerte al esforzado caballero Leandro, de la estirpe de los godos, é íntimo amigo de mi hermano. Ahora bien, mañana se atribuirá el envenenamiento de Wimarasio á Luis Mainet,

con cuyo pretesto yo lo mandaré poner en estrecha prision, mal que le pese al duque Eudo, quien jamás olvida que en un tiempo fué mi cautivo, y estoy seguro de que el dia que pueda, moverá otra vez sus vascones contra mi reino.

Atónito y sin pronunciar una sola palabra, supuesto que el rey le habia prohibido hablar, oyó el infeliz Argerico el precedente razonamiento.

D. Fruela añadió.

—Como á ningun mortal, Argerico, te he descubierto toda mi alma.

—Pero, señor...

—Quiero ser obedecido ciegamente.

—¿Y si por ventura ni el infante ni vuestra esposa fuesen culpables?

—¡Rayos del cielo! ¿Aun dudas?—¡Retírate de mi presencia! esclamó indignado el monarca.

—Yo deseo serviros; pero...

—¡Ay de tu vida si mañana no dás á Wimarasio la muerte!

Y el rey señaló imperiosamente la puerta al anciano Argerico, que se alejó murmurando:

—Yo lavo mis manos en este crimen... ¡Que la sangre de tu hermano caiga sobre ti!



CAPITULO II.

Donde se refiere lo que hizo el ayo del rey.

El infeliz Argerico se veia en la situacion mas terrible y dolorosa. No podia resolverse á dar completamente crédito á las palabras de D. Fruela, cuyo carácter por estremo suspicaz le era bien conocido. La hermosa Munia, tampoco habia dado nunca motivo para que la maledicencia se ensañase contra su reputacion sin mancha, y el infante era considerado por todos como el espejo de los caballeros mas cumplidos.

Por otra parte las razones del rey, que tanto interés tenia en guardar reserva respecto á sucesos tan desagradables, no dejaban de pesar en el ánimo del buen Argerico, y en algunos momentos llegaba á creer que acaso Munia y Wimarasio eran realmente culpables.

Ese tormento del alma, esa indecision del juicio que se llama duda, era lo que mas mortificaba al buen anciano. Seguramente Argerico era capaz de cumplir las órdenes del rey, dando muerte á Wimarasio, siempre que á este lo hubiese juzgado criminal.

Pero Argerico no tenia la íntima conviccion de que fuesen rigorosamente ciertas las terribles revelaciones que el rey le habia hecho, y por lo tanto se estremecia á la sola idea de asesinar á Wimarasio inocente. El anciano habia comprendido muy bien que las primeras sospechas respecto á la infidelidad de la reina, habian brotado en el corazon del monarca aquella misma noche, de resultas de la conversacion íntima que tuvieron Munia y Wimarasio. Es verdad que de antemano D. Fruela se

recelaba que su hermano conspiraba para arrebatarle el trono y la vida; pero de seguro hasta aquella noche, segun pensaba Argerico, el rey no habia tenido nunca sospechas de que su esposa le fuese infiel. Perdido en un mar de confusiones, como se suele decir, Argerico no sabia qué resolver en tan crítico lance. Ocurriósele el pensamiento de hablar á la reina y deducir de sus palabras la verdad del caso; pero desechó este proyecto, ya porque lo creyese inútil, ó acaso temeroso de que el rey llegase á saber su imprudencia, porque á la verdad que era difícil entablar un diálogo en asunto tan resbaladizo sin cometer alguna indiscrecion que alarmase á la reina y enfureciese al rey, si, como era muy natural, Munia se manifestaba resentida para con su esposo.

El anciano determinó por último encaminarse al aposento de Wimarasio.

Ya estaba la noche bastante adelantada y el rey se habia recogido.

De pronto Argerico se encontró en una de las galerías con dos personages que se deslizaban en las tinieblas.

—¿Quién va allá? dijo una voz en la cual reconoció Argerico á Sancho, el escudero del infante.

—¿Y tu señor? preguntó Argerico.

Sancho vaciló en responder algunos momentos.

—¿Teneis que hablarle de algun asunto de mucha importancia?

—No hay cosa que mas le interese que lo que tenga que decirle.

—¡Ah! Pues entonces...

—Aquí me teneis, dijo otra voz que Argerico reconoció ser la de Wimarasio.

—¿Adónde vais por aquí á estas horas? preguntó el anciano con voz severa y con pesar profundo, pues Argerico creyó que acaso el infante se encaminaba furtivamente al aposento de la reina.

—Venid y hablaremos.

Y así diciendo, Wimarasio condujo á su aposento á Argerico.

—Decid lo que tengais que decirme con brevedad, pues

necesito salir esta noche del castillo. Solamente vuestras canas y el cariño que os profeso han podido hacer que yo suspenda mi marcha y regrese á mi aposento.

—¿Por fin os ausentais?

—Vuelvo muy pronto.

—¿Y sin permiso del rey?

—Bastánte he hecho con pedir licencia á mi hermano y señor. Él no ha querido concedérmela, no es culpa mia; así como tampoco lo es el que yo tenga necesidad indispensable de partir esta misma noche, aunque se hunda el cielo.

—¿No prometisteis á la reina que os quedaríais? A fé que no es digno de un caballero hacer una promesa y no cumplirla.

Wimarasio se sonrojó al oir tales palabras.

—Yo no prometí á la reina permanecer aquí esta noche, dijo.

—Pues el rey lo entendió así, lo mismo que yo.

—Escuchadme, Argerico, voy á deciros lo que á nadie, sino á vos, manifestaría...

El infante se interrumpió y guardó algunos momentos de silencio.

Luego continuó:

—Me duele mucho que me tengais por un mal caballero. Por lo tanto voy á referiros la conversacion que tuve con la reina y la causa de yo haberme avenido en apariencia á permanecer aquí esta noche.

Argerico clavó una mirada profunda sobre el infante y aguardó sus palabras con indecible avidez.

—Una sola persona sabe en la corte de mi hermano que yo amo con delirio á una hermosa y noble doncella. Esta persona es la reina, que por un acaso se enteró de nuestros amores. El rey se ha empeñado en que mi amada dé la mano de esposa al duque de Septimania. Mi hermano dió su palabra al duque de pedirle al conde D. Zuria á su hija...

—¡Adosinda es vuestra amada! esclamó Argerico.

—Sí, la encantadora Adosinda es la que el rey pretende arrebatarme para entregársela al duque de Septimania, y... ¡Vive Dios qué no será así!

—¿Y por qué no le habeis hablado al rey?

Wimarasio miró de arriba abajo al buen Argerico.

—¡Por qué! esclamó al fin. Porque seria inútil. ¿No habeis observado como el rey me tiene ojeriza? Basta que yo le pida una cosa, por sencilla que sea, para que me la niegue. He observado que su mayor contento consiste en contrariarme en todo. Además, ya sabeis la estrecha alianza que existe entre el duque y mi hermano, y de seguro, en la balanza del cariño del rey, yo peso menos que el de Septimania. Ahora bien, el conde D. Zuria aceptó gustoso las proposiciones del duque, no solo por parecerle este un gran partido para su hija, sino tambien porque en ello complacia al rey.

—¿Y qué pensais hacer?

—Hoy he recibido un mensage de mi amada, y me anuncia que su padre ha dispuesto que muy en breve se celebren las bodas. Ha resistido Adosinda, y el conde la ha encerrado en una torre, donde la trata con un rigor estremado.

—¿Y sabe D. Zuria que vos amais á su hija?

—Creo que no.

—¿Y esa es la causa que os mueve para abandonar este castillo?

—Justamente.—Como os iba diciendo, la reina se apercibió al instante de que mi grande empeño en partir de aquí esta noche, seria motivado por mi amor. Preguntóme la causa, le respondi con toda lealtad, y se compadeció de la triste suerte de Adosinda. Entonces Munia me aconsejó que transigiese por el momento con el carácter inflexible del rey, afectando que me quedaba. Así lo hice; pero fué por complacer á Munia, que me dijo que mas tarde podia salir sin que el rey supiese nada, supuesto que yo podia volver pronto.

Este razonamiento produjo un efecto incomprensible en Argerico. Todos sus recelos respecto á la culpabilidad del infante y de la reina se habian desvanecido, adquiriendo mas y mas la íntima conviccion de que el rey se engañaba lastimosamente. Argerico sin preguntarlo, habia llegado á saber lo que se habian dicho al oido la reina y Wimarasio. Y al considerar la inocencia, la hermosura y la virtud de ambos, y el peligro que

les amenazaba por la obstinacion del rey, el buen anciano se estremecia de horror y no sabia qué partido adoptar. Largo rato permaneció inmóvil y mudo, hasta que cansado el infante de tanta dilacion, dijo:

—Tomad en cuenta, Argerico, que tengo el tiempo muy corto. Decidme cuanto antes lo que tengais que decirme.

—Nada, señor, nada tengo que deciros, respondió el anciano.

—A fé que es vuestra conducta muy estraña.

—Partid, señor, partid, supuesto que tanta prisa teneis... En otra ocasion os hablaré mas largamente... Es preciso... ¡Adios! ¡Adios!

Y al pronunciar estas palabras incoherentes, el anciano se dispuso á salir de la estancia, dejando atónito al infante.

—¿Adónde vais? preguntó.

—Dejadme, señor, que me retire... Pudiera deciros algunas palabras... ¿Cuándo regresaréis? preguntó de pronto Argerico volviendo atrás.

—Mañana sin falta regresaré de mi viaje.

El anciano permaneció algunos momentos pensativo, hasta que por último, sacudiendo su cabeza con un movimiento ligero y nervioso, esclamó:

—¡No consentiré que le asesinen á mansalva!

El espanto de Wimarasio crecia por instantes.

—¿Qué decis, Argerico? Alguna cosa estraordinaria debe suceder cuando de tal manera vuestro semblante está alterado. Decidme lo que sepais, porque sin duda vos debeis estar enterado de algun grave suceso.

—No puedo deciros mas, sino que os amenaza un gran peligro.

—¡A mí!

—¡A vos!

—¿Y por qué?

—No me atrevo á deciros mas.

—A lo menos decidme quién es mi enemigo.

—Me es imposible.

—Entonces ¿para qué me habeis avisado del peligro que me amenaza?

—Para que os guardeis.

—¿Y de quién he de guardarme?

Argerico, despues de algunos momentos, respondió con voz muy baja:

—Debeis guardaros del rey.

—¡Ah!... ¿Qué mal le he hecho yo á mi hermano?

—Señor, me espongo á perder la vida; pero, ¿qué importa? Me he propuesto salvaros, y para ello es necesario que os revele un horrible secreto. El rey, cuyo carácter suspicaz conoceis, piensa que vos le deshonrais manteniendo ilícitos amores con la reina.

—¡Dios mio! ¿Es posible que mi hermano piense tal cosa de mí?

—Y no habrá nadie en el mundo que le haga variar de opinion. El rey es el mas desgraciado de los hombres. Dentro de su propia alma lleva su mas encarnizado enemigo. Su imaginacion le representa siempre todas las cosas bajo un aspecto lúgubre.

—Pero ¿es posible que tan siniestramente haya interpretado el rey mi conducta?... ¡Qué suerte tan adversa es la mia!

—Dejaos, señor, de exhalar vanas quejas. Todas las disculpas, todas las pruebas que se presentasen al rey para convencerle de vuestra inocencia, serian inútiles. Solo debeis pensar en salvaros. Vuestra vida está amenazada.

—Ya comprendo perfectamente la conducta del rey para conmigo. Sus palabras son siempre equívocas, nunca respiran sinceridad. Esta noche leí en su gesto un no sé qué de odio irreconciliable.

—Esta noche debísteis leer en el semblante del rey vuestra sentencia de muerte. No os detengais ni un momento, si no quereis sucumbir mañana. El rey me ha encargado que en el banquete que ha de celebrarse por la venida del duque Eudo, os haga servir un plato emponzoñado.

—¡Infame!

—Partid al punto. Ya os he dicho todo cuanto tenia que manifestaros.

—¿Y qué conducta debo seguir?

—Por ahora mis consejos se reducen á que os alejeis de vuestro hermano.

— ¡ Cuánto os agradezco, noble Argerico, el interés que os ha inspirado mi desgracia! ¿Podré contar en adelante con vuestra proteccion? Yo os enviaré de vez en cuando á mi escudero para que me deis noticias y consejos.

— ¡ Ay hijo mio! Yo presiento que mi suerte será muy desventurada... De todas maneras vos pensábais marcharos; pero acaso el rey sospeche, cuando vea prolongarse vuestra ausencia, que yo os he dado aviso de sus sanguinarias intenciones. Si tal sucede, en ese caso, señor, mi pérdida es segura, pues el rey me mandará dar la muerte. Sin embargo, suceda lo que quiera, podeis estar convencido de que os serviré siempre con lealtad, como he servido á vuestro padre y á vuestro hermano. Por la primera vez, durante mi larga vida, me he rebelado contra las órdenes del rey, pero yo no puedo consentir que se disponga de mi brazo como de un hacha para cometer un crimen.

El infante Wimarasio se despidió muy afectuosamente de Argerico, agradeciéndole con muy corteses razones el interés que por su causa se tomaba.

En aquella misma hora el alcaide del castillo, que era parcial de Wimarasio, abrió las puertas para que este se ausentase, pues de antemano tenia ya el infante concertada su salida.

Al dia siguiente apenas el rey se habia levantado, mandó llamar al anciano Argerico, que se presentó con la tranquila entereza del hombre virtuoso.

No sin fundamento recelábase el anciano que el rey le habia de creer culpable ó cómplice en la fuga del infante.

— ¿Por qué le has dicho á Wimarasio todo lo que yo te manifesté? ¡Eres un traidor! esclamó el rey.

— Señor...

— Tú has favorecido la fuga del adúltero.

— Vos mismo sabiais que vuestro hermano habia resuelto marcharse anoche.

— Despues me prometió permanecer aquí.

— Acaso despues se arrepintió de su promesa.

— ¿Y quién, sino tú, pudo obligar á Wimarasio á que se marchase á deshora? Tú que conocias mis designios debiste no haber omitido diligencia alguna para servirme con lealtad.

¿Por qué no diste órden al alcaide prohibiéndole absolutamente dejar salir á nadie del castillo?

—V. A. no tuvo á bien indicarme semejante precaucion.

—¡Ah! Es preciso que el rey lo diga todo. Vosotros los servidores fieles, nunca podeis adivinar los deseos de vuestro señor. Aunque el rey se encuentre devorado por las mas crueles angustias, es preciso que tenga en cuenta los pormenores mas enojosos, si es que su voluntad ha de cumplirse. ¿Qué importa que el rey tenga el corazon despedazado de celos é inquietudes, y que apenas baste su alma toda para encerrar en sí misma la inmensa hiel de sus dolores? Es preciso que el rey con faz serena y con risueños labios llame uno por uno á todos sus servidores, y les repita sus órdenes palabra por palabra, para que hagan algo en favor de sus pensamientos y de sus deseos.

—Sin duda vuestro hermano jamás pensó desistir de su primer propósito, que era marcharse anoche.

—Pero tú le has descubierto mis mas recónditas intenciones.

Y D. Fruela clavó una mirada profunda en el semblante de Argerico.

El anciano guardó algunos momentos de silencio.

—Me repugna mentir, señor...

—¿Luego confiesas que me has vendido?

—Confieso que os he prestado un servicio muy importante.

—¿Cuándo?

—Cuando he impedido que cometais un crímen horroroso. Figuraos, como yo anoche me figuré, muerto á vuestro hermano en la flor de su vida. Representaos el pálido cadáver del hermoso jóven que es un vivo retrato de vuestro noble padre, y...

—¡Es un traidor!

—Vuestro hermano es inocente.

—¡Es adúltero! ¡Me ha deshonrado!

—Tambien vuestra esposa es inocente.

—¡Infame! ¿Vienes á constituirte en defensor de los que me han ultrajado y de los que intentan arrebatarme el trono y la vida despues de la honra? ¿Por qué me has sido traidor? ¿Por qué se lo has revelado todo á Wimarasio?

—Repito, señor, que me repugna mentir, y por lo tanto, no puedo menos de manifestaros noble y francamente que en

efecto avisé á vuestro hermano del riesgo que corria permaneciendo en este castillo. De todas maneras el infante pensaba ausentarse; pero tambien es cierto que abrigaba intenciones de regresar muy en breve. Yo temia no solo que muriese trágicamente el hijo del que fué mi rey, el hermano del que es ahora mi señor, sino tambien que V. A. cometiese un crimen horroroso, del cual sin duda os arrepentiriais cuando ya no tuviese remedio. Esto es lo que he hecho, señor, y os lo vuelvo á decir, jamás como en esta ocasion he tenido la dicha de prestaros un servicio mas importante.

—¡Ira de Dios! esclamó el rey fuera de sí. ¿Tan en poco me tienes que con tanta libertad te atreves á hablarme, cuando tan cruelmente me has contrariado, cuando me has vendido, infame traidor? Mas yo te juro por mi nombre que mi venganza será terrible.

El anciano Argerico oyó estas amenazas con semblante tranquilo, mientras que D. Fruela se habia levantado y se paseaba precipitadamente por su aposento con el mismo aire de ferocidad que el tigre en su jaula.

—Señor, ya me encuentro en los umbrales de la muerte, y jamás he amado tanto la vida que la estime en mas que la tranquilidad de mi conciencia y la pureza de mi honra y la de mi rey. Yo os debo mi hacienda y mi vida; pero mi alma pertenece á Dios. Lealmente os he servido, y lealmente os serviré hasta el último instante de mi existencia; pero á la verdad es muy cruel que exijais de mí que yo sea un asesino.

—¡Calla, miserable!

Y el rey con los puños crispados llamó al capitan de su guardia, que tenia por nombre Fromestano, y que era el hijo segundo del buen Argerico.

D. Fruela mandó al capitan que condujese al anciano á una prision. Manifestó repugnancia el jóven guerrero para obedecer la tiránica órden del monarca, pero el noble anciano dirigió estas palabras á su hijo:

—Obedece, Fromestano, obedece á nuestro rey.

Y Argerico, en efecto, fué conducido á un calabozo.

CAPITULO III.

El conde D. Aurelio.

El rey D. Fruela I habia dado muestras de tener espíritu belicoso, y personalmente estaba dotado de valor incontrastable, habiendo sostenido con increible bravura diversas y encarnizadas guerras.

Reinaba en Córdoba el rey Abderramen, primero de este nombre, el cual envió á su hijo Omar, mancebo de pocos años, á la cabeza de un numerosísimo ejército contra el rey D. Fruela. Este fué á buscar á su enemigo hasta Galicia, y peleó con él cerca de un lugar llamado *Pontuvio*, donde lo derrotó completamente.

Puede juzgarse de la gran muchedumbre de infieles que capitaneaba el hijo de Abderramen si se tiene en cuenta que en el susodicho lugar de Pontuvio murieron mas de cincuenta y cuatro mil moros, quedando además muchos cautivos.

A la verdad que eran magníficas estas represalias que tomaban los cristianos para vengar su honor eclipsado en Guadalete.

El jóven Omar cayó vivo en manos de D. Fruela, y este mandó que lo degollasen. La guerra que entonces existia entre moros y cristianos, era una guerra de esterminio. Es verdad que en España la guerra ha sido siempre á *cuchillo*.

El rey D. Alonso el Católico, padre de D. Fruela, llegó con sus conquistas hasta los montes de Oca, y como hijo de D. Pedro, duque de Cantabria, tenia además señorio sobre gran parte de los vascones. De estos, los que á la sazon no estaban sujetos á D. Fruela, obedecian al francés Eudo, que tenia sus

dominios entre los vascones de allende el Pirineo. El duque Eudo, pues, trató de estender su dominacion, y escitó á los vascones de acuende á que se rebelasen contra el rey D. Fruela. Apercibióse este á la pelea, y juntando gran número de gente presentó la batalla al ambicioso duque. Los vascones fueron vencidos totalmente, quedando muchos cautivos, y entre ellos Eudo y su hermosa hija.

En todas estas jornadas habia seguido al rey Wimarasio, que, aunque muy jóven, se distinguió por su valentia no menos que por su capacidad para el mando. Acompañaba tambien al rey el conde D. Aurelio, uno de los capitanes mas esperimentados del ejército. Era el conde hombre de mucho valor, y no estaba dotado absolutamente de mala índole; pero su carácter era muy violento, y una vez empeñado en alguna empresa, capricho ó deseo, su tenacidad era tan grande que no habia fuerzas humanas que le hiciesen desistir. D. Aurelio, dado que tenaz en estremo, era tambien muy astuto, mañero, solapado y vengativo.

Acaeció, pues, que D. Aurelio hizo cautiva á la hermosa Munia, que estaba en un lugar en compañía de su padre y de otras muchas damas y caballeros. Prendóse D. Aurelio vivamente de las gracias y donaire de la cautiva, y pensó guardarla para si. Embebido en tales pensamientos hallábase el conde, cuando llegó al lugar el rey D. Fruela seguido del grueso de sus tropas. Informado el rey de la rica presa que se habia hecho en el pueblo, mandó llevar á su presencia al duque Eudo y á su hija. Era ésta de tan maravillosa hermosura, que nadie podia verla sin amarla. Así sucedió al rey, que desde luego pensó en su corazon tomar por esposa á la encantadora Munia.

Verificóse en efecto el matrimonio, que el duque Eudo no podia menos de aprobar en aquellas circunstancias, pero que tambien en cualquiera ocasion hubiera sido de su agrado, atendida la calidad de su yerno.

Mucho le pesó esta boda á D. Aurelio, que tan herido de amores se hallaba por los bellos ojos de Munia; si bien devoró en silencio su amargura por no indisponerse con el rey.

Pero no por eso desistió ni un solo instante de su intento

de poseer á la bella cautiva que ya era su reina. D. Aurelio juzgaba muy mal á Munia, y creía que no había de ser insensible á sus galantèos. Parecia que con el tiempo se aumentaba la hermosura de la jóven Munia y la pasion del impetuoso conde.

Desde muy luego se apercibió la reina de la impresion que producia en D. Aurelio; pero ella disimulaba como prudente sin darse nunca por entendida del verdadero sentido de las palabras del conde. Este, sin embargo, ofendido de la perfecta candidez que afectaba Munia, se aventuró en cierta ocasion á decirle:

—Señora, os ruego que os digneis comprender cuánto padezco por vuestra causa. Mucho tiempo hace que mis ojos os han dicho el afecto profundo que os profesa mi corazon.

—Yo estimo en mucho vuestro afecto, y siempre os he tenido por el mas leal de mis vasallos.

Esta respuesta, dada con la mayor sencillez, hizo que D. Aurelio se mordiese los labios hasta hacerse sangre.

Es muy grande mi lealtad, repuso el conde; pero es mayor todavia la pasion que vuestra hermosura me ha inspirado.

La reina guardó silencio; pero fijó una mirada asaz severa sobre el atrevido caballero, que continuó:

—¿No os acordais, señora, cuando caisteis cautiva en mi poder? Entonces, ¡cuánta fué mi alegría! Yo pensaba que para siempre pudiera permanecer á vuestro lado, pero mi adversa suerte lo dispuso de otro modo. El rey se prendó de mi hermosa cautiva, y yo tuve que resignarme á ver pasar á otras manos el tesoro de mi amor. Largo tiempo he callado, indecibles amarguras he sufrido; pero ni un solo instante he dejado de idolatraros, cada vez con mayor ternura. Ha llegado el momento en que os diga sin rebozo cuanto siente mi corazon... Yo os adoro, Munia, mi pensamiento es vuestro, dia y noche escucho sin cesar vuestro nombre querido en el murmurio del rio, en el suspiro de los vientos y hasta en el cántico de las aves.

Y asi diciendo el fogoso conde, intentó asir la mano de la hermosa para llevarla á su labios.

Durante este razonamiento, la esposa de D. Fruela habia dado muestras de indignacion. Su bello semblante se había revestido de una altivez soberana. Jamás reina alguna, en oca-

LÁM. 2.ª

¡Pronto! ¡Salid de aquí!

siones semejantes se ha manifestado mas reina, que se manifestó en aquellos momentos la encantadora y virtuosa Munia.

Y clavando una mirada de profundo desden sobre el inconsiderado galan, dijo con voz severa:

—¿Y sois vos el vasallo leal? Dicen que vos mereceis la gracia y la prediLeccion del rey mi esposo y señor, que os tiene y estima por su verdadero y único amigo. ¡A fé que el rey puede estar seguro de vuestra lealtad! Os cubrís con la máscara de la amistad, para disparar á mansalva los ponzoñosos dardos de la mas negra traicion. ¿Qué diría mi esposo si yo le repitiese lo que acabais de manifestar á vuestra reina?

Palideció espantosamente D. Aurelio, al escuchar tales palabras. Quiso rogar á Munia que guardase la reserva mas absoluta sobre aquella escena; pero su natural orgullo le impidió dar esta muestra de temor, si bien interiormente se estremecia al pensar en las consecuencias que podian originarse de aquella entrevista, si Munia llegaba á revelársela al rey.

Durante largo rato ambos guardaron profundo silencio.

Al fin la reina llamó á su nodriza y á sus damas, y luego volviéndose hácia el conde, con un aire de irresistible magestad le señaló á la puerta sin hablar una sola palabra.

El conde estupefacto permaneció inmóvil.

Entonces la reina dijo:

—¡Pronto! ¡Salid de aquí!

El conde se alejó bramando de ira, y lanzando una mirada amenazadora á Munia.

A la sazon se notaba grande movimiento en el castillo. Preparabánse las gentes de armas para salir al recibimiento del duque Eudo.

Y el gefe de aquellos guerreros era el conde D. Aurelio. Este, pues, partió en el mismo instante á cumplir las órdenes que de antemano habia recibido de D. Fruela.

Al caer el sol, llegaron al castillo el duque Eudo y los que le acompañaban, entre los cuales se hallaba Luis Mainet, á quien aborrecia mortalmente el rey.

Escusado es decir las muestras de recíproco afecto que se dieron el rey y el duque y sus respectivos séquitos. Sin duda

cualquiera observador de buena fé, y que no estuviese impuesto en los profundos secretos del rey, habria creido fácilmente que aquella noche el castillo de Samos era la venturosa mansion del amor, de la amistad y del regocijo.

Pero debemos advertir que por parte de D. Fruela reinaba muy mala fé en aquel recibimiento, al parecer tan agasajador y sincero. . .

Celebróse un espléndido banquete, y al terminarse, el duque Eudo rogó á su hija que tañese el arpa y cantase, en cuya habilidad sobresalia por estremo la encantadora Munia.

El rey, á pesar de creer desleal á su esposa, la amaba con locura, y hubo momentos en que la dulce voz y el bello semblante de la reina borraron en el ánimo del monarca sus horribles sospechas.

Durante largo rato se prolongó el festin, hasta que ya muy adelantada la noche, todos se retiraron á sus respectivos aposentos.

Entre los caballeros que mas habian figurado en el banquete por su cortesanía y agudeza, se hallaba D. Aurelio, que se habia esforzado por disimular su rabia por los desdenes de Munia.

D. Fruela mandó al conde que le siguiese á su aposento despues de terminarse el banquete. La faz severa del rey dió mucho en que pensar á D. Aurelio, quien llegó á temer que acaso la reina habia manifestado á su esposo la escena acaecida aquel mismo dia en la cámara de Doña Munia.—Confuso, receloso, lleno de temor y de sospechas, penetró D. Aurelio en la cámara del rey.

Hallábase D. Fruela solo, pálido, ceñudo y paseándose rápidamente por su estancia.

De repente se detuvo y clavó una mirada de águila en el recien llegado.

Estremecióse el conde hasta la médula de sus huesos.

En aquel momento se arrepintió de no haber seguido su primer impulso, cuando el rey le habia dicho que le aguardaba en su cámara.

Habia pensado el conde ausentarse en aquel mismo punto,

porque temió que acaso el rey estaba informado de que él requeria de amores á su esposa.

Pero luego juzgó que tal vez estos temores eran infundados, y que además era muy fácil que el rey quisiese consultarle, como solia, algun otro negocio de importancia. Aquel dia, sin embargo, se recelaba á consecuencia de lo acaecido.

Y ahora se convencia de que sus recelos eran bastante fundados.

D. Fruela guardó silencio largo rato; si bien no dejaba de pasearse por el aposento y demostrar cada vez en su semblante el mas iracundo ceño.

Al fin se detuvo el rey delante del conde y le dijo:

—Tengo que hablarte de un asunto de mucha importancia.

—Podeis decir, señor, lo que mas os plazca, dijo el conde con voz trémula.

El rey volvió á sus paseos y D. Aurelio á sus inquietudes.

—¿No sabes nada? Preguntó de pronto D. Fruela.

—¿De qué, señor?

—De lo que me está sucediendo.

—Yo ignoro...

—No, Aurelio, no... ¡Tú lo habrás observado todo!... ¡Tú tambien le debes saber!... A lo menos, lo habrás adivinado.

D. Aurelio no sabia qué pensar de aquellas estrañas y misteriosas palabras.

—Ya sabrás, continuó el rey, como Argerico ha sido preso...

—Señor, eso es tan notorio, que no hay nadie que lo ignore.

—Pero tú tambien sabrás la causa de su prision.

—Puedo asegurar á V. A. que la ignoro absolutaménte.

El rey clavó una mirada profunda en el conde.

—¿Y qué voces corren acerca de la prision de Argerico?

—A todo el mundo ha sorprendido sobremanera semejante noticia. Todos creian con razon que Argerico era el servidor mas estimado de V. A., no tanto por sus años y porque os ha educado desde vuestra infancia, cuanto por los importantes servicios que os ha prestado en diversas ocasiones, y por la lealtad conque siempre sirvió á vuestro augusto padre, de feliz memoria.

—Todos sus servicios, toda la limpieza de su lealtad, la ha mancillado en un instante con la mas negra traicion.

—Eso es lo que únicamente se dice, que alguna ofensa horrible es preciso que os haya hecho Argerico, cuando tan cruelmente ha sido tratado.

—¡Es un traidor!

—Sin duda debe de ser así, pues de otro modo no se comprende que al mas antiguo de vuestros servidores le hayais tratado con tanto rigor.

—Me ha vendido, descubriendo secretos de la mayor importancia, y favoreciendo la fuga... Pero ¿á qué he de decirte lo que ha hecho, cuando tal vez tú lo habrás sospechado ya, si es que no lo sabes á punto fijo?

—Repito, señor, que no puedo ni aun adivinar remotamente la causa de la desgracia de Argerico, por mas que desde luego comprenda que ha debido ser una causa muy poderosa, una de esas ofensas que nunca olvida un hombre, y mucho menos un rey.

—Tú no me hablas con franqueza, conde.

—Señor, ya os he dicho...

—Es imposible que no sepas los proyectos de mi hermano.

En aquel momento se presentó el camarero del rey anunciándole que la reina deseaba hablarle.

Mucho sorprendió á D. Fruela esta noticia, y durante algun tiempo vaciló entre el deseo de satisfacer su curiosidad y su firme propósito de llevar á cabo el sanguinario designio que habia concebido contra la infeliz cuanto hermosa é inocente Munia.

Y D. Fruela temia que las gracias de la reina lo desarmasen á pesar suyo, pues sabia por esperiencia el prestigio irresistible que sobre él ejercia la sobrehumana belleza de su esposa.

Al fin el rey se decidió á recibir á la reina, pues como hemos dicho, deseaba ardientemente saber la causa que tan á deshora la conducia á su aposento.

Presentóse Munia con un aire de distracion y melancolía que contrastaba singularmente con la viveza y gracia que de ordinario brillaban en sus movimientos y en su semblante.

La causa de la tristeza de la reina no podia ser el desvío de su esposo, pues desde la noche antecedente aun no habia tenido tiempo de advertir las horribles sospechas que devoraban el corazon del rey.

Durante el banquete, el pérfido D. Fruela manifestó á su esposa el mas tierno cariño; pero interiormente no solo lamentaba que aquella mujer tan querida le fuese infiel, sino que tambien deseaba tomar de ella la mas terrible venganza.

Y sin embargo de tan feroces sentimientos, el rey D. Fruela amaba á su esposa con idolatría; pero el amor de un celoso del temple de aquel desgraciado monarca, es mil veces mas mortífero que el odio mas implacable.

Guardó silencio D. Fruela cuando vió aparecer á la encantadora Munia, y esperó que ella manifestase el objeto de aquella entrevista.

Entre tanto D. Aurelio se habia retirado por órden del rey á un ángulo de la estancia. El conde estaba temblando, porque temió que lo que tal vez hasta entonces no habia sucedido, iba á tener lugar en su misma presencia.

D. Aurelio, pues, se rebozó en su manto y procuró no ser conocido de la reina; pero esta se hallaba tan preocupada por otros sentimientos, que ni siquiera reparó en que habia un hombre en el estremo de la estancia.

—Señor, dijo la reina, mucho habia estrañado no ver esta noche á Argerico; pero supuse que estaria ocupado en algun asunto de vuestro servicio. Desgraciadamente me he equivocado. Ahora sé con sorpresa y con dolor, que el infeliz Argerico está prisionero.

—Así es la verdad.

—¿Y creeis, señor, que merezca tal tratamiento el mas fiel de vuestros servidores?

—Estoy muy bien informado, señora, de la conducta de Argerico, y no ignoro que si él ha podido ser leal para otras personas, ha sido en cambio para mí el mas traidor de los hombres.

D. Fruela pronunció estas palabras con intencion; pero la reina no comprendió ni podia comprender el verdadero sen—

tido de aquella respuesta, que aludia á la complicidad que el rey suponia entre su esposa, Wimarasio y Argerico.

—Yo no puedo creer, dijo Munia, que Argerico haya podido ser traidor á su rey.

—Con tal que haya sido leal para vos...

El rey se detuvo.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Que me place mucho ver cuánto os interesais por el buen Argerico.

—¿Y hay cosa mas natural?

—Sin duda que es así. Naturalmente nos interesamos por aquellos que poseen nuestros mas íntimos secretos, y que nos ayudan para realizar nuestros deseos mas vehementes.

La reina miró á su esposo con estrañeza.

Y en los ojos del rey brilló un relámpago de celos, de odio, de venganza.

—Repito, señor, que no comprendo vuestras palabras, dijo Munia.

—Ya las comprendereis algun dia.

—En fin, señor, os ruego que pongais en libertad á Argerico... ¿Qué crimen ha podido cometer ese buen anciano?

D. Fruela no veia en la mediacion de su esposa sino el interés que naturalmente debia tomar ella en favor del cómplice y confidente de su amante Wimarasio.

Al principio el rey estaba dispuesto á aprovechar aquella ocasion para hacer que prendiesen á la reina; pero despues comprendió que, además del escándalo, podia esta medida acarrear gravísimas consecuencias, supuesto que el duque Eudo se hallaba en el castillo con su numerosa escolta de vascones, y por lo tanto hasta podia originarse una guerra, si el duque Eudo llegaba á sospechar las intenciones de D. Fruela con respecto á Munia.

El rey, pues, resolvió guardar silencio en cuanto á sus horribles celos, y aun se arrepintió de las indiscretas indicaciones que habia dejado escapar.

La reina volvió á insistir:

—¿Qué crimen ha cometido Argerico?

—Es un traidor.

—No creais tal, amado señor... ¿Es posible que vos creais que Argerico os ha sido infiel? ¿No os ha criado y servido desde vuestra infancia?—¡Seguramente le han calumniado!

—Ahí vereis, respondió D. Fruela, ahí vereis cuán grandes deberán haber sido las razones que me han obligado á usar de tanta severidad con Argerico, cuando á pesar de haberme servido desde mi infancia, me he visto en la precision de mandar que lo encierren en un calabozo.

—Yo os ruego encarecidamente, señor, que le perdoneis y lo pongais en libertad.

—¡Imposible!

—¿No lo perdonareis?

—¡Jamás!

—Si es que vos no conservais ningun resto de benevolencia hácia vuestro antiguo servidor, al menos, por amor de mí, os suplico, señor, que useis de clemencia con el desgraciado Argerico.

—¿Tanto le quereis?

—Estimo, como se merecen, sus buenas cualidades.

—No deja de ser estraño tan estraordinario empeño como teneis en libertar á un traidor.

Y el rey miró fijamente á Munia, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas.

Pero la reina sostuvo aquella mirada, cuya significacion no comprendia, con la mayor sencillez, y volvió á insistir:

—Bien sabeis que Nunilo me ha servido de madre, y que es deuda del buen Argerico, al cual yo he profesado siempre el mas sincero afecto. Nunilo se ha enterado de la desgracia de su pariente, y me ha rogado con gran encarecimiento que implore vuestra piedad en favor del infeliz anciano que ha tenido la desdicha de desagradaros. Si me amais, señor, si es cierto que alguna vez he acertado á complaceros, si en algo estimais el amor ardiente que yo os profeso, os suplico, señor, que tengais compasion del infortunado Argerico...

—Señora, interrumpió el rey, nada puedo responderos hasta mañana, que pienso que tal vez habré averiguado ciertos hechos que importan mucho para decidir la suerte de Argerico.

—¿Conque me prometeis perdonarle mañana?

—Solo he prometido responderos mañana definitivamente.

La reina guardó silencio.

Tal vez meditaba en el motivo que pudiera causar la severidad y aun aversion que el rey abrigaba contra ella. Al fin Munia se tranquilizó algun tanto pensando que sin duda aquella indignacion de que el rey parecia poseido, sería producida por el crimen, cualquiera que fuese, real ó supuesto, de Argerico.

Munia, pues, se dispuso á salir del aposento de D. Fruela, confusa y afligida, tanto por la ceñuda frialdad del rey, cuanto por la inutilidad de sus ruegos en favor del deudo de Nunilo.

Cuando ya se resolvió á hacer el último esfuerzo arrojándose á los pies del monarca para que este pusiese en libertad á Argerico, Munia reparó en el conde D. Aurelio, que, como hemos dicho, se hallaba retraido en un estremo de la habitacion.

Pero la reina no conoció al conde, si bien desde luego comprendió que su esposo deseaba quedarse en libertad de hablar con aquel misterioso personage.

Y en vano trató Munia de adivinar quién fuese el caballero que tan á deshora se hallaba en la cámara real. Entonces conoció que grandes sucesos se preparaban, ó que muy graves proyectos absorbian la atencion del monarca.

Munia se arrepintió de haber instado tanto á D. Fruela en favor de Argerico, cuando vió que otra persona habia sido testigo de aquella escena, y en su sencillez natural, y amando como amaba á su esposo, hasta llegó á disculpar su dureza, imaginando que tal vez no convenia al rey manifestar su verdadera opinion respecto al crímen de Argerico en presencia de aquel caballero á quien no habia conocido.

Apenas la reina habia salido del aposento de D. Fruela, cuando este hizo una seña al conde para que se acercase.

Obedeció D. Aurelio, cuyo corazon se habia descargado de un peso horrible desde que habia visto que el rey habia tratado á su esposa con cierto desden. Sin embargo, aun no se habian disipado todas las dudas del conde, quien llegó á sospechar que acaso el rey habia tratado de intento á su esposa con cierta frialdad para que él no sospechase que la reina le habia

manifestado la escena ocurrida aquel mismo dia por la mañana.

Por otra parte las palabras misteriosas é incoherentes del rey al principio de aquella conferencia habian sumergido á Don Aurelio en un mar de confusiones.

D. Fruela volvió á anudar la conversacion precisamente en el mismo punto en que habia sido interrumpida.

—Repito que es imposible que ignores los proyectos de Wimarasio.

—¿Respecto á qué, señor?

El rey guardó silencio algunos momentos.

Ya fuese que en realidad se convenciera de que D. Aurelio nada sabia de los soñados proyectos del infante, ya emplease aquellas preguntas para sondear el ánimo del conde, el caso fué que el rey entró de lleno en un diálogo tan importante como terrible.

—¡Sígueme! dijo D. Fruela.

D. Aurelio obedeció.

Encaminóse el rey á una puerta que habia en el mismo aposento, la abrió, y penetrando en un oratorio, se dirigió al altar.

La capilla era de mediana estension y de forma circular; pero las bóvedas eran muy elevadas. En el centro pendia una lámpara de plata que destellaba en torno una luz vacilante.

D. Fruela tomó un libro, y volviéndose al conde le dijo:

—Haz la señal de la cruz y estiende tu mano sobre el Evangelio, y jura que á nadie en el mundo has de revelar lo que voy á decirte.

D. Aurelio, pálido y con voz trémula, respondió:

—Juro por los Evangelios guardar secreto en lo que me vais á revelar.

—¡Que el rayo de Dios te aniquile, si faltas á tu juramento!

Luego D. Fruela sacó un puñal, en cuya tersa hoja reverberaron los rayos de la luz de la lámpara.

D. Aurelio se estremeció como la palma que azota el huracan. En aquel momento creyó que su última hora habia llegado.

—¿Ves este puñal? preguntó el rey con ronco acento.

—Sí, señor, repuso el conde con voz apenas articulada.

—Pues yo juro atravesarte el corazon con este acero como faltes al juramento solemne que acabas de pronunciar.

Y el rey salió de la capilla seguido del conde, que no sabia qué pensar de tan estraños como terribles preliminares.

¿Qué revelacion era la que tenia que hacerle el rey? ¿A quién y á qué se referia aquel gran secreto?—Tales eran las preguntas que sin cesar se hacia el conde; pero solo podia sacar en limpio que se trataba de un asunto muy importante, aunque á la vez muy tenebroso y muy horrible.

Y la curiosidad, esa fiebre del espíritu, devoraba á D. Aurelio.

El rey, cuando estuvo en su cámara, dijo al conde:

—Entre todos los caballeros de mi corte te he elegido por mi confidente.

—Os agradezco mucho, señor, tal preferencia.

—Voy á decirte cosas que te harán conocer hasta qué estremo soy desgraciado, y hasta qué puntó me fio de tu lealtad.

—Podeis disponer de mí en cuerpo y alma, señor.

Despues de algunos momentos el rey dijo:

—Durante mucho tiempo yo he alimentado en mi seno la serpiente. Mi hermano trata de quitarme el trono y la vida, y, lo que es peor, me ha quitado la honra. ¡Quién lo creyera! La reina y Wimarasio están en inteligencia.

—¡Se aman! esclamó el conde con el feroz acento de un celoso.

Pero el rey no comprendió el verdadero significado de la entonacion siniestra de D. Aurelio.

—¡Se aman y me deshonran! contestó el rey.

—¿Y V. A. qué piensa hacer?

—Yo habia puesto toda mi confianza en Argerico; pero el infame me ha hecho traicion revelando á mi hermano que yo trataba de darle muerte, y de este modo Wimarasio ha podido sustraerse á mi venganza, pues se ha fugado del castillo.

—Yo habia notado su ausencia...

—Ahora comprenderáis la causa de la prision de Argerico.

—Y á la verdad que habiendo hecho lo que decis, Argerico merece con razon toda la severidad que habeis usado con él.

—Lo que mas me mortifica, es que Wimarasio haya podido escaparse de mi venganza; pero afortunadamente la reina está en mi poder. Ella ha sido sin duda la mas culpable, pues prendada de la belleza de Wimarasio, lo ha solicitado para que condescienda con sus infames deseos.

—¿Y sabe la reina que V. A. ha sorprendido sus amores con el infante?

—No, conde, no lo sabe todavía, pero quiero que la primera noticia que tenga de que estoy enterado de su infidelidad sea para ella como un rayo que le aterre y la aniquile. Ella por lo menos se encuentra al alcance de mi mano, y ya que ha sido la mas culpable, ha de sufrir todo el rigor de mis furores. Ella ha sido tambien cómplice de la fuga de Wimarasio, y ya que á todo trance ha querido salvarlo, es preciso que lave con su sangre mi afrenta.—Ahora bien, tú eres el hombre que me ha inspirado bastante confianza para que seá el depositario de mis mas íntimas intenciones, el ejecutor de mis proyectos y el ministro de mi venganza.

Una sonrisa de júbilo infernal brilló en los labios del conde al oir semejantes palabras.

Dentro de su corazon bendijo D. Aurelio á su próspera fortuna, que tan pronto, tan bien y tan inesperadamente le proporcionaba el medio de humillar á la reina, que con tan soberana altivez le habia tratado, arrojándolo ignominiosamente de su cámara.

Entonces comprendió que Munia no solamente no habia revelado al rey la escena ocurrida aquella misma mañana, sino que ya tampoco le sería fácil hacer aquella revelacion.

—Me parece, señor, que debeis dilatar vuestro proyecto algunos dias, á no ser que...

El conde se detuvo.

—¿Qué quieres decir? preguntó el rey mirando fijamente á D. Aurelio.

—Que como el duque Eudo está en este castillo...

—He comprendido tu pensamiento, conde. Yo pudiera muy bien prender ó asesinar al duque, pero este en nada me ha ofendido, y además no quiero escándalos.

—Permitidme, señor, que os haga observar que si llevais á cabo vuestro proyecto, tarde ó temprano se enterará el duque Eudo del fin que haya tenido su hija.

—Veo que no has comprendido del todo mi pensamiento.

—Me parece que me habiais dicho que tratabais de tomar venganza de un modo terrible...

—Y lo repito; pero no por eso quiero que todo el mundo se entere de la manera y forma que he de satisfacer mi venganza. Supon que inventamos un medio cuyo primer resultado es que aparezca la reina como que se halla muy enferma, que despues se agrava, y que por último deja de existir. Luego se celebran las exequias mas solemnes, y yo lamento tan sensible pérdida, como ningun esposo lamentó jamás la muerte de su esposa. ¿Comprendes ahora mi pensamiento, conde?

—Perfectamente, señor.

—De este modo el dolor inmenso que mi afrenta me ha causado se reconcentrará todo en mi corazon, ya para siempre lleno de amargura, pero nadie, escepto tú, sabrá mis celos, mi deshonra y mis angustias. Sobre la frente de mis hijos no caerá el baldon que su madre ha lanzado sobre mi frente. ¡Ella!... ¡Oh Dios!... ¡Tan hermosa como pérfida! ¿Quién habia de creerlo?... Este pensamiento me enloquece de ira y desesperacion, me persigue noche y dia, me ascsina, y no me deja mas que la esperanza de una alegría feroz, de un placer satánico, la esperanza de vengarme con toda la crueldad de las furias de esa mujer tan hermosa como criminal... ¡Es una serpiente de espléndidos matices que me ha mordido el corazon, que ha envenenado mi existencia! ¡Maldita su belleza, y maldito el amor que me inspiraron sus ojos de fuego y su voz de sirena!... ¡El ángel era un demonio!

Y el rey se paseaba con ademan desatentado, y sus ojos chispeaban de furor.

Despues de algunos momentos serenóse D. Fruela algun tanto, y deteniéndose delante de D. Aurelio, dijo:

—Wimarasio ¡ira de Dios! se me ha escapado; pero es preciso que un castigo ejemplar recaiga sobre Argerico... Esta misma noche, sin perder tiempo, lo sacarás de la prision y lo

conducirás muy bien guardado con tus hombres de armas al castillo de los Lamentos, y dirás al alcaide que le mande sacar los ojos y lo cargue de cadenas.

—Será conveniente que los hijos de Argerico no entiendan la suerte que le aguarda á su padre.

—Todo está previsto. Solo Fromestano, como capitan de mi guardia, era el único de los tres hijos de Argerico que me habia acompañado á este castillo; pero esta tarde lo he enviado al conde D. Zuria, para que trate con él de un negocio muy importante á mi servicio.

—¿Y no tiene V. A. nada mas que mandarme?

—Que procures regresar al momento. Pasado mañana se va el duque Eudo, y despues de su ausencia te daré mis instrucciones respecto á su hija.

—En ese caso voy á partir al instante.

—¡Rapidez y sigilo!

—Descuidad, señor.

D. Aurelio, despues de manifestar al rey su gratitud por la confianza que le dispensaba, partió al punto, conduciendo al infeliz Argerico al castillo en donde debia sufrir la mas injusta y cruel sentencia. El conde no cabia en sí de gozo al pensar que muy en breve habia de ver humillada á sus pies á la reina, que con tanto desden lo habia tratado.



CAPITULO IV.

La torre de las Animas.

El rey D. Alonso I el Católico fundó un monasterio de monges Benitos llamado de Villanueva, porque acaso aquel monarca reedificó la villa del mismo nombre, que es muy probable estuviese ya poblada antes de la invasion sarracénica.

Valgan lo que valieren nuestras conjeturas, lo cierto del caso fué que el rey D. Fruela dió aquella villa á un señor vascongado, que impelido por causas muy poderosas, habia abandonado su tierra y buscado asilo cerca del rey D. Alonso, á quien prestó eminentes servicios, así como tambien á su sucesor D. Fruela.

El lugar de Villanueva se habia aumentado considerablemente á la sombra del monasterio y de un fuerte castillo, en el cual habitaba el señor de la villa con sus gentes de armas.

En el estremo opuesto adonde se hallaba el castillo se levantaba una torre cuyos ennegrecidos muros atestiguaban su estremada vetustez. Aquella torre habia sido edificada sin duda en la época de la dominacion romana, aunque despues hubiese sufrido no pocas modificaciones. Al pie de aquella sombria mansion levantábase una casa de humilde aspecto, y en la cual habitaba ordinariamente un anciano que tenia por nombre Ordoño, y que era como el mayordomo del señor de la villa.

Habitaba Ordoño en la casa contigua á la torre, porque allí habia un gran silo y además varios alfolíes donde se guardaba el trigo destinado al mantenimiento de la servidumbre y gente de armas del señor de Villanueva. Tal era el destino que á la sazon tenia la antigua torre; pero seguramente que ningun veci-

no de la villa se hubiera atrevido á penetrar en ella, aunque le hubiesen prometido todos los tesoros del mundo.

Conservábase la tradicion de que se aparecian en la torre desde tiempo inmemorial fantasmas ó sombras de difuntos que en determinadas épocas turbaban el silencio de la noche con lúgubres gemidos, y sobre estos sucesos se referian en la villa mil absurdas patrañas, pero en estremo terribles y maravillosas.

El invierno en aquellas comarcas es bastante rigoroso. La noche estaba fria. En torno del hogar donde ardia media encina se hallaban tres personages.

El uno era el dueño de la casa, esto es, Ordoño, y los otros dos eran tambien criados del señor de Villanueva.

Sin duda que algun acaecimiento de importancia habia tenido lugar en la morada de Ordoño, cuando se le habian enviado del castillo dos escuderos para que le acompañasen de noche.

El uno de ellos, que tenia por nombre Flavino, era un mancebo de buena traza, vivaracho y listo como una ardilla, astuto como un raposo, un si es no es amigo en demasía del mosto y del dinero, si bien estaba dotado de escelente índole.

El otro escudero, llamado Bermudo, era un hombre á medio traer, como suele decirse, ni viejo ni mozo, honrado á carta cabal, enemigo irreconciliable de los moros, amigo de cuentos y leyendas, duro de puños y por demás supersticioso.

Ordoño y su honrada compañía trataban en lo posible de hacer agradable la velada. Junto al hogar en un banco tenian un gran jarro de lo mas añejo y una gigantesca taza que de tiempo en tiempo corria de mano en mano.

—Esa es una historia que cada uno la cuenta de su manera, decia Flavino.

—De cualquier modo que la cuenten, lo cierto del caso es que en la torre suceden cosas muy estrañas, añadió Bermudo.

—Pues yo creo que esas cosas estrañas nadie las ha visto.

—Pues cuando el rio suena, agua ó piedra lleva.

—¿Y quién se atreverá á negar que hay aparecidos en la

torre? dijo el viejo Ordoño, despues de apurar de un trago la taza.

—Vamos, dijo Flavino, vos debeis saber esa historia mejor que nadie.

—Y mucho que la sé.

—Pues referídnosla, respondió Bermudo.

—Ya sabeis que yo soy natural de esta villa, y que ántes de entrar al servicio del conde D. Zuria fuí escudero del conde D. Munio, que en una batalla con los moros él perdió la vida y yo quedé cautivo; pero... llená la taza, Flavino.

—Con mucho gusto, respondió el jóven.

Despues de algunos momentos empleados en saborearse, Ordoño continuó:

—Iba á contaros toda la historia de mi cautiverio; pero es muy larga, por lo que la dejarémos para otra ocasion.

—No, no, contádnosla ahora, dijo Bermudo.

—A lo menos, referidnos lo de las apariciones de la torre, añadió Flavino.

—Tienes razon, muchacho, dijo Ordoño. Ya iba yo á engolfarme en mi propia historia, olvidando la que os habia prometido. Este es achaque comun de los viejos, que siempre se ocupan con preferencia de las aventuras de su mocedad.—Pues señor, voy á contaros la historia de la torre, ni mas ni menos que como se la oí muchas veces á mi padre, que de Dios goce. Hará como unos cien años que habitaba en esta torre un caballero anciano de ilustre alcurnia, y que tenia una hija dotada de singular hermosura, pero de muy perversa condicion. Andaba entonces muy encarnizada la guerra con los moros, y en una de sus frecuentes espediciones intentaron tomar la villa. Defendiéronla tenazmente los vecinos, cuya mayor parte se refugió en esta torre, mientras que en el otro estremo las gentes de armas defendian el castillo con un valor heróico. Cansados al fin los infieles de tan tenaz resistencia, y conociendo que aun cuando ganasen la villa (lo cual en último caso no les seria imposible) ganaban muy poco en proporcion del trabajo que habia de costarles, resolvieron abandonar la empresa y no gastar inútilmente sus fuerzas, cuando por otra parte el rey Don

Alonso se aproximaba á la cabeza de su ejército con intento de presentar la batalla á los infieles. Sucedió, pues, que al pie de la torre descubrieron un gallardo jóven que estaba muy mal herido y casi moribundo. Obstinóse Berta, que así se llamaba la hija del anciano caballero, en que se recogiese en la torre al infiel para prodigarle todos los auxilios que pudiese necesitar. Convino en ello el buen anciano, como quien creia que su amada hija en aquella ocasion habia tenido un buen pensamiento al favorecer á un desgraciado, cualquiera que fuese su religion. Muy de secreto condujeron al moro y le colocaron en un aposento retirado, donde Berta cuidaba casi esclusivamente de su asistencia.

Al llegar aquí el bueno de Ordoño, hizo seña á Flavino para que le llenase la taza, que apuró de un trago.

Luego continuó:

—Pasaron algunos dias, y el gallardo moro fué recobrando la salud de tal manera, que al fin se restableció completamente. Pero el diablo, que nunca duerme, ordenó que Berta se enamorase como una loca del moro, el cual por su parte no debia ser ni lerdo ni manco.

—¡Malditos de Dios sean los moros! esclamó Bermudo.

—Pues yo á ella culpo, dijo Flavino. ¡Mal hayan las doncellas cristianas que se enamoran de los infieles!

—Al cabo el buen viejo se enteró del entruchado, porque la hermosa Berta se encontraba ya en un estado en que no le era posible ocultar sus amoríos con el moro. Ciego de cólera el anciano, mandó á sus gentes que quitasen la vida al infame seductor de Berta. Aguardaron los servidores á que el moro estuviese dormido, y entonces lo degollaron. Precisamente aquella noche Berta dió á luz un niño, cuyo padre en el mismo momento acababa de sucumbir á manos de las gentes de D. Rugiero, que así se llamaba el anciano señor de la torre. Cuando la terrible Berta se hubo enterado del triste fin de su amante rugia de furor como una leona, y para vengarse concibió un proyecto espantoso.

El locuaz Ordoño se detuvo, y despues de tomar un trago continuó:

—Apenas la iracunda jóven se habia restablecido, cuando afectó para con su padre el mas sincero cariño. D. Rugiero estaba en estremo afligido por la deshonra de su hija, que con tan poco recato se habia entregado al amor de un enemigo de nuestro Dios y de nuestra patria. Pero conociendo el anciano que lo hecho no tenia ya remedio, procuró alejar de su mente los dolorosos recuerdos que sin cesar le abrumaban. Cuando mas parecia haberse dulcificado el carácter de Berta, dió á conocer toda la perfidia y la crueldad que encerraba su corazon asesinando á su anciano padre.

—¡Qué horror! dijo Bermudo.

—¡Maldita Berta! esclamó Flavino.

—Hay quien dice que desde aquella noche Berta se volvió loca; pero lo cierto del caso es que desde entonces comenzaron las apariciones que tanto terror han causado en esta comarca.

—Eso, eso de las apariciones es lo que yo quiero saber cuanto antes, dijo Flavino.

—Veamos, añadió Bermudo.

—Dicen que todas las noches se aparecia la sombra de Don Rugiero, que cruzaba por los pasadizos de la torre, y que dirigiéndose al aposento de su hija, se detenia en la puerta y la maldecia tres veces. Y luego se alejaba, dejando á todas las gentes de la torre petrificadas de horror.

—La cosa no era para menos, dijo Bermudo.

—A fé que yo me hubiera muerto de susto, añadió Flavino.

—¿Y qué fué al fin de Berta? interrogó Bermudo.

—Dicen que algunos años despues se aparecian las sombras de Berta y de Rugiero para maldecir á su vez al misterioso habitante de los subterráneos de la torre.

—¿Y vive todavía?

—Muchas personas hay en Villanueva que han visto alguna vez á ese hombre misterioso.

—¿Y quién será?

—Yo tengo para mí, dijo Ordoño, que es el hijo de Berta.

—¿Quién sabe? Acaso sea el alma del moro, que andará penando, observó el buen Bermudo.

—¡Vive Dios! esclamó Flavino. Yo no quisiera mas que saber cómo desde el otro mundo pueden las ánimas llegar á la tierra. ¿Será eso posible?

—¿Y quién lo duda?

Los tres escuderos guardaron silencio durante largo rato. Solo fué interrumpido aquel silencio por el ruido del mosto que se escanciaba en la taza, y por los chasquidos de la leña que ardia en el hogar.

Flavino parecia muy preocupado.

Bermudo estaba muy embebecido en sus pensamientos de ánimas en pena y apariciones de moros.

Y Ordoño estaba muy soñoliento, á causa de sus abundantes y frecuentes tragos.

Al fin el jóven Flavino rompió el silencio diciendo:

—A fé que ha tenido nuestro señor el conde D. Zuria muy buena idea en encerrar á su hermosa hija en esta torre.

—Yo lo creo, dijo Bermudo; en ninguna parte puede estar mas segura Doña Adosinda que en la torre de las Animas, donde á buen seguro que se atreva su amante á intentar siquiera arrebatarla.

—¿Quereis que os diga la verdad? dijo Ordoño despertándose y abriendo desmesuradamente sus ojos. Pues me parece que D. Zuria no hace muy bien en contrariar los amores de su hermosa hija.

—Ya sabrá él por qué lo hace, dijo Bermudo.

—¿Pero sabrá D. Zuria quién es el amante de su hija? preguntó Flavino, fijando una mirada escrutadora en sus compañeros.

—Claro está que debe saberlo, y que además no será persona de mucha cuenta, cuando el conde se opone á estos amores, dijo Bermudo.

—Diz que D. Zuria quiere casar á su hija con el duque de Aquitania, á quien favorece mucho el rey D. Fruela, dijo Ordoño.

—¡Pobre Adosinda! esclamó Flavino. Yo no sé por qué nos habrá elegido D. Zuria para que seamos sus carceleros. Solo el verla me parte el corazon.

—Las jóvenes, dijo Bermudo, son muy casquivanas, y conviene que sus padres las corrijan.

—Pero no que sean sus verdugos.

—A nosotros solo nos toca obedecer y callar, observó el sesudo Ordoño.

Flavino era el encargado aquella noche de velar en la antecámara de la prision de la bella cuanto desdichada Adosinda, pues fácilmente habrá comprendido el lector que el conde Don Zuria, vivamente irritado por la resistencia que su hija oponia á dar su mano al duque de Aquitania, la habia mandado encerrar en la torre de las Animas.

Ya sabemos tambien que la infeliz doncella habia encontrado medio, valiéndose de un fiel servidor, de participar á su amado la aflictiva situacion en que se hallaba.

Adosinda, pues, conocia el sincero afecto que Flavino le profesaba, y por lo tanto no habia vacilado en confiar sus cuitas al jóven escudero, el cual dió á un hermano suyo el mensage que su señora deseaba trasmitir al infante Wimarasio.

La noche estaba fria, pero estrellada.

La torre de las Animas estaba escueta por todas partes, menos por donde estaba contigua á la casa que habitaba Ordoño. A la salida de la villa por aquel punto se dilataba una apacible llanura cubierta de blando césped y de algunos álamos que acotaban un arroyo en sus dos márgenes.

Entre aquellos álamos habia un hombre oculto que de vez en cuando dirigia su mirada ansiosa hácia la vetusta torre. Parecia como que aguardaba con impaciencia el momento de una cita importante.

Ya hacia mucho tiempo que estaba en espera el desconocido, cuando de repente se oyó el galope de un caballo.

El desconocido salió al encuentro del ginete diciendo:

—¿Flavino?

—No es Flavino, respondió una voz áspera.

—¡Fromestano! esclamó el desconocido reconociendo al cacapitan de la guardia del rey D. Fruela.

—¡Querido Wimarasio! esclamó el hijo de Argerico. ¿Vos por aquí?

Los dos amigos se dieron un estrecho abrazo.

—Sin duda te sorprenderá encontrarme en este sitio, dijo el infante.

—A la verdad que no esperaba tener semejante encuentro.

—¿Y qué hay de nuevo en la corte?

—Mi padre ha sido preso por órden del rey.

Y Fremestano refirió á Wimarasio todo lo que ya sabe el lector respecto á la causa de la prision de Argerico.

—¡Noble caballero! esclamó el infante. ¡Cuánto siento haber sido yo la causa de su encarcelamiento!

Debemos advertir que Fromestano solo sabia que su padre estaba prisionero en el castillo de Samos, pero ignoraba de todo punto la cruel sentencia del rey, que, como ya sabemos, habia mandado al conde D. Aurelio que condujese á Argerico al castillo de los Lamentos, donde debian sacarle los ojos.

—¿Vienes acaso á ver al conde D. Zuria? preguntó el infante.

—Traigo para él unas letras de vuestro hermano.

Esta noticia, por mas que á primera vista fuese sencilla ó trivial, causó honda impresion en el ánimo de Wimarasio.

Desde luego sospechó que el mensage de su hermano tenia relacion con el matrimonio de Adosinda.

—¿Tú vuelves en seguida al castillo de Samos? preguntó el infante.

—En cuanto el conde D. Zuria conteste á las letras del rey.

—Tu padre me prometió darme aviso de todo cuanto acaeciese en la corte.

—Ahora le será imposible cumplir su promesa.

—Ya que Argerico está preso, encárgate tú de averiguar cuándo podré regresar á la corte de mi hermano.

—D. Fruela está muy mal dispuesto hácia vos, y conviene que vivais con muchas precauciones.

Wimarasio suspiró. Amaba tiernamente á su hermano, y le afligia sobremanera verse obligado á huir de su presencia como de su mas encarnizado enemigo.

Despues de convenir ambos amigos en el modo de darse aviso de los sucesos que lo mereciesen, Fromestano siguió su

camino hácia Villanueva, mientras que el infante continuó en acecho hasta ya muy adelantada la noche.

Comenzaba á impacientarse Wimarasio, cuando se le presentó Flavino.

—¿Podré verla?

—Seguidme.

El infante dió órden á su escudero Sancho para que les siguiese de lejos, llevando del diestro los caballos.

Flavino condujo al apasionado caballero al pie de la torre por el sitio en que pendia una escala.

—Fuerza es, señor, que os resigneis á subir por aquí, pues no me he atrevido á que penetremos en la casa de Ordoño, que siempre tiene los ojos cerrados y nunca duerme. Es astuto como un zorro.

—Lo has pensado muy bien, Flavino.

Pocos momentos despues ambos se hallaban en la plataforma de la torre.

—Aguardadme aqui, señor; voy á esplorar el camino.

El infante hizo un gesto de resignacion.

Pero el jóven Flavino no se hizo esperar mucho. El escudero asió de la mano al enamorado mancebo, y bajando una escalera de caracol y atravesando galerías y pasadizos, lo condujo al aposento en que yacia la desdichada Adosinda.

El corazon se le queria salir del pecho de ira y de amor, al contemplar el valiente caballero á su hermosa Adosinda en el cruel abandono á que la habia condenado su bárbaro padre.

La habitacion era circular, y la maciza bóveda, de muy poca altura, pesaba sobre la jóven como la losa de un sepulcro. Una lámparilla iluminaba débilmente la estancia. Al pálido brillo de aquella luz pudo contemplar el gentil Wimarasio el bello y melancólico rostro de su amada.

—¡Bárbaro padre! esclamó el caballero.

—¡Amado mio!

Los dos amantes se abrazaron, y dulces lágrimas se agolparon á sus ojos.

—¡Dios mio! ¿Era asi como yo debia volver á verte? Mi

corazon se oprime, idolatrada Adosinda, al verte en tan espantosa prision.

—Me queda un consuelo en medio de tantas aflicciones. ¡Todo lo que sufro es por ti, querido Wimarasio!

—¡Ah! Yo tambien seré tu libertador. Tú me seguirás, y lejos de tu padre el amor nos prodigará sus mas bellas sonrisas. Esta misma noche abandonarás esta mansion horrible... Un hado adverso siembra por todas partes desdichas debajo de nuestros pies... Tu padre quiere violentar tu corazon y arrebatarme la dicha de mi existencia, la felicidad de mi alma... Y mi hermano tambien me persigue, porque sospecha sin fundamento que yo soy su enemigo, y que deseo quitarle el trono y la vida... ¡Tú estás prisionera, yo estoy fugitivo!...

—¿Y qué importa, amado de mi corazon, que todos los poderes de la tierra se conjuren contra nosotros? ¡El amor será el centro de nuestras almas!

—Dices bien, Adosinda. ¡El amor será el centro de nuestras almas! Mi universo está en tus ojos y en tu corazon.— ¿Estás resuelta á seguirme?

Adosinda se sonrió melancólicamente.

—Mi padre quiere que dé mi mano de esposa al duque de Aquitania.

—¿Y qué piensas hacer?

—Sufrir todo cuanto mi padre me ordene; pero no accederé nunca á dar el nombre de esposo á un hombre á quien aborrezco.

—¿Luego no quieres seguirme?

—Amado mio, no puedo, no debo huir de este encierro á que me ha condenado mi padre...

Wimarasio se sonrojó y calló.

Al fin rompió su silencio diciendo:

—Entonces tampoco debes desobedecer á tu padre cuando te manda que seas esposa del duque.

Adosinda bajó los ojos y comenzó á llorar.

—Hay exigencias tan duras, dijo, que el carácter mas apacible se resistirá á ellas. Yo amo y respeto á mi padre; pero ¿cómo he de poder obedecerle si me manda que para siempre renuncie á la dulce esperanza de vivir con mi amado Wimara-

sio? ¡Dios mio! Yo no sé qué pensar ni qué hacer... ¿Por qué mi corazon está en contra de lo que mi padre me ordena? ¿Por qué el cielo me envía conflictos superiores á mis fuerzas? Yo quisiera seguirte; pero ¿y mi padre? Yo quisiera obedecer á mi padre; pero ¿y mi amor?

Y así diciendo la hermosa Adosinda, lloraba amargamente.

Entre tanto el semblante de Wimarasio se iba poniendo cada vez mas ceñudo.

—Conque es decir que yo he venido inútilmente, dijo al fin. ¿Para qué me has llamado? Yo creia que mi amada Adosinda se apresuraria á seguir á su amante, á su esposo delante de Dios, y que podria serlo muy pronto delante de los hombres. Desde ahora te digo que no comprendo tu conducta.

—¡Amado mio!

—¿Para qué me has llamado? insistió el infante.

—¡Y me lo preguntas, cruel! En medio de mi desdicha, encerrada en este calabozo, abandonada de todo el mundo, ¿á quién debia volver mis ojos sino al hombre á quien mi alma adora?

—Y ese hombre viene en alas de su amor para salvarte de la violencia que quieren ejercer sobre tí, para sacarte de esta mazmorra inmunda, para conducirte al altar, para llamarte su esposa, para mirarse en tus ojos como en un cielo de amor y de ventura, y ese hombre solo escucha de tu boca algunas palabras confusas que vienen á decir: «Tu venida ha sido inútil, yo no puedo salir de este encierro.»

—Sí, sí, Wimarasio, tienes razon, yo no sé lo que digo ni lo que hago... ¡Huyamos, huyamos pronto de aquí!

—¡Amada de mi corazon!... Sígueme, y con tal que yo sienta latir mi corazon junto al tuyo, todas las penalidades de la vida me serán ligeras. ¡Oh Dios mio! ¡Qué inefable ventura! Adosinda es mia y su rostro de querubin estará siempre á mi vista, y su voz de ángel resonará continuamente en mi oido como un eco de los cielos.

—Sí, sí, yo te seguiré á todas partes. ¡Dios lo quiere! ¿Por qué si no, me habia de haber infundido este amor que me impulsa hácia tí con tan irresistible poderío?... ¡Ah!... ¡Funestos recuerdos! ¡Sombra irritada de mi padre!... Dejadme, dejad-

me que me entregue con delicia al pensamiento consolador de que me veré libre de este calabozo, bajo la bóveda azul del firmamento, y que al plácido fulgor de la luna podré ver tu semblante adorado, en el cual está escrito mi destino por la mano del amor...

De repente se abrió la puerta de la estancia, y apareció Flavino todo pálido y demudado.

—¿Qué sucede? preguntó el infante.

—¡Estamos perdidos! esclamó el escudero.

—¿Nos han descubierto?

—Ordoño y Bermudo han dado la voz de alarma y vienen del castillo acompañados de una multitud de ballesteros.

Comó dos amantes pajarillos se requieren de amor en la verde copa de un árbol en la estacion de las flores, y súbito aparece el cazador que los persigue llenándolos de espanto, así quedaron los dos amantes helados de terror al recibir la funesta noticia que les comunicó Flavino.

—¡Sálvate, amado mio! esclamó Adosinda.

—¿Vendrá tu padre?

—Eso es lo que temo.

—Eso es lo que yo deseo.

—Te sacrificará á su furor.

—¿Por ventura no tengo espada en el cinto?

—¿Y esgrimirás tu acero contra mi padre?

—¡Ira de Dios!

—Flavino, dijo Adosinda, ¿no habrá medio de que mi amante se oculte á las miradas de mi padre? Vencedor ó vencido, para mí es igual la desventura.

—Yo no veo mas camino que implorar la piedad del conde, respondió el atortolado escudero.

Adosinda retorcia sus manos de dolor, porque sabia hasta qué punto era temible el carácter feroz de su padre.

Por último, la encantadora vírgen con una angustia suprema se dirigió á Wimarasio diciendo:

—Por Dios te ruego, amado mio, que no arrostres la cólera de mi padre. El duque de Aquitania está en su compañía. Ambos querrán darte la muerte. Si me amas, aléjate pronto,

ábrete un camino aunque sea por entre las mismas gentes de armas, pero respeta á mi padre, y sobre todo escápate de sus manos.

—Bien, mataré al duque, dijo Wimarasio con una calma tan imperturbable como terrible.

—¡Wimarasio de mi alma! No permanezcas impasible, los momentos son preciosos, el peligro es inminente ¡Sálvate!

Abrióse en esto la puerta, y se oyó una voz que repetia como un eco:

—¡El peligro es inminente!

Nuestros personages no pudieron menos de sorprenderse sobremanera al ver un hombre completamente desconocido, y cuyo aspecto y trage tenian tal carácter de singularidad, que en cualesquiera otras circunstancias hubiera llamado vivamente su atencion.

Pero en el caso presente la admiracion de los circunstantes subia de punto, supuesto que ninguno de ellos habia visto jamás al desconocido y ni tampoco acertaban á esplicarse su presencia en tal sitio y en tan crítico momento.

El infante, creyendo al pronto que aquel hombre fuese su enemigo, desenvainó la espada diciendo:

—¿Quién sois vos?

—Un amigo que os envia la Providencia. El duque de Aquitania os dará sin duda la muerte, si llegais á caer en su poder. —¡Venid!

El infante Wimarasio dirigió á Adosinda una mirada que parecia decir:

—Si me sigues, consiento en evitar el peligro.

—Guiadnos, señor. Nosotros os seguiremos, dijo Adosinda al desconocido.

—Nada temais, seguidmé.

Apenas habian salido nuestros personages de la estancia, cuando en direccion opuesta aparecieron el conde D. Zuria y el duque de Aquitania á la cabeza de sus gentes de armas.

CAPITULO V.

La casa de los Ecos.

No muy distante de Villanueva habia una casa en un despoblado, que era además de suntuosa, por estremo admirable.

¿Quién habia levantado aquella casa de piedra en medio de un yermo? — Nadie lo sabia.

Pero el vulgo contaba mil patrañas acerca de aquel edificio. Todas estas hablillas traian su origen de una circunstancia notable que daba carácter y estrañeza á la mencionada casa. Varias de sus habitaciones estaban dispuestas de modo que mil y mil Ecos repetian lo que se hablaba, como si hubiese allí multitud de genios que fuesen copiando las conversaciones de distancia en distancia.

Era de noche.

La soledad y el silencio rodeaba á la naturaleza como un paño mortuorio.

Y contra lo que ordinariamente acontecia, aquella noche se escuchaba ruido en la misteriosa casa.

Paseándose por un patio donde estaban las caballerizas, hablaban dos escuderos, al parecer, con grande animacion. Es posible que creyesen que se hallaban en un inminente peligro, y nos inclinamos á esta opinion teniendo en cuenta que departian de esta manera:

—No las tengo todas conmigo, Sancho.

—Yo no sé qué pensar, amigo Flavino.

—Esta vivienda me dá muy mala espina.

—Parece un palacio encantado.

—¿Habremos caido en una ratonera?... ¡Cuerpo de Cristo!

—El que nos ha traido á este sitio parece un alma en pena.

—¿Si tendrá pacto con el diablo?

—De menos nos hizo Dios.

—Y ahora recuerdo que habiéndosenos aparecido en la torre de las Animas... Milagro de Dios será, si este hombre no tiene algo de brujo ó de diabólico... ¿Sabes, Sancho, que no me llega la ropa al cuerpo?

—¿Has oido?

—¿El qué?... ¡Ah!... ¡Es cierto!

—Parece que una legion de diablos está chirreando por allá arriba.

—Eso debe ser el aire, que zumba de mil modos en las almenas y tragaluces de aquella torre.

Y el escudero señalaba á un cubo que estaba en un ángulo del patio, y en cuyas almenas efectivamente el viento á la vez zumbaba, gemia, bramaba.

Mientras que así departian los dos escuderos en el patio de la misteriosa casa, varios ginetes, semejantes á los caballeros encantados de las leyendas alemanas, galopaban por el campo y entre las tinieblas, rápidos y confundidos entre sí, como las visiones de un ensueño.

Los caballeros hicieron alto á corta distancia de la casa de los Ecos.

El gefe de aquella tropa era el conde D. Zuria.

—¡Ira de Dios! ¿Habremos perdido la pista?

—No me parece fácil encontrarla á tales horas, respondió el capitan de la mesnada del conde. Mejor sería aguardar á que amaneciese.

—La impaciencia me consume.

—Pues adelante.

—¡Adelante! gritó la tropa.

Pocos momentos despues el conde D. Zuria y los suyos pasaron junto á la casa de los Ecos.

Sin duda llamó la atencion de los nocturnos caminantes aquel suntuoso edificio; pero no se detuvieron en él, ó por no

perder tiempo, ó porque acaso juzgaron que era imposible se encontrasen allí las personas á quienes buscaban.

Entre tanto hallábanse tres personages en un aposento de la misteriosa casa.

La habitacion estaba adornada con sencillez, pero con magnificencia. Antiguos sitiales de nogal con remates de oro y labores góticas decoraban la estancia, y en sus paredes se veían algunas pinturas en tabla. Eran retratos, al parecer, de los antiguos señores de aquella estraña mansion.

Lánguidamente reclinada en un sitial, y tan bella como dolorida, veíase una jóven que fijaba sus ojos llenos de amor y de lágrimas en un gallardo caballero. Este permanecia junto á ella como estasiado en la belleza de su amada. Otras veces se paseaba á lo largo del aposento con actitud meditabunda.

Inmóvil y silencioso contemplaba á los dos amantes un tercer personage, cuyo aspecto cautivaba la atencion y el interés, á la par que despertaba la mas viva curiosidad.

Jamás la mirada de un ser humano ha brillado con un fuego mas ardiente ni con una espresion á la vez mas sombría, melancólica y bondadosa. Nunca una frente, asiento del genio, se ha ostentado á los mortales con mas admirable simetría ni con magestad mas soberana. Era la estatura del desconocido el punto misterioso donde se reunen los estremos de pequeño y de grande, de donde resulta la hermosa proporcion que ven los ojos, la belleza que concibe el alma, la salud y la fuerza que se difunden por todos los miembros.

Frisaba el desconocido en esa edad en que la primera juventud espira y en que la virilidad se ostenta en todo el esplendor de su inteligencia y en todo el poderío de sus pasiones.

Aquel hombre habia nacido para encerrar en su pecho todas las fuerzas gigantes de la misteriosa y múltiple naturaleza humana.

Todas las virtudes brillaban en su semblante.

Todas las pasiones ardian en sus ojos.

Y acaso todos los vicios eran el origen de aquella tristeza profunda y desesperada que parecia decir: — «Mi alma está inconsolable.»

El bien y el mal se repartian por iguales partes aquel alma audaz como Satan, aquel corazon ardiente como las entrañas del Etna.

Era aquel hombre un foco de vida tan rico y variado, que se confundian en él las nebulosas tempestades de las pasiones desencadenadas, la tea incendiaria del crímen, la antorcha de la virtud, los negros vapores del error y el sol radiante y sereno de la inteligencia.

¿Era esto por ventura un mónstruo? ¡Ah! No... ¡Era un hombre!

¿En dónde habia nacido aquel mortal estraordinario? ¿Cuál era su nombre? —Nadie lo sabia.

Ordinariamente el desconocido hablaba muy poco; pero su fisonomía era tan movible, que ella sola espresaba todo lo que sentia, todo lo que pensaba. Su rostro, por decirlo así, tomaba todas las formas de la elocuencia. Sus facciones, como ecos de su alma, se prestaban á repetir con humilde fidelidad todos sus pensamientos, cuando él queria manifestarlos. Del mismo modo la misteriosa casa se prestaba á repetir una palabra hasta lo infinito.

Diríase que aquel estraño personage habia nacido para habitar é identificarse con aquella mansion no menos estraña.

Inútil parece añadir, despues de lo que hemos oido á los escuderos, que el incógnito se habia aparecido como su libertatador á los dos amantes cuando se hallaban en la torre de las Animas.

Tal vez su intencion primera fué libertarlos del peligro que les amenazaba; pero á la sazon quizás ningun hombre odiaba mas á Wimarasio que el señor de la casa de los Ecos.

Ninguna mujer tampoco existia sobre la tierra dotada de una belleza que mas pudiera conmover hasta las últimas fibras del corazon del hombre, que la encantadora Adosinda.

Cualquier amante se hubiera estremecido al observar la rápida pero profunda mirada que el desconocido lanzaba á la hermosa jóven, siempre que Wimarasio se volvia de espaldas continuando sus paseos.

Despues que el misterioso personage hubo esplicado á sus

huéspedes algunas de las estrañas particularidades de aquella vivienda maravillosa, los invitó á que descansasen y á que permanecieran allí todo el tiempo que les placiese.

Manifestó el infante su agradecimiento al incógnito protector, y le dijo que despues de descansar algunas horas, estaba resuelto á continuar su camino, ó por mejor decir, su fuga.

El señor de la casa de los Ecos frunció las cejas cuando oyó la resolucion de Wimarasio.

Y tocando un silbato de oro, apareció un hombre de tez curtida, de cabellos crespos y negros y de talla gigantesca.

A una seña de su señor, el criado quitó la mesa en que habian cenado los caminantes. Despues tomó una luz y condujo á los jóvenes á sus respectivos dormitorios.

Pocos momentos despues volvió el escudero y preguntó á su señor:

—¿Necesitais de mis servicios?

—¿Han venido?

—No vendrán hasta el amanecer.

—Avísame cuando vengan.

Y despidió al escudero con un ademan.

El señor de la casa de los Ecos se quedó solo. Su sombra se proyectaba agigantándose en los muros de la estancia. El silencio era sepulcral, y los antiguos retratos que revestian las paredes parecian otras tantas figuras del otro mundo que tenian fijas sus miradas severas en su altivo descendiente.

El caballero parecia cada vez mas agitado. En sus ojos árabes brillaba un resplandor siniestro. Su semblante estaba mas pálido que de costumbre, y su negra cabellera caia en desórden sobre su espalda. Parecia revestido de todos los horrores de la tumba.

¿Era el recuerdo de un crimen el que así le agitaba? ¿Era el proyecto de un crimen el que le agitaba asi?—Acaso era una cosa y otra.

Pasaron las horas largas como la agonía, y oscuras y llenas de misterios como la noche.

Ya cerca del amanecer se oyó gran ruido en el patio de la solitaria casa, donde penetraron hasta unos treinta ginetes.

Al punto se abrió la puerta de la sala de los retratos y apareció el gigantesco escudero, y dijo:

—Señor, ya están ahí.

—Dile á Rosmundo que venga.

—Voy al momento.

Pocos minutos despues apareció en la estancia un hombre de mediana estatura, pero de talle esbelto y de hermoso rostro. Su color era sanguíneo, su mirada un relámpago, todo su aspecto el de un valiente. Aquel era Rosmundo, el capitan de los ginetes que hemos visto penetrar en el patio.

—A fé que no esperaba encontrarte aquí, querido Fulgencio.

—Sucesos imprevistos me han hecho venir antes.

—Hemos tenido encarnizados encuentros, pero la presa ha sido magnífica.

Los ojos de Rosmundo chispeaban de fiereza y de entusiasmo.

—No se trata ahora de eso, dijo el caballero, á quien daremos tambien el nombre de Fulgencio.

—¿Pues de que se trata?

—De hacer otra presa, sin duda de mas valor que todas las que nosotros hemos hecho en toda nuestra vida.

—Me parece que exageras mucho, pero, en fin, manda y obedecerémos.

Rosmundo profesaba á Fulgencio una adhesion sin límites, una ternura fraternal, pero á la vez un profundo respeto.

No era Rosmundo de carácter tan sombrío como Fulgencio, pero en presencia de este guardaba siempre una reserva y un silencio que parecian ser el reflejo de su amigo y de su gefe.

La actitud de Rosmundo era la del mando y de la altivez, pero sus actos demostraban hasta qué punto llegaba su obediencia. Tratándose de Fulgencio, la incontrastable altivez de Rosmundo se convertia en sumision y en amor. Parecia que su propia felicidad la cifraba en obedecer al señor de la casa de los Ecos, porque repetimos que este hombre singular ejercia un prestigio irresistible en todos cuantos le rodeaban.

Fulgencio permaneció algunos momentos meditabundo.

Al fin rompió su silencio diciendo:

—Dentro de algunas horas saldrán de esta casa cuatro personas. Necesito que te apoderes de ellas.

—¿Qué señas tienen?

—Son un caballero, dos escuderos y una dama.

—¿Y si es necesario matar?...

—Matais á ellos.

—¿A todo trance quieres la dama?

—A todo trance.

—Pues adios. Voy á prepararme para dar el golpe.

—Te advierto que es necesario usar de algunas precauciones.

—Esplicate.

—Ante todas cosas conviene que no os vean para que no pueda sospecharse que son enviados mios los raptores de esa mujer.

—Ahora mismo saldremos de aquí.

—Me parece muy acertado. ¿Os han visto los escuderos?

—No.

—Está bien.—Para mayor disimulo, no debeis atacarlos sino á bastante distancia de esta casa.

—He comprendido.—¡Adios!

Y Rosmundo estrechó cariñosamente la mano de Fulgencio y desapareció.

Cuando el señor de la casa de los Ecos se hubo quedado solo, exhaló un profundo suspiro.

Pero instantáneamente, despues de esta especie de debilidad, su rostro volvió á recobrar su fiereza característica.

Llegó por último la hora de la partida del infante y de su amada.

Fulgencio no habia dormido, y salió á despedir á sus huéspedes con su impasibilidad acostumbrada.

Nadie hubiera podido sospechar la pasion mas profunda bajo un esterior tan indiferente y frio. Debajo de aquella nieve ardia un volcan.

Wimarasio y Adosinda partieron, acompañados de Sancho y de Flavino.

El infante se hallaba en una situacion muy crítica. No podia permanecer cerca de la jurisdiccion señorial del conde Don Zuria, ni tampoco podia regresar á los dominios del rey su hermano, ahora su mas encarnizado enemigo.

Determinó, pues, encaminarse al territorio de los vascones, en donde pensaba encontrar un apoyo en el duque Eudo, con el cual le unian vínculos de la mas sincera amistad.

Y aun pensaba encontrarlo quizás en el camino, pues Wimarasio sabia que el duque Eudo se hallaba pocos dias antes en el castillo de Samos.

El sol comenzaba á salir por las puertas rosadas del Oriente, cuando nuestros caminantes salieron de la misteriosa casa de los Ecos.

Era uno de esos hermosos dias con que suele engalanarse el invierno para anunciar la próxima llegada de la primavera. Las campiñas, espléndidamente adornadas de verdura como de un manto riquísimo de esmeraldas, ofrecian al labrador fecundas esperanzas.

Y aun cuando aquel dia no estuviese coronado por los esplendores del sol, que centelleaban en el cielo, no por eso hubiera aparecido menos dichoso á los ojos de los dos tiernos amantes. Aquel dia para ellos hubiera sido siempre bellísimo aun cuando el sol se hubiese convertido en un monton de escombros ó en un lago de sangre, y aun cuando el aliento glacial de la muerte y el velo de horror con que se cubre la negra noche hubiesen esterilizado y aun aniquilado la naturaleza entera.

En tanto que el hombre existe, abriga dentro de su propia alma un mundo que esclusivamente le pertenece, y que á la vez le conduce al cielo y á la tierra, de que el mismo hombre está formado.

La tristeza y la alegría, la dicha y la desgracia, existen no en la naturaleza, sino dentro del mismo corazon humano.

Bajo las alas sombrías de la tempestad, al ronco fragor del trueno y á la amarillenta luz de los relámpagos, saborearán dos amantes la inefable voluptad de los cielos.

Oprimiendo un troton de noble raza, y llevando en sus bra-

zos á la hermosa Adosinda, caminaba Wimarasio mas feliz que todos los monarcas de la tierra. No era su trono un tablado cubierto de púrpura, y que se parece demasiado á un cadalso. Era un rápido corcel, hijo del viento, y que le arrebataba en el espacio como una nube que vive.

Y Adosinda era su reino, su reina y su universo. La tímida vírgen miraba con adoracion á su hermoso amante. El alma de cada uno se asomaba á sus ojos, y una llama del cielo brillaba en ellos y sus irradiaciones se confundian en ese punto misterioso en que aparece eso que se ha llamado una *mirada* de amor. Se llama así; pero la palabra es insuficiente para espresar esta emocion divina.

La encantadora Adosinda estaba dotada de una belleza inesplicable; pero el amor en aquellos momentos la hacia parecer todavía mas bella.

Era su talle esbelto y magestuosa su estatura. La gracia y el candor se dividian por iguales partes su persona. Su negra y sedosa cabellera caia en abundantes rizos sobre su cuello de cisne. Su boca espresaba melancolía, su voz era suave y armoniosa como las dulces vibraciones de un arpa eolia, y sus negros ojos respiraban la tímida reserva de la vírgen, la bondad de un ángel y el amor de una mujer.

En la rápida carrera que llevaban los dos amantes olvidaban el mundo entero, él estrechando contra su corazon el tesoro de su ternura, mas preciado que todos los tesoros, y ella mirando sin cesar á su amado. El blanco y flotante vestido de la vírgen y la negra armadura del guerrero se destacaban sobre el rápido corcel como si un genio y una hada surcasen abrazados la region de los vientos sobre el hipógrifo de un mago.

La tarde comenzaba á estender sobre los campos su hermoso velo de serena melancolía.

Los rayos del sol penetraban como una lluvia de oro al trasluz de las copas de los árboles de una selva que tenian que atravesar nuestros caminantes. El dia habia encontrado su tumba en los abismos del tiempo, y ellos tambien debian encontrar el sepulcro de sus brillantes ilusiones en el ocaso de aquel dia memorable, que principió dichoso y acabó funesto.

El buen Wimarasio comenzó á ponerse triste como el recinto de la selva por donde caminaban.

Afligíase el mancebo al pensar en las privaciones que debia sufrir su amada si, como era muy posible, no encontraban albergue aquella noche.

Tendió su vista en torno suyo, pero no descubrió pueblo, castillo, casa ní choza. Por todas partes la naturaleza se ostentaba salvage y emancipada del hombre.

Antes de que la oscuridad les impidiese elegir un parage á propósito para hacer allí asiento aquella noche, Wimarasio resolvió detenerse en un lugar que creyó adecuado para pernoctar. Mandó á los escuderos que trabasen los caballos y les quitasen los frenos para que pudieran pacer libremente. En seguida levantaron sobre estacas una especie de tienda con las mantas y lienzos que llevaban, grosero gabinete que debia servir aquella noche de resguardo y habitacion á la hermosa Adosinda.

Wimarasio y sus escuderos determinaron quedarse al raso para velar el sueño de la dama.

Y para hacer menos incómoda la velada encendieron una hoguera, faro funesto que debia guiar á sus enemigos al través de las tinieblas.

Acababa Wimarasio de dormirse junto á la lumbre, sirviéndole de almohada la silla de su caballo, cuando súbito resonó un terrible grito, que reconoció ser de su amada Adosinda.

Levántase despavorido el caballero, dirígese á la tienda donde la jóven reposa, y la ve salir á su encuentro con el rostro pálido, temblando de terror y llorando.

—¿Qué ha sucedido?

Y el infante pasea una mirada escrutadora en torno suyo. Nada descubre.

Aplica el oido, y nada escucha sino los siniestros rumores de la noche, el viento que susurra en los árboles, el arroyo que murmura, y el buho que exhala á lo lejos su fúnebre graznido.

—¡Amado Wimarasio!... ¡En vano buscas al rededor de ti el origen de mi inquietud!... ¡Oh Dios mio!... ¡Qué noche!...

LÁM. 3.ª



¿Qué ha sucedido?



—Habla, amada Adosinda; habla.

En aquel momento la luna, hasta entonces velada por algunas ligeras nubes, apareció en el azul del cielo como un ave luminosa que para lucir sus espléndidas galas aguardase á que las sombras de la noche realzasen mas y mas su triunfo y su hermosura.

Wimarasio condujo de la mano á la jóven y la hizo sentarse junto á la hoguera. Adosinda estaba pálida, trémula y yerta.

—¡Qué sueño tan horrible! esclamó al fin la doncella... ¡Cuánto siento haberte molestado!... Ya estarias dormido, ¿no es verdad?

—Pero ¿qué pensamiento te ha afligido tan cruelmente?

—Un vano ensueño... ¡Ah! ¡Si vieras qué miedo tan espantoso esperimenté, amado mio! Yo olvidaba que tú estabas á mi lado... Apenas mis párpados se habian cerrado bajo la mano del sueño, cuando me pareció ver la sombra de mi padre que armado de un puñal se dirigia hácia mi lecho. Yo le pedia perdon, porque no habia obedecido sus mandatos; pero amarte no era un delito, sobre todo, cuando mi corazon, arrastrado por una fuerza irresistible y que parecia ser un precepto de Dios, me decia sin cesar: «ama á Wimarasio...»

—¡Idolatrada Adosinda!

—Mi padre irritado se abalanza furioso é intenta clavarme el puñal; pero de pronto te apareces tú, desconoces á mi padre, sacas tu espada y ¡ay de mi! le atraviesas el corazon.

—¡Qué horrible pesadilla!

—Yo lancé un grito desgarrador; despierto, sollozo, oigo tu voz, y entonces veo desvanecido mi espantoso ensueño y... es una realidad harto dichosa para mí... ¡Tú estás á mi lado!... ¡Y esto no es un sueño!

Wimarasio con los ojos inundados de lágrimas estampó un beso en la pura y serena frente de la virgen.

El noble caballero sentia derretirse su alma en una ternura infinita, al observar el amor profundo que por su parte le profesaba tambien Adosinda.

Pero el buen Wimarasio tambien se habia estremecido de horror con el relato de su amada. ¿Sería tal vez aquel terrible

ensueño un misterioso presentimiento? El corazon de la mujer, y de la mujer enamorada, tiene una fuerza divina para sentir y para adivinar. Todo esto se le ocurria á Wimarasio, y temblaba al pensar que aquel horroroso ensueño pudiera ser una funesta profecía.

El infante, sin embargo, no manifestó sus temores á su amada. Acaso ella tambien hizo lo mismo.

—Procura desechar, amada Adosinda, las imágenes espantosas que te han agitado. Los sueños no tienen mas existencia que la que les presta nuestra propia imaginacion. Afortunadamente hoy somos en la realidad los mas dichosos de los amantes.

—Sí, sí, tienes razon. Los sueños no son mas que delirios, fantasmas informes de una imaginacion enferma. El cansancio del camino... el temor de que nos persigan... ¿Quién sabe? ¡Qué necia soy!... ¿Crees tú realmente que los sueños no son avisos del cielo?

Wimarasio hizo un esfuerzo sobre sí mismo para ocultar sus mas secretos pensamientos, y respondió:

—Yo afirmo que no debemos dar crédito á los sueños.—Tranquilízate y procura dormir, el descanso te es necesario, pues mañana debemos continuar nuestra marcha.

No bien el infante habia concluido de pronunciar estas palabras, cuando de repente se oyó ruido de armas, pisadas de caballos y voces de hombres.

Wimarasio se levanta como el avaro que siente abrir las puertas que encierran su idolatrado tesoro. Los escuderos aturdidos acuden con las espadas desnudas. Frio sudor corre de sus frentes, el espanto hiela sus corazones.

Pero muy pronto á la turbacion de la sorpresa sigue el fuego de la ira. Ya era tiempo de defenderse y de ofender.

Adosinda desmayada es conducida á la tienda por su amante. Aquel pequeño y rústico aposento en que descansaba la hermosa jóven, era el santuario que defendian con heróico valor Wimarasio y sus fieles escuderos.

Ellos ¡ay! son muy pocos, y además pelean á pie. Los contrarios son muy numerosos y combaten á caballo.

¡Horrenda fué la lucha! Un corazon valiente, si no puede vencer el negro influjo de un destino adverso, puede á lo menos retardar la victoria y vender cara su vida. Tal hizo el valeroso Wimarasio, que al fin cayó traspasado de muchas y muy crueles heridas.

Al pálido fulgor del astro de la noche un feroz guerrero reconoció á Wimarasio, y viéndole tendido en tierra y casi exánime, vaciló algunos instantes en llevar á cabo su homicida intento, pero al fin dirigió su espada infame al pecho del moribundo.



CAPITULO VI.

Donde se ve que cada cual en este mundo encuentra la horma de su zapato.

El cobarde guerrero que habia acometido tan sin piedad al infeliz Wimarasio, esperimentó de pronto una emocion de inesplicable espanto. Advirtió que no podia mover el brazo. Una maño invisible se lo habia sujetado en el momento mas crítico.

Volvió el rostro, y vió una figura blanca que temblaba como la palma azotada por el huracan y que guardaba silencio como una estátua. Era Adosinda. La hermosa jóven, sin embargo, queria hablar, pero le era imposible. El terror se lo impedia.

Durante el combate la doncella habia recobrado sus sentidos, y entre los que peleaban reconoció la voz de su padre el conde D. Zuria.

Adosinda se estremeció de horror al pensar que su padre pudiera ser el matador de su amante, ó bien que este pudiera dar muerte á aquel. Se acuerda de su sueño, eleva su alma al Dios de los afligidos, póstrase en oracion ferviente, y ruega á la vez por los dos enemigos, por su padre y por su amado.

Cesa algun tanto el estruendo, y Adosinda siente un impulso irresistible que la arrastra fuera de la tienda. Junto á ella distingue un guerrero tendido en tierra, y ve además otro campeon que con la espada desnuda se dispone á atravesar el corazon al que yace en el suelo.

Reconoce á su padre, y el amor con su voz misteriosa le dice á la doncella que el otro es Wimarasio.

Precipítase la jóven sobre D. Zuria, y con fuerza sobrehumana le detiene el brazo homicida. El conde, segun hemos

dicho, habia vacilado algun tanto en ensañarse tan bárbaramente contra un vencido. Obraba contra lo que le decia su honor y su conciencia, y por lo tanto esperimentó un terror indefinible al ver detenido su brazo en el momento en que menos lo esperaba. ¿Quién se atrevia á poner las manos en el que era gefe de toda aquella tropa?

Cuando el conde D. Zuria reconoció á su hija, se indignó al pronto, pero despues en el fondo de su corazon casi le agradeció que le hubiera impedido asesinar á Wimarasio.

D. Zuria no tenia remordimientos porque el infante sucumbiese á las heridas que habia recibido de diversas manos; pero sin duda le hubiera mortificado mucho, despues de haber pasádo algun tiempo, el pensar que á sangre fria habia dado muerte á un tan cumplido caballero como lo era Wimarasio, por mas que este á la sazon le contrariase en sus proyectos de enlazar á Adosinda con el duque de Aquitania.

No obstante D. Zuria creyó que podia sacar partido del estado en que se hallaba el infeliz Wimarasio. Este, aunque habia recibido muchas heridas, ni habia perdido el conocimiento, ni estaba menos tranquilo de lo que conviene á un valiente á quien la fortuna ha hecho traicion. Herido y desarmado, no estaba abatido. Su mirada era serena y aun desdeñosa. Mas parecia vencedor que vencido.

Una sola cosa le inquietaba. Tenia la seguridad de que la suerte de su adorada Adosinda seria mucho mas amarga desde aquel dia, al mismo tiempo que tambien le era en estremo doloroso separarse de aquella mujer tan querida.

Sancho, el fiel escudero del infante, se habia apresurado á vendar las heridas de su señor, aunque él mismo tambien estaba herido.

D. Zuria, ensañándose contra Flavino, á quien acusaba de traidor, intentaba darle la muerte, y mandó á los suyos que lo colgasen de un árbol. En vano el infeliz mancebo imploraba la piedad del feroz D. Zuria. Este permanecia inflexible, y hasta rechazó con brutal aspereza á la sensible Adosinda, que derramaba lágrimas en favor de Flavino.

En cuanto á Wimarasio, el conde D. Zuria dispuso que le

trasladasen adonde hubiese comodidad de que fuese curado.

Pero el infante se resistió á recibir la vida de aquellas mismas manos que le arrebataban á Adosinda.

—¿Por qué no quereis que vuestra hija sea mi esposa?

El conde fingió no haber oido la pregunta de Wimarasio; pero este repitió su pregunta.

—Porque sois un infame raptor, respondió D. Zuria.

—¿Y por qué habeis sido un verdugo para vuestra hija, en vez de ser un padre cariñoso?

—Porque he querido.

—Pues yo he querido y debido ser no el raptor, sino el libertador de vuestra hija.

—¡Vos sois un traidor!

—¿A quién he hecho traicion? dijo el buen Wimarasio, esforzándose por aparecer tranquilo.

—A vuestra patria y á vuestro hermano.

—¡A mi hermano!

—¿Pensais acaso que ignoro vuestras maquinaciones para quitarle el trono y la vida á D. Fruela?

—¡Mentis!

—¡Qué dolorosa fascinacion! esclamó Adosinda. Si vos le conociéseis, padre mio, no abrigariais semejante error, tratándose de un tan cumplido caballero. ¡Él es todo bondad, todo amor, todo lealtad!

—¡Silencio! esclamó furioso el conde.

Entre tanto los satélites de D. Zuria se empeñaban en arrastrar al infeliz Flavino al lugar donde debia ejecutarse la cruel sentencia.

—¡Perdon! esclamó el triste escudero al pasar junto á su señor.

El conde ni le miró siquiera.

Comenzaba á alborear el dia cuando esta escena tenia lugar.

—¡Perdon! ¡Perdon! repitió Flavino con voz dolorida, y abrazándose á las rodillas de su señor implacable.

—¡Tened piedad de él! Yo he sido la sola culpable, dijo la encantadora Adosinda, uniendo sus súplicas á las del infeliz Flavino.

El conde D. Zuria rechazó con el pie al escudero sin dignarse mirar á su hija.

—¡Sois un mal caballero! esclamó fuera de sí Wimarasio, cuya indignacion estalló hasta el último punto al presenciar aquel espectáculo de debilidad suplicante y de fuerza brutal.

D. Zuria, desentendiéndose del insulto del infante, dió órden á los suyos para que no dilatasen la ejecucion de Flavino, y para que sin perder tiempo se pusiesen en marcha.

El pensamiento del conde al no abandonar completamente al infante Wimarasio, era tan dificil de adivinar como propio de un hombre avezado á las mas hábiles intrigas.

Pensaba el conde que si el infante, en las conspiraciones que le suponia contra el rey su hermano, fuese ayudado por la fortuna, podia llegar á suceder en el trono al rey D. Fruela, en cuyo caso Wimarasio podia ser un ventajoso partido para su hija.

D. Zuria, pues, estaba dispuesto, si ambos llegaban á entenderse, á prestar al infante su auxilio para secundar sus planes de ambicion.

Absorto se hallaba el conde en tales pensamientos, cuando una tropa de treinta ginetes armados de todas armas y veloces como el relámpago, se precipitó sobre las gentes del conde D. Zuria, y arrebataron á la hermosa Adosinda.

¿Quién podrá pintar el dolor que semejante rapto causó en el ánimo del infeliz Wimarasio? Herido y casi moribundo como estaba, aun intentó hacer esfuerzos para defender á su amada. ¡Esfuerzos inútiles! Wimarasio cayó en tierra sin sentido.

El conde D. Zuria, poco antes tan orgulloso, cayó abatido por un golpe que le asestó Rosmundo.

Flavino fué el único que se alegró de aquella inesperada acometida, supuesto que logró escaparse de las manos de sus verdugos en el momento en que aparecieron los terribles ginetes de la misteriosa casa de los Ecos.

CAPITULO VII.

La abadía de San Frocaldo.

En el declive de una colina se levanta un edificio de aspecto imponente, y que revela haber sido fundacion de los últimos reyes godos.

La noche ha estendido su velo de sombras sobre la creacion.

Dentro de la abadía todo es silencio y soledad. Los monges están recogidos en sus celdas ó entregados á las breves horas de reposo que la regla de San Benito les concede, ó bien algunos de ellos, mas severos y ascéticos, consagran por su propia voluntad algunos momentos de este mismo descanso á la oracion íntima y solitaria.

Solo en una celda se veia una luz opaca y vacilante. En aquella celda se oia la respiracion estertorosa de un moribundo. Junto á la cabecera estaba un monge con un libro en la mano, y que de vez en cuando leia ó recitaba algunos versículos.

Cualquiera que hubiese visto aquel espectáculo, hubiera sin duda creido que el que yacia en el lecho del dolor era un monge.

Pero desde el momento en que hubiese contemplado el semblante del doliente y la abundante cabellera que lo coronaba, se hubiera convencido de que era un guerrero.

No era enfermedad natural la que asi postraba al gallardo jóven, sino las profundas heridas que una espada cruel le habia abierto en desigual combate, y que un destino adverso le habia abierto tambien en el alma heridas mucho mas dolorosas.

Wimarasio (pues fácilmente le habrá reconocido el lector) se hallaba á la sazon completamente sumergido en un letárgico sueño.

El monge que le asistia era á la vez su médico de espíritu y de cuerpo.

Andando de puntillas y hablando con mucha precaucion, presentóse luego otro personage en la celda.

—¿Cómo está? preguntó.

—Algo mejor, respondió el monge.

—¿Creeis que se halle en peligro de muerte?

—Las heridas ya no ofrecen motivo de alarma; pero la fiebre le devora, el delirio le estravia, y su alma padece aun mucho mas que su cuerpo.

—Asi lo creo. Han caido muchas desgracias sobre él en muy poco tiempo... Yo quisiera hablarle...

—Es imposible.

—Pues lo siento muchísimo, y creo que él lo sentirá mucho mas todavía.

—¿Qué clase de noticias teneis que comunicarle?

El caballero miró fijamente al monge. Este comprendió muy bien todo lo que significaba aquella mirada.

—No creais, dijo con evangélica dulzura, que es vana curiosidad la que me ha movido á haceros la pregunta que parece haberos inquietado. Mi deseo se limita solo á saber si vuestras noticias son tristes ó alegres.

—Perdonad, padre mio. Ahora comprendo perfectamente vuestra intencion, y siento tener que deciros que por desgracia son muy funestas las noticias que debo comunicar á mi amigo.

—Pues entonces os prohibo absolutamente que le hableis. Segun parece, una grande afliccion le mortifica ahora, y no es justo ni prudente el añadir nuevos pesares á su tristeza, que es acaso su mas incurable enfermedad.

El caballero guardó silencio, como si las razones alegadas por el monge le hubiesen merecido la mayor consideracion; pero al fin dijo:

—Yo respeto, padre mio, vuestras prescripciones; pero con todo, no quisiera dejar de manifestar á mi amigo varios sucesos que le interesan en gran manera. Decis que si son nuevas desfavorables debe ignorarlas, porque creeis que aumentarán el pe-

ligro en que se encuentra; pero ¿qué me responderiais si yo os dijese que á mi amigo le amenazan quizás mayores riesgos si le oculto los sucesos á que me refiero?

—Responderé que el mayor peligro que pueda amenazarle es que alguno intente darle muerte, y esto seguramente sucederá si su ánimo llega á afectarse con tristes pensamientos.

—A veces sentimos ignorar ciertos sucesos, por más funestos que sean.

—¿No podeis permanecer aquí tres dias?

—Mucho desconcertaría esa tardanza mis proyectos.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando Wimarasio comenzó á despertarse exhalando un hondo suspiro. Abrió sus ojos hundidos, y en los cuales brillaba el fuego de la fiebre, y paseó en torno una mirada vagarosa y sombría.

—¡Agua! dijo con voz ahogada.

El monge le presentó una pócina refrigerante, de la cual bebió con ansia el enfermo. Sin duda aquella bebida hubo de producirle mucho alivio, pues Wimarasio dirigió una sonrisa de inmensa gratitud al monge.

Despues de aquel sueño profundo que durante muchas horas habia embargado todos los miembros del doliente, parecia haberse verificado en él una completa revolucion. Sus miradas eran mas fijas, la espresion de su rostro mas inteligente, hablaba con concierto, su alivio, en fin, era evidente. Hasta entonces Wimarasio no habia conocido á su amigo en las diversas ocasiones en que este se le habia presentado, pero ahora le reconoció al momento.

—¡Querido Fromestano! esclamó el infante con una alegria y una vitalidad inesperadas.

—¡Mi querido señor!...

—Yo no soy mas que tu amigo.

—¡Cuánto siento vuestros infortunios!

—¿Lo has sabido todo?

—Sí señor.

—¡Me han arrebatado á Adosinda!

—Lo peor es no saber quiénes han sido los raptores.

—Yo me resignaba á que D. Zuria se la llevase, porque al

fin era su padre; pero ahora ignoro su paradero y su destino... ¡Ira de Dios!... ¡Qué martirio tan cruel!

—Caballero, dijo el monge con voz á la vez dulce y grave, por vuestra propia salud, os ruego que no os ocupeis ahora mucho en vuestras desdichas. Ni tampoco debeis afligiros ni desesperaros, porque en las mayores tempestades de la vida, siempre la Providencia nos ofrece un faro que nos guia al puerto. Debeis estar seguro de que todas aquellas desgracias que nos sobrevienen sin que hayan tenido origen de actos de nuestra voluntad, nos conducen tarde ó temprano á un estado de dicha que no esperábamos, y al cual, sin embargo, no hubiéramos llegado por nuestra propia actividad. Donde termina la libertad del hombre, principia la Providencia de Dios.

—Todavía, sí, todavía pudiera yo gozar dias felices sobre la tierra, dijo Wimarasio, ¡si yo supiese el paradero de Adosinda!

—Dejaos ahora de esos pensamientos, volvió á decir gravemente el monge.

Wimarasio hizo un signo á la vez de asentimiento y de resignacion.

Y Fromestano salió de la celda, obedeciendo á una señal del monge.

La noche se resbaló lúgubre y lenta para los dos jóvenes caballeros.

El infante, aunque taciturno y abatido por sus dolencias, no lo estaba tanto, que ya no pudiese ocupar su pensamiento en lo que mas interesaba á su corazon, en la suerte de su amada Adosinda.

Y Fromestano se ocupaba en sus planes de venganza respecto al rey D. Fruela, cuyo servicio habia abandonado.

Tal vez sorprenda al lector la inesperada presencia del hijo de Argerico en la antigua abadía de San Froealdo. Hé aquí lo que habia sucedido. Despues que Fromestano llevó las letras del rey al conde D. Zuria, volvióse inmediatamente al castillo de Samos, en donde habiendo preguntado por su padre, llegó á averiguar que habia sido trasladado á otra prision, si bien nadie pudo decirle el lugar en que á la sazon habitaba el des—

dichado Argerico. Su traslacion, verificada con tal misterio durante la breve ausencia de Fromestano, hirió profundamente la imaginacion del jóven, el cual sospechó que el rey habia mandado quitar la vida secretamente á su ayo.

Fromestano, pues, se presentó á D. Fruela, y le interrogó valientemente para que le revelase cuál era la suerte de su amado padre.

El rey amenazó á Fromestano conque mandaria degollarlo, si insistia en penetrar secretos velados por entonces á todo el mundo. El altivo mancebo comprendió que si á él y á sus hermanos los encarcelaban ó mataban, su infeliz padre no podria ser vengado, si acaso habia recibido ya una muerte injusta, ni tampoco pudiera verse libre de sus hierros, en el caso de que solamente se hallase prisionero.

Así, pues, Fromestano se doblegó á las circunstancias, y fingió que acataba la conducta y la voluntad del rey, que le dejó salir de su aposento sin el menor inconveniente.

Por mucha que fuese la lealtad de Fromestano, era exigir muchísimo de la naturaleza humana el querer que el jóven permaneciese leal á un monarca injusto y caprichoso, que sin el mas mínimo fundamento maltrataba y perseguia á sus mas fieles servidores, que eran á la vez las personas mas respetables de su corte.

Sucedió lo que era natural que sucediese. Fromestano se ausentó secretamente del castillo de Samos, y fué á buscar á sus hermanos, residentes á la sazon en la ciudad nueva, esto es, en Oviedo, que fué fundada por el mismo rey D. Fruela. Pusiéronse todos de acuerdo para rebelarse contra el tirano y para descubrir el paradero de Argerico.

En tal estado de cosas, convenia sobremanera á los hijos del anciano caballero el hacer alianza con los señores mas poderosos del reino, que tuviesen algun motivo de resentimiento contra el rey. Claro está que desde luego pensaron en coligarse con Wimarasio, no solo porque era uno de los personages de mas importancia de todo el reino por su ilustre alcurnia, por su valor y demás prendas personales, sino tambien porque el infante se hallaba en el mismo caso que ellos. Todos habian

recibido ofensas del rey, y á mayor abundamiento el orígen de la desgracia de Argerico habia consistido en el apasionado y sincero afecto que el anciano profesaba al infante, habiéndose negado aquel con notable y sublime entereza á ser el ciego instrumento del odio y la perfidia del rey hácia su hermano.

El infante, pues, se hallaba obligado, por decirlo asi, á hacer una su causa con la de los hijos de Argerico.

Ya sabemos que Fromestano encontró casualmente á Wimarasio cuando este se hallaba de acecho en las cercanías de Villanueva, y que ambos amigos quedaron en darse aviso de los sucesos que lo mereciesen. Fromestano siguió su camino hácia el castillo de D. Zuria y entregó á este las cartas del rey Don Fruela, que fueron al punto contestadas.

Invitó el conde al jóven mensagero para que descansase aquella noche en su castillo; pero Fromestano, deseoso tal vez de averiguar la causa que traía á Wimarasio por aquellos sitios, ó acaso para hacerle alguna prevencion nueva respecto al modo que habian de tener para avisarse recíprocamente de todo lo que ocurriese, lo cierto del caso fué que el capitan de la guardia de D. Fruela no quiso detenerse, por aprovechar la ocasion de volver á departir con el infante.

Ya no estaba Wimarasio en el sitio en que lo habia dejado cuando Fromestano regresó del castillo de D. Zuria. Pocos momentos antes habia llegado Flavino, y ambos se habian dirigido á la torre de las Animas.

Dos dias despues, cuando ya se habia puesto de acuerdo con sus hermanos, volvió Fromestano por Villanueva, y allí supo como D. Zuria con sus gentes de armas habia salido en seguimiento del raptor de Adosinda.

El jóven adivinó al punto que el amante y el raptor de la hija de D. Zuria no era otro que su amigo Wimarasio. Tomó lenguas de hácia dónde se habia encaminado D. Zuria, y emprendió su marcha en la misma direccion. Fromestano llegó al dia siguiente á la abadía de San Frocaldo en el momento en que D. Zuria y los pocos de los suyos que habian sobrevivido al rudo ataque de Rosmundo, acababan de dejar bajo la custodia y asistencia de los monges á Wimarasio, á quien habian

conducido hasta allí con todas las precauciones que requeria su estado.

Informado el hijo de Argerico de todo lo acaecido, resolvió permanecer en la abadía hasta tanto que se restableciese su desgraciado amigo, si bien ocultó sus proyectos á D. Zuria, á quien manifestó que iba á desempeñar algunas órdenes del rey.

Ahora comprenderémos bien la posicion respectiva de nuestros personages.

Fromestano llevaba ya algunos dias de residencia en el monasterío, sin apartarse un solo instante de su amigo, el cual se hallaba casi completamente aliviado en el momento en que lo hemos presentado al lector.

Las heridas de espada no eran ya peligrosas para Wimarasio, pero en cambio los golpes que habia recibido su espíritu eran en estremo dolorosos para que á su vez no reaccionasen de una manera demasiado sensible en la parte física.

Además de sus padecimientos morales, el jóven guerrero se hallaba muy debilitado; aunque al decir del monge que le asistia, muy pronto se habia de ver perfectamente restablecido, pues segun hemos tenido ocasion de observar, el consabido monge señaló á Fromestano el plazo de tres dias, pasados los cuales, podria revelar á su amigo cuantas noticias quisiese, prósperas ó adversas.

Con harta impaciencia aguardaba el hijo de Argerico el restablecimiento de Wimarasio, ó lo que es lo mismo, que transcurriese el plazo prefijado.

Pero la suerte lo disponia muy de otra manera.

Cuando Fromestano salió de la celda del enfermo á instigacion del monge, se retiró á su aposento.

Apenas se habia comenzado á dormir, y cuando ya principiaba á amanecer, sintió pasos en su estancia, y oyó que le llàmaban en voz muy baja.

—¿Quién es? preguntó.

—Soy yo.

—¡Ah! ¿Qué sucede? ¿Se ha agravado quizás tu señor? preguntó Fromestano con inquietud, é incorporándose en su le—

cho y reconociendo a Sancho, el escudero de Wimarasio.

—Mi señor sigue á Dios gracias cada vez mas aliviado.

—Pues entonces, ¿qué demonio te mueve para venir á despertarme á estas horas?

—Que hemos tenido un gran hallazgo, y quisiera deciros...

—Pues luego me lo dirás, interrumpió Fromestano volviéndose á reclinar en su lecho.

—Yo quisiera tomaros consejo.

—¡Márchate! esclamó Fromestano con el mismo acento de mal humor conque se lo decimos á un perro cuando nos molesta.

Pero el imperturbable escudero insistió:

—Señor, es que...

—¡Demonio! ¿Te quieres marchar?

—Es que el hallazgo es de muchísima importancia.

—¿Ha parecido Adosinda? preguntó Fromestano incorporándose de nuevo.

—Si no ha parecido, es muy fácil que parezca.

—¡De veras!

—Como lo estais oyendo.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Flavino acaba de llegar ahora mismo.

—¡Voto á Dios! ¿Y quién es Flavino?

—¡Toma! El que fué escudero del maldito D. Zuria.

—¡Sancho! ¡Sancho! ¿Estás en tí? ¿Cómo te atreves á hablar de esa manera de un señor tan principal?

—Es que D. Zuria tiene el diablo en el cuerpo. Esotro dia se le metió en la cabeza que habian de ahorcar al pobre de Flavino, y sino es por un milagro de Dios, catad que alli hubiera fenecido el buen escudero.

Fromestano pidió algunas esplicaciones á Sancho relativas al hecho y á la persona de que hablaba.

Sancho le esplicó quién era Flavino, y la lealtad que este profesaba á Adosinda.

—Ahora bien, añadió el escudero, Flavino acaba de llegar á la abadía, y me ha dicho que tiene que revelar á mi señor un gran secreto, y yo barrunto que Flavino ha averiguado en

dónde tienen la madriguera aquellos que nos arrebataron á Doña Adosinda. Por esta razon he venido á molestaros, para que vos, segun lo que os diga Flavino, veais si mi señor debe saberlo ó ignorarlo.

— ¡Pronto! Tráete aquí á Flavino.

Sancho salió y dirigióse á su aposento, que era una celdita situada en la hospedería, y casi contigua á la estancia en que yacía Wimarasio.

El buen escudero se afligió sobremanera al ver que Flavino ya no estaba allí. En vano le buscó por todas partes. Hábia desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado.

Sancho recorre en todas direcciones la vasta estension de la abadía, pregunta por Flavino á todos los monges que encuentra, y ninguno sabe darle razon. El escudero estaba como insensato. Casi llegó á creer que habia sido víctima de un sueño engañoso que le habia representado, sin embargo, con los mas vivos colores de la realidad, la persona y la venida de Flavino.

Dirígese por último hácia el atrio de la abadía, llega á la puerta, sale al campo, toma á la ventura el primer camino que se le presenta, y á la bajada de un repecho descubre á pocos pasos una gran cruz de piedra á un lado del camino.

Al pie de la cruz divisa dos hombres, el uno de muy mala catadura; en el otro ¡oh agradable sorpresa! Sancho reconoce á Flavino. El incógnito que estaba hablando con este, llevaba un caballo del diestro.

Rápido como una exhalacion se encamina el buen Sancho á incorporarse con su compañero. ¡Toda su celeridad, sin embargo, es inútil!

De repente se oyó un grito; Sancho mira hácia la cruz, ve relucir un puñal á los primeros rayos del sol, y que se clava una y otra vez en el pecho del infortunado Flavino, que cae bañado en su sangre al pie de la cruz de piedra.

El asesino desapareció al galope, veloz como un espíritu de las nubes.

CAPITULO VIII.

Misterios del corazon humano.

En la cima de un monte se levanta un fuerte y torreado castillo, desde donde se descubre el mar de Cantabria.

La subida del castillo es áspera por estremo.

El monte está esento como un inmenso túmulo en una llanura, y se ostenta al mar, al cielo y á la tierra, orgulloso con su titánica corona de torres.

El valle está poblado de frondosos olmos y seculares encinas, y fecundado por un riachuelo que corre incauto á morir en brazos del mar.

Dentro del castillo se observa en todas partes la soberbia pompa de un monarca. En los patios y galerias se ven hombres de armas de fiero continente. En las caballerizas magníficos y numerosos caballos de guerra. En varias habitaciones que constituyen lo que se llama la *Armería,* se ven agrupados bajo mil formas, pero siempre con órden y simetria, jaeces de todas clases, armaduras de diversos tamaños, y armas de toda especie. —Por entre las almenas de cada torre se descubre el capacete del centinela.

Y en los aposentos de los señores del castillo hormiguea todo un pueblo de pages, de escuderos y de doncellas.

Dificil sería adivinar por la servidumbre interior del castillo, si este pertenecia á un caballero ó á una dama.

En un aposento, cuyas puertas eran de marfil con incrustaciones de oro, se veía una mujer de sobrehumana belleza.

Era esa última hora de la tarde, cuando el sol comienza á

ocultarse entre celages de grana, y cuando el corazon esperimenta la vaga melancolía de los recuerdos ó el impaciente afan de las esperanzas, cuando lágrimas de orígen desconocido se agolpan á nuestros ojos y una ternura infinita se apodera de nuestra alma al contemplar el dia que se muere.

Asomada á un balcon, en cuyo barandal de piedra apoyaba el codo, se hallaba la hermosa doncella con la mano en la mejilla en una actitud que respiraba á la vez gracia, candor, abstraimiento y tristeza.

¿En qué pensaba en aquella hora de dulces misterios aquella jóven tan bella, y al parecer tan afligida?

Un pensamiento de amor llenaba su alma entera, y una esperanza tambien amorosa vivificaba su corazon, y una inquietud indefinible la afligia y basta la sonrojaba.

¿Por qué se avergonzaba de sí misma la encantadora hija del conde D. Zuria?

Ella pensaba en las dulces emociones de otros dias, en las emociones primeras de un amor santo. Por entre las nieblas de los recuerdos se le aparecia la imágen brillante del hermoso Wimarasio. En este ser y en este nombre se reconcentraban todas sus ideas y todos sus sentimientos del pasado.

Y no obstante ahora estaba próximo á romperse aquel hilo de oro que hasta entonces habia unido su existencia y su pensamiento, con el pensamiento y la existencia del gentil Wimarasio.

Adosinda esperimentaba un dolor inmenso al conocer que los sueños de su amor, y los recuerdos de aquel tiempo feliz en que por la primera vez, en la estacion de las flores, se le habia aparecido el hermoso Wimarasio, habia ya perdido todo su encanto.

Ella sentia que no amaba á Wimarasio con el mismo fuego y con la adhesion misma que en otro tiempo.

Antes, era la mas dichosa de las mujeres al considerarse amada por el hermano de D. Fruela.

Ahora esperimentaba una angustia indefinible al ver que el amor de Wimarasio no llenaba su alma de felicidad, sino que por el contrario mas bien le atormentaba.

LÁM. 4.ª



Cuando mas engolfada se hallaba en sus meditaciones, apareció un caballero.

¿Qué causa habia producido esta súbita y misteriosa transformacion.

—¡Espiritu de Wimarasio! esclamó Adosinda con los ojos inundados de lágrimas. ¡Recuerdos queridos! ¡Venid y protegedme contra este nuevo enemigo! ¿Quién es este hombre? ¡Dios del cielo y de la tierra! Tú que eres tan fiel en tus promesas, ¿por qué no proteges mi debilidad para que yo tambien sea fiel á mis juramentos? ¡Oh! Ahuyenta de mi corazon estos deseos pérfidos é infames... En el pecho donde reina mi querido Wimarasio, ningun otro mortal debe tener cabida... Perdona, amado mio, yo no te he ofendido aún ni con el pensamiento... Es verdad que á pesar mio... ese hombre estraordinario reina en mi alma, y ocupa mi pensamiento noche y dia... ¡Dios mio! ¿Por qué he conocido á ese hombre? ¿Qué magia ejerce sobre mí? Cuanto mas procuro olvidarle, con mas fuerza siento en mi corazon un impulso irresistible que me arrastra hácia él. ¡Yo no puedo adorar á dos divinidades! ¡Infeliz de mí! ¿Qué haré? ¿Qué pensarias del amor de tu Adosinda, adorado Wimarasio, si tu pensamiento pudiera penetrar en lo mas oculto de mi alma?... Yo quiero, yo necesito, yo debo huir de este hombre misterioso... ¡Angel de los primeros amores, protege á esta desdichada mujer contra esta mala influencia!... ¡Yo no quiero mas amor que mi primer amor!

Tales eran los dolorosos pensamientos que dominaban á la encantadora Adosinda, en el momento en que la hemos presentado á nuestros lectores.

Los recuerdos de los primeros dias en que el amor se revela al alma humana habian echado en la jóven profundas raices y se habian identificado con su existencia misma.

Pero un ídolo nuevo se levantaba ahora en el paraiso de sus primeras emociones, que ya comenzaban á desvanecerse como las nieblas á los rayos del sol. Es verdad tambien que un sol nuevo comenzaba á iluminar los horizontes de la existencia de Adosinda.

Cuando mas engolfada se hallaba esta en sus meditaciones, se abrió la puerta del aposento, y apareció un caballero ricamente vestido, y cuyo talle y gentileza eran tales, que no

se podia concebir existiese una dama que permaneciese insensible á tantos atractivos como brillaban en la persona del gallardo mancebo. La espresion de su fisonomía, á la vez que simpática y benévola, era varonil é imperiosa.

—¿Qué teneis, hermosa Adosinda? preguntó el caballero. ¿Estais triste?... Veo lágrimas en vuestros ojos. ¿Acaso no estais contenta en este asilo que os he buscado? ¡Cuánto daría yo por haceros la vida agradable!

—¡Oh! No atribuyais mis lágrimas á que me sea enojosa la hospitalidad que me habeis concedido. Si por eso llorára, ¡mis lágrimas serian de gratitud!

—¿Pues entonces por qué llorais?

Adosinda bajó los ojos ruborizada.

El caballero clavó en ella una mirada tan profunda, que parecia leer hasta lo mas íntimo de su alma.

—Decid, decid, ¿por qué llorais? volvió á preguntar Fulgencio.

—Pienso en mis desdichas, y no dejo de acordarme de mi padre.

—Supongo que no tendreis deseos de esperimentar segunda vez la tiranía de D. Zuria.

—Temo el volver al dominio de mi amado padre; y por otra parte lo deseo. ¡Si en un claustro solitario pudiera encontrar la páz que mi corazon apetece!

—Pues eso no es difícil.

—¡Ah! ¿Pudiérais vos hacer que yo pudiera retirarme á vivir en un convento?

Y Adosinda fijó una mirada intensa en el caballero. Parecia como que aguardaba con ansia su respuesta.

Una imperceptible sonrisa vagó por los labios de Fulgencio, que comprendia perfectamente todo lo que en el corazon de la jóven pasaba.

—Yo siempre, encantadora Adosinda, estoy dispuesto á satisfacer hasta vuestros mas mínimos deseos. Sin embargo, fuerza es confesaros que algunas veces deseais cosas que yo no os aconsejaria.

Adosinda estaba temblando de que Fulgencio insistiese demasiado en lo que ella misma habia dicho, esto es, en su re—

tirada al convento. Como un bajel combatido de vientos encontrados, asi el alma de Adosinda, víctima de los mas encontrados deseos, queria dejar aquel castillo; reunirse con su padre, encerrarse en un convento y ser fiel á Wimarasio; pero ¡ay! á pesar suyo, ella adoraba á Fulgencio.

—¿Y qué me aconsejais? preguntó Adosinda.

—Os repito que yo nunca aprobaré que ocultéis el tesoro de vuestra sobrehumana belleza entre las negras paredes de un claustro. Tal vez os arrepentiriais pronto de haber tomado con demasiada ligereza una resolucion que requiere la mas grave madurez. Sabeis, señora, que el amor mas sincero hácia vuestra persona me ha movido á entrar en un desigual combate, para libertaros de la deshonra que tal vez os aguardaba entre aquellos foragidos que os arrancaron de los brazos de vuestro padre; y si os recuerdo este lance, es para probaros que mis consejos están dictados por la adhesion mas cariñosa.

Debemos advertir que Fulgencio se habia conducido con habilidad notable en la conquista amorosa que habia emprendido.

El lector ya sabe que el señor de la casa de los Ecos habia dado el encargo de robar á Adosinda á Rosmundo.

Ahora bien, cuando los raptores llevaban á la jóven, que lloraba sin esperanza de salvacion entre aquellos bandidos, se apareció de pronto un valiente guerrero seguido de algunos hombres de armas, que se precipitaron sobre la gente de Rosmundo, y á este le arrebataron su preciosa carga.

Cuando Adosinda volvió algun tanto en sí reconoció al señor de la casa de los Ecos, que habia aparecido para ella como su libertador segunda vez. Escusado es advertir que tal habia sido la idea de Fulgencio, y que por lo tanto Adosinda le sonrió con el mas vivo sentimiento de gratitud, muy agena del lazo que le habia tendido, y del engaño que para con ella usaba el astuto Fulgencio.

—Yo quisiera otra vez regresar á la casa de mi padre...

—¿No dijisteis hace poco que no deseábais volver á sufrir la tiranía del conde?

—Quiero y no quiero... ¡Dios mio! ¡Qué ansiedad tan cruel!

—Si quereis, aquí poco distante hay un monasterio que es fundacion de mi familia; hablaré á la abadesa, y podeis entrar en el claustro, supuesto que tales son vuestros deseos.

—No, no... ¿Y si, como vos habeis dicho, mas tarde me arrepiento?

—En ese caso, creedme, lo mejor que podeis hacer es continuar aquí. ¿Acaso no sois la reina de este castillo y de esta region? Por otra parte, encantadora Adosinda, yo sentiré mucho que os ausenteis de mi vista, porque vuestra presencia hace mi felicidad.

Y así diciendo Fulgencio clavó una mirada abrasadora en el bello semblante de Adosinda, la cual, toda trémula como si hubiese cometido un horroroso crímen, bajó los ojos, y tuvo que hacer un esfuerzo para no desplomarse en tierra.

Sin embargo, en medio de tanta y tan profunda turbacion, hubiérase podido notar en la bella hija de D. Zuria un no sé qué de gozoso y de radiante que solo podia atribuirse á la inmensa y agradable emocion que habian causado las cariñosas palabras del gallardo caballero.

En efecto, jamás Adosinda se habia conmovido de una manera mas íntima, ni aun en el primer momento en que Wimarasio le habia dirigido ese primer «te amo» que jamás se olvida, porque llega á convertirse en alma.

Pero Fulgencio ejercia sobre aquella mujer un prestigio tiránico, misterioso, inesplicable. Ella se sentia arrastrada hácia aquel hombre por una fuerza superior á su propia voluntad.

—Señora, si os ofende que os haya manifestado el mas puro y sincero sentimiento de cariño, de amistad...

—¡Ofenderme! ¡No!

—Me parece que estais turbada...

—¡Yo! Si... No... Es decir, me acuerdo de mi padre, y este recuerdo me afecta dolorosamente.

Fulgencio comprendia demasiado bien el orígen y la causa de la turbacion de Adosinda; pero como hombre hábil, disimulaba haciéndose el inocente.

La dama y el caballero guardaron silencio durante algunos momentos.

La última claridad del dia se iba estinguiendo como un suspiro que se pierde en el espacio.

El cielo se iba cubriendo con su manto de estrellas.

Ambos personages estaban al balcon, apoyándose en la balaustrada de piedra, y, al parecer, distraidos en una vaga meditacion; pero en realidad los dos estaban absortos en un mismo pensamiento. Se ocupaban el uno del otro: Fulgencio amaba á Adosinda, y esta con todas sus fuerzas se proponia aborrecer al señor de la casa de los Ecos; pero ¡ay! demasiado conocia ella que sus esfuerzos eran inútiles.

Adosinda tendia sus ojos errantes é inundados de lágrimas por el pintoresco valle, y Fulgencio tenia los ojos fijos sobre la hermosa jóven. Parecia querer devorarla, fascinarla é infundirle el volcan de su amor con sus ardientes miradas.

De pronto el señor de la casa de los Ecos tomó la blanca mano de Adosinda y estampó en ella un beso de fuego.

La jóven, trémula y llorosa, dijo:

—¿Qué haceis, caballero?

—¡Idolatraros!

—¿Cómo os habeis permitido?...

—No puedo estar junto á vos sin sentir impulsos de postrarme de hinojos y besar vuestra mano y manifestaros así el profundo sentimiento de mi adoracion. Mi adoracion, que os consagro con toda la energía de mi alma.

Adosinda, ¡infeliz! fascinada por aquellas palabras, clavó sus ojos de gacela con una espresion de suprema felicidad en el semblante de Fulgencio, que continuó:

—¿Es verdad que no os he ofendido por haberos manifestado los sentimientos que habeis inspirado en mi alma? ¿Quién habrá en el mundo que pueda permanecer indiferente á vuestra belleza de ángel? A no ser un mármol, ¿quién no os adorará, encantadora Adosinda? ¡Y vos acaso veais con indiferencia esta pasion, este amor, este sentimiento de santa adoracion que avasalla delante de vos todo mi ser!

—Yo os agradezco vuestro cariño, y... no puedo menos de confesarme muy obligada á los servicios que me habeis prestado aun sin conocerme... Vuestro valor, y la generosa protec-

cion que siempre os place dispensar á los desgraciados, os harán superior á todos los caballeros, estimable para todos los hombres de honor, é irresistible para todas las damas.

—¡Qué felicidad, Adosinda, qué felicidad la de oir tales palabras de vuestra boca!...

—En cuanto al cariño que decís me profesais, continuó Adosinda, yo jamás... Un obstáculo invencible... Vos mismo lo sabeis muy bien... Acaso el infeliz en este mismo momento estará pensando en mi amor... Tal vez la muerte haya segado su vida... ¡Dios mio! ¡Tened piedad del infortunado Wimarasio! ¡Cayó traspasado de tantas heridas, que acaso ya!... ¡Y todo fué por defenderme!

La hermosa vírgen se hallaba en un estado muy semejante al delirio. Las palabras salian de su boca entrecortadas de sollozos, y sus miradas vagarosas parecian descubrir en todas partes la sombra irritada de Wimarasio, que venia á pedirle cuenta de sus juramentos de amor.

El señor de la casa de los Ecos miraba gozoso la terrible lucha que se habia trabado en el corazon de Adosinda, porque á él no se le ocultaba el prestigio que sobre ella ejercia. El candor de la vírgen no podia resistir á la mirada investigadora y penetrante de aquel hombre estraordinario, que parecia exhalar de sí una atmósfera magnética que irresistiblemente atraia y subyugaba.

Entre tanto Adosinda se habia fijado en un pensamiento que, por mas doloroso que pareciese, era para ella como la última áncora de salvacion. Pensaba en que sin duda Wimarasio habia muerto, y esta idea disminuia en algun modo la vileza con que ella misma se presentaba á sus ojos al sentirse enamorada de Fulgencio.

Cuando así estaban embebidos en sus pensamientos nuestros personages, se abrió la puerta y apareció un escudero que hizo una seña muy significativa á su señor.

Inmediatamente un velo sombrío de tristeza se difundió por el hermoso semblante del señor de la casa de los Ecos, del mismo modo que una violenta ráfaga de viento pasa en la primavera sobre los verdes campos azotando las lozanas flores.

Adosinda habia advertido la fugaz turbacion de Fulgencio, que al punto recobró su porte habitual, solemne é imperioso.

—¡Cuánto siento tener que dejaros, bella Adosinda! esclamó el caballero, mas conmovido de lo que podia esperarse de su carácter impasible é inexorable como el destino.

—Me parece que habeis recibido una noticia funesta...

Y Adosinda miró hácia la puerta; pero ya el escudero habia desaparecido como una sombra.

La doncella, volviéndose á Fulgencio, preguntó:

—¿Os amenaza algun peligro?

—No, no. ¿Y quién sabe?... Tal vez... ¡Adios! ¡Adios! Acaso tenga que ausentarme de vuestra vista por dos ó tres dias.

—¡Os vais! esclamó Adosinda palideciendo espantosamente.

—No es seguro aún que yo me marche. Por lo demás, si algun peligro me amenazára yo sabria superarlo, creedme, yo tendria la fuerza bastante, la fuerza del destino, un aliento infalible para vencer cualquiera traicion de la fortuna, siempre que mi pecho abrigase la esperanza de que yo merecia vuestro amor, vuestro amor, que como un ángel custodio sabria defenderme de todos mis enemigos, sabria pintarme la victoria en todos los combates, y cubierto con sus alas de oro yo veria sonreirme la existencia con sus mas inefables voluptades... pero si Adosinda no ha de ser la estrella que me guie, prefiero que la tempestad me arroje y me sepulte en la desierta arena: ¡ven, oh muerte, y siega mi cuello, si Adosinda no ha de ser la vida de mi vida y el alma de mi alma! —¡Adios!

—¿Adónde vais tan pronto? dijo Adosinda estendiendo los brazos hácia Fulgencio, que se alejaba.

—¿Qué quereis? ¡Mandad!

—¡Nada!... ¡Oh! Que no sea muy larga vuestra ausencia, y si os amenaza algun peligro, no seais temerario, caballero. Pensad que yo necesito vuestro apoyo.

Adosinda pronunció estas últimas palabras con tono tan suplicante, con un acento tal de ternura, que Fulgencio se volvió radiante de alegría y dijo:

—¡Oh! ¿Me amais? ¿Es verdad, Adosinda, que vuestro corazon no es insensible á mi amor?

—A vuestro cariño, balbuceó la hermosa jóven, como si quisiese corregir la palabra *amor* de que se habia servido Fulgencio.

—Llamadle como mejor os plazca, amor ó cariño, no por eso es menos profundo el sentimiento apasionado que me inspirais, ni tampoco es menos intenso el inefable gozo que mi alma esperimenta al ver que vuestros ojos se inundan de lágrimas, porque os interesa mi suerte.

—¡Y bien! ¿Por qué he dé negarlo?

—¡Oh felicidad! esclamó el señor de la casa de los Ecos, estrechando la mano de Adosinda con la efusion mas apasionada.

Luego añadió:

—¡Adios, hermosa mia! Graves negocios me obligan á separarme de ti... Tal vez tenga necesidad de ausentarme de este castillo. Pero si tal sucede, antes de partir volveré á verte.

—¡Ah! ¡No olvidéis que triste y sola estaré llorando por vuestro feliz regreso!

Fulgencio salió despues de cambiar una mirada de fuego con la hermosa virgen.

Y Adosinda se quedó en la estancia á la vez llorando y sonriendo, triste y alegre, infiel y enamorada, queriendo respetar la memoria de Wimarasio, y no pudiendo resistir á la portentosa fascinacion que en ella ejercia aquel hombre estraordinario, á quien hasta ahora, á falta de otro nombre, hemos llamado Fulgencio.

¡Oh misterios del corazon humano!



CAPITULO IX.

Acusacion.

Como brotan los renuevos al pié de los olivos, así brotaban en la edad media los pueblos y las ciudades al abrigo de los monasterios y los castillos. El mongo y el guerrero, la teocracia y el feudalismo eran entonces las bases de la sociedad. Toda idea civilizadora comienza por germinar en el santuario y acaba por aparecer en la plaza pública. Los pueblos en su edad heróica reconocen dos poderes supremos, la autoridad del sacerdote y la fuerza del guerrero. Estos poderes entonces son legítimos. En épocas de ignorancia, el sacerdote es el depositario de la ciencia, y la espada del campeon es la espada de la justicia.

Y hé aqui el origen de aquellos juicios que se llamaron *de Dios*, juicios sellados con la sangre de los hombres.

La teocracia y el feudalismo, sin embargo, abusaron de su poder.

Pero la Providencia de Dios, que comienza en donde la libertad del hombre acaba, hizo que en aquella época de ignorancia apareciese la *caballería*, esa mezcla de guerra y de amor, esa combinacion poética de honor y de violencia, de rudeza y cortesía. Por lo mismo que los fuertes podian abusar de su fuerza oprimiendo á los débiles, aparecieron tambien campeones que defendian á la belleza y á la horfandad, oponiendo la fuerza á la fuerza.

Es verdad, nosotros no lo negaremos, que aun en este mis-

mo honor pudo haber exageracion, y la hubo en efecto; mas es necesario convenir en que la intencion es la que presta valor moral á las acciones, y dado que hubiese error, la equivocacion no es delito.

Considerando al caballero y al monge por su verdadero aspecto, en la plenitud de la idea, en la bondad del objeto, en la afirmacion de lo que representaban, y no en la negacion, por la faz iluminada, y no por la tenebrosa, por el uso, en fin, y no por el abuso, debemos decir que al modo que el caballero protegia al débil contra el fuerte, el monge conservaba encendida en el claustro la antorcha sagrada de la ciencia y de la civilizacion, custodiaba y copiaba los manuscritos de los autores griegos y latinos, y de los Padres de la Iglesia, enseñaba al ignorante, hacia desaguar los pantanos, construia puentes, desmontaba terrenos y propagaba las artes útiles.

Una prueba de esta verdad nos la suministra el principio que tuvo la fundacion del monasterio de San Vicente, de la órden de San Benito, y el origen de la ciudad de Oviedo.

En el año 761 vivia en la noble region de Asturias un hombre rico, sabio y virtuoso, y que, segun se cree, era oriundo de una ilustre familia romano-hispana. Llamábase Marco Fromestano, y poseia grande hacienda, muchos esclavos, y bastantes libros. Debe advertirse que en aquella época una biblioteca era un tesoro.

Marco Fromestano tenia un sobrino llamado Máximo, jóven ilustre por sus riquezas, por su hermosura y por su sabiduría. Una doncella vascongada le habia inspirado el amor mas sincero y puro, y habiéndola pedido á sus padres por esposa, estos accedieron gustosos á su demanda. Señalóse el dia en que habia de celebrarse la boda; pero entre tanto que llegaba el plazo, una cruel enfermedad acometió á la jóven, de cuyas resultas falleció, precisamente el mismo dia en que el enamorado Máximo se habia prometido ser el feliz esposo de aquella beldad, ahora convertida en un cadáver.

Profundamente hirió el ánimo del mancebo la prematura muerte de su amada, y desde entonces su alma se llenó de inconsolable tristeza, el mundo era para él un desierto sin li—

mites, todas las voluptades de la tierra no podian ya arrancar un latido á su corazon lacerado.

Pero la religion le prometia otra vida, y en el Dios de los cristianos, que es el Dios de los que lloran, encontró el afligido Máximo su consuelo y su esperanza.

Ahora bien, Marco Fromestano y su sobrino hicieron desmontar por sus esclavos el sitio en donde despues fué fundado el monasterio de San Vicente y levantada la ciudad de Oviedo.

Aquel lugar era antes un monte muy cerrado, y en él presidia un genio funesto. Tristemente célebre era aquel sitio, á causa de hallarse en el centro de Asturias y estar destinado, por esta razon, para ajusticiar á los malhechores.

Marco Fromestano y Máximo, seguidos de hasta veinte compañeros, cuando el edificio estuvo concluido, se retiraron á vivir en el claustro, adoptando la regla de San Benito, y de comun acuerdo eligieron todos á Marco Fromestano por el abad del nuevo monasterio.

Poco tiempo despues, á la sombra de la abadía, se fueron edificando varias casas por los mismos esclavos y criados de los que en el siglo fueron opulentos ó ilustres señores, y que eran á la sazon monges benedictinos.

A los esclavos les fué concedida su libertad, podian elegir sus mujeres, cultivaban los campos, vivian, en fin, como séres racionales, disfrutando los santos goces que en el hogar ofrece la familia, y no pasó mucho tiempo sin que el trabajo y la libertad reunidos no ofreciesen alli el espectáculo de algunas casas diseminadas al principio, despues una aldea, luego una villa, mas tarde un pueblo, y por último, una gran ciudad.

Del mismo modo la tierna planta se abre primero á los rayos del sol, luego crece, despues se ensancha, estiende sus raices en las profundidades de la tierra, y ya, gigante cedro, sube y sube cada vez mas atrevido hasta tocar con su frente á las nubes y beber en su mismo seno el agua y el rocío.

En pocos años la ciudad de Oviedo llegó á ser la mas floreciente de todas las Asturias, gracias á la empresa civilizadora de los monges de San Vicente, y tambien al especial cuidado y proteccion que consagró el rey D. Fruela al fomento de aquella

ciudad naciente que eligió para su corte, construyendo en ella un soberbio alcázar para su propia habitacion y además otros edificios suntuosos. El fomento y poblacion de la ciudad de Oviedo ocupaba el primer lugar en el ánimo del rey, que encontraba en tales tareas no solo su ocupación mas constante, sino tal vez su único recreo.

La residencia habitual del rey D. Fruela era el castillo de Samos; pero tambien durante algunas temporadas, sobre todo en primavera ó verano, solia pasar algunos dias, ya en el monasterio de San Vicente, ya en el alcázar de la ciudad de Oviedo.

En un aposento lujosamente amueblado se hallaban en las altas horas de la noche dos personages de aspecto sombrío, y que durante largo rato habian permanecido inmóviles y silenciosos.

Escusado es decir que el uno de ellos era el rey D. Fruela, y el otro el conde D. Aurelio.

Aquella noche habia tenido lugar en el alcázar una escena lamentable, y que habia causado grande alarma y escándalo en todos los dependientes de la casa real.

D. Fruela habia mandado prender á su bella é inocente esposa, y el conde D. Aurelio habia sido el encargado de verificar aquella prision.

La reina quedó aterrada con aquella súbita noticia, y su indignacion subió de punto al ver que D. Aurelio, á quien antes ella habia despreciado por haberle faltado á las leyes del decoro, era el ejecutor de aquella sentencia tan inesperada como injusta y terrible.

Jamás el conde habia desempeñado una órden del rey con mas vivo gozo que aquella que le proporcionaba el humillar á Munia, que antes le habia humillado.

Apenas la reina supo que iba á ser conducida á una prision por mandato de su esposo, quedó como herida de un rayo, y perdia el juicio procurando en vano adivinar la causa y el objeto de aquella resolucion inaudita.

Al fin la reina clavó una mirada de soberana indignacion en el conde, el cual no pudo menos de sonrojarse. Entonces

Munia pensó que indudablemente D. Aurelio, para vengarse de sus desdenes, la habia calumniado ante el rey; pero á pesar de habérsele ocurrido esta idea, nunca sospechó que se la acusase de infidelidad, sino mas bien de alguna conspiracion. No eran del todo infundados estos temores por parte de Munia, que conocia perfectamente el carácter suspicaz de su esposo. Daban lugar á estos temores las reiteradas preguntas que el rey habia hecho á su esposa, á consecuencia de una larga entrevista que esta tuvo con su padre algunas horas antes de que este partiese del castillo de Samos.

La conversacion habida entre el duque Eudo y su hija, fué de las mas inoçentes y naturales. El duque se limitó á preguntar á Munia si era dichosa con D. Fruela, y la jóven, muy agena de lo que pocos dias despues habia de sucederle, aseguró á su padre que jamás ninguna mujer habia sido tan estimada de su esposo como ella lo era. La despedida fué larga, íntima y afectuosa, y esta entrevista tan natural en un padre que desea hablar á solas con su hija despues de algunos años de ausencia, fué interpretada por el suspicaz D. Fruela como una conversacion peligrosa y hostil en que se habia convenido el llevar á cabo una conspiracion contra su persona, teniendo sus contrarios la ventaja de poseer un agente fidelísimo en la misma reina, en su misma esposa.

Munia se condujo para con D. Aurelio con toda la dignidad que correspondia á una dama y á una reina. Ni le dirigió una palabra, ni exhaló una queja. Pálida y silenciosa obedeció el mandato del rey, siguiendo al conde, que la encerró en un obscuro calabozo.

Sin embargo, la reina dirigió algunas miradas á D. Aurelio que podian traducirse en estas palabras:

—Ahora estaréis en vuestras glorias; pero no me humillaré delante de vos, que sin duda habeis sido el autor de esta escena.

El conde habia comprendido muy bien este lenguage de accion de la infortunada Munia.

Y como su conciencia no estaba tranquila, temia que cualquier incidente pudiese revelar al celoso monarca que él habia requerido de amores á su esposa, y por lo tanto deseaba que

cuanto antes recayese sobre la reina la sentencia de muerte que el rey le preparaba.

En el momento en que hemos introducido al lector en la estancia donde se hallaban D. Fruela y D. Aurelio, cada uno de estos personages se ocupaba en meditar el modo con que debian llevar á cabo sus respectivos proyectos.

D. Fruela pensaba en la impresion que produciría en los magnates á quienes habia convocado la noticia de la acusacion de la reina, como culpable de adulterio con su cuñado el infante Wimarasio.

Y D. Aurelio pensaba en el modó de preparar el ánimo del rey, para que en todo evento no le sorprendiese la noticia de que él habia galanteado á Munia.

Al fin el conde se sonrió ligeramente como un hombre que acaba de encontrar la solucion de una dificultad grave.

—A la verdad, señor, que me ha sido en estremo doloroso el cumplimentar la órden de V. A. de prender á la reina.

—A la que antes era reina, interrumpió el rey, corrigiendo la frase del conde.

—Tiene razon V. A. Yo creo que jamás ha merecido el ser reina, y mucho menos desde esta noche. Cabalmente lo que voy á deciros se aviene perfectamente con vuestra opinion.

—¿Ha dicho alguna cosa de mí?

—No... no señor..

—Vamos, no me ocultes nada.

—Puedo asegurar que nada ha dicho de V. A.

—¿Pues de quién?

—Contra quien se ha ensañado de una manera feroz ha sido contra mí. Apenas le manifesté la órden de V. A., la palidez del crímen y la inquietud del remordimiento se difundieron por su semblante. Luego me lanzó una mirada de odio irreconciliable, y por último prorrumpió en desaforados insultos contra mi persona.

—¡Esa mujer es una serpiente! ¿Y qué te decia?

—¿Quién es capaz de retener en la memoria la lluvia de improperios que su boca arrojó sobre mi frente? Entre otras cosas recuerdo que lo que mas me afligió fué una terrible amenaza

que me hizo... ¡Qué horror! Su sonrisa en aquel momento era la sonrisa de un demonio. ¡Admiraos, señor, de lo que es esa mujer! pero no... no me atrevo á decíroslo.

—¡Acaba! ¿Te has empeñado en mortificarme?

—Es que...

—Sea lo que fuere, ¡habla! Yo te lo mando.

—Supuesto que V. A. me lo manda, voy á revelaros las mismas palabras que ella pronunció. «Vos sois un mal caballero, cuando habeis tomado á vuestro cargo el ser un sayon para prenderme, y por otra parte sois un vasallo muy desleal, cuando teniendo tanta privanza con el rey, no habeis hecho los mayores esfuerzos para disuadirle que diera este paso que le deshonra. Pero vos sin duda tal vez le hayais aconsejado á mi esposo que me humille y me sonroje. Sin duda ha sido así. ¡Oh! ¡Yo me vengaré!... Yo le diré á mi esposo que muchos de entre vosotros, sus cortesanos, me han requerido de amores, y que ellos, despechados por mis desdenes, me han indispuesto con el rey.» —Tales fueron sus palabras.. ....

Palideció D. Fruela espantosamente al oir el relato de Don Aurelio. El infeliz monarca llegó á creer que era cierto no solo que su esposa habia sido adúltera con Wimarasio, sino además con muchos de los caballeros de su corte.

Y esta idea añadió nueva amargura á sus celos, nuevo furor á su venganza, odio nuevo á su esposa, á quien consideraba cada vez mas infame, mas pérfida, mas despreciable, mas prostituida.

—¿Y crees tú que será verdad todo eso? preguntó el desdichado rey con voz reconcentrada por la rabia.

—En mi concepto, señor, es una mentira infame lo que me dijo vuestra esposa.

—¡De veras! ¿Lo crees tú así? preguntó D. Fruela, clavando una mirada profunda en el conde.

—Mi opinion es, que la reina ha mentido villanamente queriendo mancillar de ese modo el honor de vuestros mas fieles servidores.

—Sin embargo... no es imposible que una mujer tan liviana como ella haya dado oidos á las galanterías de tantos y tan

apuestos caballeros como la habrán solicitado... ¡Pérfida! ¡Pérfida!

—Yo no puedo crer, dijo el conde, que ninguno de los caballeros de vuestra corte haya sido tan desleal, que se haya atrevido á seducir á la reina, y mancillar vuestro honor. Y en prueba de ello os diré, que vuestra esposa indicó que iba á manifestar á V. A. que yo tambien habia tratado de ofenderos.

—¡Tú!... ¿Ha llevado hasta ese estremo su descaro?

—Sí señor. Ahi verá V. A. que con el mismo fundamento que ha indicado eso, tratándose de mí, lo dirá de otros muchos por mas que, como yo, sean inocentes.

—¿Sabes que me causa horror esa mujer?

—Lo mas estraño es, que yo la habia creido siempre un modelo de ternura y de fidelidad conyugal.

—Y así parece á primera vista. Su belleza previene en su favor; pero es una sirena engañosa, el veneno oculto en la miel, un abismo cubierto de flores.

—¡Ahora lo conozco!... Pero lo que es antes de que V. A. se hubiese dignado confiarme sus pesares mas ocultos, puedo asegurar que me hubiera dejado cortar la cabeza por defender á la reina, como á la mas pura y buena de todas las mujeres... Y lo peor es... En fin, mañana verá V. A. si tengo razon en lo que tantas veces os he dicho.

—Pero ¿crees que los caballeros y próceres de mi reino han de tener en poco las poderosas razones que yo alegaré para condenar á una infame adúltera?

—Os repito, que lo mismo que me ha sucedido á mí, les sucederá á todos los caballeros de vuestra corte. Todos creen que la reina es un ángel, y mañana verá V. A. que no solamente les va á sorprender sobremanera vuestra acusacion, sino que habrá muchos que creerán una obligacion el defender su inocencia.

Él rey guardó silencio durante largo rato.

—Decididamente creo que te equivocas, dijo al fin.

—Yo me alegraré mucho de equivocarme.

Pocos momentos despues de esta conferencia, el rey despidió á D. Aurelio, y continuó aún algunas horas en su cámara

embebido en sus sombrías meditaciones, y sin entregarse al sueño hasta ya muy entrada la noche.

D. Aurelio, por su parte, estaba contentísimo. Habia conseguido parar el golpe de la manera mas hábil, para en el caso de que la infortunada Munia declarase á su esposo las galanterías y atrevidas proposiciones que el conde le habia hecho.

Conociendo, como conocia, el carácter del rey, D. Aurelio estaba seguro hasta la evidencia, de que D. Fruela no daria crédito á las palabras de su esposa, suponiendo que ella suscitase esta cuestion, por estremo espinosa.

Al dia siguiente se notaba grande movimiento y animacion en la ciudad de Oviedo. Por todas partes habia cundido la noticia del escándalo ocurrido la noche anterior en el alcázar.

Hácia la hora del mediodia comenzaron á entrar en el palacio de D. Fruela muchos caballeros lujosamente vestidos, unos con galas marciales, y otros con togas á uso de los romanos, tradicion que entonces se conservaba, y que se conserva todavía entre los ministros de justicia.

Además de muchos escuderos, habia en la puerta del alcázar varios sayones, que así se llamaban los alguaciles en la época de nuestra verídica historia.

En un salon se veian varios sitiales en torno de una gran mesa cubierta con un rico tapete de color de púrpura con rapacejos de oro.

Los sitiales estaban ocupados por el duque (1) Leandro, por los condes (2) ó jueces de Oviedo, por el abad del monasterio de San Vicente, por varios thiufados ó gefes militares, y por un tabelion ó escribano.

Mas lejos, á un estremo del salon, se levantaba sobre una gradería un solio de riquísimas telas de seda y oro, destinado para el rey.

---

(1) La palabra *Duque*, derivada del latin *Dux* (general), significaba entonces lo mismo que gobernador de provincia.

(2) Conde, del latin *Comes*, significaba lo mismo que gobernador de una ciudad.

Y al rededor de la dilatada estancia se veian suntuosos escaños destinados para los caballeros de mas cuenta, y para los señores mas ilustres por su alcurnia y dominios feudales.

Las personas que componian aquel tribunal estuvieron largo rato departiendo en voz muy baja, y dando á entender por sus gestos y ademanes ó la gravedad del asunto de que se trataba, ó la sorpresa de que estaban poseidos.

En todos los concurrentes crecia la impaciencia y la curiosidad á medida que las horas pasaban.

La espera fué larga, pero al fin se abrió una puerta que comunicaba con el interior del palacio, y apareció una figura pálida y sombría, y que andando lenta y mesuradamente, se dirigió silenciosa como un fantasma al sitio en donde se levantaba el solio.

Apenas el rey habia tomado asiento, apareció por otra puerta una hermosa dama ricamente vestida, pero cuyo rostro daba muestras mas que de dolor, de indignacion. Una anciana seguia á la jóven. Escusado es decir que la dama era la reina, y que la anciana era Nunilo, su nodriza.

Los oficiales de justicia condujeron á Munia ante el tribunal, como si se tratase de un reo cualquiera.

Entonces el duque Leandro dirigió al rey una mirada que significaba:

—Cuando querais podeis empezar, vos que sois el acusador.

Entre tanto reinaba en el salon el mas profundo silencio, un silencio sepulcral que comunicaba á aquella escena un no sé qué de solemne, de lúgubre y trágico.

D. Fruela se levantó de su asiento, bajó las gradas y se adelantó pausadamente, como un espectro, hácia el tribunal.

Y estendiendo la mano con una actitud solemne, dijo:

—Hoy me veo en el caso en que jamás pensé hallarme, y porque tal no hubiera sucedido, habria yo dado gustoso hasta la última gota de mi sangre. Voy á ser, mejor dicho, en este momento soy el acusador de la que un tiempo mereció llamarse mi esposa. ¡Ojalá que no la hubiese querido tanto! Hoy no seria tan grande mi afliccion.

El rey guardó silencio algunos minutos, como si intentase recapacitar lo que iba á decir.

Un murmullo de asombro comenzó á circular por el salon, particularmente hácia los escaños donde se hallaban los caballeros de la corte, los cuales sin duda tenian menos antecedentes de la prision de la reina, que las personas que componian el tribunal.

Pero todos estos murmullos se estinguieron como por ensalmo cuando el rey comenzó á hablar de nuevo.

—Yo, D. Fruela I, rey de Castilla é hijo del rey D. Alonso el Católico, acuso á la reina Munia, hija del ilustre Eudo, duque soberano de los vascones, no solamente de culpable de alta traicion por haber prestado su ayuda en las conspiraciones de mis enemigos contra mi persona, sino que tambien la acuso como culpable de adulterio, ¡oh dolor! de adulterio con el infante Wimarasio, mi propio hermano.

—¡Qué horror! esclamaron los jueces.

—¡Qué horror! repitieron todos los circunstantes.

—¡Qué infamia! esclamó la anciana y afligida Nunilo.

La reina que hasta entonces, segun hemos dicho, habia manifestado una altivez soberana y una indignacion suprema, lanzó un grito de desconsuelo, y sintió que todo su valor desfallecia.

Efectivamente, la desdichada Munia mientras que estuvo encerrada en la prision se devanaba los sesos, como suele decirse, por averiguar la causa del injusto y cruel tratamiento con que su esposo la afligia; pero nunca sacó en limpio, tranquila como estaba su conciencia, sino que algun capricho del rey, tal vez alguna sospecha de conspiracion, habia sido el único motivo de que en hora tan desusada, y faltando á todas las consideraciones debidas á su condicion y á su sexo, la hubiesen conducido á un calabozo.

Pero cuando la infeliz oyó que el rey con una sola palabra habia mancillado su honra de reina, de esposa y de madre, se quedó aniquilada bajo el peso inconmensurable de aquella acusacion terrible. Hubiera preferido mil veces, antes que hallarse en aquella situacion, que la tierra se la hubiese tragado.

A la verdad que el golpe habia sido demasiado rudo para una pobre mujer tan inocente como calumniada.

Durante largo rato permaneció aterrada, confundida, inerte. Ni sentia, ni pensaba, ni tenia siquiera conciencia de que existia.

Al fin oyó confusamente que una voz, la voz del duque Leandro, le preguntaba:

—¡Señora! ¿Qué respondeis á esta acusacion?

La reina tardó algunos momentos en responder; algunos momentos que empleó en recobrar algun dominio sobre sí misma. Su cabeza se estremeció como agitada por un movimiento nervioso, y en seguida se adelantó dos pasos hácia el tribunal.

Cuando Munia rompió el silencio, habia recobrado completamente su dignidad de mujer y su talante de reina.

Es verdad que tambien habia recobrado el sentimiento de su desgracia en toda su dolorosa estension. Por eso trataba de devorar dos lágrimas que se agolparon á sus ojos.

—Ciertamente que no atino á responder á la terrible acusacion que se me ha dirigido; la voz me falta, la sorpresa me confunde, y... no es el crimen el que me hace enmudecer; es el dolor mas profundo que desgarra mi alma al ver que de tal modo se ha mancillado mi inocencia por mi mismo esposo.

Y Munia, dirigiéndose al rey, continuó con acento de reconvencion, pero cuya dulzura hacia mas tierna y elocuente su querella:

—A fé, señor, que no merecian ni mi fidelidad ni mi cariño que me hicieseis pasar por tan vergonzoso trance. ¿Es posible, señor, que os atrevais á creer de vuestra esposa tan horroroso crimen? ¿Y no solamente creerlo, sino decirlo aquí, públicamente, obligándome á inclinar la frente cubierta de rubor en presencia de todos estos nobles caballeros? — Siento deciros no que mentis, sino que os engañais, que me han calumniado villanamente, y que vos habeis tenido la debilidad de dar crédito á mis calumniadores. Yo apelo á toda mi vida pasada, á mi amor, á vuestra conciencia, y á estos caballeros que me oyen, y que han sido siempre testigos de la conducta de su reina, que ha sabido llevar la corona, porque ha sabido ser virtuosa. ¡Yo

declaro delante de Dios y de los hombres que jamás os he ofendido ni aun con la intencion.

—Todo lo que hasta ahora habeis hecho ha sido negar la acusacion, lo cual hacen todos los criminales, dijo el rey.

La reina no contestó á estas crueles palabras, ahogó un gemido, y elevó sus ojos al cielo con la espresion sublime de una mártir.

Despues de algunos momentos el rey preguntó:

—¿No quereis declarar?

—¡Dios mio! ¿Y qué quereis que declare? ¿Qué puedo yo decir, cuando veo que al revelar la verdad se me responde que hago lo que todos los criminales? ¡Qué tormento, Dios mio, para quien está inocente! ¿Qué haré, qué diré para probar que yo no merezco tan injustas sospechas, tan infame acusacion?... ¡Venerable abad! ¡Duque Leandro! ¡Ilustres condes! ¡Caballeros todos que me ois! ¡Amado esposo á quien un ángel de tinieblas ha estraviado sin duda! ¡Y tú tambien, Dios del cielo y de la tierra!... venid, acercaos, mirad mi rostro y decidme: ¿No encontrais algo en esta reina infeliz, en esta dama afligida, en esta débil mujer, no encontrais algo que la distinga de una esposa culpable? ¡Ah!... Si vosotros no distinguis mi inocencia, la verdad y la mentira son una misma cosa en la tierra.

La voz, la actitud, las palabras de la infortunada Munia conmovieron profundamente á todos los circunstantes. Ni uno solo de los que se hallaban presentes dejó de creer en aquel momento en la inocencia de la reina.

Pero el rey maldecia en su interior la astucia de su esposa, que habia sabido conmover todos los corazones con sus palabras artificiosas y con sus lágrimas hábilmente empleadas. ¡Así interpretaba D. Fruela la inmensa amargura de su esposa!

—¿Negais vuestros amores ilícitos con el infante Wimarasio?

—¡Oh! ¿Por qué me veo obligada á sufrir ese lenguage?

—Responded.

—Yo niego rotundamente esos amores, porque jamás han existido sino en vuestra imaginacion.

—No seria muy fácil, señora, citar las marcadas muestras de afecto que en varias ocasiones habeis dado al infante.

—¡Ah! Si no se trata mas que de eso, yo no negaré ni debo negar que vuestro hermano ha merecido siempre de mi corazon el afecto que inspiran sus prendas y bondadoso carácter, el afecto que honrosamente podia mediar entre nosotros como parientes, el afecto, en fin, que yo no he tratado nunca de ocultar, porque nunca creí que fuese considerado como un crímen.

—Ese afecto que decís, traspasaba sin duda alguna los límites del decoro. Acordaos de que en cierta noche en que el infante habia formado singular empeño en salir del castillo de Samos, á pesar de una terrible tempestad, solamente vos tuvísteis la magia bastante para retenerle allí, despues que se habia nagado abiertamente á obedecer mi mandato de que permaneciese en el castillo.

—¡Dios mio! ¿Es posible que aquel suceso tan inocente haya sido interpretado con tal malicia?

—Yo, señora, os suplico que recordeis bien lo que acaeció aquella noche.

—¡Oh! Lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, en ese caso, debeis saber que vos fuísteis quien me mandó, á la verdad con un tono muy jovial, que interpusiese mi influencia para reducir á vuestro hermano á que abandonase la escursion que tenia proyectada en aquella noche tempestuosa. Yo, en efecto, os obedecí, porque en obedeceros, señor, he cifrado siempre mi dicha, é interpuse mi magia, como vos decís, la influencia natural de una dama, esto es, la súplica risueña y el donaire. Le dije que era mi prisionero, que yo era su reina, y sin mas, vuestro hermano tuvo á bien el desistir de su proyecto. Yo, en este mandato que me impusísteis, no vi mas que un pasatiempo por vuestra parte, y... ¡Ahora comprendo con dolor que en una cosa tan sencilla V. A. vió su deshonra y mi deshonra!

—¡Y vi la verdad!

—¡Qué dolorosa fascinacion!

—¿Quién favoreció aquella noche la fuga del infante?

—¿Y qué me preguntais á mí de eso?

—En efecto, veo que es inútil preguntaros, cuando estais firmemente resuelta á no responder á mis preguntas. Preciso

es confesar que si habeis tenido astucia para ocultar durante mucho tiempo vuestros crímenes inauditos, no es menor vuestra destreza para defenderos de mis justas acusaciones; pero todos los subterfugios son inútiles delante de la verdad.—El anciano Argerico, el hombre que, segun todas las muestras, debia ser mi servidor mas leal, ese precisamente era el que estaba de acuerdo con los adúlteros, ese fué el que instigado por vos favoreció aquella noche la fuga del infante. Y si aun pudiera quedarme alguna duda, vos misma os encargásteis de desvanecérmela. ¿Quién fué á implorar el perdon del traidor Argerico?—Vos, que sentíais remordimientos; vos, que temblábais de que vuestros crímenes se pudiesen descubrir; vos, que habiais sido la causa de que Argerico se encontrase en una prision. Y el anciano, seducido completamente por los adúlteros que me quitaban la honra, por los conspiradores que trataban de arrebatarme el reino, por los asesinos que intentaban quitarme la vida, el anciano, pues, me vendió villanamente, revelando un secreto de grande importancia al infante Wimarasio. Porque yo ¡infeliz de mí! habia creido que el hombre que desde mi niñez me habia profesado siempre un afecto, al parecer, sin límites, seria la única persona digna de que en el seno de la amistad le confiase mis pesares mas ocultos, mis temores, mis celos, mi deshonra. ¡Cuánto me engañaba! Apenas Argerico salió de mi aposento, fué á buscar á Wimarasio para revelarle todo, todo cuanto yo acababa de decirle.

—Yo ignoraba completamente todo eso.

—Ya sabemos que vos teneis por sistema aparentar que lo ignorais todo.—Ahora bien, Wimarasio, que antes me deshonraba y además siempre estaba maquinando con mis enemigos á fin de quitarme el trono y la vida, Wimarasio, digo, partió aquella misma noche del castillo de Samos, y hasta el presente nadie sabe en dónde habita. Si antes de esta fuga yo no hubiera ya sabido hasta la evidencia que mi propio hermano era mi mayor enemigo, su conducta me hubiera manifestado que mis sospechas no eran sino realidad incontestable.

Las palabras del rey produjeron una impresion profundísima en todos los circunstantes. Aquella acusacion tenia un no sé

qué de estraño y de terrible, que hirió vivamente la imaginacion de cuantos la oyeron.

Y es que hay en la naturaleza humana una propension irresistible á dar crédito á todo aquello que aparece á nuestros ojos con cierto carácter de estrañeza.

Pero por mas que fuesen sorprendentes é inesperadas las terribles revelaciones que habia hecho el rey, pasados los primeros momentos, hubo muchas personas que se resistieron á dar crédito á lo que D. Fruela habia dicho respecto á los ambiciosos planes que abrigaba el infante Wimarasio, el cual, segun hemos manifestado en otras ocasiones, gozaba de grande popularidad y estimacion en el reino cristiano.

Ninguno, sin embargo, se atrevia á poner en duda los hechos denunciados por el rey en cuanto al adulterio. Todos abrigaban la conviccion de que D. Fruela se equivocaba al creer que su hermano habia tenido proyectos de quitarle el trono y la vida, porque si el infante hubiese querido intentarlo, pensaban, lo habria podido conseguir muy fácilmente; pero lo repetimos, nadie se atrevia á dudar que la reina habia sido infiel, porque nadie comprendia que ningun esposo llegase hasta el estremo de hacer las solemnes y terribles revelaciones que habia hecho el rey, sin tener la seguridad, la evidencia, la conviccion de que habia sido cruelmente afrentado.

Y confirmaba mas y mas este dictámen la reputacion de que gozaba D. Fruela como hombre prudente, sesudo, é incapaz de cometer una ligereza semejante.

El anciano abad del monasterio de San Vicente, por mas que juzgaba á la reina como culpable, no podia menos de compadecerla en el fondo de su corazon, y deseoso de que se defendiese, le preguntó:

—Señora, ¿no teneis ningunas pruebas para contrarestar la acusacion que aquí se ha lanzado?

—No tengo mas pruebas que decir: —«Se me habla de cosas que yo no he pensado jamás...» Y esto, señores, ya veis que no es una prueba.

—Eso no es mas que negar vuestros crímenes, lo cual, como ya os he dicho, lo hacen todos los criminales, dijo D. Fruela.

—Señor, yo no puedo decir mas que lo que he dicho. ¿Quereis acaso que mienta confesando crímenes que no he cometido? Si es que así lo quereis, si es que así os conviene, yo confieso, señor, todo cuanto os plazca decir, por mas que en ello se falte á la verdad y se mancille mi honor.—Decid, señor, decid todo cuanto sea del agrado de V. A.—¡Todo! ¡Lo confiese todo!

Y la afligida reina pronunció estas últimas palabras con un acento tan desgarrador, con una ironía tan cruel, con un ademan tan febril, que conmovia profundamente y hacia temer que la demencia turbase la razon de Munia, si aquella escitacion calenturienta se prolongaba.

Por lo demás, la última respuesta de la reina solo sirvió para convencer á todos los circunstantes de que el rey era un esposo ultrajado, y que Munia por consiguiente era culpable. Todos creyeron que la inmensa desesperacion que habia dictado aquellas palabras no era otra cosa que un golpe de astucia por parte de la reina, la cual fingia que obligada por la violencia, lo confesaba todo, cuando se veia en la imposibilidad de negar nada.

—Ya lo veis, dijo D. Fruela dirigiéndose al venerable abad de San Vicente, ya veis que ninguna prueba razonable ha podido oponer á la verdad de los hechos consignados en la acusacion.

El anciano abad inclinó la cabeza con ademan dolorido.

Despues de algunos momentos añadió el rey:

—Bien sabe el cielo que nadie mas que yo se gozaria en que aun mereciese mi estimacion esta mujer, á quien tanto he amado; pero ¡ay! seria preciso arrancarse los ojos para no ver hasta qué punto merece mi desamor y mi castigo.

Todos hicieron un signo de asentimiento.

El rey, dirigiéndose á Munia, continuó:

—¿Por qué, señora, en esta ocasion tan solemne no os habeis conducido de una manera conveniente, con la humildad propia de quien ha delinquido, con la sinceridad y franqueza de quien conoce que de nada le sirven para ocultar sus crímenes ni la altivez, ni la astucia, ni la mentira?—Yo, á pesar de

todo, hubiera querido manifestarme benévolo y clemente para con vos; pero en vista de vuestra conducta, me veré obligado á haceros sentir todo el peso de la justicia, toda la severidad de mi justa indignacion, la muerte mas espantosa...

—¡La muerte! interrumpió la reina con ademan frenético. ¡La muerte! ¿Y á eso llamais un castigo? ¡Yo la hubiera preferido mil y mil veces antes que sufrir tanta humillacion, tanta vergüenza, tanta injusticia! —Os ruego, señor, os ruego encarecidamente que abrevieis este suplicio, tan cruel para mí. Yo conozco que mi vida, y lo que vale mas que la vida misma, mi honor, está á merced de vuestras sospechas y de vuestros delirios. ¡Morir! —Vamos, vamos pronto al descanso, á la dicha que ya puedo esperar, á la muerte. ¡Vamos! ¡Vamos!

La infeliz reina, pálida, con sus hermosos cabellos en desórden, con los ojos estraviados, con ademan delirante, dió algunos pasos hácia la puerta, repitiendo sin cesar y con aire de insensatez:

—¡Vamos! ¡Vamos!

Tanto desórden, tanta belleza, tanto afan por morir, infortunio tanto, produjo en aquella asamblea profundísima sensacion.

Pero el demonio de las sospechas infundadas se habia apoderado del alma de D. Fruela, que al contemplar la desolacion infinita de su esposa, esclamó:

—¡Los remordimientos!... ¡Ved ahí lo que es el crímen! Los remordimientos la conducen á ese estado lamentable de desesperacion y demencia.

Esta funestísima interpretacion resonó como un eco en todos los corazones. Todos creyeron que aquel estado de desórden mental en que parecia hallarse la infortunada Munia, era producido por los remordimientos que perturbaban el espíritu de la culpable, como fantasmas sombríos y amenazadores.

La reina, cuando tal oyó, inclinó la cabeza como si el golpe hubiera sido demasiado rudo para sus débiles fuerzas.

Entonces tuvo lugar una escena en estremo patética.

Nunilo, la anciana nodriza de Munia, se adelantó hácia el

tribunal con pie vacilante. La edad y la emocion hacian que la pobre anciana pudiera apenas sostenerse.

—¡Amados señores! esclamó derramando copiosas lágrimas: yo estoy loca, yo no sé lo que me pasa, ni sé lo que hago ni lo que digo. Vosotros me debeis conocer todos; yo soy Nunilo, la nodriza de vuestra reina. ¡Pobrecita! ¿Quién habia de creer cuando se criaba tan hermosa como un sol, que habia de pasar por trances tan amargos como este? ¡Y ella quiere morir ahora sin saber que me mata á mí tambien!... Pero tiene razon. Mas vale morir que no escuchar las cosas que aquí se han dicho!... ¡Amados señores! ¡No creais nada de lo de la reina y el infante! ¡El que lo crea ofende á Dios, y Dios no puede ayudarle! Es hablar mal de una santa el pensar que Doña Munia haya ofendido á su esposo, á nuestro rey... En horá buena que le quiten la vida, ¡ella lo quiere! y yo tambien quiero morir con ella; pero que no diga nadie que la reina Doña Munia ha sido una mala esposa ni una mala madre... ¡El que lo diga, miente!... y tarde ó temprano, Dios lo castigará. Yo no sé cómo no cae fuego del cielo sobre los que se atreven á pensar y decir ciertas cosas... Lo bueno que tiene es, que la verdad adelgaza, pero no quiebra. Al fin se descubrirá y se hará patente á todos la inocencia de Doña Munia, y aun cuando ya no existiese, no por eso su honra dejará de quedarse mas limpia que el sol... ¿Vosotros no sois un tribunal? Me parece que sí. Hay lujosos sitiales y una mesa en medio... Eso es... ¡Un tribunal!... Pues bien, señores jueces, para sentenciar á Doña Munia, tened en cuenta que Dios está en el cielo. Yo os lo digo, y yo no miento, y esta pobre anciana no ha mentido jamás... ¿Entendeis? ¡Doña Munia está inocente, inocente, inocente!

Y la anciana, con sus cabellos blancos esparcidos sobre sus hombros, con sus ojos centelleantes de santa indignacion, y con su mano descarnada estendida hácia el tribunal, parecia la imágen de la desgracia, abogando por la virtud calumniada.

La reina se volvió á su nodriza, y llorando de gratitud le dijo:

—Tú, débil anciana, eres la única que me conoces, y has comprendido que la muerte me aterra menos que la deshonra. Tú, amada Nunilo, aunque tan débil, eres mi único apoyo. ¡De todos me veo abandonada!

—¡Dios os mira desde el cielo!

—En él pongo toda mi confianza... ¡Qué bálsamo hás derramado sobre mi corazon!... ¡Ven, Nunilo, ven á mis brazos!

La jóven reina y la anciana nodriza se dieron un estrecho abrazo, y lloraron la una sobre el seno de la otra.

Todos presenciaron conmovidos aquel espectáculo; pero no por eso el tribunal dejó de juzgar y sentenciar á la infeliz reina, acusada por su mismo esposo.

Cuando la infeliz Nunilo oyó la sentencia, se arrodilló á los piés del rey, que la rechazó con aspereza.

Los sayones condujeron á la reina á su prision. Ni le permitieron siquiera que la acompañase la nodriza.

Es verdad que la reina acaso no sintió si estaba en su cámara ó en un calabozo. Al tener el sentimiento íntimo y profundo de su inocencia, creia que le habia de ser cosa fácil comunicar á todos la conviccion de que ella jamás habia ofendido á su esposo; pero sintió que su razon se habia estrellado en mil pedazos contra la prevencion maligna de que era objeto.

Convencida, pues, de que todo cuanto dijese era inútil, inclinó la cabeza, pálida, trémula y muda. Llegó á dudar de la verdad, y hasta de su propia existencia.

Acaso en este violento choque su razon se habia quebrado para siempre. Así al menos lo daban á entender sus miradas estúpidas, sus palabras incoherentes, sus estrepitosas carcajadas.

Entre tanto Nunilo, con indecible amargura, lloraba diciendo:

—¡Oh Dios mio! ¡La infeliz se ha vuelto loca! Estoy segura de ello... Y además, su esposo D. Fruela no estará contento hasta que no le quiten la vida... ¡Infeliz Doña Munia! ¡Infeliz!

En efecto, el Tribunal habia declarado que, segun el Fuero Juzgo, el rey D. Fruela, como esposo ofendido, pudiera hacer de la reina y del infante lo que mas le placiese. Ahora bien, el rey no se satisfacia sino con la muerte de sus ofensores, y ya que no podia tener á manos al infante, queria descargar todo el peso de su furor sobre la desdichada Munia, que fué condenada á muerte.

CAPITULO X.

Que trata de las sutilezas galantes que se usaban antaño.

En las cercanías de Oviedo se levantaba un edificio que participaba á la vez de la estructura de la casa y de la solidez y del aspecto del castillo.

Ningun sitio podia imaginarse mas pintoresco que el lugar donde se hallaba la alquería de la *Bibda* (1). Sobre una colina de suave declive se levantaba la casa con sus fuertes muros, con sus torres á los lados, precedida de un anchuroso parque, y rodeada en todas direcciones de alfombradas campiñas y de frondosos bosques.

En aquella alquería habitaba una matrona célebre en la comarca, no solo por sus riquezas, sino tambien por su notable hermosura.

Acerca de aquella dama se hacian los mas estraños comentarios. Unos decian que era viuda, otros que estaba casada; quién decia que era francesa, otros suponian que en la alquería habitaban varias amigas, y muchos aseguraban haber visto por los bosques cercanos en diversas ocasiones una tropa de hermosísimas damas cabalgando sobre blanquísimas hacaneas ocupándose en la caza y armadas con sus arcos y sus flechas como Diana y sus ninfas.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto del caso es, que tambien se veía atravesar el parque muy frecuentemente á un ca-

---

(1) Viuda.

ballero rebozado en su manto y con todas las trazas de una persona que desea guardar el mas rigoroso incógnito.

La noche habia estendido su velo de sombras sobre la tierra.

Una tropa como de hasta treinta guerreros caminaba por un espeso bosque de encinas. Habiendo llegado á un sendero que se cruzaba en ángulos rectos con el camino que llevaban, los ginetes se detuvieron á una seña del que iba delante, que naturalmente seria el gefe de aquel escuadron.

Despues de haber cambiado algunas palabras con uno de los ginetes, el que parecia capitan se lanzó solo y al galope por el sendero, mientras que los demás campeones echaron pie á tierra, y tomaron la actitud de quienes se resignan á esperar por largo tiempo.

El incógnito atravesó un estenso bosque, hasta que por último llegó á un puente sobre un anchuroso arroyo que mas lejos iba á morir en brazos del rio Eo.—El caballero llegó despues á un alto muro que cercaba el bosque ó parque en cuyo centro estaba situada la alqueria de la Bibda. El misterioso galan vaciló algun tiempo vagando en torno de la cerca, hasta que por último se detuvo delante de un postigo, echó pie á tierra, sacó una llave, y desapareció por la poterna, por la cual apenas pudo pasar llevando del diestro á su caballo.

Bien se conocia que no era la primera vez que el caballero recorria aquel recinto, á juzgar por su paso firme y por la fijeza con que se dirigió al único sendero que por allí conducia á la puerta principal de la alqueria mencionada.

Llegó, en fin, al pie del edificio, tocó un silbato, y pocos momentos despues apareció un siervo de aspecto selvático y rústicamente vestido.

El siervo hizo una profundísima reverencia al reconocer al misterioso personage.

—¿Se ha recogido ya Doña Ermesenda?

—Creo que aun está despierta. ¿Voy á avisarle?

—No; lleva mi troton á la caballeriza.

El siervo pareció muy embarazado. Su semblante se alteró un momento; pero muy pronto una maliciosa sonrisa iluminó su rostro.

El caballero atravesó un patio, y se dirigió á una escalera situada en la galería que rodeaba al atrio á modo de un claustro.

El incógnito, al fin de la escalera, llegó á una puerta donde llamó fuertemente; pero pasaron algunos momentos sin que nadie saliese á abrir.

Llamó segunda vez. Nadie respondió.

Ya impaciente, volvió á llamar de manera que parecia resuelto á derribar la puerta.

Entre tanto que esto sucédia, el siervo se habia apresurado á dejar en la caballeriza el caballo del misterioso galan; y en seguida, dando un rodeo por otra puerta y otra escalera secreta, situada en un pequeño patio contiguo al atrio principal, se encaminó rápidamente al aposento de su señora.

—¿Qué traes? ¿Qué te ha sucedido? preguntó la dama, notando la palidez y la turbacion del siervo.

—Señora, acaba de llegar el caballero...

El siervo murmuró algunas palabras en voz muy baja al oido de la hermosa matrona, que respondió muy conmovida, mas por la gratitud que le merecia la astucia y precaucion del siervo, que por el placer que le inspirase aquella inesperada visita, que segun todas las trazas, era por demás intempestiva.

—Has hecho muy bien, Sisenando, y te agradezco mucho que me hayas dado aviso.

—He cerrado la puerta de la escalera, corriendo el cerrojo por dentro...

—¿Oyes?

—Es que ya está llamando.

—Márchate al instante por donde has venido para que no te vea, y avísale á tu hermana para que tarde lo mas que pueda en abrir.

—Mi hermana ya está avisada, señora.

Y el siervo hizo un rápido movimiento para salir de la estancia.

—¡Aguarda! dijo la matrona. Se me olvidaba... toma al instante un caballo y marcha ahora mismo á Oviedo. En la mitad del camino le encontrarás. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, señora.

—Pues bien, le acompañas y le conduces por el lado opuesto al postigo del puente, pues es casi seguro que en el camino del encinar estén los caballeros de D. Rosmundo.

—¿Y despues que estemos aquí?...

—Le llevas al salon de la torre de Oriente, cierras la puerta, y en seguida vienes á avisarme.

El siervo se inclinó, y desapareció rápidamente.

Ya era tiempo.

Cuando salió de la habitacion, se encontró en la antecamara á su hermana, que le dijo con voz atropellada:

—Si no voy á abrir, van á echar la puerta abajo.

—Ya puedes abrir cuando quieras.

Sisenando se dirigió por la escalera secreta á cumplir las órdenes de su señora.

La sierva fué á abrir al caballero, que ya impaciente, segun hemos dicho, pugnaba por derribar la puerta.

La astuta sierva fingió como que acababa de despertarse.

Y el caballero le manifestó su estrañeza de que tan temprano se hubiesen recogido, cuya circunstancia, segun él creía, habia sido la causa de que tanto hubieran tardado en abrirle.

Pero nuestro galan no manifestó su estrañeza sin dar á entender tambien su ira de un modo bastante enérgico, cruzando la cara con su látigo á la sierva por su tardanza.

¡Tales eran las costumbres de aquellos tiempos!

Los señores tenian derecho de vida y muerte sobre los siervos.

La hermana de Sisenando inclinó la cabeza humildemente, pero miró de reojo al altivo caballero con una espresion singular de aborrecimiento.

Cualquier observador, por superficial que fuese, hubiera podido conocer á primera vista que tanto Sisenando como su hermana profesaban al recien llegado un odio irreconciliable, pero el odio del siervo al señor cruel, del débil al fuerte, odio mezclado de temor y cubierto con las demostraciones mas humillantes y pérfidas de cariño y de respeto.

Muellemente reclinada en un sitial estaba una mujer que á lo sumo podria contar treinta y cuatro años, pero cuya hermosura era verdaderamente maravillosa.

Nada mas gentil ni magestuoso que su talante de reina. Los contornos de su airoso talle, de su seno turgente, y como soñado por el deseo, de su cuello enhiesto y alabastrino, y como redondeado por la mano misma de la diosa de Citheres, se dibujaban, se pronunciaban, se evidenciaban con todo el vigor de la edad perfecta, con el atractivo irresistible de la matrona, y con la gracia encantadora de la doncella. Sus ojos eran negros y brillantes con el fuego volcánico de la pasion; su frente y sus cejas, vigorosamente trazadas, revelaban altivez y valor; su nariz aguileña denotaba sensibilidad esquisita, y en sus labios frescos y purpurinos y entreabiertos como el capullo de la rosa, parecia tener su predilecta morada el amor mismo, pero el amor que perturba al entendimiento con la dorada y engañosa nube de las ilusiones deleitosas, el amor que ven los ojos, que seduce al alma, y que agota las fuentes de la vida.

La dama cuyo bosquejo acabamos de presentar era Doña Ermesenda, acerca de la cual, segun ya hemos indicado, se contaban en la comarca mil peregrinas historias.

Sin que precediese anuncio ni aviso de ninguna especie, presentóse el misterioso personage en la cámara de Doña Ermesenda, que recibió al recien llegado con una sorpresa perfectamente fingida.

—¿Qué es eso? Parece que mi venida te sorprende.

—No es estraño. Estaba muy lejos de pensar que iba á tener el gusto de verte.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento del mas sincero cariño.

Sin embargo, el caballero pareció poner en duda tanta dicha, es decir, que no creyó que Doña Ermesenda se alegrase de veras por su inesperada venida.

—¡Ya hace seis meses que no te he visto! esclamó el caballero con cierto acento de amargura.

—¿Y bien? Tú tienes la culpa de que nos veamos tan de tarde en tarde.

—¡Yo!—¿Y además, aun cuando viniera todos los dias, pudiera esperar por eso que tus caprichos tuviesen fin?

—Tambien tienes tú la culpa de que yo tenga esos que llamas caprichos.

—¿Cómo te atreves á decir tal cosa? ¡A fé que estás insoportable!

Y el caballero frunció las cejas con una espresion marcada de disgusto, y casi de furor.

Pero despues hizo un ademan que indicaba su firme propósito de no romper abiertamente con la hermosa Doña Ermesenda.

Y habiendo logrado tranquilizarse algun tanto, añadió:

—Yo no sé por qué te place decirme cosas que sabes que no pueden menos de desgarrarme el corazon. Yo que ansio verte todos los dias, que por mi gusto jamás me hubiera separado de tí, que mi dicha la cifraba en reposar á tú lado de noche despues de las fatigas y peligros del dia, yo que siempre he procurado con toda mi alma agradarte respetando hasta tus menores caprichos como leyes inexorables... ¿te atreves á decir todavia que yo tengo la culpa de que vivamos ausentes, y de que, ni aun aquí, nos veamos con frecuencia? ¿No me has rechazado mil veces? ¿No me has tratado con una crueldad inaudita? ¿No he abdicado siempre de mi carácter violento en tu presencia? ¿No vivo por tu causa lejos de tí, maldiciendo mi existencia, como si no me unieran á tí vínculos indisolubles? y que otro hombre tuviese esta resignacion, ó mejor dicho, esta debilidad, se comprende fácilmente; pero que yo, Rosmundo, el que hace temblar á todos en su presencia, el que atraviesa sin compasion y con la rapidez del rayo á todo el que se atreve á oponerse á sus deseos, que yo me preste como un vil esclavo á obedecer tus injustos caprichos, ¡ira de Dios! esto es lo que no comprendo, esto es lo que me vuelve loco, esto es lo que me hace creer, Ermesenda, que me has dado algun bebedizo.

Al oir tales palabras una sonrisa imperceptible vagó por los labios de la hermosa dama. ¿Era tal vez que se burlaba de los temores absurdos que habia manifestado el caballero respecto á lo del bebedizo? ¿Se gozaba acaso con el placer de una one-

miga al verle sufrir por su causa? Puede ser que hubiese algo de ambas cosas; pero Doña Ermesenda antes que todo era mujer, y por lo tanto aquella sonrisa de satisfacion solo podia atribuirse á esa emocion íntima en que se goza la mujer cuando sabe que ella inspira una pasion profunda.

Despues de algunos momentos Rosmundo continuó:

—Y yo tengo derecho, como tú lo sabes muy bien, á exigir que vivas conmigo. Nosotros no podemos separarnos, y estoy resuelto á apelar á las leyes, si es que por tu propia voluntad no te resignas á respetar mi voluntad, á obedecer mis mandatos.

Este lenguage enérgico pareció impresionar fuertemente á Doña Ermesenda, que segun todas las muestras no estaba acostumbrada á oir á Rosmundo esplicarse con un tono tan decidido como imperioso.

La dama fijó sus negros ojos sobre el altivo Rosmundo, y respondió:

—Si apelas á las leyes para obligarme á lo que yo no quiero, desde ahora mismo te declaro que antes de consentir en tu demanda, me atravesaré el corazon con un puñal. Yo no puedo permitir, yo no permitiré nunca que nadie violente mi voluntad. Te lo he dicho muchas veces, de ti solamente, de tí depende y ha dependido el que yo siempre te haya manifestado, respecto á este punto, la obstinacion mas incontrastable.

Doña Ermesenda guardó silencio durante algunos momentos, al cabo de los cuales continuó con un acento de ternura y de emocion que contrastaba singularmente con la entereza que poco antes habia manifestado:

—Hubo un tiempo ¡tiempo feliz! en que mi alma arrebatada por el vago y dulce afan de los primeros amores, te contemplaba en la tierra como á un espíritu de los cielos. Te vi, te amé, mi corazon fué tuyo, y delante del altar un juramento sagrado unió para siempre nuestros corazones con vínculos indisolubles. ¡Tú me amabas tambien! así al menos lo creía entonces; pero ¡ay de mi! ¡cuánto me engañaba! ¡de cuán diverso modo vino luego la realidad á disipar dolorosamente todos los bellos ensueños de mi juventud y de mi amor! Cuando yo crei consagrar esclusivamente mi vida á la tuya, cuando yo creí

que tú esclusivamente debias consagrar tu existencia á la mia, cuando yo te confiaba en el seno del amor todos los secretos de mi alma, cuando mi pensamiento y mi cariño te pertenecian en toda su estension, cuando tú eras mi única felicidad, mi ídolo, mi Dios, entonces vi ¡oh dolor! que tú no merecias tanta abnegacion, tanta ternura...

—¿Y por qué, Ermesenda? interrumpió vivamente Resmundo.

—¡Por qué! ¡Y lo preguntas! ¿No me he quejado mil veces de tu reserva, de los misterios que observaba en tu conducta? Siempre te veia meditabundo, tu pensamiento apenas se ocupaba de mi amor, y por el contrario, siempre parecias absorto en meditar proyectos, empresas misteriosas, cuyo secreto jamás he merecido que me confies. Venias de noche, y tu pensamiento estaba lejos de tu esposa, mientras que mi alma ¡ingrato! estaba pendiente de tus labios y de tus ojos.

—¿Y creías por eso y podias creer que yo no te amaba?

—¿Por ventura tenia motivo para dudarlo? Esquivabas responder á mis preguntas, te repugnaban mis caricias, mis lágrimas te eran indiferentes, ni escuchabas mis suspiros, ni comprendias mi amargura. Rodeado siempre de una tropa sombría y feroz, tú te habias vuelto para mí tan feroz y tan sombrío como los caballeros que obedecian tus órdenes. Te preguntaba si estabàs al servicio del rey, y callabas. Constantemente, hasta en tus sueños pensabas y hablabas de cosas de guerra. Deseaba yo saber si combatias con los moros, enemigos de nuestra patria y de nuestra religion, te interrogaba sobre esto, y me mirabas con aire feroz y me volvias la espalda sin responderme. Creí entonces con mucha razon que no me amabas, tuve celos, y estaba segura de que otra mujer, mas feliz que yo, merecia tu amor y tu confianza... Y entonces el amor tan sincero, tan ardiente, tan profundo que antes te habia profesado, se trocó en desconfianza, en reserva, y por último, te lo confieso con franqueza, hasta en aborrecimiento.

—¿Y no comprendes, amada Ermesenda, que haya muchas cosas de tal naturaleza que un hombre no pueda ni deba revelárselas á su esposa?

—No, no lo comprendo, repuso vivamente la altiva Doña Ermesenda.

—¡Si tú supieras!...

—Yo te diré lo que supe, y cómo cada dia se fueron aumentando los motivos que abrigaba en lo mas intimo de mi corazon para mirarte como á un hombre indigno de mi amor...

—¡Ermesenda!

—Ignoro por qué razon te ofenden mis palabras. ¿Quieres acaso que te engañe y que finja una pasion que no siento?—Ha llegado el dia, Rosmundo, de que yo te manifieste con sinceridad todo lo que ha pasado en mi pensamiento y en mí corazon, todo lo que ha contribuido á que mi alma se aparte de la tuya, todas las causas, en fin, de mi amargura y de mi desdicha, porque á pesar de que me he separado de tí, no por eso, Rosmundo, no por eso he dejado de ser la mas desgraciada de las mujeres.

Doña Ermesenda guardó silencio algunos minutos, y enjugó con su lenzuelo algunas lágrimas que involuntariamente se agolparon á sus ojos.

Luego continuó:

—Hacia tres años que yo delante del altar te habia jurado un amor eterno, y en este tiempo habia sufrido ya muchos disgustos y muchos desengaños en mi amor. Era precisamente la noche del aniversario de nuestro matrimonio. Yo te aguardaba aquella noche con impaciencia; todo el dia lo habia pasado rezando por tí, porque bien se me alcanzaba, cualquiera que fuese el objeto de tus enigmáticas escursiones, que tú te esponias á grandes peligros, y por otra parte, aquella noche mi alma, casi á pesar mio, no podia dejar de volver la vista á lo pasado. Yo recordaba con dulce emocion aquellos primeros dias de nuestro amor, cuando siempre te contemplaba amoroso y rendido y confiado y franco. Entonces nada me ocultabas, todo me lo decias, no habia misterios en tu alma, y quizás ni crímenes.

—¿Lo crees tú así realmente?

—Lo creo como te lo he dicho.

—Eso prueba que no he sido yo el que ha variado. ¡Oh

mujeres! Vuestro corazon se parece á los cambiantes del iris. Sus matices son muy bellos; pero cambian á cada momento como el plumage de la paloma, segun las refracciones de la luz. —Me hablas de un tiempo en que siempre me contemplabas amoroso y rendido y sincero...

—¿Y podrás negarlo?

—No niego que yo te amára como te amo todavía, y como te amaré siempre, bella Ermesenda; pero lo que no puedo menos de negarte es que creas que yo entonces te amaba mas que ahora, y era diverso de como soy. ¡Cuánto te engañas, Ermesenda! Mi vida y mis ocupaciones eran las mismas antes que despues de conocerte; yo entonces podia tener y tenia efectivamente como ahora proyectos cuya tendencia te ocultaba, porque en ninguna manera necesitaba consultártelos. Esto no es un desprecio, es una necesidad inprescindible que tenemos los hombres, tal vez á pesar nuestro, en ciertas y determinadas ocasiones. Hay secretos que no nos pertenecen, y por lo tanto no debemos revelárselos ni aun á nuestra misma esposa.

—¡Cómo!

—Tú misma hubieras debido tenerme en poco desde el momento en que hubieses comprendido que otro hombre podia tener el derecho de humillarme, acusándome de indiscreto y desleal.

—¿Y por ventura no hubiera yo sido bastante leal y discreta para guardar, tan bien como tú mismo, un secreto? Esa desconfianza es injuriosa para el amor. Además, mi conducta para contigo ¿no era muy distinta? ¿Te ocultaba yo alguna vez ni el mas mínimo é insignificante de todos mis pensamientos? El amor no puede ni quiere ser recompensado sino tambien con amor. Desde el momento en que tú tenias reservas para conmigo, estaba yo en el caso de tratarte sin intimidad, con desconfianza.

Rosmundo hizo un gesto que podia traducirse por estas palabras:

—¡No estamos en el mismo caso!

La dama sin duda comprendió aquel ademan, si ha de juzgarse por la prontitud con que dijo:

—La mujer, y sobre todo la mujer que ama, es tan capaz de guardar un secreto como el hombre mas prudente.

Rosmundo se encogió de hombros con aire de incredulidad.

—¡Siempre el mismo carácter! esclamó dirigiéndose á Doña Ermesenda. ¡Siempre eres curiosa y altiva!

—Era la noche en que hacia tres años que nos habíamos jurado al pie del altar un amor eterno, continuó la dama desentendiéndose de las palabras de su esposo, cuando yo, tan afligida como enamorada, estaba aguardando que volvieses de tus escursiones. Muchas veces ¡acuérdate! solias no venir en tres ó cuatro dias sin avisármelo, y este silencio cruel me tenia en contínua ansiedad, pensando que algun accidente desgraciado te habia impedido volver á los brazos de tu esposa, que lloraba sin consuelo.—Aquella noche mi corazon aun te amaba con toda su primitiva ternura, y yo me preguntaba llorando: «¿Es posible que Rosmundo no se acuerde que esta noche es el aniversario de nuestro matrimonio?» Embebida en mis tristes pensamientos, pasé gran parte de la noche en un balcon que daba al jardin. Era por el mes de mayo. Las flores exhalaban sus perfumes, la luna brillaba en el límpido azul del cielo, y los ruiseñores enamorados cantaban dulcemente en la copa de los árboles. Toda la naturaleza se ostentaba tan bella como en aquel dia feliz en que el sacerdote bendijo nuestra union, ¡ay! que habia de ser tan desventurada, Rosmundo, por tu culpa.

A medida que la dama seguia su narracion, el caballero iba palideciendo espantosamente.

Sin duda se trataba de algun misterio horrible que debia haber tenido lugar en aquella noche memorable.

Y para disimular su emocion, Rosmundo, que hasta entónces habia permanecido de pie, se dejó caer en un sitial con aire de profundo abatimiento.

Doña Ermesenda continuó:

—Yo respiraba un ambiente embalsamado, é involuntariamente las lágrimas se agolpaban á mis ojos al contemplar que todo en el mundo se rejuvenecia y se alegraba al soplo de la primavera, todo, menos mi corazon, lacerado por tus desdenes y por tus enigmáticas escursiones. Cansada de aguardarte, y

desesperanzada ya de que volvieses aquella noche, me dirigí á mi estancia y me sepulté en mi lecho, no para dormir, sino para pensar en mi desventura. Ya era más de media noche, cuando sentí en el patio ruido de caballos. Entonces creí que habias venido, y no me equivoqué...

—¿Pero á qué viene toda esa historia? interrumpió Rosmundo con un acento en que se revelaba el disgusto y la impaciencia.

—Te he dicho y vuelvo á repetirte que hoy ha llegado la ocasion de que yo te manifieste todas las cosas que han contribuido á que mi amor no solamente se estinga, sino á que se haya cambiado en aversion.

Rosmundo hizo un ademan de cólera.

Doña Ermesenda se encogió de hombros, y continuó imperturbable su relato.

—Una lamparilla ardia sobre la mesa de mi aposento. Yo, impaciente, miraba á la puerta, aguardando á cada instante verte aparecer. Mis esperanzas fueron inútiles. El ruido que antes habia escuchado se habia desvanecido completamente. En toda la casa el silencio era sepulcral; mi ansiedad crecia, y mi incertidumbre llegó hasta el estremo de hacerme creer que un sueño engañoso me habia representado tu llegada. Por último resolví desvanecer mis dudas. Me levanto, y tomando la lamparilla, salí de mi aposento y me encaminé hácia el patio donde antes me habia parecido oir pisadas de caballos. La oscuridad era tan profunda como el silencio. Ya la luna se habia ocultado. Solo la luz de la lamparilla iluminaba débilmente mis pasos. El patio estaba desierto. En las caballerizas no habia ningun caballo. No sabia ni podia pensar otra cosa, sino que mi imaginacion me habia hecho oir tu llegada y la de tus feroces compañeros. La puerta, sin embargo, estaba entornada.—Ya me volvia á mi aposento con intencion de llamar á Sisenando y á su hermana para que me acompañasen, porque comencé á tener miedo, Rosmundo...

—Pudieras escusar...

—¡Oyeme!—Luégo se me ocurrió irme al jardin para respirar el aire libre, para pensar en mi situacion amarga, en mi amor, en tu desden, y para refrescar mi cabeza, que ardia bajo

el peso de una fiebre lenta que nunca por entonces me abandonaba, y que poco á poco iba minando y consumiendo mi salud y mi vida. Dejé la luz en el pasadizo, junto á la puerta del jardin, y solitaria y triste comencé á pasearme, siempre pensando en tí, siempre con la esperanza de que aquella noche te habia de ver amante y rendido como en otro tiempo. De repente oí al otro estremo del jardin ruido como de dos hombres que luchasen. ¿Era otra nueva ilusion de mis sentidos? ¿Era verdad que dos aceros se cruzaban? Yo apliqué con mas atencion mi oido, pero ya nada volví á escuchar. Entonces llegué á creer que aquella noche yo veia y escuchaba un mundo que no era el mundo verdadero. ¿Estaba loca? ¿Era que la fiebre me fingia un universo de ruidos falsos y de fantasmas invisibles? Devorada por la curiosidad, deseosa de saber si efectivamente yo estaba en mi juicio ó deliraba, me adelanté hácia el sitio donde habia escuchado ó creido escuchar aquel rumor, llevando el firme propósito de averiguar la causa que lo habia motivado.

Rosmundo se levantó con aire impaciente, diciendo:

—¡Calla por Dios, Ermesenda, si no quieres que me vaya ahora mismo!

—No creas que tengo ningun interés en que permanezcas aquí mucho tiempo.

Rosmundo se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Doña Ermesenda continuó:

—Sin embargo, una vez por todas te ruego que me escuches hasta el fin.—De nuevo volví á caer en mi primera incertidumbre. Durante mucho tiempo anduve vagando sin encontrar rastro ni señal que me confirmase en que realmente allí habia tenido lugar un combate. Por último divisé en el suelo un bulto, me aproximé á él, y reconocí ¡qué horror! á un hombre que aún se estremecia convulsivamente sobre su propia sangre. Pálida y turbada con tan horrendo espectáculo, huí despaverida de aquel sitio, y me encaminé hácia mi aposento, junto al cual dormia Sisenando, para avisarle que viniese á reconocer el cadáver. ¿Habrán asesinado á Rosmundo? Sin cesar me hacia esta pregunta, y no podia desechar esta duda de mi pensamiento, porque me habia sido imposible, atendida la oscuridad de la

noche, examinar las facciones del cadáver.—Pero en la galería, junto á mi aposento, me encontré á un hombre pálido como la muerte y que se sonreía al mirarme. ¡Eras tú, Rosmundo!

—¿Y bien? ¿Qué quieres decir con toda esa historia? preguntó el caballero, tomando una actitud tan soberanamente altiva que parecia decir estas ó semejantes palabras:

—¡Ya estoy cansado de tener la cabeza inclinada! ¡Yo no me humillo jamás! ¡Yo siempre acepto la responsabilidad de lo que hago!

—¡Y me preguntas lo que quiero decir!... ¡Aguarda y oye!—Aquel hombre se entró detrás de mí en mi aposento, y quiso hablarme de amor, y me habló efectivamente de la noche de nuestras bodas. ¡Ay! ¡Qué modo de solemnizar el aniversario de nuestra union tan santa, tan legítima y al principio tan feliz!—Aquel hombre se aproximó queriendo estampar un beso en mis labios; pero yo entonces observé que él tenia una mancha de sangre en su frente, como si la mano de la Justicia Eterna hubiese querido señalar con una marca infame, con un signo de maldicion, al asesino. ¡Y el asesino eras tú, Rosmundo!

—¡Ira de Dios! ¿Y lo sufro? ¡Ah! Sino fueses una débil mujer, yo te juro por mi nombre que este momento seria el último de tu vida. ¡Yo asesinar!

—¡Tú! ¿Quién sino tú dió muerte á aquel hermoso jóven?

—Yo, yo, yo; pero no le asesiné. Si le atravesé el corazon con mi espada, fué peleando frente á frente. ¡Y si mil veces resucitára, mil veces le mataria!—¡Era un traidor!

La dama contempló con una espresion indefinible al caballero, que en aquel instante estaba á la vez hermoso y aterrador.

Durante largo rato ambos guardaron el mas profundo silencio.

Al fin doña Ermesenda dijo:

—Cualesquiera que fuesen los motivos que tuvieses para cometer aquel homicidio, no por eso es menos cierto que siempre fué un crímen, y que este crímen ejerció un influjo misterioso é irresistible sobre mi corazon, que antes te amaba con locura, y que desde entonces te profesó un aborrecimiento inestinguible.

—¿Y era eso todo lo que me querias decir?

—Sí; queria decirte que te he pagado con desden todos tus desdenes, y que te he devuelto odio por odio; pero con una diferencia, y es, que tú me mirabas con desvío sin haber tenido razon alguna, en tanto que yo he debido mirar con horror á un criminal. Ya sabes que aquella noche te rechacé con indignacion de mi presencia, aunque nada te manifesté del horrible descubrimiento que por casualidad habia hecho en el jardin. Desde entonces nuestro rompimiento fué irreconciliable, desde entonces nuestra separacion, por mi parte, fué decisiva.

—¿Y no piensas desistir de tu propósito?

—Jamás.

Rosmundo comenzó á pasearse por la estancia como abstraido en profundas meditaciones.

Al fin se detuvo delante de la dama, clavando en ella una mirada aguda como un puñal.

—¿Y ese descubrimiento de que me has hablado, ha sido la única causa de que con tanta tenacidad te hayas resistido á vivir en mi compañía? preguntó.

—Esa ha sido la causa principal, respondió Doña Ermesenda.

—¿Pues no me has dicho que mi conducta misteriosa te ofendia?

—El secreto que tú guardabas en todos tus actos fué sin duda la primera nube que comenzó á turbar el cielo de mi dicha; pero puedo asegurarte, Rosmundo, que si no hubiera visto aquella funesta mancha de sangre que aun estoy viendo en tu frente, porque nunca puedo olvidar aquella noche terrible, puedo asegurarte que jamás hubiera pensado en separarme de tí.

—Y si yo, amada Ermesenda, te revelase todos los misterios de mi vida y te descubriese las poderosas razones que tuve para matar á aquel hombre, ¿no podria esperar que me devolvieses tu estimacion? Porque estoy seguro, amada esposa mia, que si tú hubieras podido apreciar en toda su estension los motivos que he tenido para obrar como lo he hecho, lo repito,

estoy seguro de que encontrarías muy natural mi conducta, si es que del todo no la disculpabas.

Y así diciendo, el altivo Rosmundo tenia los ojos inundados de lágrimas, porque se conocia no solo que Doña Ermesenda le habia inspirado una pasion volcánica é inestinguible, sino que tambien temblaba al pensar que fuese negativa la respuesta de su esposa.

Luego añadió con voz en estremo conmovida:

—Acabo de poner mi felicidad en tus manos, Ermesenda de mi corazon. Tú me conoces, y tú debes comprender cuánto te ama Rosmundo, cuando contigo usa este lenguage.—Si te lo revelo todo, todo, ¿no podré esperar que me disculpes, que me perdones, que me ames como en otro tiempo mas dichoso?... ¡Responde!

La dama guardó silencio, y permanecia inmóvil como si nada hubiera oido.

—Sí, sí, piénsalo bien, añadió el caballero trémulo de emocion, piénsalo bien, porque la vida ó la muerte, porque el infierno ó el cielo están para mí en tu respuesta.

Doña Ermesenda levantó lentamente sus ojos y los fijó con altivez en el semblante de su esposo.

—¡Se deshizo el encanto, Rosmundo! esclamó.

Horriblemente palideció el caballero al oir semejante respuesta; pero, transcurridos algunos momentos, el fiero Rosmundo recobró á su vez toda la soberbia y arrogancia que le eran características. Se sonrojó de haberse humillado, devoró en silencio su ira y su dolor, y tuvo bastante dominio sobre sí mismo para afectar la tranquilidad mas perfecta.

Sin embargo, en el fondo de su corazon, Rosmundo amaba siempre á Doña Ermesenda, y al escuchar su desden habia recibido una herida tan dolorosa como incurable.

Despues de un largo rato, el apenado caballero se despidió de la dama, prometiéndole que jamás volveria á molestarla requiriéndola de amores.

Luego añadió con voz solemne:

—Una cosa tengo que advertirte, Ermesenda. Yo me resigno á tu voluntad, pero no consentiré nunca que admitas á otro

hombre en tu amor. Ni mi pasion ni mi decoro lo permiten.

—Descuida sobre ese punto.

—Por mi nombre te juro que no me descuidaré. Desde ahora te lo digo; ¡óyeme bien! Todas cuantas precauciones tomes para engañarme serán inútiles. Yo seré invisible, pero á todas horas veré tu conducta. Yo te rodearé como el aire que respiras, como un espíritu misterioso que te seguirá cómo la sombra al cuerpo. Te lo repito... Si amas á otro hombre, ¡ay de tí y de él!

En aquel momento el ademan de Rosmundo era formidablemente amenazador.

Como una sentencia de muerte resonaron aquellas palabras en el corazon de la dama; pero esta se esforzó por encubrir sus terrores bajo el velo de una falsa sonrisa.

—¡Lo dicho! —¡Adios!

Rosmundo se alejó con paso mesurado.

Y doña Ermesenda se quedó aterrada con el recuerdo de aquella entrevista solemne. Aun cuando habia desaparecido, la dama creia ver todavía presente á Rosmundo con el aire amenazador y fatídico de un espectro.

En vano la hermosísima matrona se habia sonreido al despedirse de su esposo, en vano procuraba alejar de sí la imágen sombría y ceñuda de Rosmundo, porque en vano procuraba tambien acallar los remordimientos de su conciencia.

Apenas Rosmundo salió de la estancia, presentóse en la antecámara un siervo para guiar al caballero, precediéndole con una luz.

Rosmundo cabalgó en su caballo, y desapareció al galope.

Doña Ermesenda cuando se encontró sola llamó á la sierva que merecia su confianza, y que tenia por nombre *Ligera*, atendida su vivacidad y buena índole para obedecer.

Los esclavos y los siervos no tenian mas nombre que el que sus dueños querian ponerles, como solemos hacer con los perros y los caballos. ¡¡¡Oh mísera humanidad!!!

Sin embargo, en la época de nuestra historia comenzaban á modificarse algun tanto las costumbres, gracias al benéfico influjo del cristianismo. Encontrábanse ya no pocas familias po-

derosas que hacian dar á sus siervos nombres de bautismo, y en algun modo los trataban como á *personas*; progreso debido en general á la religion pura y dulce de Cristo, y cuyas consecuencias en particular fueron más rápidas y evidentes en nuestra patria, á causa de la invasion sarracénica. La desgracia habia unido todos los corazones, y el siervo fué reconocido por un hombre, desde el momento en que derramó su sangre peleando contra los moros en defensa de la patria.

—¿Y tu hermano? preguntó Doña Ermesenda.

—Aun no ha venido, señora.

—¡Oh! ¡Si llegan á encontrarse! murmuró la dama palideciendo; ¡estoy perdida!

Muy preocupada Doña Ermesenda con sus tristes pensamientos, se dirigió á un armario, de donde sacó un trage completo de mujer.

La sierva contemplaba inmóvil á su señora.

—Retírate, Ligera, dijo al fin la dama. Avísame cuando venga tu hermano.

—¿Antes de llevar al caballero al sitio que le designásteis?

—Sí, sí, repuso vivamente la dama. Tú estarás de acecho, y cuando oigas que vienen por el parque, avísame al punto.

—Descuidad, señora.

Y la sierva salió para cumplir la órden que se la habia comunicado.

Doña Ermesenda entre tanto se ocupaba en ponerse sobre su basquiña un hábito que solian llevar las viudas que hacian profesion de vida recatada y monjil, aun cuando no mediasen votos ni viviesen en comunidad. Mas tarde hubo asóciaciones de viudas que, reunidas bajo este espíritu, se convirtiéron al fin en conventos de monjas, y se les designaba y aun se les designa (porque todavía existen algunos) con el nombre de conventos de las *Dueñas*, por haber estado casadas con hijos-dalgo ó ricos-homes.

A los vestidos ó hábitos de que usaban las viudas de que antes hemos hablado, se llamaban comunmente *paños de órden*.

En la época de nuestra verídica historia se miraba con mucha prevencion, y hasta se reputaba como un crimen previsto

y castigado por las leyes, el que la mujer volviese á casarse con persona de inferior condicion, ó bien que tuviese relaciones amorosas, aun cuando fuese con el príncipe mas poderoso. En una palabra, castigábase en la viuda el que fuese infiel á la memoria de su primer esposo, y en este caso, el castigo consistia en perder el derecho á los bienes que le hubiese dejado el marido, al cual heredaban entonces sus parientes mas cercanos.

Bien es verdad que por otra parte el esposo siempre consignaba la cláusula de que la mujer permaneciese en la posesion de su hacienda, á condicion de no contraer nuevas nupcias. De modo que en la costumbre estaba el espíritu que hizo la ley, y esta á su vez prolongó la costumbre.

Y solia suceder con mucha frecuencia que las viudas vestian paños de órden, con lo cual todo el mundo las consideraba muy doloridas, y entregadas á la vida religiosa. Pero cuando las tales damas querian seguir una aventura de amores, cosian muy sutilmente otros paños por de dentro en la saya, y aparecian vestidas con el trage que todas usaban en el siglo, engañando de esta manera á sus galanes, que en vano las buscaban despues hasta que ellas no querian volver á presentárseles del mismo modo disfrazadas (1).

No pocas veces acontecia que, merced á este engaño, el galan se encontraba en la calle ó en la iglesia á su misteriosa dama con su hábito monjil, y le era imposible reconocerla.

Por el contrario, otras que eran amigas de guarnecer sus amoríos con ribetes de devocion, usaban el engaño en sentido inverso, es decir, que ordinariamente se vestian como las señoras principales acostumbraban, y luego en las ocasiones se ponian su toca y su monjil, debajo del cual latia un corazon mas amoroso y apasionado que si estuviese cubierto con las costosas galas del siglo.

Esta última táctica era la que usaba Doña Ermesenda, por

(1) Hay una ley en el Fuero Juzgo del rey Flavio Chisdasvinto que trata *«Del enganno que fazen las bibdas con el abito.»*

la sencilla razon de que no siendo realmente viuda le gustaba y le convenia parecerlo, á la sombra del monjil.

Apenas la dama habia concluido de disfrazarse, se presentó la sierva diciendo:

—¡Ya han venido, señora!

—¿Y le ha conducido á la torre?

—Están á la puerta.

Doña Ermesenda quedóse meditabunda algunos momentos.

—Vienen dos caballeros, añadió la sierva.

—¡Dos!... Pues di á tu hermano que conduzca al que yo le dije al salon de la torre de Oriente.

—¿Y al otro?

—¡Que no le pierda de vista! ¿Me entiendes?

—Sisenando siempre está bien armado.

—Que le conduzca á una habitacion, y que permanezca en la puerta para impedirle en caso necesario la salida.

—Está muy bien.

—¡Oye! Dile á tu hermano que procure que ese caballero desconocido no advierta que tiene un centinela de vista.

La sierva se inclinó y salió.

La frente de Doña Ermesenda estaba ceñuda.

—Mucho me dá en que pensar ese caballero, murmuró. Si fuera Rosmundo... ¡Imposible! Sisenando le hubiera reconocido, y me hubiera avisado... ¿Quién sabe?... Puede ser algun espia de Rosmundo que se haya fingido amigo de mi amante... ¡Oh! ¡Entonces!...

Un relámpago siniestro brilló en los ojos de Doña Ermesenda.

Y en seguida con ademán resuelto se dirigió á un grande espejo de acero bruñido, tocó un resorte, la gran lámina de acero giró sobre sí misma arrastrando ó pareciendo que arrastraba todos los objetos que habia en la habitacion, abrióse la disimulada puerta, y la hermosa dama por un camino oculto, se dirigió al salon de la torre de Oriente.

CAPITULO XI.

El castillo de los Lamentos.

Rápido como una exhalacion arrojóse el buen escudero Sancho al socorro del infortunado Flavino, cuando este cayó bañado en su sangre bajo el puñal del misterioso y terrible personage que desapareció velozmente, despues de haber cometido tan infame atentado.

Las heridas de Flavino eran mortales. Así lo reconoció Sancho á primera vista, y aun el mismo Flavino comprendió que habia llegado su hora suprema.

—¡Me han asesinado, amigo mio! esclamó el infortunado jóven.

—¡Ira de Dios! ¿Quién es ese hombre? ¿Le has conocido?

—Sí.

—Dime su nombre.

—Lo ignoro.

—¿Y no podré vengarte?

—¿Y de qué serviría esa venganza? ¡Yo me muero!

—¡En qué hora tan menguada saliste de la abadía!

—Ese hombre fué á buscarme...

—¿Y qué causa ha motivado vuestra enemistad?

—Ninguna... ¡Ah!... ¡Mi pobre madre!...

Sancho, por mas que esperimentase la mas viva curiosidad de saber la causa que de un modo tan estraño é inesperado habia producido aquel rencor y aquel crimen, guardó silencio, pensando en que en aquellos instantes solemnes el espíritu de su compañero no debia ocuparse en cosas terrenas.

De repente el buen escudero Sancho hizo un movimiento de cólera é impaciencia, como si un súbito recuerdo hubiese herido su mente.

Hasta entonces el escudero, fuertemente agitado y perturbado por el horrible espectáculo que se habia presentado á sus ojos, no habia pensado en el asunto mas principal é interesante para su señor, cual era el descubrimiento del paradero de Doña Adosinda.

Y no sabemos por qué, supuesto que ninguna razon fundada tenia para ello, fuera de esas corazonadas que se llaman presentimientos, no sabemos por qué el buen Sancho se habia aferrado con tanto ahinco en la idea de que su compañero Flavino traia noticias respecto á la suerte de la hija del conde D. Zuria.

Es verdad que Flavino al llegar á la abadía, le habia manifestado que tenia que comunicar al infante un secreto de la mayor importancia; pero esta manifestacion era demasiado vaga para que de ella pudiera deducirse, sin nota de temeridad, lo que con tanta certidumbre deducia Sancho.

Y ya hemos visto que el buen escudero no sólo abrigaba estas sospechas, sino es que tambien se las manifestó á Fromestano, á quien arrancó de brazos de Morfeo para que sin dilacion recibiese en su celda al malaventurado Flavino.

Ahora bien, aquel inesperado suceso habia desvanecido todas las esperanzas que concibiera el escudero de Wimarasio.

—¡Flavino! esclamó Sancho. ¡El tiempo es precioso! ¿Qué tenias que decirle á mi señor? ¿No me oyes?

Inútilmente trataba Sancho de restañar la sangre de su compañero, y de animarlo para que pronunciase algunas palabras.

El alma se apartaba del cuerpo del moribundo por instantes.

La afliccion de Sancho era inmensa.

Por último, Flavino abrió sus ojos, ya empañados por las negras sombras de la muerte, y procuró hacer un esfuerzo para hablar. Diriase que hasta entonces no habian llegado hasta su espíritu las palabras que le habia dirigido Sancho.

—¡Estaba decretado por el Eterno que fuera breve mi vida! esclamó el jóven reanimándose de un modo tal, que Sancho

lanzó un grito de alegria, llegando á creer que el peligro de su compañero no era tan inminente como al principio habia temido.

El moribundo continuó:

—D. Zuria en castigo de mi adhesion á su hija se empeñó en quitarme la vida, y así hubiera sucedido aquella noche, á no sobrevenir de repente aquella tropa que arrebató á Doña Adosinda... Aquellos hombres que parecian tan feroces, y que tanto estrago hicieron en las gentes de D. Zuria, fueron mis libertadores... Me desataron, y me condujeron largo rato á la grupa de uno de sus caballos, creyendo sin duda que yo debia ser desconocido ó enemigo irreconciliable para aquellos que intentaban darme la muerte, despues de haberme maltratado cruelmente... Uno de ellos, el ginete que me conducia, me hizo varias preguntas... y yo le referí con la mayor sencillez toda la historia de los amores de Doña Adosinda y del infante Wimarasio... Este nombre produjo grande impresion en el ginete...

Flavino calló.

Sancho habia escuchado sin pestañear siquiera todas las palabras de su compañero, y á cada instante temblaba de que exhalase el último aliento sin haber concluido de hacer sus revelaciones.

Esta consideracion fué la que le detuvo varias veces para no ir á la abadia á pedir auxilio. Temia perder un tiempo inapreciable, y queria aprovecharlo.

—¡Ay! ¡Qué sed tengo! esclamó el herido. ¡Agua!... Búscame un poco de agua, Sancho, por el amor de Dios...

Esta súplica vino á poner al buen escudero en un potro de tormento. No sabia qué hacer. Si daba oidos á ella, era muy posible que mientras iba por el agua espirase Flavino. Y por otra parte, no tenia valor para resistir y no acceder á una súplica tan patética como solemne, por ser la última.

En tan cruel alternativa, Sancho decidióse al fin á satisfacer los deseos de su desdichado amigo, teniendo en cuenta el arroyo que corria no muy lejos de la cruz.

Pero luego se le ocurrió otra dificultad. ¿En qué vasija habia de traer el agua?

Entre tanto el herido no cesaba de repetir, con voz cada vez mas desfallecida:

—¡Qué sed tengo!

Al fin Sancho, que no era hombre que reparaba en barras, y que al mismo tiempo estaba dotado de una fuerza de gigante, tomó en sus nervudos brazos al mancebo, y con la misma delicadeza y ternura que hubiera usado una madre con su hijo, lo condujo á la márgen del cristalino arroyo..

Y el herido pudo satisfacer, y satisfizo en efecto la abrasadora sed que le devoraba.

Despues que hubo bebido con ansia y con delicia, el jóven quedó como sumergido en un letargo.

Y esta circunstancia sumergió á su vez á Sancho en una desesperacion sin fin.

—¡Flavino! ¡Amigo mio! esclamó.

El mancebo abrió los ojos y se estremeció, y sus dientes se entrechocaban.

—¿Tienes frio? preguntó Sancho.

Flavino inclinó la cabeza afirmativamente.

Entonces Sancho lo tomó en sus brazos, y procuraba infundirle calor y vida.

¡Patética era aquella escena! El rostro varonil de Sancho estaba inundado de lágrimas. Ni un hermano hubiera desplegado mas ternura que el escudero de Wimarasio..

Tan profundamente estaba afectado Sancho, que ya no pensaba en molestar á su amigo para que hablase de su secreto, por mas que lo juzgase de suma importancia.

Afortunadamente, despues de algunos momentos, Flavino pareció reanimarse de nuevo, y anudó el hilo de su interrumpido relato.

—El gefe de aquella tropa mandó al ginete que me soltase... Este parecia resistirse... Al fin obedeció... Yo me alejé rápidamente, y me oculté entre unas fragosas peñas donde no era posible que subiesen los caballos... A lo que yo imagino, el ginete que me habia hecho varias preguntas hubo de referir á su gefe todo lo que yo le habia dicho, y el capitan sin duda mandó que volviesen á prenderme ó á matarme... Oí voces que me llama-

ban, y por último uno de ellos partió al galope en la misma direccion que vieron que yo habia tomado... Seguramente no habian advertido que yo habia torcido á la derecha... Mi perseguidor se perdió muy pronto de vista, y sus compañeros siguieron su camino... Me inspiraba profunda compasion la suerte de Doña Adosinda... Cuando me hallé solo, creyéndome ya en seguridad, concebí el proyecto de averiguar quiénes eran aquellos hombres, y adónde llevaban á la hija de D. Zuria... Mi intento era seguirlos, y no sin trabajo lo conseguí... En resolucion, se encaminaron á la casa de los Ecos.

Al llegar aquí, la voz de Flavino desfalleció tanto, que no era ya inteligible.

Por mas esfuerzos que hizo no pudo terminar la importante revelacion que estaba haciendo, y que el destino se habia empeñado en interrumpir.

Efectivamente, el desdichado escudero se fué agravando por instantes. Un ronco estertor salia de su pecho, su respiracion era cada vez mas anhelante, un estremecimiento convulsivo recorrió todo su cuerpo, y espiró.

Cuando Sancho se presentó en la abadía refiriendo el lamentable suceso, varios monges acudieron inmediatamente al sitio donde se hallaba Flavino, con la esperanza todavía de prestarle algun auxilio espiritual; pero se convencieron al fin de la fidelidad del relato del escudero de Wimarasio. No hallaron mas que un cadáver, que condujeron á la iglesia, y al que dieron honrosa sepultura despues de rezar el oficio de difuntos.

Fromestano entre tanto aguardaba inútilmente en su aposento que volviesen Sancho y Flavino.

Cuando se presentó el escudero todo pálido y turbado, el hijo de Argerico le preguntó:

—¿Por qué vienes solo?

—¡Ay señor!

—¿Qué ha sucedido?

—¡Una gran desgracia!

—¡Vive Dios! esclamó Fromestano palideciendo. ¡Tan pronto!... ¡Pues si el monge decia que estaba mucho mas aliviado!

—¡Si no es eso!

—¿Pues qué diablos es?

—Que han asesinado á Flavino.

—¿En dónde?

—Al pie de la cruz de piedra.

—¿Pues no decias que estaba aguardándote?

—Ahí vereis, señor. En muy poco tiempo pueden suceder muchas desdichas...

—Sin embargo, me habias dado un susto terrible... Yo creí que tu señor se habia agravado.

—Ahora tambien necesito vuestro consejo. ¿Creeis conveniente que le refiera todo lo que me ha manifestado el buen Flavino?

—¿Estás loco? ¡Voto á la morisma! ¿Cómo quieres que yo diga si es conveniente que tu amo sepa lo que te ha dicho Flavino, cuando yo ignoro lo que te ha relatado?

El escudero, pues, comenzó á referir á Fromestano toda la historia lamentable que ya sabe el lector.

El antiguo capitan de la guardia del rey D. Fruela comprendió toda la importancia de la revelacion de Flavino, cuando Sancho manifestó que los raptores de Adosinda se habian dirigido á la misteriosa casa de los Ecos.

Ahora, si el lector no lo há por enojo, daremos algunas esplicaciones relativas á la causa que habia motivado la desastrosa muerte del leal Flavino.

Las gentes de Rosmundo se encaminaron efectivamente hácia la casa de los Ecos, y esta circunstancia bastó á Flavino para creer que allí habia sido conducida definitivamente la hija de D. Zuria.

Satisfecho con este descubrimiento, pensó prestar un gran servicio al infante, revelándole el paradero de su amada, y sin mas se volvió en busca de Wimarasio.

Pero Flavino no habia observado que pocos momentos despues de haber entrado algunos de los misteriosos caballeros en la casa de los Ecos, volvieron á salir y á continuar su camino.

Y si el escudero de D. Zuria no hubiese tenido tanta prisa por sustraerse al peligro que indudablemente le amenazaba, habria tambien observado que Fulgencio, á la cabeza de diez

ginetes, salió de la solitaria casa y encaminóse en la misma direccion que llevaban Rosmundo y sus compañeros.

La noche habia huido, temerosa del esplendor del nuevo dia, que comenzó á esparcir sobre la tierra la luz y el ruido del contento y de la vida.

Flavino descubrió á larga distancia un ginete, y se estremeció pensando que tal vez seria el que la noche anterior se habia separado del escuadron para prenderle.

No era infundada la sospecha de Flavino. El ginete por su parte pareció tambien fijarse muy atentamente en el jóven, que observó que aquel habia detenido su caballo.

La situacion de Flavino era bastante crítica. Temia con harta razon caer en manos de aquel hombre, contra el cual no tenia defensa. No teniendo armas ni caballo, era cosa muy fácil para su enemigo apoderarse de su persona.

Afortunadamente el caballero, despues de algunos momentos de vacilacion, picó á su caballo y siguió su camino.

Aun cuando iban en direccion encontrada, ambos caminaban por dos veredas distintas, de modo que no pudieron verse sino á bastante distancia.

El ginete partió al galope hácia la casa de los Ecos, especie de cuartel general en que tenian su punto de reunion todos los caballeros que estaban al mando de Rosmundo, ó mejor dicho de Fulgencio. Estos dos hombres singulares por su valor fabuloso, ligados por una amistad verdaderamente fraternal, se hacian obedecer de sus súbditos con una exactitud matemática, con una fidelidad á toda prueba.

Así, pues, no todos los ginetes habian partido con Rosmundo y con Fulgencio.

Habíanse quedado en la casa algunos caballeros, al modo que un regimiento tiene siempre su guardia de prevencion. Entre los caballeros que estaban en la casa de los Ecos, encontrábase aquel que habia llevado á Flavino durante largo tiempo á la grupa de su caballo.

El recien llegado se presentó á sus compañeros mústio y cabizbajo como quien se ruboriza de no haber sido capaz de llevar á cabo una empresa que se ha encomendado á su valor y astucia.

—¿Le encontraste? preguntó el caballero que habia departido largamente con Flavino.

—¡Vive Cristo! No he podido hallarle. Parece imposible que se haya alejado tanto caminando á pie.

—¿Y si lo has dejado atrás?

—No ha quedado árbol, peña ni escondrijo que no haya registrado.

—¡Demonio de hombre!

—Bien ha tenido que trotar para ponerse fuera de mi alcance.

—No es lo mismo huir que correr, observó un caballero ya entrado en años.

—Sin embargo, estoy seguro de que tú has andado mas que él, dijo el que habia soltado á Flavino.

—Así lo creeria yo tambien, si no me hubiera convencido de que nada he dejado por registrar, y de que, no estando en los lugares donde yo le buscaba, necesariamente ha debido adelantarse.

—¡Se me ocurre una idea! Apuesto doble contra sencillo á que ese bergante de escudero ha hecho una diablura.

—¿Cuál?

—Una de dos... ¡Estoy seguro de ello!

—Veamos.

—O dió una vuelta retrocediendo y siguiendo la misma direccion que nosotros para que no topásemos con él, ó bien nos ha venido espiando para llevar luego la noticia á su señor. De cualquier modo, puede muy bien asegurarse que ha venido andando delante ó detrás de nosotros, mientras que tú reventabas tu caballo persiguiendo un fantasma.

—¡Cáspita! ¡Quizás tengas razon!

—Era un mozo muy avispado.

—Y ahora me arrepiento de no haber salido de dudas. Cuando llegué al cerro del Castillejo divisé un peon á lo lejos que iba por otra senda, y me dieron tentaciones de pescarlo; pero mi caballo estaba rendido de cansancio, y no queria hacerle dar una carrera inútil, y por otra parte juzgué imposible que aquel hombre fuese el que yo buscaba. ¿Quién diablos habia de pen-

sar que se hubiese venido pisando las colas de nuestros caballos?

—¡Voto á brios! ¡Ese que viste es el escudero!

—¡Imposible! ¡Imposible!

—¿Y qué le responderás á D. Rosmundo?

—¡Qué sé yo! Estoy seguro de que me va á medir las costillas con su lanzon cuando le diga que se ha escapado.

—Pues dile que ha muerto.

—¿Y si luego sabe que le he engañado?

—Está seguro de que no se escapará. Ahora verás si yo me vuelvo sin dar buena cuenta de él.

Y así diciendo, el caballero cabalgó en su troton, y partió como un rayo en busca de Flavino.

Entre tanto el buen escudero caminaba con el afan y esfuerzo propios de quien á cada instante recela ó teme ser sorprendido por un enemigo contra el cual no encuentra defensa.

El caballero que estaba á las órdenes de Rosmundo iba por todas partes preguntando por Flavino, y este tambien tomaba lenguas para averiguar el paradero del infante, de lo cual resultó que el perseguidor siempre iba encontrando noticias de aquel á quien perseguia.

Ya hemos visto el funesto desenlace de esta persecucion.

Solo nos resta añadir que el astuto Fulgencio, á la cabeza de algunos ginetes, se precipitó sobre Rosmundo y los caballeros que le acompañaban, y simulando un combate, segun de antemano habian convenido, el raptor de Adosinda se dejó arrebatar á la jóven por el señor de la casa de los Ecos, al cual mas adelante consideró la infeliz doncella como á su libertador, como á su amigo y como á su amante mas apasionado.

Ahora bien, Fromestano permaneció muchos dias en el monasterio, durante los cuales se hallaba perplejo, no sabiendo si deberia ó no participar al infante las noticias que Sancho adquirió de Flavino.

Una tarde se hallaba Fromestano absorto en sus tristes pensamientos, cuando se abrió la puerta de su estancia, y apareció un monge diciendo:

—Dos caballeros han llegado á la portería preguntando por vos, demandando el permiso para hablaros.

El antiguo capitan de la guardia del rey era tan valeroso como prudente, y por lo tanto permaneció algunos momentos meditabundo, pensando las razones que tenia para admitir ó desechar á los visitantes. Ignorando si eran amigos ó enemigos, vacilaba entre la resolucion que deberia adoptar, pues tantas probabilidades encontraba para que fuesen mensageros encargados de prenderle por el rey D. Fruela, como para que fuesen enviados de sus hermanos, á quienes habia mandado aviso desde la abadía á la ciudad de Oviedo.

El monge sin duda adivinó el motivo de las reflexiones de Fromestano, cuando dijo como para iluminar su tácita deliberacion con un dato:

—Me parece que no me es desconocida la fisonomía de uno de los que vienen acompañando á los caballeros. Si no me engaño, creo que es el siervo que os acompañaba cuando llegásteis á la abadía.

—¡Mis hermanos! esclamó el caballero fuera de sí de júbilo. ¡Son mis hermanos!

Y saltando del lecho, comenzó á vestirse diciendo al monge:

—Hacedme la merced de decirles que entren al instante.

—Así lo sospechaba yo, porque hay mucha semejanza en vuestros rostros.

Y esto diciendo, el monge salió.

Pocos momentos despues los dos caballeros se encontraron en la galería á Fromestano, que les salia ya al encuentro.

Los tres hermanos se saludaron con esa íntima ternura de la fraternidad que forma las mas puras delicias en la tierra, y que contemplan gozosos los cielos.

A pesar de la sincera alegría que brillaba en el semblante de los jóvenes por haberse encontrado sanos y salvos, notábase cierto tinte de tristeza que daba nueva magestad á sus facciones juveniles y hermosas.

Fromestano era el hijo segundo de Argerico, y el tercero era un hermoso jóven de veinte años que se llamababa Fandi-

la. Ambos, es decir, Fromestano y Fandila, contemplaban con cariñoso respeto á su hermano mayor, que tenia por nombre Leandro.

—Paréceme que estais tristes, hermanos mios, dijo el antiguo capitan de la guardia del rey.

—¡Nuestro padre ha sido asesinado!

Fromestano palideció y elevó sus ojos al cielo llorando.

Despues de largo rato, el antiguo capitan de la guardia del rey preguntó:

—¿Lo sabeis de fijo?

—Un soldado de la guardia que ha estado á tus órdenes mucho tiempo, nos ha dado algunas noticias, manifestándonos que el conde D. Aurelio ha sido el encargado de ejecutar las órdenes del rey con respecto á nuestro padre.

—¿Cómo se llama ese soldado?

—Rodrigo.

—Le conozco. Ese hombre os ha engañado.

—¿Qué interés podia tener en mentir? Al contrario, segun todas las trazas, ha profesado siempre un grande afecto á nuestra familia. Nos ha referido que él permaneció en el castillo de Samos; pero que uno de sus compañeros que fué acompañando al conde D. Aurelio, es decir, escoltando á nuestro padre cuando le llevaban preso, le ha dicho que lo condujeron al castillo de los Lamentos, donde seguramente le habrán quitado la vida.

Mientras que Leandro hacia esta relacion, Fromestano estaba asaz meditabundo, y sin cesar murmuraba:

—Le conozco muy á fondo... ¡Rodrigo es un traidor!

Luego, dirigiéndose á sus hermanos, preguntó:

—¿Dónde está ese castillo?

—No debe estar muy lejos de aquí. Todo cuanto hemos podido saber acerca de su situacion, es que se encuentra en los confines de Asturias y el Vierzo, inmediato á una aldea que llaman de Santa María.

—Pues en ese caso, supongo que vuestra venida será para que juntos nos encaminémos al castillo, y profundicémos de una vez el misterio de la suerte de nuestro padre.

—Ese era nuestro propósito.

—El infante se encuentra ya casi completamente restablecido de su salud, y mañana me parece que podremos salir de la abadía.

Durante algunos minutos guardaron silencio los tres hermanos, y todos parecian como dominados por tristes presentimientos.

—¿Y qué noticias traeis de la corte? preguntó al fin Fromestano.

—Se dice que el rey ha sentenciado á muerte á su esposa y al infante Wimarasio.

—¡Qué horror!

—Al mismo tiempo tenemos grandes motivos de tristeza.

Y esto diciendo, Leandro se sonrojó.

—¿Qué ha sucedido?

—El rey hace algun tiempo que lleva una vida de desenfreno y libertinage tal, que envilece su corona y deshonra á todos los cristianos que le obedecemos. Pero no contento con las injusticias y ultrajes que ha hecho á nuestra familia... se ha atrevido... ¡oh! la vergüenza y la ira ahogan mi voz.

—Acuérdate, querido Leandro, de que estás hablando á un hermano. Deposita en mi corazon toda la amargura de tus pesares, por recónditos que ellos sean, que yo procuraré endulzar tu afliccion, aun á costa de mi vida.

Leandro, con los ojos inundados de lágrimas, se arrojó en los brazos de Fromestano, que le miraba atónito.

—¡Hermano mio! ¿Qué desgracia te aqueja? Despues de la prision de nuestro prdre, ¿qué nueva perfidia puede esperarse del rey?

—Hasta ahora, querido Fromestano, habiamos tenido grandes motivos de dolor, pero en ninguna manera estábamos deshonrados...

—¡Qué estás diciendo!

—Una cosa que por mi desdicha es demasiado cierta. ¡El rey D. Fruela me ha deshonrado!

—Pero tu esposa...

—Mi esposa ha sido seducida por el esplendor de una corona.

—¡Maldito sea ese esplendor funesto, que envilece todo lo que toca!

—¡Ah! ¡Es muy digna de compasion! esclamó el bondadoso Fandila. ¿A qué mujer no hubiera seducido el prestigio y la autoridad del rey?

—No hablemos de eso, respondió Leandro; yo solamente quiero vengarme de D. Fruela.

Fromestano devoró sus lágrimas por no afligir á su hermano primogénito, pero su dolor fué tan grande como su sed de venganza al recibir tales nuevas.

Los tres hermanos permanecieron en la abadía hasta el dia siguiente.

Entre tantó Fromestano se habia informado del monge que habia asistido al infante acerca de si su estado le permitiria emprender sin peligro un viaje.

El monge aseguró al mancebo que el infante se hallaba perfectamente restablecido, y que solo encontraria el inconveniente de resentirse algun tanto de la debilidad naturalmente producida por el régimen que habia seguido, inconveniente, sin embargo, que cesaria muy en breve.

Dadas estas seguridades por el sabio monge, Fromestano se decidió á participar á su amigo todos los acontecimientos de que hemos dado ya cuenta á nuestros lectores, acontecimientos que se referian tanto á la conducta del rey para con todos ellos, como á la suerte y paradero de Adosinda.

En resolucion, nuestros caballeros abandonaron la abadía de San Frocaldo con el doble intento de libertar á la hija de D. Zuria, y de averiguar con toda certidumbre la suerte de Argerico.

Ante todas cosas, y teniendo en consideracion que estaba mas á camino, se dirigieron á la misteriosa casa de los Ecos.

Por mas que se esforzaron nuestros caminantes en llegar de dia á la solitaria vivienda, no pudieron conseguirlo.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á estenderse sobre el horizonte, cuando dieron vista al edificio donde suponian que se encontraba la encantadora cuanto desdichada Adosinda.

Varias veces llamaron á la ferrada puerta, y solamente el eco repitió los golpes.

Nuestros caballeros se desesperaban de aquel silencio sepulcral.

Su desesperacion llegó á tal estremo, que antes que resignarse á no penetrar en la misteriosa casa, habian resuelto de comun acuerdo prender fuego á la puerta.

Fácilmente se comprenderá que el móvil que impulsaba al infante era demasiado vivo y enérgico para que este dejase de arrostrar á vida ó á muerte todos los azares que pudieran sobrevenir.

En vano llamaron una y otra vez con horrible estrépito. Diriase que aquella era la mansion de la soledad y del silencio.

Cuando ya estaban dispuestos á llevar á cabo sus incendiarias intenciones, oyóse una voz bronca que dijo:

—¿Quién demonio anda ahi?

—Abrid la puerta.

—¿Quién sois?

Los caballeros cambiaron una mirada como para consultarse lo que habian de responder.

—Somos unos caminantes que nos hemos estraviado, y temiendo que nos sorprenda la noche por esos campos, buscamos un asilo en esta casa, único edificio que hemos divisado á la redonda, respondió Fromestano despues de haberse puesto de acuerdo con sus compañeros.

—Aguardaos un poco, dijo la voz.

Y se oyeron los pasos de una persona que se retiraba. Sin duda el portero habia ido á avisar á su señor, para que este determinase si debia ó no admitir los huéspedes que á la puerta se habian presentado.

Largo rato estuvieron nuestros caminantes aguardando la vuelta del guardian de aquella mansion.

Al fin oyóse ruido de pasos, llaves y cerrojos, y nuestros caballeros respiraron gozosos, comprendiendo que sin duda la puerta les sería franqueada.

Así sucedió en efecto.

Lám. 5.ª

—Aguardad un poco, dijo la voz.

Un hombre alto como un roble y de aspecto feroz presentóse á las miradas de nuestros personages.

Wimarasio le reconoció al punto, y desde luego, por el modo con que el portero saludó al infante, podria comprenderse que aquel habia reconocido tambien al amante de Adosinda.

Los caballeros fueron conducidos al aposento donde en otra ocasion hemos visto á la hija de D. Zuria, al hermano de Don Fruela, y al misterioso personage á quien hasta ahora hemos conocido con el nombre de Fulgencio.

La actitud de nuestros caballeros era recelosa.

Temian que acaso el señor de la casa de los Ecos tratase de aprisionarlos si llegaba á sospechar que su intento era inquirir el paradero de Adosinda, y libertarla de su poder.

Por su parte, el gigante portero sonreíase de una manera tan maliciosa que nada bueno prometia.

—¿Y tu señor? preguntó el infante.

—No está aquí.

—¿Y cuándo vendrá?

—Lo ignoro.

—¿Pero no tiene costumbre de venir á tiempo fijo?

—Conforme y segun le parece. En algunas ocasiones se marcha, y no vuelve en medio año.

—¿Y no sabes en dónde estará ahora?

—¿Cómo quereis que yo lo sepa? El señor no dá cuenta á su siervo de lo que piensa hacer.

—¿Y cómo se llama tu señor?

—No tiene mas nombre que el «señor de la casa de los Ecos.»

Wimarasio comprendió que era inútil intentar ninguna averiguacion con un hombre tan esperto como parecia aquel siervo, por mas que á primera vista su esterior anunciase estremada rudeza.

Ocurriósele además al infante la idea de que el señor de la casa de los Ecos se hallaria sin duda en la torre de las Animas, en Villanueva, donde por primera vez le habia visto.

Era efectivamente un hecho que despertaba la curiosidad

hasta el estremo, la aparicion de aquel hombre en las altas horas de la noche, en la torre de las Animas, cuyas entradas y salidas subterráneas conocia perfectamente, segun lo habia demostrado en la ocasion en que libertó á los amantes del furor del conde D. Zuria.

Aquella misma noche que salieron fugitivos de Villanuéva, el infante habia pensado en todas estas cosas, y mas de una vez estuvo á punto de preguntar á Fulgencio la causa de encontrarse en aquella solitaria mansion, de la cual se referian en la comarca mil estupendas historias.

Pero ya hemos dicho que Fulgencio tenia un no sé qué de sombrío y magestuoso en su semblante, que imponia respeto aun á los mas osados.

Así, pues, no por un vil temor, que Wimarasio no le conocia, sino por el temor natural de ser indiscreto para quien se habia presentado como su amigo y protector; no quiso interrogarle acerca de la causa que le habia conducido en hora tan desusada á un sitio tan solitario y lúgubre, como la torre de las Animas.

¿Qué iba á hacer Fulgencio en los solitarios tránsitos de la torre en que gemia prisionera la hermosa Adosinda?

Despues de las noticias que Sancho habia escuchado de boca del moribundo Flavino, el infante pensó con indecible amargura que el señor de la casa de los Ecos tal vez era conducido á la torre por un sentimiento de amor hácia la hermosa hija de D. Zuria.

Y ahora este pensamiento le devoraba las entrañas, le enloquecia de ira y desesperacion, le abrumaba de tristeza.

El infeliz Wimarasio padecia horriblemente, porque habia momentos en que llegaba á dudar de Adosinda.

Siempre la duda es un tormento; pero la duda en el amor, es un tormento del infierno.

La fé, es la madre cariñosa del amor y aun de la inteligencia, de todas las manifestaciones de la naturaleza humana.

¡Desdichados los que pierdan la fé de su corazon!

Pero no siempre depende de nosotros mismos el conservar puras nuestras creencias en el santuario del alma.

Frecuentemente son causas esteriores las que empañan aún el brillo de las íntimas creaciones del espíritu. De muy lejos suelen venir los huracanes que tronchan sin piedad las bellas flores del amor y la esperanza.

Absorto en sus dolorosos pensamientos, el infante Wimarasio no sabia qué resolucion adoptar para desvanecer sus dudas, y para averiguar sobre todo si efectivamente Adosinda se hallaba en poder del señor de la casa de los Ecos.

Fromestano por su parte, deseaba tambien con ansia descifrar aquel enigma, no solo por complacer á su amigo, sino además para dirigirse sin perder un instante al castillo de los Lamentos, donde el anciano Argerico tal vez lloraba prisionero en el caso en que no hubiese sido víctima de la barbarie de D. Fruela.

—¿Y quién habita esta casa? preguntó Fromestano al gigantesco portero, el cual, mirando fijamente al capitan, respondió:

—Mi señor, y sus siervos.

—¿No dices que tu señor no habita aquí constantemente?

—Sí, pero de contínuo habitan sus servidores.

—¿Y tu señor asiste á la corte?

—Yo nunca salgo de aquí. No puedo saberlo.

—¿Es cristiano?

—Me parece que sí.

—¿No lo sabes de fijo?

—No señor.

—¿Y á qué familia pertenece tu señor?

—No lo sé.

—¿Es de familia ilustre?

—Así parece.

Fromestano se mordió los labios de ira, conociendo el empeño tenaz del astuto siervo en no satisfacer la curiosidad de los preguntantes.

Despues de algunos momentos Fromestano dijo:

—¿Podremos pasar aquí la noche?

—Con toda seguridad.

—¿Tu señor tiene prevenido á sus siervos que reciban en esta casa á los caminantes que en ella busquen un asilo?

—Rara vez aciertan á pasar viandantes por estos sitios; pero cuando así sucede, no se abre la puerta hasta no haber consultado la voluntad del señor ó del mayordomo.

—¿Pudieras decirle al mayordomo que se llegase acá?

—No tengo inconveniente.

—¿Se resistirá á venir?

—Muy en breve lo sabreis.

Y así diciendo, el siervo salió inmediatamente.

Entre tanto nuestros caballeros se hallaban, como se suele decir, sumergidos en un mar de confusiones, que pensaban esclarecer con la presencia del nuevo personage á quien habian mandado llamar.

Los caminantes sin embargo quisieron aprovechar el tiempo, y cambiaron rápidamente estas palabras:

—¿Qué haremos? preguntó Fromestano.

—Registrar la casa, repuso el jóven Fandila.

—Eso no parece muy acertado, observó Leandro.

—Aun cuando sea una temeridad, es preciso intentarlo, añadió el infante.

—No sabemos quién habita en esta casa.

—Nosotros nos juntamos ocho, contando á nuestros escuderos.

—Pues registremos esta madriguera, dijo al fin Fromestano, que habia guardado silencio despues que hubo planteado la cuestion.

—No debemos empeñarnos imprudentemente en una empresa temeraria, observó Leandro. Tened en cuenta que pueden aprisionarnos, y en este caso, yo prefiero la muerte.

—¡Qué diablos! esclamó Fromestano. El prisionero puede recobrar la libertad, pero el muerto no resucita, á lo menos en la tierra.

—Sí, pero el muerto no sufre al pensar que su anciano padre necesita su proteccion, en tanto que el prisionero maldice la hora en que le encarcelaron, imposibilitándole de libertar á su padre.

Esta reflexion hizo mucho efecto en nuestros personages.

En esto se abrió la puerta, y apareció un hombre cuyo sem-

blante revelaba estremada vejez, pero cuyos miembros conservaban aún cierto vigor, notable para sus años.

—¿Qué mandais, señores? dijo el mayordomo.

Despues de algunos momentos de silencio, el infante dijo:

—Queríamos saber en dónde se encontraba el señor de la casa de los Ecos, pues parece que no se le conoce por otro nombre.

— Así es la verdad.

—Teníamos que hablarle de asuntos de la mas alta importancia.

—¿No os anunciásteis como caminantes á quienes habia sorprendido la noche en estos campos?

—Aunque eso dijimos, no os ocultarémos que veníamos directamente en busca de vuestro señor.

—¿Segun eso le conoceis?

—Le conozco perfectamente. No hace mucho tiempo que una noche llegamos juntos á esta casa vuestro señor, una dama y yo.

—¡Ah! esclamó el anciano con una sorpresa perfectamente fingida. Ahora comprendo perfectamente las palabras de mi señor. Sin duda se referia á vos.

—¿Qué palabras son esas?

—Es preciso que os refiera una historia bien triste, y por otra parte no estoy seguro todavía si sereis vos efectivamente la persona...

—Pero si no es un secreto, podeis referir la historia.

—A la verdad no es ningun misterio. Todo está reducido á que á la noche siguiente de haberse hospedado aquí una dama y un caballero, acompañados de mi señor, se presentaron en esta casa, ya adelantada la noche, unos cuantos caballeros que venian conduciendo á una dama, al parecer contra su voluntad, segun estaba llorosa y afligida. Los caballeros no traian mas intento que descansar aquí algunas horas, y efectivamente, despues de echar un pienso á los caballos, volvieron á emprender su camino, agradeciendo con mucha cortesía á mi señor la buena acogida que les habia hecho.

—¿Y quién era la dama?

—Ahí es donde voy á parar. El siervo que guarda la puerta reconoció que la hermosa dama era la misma que la noche anterior se habia hospedado aquí en compañía de un caballero que debe ser amigo de mi señor, supuesto que aquella noche llegaron los tres juntos á esta casa. Ahora bien, el siervo acaba de indicarme que entre los caballeros que se encuentran aquí ha reconocido al que, segun todas las señas, era amante ó esposo de la dama consabida, y en vista de lo que vos mismo me habeis dicho, tambien creo no sea temerario el afirmar que efectivamente vos sois el susodicho caballero.

—Yo soy.

—Pues bien, seguramente era á vuestra persona á quien se referian las palabras de mi señor, que poco antes he citado.

—Veamos, veamos, dijeron nuestros personages, no sin impaciencia.

—Yo estaba presente cuando el siervo manifestó á mi señor que habia reconocido á la dama que conducia en su caballo el capitan de aquellos ginetes. «¡Voto al diablo! esclamó mi señor enfurecido. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Yo tengo el deber sagrado de libertar á esa dama. ¡Oh! ¡Si yo pudiera encontrar al caballero que anoche la acompañaba!... Tal vez lo hayan asesinado.»—Dichas estas palabras, mi señor mandó que ensillasen caballos, y seguido de sus servidores, partió inmediatamente, al parecer, ó con el intento de libertar á la dama del poder de sus raptores, ó bien con el designio de comunicar este lance á su amigo, es decir, á vos.

No es posible pintar hasta qué punto desconcertó á nuestros caballeros el relato del anciano, que añadió:

—¡Cuánto va á sentir mi señor no haberse encontrado aquí cuando vos habeis venido!

Los temores, las dudas, las sospechas del infante Wimarasio se desvanecieron como las tinieblas á los rayos del sol.

Despues de lo que habia oido referir al anciano, comprendió que siempre debia la mas sincera gratitud al señor de la casa de los Ecos, quien no solamente se habia declarado su protector en la torre de las Animas, sino que en ausencia suya se desvelaba tambien por favorecerle.

Era muy posible, pensaba el infante, que el señor de la casa de los Ecos, sabedor de que el conde D. Zuria perseguia á los amantes, se hubiese figurado con harto fundamento que los caballeros que llevaban á Adosinda fuesen las gentes del conde, que tan tenazmente se empeñaba en que su hija diese la mano de esposa al duque de Aquitania.

El señor de la casa de los Ecos sabia toda la historia de estos amores tan contrariados, porque Wimarasio se la habia referido muy circunstanciadamente durante el camino que los tres habian hecho en compañía desde Villanueva á la misteriosa casa.

Largo rato el infante guardó silencio profundo, absorto como estaba en sus meditaciones.

Al fin rompió su silencio diciendo:

—¿Y vuestro señor no ha vuelto desde aquella noche?

—No señor.

—De modo que no sabemos si habrá encontrado ó no á los raptores de Doña Adosinda... ¡Qué tormento tan cruel!

—Verdaderamente que todos nos hallamos en una incertidumbre harto dolorosa.

—¿Habrá muerto en la demanda vuestro señor?

—Yo no quisiera pensarlo, pero ¡ay de mí! mas de una vez se me ha ocurrido ya ese terrible pensamiento.

Y así diciendo el astuto anciano, comenzó á derramar abundantes lágrimas.

Despues que el viejo hubo llorado hasta haber conseguido enternecer profundamente á todos los circunstantes, pareció reanimado por un pensamiento consolador.

—Sin embargo, dijo, yo no creo, yo no puedo creer que la muerte de mi señor haya sido tan adversa que haya sucumbido en su noble intento de favorecer á una dama hermosa y afligida... ¡Cuán caro suele costar el hacer bien! ¡A cuántos peligros espone el tener un corazon valiente y generoso!... Pero lo repito, yo no puedo creer sino que Dios habrá favorecido sus intenciones... Por otra parte, me consuela el pensar que si algun mal suceso le hubiese acaecido, no habia de ser tal y tan completa la desdicha, que alguno de sus fieles servidores, entre los cuales se hallaba mi amado hijo, no hubiese escapado

con la vida, aun cuando no fuese mas que para comunicarnos una noticia funesta, que nunca á las malas nuevas faltan veloces mensageros... ¿No es verdad, señores, que esta observacion no es infundada? En ella me refugio como en la última torre de mi esperanza, con el mismo afan que se abraza el náufrago á la tabla salvadora.

Los caballeros procuraron consolar al anciano, conviniendo con él en que si alguna desgracia le hubiese acaecido á su señor, no hubiera dejado de volver alguno de su servidores; pero no por eso era menor el desconsuelo del infante, que ardia en impaciencia por saber el paradero de su idolatrada Adosinda, á la par que su espíritu, privado del objeto de su amor, encontraba por todas partes solo tinieblas, el hielo de la muerte, el vacío.

El infeliz Wimarasio estaba condenado á ignorar tal vez para siempre el destino de su amada. De repente se le asaltó una sospecha tan dolorosa como, á su parecer, harto fundada. Pensó que su rival, conociendo la aversion que le profesaba Adosinda, habia tratado de obtener de ella no su amor, que este no se obtiene por la violencia, sino la posesion de sus gracias.

Y en efecto, por mas que Wimarasio se engañase lastimosamente al hacer tales suposiciones, es preciso confesar que daba márgen á esta clase de temores el carácter brutal é iracundo del duque de Aquitania.

Los caballeros determinaron pasar la noche en la casa de los Ecos.

Pero el infante, absorto en sus dolorosos pensamientos, no podia gustar las delicias del sueño y el descanso.

Al dia siguiente partieron de la misteriosa casa, y se encaminaron al castillo de los Lamentos.

Wimarasio, despues de salvar á Argerico, en cuya empresa no queria dejar de asistir á los valerosos mancebos que tan fieles se le habian manifestado, pensaba proseguir su intento de buscar á Adosinda, que sin duda, segun creía, se hallaba en poder del duque de Aquitania.

Al caer la tarde del segundo dia de camino, llegaron nuestros caballeros á una fragosa montaña.

Un viento frio, semejante al aliento de la muerte, soplaba del norte, y en el cielo se arremolinaban negras nubes.

Altisimas y peladas rocas se arrojaban audazmente en el vacio.

Al zumbido sin fin de un torrente que se desgajaba con ímpetu sobre enormes peñascos, se mezclaban los bramidos del huracan entre los gigantes pinos y añosas encinas que decoraban las faldas de los montes.

En lo mas elevado de la sierra se levantaba un fuerte castillo, cuyos tostados muros atestiguaban la vetustez de aquel solitario edificio. Plantas parietarias crecian entre sus sillares, y en los torreones veianse algunas almenas destruidas.

Nuestros caballeros caminaban con dificultad por un estrecho sendero, por el cual apenas cabian dos hombres de frente. Unos en pos de otros seguian su camino con los ojos fijos en el castillo.

De vez en cuando se oían algunos ayes lastimeros que llenaban de terror á los viandantes. ¿Eran aquellos quejidos formados por los ecos del huracan y del torrente en las concavidades de las rocas? ¿Eran realmente quejas exhaladas por algunos prisioneros que lamentasen su adversa suerte en el castillo? Ambas cosas podian creerse, pero lo cierto del caso es, que á causa de estos misteriosos ayes se le habia dado á la fortaleza el triste nombre del castillo de los Lamentos.

Nuestros caminantes se detuvieron á media ladera para conferenciar acerca del modo conque habian de conducirse en el interior del solitario castillo.

—¿No sabeis, preguntó el infante, quién es el alcaide de esta fortaleza?

—Sabemos solamente que es un anciano caballero, del ilustre linage de Wamba el Triunfador, respondió Leandro.

—¿Y tendrá mucha gente de armas? preguntó Fromestano.

—Como tiene la guarda de este castillo por órden del rey, es muy posible que la guarnicion sea bastante para defender la fortaleza.

—Mucho siento que la necesidad nos obligue á pensar en cosas que repugnen á nuestro carácter; pero no es nuestra la culpa, sino del rey, que se ha hecho merecedor por su perfidia á que le traten pérfidamente.

Y Fromestano se ruborizó al pronunciar estas palabras.

—¿Y cuál es tu pensamiento? preguntaron los demás caballeros.

—Muchas veces se ha oido decir que los castellanos (1) ó jueces han soltado y mandado soltar algunos presos, porque se les han presentado algunas personas que llevaban falso escrito ó mandato falso de parte del rey.

—Sí; pero las leyes del fuero son muy severas contra los falsarios, dijo Fandila.

—Cualquiera que sea nuestra conducta, no ha de ser menor el odio del rey. Además, que de todas maneras no podremos dejar de usar engaño con el castellano, si es que de veras queremos libertar á nuestro padre, dijo Fromestano.

—Mucho me duele que tengamos necesidad de mentir, repuso el infante; pero yo reconozco el peso de las razones de Fromestano. Ó nos proponemos libertar al buen Argerico, ó renunciamos á cumplir este deber á que le estamos todos obligados, vosotros como hijos, yo como amigo y como causante, á pesar mio, de su desgracia. Si renunciamos á nuestro deber, no tendremos que vernos en el caso de usar de astucia para lograr nuestro propósito. Por el contrario, si queremos saber el paradero de vuestro padre, fuerza es asaz peligrosa, porque si fuésemos reconocidos, el castellano mandaria encerrarnos en un calabozo, daria aviso al rey, y en el estado á que han llegado las cosas, nuestra muerte sería inevitable. Afortunadamente podemos esperar que el castellano uo nos conozca, y esto es ya una probabilidad de triunfo. Ahora bien, en vista de todas estas razones, elegid lo que creais mas acertado.

—Yo insisto en que nos presentemos como portadores de un mandato del rey, dijo Fromestano.

---

(1) Aquí significa esta palabra *señores* ó *guardadores* de los castillos.

Al fin todos se adhirieron á este parecer.

Despues de haberse puesto de acuerdo en el modo y forma que habian de guardar para presentarse al castellano, prosiguieron su camino y llegaron al pie del castillo, cuando ya las primeras sombras de la noche se habian estendido por todo el horizonte.

Las costumbres militares de la época no consentian que ni aun en tiempo de paz permaneciesen accesibles los castillos á ningun transeunte despues de anochecido.

Suponiendo que el estado de la comarca no ofreciese recelo alguno, al salir el sol se dejaba caer el puente levadizo sobre la barbacana ó muro que servia para defender el foso, quedando este accesible para los viandantes, siempre que los vigias no anunciasen algun peligro ó recelo, ya por el número, ya por la calidad de las personas que arribaban á la fortaleza.

Pero cuando el sol se hundia en occidente, el castellano mandaba levantar el puente levadizo, formado de una compuerta de madera muy fuerte, engoznada por un lado, mientras que por el otro la sujetaban dos cadenas pendientes del muro, desde donde tiraban para alzar la compuerta y dejar sin uso el paso del foso, si bien de noche y de dia quedaba siempre un centinela en la parte interior del muro, junto á la compuerta, para dar aviso al castellano de las personas que se detenian delante del foso y demandaban la entrada.

Nuestros caminantes se anunciaron al centinela como recaderos del rey, y despues de las minuciosas preguntas, y de haber acudido el alcaide con algunos hombres de armas, salieron algunos esploradores para registrar el sendero y examinar el número, las armas y la calidad de los recien llegados.

Practicado este reconocimiento, los esploradores tornaron al alcaide y le dieron cuenta de sus observaciones, asegurándole que los viandantes habian dicho verdad.

Antes de echar el puente para que salieran los esploradores, habian obligado á nuestros caballeros á que se retirasen á distancia de cincuenta pasos.

Al fin el centinela llamó á nuestros personages, que fueron recibidos en la fortaleza.

Un escudero los condujo al salon principal del castillo, de cuya bóveda pendia una lámpara.

Junto á una mesa, reclinado en un sitial, divisaron á un anciano que estaba leyendo en su breviario.

Al pronto nuestros caballeros creyeron que el anciano era el alcaide; pero éste se habia detenido para dar algunas órdenes á sus gentes de armas.

—Este sin duda es el capellan del castillo, dijo Fromestano á sus compañeros.

El anciano, cerrando el libro, se dirigió á los recien llegados, diciendo:

—Mis queridos señores, tomad asiento. El alcaide no tardará.

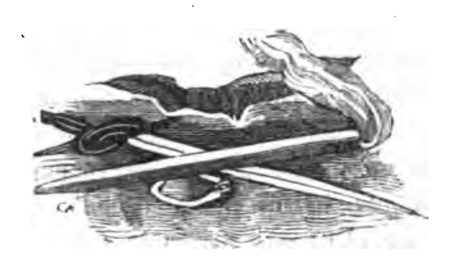
Los caballeros hicieron una reverencia al anciano y tomaron asiento.

El infante y sus compañeros aguardaban silenciosos y meditabundos que se presentase el castellano. Todos temian ser descubiertos y caer en manos de D. Fruela.

En aquel momento pensaban que hubiera sido preferible el allegar hombres de armas y tomar el castillo por asalto, aunque para esta empresa hubiesen necesitado mas tiempo.

Pero ya era imposible retroceder.

Abrióse la puerta y apareció el alcaide.



CAPITULO XII.

Donde se sabe quién era el galan de Doña Ermesenda.

El salon de la torre de Oriente estaba adornado con esquisito gusto y con una suntuosidad verdaderamente régia.

La dama se presentó al caballero con una actitud humilde y devota, que es un nuevo encanto cuando se trata de una aventura de amor. El trage de Doña Ermesenda contribuía tambien á dar á aquella escena un colorido indefinible de misterio y devocion, que para otro hombre mas timorato hubiera debido ser con mucha razon penoso y desagradable.

Pero nuestro galan no era tan escrupuloso como nosotros hubiéramos deseado.

Las facciones del caballero nada ofrecian de notable respecto á hermosura, antes por el contrario, presentaban un conjunto poco simpático por la espresion de dureza y de crueldad que en ellas se leia.

Sin embargo, su estatura elevada, su aire altivo, su gallarda apostura daban harto á entender la ilustre alcurnia del caballero. Era sin duda hombre principal, señor de castillos y vasallos, y acostumbrado á mandar y ser ciegamente obedecido, todo lo cual se echaba de ver á la primera ojeada en su fiero y gallardo continente.

Levantóse el galan, y con esquisita cortesanía saludó á la dama, que debajo del monjil ocultaba el fuego del amor.

Doña Ermesenda, con los ojos bajos, con la faz encendida y con tímido ademan, permanecia inmóvil y como sonrojada

en presencia del ilustre personage, que la invitó á que tomase asiento.

Dócil á esta invitacion, la dama sentóse en silencio, y junto á ella se sentó el galan, que clavó una mirada de fuego en el nevado rostro de la amorosa y tímida viuda.

—A fé, hermosa señora, que sois para mí harto cruel.

—Ignoro por qué os atreveis á decir ni aun pensar tal cosa.

—Porque me habeis hecho aguardar en demasía.

—Veo que sois en estremo antojadizo é impaciente. No he tardado mucho.

—Es verdad, señora; pero cuando se trata de veros, no hay celeridad que no me parezca dilacion.

Al oir tan halagüeñas palabras, sonrióse Doña Ermesenda, y sus ojos lanzaron una llamarada de amor.

Luego dijo con dulce y cariñoso acento:

—Si fuera como decís, no dilataríais tanto venir á verme.

—¡Ah! Bien podeis creer que no es por culpa mia.

—El amor lo puede todo.

—Por eso puedo venir.

—¿Tanto trabajo os cuesta?

—Tengo que vencer muchos obstáculos.

El galan parecia que trataba de ocultar su alcurnia y su nombre.

Es verdad que en esto no hacia mas que imitar el ejemplo de Doña Ermesenda, que ocultaba su verdadero estado al aparecer como viuda.

Caminando una tarde por las inmediaciones de la ciudad de Oviedo, encontróse el caballero con Doña Ermesenda, cuya hermosura, al través del velo, causó en su alma una impresion indeleble.

El galan siguió á la dama, la requirió de amores; ella manifestó esquivez al principio, ablandóse luego, y prometió al enamorado hallarse en el mismo sitio al dia siguiente, y á la misma hora; pero la dama indicó al galan que convendria no fuese tan acompañado.

Debemos advertir que el caballero aquella tarde llevaba en su compañía varios amigos ó servidores, y tantos testigos pare-

ce que no fueron muy del agrado de la dama, que se preciaba de discreta, recatada y misteriosa.

En resolucion, desde aquella tarde tuvo principio el galanteo de Doña Ermesenda, que, prendada de su amante, ignoraba sin embargo su condicion y su nombre.

Vemos que ambos se amaban y se veían, y ambos tambien ignoraban, como se suele decir, la vida y milagros de cada uno.

Habia no obstante una gran diferencia, y consistia en que al galan jamás se le habia ocurrido respecto á su dama otra cosa sino que era viuda y hermosa.

Pero Doña Ermesenda, por el contrario, esperimentaba vehementísimos deseos de saber quién era su amante, curiosidad muy natural en una mujer, pero curiosidad que se aumentaba en proporcion del cuidado que ella advertia en el galan para recatarle su nombre, su condicion, su linage.

En varias ocasiones Doña Ermesenda habia enviado en seguimiento de su amante á su siervo Sisenando, y de las noticias que este le habia traido, habia podido deducir que era un caballero, que estaba al servicio del rey; pero estas noticias eran demasiado vagas y diminutas para satisfacer la curiosidad de la dama.

Transcurridos los primeros momentos, Doña Ermesenda, con habilidad suma y con delicadísimas gradaciones, fué abandonando algun tanto su primitiva timidez, y clavando una mirada profunda en su amante, preguntó:

—¿Venís de la corte?

—Sí.

—¿Y qué noticias traeis?

—Ningunas.

—¡Es posible!

—¡Estrañais que nada sepa!

—Sí, en verdad. Lo estraño mucho.

—¿Y qué tiene eso de estraño?

—Como venís de la corte, y vos pareceis cortesano, yo creía...

—Estais en un error, si creeis que yo soy algo en la corte, repuso el galan sonriéndose y conociendo que Doña Ermesenda

solo intentaba sondearle para sacar alguna luz en sus averiguaciones.

La dama comprendió perfectamente aquella sonrisa, y durante largo rato guardó profundo silencio, afectando con gracia inimitable y con un precioso fruncimiento de cejas y de labios, que estaba enojada por la reserva de su galan.

Al fin dijo:

—Yo no sé dónde ni cómo he oido que vos serviais al rey.

—Pues habeis oido mal.

—Vos no sois sincero conmigo.

—¿Qué interés tendria en no serlo?

—Lo ignoro, pero lo cierto es que no me tratais con franqueza.

—¿Podeis dudar de que os amo?

—No lo creo mucho.

—Pues sois en estremo incrédula.

—He oido decir que han ocurrido en la corte sucesos de grande importancia.

—En todas partes y siempre se está diciendo lo mismo.

—Pero lo que ahora se dice es muy sorprendente.

—¿Y qué es ello?

—¿Es posible que nada haya llegado á vuestros oidos?

—Veamos de lo que hablais.

—Dicen que el rey ha sorprendido á su hermano departiendo amorosamente con la reina.

El galan palideció espantosamente; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano sobre sí mismo, logró que su palidez y su emocion se desvaneciesen en una sonrisa de indiferencia.

—¿Y quién os ha dicho eso? preguntó el galan con ese abandono propio de quien trata de asuntos que nada le importan.

—Todo el mundo lo dice.

—¡Todo el mundo!

—Parece que este suceso se ha hecho muy público. ¿Será cierto?

—Yo creo que hay algo de verdad.

—Yo digo lo mismo.

—Sin embargo, no creí que esas noticias se propagasen tanto.

—Pues si no se habla de otra cosa.

—¡A fé que lo siento!

—¿Y qué os importa?

—Personalmente nada me importa; pero todos los fieles vasallos del rey no podrán menos de sentir tan dura afrenta.

—Segun se dice, el rey mismo es quien ha dado lugar á que se publique por todas partes la fragilidad de su esposa.

—En efecto, algo he oido respectó á esa ocurrencia lamentable.

—D. Fruela ha convocado un tribunal para que juzgue á la reina, á la cual el mismo rey ha acusado de adulterio. Despues de dar este paso tan escandaloso, ¿qué estraño es que todo se haya sabido, propagándose de unos en otros?

—Vuestras palabras, señora, favorecen muy poco á Don Fruela.

—Así es la verdad. Si un hombre de menos guisa hubiese hecho otro tanto en iguales circunstancias, ó nadie hubiera reparado en ello, ó le hubieran motejado de indiscreto, porque él mismo contribuia á su deshonra, publicando lo que su esposa hacia secretamente. Ahora bien, el rey no tiene disculpa de haber obrado con tanta ligereza, porque nadie mas que él hubiera debido considerar la importancia de este suceso., tratándose de la reina, del infante, y de él mismo.

—Pero vos tampoco teneis en cuenta que acaso el rey convocó ese tribunal para prevenir las consecuencias de su terrible venganza.

—No comprendo esa conducta.

—Pues yo la veo muy acertada.

—Convocando ese tribunal, el rey no ha hecho mas que publicar su afrenta.

—Segun tengo entendido, D. Fruela queria que las personas mas importantes de su reino supiesen la causa de la muerte de la reina, para tener quien atestiguase de la verdad, cuando el duque Eudo pretendiese hacer un cargo al rey por la muerte de Doña Munia. Tal era la intencion de D. Fruela; pero sin

duda no queria que la noticia de su afrenta saliese de entre los próceres que componian el tribunal.

—Por muy poco seso que el rey tenga, debia haber comprendido que en negocio de tanta importancia, y que debian saber muchas personas, no era posible que se guardase el secreto, de modo que no transpirase, como ha sucedido.

—En eso teneis razon. Es seguro que ya habrá conocido su error D. Fruela, dijo el galan frunciendo el ceño.

—¿Y efectivamente trata el rey de dar muerte á la infeliz Doña Munia?

—Así dicen.

—¡Eso es una infamia!

—La reina es culpable.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué interés tendria el rey en decir que ha sido deshonrado por su esposa?

Esta reflexion pareció impresionar fuertemente el ánimo de doña Ermesenda.

—De todas maneras, dijo al fin, es una crueldad el que condenen á muerte á la reina.

—Vos, señora, defendeis vuestra causa.

—¿Cómo?

—Quiero decir que vos no podeis menos de defender á vuestro sexo.

—Yo no sé por qué, tengo para mí que la reina es inocente. Todo el que habla de este suceso confiesa que Doña Munia es víctima de una calumnia infame. Y si he de decir lo que yo pienso, no por las miras interesadas que vos habeis indicado, sino porque una voz secreta me lo anuncia, estoy segurísima de que la reina no merece la acusacion de adulterio que le hace el rey.

—¿Conoceis vos á Doña Munia?

—La he visto en una ocasion.

—¿Y á D. Fruela?

—No le conozco.

—¿Y en qué os fundais para defender con tanto empeño la inocencia de la reina?

—Me fundo, en que me pareció un ángel cuando la vi.

—¿Y eso qué prueba?

—Que sin querer, cuando vemos á una persona por la vez primera, formamos de ella nuestro juicio.

—¿Y qué juicio formásteis de Doña Munia?

—Que es la bondad misma.

—Pues en esta ocasion parece que os habeis equivocado.

—Podrá ser; pero yo acostumbro á dar mucha importancia á la primera impresion que me causa una persona, y os aseguro que rara vez he tenido que reformar mis juicios.

El galan se sonrió con aire incrédulo de la pedantesca seguridad que afectaba la dama.

—Habeis escitado mi curiosidad, dijo el caballero, y no puedo, en vista de vuestra habilidad, dejar de preguntaros: ¿Qué juicio formásteis de mí en nuestra primera entrevista?

—Que teneis buen corazon; pero tambien dos gravísimos defectos.

—¡De veras! esclamó el galan con acento zumbon.

—Os digo la verdad.

—¿Y en qué consisten esos defectos? ¿Puede saberse?

—No es un misterio. Vos mismo comprenderéis que tengo razon.

—Esplicaos, señora, esplicaos.

—Vuestros dos defectos principales consisten en que sois demasiado suspicaz, y demasiado irascible.

El galan bajó los ojos como sonrojado de la exactitud, que él mismo reconocia, de la opinion que habia formado Doña Ermesenda.

—¿No convenis conmigo? preguntó la dama.

—Pudiérais tener razon.

—Ahora comprenderéis que no en vano me inquieto y me aflijo por la suerte de la reina. Estoy convencida de que está inocente del crimen de que la acusan. Basta solo ver el rostro de Doña Munia, para conocer que es incapaz de faltar á sus deberes.

—¿Lo creeis asi?

—Pondria mi vida por su inocencia.

Asaz pensativo quedóse el caballero al escuchar las palabras de Doña Ermesenda, que con tan íntima conviccion defendia la virtud de Doña Munia.

¿Pensaba tal vez el caballero interponer su favor para con el rey, haciéndole comprender que cometeria un acto de atroz crueldad, si persistia en dar la muerte á su esposa?

Si tal era el pensamiento del galan, debemos decir que Doña Ermesenda le salió al encuentro, cuando le preguntó:

—¿Por qué no tomais á vuestro cargo defender á la reina? ¡Esto seria digno de un caballero!

—¿Y cómo, señora, pudiera yo tomar á mi cargo semejante defensa? ¿Sabré yo la verdad mejor que el rey?

—Si, como parece, vos asistís en la corte, nadie mejor que vos...

El galan, que durante toda esta conversacion relativa á la reina, habia guardado cierto aire de reserva y de gravedad, interrumpió á la dama con la mas franca sonrisa.

—¿Con que todos vuestros conatos se dirigen, segun veo, á saber si yo asisto en la corte, no es eso? Confesad con franqueza, señora, que ni el rey, ni la reina, ni lo que de ellos se dice, os importa un bledo.

—No tal, caballero, no tal.

—Sin duda lo que vos deseais es saber...

—¿Vuestro nombre?

—Justamente.

—Vos lo habeis creido así; pero estad seguro de que me interesa vivamente la suerte de la reina.

—¿Mas aún que saber quién soy?

—No niego que naturalmente se desea saber todo lo mas posible de la persona amada, y que cuando esta guarda misterios, hace una ofensa al amor.

Esto diciendo, la dama lanzó una mirada incendiaria al caballero, que fascinado completamente, tomó la mano de Doña Ermesenda, que estrechó con todo el fuego de una inmensa pasion.

—Por qué, hermosa mia, tienes tanto afan por saber mi nombre? ¿No me conoces demasiado bien? ¿No sabes que te amo?

Esto debia bastarte. Cualquiera que sea el nombre que pronuncies para llamarme, ¿no seré yo siempre el mismo? ¿Se mudará mi naturaleza, mi carácter, mis cualidades buenas ó malas, tan solo con variar el nombre?

—No, caballero, no creo yo tal cosa. Estoy muy segura de que siempre subsistiréis el mismo, pero tambien sabré que vuestro amor no llega ni aun á lo que ordinariamente alcanza la amistad menos estrecha.

—¿Qué quereis decir?

—¿No teneis amigos?

—¡No! esclamó el caballero con indefinible acento de amargura.

—¡Es posible!

—¡Ojalá no fuera así!

—Por lo menos habrá muchos que os conozcan.

—Mas de los que yo quisiera.

—¿Y esos sabrán vuestro nombre?

—Sin duda.

—Pues bien, en ese caso todas esas personas os son mucho mas queridas que yo.

—¿Cómo así?

—Como que todas esas personas merecen de vos una confianza muy comun y muy barata ciertamente, pero que yo no merezco.

—¿Y qué confianza es esa?

—La que todo el mundo hace cuando pronuncia su nombre, confianza de que yo no debo ser digna. ¡A fé que vuestro amor debe ser para mí muy lisonjero!

—¡Por la Virgen de Covadonga! Argumentais de manera que me estais recordando al abad de San Vicente.

Sonrióse la dama, y cualquiera que la hubiese observado, habria creido que ella esperaba que ya su curiosidad iba á ser muy en breve satisfecha.

Pero nosotros, mejor informados, podemos asegurar que Doña Ermesenda tenia muchas y muy preciosas noticias respecto á su galan, de tal manera que acaso ella lo conocia mejor aún que él mismo pudiera conocerse.

El caballero, pasándose la mano por la frente, parecia querer arrancarse un doloroso pensamiento.

—En fin, dijo, se me ocurre que estamos perdiendo un tiempo precioso en cuestiones que nada nos importan, cuando debiamos consagrarlo á las sabrosas pláticas de amor.

Aún no habia acabado el galan de pronunciar estas amorosas palabras, cuando Sisenando se presentó á la puerta del salon haciendo á su señora un signo.

Doña Ermesenda se levantó y acudió rápidamente á la puerta, y saliéndose al pasadizo para ocultarse á las miradas del galan, preguntó con voz atropellada al siervo:

—¿Qué ocurre?

—Siento mucho interrumpiros...

—¡A fé que eres importuno!

—No ha sido culpa mia...

—Vamos al caso.

—Han venido dos señoras.

—¿Cómo se llaman? interrumpió vivamente la dama, cuya impaciencia era fácil leer en su semblante.

—No me han dicho su nombre. Pretenden hablaros con mucha urgencia. Una de ellas, la mas anciana, me parece que ha venido ya otras veces á visitaros.

—¡Nunilo! murmuró Doña Ermesenda.

—Me han dicho que tienen que hablaros de un asunto de muchísima importancia, y que os aguardarán aunque sea toda la noche, si es que ahora no podeis recibirlas.

—Pues diles que haré todo lo posible por ir pronto. Condúcelas á los aposentos destinados á los huéspedes.

Sisenando saludó á su señora con una profunda reverencia y desaparció.

Doña Ermesenda por su parte hizo todo cuanto pudo por abreviar la visita del galan, y este, cuyo carácter era suspicaz en estremo, hizo tambien los mas hábiles esfuerzos por averiguar la causa de que el siervo viniese á interrumpir á su señora, la cual, no obstante su astucia, ocultaba mal su sobresalto.

La dama al fin, transcurridos los primeros momentos, encontró medio de tranquilizar á su amante con esos ingeniosos

pretestos que en tales circunstancias buscan y encuentran siempre las mujeres.

Despues de una conversacion sola y esclusivamente galante, despidióse el caballero, prometiendo á su dama volver á visitarla en una de las próximas noches.

Doña Ermesenda se dirigió rápidamente á su aposento, para ocultarse á las miradas del caballero que iba acompañando al galan.

¿Quién era aquel hombre de quien tanto se guardaba Doña Ermesenda?

La casualidad, ó mejor dicho, los celos de Rosmundo van á proporcionarnos la ocasion de satisfacer nuestra curiosidad.

Cuando el esposo de Doña Ermesenda salió de la alquería, llevaba el firme propósito de espiar todos los pasos de aquella mujer á quien tanto amaba, y á la cual, sin embargo, juró sacrificar en aras de su furor, si llegaba á saber que otro hombre merecia el afecto que á él se le negaba.

Sin duda recordará el lector que en un encinar á la salida del parque, aguardaban á Rosmundo los caballeros que ordinariamente le acompañaban.

Rosmundo llamó aparte á su lugar-teniente, y entabló con él este diálogo:

—Mi querido Isidoro, voy á darte un encargo que es de la mayor importancia.

—Mandadme lo que gusteis.

—Es inútil recomendarte el sigilo.

—Ya sabeis que cuando conviene, soy ciego, sordo y mudo.

—Por eso me fio de tí.—Ahora mismo vas á emboscarte en los alrededores de la alquería, para observar las personas que entran y salen.

—¿Y qué hago con las personas que encuentre?

—Traerlas á mi presencia.

—¿En dónde me aguardais?

—Esta noche en este mismo sitio.

—Sereis obedecido puntualmente.

Y así diciendo, Isidoro dió algunos pasos para ir á dar cum-

plimiento á las órdenes de Rosmundo; pero este le detuvo diciendo:

—Puedes elegir dos ó tres de los nuestros que mas confianza te inspiren para que te acompañen, porque te advierto que debes permanecer aquí, en estos contornos, algunos dias, es decir, hasta que averigües algunas noticias que merezcan la pena de que me las comuniques.

—Si os parece, ahora puedo ir solo, supuesto que me habeis ordenado volver cuando amanezca. Entonces elegiré los que hayan de acompañarme.

—Está bien, parte al punto.

Isidoro llegó á ocultarse entre unos árboles poco distantes de la puerta de la alquería, algunos momentos despues de haber entrado el galan de Doña Ermesenda, el caballero que le acompañaba, y Sisenando, que les iba sirviendo de guia.

Con la mas completa impasibilidad el lugar-teniente de Rosmundo permaneció en su puesto largas horas, hasta que por último salieron de la alquería los dos caballeros, acompañados del siervo Sisenando.

Isidoro cabalgó en su caballo detrás de nuestros personages, como suele decirse, sin perderles pie ni pisada.

Al principio caminaban por una senda que se prolongaba largo espacio por el parque hasta que el sendero se dividia en dos, uno á la izquierda, otro á la derecha. El galan de Doña Ermesenda y sus compañeros tomaron este último camino.

Hasta entonces Isidoro no se habia atrevido á acometer á los tres ginetes, no por falta de valor, sino porque reconocia la dificultad de que un hombre solo pudiese conducir tres prisioneros, y aun cuando para su esfuerzo no fuese hazaña insuperable matar dos, y conducir uno á presencia de su capitan, como este no le habia dado órdenes sanguinarias, no se decidió por lo tanto á llevar á cima este último propósito.

Por otra parte esperaba que si los tres ginetes tomaban el sendero de la izquierda, irían á dar irresistiblemente en manos de Rosmundo y de sus compañeros.

Ahora bien, Isidoro mudó completamente de parecer, des-

de el momento en que observó que nuestros personages habian mudado tambien de camino, torciendo á la derecha.

Rápido como una exhalacion precipitóse Isidoro sobre los tres ginetes con la espada desnuda, y tomando la delántera é interceptándoles el paso gritó:

—Ninguno se mueva, si no quiere que le atraviese el corazon de parte á parte.

Tan brusca fué lá acometida y tan inesperada esta siniestra aparicion, que nuestros personages se detuvieron todos á la vez, mas por un movimiento instintivo, que por obediencia á las palabras pronunciadas por aquella sombra ó espectro, que tal le juzgaron en los primeros momentos de su sorpresa.

—¿Qué quereis? preguntó al fin el galan de Doña Ermesenda, que sin duda era hombre de valór incontrastable.

—Decidme vuestros nombres.

—Antes morir.

—En ese caso volved riendas, y marchad delante de mí.

—¡Ira de Dios! ¡Jamás!

Y así diciendo el caballero, desenvainó la espada con ánimo resuelto de morir, antes que doblegarse á las exigencias de otro hombre.

Entre tanto el lugar-teniente de Rosmundo parecia petrificado de asombro, mirando con estraordinaria fijeza el rostro del esforzado caballero.

—¡Es su voz! esclamó. ¡Su semblante es el mismo!

—¿Qué quereis decir?

Isidoro no respondió, sino que clavando los acicates á su caballo, se alejó al galope, murmurando:

—¡Es él! ¡Es el rey!

Efectivamente, el amante de Doña Ermesenda no era otro sino el rey D. Fruela.

Respecto al caballero que le acompañaba, estamos seguros de que el lector habrá adivinado su nombre.

Era el conde D. Aurelio, es decir, un deudo muy cercano de Doña Ermesenda.

CAPITULO XIII.

Indecision.

Cuando el señor de la casa de los Ecos salió de la estancia de Adosinda, se le presentó un hombre y le dijo:

—Ya podeis vivir tranquilo, señor.

—¿Estás seguro de que nadie podrá adivinar su paradero?

—Estoy seguro. El único que pudiera descubrirnos ya no existe.

—¿Quién era?

—Un escudero del conde D. Zuria.

—¡Cómo has sabido eso!

—Él mismo me lo contó cuando le traia á la grupa de mi caballo.

Aquel hombre refirió al señor de la casa de los Ecos todo lo que ya saben nuestros lectores respecto á la trágica muerte del escudero del padre de Adosinda. Precisamente el mismo que hacia este relato, era el asesino.

Cuando este dió fin á su narracion, el señor de la casa de los Ecos hizo un gesto de impaciencia.

—¡Llegaste demasiado tarde á la abadía! esclamó.

—Pues sin embargo, me hizo trotar de lo lindo.

—Lo peor es que haya podido revelar algo.

—No lo creo.

—¡Por qué!

—En primer lugar es muy posible que el escudero no supiese á punto fijo si nosotros habiamos llegado á la casa de los Ecos. Además, aun dado caso que todo lo hubiese averiguado, os pue-

do asegurar, señor, que no le dejé tiempo para que á nadie comunicase la noticia.

—¿Y cómo puedes tú asegurar eso?

—Porque yo le iba siguiendo, y le divisé cuando entró en la abadía de San Frocaldo. Apenas habria tenido tiempo de llegar á los aposentos donde habitan los monges. Yo me presenté en la portería, y le envié un recado diciéndole con mucha instancia que bajase, pues una persona deseaba comunicarle un secreto que le importaba mucho. El escudero salió, y al verme palideció é hizo un movimiento como para huir. Yo entonces fingí que llevaba un recado de su señora, y con este cebo lo atraje sin dificultad hasta una cruz de piedra que está poco distante de la abadía, y allí... allí le dejé sin habla.

El asesino hizo un gesto muy significativo, mientras que el señor de la casa de los Ecos parecia triste é hizo un ademan que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—¿Cómo ha de ser? ¡No ha podido pasar por otro punto!

Fulgencio se ausentó en seguida del castillo y se encaminó á la casa de los Ecos, y precisamente allí se encontraba cuando llegaron el infante y sus amigos.

Ya sabemos de qué modo fueron recibidos por el anciano y astuto mayordomo.

Fulgencio, pues, habia conseguido desorientar al infante respecto al paradero de Adosinda, á la vez que habia preparado su ánimo para convencerle de que los raptores de su amada se habian sustraido á las pesquisas que él habia hecho en su obsequio.

Como se deja ver, el anciano mayordomo, antes de presentarse á Wimarasio, se habia puesto de acuerdo con su señor, y este habia pensado presentarse en alguna otra ocasion al infante, es decir, á su rival, para darle definitivamente la noticia de que la hija de D. Zuria habia sido indudablemente trasladada á pais estrangero, esto es, á Francia.

Por lo demás, el señor de la casa de los Ecos hacia una vida por estremo aventurera, apareciendo con diversos nombres, en varios lugares, y tomando, como Proteo, todas las formas. Unas veces aparecia en la corte, donde era muy atendido

por el rey; otras veces se presentaba, como un espectro, en los alrededores de Villanueva, y se perdia en los subterráneos de la antigua torre de las Animas. Frecuentemente solia encontrarse tambien en la consabida casa de los Ecos, y por último, siempre venia á remanecer, como la gravedad que busca el centro, al castillo donde habitaba la encantadora Adosinda.

En la corte, en despoblado, en la casa de los Ecos, en la torre de las Animas, ¿qué buscaba, qué hacia, qué proyectaba aquel hombre estraordinario? Es posible que el lector tenga curiosidad de saber á lo que debe atenerse respecto á este punto; pero hasta ahora solo podemos decir que la hija de D. Zuria esperimentaba el mismo vehemente deseo; no ya con el interés de una vana curiosidad, sino con el afan propio de una mujer que ama con locura, é intenta penetrar por todos los medios posibles en el alma de su amante.

Desgraciadamente para ella, hasta entonces ninguna ocasion se le habia presentado de conocer á fondo, de definir aquel hombre tan hermoso, tan simpático, tan valiente, pero al mismo tiempo tan estraordinario, tan misterioso, tan profundo como los abismos del mar, tan insondable como el porvenir.

Despues de la última entrevista que presenció el lector entre Adosinda y Fulgencio, las ideas y los deseos de la hermosa cuanto desdichada jóven se habian modificado profundamente.

Queremos decir que al principio Adosinda, fascinada y atraida irresistiblemente por la atmósfera magnética, por la simpatía poderosa é incontrastable que Fulgencio le inspiraba, á la vez que temerosa de que el carácter inflexible del conde D. Zuria la obligase á dar su mano de esposa al duque de Aquitania, Adosinda, decimos, habia abrigado un momento la intencion de permanecer en el castillo de Fulgencio..

Otras veces la sombra de su padre se le presentaba menos siniestra, mas benévola, mas cariñosa. Pensaba en la afliccion que devoraria al anciano conde ignorando el paradero de su única hija.

Aparte la pretension de D. Zuria para que Adosinda diese

su mano al duque de Aquitania, se habia manifestado siempre apacible, bondadoso y lleno de ternura paternal para la jóven. Esta lo reconocia así, y todos sus pensamientos de vacilacion é incertidumbre se reasumian siempre en estas palabras:

—¡Al fin es mi padre!

Tambien le hemos oido decir que deseaba tomar el velo de las vírgenes del Señor, y para llevar á cabo este proyecto desesperado, pidió su proteccion á Fulgencio, que trató de disuadirla.

¡Cuánto padecia la hermosa doncella!

El recuerdo de su amante Wimarasio la seguia por todas partes. Es verdad que ella creia ó se esforzaba por creer que el infante no habia escapado de aquella terrible noche en que le vió caer herido por defenderla contra las gentes del conde Don Zuria.

Al pensar en Wimarasio no era ya amor lo que esperimentaba Adosinda. ¡Sentia remordimientos!

¿Qué fuerza misteriosa la subyugaba en presencia de Fulgencio, á quien ella queria aborrecer, y á quien ella sin embargo amaba á pesar suyo?

La primavera habia estendido sobre la creacion su manto de flores, su luz de oro, su aliento perfumado, su voz de céfiro, su vida de amor, sus armonías inefables.

Los rayos del sol de abril penetraban en un aposento al través de algunos búcaros de flores colocados en el balcon, cuyo barandal era de piedra.

Bella como la nacarada imágen del primer ensueño de amor, veiase muellemente reclinada en un sitial una jóven vestida con sencillez y gracia. Sus cabellos caian sobre su cuello de cisne como una aureola brillante. Su rostro estaba pálido, y su boca, semejante á una rosa entreabierta, respiraba ternura. Sus ojos, velados por largas pestañas que suavizaban su fulgor, espresaban dulce y vaga melancolía. En su frente brillaba una pureza angelical.

Con la megilla apoyada en una mano contemplaba los rayos del sol y las flores y el valle que se estendia á lo lejos como un paraiso.

El magnífico espectáculo que se presentaba á su vista pa—

reció luego retratarse en su alma, ó mejor dicho, la tierra coronada de flores y el cielo resplandeciente de luz, no eran en su espíritu sino la imágen pálida de otra tierra mas florida, de otro cielo de mas límpida pureza, de otro mundo mas perfecto.

Y reconcentrándose en sí misma la encantadora doncella, escuchaba dentro de su propio ser acentos misteriosos de una ternura infinita.

En esos momentos solemnes en que el alma se revela á sí misma como una luz que se refleja en un espejo, Adosinda era arrebatada por la propia fuerza de su mismo sentimiento á regiones desconocidas en las horas vulgares de la existencia.

Pero en medio de aquel éstasis divino se le aparecia tambien la bella imágen de Fulgencio.

Un impulso superior, una fuerza inexorable como el destino la obligaba con su mano de gigante á mirar á aquel hombre con idolatría.

Todo convidaba á la doncella á las dulces emociones del amor. El múltiple é inesplicable encanto de la estacion de las flores, la misteriosa soledad en que vivia, el vago afan y el amoroso anhelo del alma juvenil, y por último el prestigio irresistible y el noble sentimiento de la gratitud que le inspiraba Fulgencio, unido á su varonil hermosura y á la atmósfera de misterio, de valor, de grandeza, y digámoslo así, de sobrenaturalidad que rodeaba al gallardo caballero, habian despertado en la hermosa doncella una pasion profunda, volcánica, inestinguible.

Embebida en sus pensamientos estaba Adosinda, cuando un ligero ruido de pasos vino á sacarla de su distraccion amorosa y dulcemente melancólica.

Abrióse la puerta de la estancia, y apareció el señor de la casa de los Ecos.

Los negros y vívidos ojos del hermoso caballero se clavaron en el semblante de Adosinda, que ruborizada á la vez que trémula de emocion, apenas se atrevia á fijar sus miradas de ángel en el ídolo de su corazon.

Fulgencio saludó á Adosinda con su cortesania acostumbrada.

—¿Estais triste?

—Sí, pero no estoy afligida.

—¿Cómo así?

—Mi tristeza es inesplicable. La primavera y los recuerdos han producido siempre en mí, desde muy niña, cierta especie de melancolía.

—¿Quereis dar un paseo por el valle para distraeros?

—Me place mucho vuestro pensamiento, tanto mas, cuanto que, fiada en vuestra noble proteccion, este será el último paseo que daré por el ameno valle, cuya contemplacion ha sido el único bálsamo para mis penas durante todo el tiempo que he permanecido en este castillo.

Esta noticia produjo un efecto inesplicable en el señor de la casa de los Ecos.

Adosinda, sin embargo, no pudo apercibirse de la herida cruel que habia abierto en el corazon del caballero. Es verdad que no solo Adosinda, sino el observador mas lince no hubiera sido capaz de leer nunca en Fulgencio una emocion que le humillase ó diese á conocer el menor síntoma de debilidad.

El caballero, pues, guardó silencio respecto á la resolucion que acababa de manifestar Adosinda, y se limitó á dar las órdenes necesarias para verificar la escursion propuesta.

La hermosa jóven, por su parte, no dejó de sentir vivamente la indiferencia, la impasibilidad que al saber su partida habia mostrado Fulgencio.

Pocos momentos despues salian del castillo el señor de la casa de los Ecos y la encantadora Adosinda. Ambos iban á caballo, y seguidos de algunos hombres de armas.

Fulgencio oprimia un magnífico corcel, negro como la noche.

Adosinda cabalgaba sobre una hacanea ligera como una cervatilla, mansa como un cordero, y mas blanca que la nieve.

Bajaron la colina sobre la que estaba situado el castillo, y comenzaron á caminar por el ameno valle.

El sol aun no habia llegado á la mitad de su carrera. ¡Qué espectáculo tan bello presentaba la naturaleza! En ella, en sus multiplicadas formas, en las añosas encinas que levantaban sus copas á los cielos, en la verde grama que entapizaba la tierra, en

los lirios que embalsamaban el ambiente, en los arroyos que formaban su armonía de cristales, y en las aves conoras y bulliciosas que cruzaban con libre vuelo la region del aire cantando sus amores, en todas partes resplandecia, aunque reflejada de mil diversas maneras, la luz purísima é idéntica que es el aliento de la vida universal.

Y allá á lo lejos se oían los cantares de los pastores y las esquilas del ganado, y se veian hermosos campos, cubiertos de verdes trigos.

Y en varias direcciones, acá y allá divisábanse algunas humildes casas, en torno de las cuales se escuchaba el ladrido de los perros y el canto de los gallos, que se paseaban por el prado gozosos como sultanes en medio de sus mujeres.

Los pastores y los campesinos de toda aquella comarca eran siervos del señor de la casa de los Ecos.

Adosinda contemplaba arrebatada de júbilo inefable la animacion y la vida que por todas partes respiraba la naturaleza, recobrada de su letargo al soplo de los céfiros de abril.

La jóven creia escuchar en su alma la voz misteriosa de la creacion, que la convidaba tambien á vivir y amar.

Y en los hermosos y distantes horizontes del cielo de la vida interior, reflejados por los horizontes distantes y hermosos que á la sazon se presentaban á sus ojos, la doncella no veia ni queria ver sino á Fulgencio, que amante y venturoso, le ofrecia su amor y su ventura.

Adosinda en un momento de desesperacion mientras que Fulgencio estaba ausente del castillo, habia resuelto irrevocablemente no ya tomar el velo de las virgenes del Señor, sino regresar á la casa paterna.

El señor de la casa de los Ecos habia llegado á su castillo en las altas horas de la noche anterior, y por lo tanto no habia tenido ocasion de ver á Adosinda hasta el momento en que esta le manifestó, segun hemos oido, que estaba resuelta á partir.

Pero ahora la hija de D. Zuria estaba arrepentida de haber manifestado una resolucion que ya no deseaba realizar, porque tal vez le faltaban las fuerzas para tamaño sacrificio.

El gallardo caballero, sin mas que su presencia, habia lo-

grado que Adosinda modificase sus deseos, trastornando todos los planes que de antemano habia concebido, creyendo que no le faltaria valor para llevarlos á cabo.

—¡Hermosa mañana! esclamó Fulgencio.

—Para mí es muy triste.

—¿Por qué?

—¡Y lo preguntais!

—Siempre que ignoro, pregunto.

—¡Ah! esclamó Adosinda con cierta espresion de despecho. Yo creia que vos habiais adivinado la causa de mi tristeza. Siempre es doloroso abandonar aquellos lugares en donde por algunos momentos hemos gozado algunas impresiones lisonjeras. Mi corazon se oprime al pensar que ya no volveré á ver nunca este hermoso valle.

Y asi diciendo, la jóven se esforzó para ocultar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Perdonad, hermosa Adosinda, si, como decís, yo no he adivinado la causa de vuestra tristeza; pero yo procuro siempre olvidar todo lo que me es penoso. ¿Qué necesidad tengo de afligirme en tanto que gozo la simpar ventura de contemplar vuestro semblante, de oir vuestro acento melodioso, de estar á vuestro lado en una hermosa mañana de primavera? Yo no quiero turbar mi dicha con ese recuerdo funesto. Dias vendrán, Adosinda amada, dias vendrán en que con más motivo puedan mis ojos derramar el llanto de la ausencia, ausencia que, sin embargo, pudiera no existir.

—¿Y cómo?

—De una manera muy sencilla.

—No comprendo....

—¿Por qué habeis de llevar á cabo el proyecto que me indicásteis?

—Porque comprendo que mi padre estará...

—Vuestro padre, interrumpió vivamente Fulgencio, os obligará á que entregueis vuestra mano de esposa al duque de Aquitania.

Adosinda guardó silencio, como si esta reflexion fuese para ella de mucha importancia.

—¿Por qué no permaneceis en mi castillo? dijo á Adosinda el señor de la casa de los Ecos.

—¿Y podré consentir que mi padre ignore completamente, y para siempre, mi paradero?

—¿Y yo deberia permitir que volviéseis al dominio de vuestro padre, que tan cruelmente os trata?

—No, no es posible que yo renuncie para siempre el ver á mi padre. ¿Quién sabe si despues que vuelva á su compañía me tratará con mas cariño? He dicho mal, mi padre no ha dejado nunca de amarme con la mayor ternura. Es verdad que en cierta época ha manifestado su voluntad de que sea esposa del duque con algun esceso de violencia; pero repito que ahora, despues que vuelva á su seno, tal vez ya no me obligue á que entregue mi mano á un hombre á quien detesto.

Mientras que así hablaba la jóven, el altivo Fulgencio parecia estar abismado en una profunda meditacion.

Al fin sus labios se dilataron con una imperceptible sonrisa. Sin duda en su pensamiento habia encontrado la fácil resolucion de algun problema importante, segun era el júbilo que su rostro revelaba.

Pero aquella alegría era verdaderamente el júbilo del infierno.

El señor de la casa de los Ecos habia concebido un proyecto horrible.

Al fin el caballero, afectando la mas perfecta tranquilidad, dijo:

—Hermosa Adosinda, bien sabeis que mi ventura la cifro esclusivamente en complaceros en todo. El mas mínimo é insignificante de vuestros deseos es para mí un mandato inexorable. Así, pues, por mas que me sea sensible, no trato de negarlo, el que os ausenteis de mi castillo, no por eso dejaré de obedecer vuestras órdenes. Vos sois mi reina, yo soy vuestro esclavo. ¡Mandad y os obedeceré! ¡Yo os amo, Adosinda!

—Y yo á vos... no puedo menos de agradeceros sinceramente vuestra leal adhesion.

—¡Ah! Yo creí que tambien me amábais.

—¿Y por qué habia de aborreceros?

—¡Cuán feliz soy! esclamó fuera de sí el gallardo Fulgencio. ¿Es verdad que no me he equivocado, hermosa Adosinda? Yo creo que no me engáño si digo «Adosinda me ama.» ¿No es cierto?

—Si tal dijéseis, acaso yo no os desmentiria, dijo la encantadora Adosinda con tanta gracia como discrecion.

Fulgencio y la hija de D. Zuria caminaban un buen trecho delante de los hombres de armas que les iban acompañando.

El señor de la casa de los Ecos propuso á la jóven dar un paseo á pie.

A una señal de Fulgencio acudieron los servidores, que se quedaron allí teniendo del diestro á los caballos.

Por la primera vez se habia atrevido el mancebo á declarar paladinamente su amor á la hermosa doncella, si bien ya él se habia apercibido de antemano del efecto que en la jóven producia.

El altivo Fulgencio, temeroso de que Adosinda le desdeñase, no se habia atrevido á insistir hasta el estremo en las indicaciones amorosas que alguna vez habia hecho á la doncella.

Ahora que tan buen sesgo habia tomado la cuestion, Fulgencio trató de aprovechar la oportunidad que se le presentaba de hablar á solas con Adosinda.

Los dos jóvenes caminaban lentamente por una fértil llanura cubierta de césped, de flores y de añosas encinas.

La hija de D. Zuria, con toda la gracia femenil, iba cogiendo lirios y formando un ramillete.

Fulgencio, callado y gozoso, contemplaba á la doncella, que ora á un lado, ora al otro, vagaba sin cesar con ligera planta, como la Ninfa del valle.

—No puedo olvidar ni un instante vuestro proyecto, dijo el jóven.

—Lo he pensado muy detenidamente, y creo que es lo mejor que puedo hacer.

—Si he de hablaros con franqueza, á mí me parece lo mismo, respondió Fulgencio con imperturbable calma, si bien con mucha intencion.

—¿Lo creeis así? preguntó Adosinda toda trémula.

—Seguramente, aunque por otra parte me es muy doloroso que os ausenteis.

—No por eso creo que dejaremos de vernos alguna vez.

—¡Cuán feliz sería yo si me cumpliéseis vuestra promesa!

—¿Y por qué no he de cumplirla?

—¿Me amas de veras, Adosinda idolatrada?

La jóven no respondió; pero sus ojos dijeron bastante al caballero, para que este comprendiese que era amado con pasion.

—Si es verdad que yo tengo tanta dicha que no os soy indiferente, ¿por qué, Adosinda amada, por qué no permaneceis en mi castillo? ¿No podriamos vivir felices? ¡Pensadlo bien!

Nunca la indecision ha batallado mas cruelmente, que en aquel momento batallaba en el espíritu de Adosinda.

Por una parte el amor la detenia al lado de Fulgencio, y por otra, el recuerdo de su padre renacia en ella cada vez mas vivo, y cada vez con nuevo impulso le inspiraba el deseo de regresar á la casa paterna.

Y sobre estos dos sentimientos encontrados venia á posarse tambien, como un negro fantasma, el recuerdo de su primer amor, la imágen de Wimarasio, cuya memoria creía ultrajar, abriendo su alma al dulce encanto de otra nueva pasion.

De repente llegóse un escudero al señor de la casa de los Ecos.

El fiel servidor, segun todas las muestras, traia una noticia en estremo importante.

Venia del castillo á todo el correr de su caballo.

—¿Qué sucede?

—Dos caballeros acaban de llegar al castillo, y con mucho empeño demandan hablaros.

—¿Y qué les has respondido?

—Que no estábais muy lejos.

—¿Saben que has venido á buscarme?

—Sí señor.

El caballero hizo un gesto de disgusto.

—Me han manifestado, dijo el siervo, que tenian que comunicaros un asunto de grande importancia.

Fulgencio permaneció silencioso algunos minutos.

—Diles que me aguarden.

—El siervo partió al galope á cumplir la órden de su señor.

Adosinda habia presenciado aquella rápida escena, si bien hallándose algo distante, no habia podido oir las palabras que el jóven habia cambiado con el siervo.

El semblante de Fulgencio revelaba cierta inquietud.

—¿Os han dado alguna mala noticia? preguntó la hija de D. Zuria aproximándose.

—Tal vez no sea muy buena.

—¡Cuánto lo siento!

—Acaso se trate de vos.

—¿Qué quereis decir?

—Dos caballeros me buscan, y desean hablarme con mucho empeño.

—¡Mi padre! interrumpió vivamente Adosinda.

—Eso mismo he pensado yo.

—Estoy segura de que es él.

—¿Y quién será el otro?

—Acaso...

—El duque de Aquitania, ¿no es eso?

—Así lo creo.

—Sin embargo, yo lo dudo.

—A mí me parece muy natural que sean ellos.

—¿Y cómo han podido saber que os hallábais aquí?

Adosinda se encogió de hombros.

—En fin, pronto lo sabremos, dijo el caballero.

Y ambos se encaminaron adonde tenian sus cabalgaduras.

En seguida desapareció la hermosa y juvenil pareja en direccion hácia el castillo.



CAPITULO XIV.

De como la reina Munia tenia algunos protectores.

El lugar—teniente de Rosmundo habia vivido mucho tiempo en la corte, y conocia muy bien al rey D. Fruela. Cuando Isidoro se presentó á su capitan, este le preguntó de mal talante:

—¿Cómo te vienes así?

—Perdonad, si vengo solo.

—¿No has visto á nadie?

—He visto salir tres hombres.

—¡Ira de Dios! ¿Por qué no los has traido á mi presencia?

—Me ha sido imposible.

—¡Cobarde!

—¡Voto al diablo! dejadme que concluya.

—Veo que te vuelves solo: ¿qué mas necesito saber para convencerme de que no has tenido valor para cumplir mis órdenes?

—Vos hubiérais hecho otro tanto.

Rosmundo estaba tan impaciente, que tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para no ceder á su furor. Tuvo tentaciones de atravesar con su espada á Isidoro, que se apresuró á decir:

—He visto salir tres hombres de la alquería. Me precipité sobre ellos con la espada en la mano, é interceptándoles el camino, les intimé enérgicamente que me siguiesen. ¡Figuráos cuál sería mi asombro cuando en uno de ellos reconocí á D. Fruela!

—¡Al rey!

—Sí señor.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada.

—¿Cómo así?

—Me pareció que lo mas oportuno que podia hacer era meter espuelas á mi caballo y venir al punto á referiros este importante descubrimiento.

—¡Y has hecho muy bien! Perdona, querido Isidoro, mi ligereza. Bien sabia yo que nunca podias ser cobarde.

Isidoro respondió:

—Demasiado sabeis que os estimo, y que siempre os he servido con lealtad.

Rosmundo juró vengarse de Doña Ermesenda, y desde aquel momento tambien decretó en su corazon la muerte del rey.

Entre tanto Doña Ermesenda se encontraba en su aposento en conversacion muy tirada con dos personas que formaban entre sí el mas singular contraste.

La una de ellas era hermosa y jóven, de carácter vivaz y atrevido, pero de índole generosa.

La otra era una anciana cuyo rostro revelaba irremediables y profundas aflicciones.

Ambas parecian ser muy amigas de Doña Ermesenda, quien á su vez las trataba con íntima confianza.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó la esposa de Rosmundo.

—Que hemos perdido ya todas las esperanzas, respondió la mas jóven de las dos visitantes.

—Vos sola podeis salvar á vuestra amiga, añadió la anciana llorando.

—Ya sabeis que estoy dispuesta á todo.

—Yo temo, sin embargo, comprometeros...

—Nada de eso, Nunilo. Yo me he propuesto salvar á la reina, ó morir en la demanda.

—Así lo espero de tí, querida Ermesenda, dijo Clotilde, que así se llamaba la jóven. ¡Qué diferencia entre tu modo de pensar y el de mi esposo!

—Esta noche ha estado aquí con el rey.

—Es preciso que te guardes mucho de Aurelio, pues él pudiera destruir todos nuestros planes.

—Descuida sobre ese punto. Hasta ahora no ha podido averiguar quién yo soy, aunque no ha dejado de hacer repetidas preguntas á mi siervo Sisenando.

—¿Y el rey está dispuesto á usar de clemencia con su esposa?

—Nada de eso. Una fascinacion lamentable perturba su alma, y cree que Doña Munia ha sido criminal.

—Sobre eso yo no tengo la menor duda, añadió Nunilo. El rey, yo no sé cómo ni por qué, está firmemente persuadido de que la reina y el infante han mancillado su honra. Por lo tanto, es indispensable que no perdamos ni un solo momento en sustraer á vuestra amiga de la venganza de su bárbaro y engañado esposo.

El lector sin duda habrá comprendido que la anciana que á la sazon se hallaba en la alquería de Doña Ermesenda era la misma Nunilo, es decir, la nodriza de Doña Munia, á la cual profesaba aquella un amor verdaderamente maternal.

Por lo que respecta á Clotilde, debemos decir que era hermana de Doña Ermesenda y esposa del conde D. Aurelio.

—Ahora bien, dijo la esposa de Rosmundo, ¿qué medio habeis elegido para salvar á la reina?

—Hemos pensado conducirla aquí, respondió Nunilo.

—¿No tendrias otro lugar adonde pudiese Doña Munia ocultarse con mas seguridad? Porque me temo, añadió Clotilde, que el rey ó mi esposo descubran, por algun incidente, el paradero de la reina.

—En cuanto á eso, ningun temor debe aquejarte. En esta alquería tengo yo habitaciones cuya existencia nadie puede sospechar, á no ser que yo se lo revele. La reina, pues, estará aquí mas segura que en ninguna otra parte.

—¡Cuánto consuelo derramais en mi corazon, señora! esclamó la anciana, besando y regando con sus lágrimas la mano de Doña Ermesenda. ¡El cielo premiará vuestra compasion hácia una dama de todos abandonada en su horrible desventura!

—Yo tengo el deber de prestar todo mi auxilio á la reina. Así lo haria con cualquiera otra dama que se viese en la misma situacion; pero además Doña Munia fué una de mis amigas de

infancia, y por lo tanto me inspira un doble interés.—Pero vamos á lo principal. ¿Cuándo habeis resuelto libertarla?

—Pasado mañana por la noche.

—¿Y contais con la seguridad del éxito?

—Contamos con esa seguridad, tanto como puede contarse con las promesas humanas, respondió Nunilo.

—¡Ah! ¡Si el rey llega á saberlo!...

—En ese caso la muerte de Doña Munia sería inevitable, dijo Clotilde.

—El carcelero ha prometido solemnemente ayudarnos en nuestra empresa, dijo la anciana.

—¿Y estais seguras de que el carcelero no revelará al rey vuestro plan?

—¡Cómo hemos de responder, señora, á esa pregunta con una confianza completa!

—Ya estoy deseando que llegue pasado mañana para saber el resultado definitivo de vuestro arriesgado intento. Por lo demás, si necesitais de algun modo mi cooperacion, yo os la prestaré.

—Solo deseamos que á la salida de Oviedo nos envies un hombre de tu confianza, para que en el caso de que aquí se hallase el rey, nos conduzca por el camino mas seguro, á fin de evitar un encuentro que, en tales circunstancias pudiera ser funestísimo. No dejo de pensar con terror, añadió Clotilde, en el inminente riesgo que hemos corrido esta noche de ser descubiertas por mi esposo.

—Pues bien, Sisenando os aguardará pasado mañana junto al monasterio de San Vicente. ¿Os parece buen sitio?

—El mas á propósito para el caso.

—Por lo demás, nada temais, aun cuando Aurelio y él se encontrasen en la alquería. Sisenando os conducirá por la puerta falsa y por un camino diametralmente opuesto al que pudieran traer ó llevar tu esposo y el rey.

Luego Nunilo, Clotilde y Doña Ermesenda cambiaron algunas palabras en voz muy baja y con aire misterioso. A juzgar por tales señas, trataban de un asunto no solamente muy importante, sino tambien estraño y maravilloso, supuesto que el

semblante de Doña Ermesenda, mas particularmente, revelava una admiracion profunda.

En seguida Nunilo y Clotilde se despidieron, con las mas inequivocas muestras de cariño, de la esposa de Rosmundo.

Un siervo, cuya fidelidad era conocida á fondo de la anciana Nunilo, estaba aguardando á las damas en la puerta de la alqueria con dos caballos del diestro.

La anciana, que por su edad no podia sostenerse fácilmente sola, cabalgó en el mismo palafren del siervo, que la sujetaba con su vigoroso brazo.

Clotilde montó en su caballo, hermosa, ligera y valiente como una amazona.

Y partieron al galope hácia la ciudad de Oviedo.

Entre tanto el rey D. Fruela habia llegado á su alcázar, abrumado por negros pensamientos.

Isidoro, que se habia presentado en el camino intentando detener al rey y á sus compañeros, no se apartaba un punto de su memoria.

Cualquiera otro hombre en su lugar ciertamente que no hubiera mirado con indiferencia aquel suceso; pero tampoco hubiera despertado dudas en el caviloso D. Fruela, cuyo carácter suspicaz en estremo ya hemos dado á conocer en otras ocasiones.

¿Quién era aquel hombre? ¿Cuál era su intencion? En vano el rey se repetia sin cesar estas preguntas. No sabia darse ninguna respuesta satisfactoria. No encontraba para aquel enigma ninguna solucion plausible.

D. Fruela estaba en su aposento reclinado en un sitial y con actitud meditabunda.

Inmóvil y de pie le contemplaba el conde D. Aurelio, su inseparable confidente.

El rey, al fin, rompió su prolongado silencio.

—¡Vive Dios, esclamó! Por todas partes no hay mas que traidores... La viuda de la alquería debe saber quién es ese hombre que tan atrevidamente nos salió al camino.

—Yo pienso que ese hombre no debe conocer á la dama, dijo D. Aurelio.

—¿Y en qué te fundas para pensar así?

—En que la dama de la alquería para nada necesitaba enviar ese hombre, cuando luego, así que nos reconoció, partió al galope.

—Las mujeres son muy curiosas. Esta noche, como siempre, la dama ha formado grande empeño porque yo le revele mi nombre.

—¿Y se lo ha revelado V. A.?

—He hecho propósito firme de ser amado por mí mismo. Quiero que ame simplemente á un caballero; mas en ninguna manera al rey. Si yo le descubriera mi nombre, creería que me amaba seducida por el esplendor de mi corona; pero guardando reserva, tendré derecho á creer que me ama por mi propio mérito.

—Pero si ya os ama, ¿qué reparo puede tener V. A. en manifestarle su nombre?

—¿Y quién te ha dicho que aun me ama?

—Como hemos ido algunas noches...

—Es una mujer encantadora; pero debo advertirte que si me ha recibido con suma benevolencia, no por eso mi corazon está satisfecho, como yo deseo.

—Segun eso ¿no ama á V. A.?

—Creo que sí.

—Pues entonces...

—Dice que me ama; pero su conducta hasta ahora ha sido la de una mujér virtuosa.

—¡Ya! Pues yo creía...

—Pues has creido muy mal.

—A fé mia que tanta virtud me maravilla. Ahora comprendo que V. A. está en camino de enamorar de veras.

—Lo estaba, pero ya no lo estoy.

—¿Cómo así?

—El suceso de esta noche me ha contrariado sobremanera, y me parece que hasta soy capaz de aborrecer á esa dama tan curiosa.

—Repito, señor, que me parece os equivocais respecto á creer que la dama de la alquería ha podido enviar á ese hom-

bre que nos salió al camino para reconocernos, cuando precisamente nos venia acompañando de órden suya el siervo que siempre nos ha servido de guia.

—Pero á tales horas, ¿quién sino ella sabia que habíamos de pasar por allí?

—A mí me parece haber adivinado la mano oculta que nos ha enviado ese espía.

—¿Quién?

—Es imposible que una persona, por desnaturalizada que sea, cuando ama á otra á la cual ha hecho desgraciada, no se interese por ella y procure, por todos los medios posibles, favorecerla y libertarla del peligro.

—Acaba de una vez.

—Quiero decir que nuestros pasos están espiados sin duda por amigos y parciales de vuestro hermano. Ahora bien, el infante habrá sabido el riesgo que corre Doña Munia, y no hay cosa mas natural que el que el infante procure salvarla á toda costa.

Estas palabras hicieron grande impresion en el ánimo de D. Fruela, que permaneció largo rato profundamente pensativo.

—¿Y qué tendrian que ver esos proyectos con espiar nuestros pasos? preguntó al fin el rey.

—Muchísimo. El infante debe saber las esquisitas precauciones que hemos tomado para la seguridad de Doña Munia, la cual, á mayor abundamiento, se encuentra prisionera en vuestro mismo alcázar, y por lo tanto se aumentan las dificultades de sacarla de su encierro. Ahora bien, como sin duda vuestro hermano tiene en la ciudad y en el reino muchos parciales, no será difícil que hayan convenido en rebelarse contra vuestro poder.

—¿Y ese espía que hemos visto, qué interés, qué objeto, qué fin podia tener en acecharnos al salir de la alquería?

—Voy á decir á V. A. todo lo que pienso, aunque por otra parte me es sensible el fijar vuestra atencion en asuntos, á la verdad, muy penosos.

—Acaba, Aurelio, acaba, dijo el rey con impaciencia.

—Debemos vivir con mucho cuidado, señor. Esta noche se

me han ocurrido terribles sospechas, con motivo del encuentro de ese espía. Yo he creido ver en ese hombre un asesino que acaso no ha tenido valor para cometer el crimen que le habian mandado que cometiese.

—¿Crees que fuese su intento asesinarme?

—Lo creo firmemente.

—Segun eso, ¿los parciales de mi hermano desearán mi muerte?

—Yo creo que el infante mismo en persona es el que los mueve y dirige á todos.

—¡Ira de Dios! ¡Sino hubiera sido por Argerico!... Ese maldito viejo tuvo la culpa de que yo no aniquilase para siempre y de una vez á mi hermano, á mi mayor enemigo.

—V. A. conocerá la exactitud de mis observaciones, si se fija en que por mas que hemos hecho, ningunas noticias hemos podido adquirir acerca del paradero del infante, y yo estoy segurísimo de que él permanece oculto no muy lejos de aquí para ponerse á la cabeza de la rebelion, porque vos mismo lo sabeis, el sueño dorado del infante es la corona que brilla en vuestras sienes, y que él pretende trasladar á las suyas, y sin duda lo intentará con todas sus fuerzas, y por todos los medios que estén á su alcance.

—¡Voto al diablo! Veo que tienes razon, y que te has puesto en la verdad.

—Ahora debemos vivir siempre con muchas precauciones... os lo digo con mucho sentimiento, pero faltaría á mi deber si lo ocultase. En estos momentos Wimarasio mas que nunca debe desplegar todas sus fuerzas, no solo por su propia seguridad, una vez que, merced á la imprudencia de Argerico, sabe que se intentaba suministrarle un veneno, sino tambien impulsado por la ambicion que le devora, y por el amor que profesa á Doña Munia. ¿Qué estraño es que en vista de tantas y tales razones como le mueven á obrar, haya adoptado el camino mas breve para llegar de un salto á conseguir sus fines, á realizar su venganza, á satisfacer todos, todos sus deseos? Y el camino mas breve para el infante es sin duda asesinar al rey. Esta es la verdad, señor. Perdonad si mis palabras os parecen amar-

gas; pero esta amargura es de la verdad, no de mi lenguage.

—¡Ira de Dios! esclamó el rey. Verdaderamente que eres un hombre que lo entiende. Nada de eso se me habia ocurrido á mí, y despues de lo que me has dicho, no puedo menos de reconocer la exactitud de tus congeturas. ¡Infame Wimarasio! Sin duda ninguna es lo que tú dices. Mi hermano á toda costa quiere salvar de mi venganza á esa mujer sin pudor que me ha deshonrado en compañía de ese mónstruo que dicen que es hermano mio, porque dicen que tambien es hijo del ínclito rey Don Alonso I el Católico.

Y asi diciendo, D. Fruela se paseaba á grandes pasos por su aposento con muestras de un furor implacable.

Luego se detuvo delante de D. Aurelio, y continuó:

—Pero yo destruiré todos esos planes que contra mi persona se traman sin cesar. Doña Munia, por mas que haga, no podrá escaparse de la muerte, y en cuanto á Wimarasio, ya sabré yo obligarle á que regrese á Oviedo... Y esa dama de la alquería... La noticia de la muerte á que he sentenciado á Doña Munia se ha propagado con rapidez increible... La dama me ha hablado esta noche del caso, sin saber quién yo soy... Todo el mundo condena mi conducta, calificando de crueldad mi justa indignacion... A todos inspira compasion la hermosura y la juventud de esa mujer adúltera... La dama de la alquería ha condenado en los términos mas duros la fiereza del rey, y me ha sostenido esta noche que es imposible que Doña Munia haya faltado á sus deberes... ¡Qué tormento tan insoportable! ¡Tener uno el corazon desgarrado y su honra mancillada por su esposa culpable, y luego oirse llamar injusto y cruel!... ¡Y á ella la proclaman inocente!...

—A la verdad que eso es muy doloroso.

—Es preciso averiguar á todo trance quién es esa dama.

—Yo no creo que ella tenga relaciones con el asesino que nos asaltó esta noche.

—¡Si lo hubiéramos seguido! esclamó D. Fruela con cierto acento de reconvencion y despecho.

El rey parecia querer decir este pensamiento, que, sin embargo, permanecia oculto en la mente del rey y del conde.

—Nos dejamos sorprender casi hasta el punto de obrar como cobardes.

D. Aurelio se sonrojó al leer este pensamiento en la mente de D. Fruela.

—A mí tambien se me ocurrió, dijo D. Aurelio, que podiamos haber seguido á ese hombre; pero luego reflexioné que era mas prudente dejarlo y seguir nuestro camino.

—¡Tienes tú mucha prudencia! esclamó el rey con tal acento de ironía, que D. Aurelio se mordió los labios hasta hacerse sangre; mas no por eso dejó de responder impávido, y devolviendo ironía por ironía:

—No fuí yo quien tuvo esa virtud que tanto resplandece en los mas ilustres varones. En aquellos momentos, mas bien que de prudente, tuve impulsos de temerario; pero supe dominarme, porque allí, como en todas ocasiones, yo iba á las órdenes de mi rey. Por lo tanto, no me tocaba mandar, sino obedecer.

—Hiciste muy bien, Aurelio, hiciste muy bien, dijo el rey con un acento equívoco.

—Y he admirado tanto mas la soberana prudencia de V. A. cuanto mas he pensado despues en el caso, porque bien mirado, señor, hicimos lo que debiamos.

—Veo que has adivinado perfectamente mi pensamiento.

—Así lo creo: V. A. sin duda pensó que la rápida é inesperada desaparicion de aquel hombre, que apenas nos hubo reconocido partió al galope, encerraba una segunda intencion, una perfidia, una emboscada. El asesino esperaba seguramente que nosotros, imprudentes ó temerarios, nos lanzásemos en su seguimiento á rienda suelta. ¿Y qué hubiera sucedido? Cuando el espía nos hubiese conducido adonde indudablemente le aguardaban sus compañeros, nos hubieran atacado todos juntos, y en el caso de que no hubiéramos sido víctimas de una muerte inevitable, nos veríamos á estas horas á los pies de vuestro hermano implorando en balde su clemencia. Pero no sucedió así, merced á vuestra prevision. Todo esto se me ocurrió en aquel mismo instante, y, lo digo con sinceridad, no pude menos de admirar vuestra acertada conducta. ¿No fué esto, señor, lo que pensó V. A. en aquel momento de peligro?

—Exactamente; pero vamos á otra cosa.

—Decid, señor.

—La mujer adúltera que antes se llamaba reina, ¿en qué estado se encuentra?

—Cada vez parece que su razon está mas estraviada, mas no por eso es su locura violenta. Al contrario, dicen que se manifiesta algunas veces muy cariñosa, que habla poco, sus palabras son incoherentes, y llora mucho.

Tal era la pintura que el carcelero habia hecho al conde del estado en que se hallaba la reina, que su mismo enemigo D. Aurelio habia llegado á sentir algunos arranques de compasion hácia la desventurada esposa de D. Fruela.

Pero una fatalidad funesta hace que sea imposible retroceder en un mal camino. El conde comenzaba á sentir algo parecido al arrepentimiento. Su venganza le habia conducido á secundar en un todo los feroces instintos del celoso D. Fruela. Todas las súplicas, todas las disculpas, todas las protestas que Doña Munia habia hecho al principio, defendiendo su inocencia, las habia interpretado despues D. Aurelio de modo que le hizo entender al rey que aquel llanto tan elocuente y tan sentidas palabras nada tenian de verdadero, sino que era una farsa hábilmente representada por la esposa adúltera, que aún persistia en su arte de engañar, recurriendo ahora con no menos maestría al doliente ruego y á las engañosas lágrimas.

D. Aurelio, pues, casi ya sin quererlo, se veia fatalmente arrastrado á dar remate á la inicua obra que, de consuno con el rey, habia emprendido.

El conde se encontraba en ese estado de ruindad de ánimo, el mas mezquino y despreciable de todos, en que el hombre ni tiene ya fuerza bastante para ser decididamente un gran criminal, ni tampoco está poseido del noble aliento que se necesita para ser virtuoso.

—¡Qué astucia tan infernal la de Doña Munia! esclamó el rey. Con sus lágrimas y sus quejas ha logrado inspirar compasion á todos en mi corte. Ya has visto como hasta el abad del monasterio de San Vicente, que siempre me ha manifestado la mas sincera adhesion, ha venido ahora censurando mi conduc-

ta, acusándome de visionario y demandándome piedad para mi inocente esposa... ¡Inocente!

—Es increible la habilidad de la reina.

—Nadie cree que sus llantos y su demencia es una pura ficcion. Todos esclaman conmovidos: «La reina se ha vuelto loca de dolor, porque su esposo la ha acusado.»

—Y todos lo creen asi.

—¡Imbéciles!

—El abad sin duda le habrá aconsejado á Doña Munia que se finja loca, para que V. A. no le quite la vida.

—No necesita ella que nadie le aconseje.

—Ahora me acuerdo que esta tarde me dijo el carcelero que la reina habia pedido que mandasen llamar al abad del monasterio de San Vicente.

—¿Y qué le respondiste?

—Creí que no habia inconveniente para concederle el permiso que solicitaba.

—¿Y á qué hora habrá venido el abad?

—Segun me indicó el carcelero, esta noche á primera hora.

—Pues no ha hecho mal, si es que ha tratado de confesar sus culpas y de arrepentirse, porque mañana debe morir Doña Munia.

—¿Y qué género de muerte piensa darle V. A.?

—Aun no he pensado en ello.

—Convendrá usar algunas precauciones.

—Veamos.

—Yo no creo acertado que la sentencia de muerte se ejecute en público.

—Eso mismo se me habia ocurrido á mí.

—Paréceme que lo mejor seria darle muerte en secreto.

—Estoy conforme con esa idea.

—Y para mayor precaucion, seria conveniente hacer circular la noticia de que la reina habia fallecido de muerte natural.

—¡Has tenido una ocurrencia escelente! Ya sabes que en otras ocasiones que hemos tratado de esto mismo, hemos tenido en cuenta que la muerte de Doña Munia pudiera encender la guerra en nuestro reino, lo cual ahora seria en estremo pe-

ligroso, porque segun noticias, los moros se preparan para hacer una escursion por nuestras tierras. A hora bien, con la publicidad que hemos dado á los crímenes de Doña Munia, no podrá menos el duque Eudo de enterarse de la indigna conducta de su hija, y por lo tanto, no estrañará demasiado que yo tome alguna resolucion violenta para castigar á una mujer culpable del feo crímen de adulterio, y de adulterio con un hermano de su esposo.

—Y si á todo eso se añade que Doña Munia ha muerto naturalmente y no por vuestro mandato, hé aquí que el duque Eudo ningun motivo tendrá para encender una guerra que si para nosotros es peligrosa en las actuales circunstancias, no lo es menos para él, cuyos dominios son mas reducidos, y que tendrá necesidad de aliarse con V. A., sino quiere sucumbir en la lucha pagando el vasallage á los infieles.

—En ese caso, el mejor medio es envenenar á Doña Munia.

—Esa es justamente mi opinion.

—Pues cuida de que se haga así, como hemos convenido.

—Podeis estar seguro de que mañana mismo serán obedecidas vuestras órdenes.

—Toma tambien las medidas convenientes para que averigüemos quién es la dama de la alquería.

—Está muy bien.

El semblante de D. Aurelio brilló con una alegría infernal, cuando vió que el rey accedió á su pensamiento de envenenar á Doña Munia al dia siguiente.

Desde luego comprenderá el lector que respecto á este proyecto, que tanto interés tenia el conde en que el rey lo aceptase, abrigaba aquel muchas esperanzas para él muy lisonjeras, mas no por eso menos culpables.

Ya se disponia D. Aurelio á despedirse del rey, cuando súbitamente llamaron á la puerta.

No poca sorpresa causó aquel insólito llamamiento en el rey y en el conde.

Presentóse el camarero de D. Fruela y cambió algunas palabras en voz baja con su señor, que al fin hizo un signo de asentimiento, un ademan de concesion.

Pocos momentos despues apareció en la estancia una venerable figura, y que vestía ropas talares.

Era el abad del monasterio de San Vicente de Oviedo. Su alta estatura, ya encorvada por el peso de los años, sus ojos vivaces, su nariz aguileña, su barba luenga y blanca como la nieve, su frente calva y venerable, todo contribuia en aquel anciano á revelar la idea mas perfecta que pueda formarse de la inteligencia y de la virtud que es capaz de atesorar en el mas alto grado la criatura humana.

El rey salió á su encuentro, y le recibió con inequivocas muestras del mas profundo respeto.

El abad saludó á su vez al rey con tanta veneracion como dignidad.

Despues ambos guardaron silencio.

El conde D. Aurelio conoció al fin que su presencia era importuna, y por lo tanto se retiró antes que el rey se lo mandase.

Cuando el abad y D. Fruela se quedaron solos, el rey preguntó con impaciencia:

—¿Qué causa poderosa os trae por mi alcázar á tales horas?—Decid.

—He venido á estas horas, porque creia que ya estaria solo V. A.; pero me he equivocado. ¡Siempre el confidente está al lado de su rey y señor!

—Supongo que no acusaréis por eso al conde de que comete un delito.

—Dificil será por lo menos que yo no le acuse de hipócrita.

—D. Aurelio es uno de mis mas fieles servidores.

—Al menos, es el que mejor posee el arte de parecer un servidor leal.

—Lo parece, porque lo es.

—No lo es, aunque lo parece.

La firmeza conque el anciano abad pronunció estas palabras alarmaron no poco á D. Fruela, cuyo carácter suspicaz ya conocemos.

—¡Y bien! ¿Qué quereis decir? preguntó el rey un si es no es amostazado.

—Quiero decir que os dejais engañar de la manera mas lamentable por aquellos mismos á quienes V. A. confia sus mas íntimos secretos.

—¿Pero qué ha hecho el conde?

—Es imposible que tal estado de cosas dure mucho tiempo sin que el reino y el rey caigan en un abismo. Yo vengo, pues, á poner remedio á tantos males como afligen vuestro corazon, á tantos peligros como amenazan vuestra corona.

—A fé, padre mio, que estais mas lúgubre que un entierro.

—Y lo estoy con razon. Por donde quiera que V. A. mire, no verá mas que el gérmen de muertes, guerras, asesinatos y desolaciones sin fin. Todos los nobles caballeros de vuestra corte están alarmados al ver la horrible crueldad que usais con vuestra esposa. Vuestro hermano anda errante y perseguido, vuestro hermano, el valeroso, el héroe que es la honra del reino cristiano.—¡Y V. A. le ha mancillado y se ha mancillado con las mas horribles calumnias! El virtuoso Argerico, el noble anciano que desde vuestra mas tierna infancia se ha desvelado constantemente por serviros, ha pagado con la muerte, ó con una prision misteriosa, su lealtad acrisolada hácia vuestra persona y hácia vuestro ínclito padre, cuya ilustre memoria ciertamente habeis respetado muy poco. Y por último; ¡qué horros! despues de tantos crímenes, despues de tantas y tales injurias, habeis deshonrado al noble Leandro, al hijo del anciano Argerico. ¡Vuestra esposa es inocente, señor, pero á fé que merecíais que fuese culpable! ¿Por ventura es digno de tener una esposa como Doña Munia, el que deshonra las esposas de sus mas fieles servidores? ¡Desdichado Leandro! ¡Infeliz Argerico! ¡Triste Wimarasio! ¡Desventurada reina! ¡Insensato monarca! ¡Y reino mas desdichado todavía! Yo os lo digo, rey Don Fruela, si persistís en vuestra ceguedad, vuestros mismos vasallos, cansados de tanta y tan insoportable tiranía, os arrancarán el trono y la vida...

—¡Ira de Dios! esclamó el rey levantándose, cansado ya de oir la voz severa de la verdad y la justicia, que nunca se visten el trage engañoso de la adulacion infame.

—Yo he venido, como el médico que procura salvar al en-

fermo, aun cuando á este le parezca amarga la misma medicina que lo liberta de la muerte.

—Vos habeis venido á cubrir de oprobios y dicterios á vuestro rey.

—¡Hé aquí lo que son los reyes! Si yo lisonjeára vuestras pasiones y os ayudára villanamente á perpetrar vuestros crímenes, diríais que yo era el mejor de los hombres, el mas leal de vuestros vasallos y el mas hábil de todos vuestros servidores. Pero os digo la verdad, procuro con el mayor celo y con la intencion mas pura que entreis en vos mismo, que reconozcais vuestros errores, y que pongais coto y remedio á vuestros crímenes, y hé aquí que me juzgais vuestro mayor enemigo, creyendo que solo vengo para insultaros. ¡Cuánta ceguedad!

—¡Basta ya de insultos y de recriminaciones!

—Si yo fuéra el conde D. Aurelio, que os adula y engaña, me estaríais oyendo con mucho gozo; pero desgraciadamente los penosos y severos deberes que aquí me traen, no me permiten usar las engañosas palabras de esas dulces mentiras que tanto os agradan.

—Vos creeis ó afectais creer que venis á decirme la verdad desnuda, y en muy pocos momentos habeis dicho muchas cosas que son absolutamente falsas.

—¡Ah, señor! Como V. A. me pruebe que yo me he engañado en todo cuanto he dicho, me vereis de rodillas á vuestras plantas implorando humildemente vuestro perdon. ¡Ojalá que así sucediese!

—Precisamente vuestras primeras palabras han sido calumniosas para una persona muy digna de vuestra consideracion y respeto.

—¿Y quién es esa persona?

—Un noble caballero, y un ilustre capitan.

—¿El conde D. Aurelio?

—El conde, sí, el conde, á quien habeis ultrajado.

—Por mi parte, ni le niego la nobleza de su alcurnia, ni sus proezas de capitan. Por lo mismo que está dotado de tan buenas prendas, es mas culpable, cuando tan bajamente las desdora. Ahora bien, señor, yo os ruego con grande encare–

cimiento que escucheis mis palabras con calma, y que me digais las falsedades que se encuentran en mi relato. ¿Por ventura he mentido cuando he hablado de la desgracia inmerecida del anciano Argerico? ¿Es falso el cruel tratamiento que babeis dado á vuestra esposa inocente? ¿No es cierto que habeis seducido á la esposa de Leandro?

—Todo cuanto decís está exagerado por la mas perversa intencion.

—En fin, vamos á tratar del encargo que principalmente me ha traido á vuestra presencia esta noche.

—¿Os envía alguna persona?

—Seguramente.

—¿Y quién es?

—La reina.

D. Fruela hizo un movimiento marcado de disgusto.

El abad continuó imperturbable:

—La reina, á causa de vuestra crueldad, se encontraba en el estado mas lamentable que puede sobrevenir á una criatura humana que deja de serlo, porque pierde su razon. ¡Doña Munia, señor, estaba demente por vuestra culpa!

—Yo, reverendo padre, no niego vuestros buenos deseos; pero imagino que os dejais seducir fácilmente por las apariencias. La reina, temerosa de la muerte que le amenaza, se ha fingido loca. Doña Munia es maestra en las artes de la astucia y del artificio.

—¡Cuánto os engañais señor!—Pero ante todas cosas debo cumplir mi encargo. La reina hoy ha esperimentado un alivio notable, y esto me ha causado la mas dolorosa inquietud...

—Si de buena fé creeis que estaba loca, interrumpió vivamente el rey, en verdad que estraño que os alarme su alivio.

—Me habian dicho que realmente Doña Munia se hallaba en el mas lamentable estado de demencia, y como la desaparicion de este mal funesto suele ser frecuentemente un signo mortal para los que le han padecido, hé aquí la causa de mi inquietud, porque temí que la reina estuviese próxima á la muerte.

—Y no os habeis equivocado, dijo D. Fruela con acento reconcentrado por la rabia.

—¿Aun pretende V. A. sacrificar á Doña Munia? —No importa.—Como iba diciendo, vuestra esposa no ha estado loca...

—Bien lo sabia yo.

—No ha perdido la razon, aunque así se creyese al ver los arrebatos de amargura inesplicable que en ella ha producido vuestro cruel tratamiento. Hoy se encontraba muy débil de cuerpo, pero su espíritu estaba tranquilo. Quiso depositar en el seno de un fiel amigo las penas que le atormentaban. Ella no sabe que he venido á manifestar á V. A. lo que me ha confiado, porque yo me creeria culpable si guardase silencio. La reina parece que solo desea morir, porque su amargura es inmensa. Diríase que presiente su próximo fin, aun cuando V. A. no mandase degollarla, como hacé poco indicásteis. Se ha despedido de mí derramando lágrimas, y con sin igual dulzura me encargó que os dijera: «Que ella, á pesar de vuestra injusticia, siempre os ama y os respeta; pero que habeis sido víctima no solo de vuestro desgraciado carácter, que no ve en todas partes mas que traiciones, sino tambien de la perfidia de algunos malvados. Decidle, añadió, que nada en el mundo he podido sentir mas que el ultraje que me ha hecho; pero que le perdono de todo corazon.»

—¿Y bien? dijo el rey con indiferencia.

—Ahora voy á revelaros lo que me ha dicho vuestra esposa, sin pensar siquiera que á mi se me podia ocurrir el dar este paso.

—Veamos, dijo el rey sentándose.

—El conde D. Aurelio se ha manifestado el mas acérrimo enemigo de Doña Munia, y precisamente ese mal caballero ha requerido muchas veces á la reina para que escuche sus ansias amorosas.

D. Fruela, cuando tal oyó, dejó escapar una estrepitosa carcajada.

—Ya me habló el conde de que Doña Munia le amenazó cuando fué á prenderla, con que me habia de decir eso mismo. Y el buen D. Aurelio, justamente alarmado por esa amenaza, me previno lo que se habia dejado decir esa mujer tan liviana como astuta.

—Lo que V. A. acaba de manifestarme, me demuestra, se-

ñor, hasta qué punto el conde ha sabido abusar de vuestra credulidad.

D. Fruela se encogió de hombros.

—Bien, señor, vos podeis pensar lo que mejor os acomode, pero...

—Repito, padre mio, que sois muy cándido. Nada nuevo me habeis dicho, y despues de tantos preámbulos, solo puedo sacar en limpio que Doña Munia ha logrado seduciros con su artificiosa charla.

—¡He aquí una cosa singular! Vos que de todo el mundo sospechais sin motivo, no solo no desconfiais de ese hombre perverso, sino que defendeis su inocencia y lo juzgais incapaz de seros infiel. ¡Cuán desgraciado sois, señor!—Pero oid el resto. Vuestra esposa está en cinta, lo cual os revelo para que, si teneis entrañas, no os convirtais en verdugo de vuestra esposa y de vuestro hijo. Despues de haceros esta revelacion, V. A. puede elegir la línea de conducta que mas le plazca; pero tened entendido que tarde ó temprano la justicia de Dios caerá sobre vuestra cabeza.

Al oir semejante revelacion, D. Fruela palideció espantosamente, y durante algunos minutos permaneció inmóvil y silencioso.

Ya sabemos que el rey amaba tiernamente á su esposa antes de que aquellas funestas sospechas se hubiesen albergado en su corazon, y la amaba todavía. Así es que D. Fruela con la mejor buena fé creia que al castigar á su esposa, castigaba á la mas criminal de las mujeres.

Y sin embargo, hubiera bendecido al hombre que hubiera podido convencerle de que su esposa era inocente, y que aun merecia toda su estimacion; ¿mas quién era posible que tuviera semejante poder? El desgraciado rey era su enemigo mas encarnizado, pues dentro de sí mismo llevaba su propio pensamiento, que por todas partes creaba sospechas y traiciones.

El abad contemplaba al rey con la esperanza de que acaso adoptaría una resolucion saludable para él, para Doña Munia y para su reino.

Las pálidas megillas del rey se iban cubriendo poco á poco

con el fuego de la ira, sus ojos estaban inyectados de sangre, y todo su cuerpo temblaba con un estremecimiento nervioso.

—¿Quién podrá dudarlo ahora? esclamó el rey fuera de sí. ¡Está en cinta!... ¡He aquí el fruto de su adulterio con mi hermano!... ¡Estoy seguro de ello!

Y el rey inclinó la cabeza sobre el pecho, y parecia como abrumado por el dolor.

El abad estaba asombrado de ver hasta qué punto se estendia la suspicacia del desdichado D. Fruela.

El buen anciano comprendió entonces que todo cuanto hiciese en favor de Doña Munia sería inútil. El rey, aun lo mas favorable sabia interpretarlo del modo mas siniestro. Sabia convertir las flores en abrojos, sabia cambiar el néctar en veneno.

—¡Y yo la amaba con todo mi corazon! esclamó al fin el rey con un acento de ternura que jamás usaba en sus conversaciones con D. Aurelio. ¡Cuán dichoso hubiera yo podido vivir con el amor de mi esposa! ¿No es verdad, padre mio, no es verdad que soy muy desgraciado?

—Lo confieso francamente, señor, sois el mas desdichado de los hombres, por esa suspicacia funesta que os conduce á pensar siempre lo peor cuando menos motivo teneis para hacerlo.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando se abrió la puerta y apareció el camarero del rey con muestras de turbacion y de tristeza.

—¿Qué sucede? ¿Por qué vienes á interrumpirnos? preguntó el rey.

—Ahí está el carcelero de la reina, y me ha comunicado una funesta noticia. ¿Quién habia de pensarlo?

—¡Acaba! ¿Qué ha sucedido?

—Que la reina ha muerto.

—¡Ha muerto! esclamó el anciano abad, como herido de un rayo.

D. Fruela permaneció silencioso; pero su semblante harto daba á conocer el dolor inmenso que le habia causado la terrible cuanto inesperada nueva.

Despues de algunos momentos el abad preguntó:

—¿Y cómo ha tenido lugar esa desgracia? ¡Parece increible! Cuando yo dejé á Doña Munia, aunque estaba muy débil, no presentaba, sin embargo, ningun síntoma que hiciese temer una muerte tan próxima.

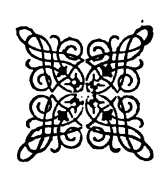
—Segun me han dicho, respondió el camarero, la reina debia estar paseando por su estancia. El carcelero oyó un ruido como el de un cuerpo inerte que se desploma, acudió al punto, y vió á Doña Munia en el suelo sin vida.

¡Cosa estraña! El rey, que pensaba envenenar al dia siguiente á su esposa, sintió en su corazon una amargura indecible al saber la muerte de Doña Munia.

¿Era que el rey sentia no haber cometido el crímen de dar muerte á su esposa? ¿Tal vez se indignaba y afligia D. Fruela porque la muerte le habia arrebatado la presa que él mismo pensaba darle?

¡No!... Era que él comenzaba á sentir el vacío que rodeaba su alma. Ya no podia abrigar la esperanza de disipar sus dudas, que, lo mismo que su amor, iban á ser encerradas bajo una losa sepulcral. Esperimentaba los mismos remordimientos que si él hubiese llevado á cabo su proyecto de asesinato.

Transcurridos algunos momentos, D. Fruela y el anciano abad se trasladaron á la prision donde yacía el cadáver de Doña Munia.



CAPITULO XV.

De como un siervo tuvo grande influencia en los sucesos de nuestra historia.

Apenas Sisenando regresó á la alquería, refirió á Doña Ermesenda lo que ya sabe el lector respecto á la sorpresa de Isidoro, que intentó detener al rey y conducirlo á un lugar determinado, intento que no realizó, porque sin duda habia reconocido á D. Fruela.

Desde luego comprendió Doña Ermesenda que Rosmundo, impulsado por sus celos, hacia vigilar la alquería para descubrir si era ó no engañado.

No dejó de causar esta noticia alguna inquietud á la dama, porque conocia el carácter violento de su esposo, y temia que se arrojase á alguna resolucion sangrienta y precipitada, ora para con ella, ora para con el rey.

Doña Ermesenda, pues, tomó sus medidas para librarse en todo evento del furor de Rosmundo.

Por lo que respecta al conde D. Aurelio, debemos decir que cuando salió de la cámara real, donde dejó al abad del monasterio de San Vicente, se encaminó á la prision de la reina y cambió con el carcelero estas palabras:

—Mucho me pesa, Rodrigo, que tengas de mí algunos motivos de resentimiento, porque en cierta ocasion te castigó el rey por mi causa.

—¡Oh señor! Aquel castigo fué muy justo. Yo no habia cumplido con exactitud las órdenes que vos me habíais comunicado en nombre de mi señor el rey.

—Sin embargo, yo pude haberte escusado y evitarte el cas-

tigo que por mi causa se te impuso. Y asi lo hubiera hecho sin duda, si yo entonces hubiera conocido no solo cuánto el rey te estimaba, sino tambien la mucha razon que tenia para estimarte por tus servicios, por tu lealtad y discrecion.

—Yo os agradezco mucho, señor, vuestra buena voluntad; pero os ruego que no recordeis con pesar lo que hace mucho tiempo que yo he dado al olvido.

—Ahora bien, ¿podria yo fiarme de tí para un negocio de importancia?

—Decid, señor.

—El rey trata de envenenar á la reina...

—¡Qué horror!

—Y quiere que tú le administres el veneno.

—¡Yo lavo mis manos en ese crimen!

—¿Acaso rehusas obedecer?

—¿Puedo rehusar por ventura?

—Entonces...

—Quiero decir que me es muy penoso obedecer ese mandato, y que siento mucho que el rey se haya acordado de mí para que yo sea el instrumento de esa sentencia tan cruel.

—¡Ah buen Rodrigo! esclamó el artificioso conde. ¡Cuánto me place ver en tí tan generosos sentimientos!

—Seria preciso tener entrañas de tigre para no compadecerse de la pobre reina, dijo el siervo mirando de soslayo al conde, á quien consideraba como al enemigo mas encarnizado de Doña Munia.

El astuto D. Aurelio comprendió perfectamente aquella mirada, y sonrióse con aire satisfecho.

Preparaba, efectivamente, una sorpresa al siervo Rodrigo, que no habia adivinado, ni era fácil que adivinase, el intento del conde.

—¿Y serias capaz de ayudarme en una empresa que se aviene perfectamente con tus deseos?

—Veamos, señor.

—En lugar de que administres á la reina un veneno, deberás suministrarle un narcótico.—Así se conseguirá salvar á la reina.

El carcelero fijó una mirada indescribible en el conde, del cual nunca podia esperar que estuviese tan dispuesto á favorecer á Doña Munia. Además, Rodrigo tenia ya otras razones muy poderosas para que esta proposicion se le antojase estraordinaria, inesperada, inesplicable, y hasta insidiosa.

—¿Y será posible hacer lo que decis?

—Nada hay mas fácil.

—¿Supongo que el rey habrá mandado que se le dé sepultura á la reina?

—En el monasterio de San Vicente.

—¿Y cómo hemos de sepultarla viva?

—Para cuando recobre sus sentidos, puede estar ya desenterrada.

—¡Oh! Ahora lo comprendo.

—¿Qué te parece mi plan?

—Escelente; pero despues, ¿adónde llevaremos á Doña Munia? preguntó Rodrigo, clavando una mirada aguda como un puñal en D. Aurelio.

—A uno de mis castillos.

—¿Y si el rey llega á saberlo?

—¡Imposible!

—Nada mas fácil.

—Ni tú, ni yo, ni ella, lo hemos de decir.

—¿Y si por alguna casualidad que ahora no podemos ni siquiera sospechar, llegase á descubrirse que la sepultura de la reina estaba vacía?

—Nadie pensaria en nosotros. Reclamarían el cadáver á los monges.

—Por lo mismo, creo que los monges no consentirán que lo exhumemos.

—Ellos no lo sabrán.

—¿Y cómo hemos de entrar en el monasterio?

—Ya verás como hay remedio para todo. ¿Te decides?

—Lo que me proponeis, señor, es muy grave.

—Piénsalo bien, y resuelve pronto.

—Encuentro además otro inconveniente.

—¿Cuál?

—Que la reina está á las puertas de la muerte. Hoy en particular, ha pasado todo el dia quejándose mucho y diciendo que sentia una angustia en el pecho que no la dejaba respirar.

—¿Está sola Doña Munia?

—La acompañan dos siervas á quienes el rey concedió permiso para que sirviesen á su señora, despues que esta pasó dos noches sin tener en su prision quien le prestase no ya los servicios ordinarios, sino los auxilios que requeria el lastimoso estado en que se hallaba.

El conde parecia no haber escuchado las últimas palabras de Rodrigo, segun estaba meditabundo.

Al fin rompió su silencio preguntando:

—¿Y cuál es el inconveniente de que me has hablado?

—Creo que todo será inútil, pues la reina dicen que se encuentra en tanto peligro, que es muy posible que no salga de esta noche. Por otra parte, si le suministramos el narcótico de que me hablais, es seguro que solo servirá para acelerar su muerte, que sería verdadera, en vez de ser ficticia.

—En efecto, tienes razon. El brevage siempre ejercería sobre ella una accion que no podrá resistir, atendido su estado de debilidad. ¡Infeliz Doña Munia!... Al fin el rey verá realizados todos sus deseos.

—¿Es posible que D. Fruela no se satisfaga sino con la muerte de su esposa?

—A todo trance quiere castigarla con pena de muerte.

—¡Ay! Por desgracia, Dios parece empeñado en satisfacer los deseos del rey. Doña Munia es seguro que no podrá sobrevivir muchos dias á su afrenta y á las crueles privaciones que ha sufrido y está sufriendo en su prision.

—¡Cuánto siento las desdichas de la reina!

Al oir tales palabras, Rodrigo tuvo que hacer un grande esfuerzo para ocultar su indignacion.

—¿Y qué te parece que debemos hacer? preguntó D. Aurelio.

—Paréceme que lo mejor sería aguardar algun tiempo, á ver si la reina se restablecia.

—Es el caso que D. Fruela ha resuelto irrevocablemente que Doña Munia sea envenenada mañana á mas tardar.

—Vos, sin embargo, podeis hacer qué el rey dilate sus intentos.

—Es el único remedio que nos resta; pero no estoy seguro de conseguirlo.

—Vos teneis mucha influencia sobre D. Fruela, y no será difícil que halleis algun pretesto plausible para que desista de su propósito, al menos por algunos dias.

D. Aurelio convino en que á esto se debian dirigir sus esfuerzos para con el rey.

En seguida se despidió muy cariñosamente de Rodrigo, recomendándole que guardase el mas inviolable secreto acerca de aquella conversacion.

Apenas D. Aurelio hubo desaparecido por las galerías del alcázar, cuando Rodrigo murmuró con aire sombrío:

—¡Infame! ¿Piensas que no he conocido tus intenciones?... Tiempo llegará en que el rey lo sepa todo y salga del error en que ahora se encuentra, creyéndote un servidor leal y un enemigo implacable de la reina... Mas no tenemos tiempo que perder... Aunque soy un miserable siervo, mi voluntad en esta ocasion puede ser útil á una reina que siempre me ha tratado con cariño, y tambien mi voluntad puede burlar los inicuos proyectos de un magnate que siempre me ha tratado con rigor y desprecio... ¡Ha llegado la hora! ¡Dios mio, tú ves mis intenciones desde el cielo! ¡Ayúdame con tu poder benéfico y superior al de los reyes!

Y Rodrigo penetró en el calabozo de la reina, que era una estancia ámplia y fria y mal amueblada. Componíase aquel aposento de una pequeña antecámara donde ordinariamente estaban las dos siervas que servian á Doña Munia. En la habitacion interior residia la reina, y de allí no le era permitido salir.

Efectivamente, Doña Munia se encontraba en un estado de postracion que fácilmente se concibe, atendidas sus desdichas.

Pero todos sus padecimientos eran morales, y afortunadamente su salud, de ordinario robusta, no se habia resentido mas de lo que naturalmente sucede con las aflicciones del es-

píritu, que se reflejan de una manera inevitable en el cuerpo.

Rodrigo cambió algunas palabras en voz misteriosa con una de las siervas, la cual dió muestras de asentimiento á lo que el siervo le propuso, entregándole un pomo lleno de líquido, cuyas virtudes le encomió el carcelero.

Pocos momentos despues cundió por el alcázar la funesta noticia de la muerte de Doña Munia.

El abad del monasterio de San Vicente y D. Fruela se presentaron en la prision, y ambos derramaron abundantes lágrimas al contemplar exánime á la reina.

Ni la muerte, cuyo helado é inmundo aliento apaga la centella del espíritu que luce sobre el semblante, habia podido desfigurar la sobrehumana belleza del rostro de Doña Munia, que parecia estar gustando las delicias misteriosas del sueño de la eternidad.

En aquella frente serena y en aquellos párpados trasparentes y sombreados de rizadas y abundantísimas pestañas, no podia leerse el feo crímen que mas deshonra á una mujer, y de que tan infundadamente la habia acusado su esposo.

Diríase que la reina era la imágen de la inocencia, que sucumbe y muere agoviada bajo el peso de la calumnia, pero que muere y sucumbe tranquila y magestuosa como el sol en el occidente.

El rey entonces comenzó á sentir crueles remordimientos, porque reconoció la injusticia de sus sospechas.

Ninguna razon clara y convincente se le habia ocurrido de nuevo para creer en la inocencia de Doña Munia.

Pero no era su entendimiento el que veía la luz de la evidencia, que le hacia conocer hasta qué punto se habia dejado llevar de una horrible fascinacion. Era esa voz confusa, vaga, misteriosa, indefinible, pero enérgica é incontestable, que dentro de nuestro mismo ser nos dice la verdad pura sin que podamos dudar de ella, aun cuando tal fuese nuestro deseo.

La voz del sentimiento, aunque tardía, resonaba á la vez dulce y terrible en el alma de D. Fruela, diciéndole sin cesar:

—¡Has asesinado á tu esposa inocente! ¿En dónde encontrarás el tierno amor que te profesaba? ¡Su vida y tu felicidad

han sido el juguete de esas fantasmas engañosas y crueles que se llaman sospechas sin fundamento!

Y el rey sufria todas las torturas infernales de la desesperacion bajo este pensamiento desgarrador como el remordimiento, inevitable como la muerte.

—¡Dios mio! esclamó con un acento en que se revelaba la tristeza y la amargura mas inconsolable. ¿Por qué fatalidad inconcebible no se me han ocurrido hasta ahora sino pensamientos de sangre y horrorosas sospechas? ¿Por qué ahora creo en la inocencia de esta mujer adorada, cuya desventura he labrado yo mismo con inaudita crueldad? ¡Infeliz! En este calabozo húmedo y frio, ¡cuánto habrán padecido tus miembros delicados! ¡Yo no he sabido lo que he hecho!... Perdona, amada Munia, perdóname la afrenta que he lanzado sobre tu honor y las horribles privaciones que en esta mansion inmunda te he hecho padecer... ¡Ay de mí! ¡Para siempre te he perdido, y en el momento mismo de perderte, es cuando el ángel de la verdad me ilumina con sus rayos y me devuelve la santa confianza del amor conyugal!... ¡Me parece que te burlas de mi arrepentimiento! ¡Tienes mucha razon! ¿Por qué he llegado tan tarde á conocer mis desvarios? ¡Perdóname, amada Munia, perdóname!

Y D. Fruela lloraba sobre el pálido rostro de la infeliz prisionera, cuyo espíritu habia volado á la mansion de los ángeles, rompiendo la doble cárcel del cuerpo y del calabozo que le oprimia.

Entre tanto el anciano abad permanecia inmóvil y lloroso junto al lecho en que yacía la que un tiempo fué el encanto de Oviedo, por la bondad de su corazon y por la peregrina hermosura con que el cielo habia querido dotarla, que nunca con mas razon que al tratarse de la esposa de D. Fruela, pudo decirse que la desgracia y la hermosura van siempre asidas de la mano.

—¡Este es el corazon del hombre! pensaba el abad. ¡Así ha sucedido siempre á la virtud y al heroismo! Durante la vida no hay mas que abrojos; pero al borde de la tumba es cuando brotan las bellas flores, cuyo aroma perciben, aunque no quieran, hasta los mismos que con las manos teñidas en sangre y

con el corazon ardiendo en odio cavaron prematuramente su sepulcro... ¡Ahora se arrepiente el rey!... ¡Dios mio, tened misericordia de él!

—Tú no me perdonarás, amada esposa mia, tú no debes perdonarme. ¿Por ventura lo merezco?

—No os inquieteis con tales pensamientos. Ella misma me habia dicho que siempre os amaba, y que os perdonaba con todo su corazon. Vuestra esposa ha sido una mártir en su muerte, y durante su vida ha sido un ángel, y los ángeles no guardan rencor.

—¡Qué bálsamo de consuelo derraman en mi espíritu vuestras palabras! Si... ella no ha muerto, ella vive en otro mundo mejor, y ve mi alma desde las alturas...

—Si quereis merecer el perdon de vuestra esposa y del Dios tres veces Santo, desde hoy, señor, debeis proponeros con todo vuestro entendimiento, con toda vuestra voluntad y con todas las fuerzas de vuestra alma, el mudar de vida y reparar por todos los medios que estén á vuestro alcance las injusticias, los crímenes que habeis cometido.

—Yo lo juro por la memoria de esta mujer querida; yo juro sobre su cadáver, para mi sagrado, que enmendaré todas mis faltas, que resarciré todos los agravios, que repararé todas las ofensas que haya podido hacer.

Y así diciendo, D. Fruela estendió su mano sobre la frente alabastrina del cadáver de la infortunada reina.

Luego añadió:

—Yo publicaré mi error delante de todos mis vasallos, para lavar la afrenta que he arrojado sobre tu frente, amada esposa mia.

—¡Hé ahi una resolucion acertada, y que yo apruebo con toda mi alma! esclamó gozoso el abad, que veia conmovido el sincero arrepentimiento del rey.—Sin embargo, señor, no es á ella á quien habeis deshonrado con vuestra ligereza culpable en acusarla de adulterio. ¡V. A. es quien se ha deshonrado al publicar tales sucesos, que deberian haber quedado ocultos en el misterio mas impenetrable, aun cuando hubiesen sido ciertos! ¡Tal deberia haber sido vuestra conducta!

—¡Yo reconozco mi error! Ya no me es dado hacer otra cosa; ya no puedo reparar de otro modo mi lamentable ceguedad.

—¡Y haceis muy bien, señor! El único medio de borrar el deshonor que cubre vuestra frente, es que publiqueis con sinceridad vuestro error en presencia de vuestro vasallos.

—Sí, venerable abad, ese es mi pensamiento, mi deseo y mi deber.

—Aun podeis reconquistar un nombre glorioso á los ojos del mundo y á los ojos de Dios, si haceis lo que decís.

—Y no me contentaré con eso solo. De hoy en adelante, ni un solo dia dejaré de elevar mi espíritu á Dios, orando por mi adorada esposa. Yo levantaré un mausoleo tan suntuoso que sea la admiracion de las gentes, y un testimonio imperecedero de mi amor, de mi crueldad y de mi arrepentimiento. Y en tanto que la vida me dure, yo visitaré el sepulcro de Munia todos los dias cuando el alba comience á sonreirse en el cielo, y todas las tardes cuando el sol vaya á morir en occidente. En este deber, por doloroso que sea, cifraré ya la única alegría que puede gozar mi corazon lacerado... ¡Qué tarde he conocido mis errores! ¡Cuán desgraciado nací! ¡Cuán sombríos horizontes me presenta la vida! ¡Desde este dia, mi alma vivirá siempre abismada en la amargura de un dolor inconsolable!

Calló el rey, y sus ojos, inundados de lágrimas, no se apartaban un punto del cadáver de la infortunada reina.

—La Providencia de Dios, decia el abad, es la única que sabe el secreto maravilloso de producir bien del mal. Ha sobrevenido una horrible desgracia; pero al mismo tiempo, señor, es para mí un consuelo inesplicable el veros penetrar con paso firme por la senda fecunda del arrepentimiento.

Y el buen abad aconsejó á D. Fruela que se retirase cuanto antes de aquel funesto recinto.

El rey, que, al parecer, se hallaba muy dolorosamente afectado, acedió á esta demanda.

Retiróse D. Fruela seguido del anciano abad, que no quiso abandonarlo para prodigarle los consuelos que el triste estado de su corazon en aquellos momentos requeria.

¡Cuánto se engañaba el buen abad al creer sinceras las demostraciones de dolor y arrepentimiento que con tanta efusion habia hecho D. Fruela!

Ya tendremos ocasion de ver hasta qué punto el pérfido monarca habia sabido ocultar sus verdaderas intenciones con la máscara brillante y seductora de un arrepentimiento estéril y tardío.

Entre tanto, la funesta noticia de la súbita muerte de Doña Munia habia cundido rápidamente por todos los ámbitos del alcázar.

Pero si tan inesperada nueva causó en todos sorpresa y sobresalto, debemos decir en particular, que fué por estremo dolorosa para dos mujeres que acababan de penetrar precedidas de un siervo por un postigo escusado del alcázar.

Fácilmente adivinará el lector que hablamos de la anciana Nunilo y de la jóven y bella hermana del conde D. Aurelio, que tan vivo interés se tomaban en la suerte de la infeliz Doña Munia.

Cuando supieron la horrible catástrofe que tan inesperadamente acababa de ocurrir, aquellas dos mujeres generosas quedaron aterradas como si un rayo hubiese caido á sus pies.

Como las nieblas se desvanecen á los rayos del sol, así se habian desvanecido todos sus proyectos con aquel suceso inesperado.

Por último, deseosas de adquirir algunos pormenores acerca de la muerte de la reina, enviaron al siervo que las habia acompañado á la alquería para que se informase de todo lo acaecido, interrogando al carcelero.

El siervo manifestó á Rodrigo el objeto que le llevaba á hablarle por órden de Nunilo y de Floreva.

Rodrigo, sin responder una palabra, se encaminó recatadamente al aposento en que se hallaban la nodriza de Doña Munia y la amiga de Doña Ermesenda.

—¿Es verdad que ha muerto la reina? preguntó con ansiedad indefinible la anciana, cuando Rodrigo estuvo en su presencia.

—¿Cómo ha sucedido tal desgracia, cuando menos se esperaba? preguntó Floreva llorando.

Rodrigo paseó en torno suyo una mirada escrutadora, dirigióse lentamente hácia la puerta, y cerrándola cuidadosamente se volvió á las damas diciendo:

—No os aflijais, señoras, pues no creo que haya motivo para ello.

—¡La reina ha muerto, y no hay motivo para afligirnos! esclamaron á la vez Nunilo y Floreva.

—No ha sucedido mas de lo que antes habiamos previsto.

—Pero esta noche nada debia suceder.

—Ha sido indispensable anticipar la realizacion de nuestros proyectos.

—¿Y qué causa ha motivado esa anticipacion?

—La ferocidad del rey, que intentaba envenenar mañana á la reina.

—¡Qué horror! esclamaron á la vez Floreva y Nunilo.

—Ahora bien, yo he conjurado la tempestad con el atrevido golpe que he dado.

—¿Y qué has hecho?

Rodrigo cambió algunas palabras en voz muy misteriosa con aquellas dos mujeres, que tan generosamente habian arrostrado todos los peligros por salvar á Doña Munia.

Cuando el carcelero hubo concluido este relato, Nunilo y Floreva lanzaron un grito de alegría.

Rodrigo salió en seguida del aposento, y se dirigió rápidamente á la prision donde yacía el cadáver de la reina.



CAPITULO XVI.

De la temerosa aventura que sucedió en el castillo de los Lamentos al infante Wimarasio y sus compañeros.

La noche habia estendido su velo de sombras sobre la ancha faz de la tierra.

El huracan bramaba en las almenas del solitario castillo, y mezclaba sus roncos rugidos al eco mugidor del torrente que se desgajaba en aquellas sierras fragosas.

Negras nubes revoloteaban en torno de las altísimas torres cubiertas con el color sombrío de los siglos, y que parecian la mansion de los espantos.

Y á todos los siniestros ruidos de la noche se mezclaban los lúgubres chirridos de las aves agoreras y la voz de los centinelas, que de tiempo en tiempo se repetia, perdiéndose en los espacios como un lamento.

En el interior de aquella solitaria fortaleza, y durante el silencio nocturno, velaban en su aposento el infante Wimarasio y sus amigos, á la vez que el alcaide departia en conversacion muy animada con el anciano capellan.

Para el cabal entendimiento de nuestra verídica historia, fuerza es presentar al lector la doble escena que á la sazon tenia lugar en el castillo.

Ya sabemos que nuestros caballeros habian determinado de comun acuerdo aparecer á los ojos del alcaide como recaderos del rey.

Fácilmente se comprenderá que tal proyecto no dejaba de ofrecer muchas y sérias dificultades.

Y efectivamente, si D. Fruela en realidad habia mandado

quitar la vida al anciano Argerico, el alcaide no podia menos de conocer el engaño de nuestros caballeros, si estos ahora demandaban que fuese restituido á la libertad el que ya debería dormir bajo la losa del sepulcro el sueño de la muerte.

El infante y sus amigos reconocian la parte débil de su proyecto; mas no obstante, impelidos por el noble deseo de descifrar el enigma de la suerte de Argerico, arrostraron con valeroso brio y serenidad imperturbable todas las consecuencias, cualesquiera que fuesen, del atrevido golpe que intentaban, tomando el nombre y la autorizacion del rey.

Asi, pues, manifestaron al alcaide de parte de D. Fruela que les entregase la persona de Argerico.

Hombre cauto y esperimentado el alcaide, preguntó, inquirió, dudó, y por último, no se resolvió en aquella noche á entregar á nuestros personages el prisionero, manifestando que necesitaba tomarse algun tiempo para evacuar en todas sus partes la órden de D. Fruela.

A pesar de la absoluta reserva que habia guardado el alcaide, no habia podido ocultar una cosa muy importante para nuestros caballeros, cual era saber que Argerico aun existia.

En un dilatado aposento, cuyo adorno consistia en algunos escaños colocados al rededor de las paredes, de las cuales pendian algunas armaduras, se encontraban cuatro caballeros que sin desnudarse habíanse reclinado sobre sus respectivos lechos.

—¿Y qué pensais de las palabras del alcaide? preguntó Wimarasio.

—Que tal vez ha sospechado el fraude, repuso Fromestano.

—¡Par diez! esclamó Fandila. Si yo tal creyese, os propondria que procuràsemos salir cuanto antes de esta madriguera, porque si el alcaide desconfiára, es seguro que intentará hacer una diablura con nosotros. Afortunadamente creo que el alcaide nada ha sospechado.

—Pues yo soy de opinion contraria, dijo Leandro, que, como mas entrado en años, era el mas prudente.

—Muy sensible sería, dijo Fromestano, que tambien nos encarcelasen.

—Será muy sensible sin duda, pero lo creo muy probable.

—Pues viviremos alerta y nos defenderemos hasta el último trance. Nuestros escuderós tienen aviso de acudir cuando yo suene un silbato, y dado que las gentes de armas del castillo por su número puedan vencernos, vive Dios que hemos de vender muy cara nuestra libertad ó nuestra vida.

—Y en último caso, dijo el infante, manifestarémos con noble franqueza al alcaide el verdadero objeto que nos trae aquí. Él parece hombre honrado, y yo creo que no permanecerá insensible al dolor de tres hijos que intentan libertar á su anciano padre, injustamente preso por una órden caprichosa del rey.

—En fin, mañana veremos lo que hemos de hacer, en vista de lo que con nosotros hagan.

—Convendrá, sin embargo, que durante esta noche tomemos algunas precauciones.

—Eso es, mientras que dos de nosotros duerman, los otros dos deben velar.

—¿No os parece que sería mejor otra cosa?

—Veamos.

—Todo se encuentra en silencio en el castillo, la noche está muy oscura, la lluvia cae á torrentes, los centinelas procurarán en lo posible guarecerse de las inclemencias del cielo. Nada, pues, hay mas fácil, que recorrer sin ser vistos todos los ámbitos de la fortaleza, y practicar un reconocimiento que puede ser muy fecundo.

—¿Y qué te prepones con eso?

—Averiguar en dónde se halla la prision de nuestro padre, y ya que esta misma noche no nos sea posible darle libertad, podremos al menos tener y darle el consuelo de hablarle algunas palabras é infundir en su corazon la esperanza de que muy pronto se verá libre, ó nosotros habremos dejado de exirtir.

Y así diciendo, Fromestano se puso de pie en la estancia. En sus ojos brillaba el santo fuego del amor filial, y su actitud y su semblante revelaban la esforzada resolucion del guerrero.

El infante, Leandro y Fandila aprobaron las palabras de Fromestano, y se dispusieron á seguir en un todo su opinion.

Los cuatro caballeros salieron de la estancia, y se perdieron en los dilatados tránsitos del castillo.

Entre tanto, el alcaide trataba de aclarar sus dudas, tomando consejo al capellan.

—¿Qué os parece del recado que me envia el rey?

—Que debeis obedecer sus órdenes.

—El caso es que yo tengo algunas dudas.

—¿De qué dudais?

—De la veracidad del recado de D. Fruela.

—¿Y qué motivos teneis para no dar crédito á los recaderos?

—Pregunta es esa á que no sabré responder como Dios manda, quiero decir, que ignoro en qué consiste que no me inspiren los recaderos toda la confianza que yo quisiera.

—¿Y por qué os inspiran desconfianza?

—Se me hace muy estraño que el rey, despues de haberme dado órdenes tan severas, y aun crueles, respecto al anciano Argerico, caiga ahora en la contradiccion de mandarme que le ponga en libertad.

—Eso, sin embargo, no me parece tan estraño, antes bien lo creo muy natural. El rey puede haber encontrado motivos que le hayan hecho modificar su conducta, su opinion, y hasta su afecto hácia Argerico.

—Podrá suceder como decís, no lo veo de todo punto imposible; pero yo no sé por qué me ha causado mucha estrañeza tan repentina mudanza en el ánimo del rey. Por otra parte, los recaderos al relatar su mensage manifestaron cierta vacilacion que me ha hecho entrar en sospecha.

—Francamente, yo creo que vuestros recelos son infundados.

—De todos modos bueno será que tomemos algunas precauciones.

—¿Y qué precauciones pensais adoptar?

—Las que dicta la prudencia en tales casos. Yo hubiera podido muy bien poner en libertad á Argerico esta misma noche; pero he dilatado el hacerlo, porque deseaba consultaros sobre este asunto.

—Consultadme, pues, sobre lo que os plazca. Yo os diré francamente mi opinion.

—He querido retardar el obedecer la órden del rey, para

tomarme tiempo no solo de consultaros, sino de enviar un mensagero á D. Fruela para que este confirme el mandato, y yo pueda darle cumplimiento con la seguridad de obrar acertadamente.

Al oir tales palabras, el capellan permaneció durante algunos momentos en estremo taciturno.

Al fin rompió su silencio diciendo:

—No me parece mal vuestro propósito, antes bien lo apruebo, como asaz propio de un hombre prudente y esperimentado.

—¿Creeis que debo enviar un mensagero al rey?

—No lo creo del todo inoportuno. No obstante, ese paso tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—¿Quereis que los recaderos se aperciban de vuestra desconfianza?

—No puedo negaros que seria mejor que no se apercibieran.

—Es imposible que dejen de advertirlo, si enviais el mensage al rey, supuesto que la tardanza en ser despachados, les revelaria vuestra conducta. Además, habeis perdido ya mucho tiempo. Hace ya tres horas que el mensagero deberia ir de camino, en el caso de que os hubiéseis decidido á tomar esa precaucion.—Ahora bien, voy á haceros una pregunta. ¿Cuando el rey os envió á Argerico, os ordenó por escrito que le encerráseis en una prision?

—No por cierto. El rey me comunicó sus órdenes por medio del conde D. Aurelio.

—Entonces nada tiene de estraño que ahora os haya enviado á decir su voluntad por medio de recaderos; pues asuntos de esta especie, y mucho mas cuando se trata de personages como Argerico, exigen por su misma índole una reserva estremada.

—Muy bien, en ese punto pensais exactamente como yo; pero por lo mismo, me sorprende que el rey haya sido tan poco cauto, que en vez de confiar su secreto á un caballero solo, como parecia natural que lo hubiese hecho, me haya enviado cuatro.

—Lo escrito siempre aparece; pero *verba volant*. Así, pues, eso no prueba sino que el rey no ha tenido inconveniente en

comunicar de palabra sus órdenes á esos cuatro caballeros. Además, es seguro que D. Fruela tendrá sus miras respecto á Argerico, y habrá enviado mas de un recadero para que lo escolten los cuatro hasta el punto que se les haya designado.

El alcaide comprendió que el capellan se habia puesto en lo cierto, y por lo tanto, estaba ya casi decidido á despachar favorablemente á los enviados del rey.

Sin embargo, un resto de desconfianza le hizo insistir:

—¿Y si fuesen unos impostores?

—Mas de una vez ha sucedido que han usurpado el nombre y la autoridad del rey para casos semejantes.

—Y ahora pudiera yo encontrarme en peligro de ser víctima de uno de tantos lances como se han jugado en estos últimos tiempos á los alcaides.

—Pues en tal, caso lo mejor que podeis hacer es buscar el medio de entretener aquí dos ó tres dias á los recaderos, hasta tanto que regrese èl mensagero que envieis con la confirmacion de la órden de D. Fruela. Pero si os habeis de decidir, no habeis de perder tiempo, pues conviene cuanto antes salir de dudas. El ejemplo que me habeis citado de mensages supuestos me ha hecho mucha impresion, y ahora comprendo que obrareis con suma prudencia no obedeciendo al prontó el mandato que os han transmitido los recaderos. Por otra parte, sean ó no bien fundadas vuestras sospechas, el rey no podrá menos de aprobar vuestra precaucion y vuestro celo.

—Si, si, teneis razon. Ahora mismo voy á enviar un mensagero al rey. Mientras yo hago que se disponga á partir el valiente Munio, vos podeis encargaros de escribir la epístola que ha de llevar para D. Fruela refiriéndole todo lo acaecido, y la causa de mi desconfianza y de mis precauciones.

—Muy bien. Descuidad, que todo se le referirá á S. A. como conviene.

El alcaide salió á dar sus órdenes á Munio, que pocos momentos despues salió del castillo con direccion á Oviedo.

Entre tanto, el infante y sus amigos caminaban por los estensos ámbitos de la solitaria fortaleza.

Despues de bajar una prolongada escalera en forma de ca-

racol, y cuyos escalones estaban ya muy desgastados, llegaron á un anchuroso patio, en cuya pared frontera se divisaba una puerta. Nuestros caballeros se encaminaron á ella, y la encontraron entornada.

Aquella puerta daba paso á una estensa galería cuya bóveda era elevadísima, y cuyo pavimento era de mármol.

Los caballeros se habian dirigido á la puerta, porque habian visto una lamparilla pendiente de una cadena debajo de un cobertizo.

A los pálidos reflejos de aquella luz pudieron distinguir nuestros aventureros la entrada de la galería, que se dilataba en una línea recta hasta perderse en un océano de tinieblas.

Los jóvenes penetraron denodadamente por aquel recinto solitario.

Súbito se detuvieron en su marcha.

Habian oido una voz que se perdia en aquellas concavidades como un fúnebre lamento.

Guiados por aquella especie de quejido, nuestros caballeros adelantaron lentamente por aquella estensa galería, hasta que á su derecha oyeron un confuso rumor de pasos.

Los jóvenes se detuvieron como si hubiesen echado raices en el suelo.

Cada vez mas se iba aproximando el ruido de los pasos y como el crujir de un trage talar.

Los caballeros comprendieron al fin que la galería estaba cortada transversalmente por otra crujía inmensa que debia tener la entrada por otra parte.

Retiráronse todo lo mas que pudieron del sitio donde desembocaba la galería transversal, y se pusieron en observacion para ver quién pasaba por aquel sitio á tales horas.

Fromestano se felicitaba de haber llevado á cabo su propósito, pues estaba seguro de que aquel incidente habia de descubrirle la clave de los misterios del solitario castillo de los Lamentos.

Un peligro, sin embargo, tenian que temer nuestros caballeros, y era el ser descubiertos por la persona que por allí se aproximaba. Si tal llegaba á suceder, los jóvenes podian desde

luego renunciar á hacer ningun descubrimiento importante.

Por último vieron cruzar dos figuras que afortunadamente siguieron el camino. Una de ellas tenia una talla de gigante, y llevaba una lamparilla. La otra figura al pasar habia conmovido profundamente á nuestros caballeros. La crujiente seda de su vestido, la esbeltez de su talle, y el paso airoso y ligero, daban á entender que era una dama jóven y hermosa.

Tan bella aparicion causó en el ánimo de nuestros aventureros la misma grata impresion que causan despues del estéril y helado invierno los primeros soplos de los céfiros y el primer aroma de las rosas primaverales.

Rápidos como exhalaciones, y recatados y silenciosos como el espíritu de la soledad, se lanzaron los caballeros en pos de las dos figuras.

Despues de haber recorrido una série interminable de galerías y pasadizos, el gigante y la dama entraron por una pequeña puerta de bronce, y bajaron por una escalera que se sumergia en las entrañas de la tierra á una profundidad inconcebible.

Como perdidos en un océano de tinieblas quedáronse nuestros jóvenes cuando les faltó el débil reflejo de la luz que llevaba la gigantesca figura, luz que hasta entonces les habia servido como de faro y de guia.

Por fortuna para nuestros espedicionarios, las misteriosas figuras no habian cerrado la puerta planchada de bronce. Cuando llegaron á ella los jóvenes, pudieron aun divisar el último resplandor de la lamparilla.

Desnudas las espadas, y apercibidos á todo cuanto pudiera acaecerles, se lanzaron por la escalera en seguimiento de aquella pareja, que formaba un singular y misterioso contraste. ¿Quiénes podrian ser aquel hombre disforme y gigantesco, y aquella dama airosa y esbelta que en el silencio de la noche recorrian juntos los tránsitos lúgubres y solitarios del castillo? ¿Qué cita misteriosa, qué tenebroso designio iban á realizar en las profundidades de un subterráneo, en tanto que sobre la superficie de la tierra la naturaleza entera se estremecia rugiendo con el aliento y con la voz de la tempestad? Bramaban

los aquilones, pálidos relámpagos hendian el espacio, y la lluvia se desgajaba á torrentes.

Inútil seria encarecer la vivísima curiosidad de que se hallaban poseidos nuestros caballeros por descifrar aquel enigma, el orígen, el nombre, la edad, la condicion y los intentos de aquellos dos estraños personages.

Cuando acabaron de bajar la interminable escalera, se encontraron en un espacioso subterráneo que se dilataba en forma circular. En torno de aquel recinto se veia como una especie de pórtico formado por una arcada sostenida por enormes pilares.

En el muro, frente de un arco del cual pendia una lámpara, veiase una reja formada por espesos barrotes de hierro.

El gigante y la dama se detuvieron delante de aquella reja, y aguardaron algun tiempo como para que se asomase el infeliz y solitario habitador de aquella especie de tumba.

Pasaron algunos momentos y el prisionero no se asomaba.

—¡Ya estamos aquí, buen viejo! esclamó el Goliath con voz estentórea. ¡Levántate!

Nadie respondió.

—¡Dios mio! esclamó la dama con su voz de ángel. ¡Habrá muerto el desdichado!

—Es muy posible, dijo con indiferencia el gigante.

—¡Qué dolor! ¡Pobre anciano!

—Puede ser que se haya dormido.

—Vuelve á llamar.

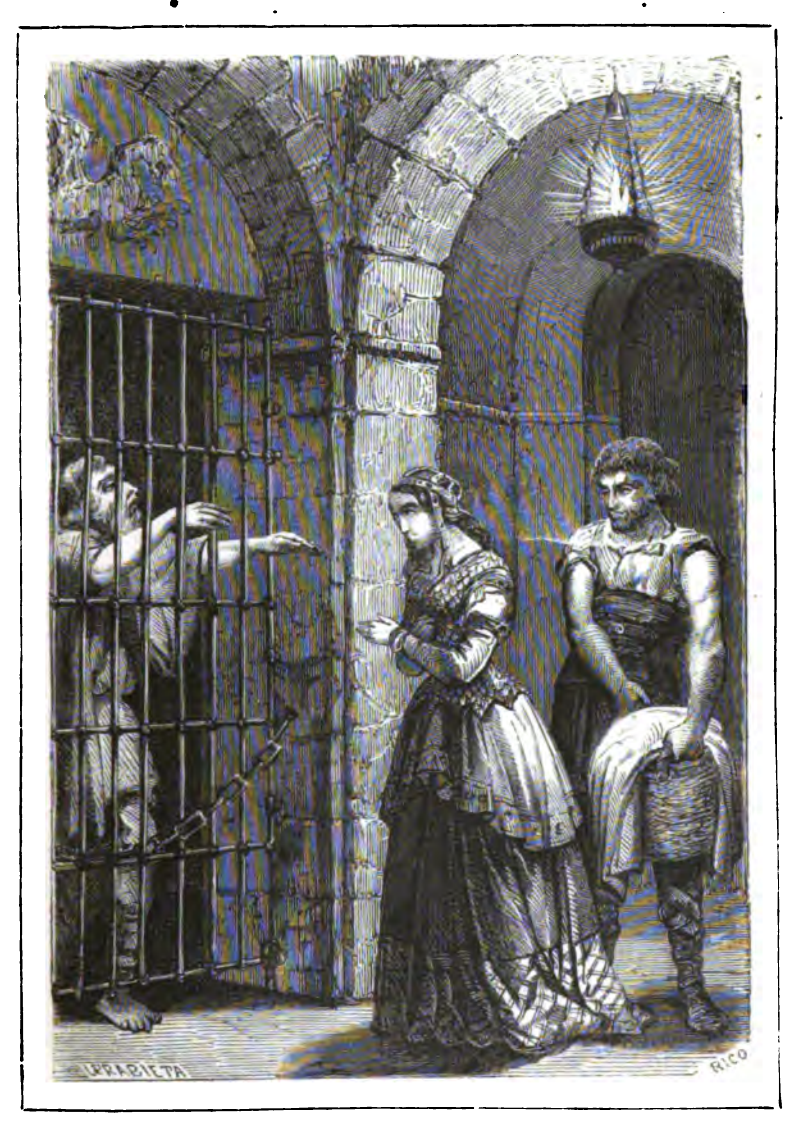
El gigantesco servidor obedeció á su señora.

Pocos momentos despues apareció al través de la reja una figura vestida de blanco, y que se adelantaba con paso lento y vacilante y con las manos estendidas. A cada movimiento que hacia el desgraciado prisionero se oia el rumor de una cadena.

La dama preguntó con el mismo acento de ternura que pudiera usar una hija cariñosa para con su padre, débil, anciano y prisionero.

—¿Cómo os encontrais? ¿Habeis estado malo? ¿Estábais durmiendo tal vez? ¡Cuánto siento haber interrumpido vuestro sueño!

Lám. 6.ª



—¿ Cómo os encontrais?

—¡Dormir! esclamó con voz sepulcral el mísero encarcelado. La luz ha sido arrancada de mis ojos, y para colmo de mi desventura hasta el sueño se niega tambien á posar su mano benéfica sobre mis párpados ensangrentados. Os he oido desde que llegásteis; pero cansado de estar de pie, me habia reclinado sobre el húmedo y terrizo suelo de esta mansion sepulcral. Queria responderos, pero estoy tan débil que apenas puedo hablar. Deseaba levantarme, pero mis años, el hambre, el frio, y la pesada cadena que me abruma, no me dejaban incorporarme. Por lo demás, quien quiera que seais, mujer benéfica y compasiva, yo os aguardaba como el ciego desea la luz. Vos sois la luz de mi alma y el consuelo de mi corazon. Cuando vos apareceis en la reja de mi estrecha é inmunda cárcel, aunque estoy ciego, me parece que sale el sol y que lo veo.

Y el anciano, con la sonrisa de la gratitud, alargaba su mano yerta y descarnada, que la hermosa jóven estrechaba entre las suyas y besaba con tanta ternura como respeto.

—Tomad, comed, dijo el gigantesco servidor, que obedeciendo á una señal de su señora, puso en manos del prisionero una cesta provista de algunos manjares delicados y gustosos.

El encarcelado comenzó á comer con voracidad.

Cuando hubo satisfecho su vehemente apetito el anciano, esclamó:

—¡Qué noche tan fria! Apenas puedo hablar... Todos mis miembros se estremecen de frio, y la humedad me ha causado tales dolores, que apénas puedo moverme.

—Hace una noche horrorosa. Llueve y truena espantosamente.—Tomad, y abrigaos.

La dama entregó un manto de lana al infeliz encarcelado, que, lleno de gozo, esclamó:

—¡Cuán buena sois, señora! ¡Habeis venido durante la tempestad para ser el iris de mi alma!... Pero me quitarán este manto... ¡El carcelero es tan cruel!... ¡Cuán buena sois!

—Ocultadlo por ahí mañana á la hora que venga el carcelero. Además, ya veremos el modo de hacer que Gontrando os permita vestiros ese manto. ¡Cuánta infelicidad, Dios mio! esclamó la hermosa vírgen con los ojos arrasados en lágrimas.

Y luego añadió con un fervor sublime:

—¡Dios del cielo y de la tierra! ¡Tened misericórdia de mi padre, que se ve obligado á ejecutar tales injusticias!

Nada mas patético que aquel cuadro en el fondo sombrío de un subterráneo, y en la puerta de un horrible calabozo.

La candorosa vírgen, llena de vida, de juventud y resplandeciente de una belleza divina, venia en las altas horas de la noche á prestar su auxilio y su consuelo á un anciano encarcelado, hambriento, encadenado y yerto de frio, que sufria todo el rigor, todo el peso de la mas cruel injusticia, todas las inclemencias de un destino adverso, sin otra causa que haber sido sincero, leal y virtuoso.

Diríase que era la caridad en persona aquella hermosa doncella, que habia descendido al oscuro calabozo, como un rayo de luz, para consolar al triste anciano que se veía en tan profundo aislamiento, en tan cruel abandono.

—Yo no poseo nada sobre la tierra, ni aun la luz del sol que la munificencia divina no ha querido negar á los mas desgraciados de los séres. Pero tengo un alma inmortal, y ya que tan indecible consuelo habeis derramado sobre mi espíritu, yo os pagaré tambien con la gratitud de mi alma, única recompensa que puedo daros, y que puede satisfacer á vuestra alma generosa.

Y así diciendo, el anciano derramaba lágrimas de agradecimiento.

El infante y sus amigos veían parte de esta escena ocultos detrás de los pilares; pero no podian oir nada del tierno diálogo habido entre la hermosa vírgen y el infeliz anciano.

Estaban, sin embargo, muy gozosos de haber hecho aquel descubrimiento, pues no dudaban que en aquel recinto subterráneo debian encontrarse no solo el anciano Argerico, sino tambien algunos otros desgraciados que sufririan la misma suerte á consecuencia del carácter feroz y suspicaz del rey.

Pero cuando los jóvenes pensaban confirmar de una vez sus conjeturas, advirtieron que la dama y el gigante habian desaparecido tán rápida é inesperadamente, que no parecia sino que se los habia tragado la tierra.

Perdidos en las mas densas tinieblas, nuestros aventureros vagaron largo tiempo en el subterráneo, sin saber dónde se hallaban ni cómo salir de aquel dilatado y tenebroso recinto.

Despues de largas horas de angustiosa incertidumbre, los jóvenes sintieron que un aire frio les daba en el rostro, y por lo tanto comprendieron que debian encontrarse próximos á algunas de las muchas salidas que suponian que debia tener aquel vastísimo subterráneo. Seducidos por este deseo y por esta suposicion, comenzarón á caminar á tientas, pero con toda la celeridad posible.

Por último, divisaron el vago resplandor de una hoguera, y allá se dirigieron gozosos, esperando encontrar la salida.

¡Cuánta fué su sorpresa! ¡Qué estraño espectáculo les aguardaba! Halláronse de repente en un departamento en forma rectangular, á cuyo estremo divisaron tres monges, caladas las capuchas, é inmóviles como estátuas en torno de la hoguera.

Durante algunos momentos, los jóvenes no acertaban á resolver el partido que habian de adoptar.

Súbito los tres monges se encaminaron lentamente hácia el muro donde habia un atahud.

Los tres monges se arrodillaron con actitud devota, y así permanecieron silenciosos y recogidos en su oracion.

El infante y sus amigos no sabian qué pensar de aquella estraña aventura.

El misterioso recinto, el atahud, los monges, el silencio solemne, las circunstancias estraordinarias, las diversas impresiones recibidas aquella noche, el peligro inminente, todo esto produjo en nuestros espedicionarios una emocion tan viva, tan múltiple, tan asombrosa, que ellos mismos dudaban si estaban despiertos ó soñando.

Y sobre toda esta escena lúgubre, inesperada, subterránea, se esparcia, no como una luz que ilumina, sino como un reflejo que solo sirve para confundir mas y mas los objetos, el resplandor rojizo y vacilante de la hoguera.

—¿Qué hacemos? preguntó el valiente Fromestano.

—¡Ira de Dios! esclamó Wimarasio. Marchemos adelante, y veamos quiénes son y qué hacen aqui estos hombres.

Todos opinaron lo mismo, y resueltamente se adelantaron hácia los monges, que estaban vueltos de espaldas á nuestros temerarios mancebos.

Los monges tornaron lentamente la cabeza, y otra vez volvieron á su primera actitud como si á nadie hubieran visto.

El infante y sus amigos se estremecieron de horror.

¿Eran aquellos monges una especie de momias dotadas de movimiento? Ciertamente no era infundada la estrañeza de nuestros personages, pues en realidad, los monges parecian difuntos que se moviesen impelidos por el conjuro de un mago.

—¿Qué haceis aqui? preguntó el infante resueltamente.

Los monges fijaron sus ojos en los recien llegados, pero nada respondieron.

—¿Hay por aquí salida? preguntó Fromestano.

La misma suerte tuvo esta pregunta que la anterior.

—¿Estáis prisioneros? interrogó Leandro.

Los monges solo respondieron con algunos gestos incomprensibles para nuestros personages, que ya comenzaban á impacientarse del tenaz silencio que guardaban los aparecidos.

Pero antes de manifestar su enojo volvieron á reiterar varias preguntas, que, lo mismo que las anteriores, no fueron contestadas.

—¿Quién yace en ese atahud? dijo Fandila arrastrado por su curiosidad, y conteniendo á duras penas su cólera por el desprecio con que, al parecer, eran mirados por los monges.

En esto se oyó un ruido como de pasos que se aproximaban.

De repente apareció un nuevo personage, mas terrible y, segun todas las trazas, mucho mas ofensivo que los silenciosos monges. Nuestros caballeros se miraron con aire de inquietud, y en honor de la verdad, debemos decir que no eran infundados sus recelos.

Llevaba el nuevo personage un hacha reluciente, y la ferocidad brillaba en sus negros ojos. Sus miembros eran hercúleos, sus cabellos lanudos, su tez negrísima.

—¿Qué haceis aqui? preguntó el negro, empuñando el hacha con actitud amenazadora.

Nuestros caballeros guardaron silencio algunos momentos,

pensando en la conducta que les convenia seguir en aquel caso.

Todos, aunque sin hablarse, comprendieron la necesidad de no recurrir á la violencia, supuesto que si el alcaide descubria que los recaderos del rey habian hecho aquella escursion, era seguro que estos ya no podian llevar á cabo su proyecto de libertar á Argerico, en el caso de que el alcaide se resistiese á obedecer la supuesta órden de D. Fruela.

Por otra parte, si daban muerte al negro, ¿qué esperanza podia quedarles para salir de aquel antro tenebroso, adonde la casualidad les habia conducido?

Fromestano, hombre de un valor á toda prueba, estaba además dotado de esa astucia, de ese don de estratagema, que á veces basta por sí solo para formar el genio de un gran caudillo.

Así, pues, tuvo una feliz ocurrencia al responder:

—Venimos aquí de parte del rey, para ver algunos presos que se encuentran en este castillo.

—¡Yo soy el carcelero! esclamó el negro con feroz sonrisa.

—Ya lo sabiamos.

—¿Y quién os lo habia dicho?

—El rey tiene noticia de tí.

—¡De veras! esclamó el negro.

—Así es la verdad. Y en prueba de ello, qué sabemos tu nombre. ¿No te llamas Gontrando?

—Justamente.

Debemos advertir que una de las pocas palabras que habian llegado á los oidos de nuestros caballeros de la conversacion habida entre la dama y el anciano, habia sido el nombre del carcelero, á quien habian motejado de cruel.

El vanidoso negro puso muy buen semblante á los cuatro caballeros, cuando les oyó decir que en la corte se tenia noticia de su persona.

Fromestano habia conocido muy bien el efecto que sus palabras habian causado en el carcelero, y se proponia sacar todo el mejor partido posible de la situacion en que habia acertado á colocarse.

Pero el negro, pasados los primeros momentos, revistió su

semblante de una espresion tal de recelo, que no dejó de inquietar algun tanto á nuestros personages.

—¿Y cómo no os acompaña el alcaide? preguntó el carcelero.

—Porque el alcaide no debe saber nada de esta escursion. ¿Lo entiendes?

Y Fromestano clavó una mirada tal de superioridad y de mando sobre el negro, que este bajó los ojos con aire de asentimiento, esto es, como reconociendo la necesidad de cumplir la órden que Fromestano acababa de intimarle.

—¿Y cómo sin consentimiento del alcaide habeis podido penetrar hasta aquí? preguntó el negro, mal convencido aun.

—Los enviados del rey ni hallan puertas que les resistan, ni obstáculos que no venzan, ni subterráneos que no penetren.

Y Fromestano pronunció estas palabras con tal aire de gravedad, que el carcelero comprendió demasiado bien que aquellos ciertamente eran enviados del rey.

—Ahora bien, añadió Fromestano, ¿quiénes son y qué hacen aquí estos monges?

—Son presos, señor.

—No parecen personas humanas.

—Son mudos.

—¿Naturalmente?

—No señor.

—Pues á fé que es muy estraño que los tres sean mudos.

—Los tres han sufrido la misma pena.

—¿Cuál?

—Les han cortado la lengua por órden del rey.

El carcelero se disponia á dar mas minuciosas esplicaciones acerca de la historia de aquellos prisioneros, cuando súbito se oyó el rumor de algunos pasos.

Nuestros caballeros se alarmaron temiendo ser víctimas de alguna emboscada.

Así, pues, desnudaron sus aceros, disponiéndose á luchar valientemente, y á vender caras sus vidas.

CAPITULO XVII.

Berengaria.

Muy ageno estaba el alcaide de los importantes descubrimientos que habian hecho el infante y sus amigos, así como estos por su parte tampoco sabian que necesariamente debia descubrirse la superchería de que habian usado, esto es, que el alcaide no podia dejar de saber muy en breve que ellos no eran recaderos de D. Fruela.

Ya hemos hablado en varias ocasiones de la reputacion siniestra y lúgubre que en la comarca tenia el castillo de los Lamentos.

El rey D. Fruela parecia haber destinado aquella fortaleza para que fuese la prision de todos aquellos á quienes queria abrumar con el peso de su cólera. Así es que, desde que heredó el trono de su padre, todos los que habian incurrido en su desgracia, guerreros ó monges, habian sido enviados al castillo, cuyo alcaide merecia la íntima confianza de D. Fruela.

Y tenia razon el rey para fiarse del alcaide, pues este le profesaba una adhesion sin límites.

Cerca del castillo, segun hemos ya indicado, se desgajaba del monte al valle un espumoso torrente, que asordaba con su eterno rumor todos aquellos confines.

Y de vez en cuando las ráfagas del vendaval que casi de contínuo rugia en la cima, arrebataban en sus poderosas y crujientes alas los ecos del torrente, que se repetian en los senos del castillo de mil diversas maneras, con mil variados acentos, ora blandos y gemidores, ora broncos y tonantes.

Hé aquí la causa de que aquella fortaleza fuese conocida por el nombre del castillo de los Lamentos, nombre que le convenia perfectamente no solo por esta razon, sino por los desdichados que lamentaban su infausta suerte en aquel siniestro recinto.

Tenia el alcaide una hija encantadora, llamada Berengaria.

Apenas contaba diez y ocho años, y era de estatura magestuosa, de cabellos negros y sedosos, de tez blanquísima y realzada maravillosamente por esa palidez nerviosa que es muy frecuente en nuestros tiempos, que era menos comun en la época de nuestra historia, y que ahora como entonces revela un alma sensible, impresionable, melancólica y generosa. Los ojos de Berengaria eran negros y brillantes con el fuego del amor; pero sus magníficas pestañas, que le hacian sombra, suavizaban, dulcificaban, hacian languidecer algun tanto, embelleciéndola, su ardiente mirada.

¿Y quién podrá trazar, ni aun en bosquejo, su alma virginal?—El límpido azul del cielo de la Grecia, la inmaculada blancura de la azucena, las cristalinas ondas del mar Tirreno, el perfumado aliento de amor que respira la primavera, el refulgente sol de Andalucía, no son mas que tinieblas en comparacion del aroma de inocencia, de la luz purísima, del dulcísimo encanto que atesoraba en su seno aquel corazon de ángel.

Todas las virtudes resplandecian en la hermosa doncella; pero descollaba sobre todas, como una corona de estrellas, la virtud inefable de la caridad. Berengaria se complacia, como la Providencia de Dios, en socorrer á los necesitados, en visitar á los prisioneros, en consolar á los afligidos, en dar esperanzas risueñas á los que estaban agoviados por el cruel desaliento, y en enjugar las lágrimas de todos los que padecian.

Berengaria vivia gozosa en el gozo de los demás, lloraba afligida en el dolor ageno, su amor era el amor de Dios hácia todas las criaturas. ¡Que la bendicion del cielo descienda como el rocío sobre las flores, á todas las almas que sienten y piensan como la hermosa virgen pensaba y sentia!

Ya la hemos visto en el silencio de la noche bajar furtivamente para prodigar consuelos á un débil anciano, desfallecido de hambre, yerto de frio, privado de la vista, abandonado de

todo el mundo, menos de ella, en los húmedos y oscuros abismos de un calabozo subterráneo.

¡Cuánta fué la sorpresa del infante y sus compañeros, cuando en vez de los enemigos que esperaban, se presentó á sus ojos la encantadora hija del alcaide!

Al punto conoció Berengaria que aquellos eran los recaderos del rey, si bien no dejó de sorprenderle sobremanera encontrarlos allí á tales horas.

—No esperaba, caballeros, encontraros en tal sitio.

—Señora mia, repuso Fromestano, en verdad que tampoco nosotros podiamos esperar tan agradable sorpresa.

—¿Y no pudiera yo saber la causa y el modo con que habeis llegado hasta aquí?

—Con mucho gusto, señora, os lo diremos todo.

Fromestano se detuvo y miró alternativamente al negro y al escudero que acompañaban á la hermosa jóven, que comprendió perfectamente el significado de aquella mirada.

—Sino temiera, añadió Fromestano, el que tal vez tendriais algun incoveniente en quedaros sin vuestra compañia y aceptar la nuestra...

—Yo no temo nada de nadie, y mucho menos de quienes parecen tan buenos caballeros.

Y con un aire de dignidad encantadora, la doncella volvióse á su acompañante, tomó la lamparilla que este traia, y dirigiéndose á nuestros personages, les dijo:

—Seguidme.

Berengaria encaminóse hácia el callejon por donde antes habian llegado hasta allí los caballeros, los cuales siguieron sin vacilar á la doncella. Esta por su parte habia hecho una seña al escudero y al negro, para que permaneciesen en el recinto donde se hallaban los monges adoradores del atahud.

Fromestano, con tanta galantería como respeto, tomó á su cargo el referir á Berengaria con noble franqueza la verdad de lo que aquella noche les habia acaecido.

—Despues que salimos de nuestro aposento, bella señora, os encontramos acompañada de esa especie de gigante, y movidos por la curiosidad, os hemos seguido y hemos tenido la fortuna

de poder apreciar en parte la nobleza y generosidad de vuestros sentimientos. Ahora bien, lo que hemos visto que habeis hecho con algunos desgraciados, nos basta para que os miremos con el respeto mas profundo, con la veneracion que tanta virtud se merece.

La jóven se sonrojó y bajó los ojos con tan tímida modestia, que realzaba mas y mas su belleza sobrehumana.

Fromestano continuó:

—Ya sabeis, hermosa señora, el objeto que nos ha movido á emprender esta escursion. Vos sin duda sois la hija del alcaide de este castillo, á quien nosotros miramos y debemos mirar con alguna prevencion en estos momentos; pero aunque así sea, no por eso dejareis de merecer toda nuestra confianza, sin que nada os ocultemos.

El antiguo capitan de la guardia de D. Fruela refirió en breves razones á Berengaria todo lo que ya sabe el lector respecto á la trágica historia del anciano Argerico, injustamente condenado por el rey.

El infante Wimarasio añadió tambien algunas esplicaciones relativas á la conferencia que con él tuvo Argerico cuando este le reveló en el castillo de Samos que D. Fruela pensaba envenenarle al dia siguiente.

Por su parte, Leandro añadió tambien algunas frases en que con los mas negros colores se pintaba á D. Frúela, el cual, con inaudita perfidia y con notable ingratitud, habia recompensado los servicios de uno de sus mas nobles vasallos, deshonrando á su esposa.

Cuando la virtuosa Berengaria oyó tal cúmulo de injusticias por parte del rey, y al contemplar el noble y dolorido semblante de aquellos caballeros, que se arrojaban á cualquier temerario intento por tal de salvar á su anciano padre, las lágrimas brotaron de sus bellos ojos, y la generosa compasion que se abrigaba en su pecho salió por sus rosados labios traducida en estas palabras:

—Comprendo ahora la amargura de vuestros dolores, y tambien conozco, muy á pesar mio, hasta qué punto mi padre, obligado por la dolorosa ley de la obediencia, ha contribuido

con horrible eficacia á secundar los proyectos del rey, que han sido otros tantos crímenes. Yo ¡infeliz de mí! no he podido evitarlos, y solo me ha sido dado enjugar las lágrimas amargas de todos aquellos que padecen el martirio de la existencia en el horror de los calabozos. Uno de estos desgraciados, que por su aspecto venerable y por sus indecibles sufrimientos ha desgarrado mis entrañas, inspirándome una compasion profunda, ha sido precisamente vuestro padre, el anciano Argerico; porque él, sin duda agradecido á mis cuidados, me ha referido parte de sus desventuras, y su relato coincide perfectamente con lo que vosotros acabais de manifestarme.

—¡Ah señora! esclamó el jóven Fandila. Vuestro corazon angelical ha adivinado sin duda que todos como hermanos vamos á pediros un favor para cumplir con el deber de hijos.

—Yo habia adivinado ya de tal manera vuestros deseos, que aun antes de manifestármelos, os iba á proponer que vinieseis á ver á vuestro padre. ¡Esto es, caballeros, todo cuanto puedo hacer en vuestro favor!

—Y eso es precisamente lo que nosotros os pedimos, bella señora.

—Y yo os aseguro que me complazco sobremanera en satisfacer esos deseos, tan naturales en los que son buenos hijos.

—¡Cuán buena sois! esclamaron los jóvenes con un acento de gratitud inesplicable.

La hermosa Berengaria, con paso rápido, y precediendo con la luz á nuestros caballeros, los condujo al sitio en que antes hemos visto á la doncella prodigar sus consuelos al anciano.

—¡Argerico! llamó Berengaria.

—¿Qué mandais, señora?

La jóven hizo una seña al infante y á sus amigos para que guardasen silencio y siguiesen en un todo sus indicaciones. Berengaria se proponia proceder con precaucion, á fin de no comunicar al anciano de repente una noticia que, por lo agradable en estremo, pudiera serle funesta.

Nuestros personages hicieron un signo de asentimiento.

—Han ocurrido grandes sucesos desde que me separé de vos, dijo la doncella.

—¡Es posible!

—Como lo estais oyendo.

—¿Y qué ha sucedido?

—Seria muy largo de contar. Por ahora básteos saber que muy pronto acaso podreis gozar un júbilo inmenso.

—¡Ah! Mi espíritu está cerrado á la alegría, como mis ojos á la luz. El único gozo que Dios me ha dejado en esta tumba, es el de oir vuestra voz angelical, que siempre es para mí un nuncio de ventura.

—Dios no olvida nunca á los que en él creen y confian.

—Sin duda, y no permita Dios que yo dude jamás de su misericordia; pero no por eso es menos cierto que ya no hay para mí alegría en esta vida. ¡Dios tenga piedad de mis sufrimientos, y quiera llamarme pronto á esa otra vida que aguarda mi espíritu casi con impaciencia!

—¿Nada teneis en la tierra que ame vuestro corazon?

—¡Ah! ¡mis hijos de mi alma!

—¿Y no desearíais verlos?

—Mejor diríais oirlos. ¿Habeis olvidado que estoy ciego?

Berengaria calló; pero en aquel momento gruesas lágrimas se desprendian de sus hermosos ojos.

El anciano continuó:

—¡Si conociéseis á mis hijos, veríais que tengo razon para llorar mi suerte, que me ha separado de ellos! ¡Ah! Si mi querido Fromestano tuviese la dicha de encontrar para esposa una doncella tan virtuosa como vos... Él es tambien un apuesto y noble caballero...

Berengaria se ruborizó, é interiormente suspiró, porque su corazon aquella noche habia sorprendido en sí mismo el secreto de nuevas emociones. La hermosa vírgen habia conocido que además de esa ternura que se llama caridad, hay otro sentimiento idéntico en su esencia, pero que se refiere y concreta á una sola persona, sentimiento tambien dulcísimo, y que tiene por nombre amor.

El vivido rayo de la mirada de Fromestano, encontrándose con los ojos de la vírgen, habia encendido en ella el fuego sagrado de un amor purísimo.

Este recóndito pensamiento fué el que hizo que la tímida y modesta Berengaria, al escuchar las palabras de Argerico, se estremeciese como la hoja en el árbol.

El anciano continuó:

—¡Ah! El rigor de mi fortuna me ha condenado á que la pálida muerte se presente á los ojos de mi espíritu mas terrible y mas sombría... Ya no puedo ver á mis amados hijos, ya no oiré mas su voz, que resonaba en mi oido como una armonía de los cielos; mi último suspiro será para ellos, y ellos no escucharán la voz de su padre moribundo... ¡Ay Berengaria! ¿Por qué me habeis hablado de una esperanza cuya realizacion sería para mi la felicidad suprema?

—Os he hablado de esa esperanza, porque tengo razones poderosas para creer que acaso no tardeis mucho en abrazar á vuestros hijos.

—¡Ah! ¡No os burleis de un desgraciado!

—Soy incapaz de ello.

—¡Es cierto!... Perdonad... Pero en ese caso, ¿será que el rey, habiéndose convencido de mi inocencia, tratará de devolverme la libertad, ya que no pueda volver la luz á mis ojos? ¿Por ventura habeis oido algo de esto á vuestro padre?—Decid, señora, decid lo que sobre esto sepais.

—Han llegado efectivamente unos recaderos del rey, diciendo de su parte que os pongan en libertad.

—¿Será cierto?

—No creais del todo esta noticia, supuesto que yo no la he recibido directamente de mi padre.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Esta noche han llegado cuatro caballeros al castillo, y entre los servidores de mi padre se ha propagado esta noticia.

—¿Y no sabeis el nombre de ninguno de esos caballeros?

Berengaria recordó el nombre de Fromestano, cuya figura apuesta y simpática habia causado en ella la mas profunda impresion.

—Uno de ellos, respondió la jóven, me parece que se llama Fromestano.

Argerico guardó silencio durante largo rato. Su emocion

era tan intensa que no podia articular palabra. Le parecia que era víctima de un sueño lisonjero. Creía que no habia oido bien. Pensaba que el deseo vehemente de recobrar su libertad y de abrazar á sus hijos habia tomado vida, cuerpo, realidad delante de su espíritu.

—Repetidme, señora, repetidme por piedad el nombre de ese caballero.

—Tiene el mismo nombre de vuestro hijo Fromestano; pero esto no es una razon para que sea él mismo, pues ya sabeis qué hay muchas personas que tienen igual nombre.

—Sí, sí, es una casualidad, no puede menos de serlo, Fromestano es un nombre muy comun. ¡Ay de mí! Yo soy muy desgraciado para que tanta ventura sea cierta. Sin embargo, generosa Berengaria, por lo mas sagrado, en nombre de vuestro querido padre, por el amor de Dios os voy á pedir un favor que no dudo me concedereis.

—Decid.

—Yo quisiera que buscáseis ocasion de hablar á ese caballero, que le pregunteis el nombre de su padre, y si, como el corazon me dice, es mi hijo, entonces, generosa Berengaria, conducidlo á esta mansion para que yo pueda oir su voz, estrechar su mano, y espirar tranquilo bendiciéndole. ¿Hareis por mí esta nueva obra de caridad?

—Desde ahora os lo prometo.

Nuestros caballeros estaban silenciosos junto al muro, pero sin perder ni una sílaba de aquel diálogo.

La fiebre de la impaciencia devoraba á los jóvenes, que anhelaban con ansia indecible hablar con su amado padre.

Fromestano, mas impaciente que todos, se adelantó desalado, púsose delante de la reja que aprisionaba á Argerico, y llorando esclamó:

—¡Padre de mi alma! ¡Vuestros hijos están aquí!

—¡Fromestano! ¡Fromestano!... Es su voz... ¡Hijo mio!... ¿Y tus hermanos?... venid... ¿En dónde estais?

Y así diciendo, el infeliz anciano, llorando á la vez y riendo, estendia sus manos descarnadas por entre las rejas, para estrechar la mano de sus hijos.

—¡Venid! decia: ved en qué estado tan lamentable me encuentro... ¡Hijos de mi corazon!... Vuestro pobre padre está ciego... El rey me mandó sacar los ojos con un hierro candente... Ya no puedo veros, hijos de mi alma, consuelo de mi vejez, pero aun puedo oir vuestras palabras de amor... ¡Hijos mios!... ¡Qué felicidad!

—¡Querido padre! esclamaron los tres hermanos.

—¡Desgraciado Argerico! esclamó el infante. ¡Cuánto siento veros en tal estado! Tal vez yo he sido la causa involuntaria de vuestras desdichas. ¡Este pensamiento me destroza el corazon!

—¡Wimarasio!... Yo os saludo, señor... Pero ¡ay! ¡tanta y tan inesperada alegría me hace daño! Yo no sé lo que siento... Mi frente arde... La respiracion me falta... Yo me ahogo... ¡Hijos mios!

Al pronunciar estas últimas palabras, el infeliz anciano se desplomó en el fangoso piso de su prision como una masa inerte.

—¡Morir ahora! esclamaron todos los circunstantes con el mas profundo desconsuelo.



CAPITULO XVIII.

La tristeza del rey vista por dentro.

FÁCILMENTE habrá conocido el lector las intenciones de Don Aurelio, cuando propuso á Rodrigo que suministrase un narcótico á la reina.

No hay por lo tanto necesidad de insistir en que el conde pensaba robar á Doña Munia, conducirla á uno de sus castillos, y allí, apareciendo como su libertador, procurar á todo trance que ella le agradeciese sus cuidados, y merecer á fuerza de ternura que la reina le mirase con amor.

Respecto al carcelero Rodrigo, la intencion del conde era tan oculta como horrible.

Proyectaba D. Aurelio asesinar á Rodrigo despues que este le hubiese ayudado á llevar á cima tan tenebrosa empresa. El conde juzgaba que solo la muerte del siervo podia asegurarle el secreto de que la reina vivia, secreto que, revelado al rey, habria puesto en evidencia la perfidia de D. Aurelio, en cuyo caso no era dudosa la suerte que le aguardaba. El rey le habria hecho morir entre las mas espantosas torturas.

La Providencia, sin embargo, lo dispuso muy de otra manera.

Cuando al dia siguiente el conde supo que la reina habia fallecido de muerte natural, el terror heló toda la sangre de sus venas. Creyó que el mismo cielo condenaba sus proyectos inicuos.

Presentóse en la cámara del rey con el semblante en estre-

mo dolorido, pues como hábil cortesano, se amoldaba fácilmente al viento que corria.

D. Fruela, delánte de su corte, afectó el mas profundo sentimiento por la súbita muerte de Doña Munia. El conde, á cuyos oidos habia llegado la conducta del rey en la noche antecedente, imitó en un todo la actitud y el gesto de su amo.

Y en honor de la verdad, debemos decir que el conde no tuvo necesidad de hacerse mucha violencia para aparecer afligido hasta el estremo. En realidad le habia afectado profundamente la muerte inesperada de Doña Munia, no por el respetable sentimiento que esperimenta quien ama con pureza al llorar la pérdida del objeto amado, sino por ver fallidas sus voluptuosas esperanzas.

Grande sensacion produjo en la ciudad de Oviedo la noticia de la muerte de Doña Munia. El rey mandó que fuese su cadáver sepultado en el monasterio de San Vicente, con la mayor solemnidad y pompa.

D. Fruela se presentó á su enlutada corte, y entre los caballeros presentes se encontraban todos aquellos que habian formado el tribunal que juzgó á la reina de adulterio, y cuya sentencia fué entregarla á disposicion del ofendido esposo, al tenor del Fuero Juzgo.

El rey que, llevado por motivos de conveniencia, habia deseado antes que se diese la mayor publicidad á su afrenta, ahora queria deshacer su obra, ó por mejor decir, á la sazon le convenia que todo el mundo tuviese por inocente á Doña Munia.

Efectivamente, supuesto que la reina habia fallecido de muerte natural, D. Fruela nada tenia que temer del resentimiento del duque Eudo.

Pero no hubiera sucedido así, en el caso de que la reina hubiese recibido la muerte de mano de su mismo esposo, segun este proyectaba. Entonces el duque le hubiera acusado de cruel, por mas que el rey hubiese tratado de justificar su crímen con el crímen de su esposa.

D. Fruela, pues, dirigiéndose á sus cortesanos, dijo:

—Magnates de mi reino, vosotros sabeis el dolor profundo

que ha devorado mi corazon, no hace mucho tiempo, á causa del crímen de que Doña Munia fué acusada. Vosotros tambien sabeis cómo nuestras leyes castigan el adulterio. Pusisteis á mi disposicion á la reina, y una sombra de incertidumbre y un resto de piedad me impidieron manifestarme tan severo como vosotros aguardábais, y yo mismo habia proyectado. Ahora el deber me obliga á proclamar muy alto que mi acusacion descansaba sobre sospechas al parecer muy vehementes, pero en realidad han sido completamente desvanecidas. La luz de la verdad ha esclarecido el hecho con pruebas irrefragables. Y por lo tanto, no puedo menos de declarar solemnemente, que todos hemos sido víctimas de apariencias engañosas que nos han hecho juzgar como culpable á la que siempre ha sido irreprensible, conservando su inocencia y guardando en su corazon sin menoscabo alguno el preciado tesoro de la castidad conyugal. Hé aquí la causa por qué el rayo de mis iras no ha aniquilado á mi querida esposa. ¡Oh dolor! Mi adverso destino ha hecho que pierda para siempre á la hermosa é idolatrada mujer en el momento mismo en que el ángel de la verdad ha batido sus alas de oro en torno de mi espíritu, antes fascinado. Asi, pues, la muerte de mi amada esposa me ha sido en estas circunstancias mucho mas dolorosa que en cualquiera otra ocasion. Yo habia recobrado un tesoro inestimable. ¡Yo he perdido una esposa inocente! Y en tanto que el aliento vital me dure, yo lamentaré sin consuelo el error que me ha hecho perseguir y castigar á Doña Munia. Y mas que todos los padecimientos que por mi causa haya sufrido, lo que mas me duele es que haya sido mancillado su honor. Por esto mismo, tengo el deber de repararlo, y en este momento declaro y juro, aunque me pese y me contradiga con mi conducta anterior, que Doña Munia era inocente, que ha sido la mas fiel de las esposas, y que por una lastimosa fascinacion, que ahora reconozco y confieso francamente, yo he sido injusto, horriblemente injusto.

Calló el monarca, y todos los circunstantes dieron muestras de aprobacion, felicitándose de que al fin el rey viniese á verdadero conocimiento, proclamando su injusticia, y abogando por la reina, que despertaba universales simpatías durante su

vida, y cuya memoria era respetada despues de su muerte.

El duque ó gobernador de Oviedo tomó la palabra, y contestó á D. Fruela:

—Poderoso y alto señor, todos hemos oido con gran contentamiento las palabras de V. A., y no podemos menos de congratularnos al oir de vuestra boca que nos han engañado las apariencias. La reina ha muerto, pero su memoria vivirá eternamente, y vivirá con la honra que supo merecer por sus virtudes.

El duque, á fuer de buen cortesano, no quiso prolongar mas su discurso, pues sabia muy bien que en ciertas y determinadas ocasiones, y esta era una de ellas, es de mucho mas mérito el arte difícil de callar, que la fácil faena de hablar inconsideradamente.

Empero si los magnates y guerreros habian atestiguado al rey su satisfaccion, no era bien que la Iglesia dejase de felicitar á D. Fruela por su generosa conducta al confesar públicamente sus errores, y al defender la inocencia de Doña Munia.

El abad del monasterio de San Vicente, que era el representante mas autorizado del clero en aquella asamblea, dijo:

—Católico y poderoso monarca, no encontraré palabras con que elogiar el cristiano celo que habeis demostrado en esta ocasion, declarando solemnemente que habeis obrado con injusticia á impulso de vanas sospechas. La humillacion que hayais tenido que soportar al confesar vuestro error, os honra mucho mas que la terca obstinacion que os hubiera aconsejado permanecer con el ánimo inaccesible á los rayos luminosos de la verdad. Tal vez hubiérais cometido un crimen si no se hubiesen desvanecido las funestas sospechas que como negros fantasmas se han agitado en vuestra mente, envenenando vuestro corazon con la amargura calenturienta y desatentada de los celos. Dichosamente las pruebas han llegado á tiempo muy oportuno para evitar cualquiera resolucion sangrienta y temeraria por vuestra parte. Pero la Providencia nunca ofrece los bienes sin alguna mezcla de mal. No acusemos, sin embargo, á la Providencia de Dios. El mal es la causa de la grandeza moral del hombre, es el estímulo del bien. Así pudiera de—

mostrarse en la ocasion presente; os lamentais de la crueldad del destino que os ha arrebatado á vuestra bella esposa, en el momento en que hubiérais podido estrecharle en vuestros brazos con el santo gozo de reconocerla inocente y pura. ¡El destino! ¿Qué significa esa palabra? No hay mas destino en el universo que la voluntad del Altísimo, Criador del cielo y de la tierra. Su voluntad ha dispuesto que ella no haya podido oir la reparacion solemne que habeis hecho á su honra en este dia. ¿Y aun en esta misma desgracia, no veis, señor, un nuevo bien que os envía su misericordia inagotable? Cuanto mas profundo sea el pesar que en estos momentos os cause la prematura muerte de Doña Munia, tanto mas saludable será el terror que os inspire vuestro carácter suspicaz para otras ocasiones en lo sucesivo, porque no es posible, señor, que olvideis una leccion que tan elocuentemente condena el abuso que se puede hacer de la suspicacia. Además, vuestro arrepentimiento por las faltas pasadas será mucho mas vivo y eficaz, si teneis siempre en la memoria la temprana y dolorosa muerte de la mas desdichada y virtuosa de las reinas. Si ahora viviera, es muy posible que al cabo de breve tiempo se disipase vuestro dolor, y con él vuestros laudables propósitos. Las tempestades es lo mas sublime que se ofrece al hombre en la naturaleza; pero son mas sublimes todavía las tempestades del alma. El dolor no solamente es una grandeza mas del hombre, sino tambien el fecundo manantial de las mas dulcísimas virtudes. Ya veis, señor, que hasta en la misma desgracia siempre resplandece la benévola sonrisa del Omnipotente. Yo alabo vuestro arrepentimiento, vuestra sinceridad, vuestra noble y valiente franqueza, la generosa conducta que en esta ocasion habeis seguido. Ahora bien, católico y poderoso monarca, alabad tambien la Providencia de Dios que, por caminos inesperados, ha querido apartaros de la negra mansion del crimen, atraeros á la tranquila morada de la inocencia, é infundiros la santa tristeza del arrepentimiento.

Calló el abad, y toda la asamblea aplaudió la difusa plática, que á falta de otro mérito, tenia el de la buena intencion.

D. Fruela por su parte se esforzó aquel dia en presentarse á los ojos de su corte con todo el prestigio de un hombre que abjura sus errores y abraza la virtud.

Y á la verdad debemos decir, que el rey habia conseguido maravillosamente su intento. No hubo una sola persona que no saliese de allí convencida de que D. Fruela era muy capaz de llegar á ser santo, sino se apartaba del nuevo camino que acababa de emprender.

Cuando la corte se hubo despedido, el rey se quedó solo con el conde D. Aurelio, el cual, por mas que ya tenia de ello noticia, no acertaba á esplicarse la completa y profunda transformacion que en D. Fruela se habia verificado.

—¡Cuánto siento, señor, el pesar que abruma á V. A.! dijo D. Aurelio con acento dolorido.

Al oir esta esclamacion de su confidente, la mas franca sonrisa animó los labios del rey.

—A fé, señor, que me sorprende vuestra alegría, dijo Don Aurelio desconcertado.

—Pues no debia sorprenderte.

—¿Pero en efecto, señor, estais contento?

—Como nunca.

—¿Tal vez ha recibido V. A. alguna noticia agradable?

—He recibido la noticia que mas pudiera lisonjearme.

—Me alegro mucho, señor. Cada vez me convenzo mas y mas de que tiene razon el buen abad de San Vicente, cuando dice que al lado del mal está siempre el bien.

—Veamos. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que despues de un suceso que tan profundamente os ha afligido como el fallecimiento de la reina, ocurrido precisamente cuando habeis descubierto su inocencia, acabais de recibir, segun decis, una noticia agradable para consuelo de vuestra amargura.

El rey soltó una estrepitosa carcajada.

El conde cada vez estaba mas confuso, y se avergonzaba de no adivinar el motivo de la desacostumbrada hilaridad del rey. Este á su vez se gozaba en el aturdimiento del conde.

—Bien veo, señor, que V. A. usa para conmigo de gran re-

serva, y que al parecer no os place hacerme partícipe de vuestros secretos... ¿Os ha escrito tal vez la dama de la alquería? ¿Acaso habeis emprendido alguna otra nueva intriga amorosa?

El rey dejaba al conde que se devanase los sesos, como suele decirse, haciendo conjeturas que todas ellas distaban mucho de la verdad.

—A fé, querido Aurelio, dijo al fin el rey, que yo creí que tu natural agudeza habia de dar fácilmente en la causa de mi alegría; pero ya veo que me he engañado lastimosamente.

—Señor, yo no tengo pretensiones de profeta. ¿Cómo quereis que yo sepa lo que os habrá sucedido sin yo verlo?

—El caso es que tú sabes tan bien como yo, todo lo que me ha sucedido. Vamos, voy á darte una nueva prueba de mi afecto. Necesito desahogar mi corazon, y tú eres la única persona digna de esta confianza.—La muerte de la reina, que tú crees causa de mi afliccion, es, por el contrario, el orígen de mi alegría.

—¡Es posible!

—Como lo estás oyendo.

—Permitidme, señor, que os diga que no acierto á comprender vuestra conducta y vuestras palabras de hoy, en completa contradiccion con lo que os habeis dignado manifestarme.

—Ahí es donde está el misterio, en la contradiccion.

—¿Y qué causa ha podido obligaros á desdeciros?

—Mi propia voluntad y mi conveniencia propia.

—Lo repito, señor, no acierto á conocer la conveniencia y la oportunidad de semejante conducta.

El rey quedóse mirando fijamente al conde con una espresion que parecia decirle:

—Veo que aun cuando astuto, eres un pobre diablo en comparacion mia.

Despues de algunos momentos, durante los cuales el rey habia permanecido meditabundo, preguntó de pronto:

—¿No temíamos que el duque Eudo nos hiciese la guerra por vengar la muerte de su hija?

—Por esa razon parece que V. A. muy oportunamente resolvió que un tribunal juzgase á la reina, acusada por V. A. de adulterio.

—Justamente.

—Desde luego puede afirmarse que ese era un paso muy acertado.

—Pero que entre otros, tenia un inconveniente gravísimo.

—¿Cuál?

—¡Vive Dios! ¡Y lo preguntas! ¿Piensas acaso que no me ha humillado en demasía la necesidad de publicar mi afrenta? ¿No mortifica siempre al hombre el confesar que una mujer hermosa y querida le ha sido infiel? Y si es una esposa, ¿no es mas vergonzoso todavía? Y si este hombre es un rey y si su ofensor es un hermano, ¡rayos del cielo! ¿hay entonces en la tierra una afrenta semejante á tamaña afrenta? ¿Acaso piensas que yo no he sentido que todo el mundo pueda saber y decir que mi esposa ha cubierto mi frente de ignominia?

—Pero el decir eso, era indispensable para llevar á cabo vuestro proyecto.

—Pues bien, el desmentirlo ahora es tambien indispensable para que todos se apresuren á mirar en la reina, en mi esposa, un modelo de virtud, y para que todos vean en D. Fruela un hombre que ha podido engañarse, pero en ningun modo un hombre y un monarca deshonrado.

—¡Ah! esclamó el conde lleno de admiracion. Ahora comienzo á comprender.

—¿Ves como es muy conveniente que por todas partes se cunda la noticia de que la muerte de Doña Munia me ha afligido sobremanera, porque he descubierto por medio de pruebas irrefragables que se hallaba inocente del crímen que se le imputaba?

—En efecto, teneis mucha razon... ¡Ha sido un golpe maestro!

—Ahora todo el mundo me devolverá mi honra, y supuesto que la reina ha muerto, la fortuna nos ha evitado la necesidad de que se ejecute mi pensamiento de envenenarla.

—¡Y yo que creí que realmente estábais afligidísimo!

—Tú, como todos, te has engañado.

—Ahora que veo por dentro vuestra tristeza, me convenzo de que es alegría.

—El que mejor ha creido mi arrepentimiento, ha sido el buen abad del monasterio de San Vicente.

—Por todas partes va publicando con lágrimas de gozo vuestra súbita conversion.

—Así me sirve á las mil maravillas.

—Quiere decir que todos haremos lo mismo.

—Lo que conviene ahora, es que indaguemos sin perdonar medio alguno el paradero de Wimarasio.

—El mas impetrable misterio rodea su existencia.

—Pues ya te he dicho, y vuelvo á repetirte, que te encargues de descifrar ese misterio.

—Hasta ahora, todas cuantas diligencias he practicado han sido inútiles.

—Tengo para mí que deben estar en compañía de Wimarasio los hijos de Argerico.

—Soy de la misma opinion, y temo que el dia menos pensado nos han de dar una acometida.

—Ahora conocerás que hice muy mal en seguir tus consejos.

—¿Por qué, señor?

—Porque debiamos haber inutilizado á Fromestano, mandando tambien sacarle los ojos.

Debemos advertir que el conde D. Aurelio, aunque hombre corrompido, incapaz de dominar sus vergonzosas pasiones, y de carácter astuto y rencoroso, era al fin un guerrero, y como tal esperimentaba simpatías hácia el valiente y apuesto Fromestano.

Así, pues, por espíritu de cuerpo, porque realmente estimaba las buenas prendas del capitan de la guardia del rey, ó tal vez, aunque esto parezca estraño, por un sentimiento de justicia, lo cierto del caso fué, que D. Aurelio contribuyó en gran manera á que el cruel monarca no saciase su furor en el gallardo caballero, quien se ausentó del castillo de Samos del modo que ya queda referido.

—Si los hijos de Argerico intentan algun dia hacernos la guerra, conspirando para destituiros del trono, permitidme, señor, que os haga presente que no ha sido porque V. A. siguiese mis consejos. ¡Otra ha sido la causa!

El conde pronunció estas palabras con cierto acento de reconvencion.

Don Fruela guardó silencio, como si reconociese la exactitud de la alusion del conde, ó como si esquivase contestar á ella.

Desde luego habrá comprendido el lector que D. Aurelio aludía á la imprudente conducta del rey, que, despues de haberse manifestado tan cruel con Argerico, habia atentado contra la honra de su hijo Leandro.

Despues de algunos minutos de silencio, D. Fruela, mudando de conversacion, dijo:

—Hace mucho tiempo que no he visto en mi corte al caballero de las Almas.

—En verdad que ese misterioso personage es uno de los mas poderosos vasallos con cuya lealtad puede contar V. A. en todas ocasiones.

—Así lo creo. Tiene traza de hombre esforzado, y ciertamente es uno de los caballeros mas hermosos de mi reino, y en verdad te juro, conde, que daria gustoso la mas preciada joya de mi corona por saber á fondo la historia de ese hombre estraordinario.

—Se cuentan de él las cosas mas estrañas.

—¿Y qué se dice?

—Hay quien asegura que no es hijo de padres cristianos.

—¡De veras!

—Dícese que es hijo de una mora.

—Repito que me holgaria mucho de saber la historia del caballero de las Almas.

—Es un hombre singular. Ni se sabe cómo se llama, ni en dónde habita, y sin embargo, siempre que es necesario, aparece en la corte con un lujo y un séquito propios de un monarca.

—El caballero de las Almas pudiera servirnos mucho para averiguar el paradero de Wimarasio.

—Me parece que V. A. ha pensado muy bien.

—Ese hombre está dotado de tan prodigiosos medios de accion, que en todas partes y á todas horas aparece siempre lleno de noticias. Él fué el primero que me anunció años pasados

que los moros intentaban hacer una escursion por mi reino. Al principio no dí crédito á sus palabras, pero pocos dias despues se confirmó la noticia de modo que no habia lugar á dudas.

—Esa circunstancia me hace pensar que lo que se cuenta del caballero de las Almas tiene algun fundamento.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es estraño que esté bien enterado de lo que hacen y piensan los moros, supuesto que, segun se dice, él tiene mezcla de raza moruna.

Aquí llegaban el rey y su favorito, cuando se ábrió la puerta y apareció el camarero.

—Señor, dijo, ahora mismo acaba de llegar un mensagero que con mucho empeño demanda hablar á V. A.

—¿Y no ha dicho quién le envía?

—El alcaide del castillo de los Lamentos.

—Que pase al instante, dijo con viveza el rey.

El camarero salió, y pocos momentos despues apareció en la cámara el valiente Munio, á quien el alcaide habia entregado la epístola escrita por el capellan del castillo.

Munio saludó al rey con una profunda reverencia, y sacando del pecho un pergamino enrollado y sujeto con una cinta, lo entregó á D. Fruela, hincando la rodilla en tierra y diciendo:

—El muy noble y leal caballero D. Sancho Silo Ruiz, alcaide guardador por V. A. del castillo de los Lamentos, me envía para que ponga en vuestras manos esta su epístola.

Y así diciendo, Munio entregó la carta al rey.

—Alzad, dijo D. Fruela, que se puso á leer para sí.

A medida que adelantaba en su lectura, las facciones del rey iban dando muestras de turbacion y de cólera.

Al fin esclamó dirigiéndose á D. Aurelio:

—¡Ira de Dios! Ya descubrimos la madriguera en que se ocultan Wimarasio y los hijos de Argerico.

—¡Ese es un gran descubrimiento!

—¡Infames!... La fortuna es que ya no necesitamos cansarnos para que caigan en nuestro poder.

—¿Cómo así?

—Están en el castillo de los Lamentos.

—¡Es posible!

—Mira lo que dice esta carta.

El conde leyó.

—Nada veo aquí que pueda dar lugar á que con toda certidumbre se crea que en el castillo de los Lamentos se encuentren el infante y los hijos de Argerico, dijo D. Aurelio cuando hubo terminado su lectura.

—Si no es completamente cierto que allí se encuentran, es por lo menos completamente probable que son ellos los autores del fingido mensage de que esta epístola habla.

—En cuanto á eso no puede haber la menor duda, respondió el conde; pero podrá muy bien haber sucedido que el infante y sus compañeros no hayan ido en persona al castillo, sino que se hayan valido de algunos otros caballeros, sus parciales.

El rey hizo un gesto de disgusto.

—Muy lamentable sería que no fuesen ellos mismos, dijo al fin D. Fruela con aire de mal humor.

Despues de algunos momentos, se dirigió á Munio preguntándole:

—¿No son cuatro los recaderos que han llegado al castillo?

—Sí señor.

—¿Y los has visto?

—Durante un momento, cuando entraron.

—¿Podrás describir su aspecto?

—Sin duda.

—Dame sus señas.

Munio comenzó á describir circunstanciadamente la fisonomía de los cuatro recaderos que habian llegado al castillo, y fué tan fiel el retrato que de ellos trazó el mensagero del alcaide, que ni el rey ni D. Aurelio podian dejar de reconocer al infante y á los hijos de Argerico.

Y como si todo esto no fuese bastante para que no quedase ningun género de duda, Munio añadió:

—Ahora reparo una cosa muy singular. ¡Parece increible!

—Esplícate.

—Uno de ellos, el que he dicho que es muy hermoso, iba hablando con sus compañeros cuando cruzó por delante de mí.

Ahora bien, yo recuerdo perfectamense su metal de voz, y á la verdad que nunca habia creido encontrar una semejanza tan completa como la que he encontrado al oir la voz de V. A.

—¡Esa seña es infalible! esclamaron á la vez el rey y el conde.

Efectivamente, la única semejanza que habia entre los dos hermanos era la de la voz, de tal manera, que de todo punto se confundian D. Fruela y Wimarasio, no viéndolos.

Cuando el rey se convenció de que en el castillo de los Lamentos se hallaban su hermano y los hijos de su ayo, una alegría feroz se apoderó de su corazon, la alegría de un tigre.

—¡A raja tabla! esclamó con voz de trueno. ¡Que á raja tabla se tomen los caminos que rodean al castillo, y que se pongan á mi disposicion á esos falsos recaderos! Escribe al punto una carta, Aurelio, comunicándole al alcaide mi voluntad. No te detengas. ¡El tiempo es precioso! —Dile al alcaide que me responde con su cabeza, si esos hombres se escapan.

Y así diciendo, el rey media la estancia á grandes pasos, con la respiracion fatigosa, con los puños crispados, y con los ojos centellantes de furor. Parecia la imágen viva de Orestes poseido por las Furias.

El conde se dispuso á obedecer sin dilacion las órdenes del rey.

Cuando la epístola estuvo terminada, D. Fruela, dirigiéndose al mensagero, le dijo:

—Parte, buen Munio, parte veloz como el relámpago. No pierdas un instante, revienta caballos, salva pronto la distancia. Tú serás el nuncio de mis iras, yo seré tu amigo.

Y D. Fruela, quitándose una rica joya, se la entregó al mensagero en señal de lo que estimaba el servicio que iba á prestarle.

—¿Y qué haremos con los recaderos, señor? preguntó Munio.

—Encerrarlos en un calabozo despues de sacarles los ojos con un hierro candente.

Este horrible suplicio era muy comun en aquella época.

Munio se inclinó, y partió rápidamente hácia el castillo de los Lamentos.

CAPITULO XIX.

Generosa competencia.

La angustia de los hijos de Argerico fué inmensa al contemplar á su padre en el lamentable estado en que le dejamos en el nauseabundo recinto de su calabozo.

Nada liga mas á los hombres que los beneficios que dispensa el protector al protegido. Aquel ama al objeto de su beneficencia, si la odiosa ingratitud no se interpone, como el padre ama al hijo.

Así, pues, la sensible Berengaria se interesaba sobremanera en la suerte del infortunado anciano.

La doncella, aun á riesgo de que su padre lo supiera, mandó al carcelero que abriese la puerta del calabozo, para informarse mas á fondo del verdadero estado de Argerico.

Todos, y no sin razon, creían que habia muerto á causa de la sorpresa y alegría sin límites que en el anciano habia producido la inesperada aparicion de sus hijos.

Pero la esperanza es lo último que se estingue en el corazon humano. Los circunstantes no creían, ó por mejor decir, no tenian el valor de resolverse á creer que el infeliz anciano habia sucumbido en el momento en que la suerte parecia suspender sus iras.

Gontrando, que miraba con el mas profundo respeto á los que juzgaba recaderos del rey, y á los que ya de antemano habia obedecido, no manifestó en esta ocasion la menor repugnancia para cumplir los deseos de Berengaria, como algunas

veces solia suceder, temeroso el carcelero de contravenir á las órdenes del alcaide.

Argerico se hallaba en efecto privado completamente de sentido.

Cuando en los primeros momentos de aquella escena dolorosa, el noble Fromestano comenzó á llorar la pérdida de su padre, la encantadora Berengaria fijó sus bellos ojos, llenos tambien de lágrimas, sobre el agraciado mancebo con una ternura infinita.

—No lloreis, caballero, dijo, no lloreis por la muerte del buen Argerico. Tengo el presentimiento de que este accidente no es mortal... Tened esperanza en Dios... ¡No os aflijais!

Fromestano clavó sus negros ojos con una espresion de infinita gratitud en la hermosa doncella, y respondió:

—La voz consoladora de los cielos acaba de resonar en vuestros labios, encantadora vírgen, cuya bondad de ángel acabo de reconocer esta noche en este sitio. Yo me inclino con respeto en vuestra presencia, adorando vuestras virtudes, que han sido el orígen del consuelo único que ha podido tener mi anciano padre abandonado de todos en esta tumba á que dán el nombre de calabozo. Vos habeis sido la única que ha tenido un corazon sensible para enjugar las lágrimas de mi pobre padre, en tanto que por todas partes estaba rodeado de piedra y de hierro. ¡Que el cielo bendiga, encantadora vírgen, el alma pura y generosa que es capaz de sentir con tan sublime vehemencia el santo fuego de la caridad!

Y así diciendo, el hermoso caballero besaba con religiosa ternura la blanca mano de la virtuosa dama.

Allí, aquella noche, en aquel recinto siniestro, en el momento mismo en que Berengaria habia manifestado su tierna solicitud por el prisionero cuando estaban de acecho el infante y sus amigos, habia sentido Fromestano que el dulce fuego del amor mas puro se habia encendido en su corazon.

Y Berengaria á su vez, cuando sus ojos se encontraron con los del gallardo mancebo, sintió una turbacion desconocida.

Ahora, mientras que el hijo de Argerico habia elogiado sus virtudes, ella tenia los ojos fijos en el suelo, encendida la faz

como la rosa de mayo, y respirando en su actitud el suave perfume de la encantadora y tímida modestia.

Luego Fromestano se dirigió al cadáver de su padre, y posando la mano sobre el pecho del venerable prisionero, permaneció largo rato en observacion tan atenta, que parecia querer infundirle el aliento vital con su contacto.

Al fin el jóven lanzó un suspiro de congojoso desaliento.

Aquel suspiro resonó como un eco en el corazon de todos los circunstantes.

Era la señal de haber perdido hasta la última esperanza de que Argerico viviese.

—¡Ha muerto! sollozaron á la vez los fingidos recaderos.

—Yo no puedo creer semejante desgracia, dijo la encantadora doncella.

—Si vos lo creeis asi, repuso Fromestano, yo tambien diré que mi amado padre no ha muerto. Yo creo que vuestra voz de querubin, con su virtud milagrosa, pudiera hacer que mi padre querido se volviese á levantar del fondo mismo de la tumba.

Berengaria, aproximando la luz al pálido rostro del anciano, esclamó:

—¡Vive!... ¡Estoy segura de ello!

La doncella pronunció estas palabras con un acento de tal conviccion, con una fé tan profunda, que todos los circunstantes, como subyugados por una fuerza superior, repitieron:

—¡Vive!

El infante practicó la misma operacion que poco antes habia hecho Fromestano.

—Me parece que siento latir su corazon, dijo Wimarasio despues de algunos momentos de observacion minuciosa.

—¡Gracias, Dios mio! esclamaron á la vez los tres hermanos.

Todos continuaron inmóviles contemplando el rostro del anciano, como si en él aguardasen leer la sentencia de su dolor inevitable ó de su esperanza sin límites.

Súbito lanzaron todos un grito de júbilo.

Los labios de Argerico se habian entreabierto como para articular una palabra.

Otra vez el rostro del anciano continuó inmóvil, pálido, yerto.

Aquel postrer movimiento que los circunstantes habian sorprendido en los labios del prisionero, ¿era una esperanza de vida? ¿Era el último estremecimiento de la agonía de la muerte? Tales eran las preguntas que en su mente se hacian todos nuestros acongojados personages, cuando el anciano exhaló un débil suspiro, á la vez que un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo.

—¡Hijos mios! murmuró luego el anciano.

Los caballeros, profundamente conmovidos, siguieron llorando, pero lloraban de gozo.

La vigorosa organizacion de Argerico pudo resistir aquel golpe, que, sin embargo, puso su vida en una crísis terrible.

Nada mas patético que el espectáculo que presentaba aquel anciano rodeado de sus hijos, que le abrazaban, que le sonreían, que le saludaban con palabras llenas de ternura y de respeto.

Argerico en medio de aquel inmundo calabozo, á pesar de sus horribles padecimientos interiores, á pesar del contínuo sabor de amargura que afligia su corazon por la injusticia del rey, era en aquellos momentos el hombre mas dichoso del mundo; estrechaba con efusion la mano de sus hijos, los cubria de besos, y se sonreía con júbilo inefable; pero aquella sonrisa en aquella cara ciega, aunque arrancada por la alegría, tenia una espresion tal de tristeza, que los jóvenes bramaban de ira al pensar en el sangriento martirio que habia padecido su padre, víctima de la crueldad de D. Fruela.

Despues que se cruzaron mil preguntas de una y otra parte, el anciano preguntó:

—¿Y cómo es, amados hijos mios, que os encuentro aquí cuando menos lo esperaba?

Nuestros caballeros cambiaron una mirada de vacilacion. No sabian qué responder. Les repugnaba mentir, pero tambien comprendian que era una insigne torpeza revelar en aquel sitio el objeto de su viaje y el nombre que habian tomado de recaderos del rey.

El infante conoció toda la importancia del secreto, y por lo tanto se apresuró á decir:

—Despues de los actos de injusticia viene necesariamente la reparacion. El rey ha reconocido su error, y arrepentido de la crueldad que con vos ha usado, nos envía al alcaide para intimarle la órden de que os ponga en libertad.

—¡Conque estoy libre! esclamó fuera de sí el anciano.

El infante se arrepintió de haber deslizado esta esperanza en el corazon del buen Argerico, para quien la libertad conservaba todavía su natural encanto, por mas que estuviese privado de la vista.

Pero ya era imposible retroceder.

—Si no estais libre ya en este momento, no consiste en el rey.

—¿Pues en quién?

—En el alcaide de este castillo.

—¡En mi padre! esclamó Berengaria con sentimiento.

—Vuestro padre, repuso Wimarasio, ha dudado de nuestra veracidad.

El amante de Adosinda se sonrojó al pronunciar estas palabras, aunque en el fondo de su corazon se esforzaba por disculparlas, en razon de la necesidad que le obligaba á no destruir el proyecto de libertar á Argerico, que intentaban realizar á costa de tantos afanes.

—Yo misma, dijo la encantadora y sensible Berengaria, yo misma me encargo de hacerle entender á mi padre el error en que se encuentra, y la crueldad que ha usado con vosotros al negaros ni un solo momento la libertad de vuestro padre... ¡Yo lo arreglaré todo!

Nuestros caballeros permanecieron inmóviles y silenciosos como estátuas.

Fromestano, sobre todo, aunque era hasta cierto punto el esclusivo autor del proyecto, casi se arrepentia de haberlo concebido y de haberlo llevado á cabo hasta aquel estremo. Pálido como la muerte contemplaba á la hermosa vírgen, y sentia impulsos de revelarle toda la verdad del caso.

El enamorado mancebo se avergonzaba de aparecer como

un impostor á los ojos de aquella mujer sublime. En ninguna manera queria consentir en engañarla, y antes que cometer infamia semejante, estaba dispuesto á decir á Berengaria que se habian introducido en el castillo con la deliberada intencion de engañar al alcaide.

—No os molesteis, generosa Berengaria, dijo al fin Wimarasio, no os molesteis en decir nada á vuestro padre en nuestro favor. Nos ha prometido que nos despacharia mañana, ó por mejor decir, hoy, supuesto que ya es mas de media noche.

—¿Y qué os dijo mi padre?

—Hablando con franqueza, se ha manifestado muy circunspecto, sin que de sus pocas palabras nos sea posible deducir otra cosa sino que ha sospechado de la verdad de nuestro mensage, es decir, que no ha creido que el rey nos ha enviado.

—Pues, hijos mios, en ese caso, lo que debeis hacer es que el alcaide envie al rey un mensagero para que se convenza de que vosotros no sois unos impostores... ¡Mis hijos no mienten!

El anciano pronunció estas palabras con el noble orgullo que puede dispensársele á un padre que tiene hijos bien inclinados.

Los jóvenes se sonrojaron.

Argerico no podia comprender hasta qué punto habia mortificado á sus hijos con lo que acababa de decir.

La noche estaba muy adelantada, y el carcelero hizo notar que si permanecian algun tiempo mas allí, sería fácil que los viesen salir las gentes de armas del castillo, que no dejarian de comunicárselo al alcaide.

Berengaria reiteró su promesa de obtener sin dilacion que su padre concediese la libertad de Argerico.

El infante y sus compañeros manifestaron á la jóven su mas vivo agradecimiento, pero le suplicaron que nada revelase á su padre de la escursion nocturna que ellos habian emprendido, pues no dejaria esta circunstancia de llamar la atencion del alcaide, y aun de infundirle sospechas, si es que ya no las tenia.

Así discurrian nuestros caballeros; pero ignoraban que el alcaide no solo abrigaba sospechas, sino que habia tomado sus

medidas para saber á qué atenerse respecto á los fingidos mensageros.

Jamás, ni á la luz del sol ni en las tinieblas de los calabozos, ha tenido lugar una despedida mas tierna que la del anciano Argerico y sus hijos.

Los jóvenes besaban el venerable rostro de su padre con el doloroso sentimiento de quienes se recelaban que acaso no volverian mas á verle, y que tal vez no seria imposible que al dia siguiente se hallasen ellos en el mismo caso que Argerico, es decir, prisioneros y privados de ese rico océano de luz que hiere las pupilas de los mas pobres.

El anciano por su parte se despidió de nuestros caballeros con la esperanza de que muy en breve seria trasladado desde aquel inmundo calabozo al apacible y sagrado recinto del hogar, donde esperaba exhalar en paz el último suspiro, rodeado de sus fieles vasallos y de sus queridos hijos.

Fromestano, antes de salir del subterráneo, entregó al carcelero una bolsa bien repleta de oro, y convino con él en la hora y sitio en que al dia siguiente debian hablarse.

Gontrando consintió en todo lo que Fromestano quiso proponerle.

El negro, tal vez por un efecto magnético, sentiase irresistiblemente subyugado por la mirada, por la actitud, por las palabras, y tambien por las dádivas del antiguo capitan de la guardia del rey.

El infante y sus amigos emplearon el resto de la noche en disfrutar las delicias del descanso y del sueño de que tanto necesitaban.

Pero Fromestano estuvo inquieto. La suerte de su padre, y el amor que le habia inspirado la virtuosa Berengaria, absorbieron su pensamiento durante las horas consagradas al reposo.

Venida la mañana, entablaron nuestros aventureros el siguiente diálogo:

—Hemos hecho un descubrimiento de inmensa importancia, dijo el infante. No solo sabemos que Argerico vive, sino que se encuentra en este castillo; le hemos visto, le hemos hablado, hemos tenido la dicha de prodigarle algunos consue-

los, y solamente nos falta, para llevar á cabo nuestra obra, que combinemos ahora los medios de sacarlo de su prision y de salvarnos nosotros del peligro que nos amenaza, permaneciendo en esta fortaleza.

—El riesgo es inminente, respondió Leandro. Esta noche medio velando y medio durmiendo, no he dejado de pensar en la conducta del alcaide, que ayer me dejó confuso con sus miradas penetrantes, con sus palabras equívocas, y en fin, con su desconfianza y su reserva, que no fué dueño de ocultar, por mas que hizo.

—El alcaide es perro viejo, dijo Fandila. Se conoce que no se deja engañar fácilmente.

—A mí me parece que he acertado lo que el bueno de Don Sancho Silo Ruiz intenta hacer con nuestras personas, dijo Leandro.

—Veamos, respondieron todos á la vez.

—El alcaide sin duda ha determinado entretenernos en este castillo para dar tiempo á que vaya y vuelva un mensagero de su confianza, que seguramente ha enviado esta noche pasada al rey.

—Yo soy de la misma opinion, repuso Fandila.

—Tambien yo habia pensado en eso mismo, añadió Fromestano.

—Pues yo estoy tambien firmemente convencido de que esa ha sido la conducta del alcaide, respondió Wimarasio. Pero en honor de la verdad, debo decir que á mí no se me hubiera ocurrido pensar en tal cosa, á no ser por las palabras que anoche dijo vuestro padre.

El infante aludia á lo que habia dicho el prisionero:

—«Pues, hijos mios, en ese caso, lo que debeis hacer es que el alcaide envíe al rey un mensagero para que se convenza de que vosotros no sois unos impostores.»

—¿Y qué pensais que debemos hacer? preguntó Fandila.

—Libertar á nuestro padre, repuso Leandro.

—¿Y cómo? preguntó Fromestano.

Todos guardaron silencio, porque á ninguno se le ocurria un medio hábil de salir airoso de la empresa.

Pocos momentos despues Fromestano salió de la estancia, y se encaminó á un patio cubierto de maleza, y muy distante del paso frecuente de los habitantes del castillo.

El infante, Leandro y Fandila cambiaron una mirada de inteligencia que significaba:

—¿Adónde irá este ahora?

Fromestano, al llegar al sitio que hemos designado, paseó una mirada inquieta en torno suyo, como si buscase alguna persona que debiera asistir á una cita.

El antiguo capitan de la guardia del rey hizo un ademan que á la vez revelaba impaciencia y resignacion, y comenzó á pasearse por entre algunos altísimos nogales que decoraban el vetusto y anchuroso patio.

No se hizo aguardar mucho tiempo la persona á quien buscaba Fromestano.

El negro se presentó saludando al caballero con muestras del mas profundo respeto.

Fromestano clavó una mirada aguda como un puñal sobre Gontrando, que bajó sus negros ojos, subyugados por el misterioso ascendiente que sobre él ejercia el hijo de Argerico.

—¡Aquí estoy, señor! esclamó el carcelero.

Fromestano parecia no haber oido las palabras de Gontrando, aunque continuó mirándole con estraordinaria fijeza. Diríase que Frómestano adivinaba por instinto el efecto fascinador y magnético de que es capaz la mirada.

Al fin el caballero rompió el silencio, y con aire misterioso preguntó:

—¿Me puedo fiar de tí, ó mejor dicho, el alto y poderoso rey D. Fruela podrá aguardar que le sirvas lealmente en el importante encargo que piensa confiarte?

—¡Se trata de servir al rey! esclamó gozoso el carcelero.

—Ya te he dicho que nosotros somos enviados aquí por el rey, y que de órden suya venimos á desempeñar dos misiones, una aparente, otra oculta. Para esta última, necesita el rey tu eficaz cooperacion.

—Estoy dispuesto, señor. Mandad y sereis obedecido.

—Ya sabes la recompensa que te ofrecí anoche...

—Yo estoy muy agradecido á vuestra generosidad...

—La cantidad que te entregué ayer es insignificante en comparacion de la magnífica recompensa que yo te prometo solemnemente en nombre del rey.

—Bien se conoce, señor, que ahora estoy tratando con nobles y generosos personages. No es así mi señor el alcaide, que en muchas ocasiones le he prestado muy grandes servicios, y jamás he merecido que me dispense la mas pequeña merced.

—Tienes razon, Gontrando, en estar quejoso de tu señor, porque á servidores tales como tú, no hay mercedes grandes que no sean pequeñas.

Esta lisonjera hipérbole produjo un efecto indecible en el vanidoso negro, que respondió:

—¿Y qué debo yo hacer?

—Ante todas cosas es preciso que jures guardar el secreto mas inviolable respecto á tu señor D. Sancho Silo Ruiz. ¿Lo juras?

—Lo juro, y que me trague la tierra, si falto á mi juramento.

—Has dicho una gran verdad en esas palabras.

—¿Qué quereis decir?

—Que sin duda te tragará la tierra si eres perjuro, supuesto que los brazos del rey alcanzan á todas partes, y no dejará de llegar á tu cuello para cortar tu cabeza.

—Estad seguro de que no sucederá tal cosa. No debeis abrigar temores de que yo revele nada al alcaide.

—¿Tiene este castillo alguna salida subterránea?

—Muchas.

—¿Sabes tú adónde desembocan algunas de esas salidas?

—Yo conozco perfectamente todas las entradas y salidas de este castillo, como que me he criado en él.

—¿Tú has nacido aquí?

—Sí señor. Mis antepasados vinieron á España cuando la conquistó el valeroso Tarif. En un encuentro que tuvo el rey Don Pelayo con los sarracenos, mi abuelo fué hecho cautivo por el abuelo de mi señor D. Sancho Silo Ruiz, que gustaba mucho de los hombres de nuestra raza para emplearlos en su servi—

cio. El abuelo de mi señor llegó á juntar no pocos hombres y mujeres de mi casta, y D. Sancho tiene en el dia bastantes esclavos, hermanos mios. Pero ¡ay señor! si os fuera á contar mi triste historia y la de mis compañeros, os afligiria demasiado, además de haceros perder mucho tiempo.

—Esa será la única razon que me hará no detenerme á escuchar tus cuitas. Tengo mucha priesa, y asuntos de grande importancia reclaman mi atencion. Por lo demás, cree que tendria mucha complacencia no en saber vuestras desdichas, sino en poder remediarlas.

El pobre negro, aunque feroz y rudo, comprendió toda la delicada ternura de estas palabras, y fijó una mirada de gratitud en el noble caballero.

—Ahora bien, dijo Fromestano, lo que tienes que hacer es muy sencillo.

—Decid.

—Esta noche debes enseñarme la salida subterránea.

—Cuando gusteis, señor. Cabalmente yo tengo las llaves de todas las puertas.

—¿A qué hora podremos vernos sin que nadie lo advierta?

—A media noche.

—Durante el dia, ¿puedes tú salir del castillo?

—No lo hago con frecuencia; pero no me es imposible.

—Hoy es preciso que salgas.

—Lo haré así.

—Deberás salir en compañía de mi escudero, á quien le enseñarás el sitio donde desemboca la mina.

—Si os place, dentro de una hora podéis decir á vuestro escudero que me aguarde en el patio principal del castillo.

—No faltes, pues; dentro de una hora.

—Primero faltaria la luz del sol.

Fromestano estaba lleno de júbilo al ver la sincera adhesion de Gontrando, que le facilitaba maravillosamente la realizacion de sus proyectos atrevidos.

Pero el mancebo no demostraba su alegría; antes bien parecia poner todo su empeño en ocultarla. Su semblante gra-

ve, melancólico y varonilmente bello, imponia y subyugaba de una manera irresistible al carcelero.

—¿Y en dónde nos veremos nosotros á media noche? preguntó Fromestano.

—Si os parece, yo iré á buscaros á vuestro aposento.

—Me parece muy bien.

—¿Teneis alguna cosa mas que mandar á vuestro esclavo?

—Nada mas por ahora.

—Pues hasta la noche, señor.

—Hasta la noche.

Fromestano y el negro dieron algunos pasos en direccion opuesta; pero el hijo de Argerico volvió el pie atrás diciendo á Gontrando con aire amenazador:

—Te repito que tu cabeza me responde del secreto.

—Respondo con mi cabeza.

El carcelero se marchó á desempeñar sus repugnantes quehaceres.

El hijo de Argerico se volvió á su aposento, donde ya le esperaban impacientes sus hermanos y el infante, que le preguntó:

—¿Adónde has ido?

—A concertar un golpe maestro.

—¿Con quién?

—Con Gontrando.

—¿Y de qué se trata?

—De libertar á mi padre.

—¿Y qué has conseguido? preguntaron todos á la vez.

—He conseguido cuanto puede apetecerse en las actuales circunstancias.

—Esplícate.

Fromestano refirió á sus hermanos y al infante la escena ocurrida con el negro, así como tambien les manifestó las muchas probabilidades de éxito que tenia para llevar á feliz cima su proyecto.

Todos se manifestaron agradablemente sorprendidos de aquella noticia.

Pero la actividad de Fromestano era incansable.

Apenas habia referido á sus hermanos el atrevido golpe que meditaba, dió las órdenes convenientes á su escudero para que se viese con Gontrando en el sitio en que este habia prometido aguardarle.

En seguida, el enamorado Fromestano se dirigió al aposento de la encantadora Berengaria.

La hermosa doncella acababa de levantarse, cuando le anunciaron la visita del mancebo.

No es fácil describir la múltiple impresion que produjo en Berengaria la noticia de que Fromestano se hallaba en su aposento.

Por una parte, le infundia sérios temores la probabilidad de que su padre llegase á saber que había recibido en su cuarto al caballero. Esto era un espantoso crimen, segun las costumbres severas de la época.

Por otra parte, arrebataba el corazon de la candorosa vírgen la emocion dulce y grata que el amor habia despertado en su pecho desde que sus ojos vieron al hermoso Fromestano.

Además, un vivo sentimiento de curiosidad le inspiraba el deseo de saber el designio que abrigaba el jóven al demandar hablarle.

Todo esto, unido á la inclinacion que Berengaria sentia hácia el mancebo, hizo que ella concediese la entrevista que el caballero le pedia.

Tímida como la gacela del desierto, sonrojada como la rosa de mayo, modesta y melancólica como la violeta que oculta sus colores y su aroma en lo mas retirado del valle, esbelta y temblorosa como la palmera agitada por el soplo de los vientos, presentóse la encantadora Berengaria á la vista del agraciado mancebo, que á su vez la contemplaba profundamente conmovido y arrebatado en ese delicioso éstasis, vuelo divino conque el alma enamorada se remonta á las mágicas é ideales regiones que le pinta el fuego sagrado, la santa inspiracion de un amor puro.

Durante algunos momentos ambos jóvenes guardaron silencio.

Berengaria, curiosa y conmovida, no sabia qué pensar del motivo de aquella entrevista.

Fromestano, sumergido en el delicioso arrobamiento de la contemplacion de tanta belleza, no sabia cómo empezar su difícil plática.

—Sin duda os estrañará que me haya atrevido á venir á vuestro aposento, dijo al fin el caballero.

—Ciertamente no os esperaba.

—¿Os causa tal vez disgusto mi presencia?

—Disgusto no; pero os diré con franqueza, que temo que mi padre os sorprenda en mi estancia.

—He pensado en eso mismo, hermosa Berengaria, pero razones muy poderosas me han obligado á venir á hablaros. Además, os prometo que seré muy breve.

—Decid, caballero, decid lo que os plazca.

—A pesar mio voy á revelaros un gran secreto.

—¡A pesar vuestro! ¿Y quién os obliga?

—La mas imperiosa de las leyes, la del deber.

—Eso es otra cosa, caballero.

—Ante todo, hermosa Berengaria, os suplico que me perdoneis.

—¿Y qué ofensa me habeis hecho? preguntó la doncella.

—He ofendido á la virtud, y vos sois la virtud misma.

La jóven se puso encendida como una cereza, no tanto por la galantería que con ella habia usado el caballero, cuanto por el temor de que este hubiese cometido un crímen. Ella amaba á Fromestano y deseaba que fuese el mas virtuoso de los hombres.

El mancebo continuó:

—En el caso de que no aprobeis mi conducta, os suplico que guardeis el mas inviolable secreto para con vuestro padre acerca de lo que voy á deciros.

—Os prometo no revelar nada á nadie.

—Ya oísteis anoche la injusticia y la crueldad sin ejemplo que el rey D. Fruela habia usado con mi padre, sin mas causa que haberle este aconsejado siempre que huyese del vicio y practicase la virtud, y porque además le evitó que cometiese uno de los mas espantosos crímenes, el fratricidio.

—Anoche me estremecí de horror al saber las injusticias del rey.

—Nosotros, á fuerza de astucia y de tenacidad en nuestras investigaciones, logramos al fin averiguar el paradero de nuestro infortunado padre, es decir, supimos que habia sido conducido prisionero á este castillo, pero ignorábamos si vivia. En la duda en que nos hallábamos, teníamos mas bien razones para creer que el rey habia mandado darle muerte. Sumergidos en tan cruel incertidumbre, adoptamos un plan tan atrevido como de éxito dudoso; mas no vacilamos en llevarlo á cabo con tenacidad y valentía.

Al llegar aquí, Fromestano se sintió avergonzado.

Berengaria lo conoció.

Durante algunos momentos ambos guardaron profundo silencio.

Al fin la doncella se aventuró á preguntar:

—¿Y cuál fué el plan que adoptásteis?

—Rubor me cuesta el confesarlo, pero á eso he venido. Yo me presenté valientemente á D. Fruela, exigiéndole una esplicacion de su conducta para con mi anciano padre. El aleve monarca habia mandado prenderlo mientras que yo estaba ausente en servicio ¡oh infamia! del mismo D. Fruela, que tan cruelmente trataba á un anciano venerable que habia sido su ayo, y que en su juventud, lo mismo que en su vejez, habia prestado eminentes servicios á su patria, así en la paz como en la guerra. El rey me despidió con aspereza, y por entonces, no sin razon temí verme oprimido con el peso de sus iras. Yo, sin embargo, me mantuve aun en su obediencia, y aunque lamentaba su crueldad y mi desdicha, no por eso intenté lavar mis agravios con la sangre de la venganza. Callé, sufrí, me resigné, y acaso hubiéramos permanecido leales al rey, á pesar de nuestro justo resentimiento. ¡Oh Berengaria! Vuestra inocencia y vuestro candor han de sentirse conmovidos y admirados al saber la inicua afrenta que el insensato monarca, no contento con su injusticia para con mi padre, hizo á mi hermano, faltando á las sagradas leyes del honor. Admiraos, hermosa doncella, y que esta narracion os sirva para disculpar en algun tanto la conducta que despues hemos seguido. A la par que el pérfido D. Fruela mandaba encerrar en un castillo á mi

anciano padre, y que le sacasen los ojos con un hierro candente, se ocupaba tambien en una intriga amorosa que debia mancillar la honra de uno de los mas nobles caballeros de su corte. Este caballero era mi hermano Leandro, cuya esposa habia seducido y deshonrado el rey. La fortuna, ó mejor dicho, la Providencia, hizo que pocos dias despues de la prision de mi padre, se descubriese la nueva infamia del rey D. Fruela. Ya entonces nos faltó la paciencia para el sufrimiento; quisimos sacudir el yugo de tanta y tan vergonzosa humillacion, y desde aquel dia juramos una guerra á muerte y sin tregua al villano y pérfido monarca.

Fromestano se detuvo en su relacion como abrumado por sus dolorosos recuerdos.

La sensible Berengaria escuchaba este relato atónita, y á la vez encendida en santa indignacion.

Luego continuó Fromestano:

—No habiendo encontrado ningun medio de obtener de Don Fruela que nos revelase el paradero y la suerte de nuestro padre, y habiendo sabido que este, vivo ó muerto, se hallaba en el castillo de los Lamentos, resolvimos presentarnos al alcaide como recaderos del rey, que traían el mandato de que fuese puesto en libertad el infeliz anciano, á quien vuestra caridad ardiente y sublime ha dispensado tantos beneficios. Veniamos resueltos á morir ó á salvar á nuestro querido padre. Por lo pronto, nuestra empresa tuvo un resultado que nos llenó de júbilo, cual fué averiguar que nuestro padre aun vivia. Con harta razon temíamos que el alcaide del castillo descubriese fácilmente nuestra intriga, pues en el caso de que el rey hubiese mandado dar la muerte á Argerico, no podria menos de parecerle estraña y absurda la demanda de que pusiese en libertad no á un prisionero, sino á un difunto. Ahora bien, hermosa Berengaria, vuestro padre sin duda ha sospechado la verdad, é intenta averiguarla de todo punto, enviando al rey un mensagero que le refiera lo acaecido. El alcaide desea ganar tiempo á todo trance, y nos detendrá aquí bajo cualquier pretesto hasta tanto que regrese el mensagero. Entonces el desenlace, lo confieso francamente, será para nosotros funestísimo. Vuestro padre sa-

brá que le ibamos á arrebatar el prisionero, al mismo tiempo que es casi seguro que recibirá órdenes del rey para que con nosotros se haga exactamente lo mismo que se hizo con mi desventurado padre. Y aun me atrevo afirmar que D. Fruela no quedará contento con que el infante, aunque inocente, sea encarcelado y se le prive de la vista, sino que de fijo mandará que se le quite la vida.

—¡Qué horror! ¿Es posible que el rey de tal manera aborrezca á su hermano? ¡D. Fruela es un segundo Cain!

—No tengais la menor duda en lo que os he dicho.

—Os he escuchado con atencion, y aunque al principio temí que hubiéseis cometido algun crimen, cuando con tanto empeño me habeis demandado que guarde el mas inviolable secreto, me he convencido despues que no habeis hecho mas que ser buenos hijos. Es verdad que habeis usado de una astucia que yo no aprobaré nunca, pero que tampoco me atreveré á condenar. Yo en vuestro lugar acaso hubiera hecho lo mismo por mi padre. Así, pues, os prometo no decir nada á nadie, pues no creo que sea un gran delito que os hayais valido de la astucia, cuando vosotros y vuestro padre habeis sido víctimas de la mas negra traicion.

Fromestano, al escuchar tales palabras, exhaló un doloroso suspiro.

—¿Por qué os afligís? preguntó Berengaria.

—Aun no os lo he dicho todo...

—Creí que habíais concluido. Decid cuanto os plazca.

—Temo disgustaros.

—Supongo que no será vuestro deseo obligarme á que yo sea cómplice de un suceso que podrá tener para mi amado padre las consecuencias mas desagradables. Decis que el rey es de carácter tan cruel, y esta es una razon mas para que su furor caiga mas terrible sobre mi padre, si este deja escapar un prisionero de tanta importancia, y cuya custodia le estaba encomendada... ¡Dios mio! ¡Qué ansiedad tan dolorosa para mí! ¿Por qué habeis venido á este castillo para turbar la calma de mi corazon? ¡Ah! Perdonad, caballero, perdonad lo que digo... ¡Vos no teneis la culpa! ¡Vos habeis obrado digna y va-

lientemente en venir!... ¿Por qué el rey ha sido tan feroz y tan injusto, que nos ha proporcionado tanta amargura?

Y la encantadora Berengaria se enterneció de manera que las lágrimas brotaban de sus ojos.

Efectivamente, era por demás cruel la situacion en que la hermosa doncella se encontraba. Comprendia cuán natural era la conducta que habian seguido los hijos de Argerico, y por otra parte, no podia menos de agradecer la noble confianza que le habia hecho Fromestano, á quien ella amaba ya; así como tambien se habia apercibido del amor que le profesaba el caballero. Las mujeres en este punto son muy perspicaces, y conocen fácilmente la impresion que producen, aun suponiendo en los galanes la mas escrieta reserva.

Pero si Berengaria miraba con interés indecible á Fromestano, tambien es cierto que le inspiraba terror la idea de que su padre tuviese que sufrir no las reconvenciones, sino la cólera del rey por haber permitido la evasion de Argerico.

—¡Berengaria! esclamó al fin con voz solemne Fromestano. Yo vengo á daros cuenta de todos nuestros proyectos. Hoy mismo, en esta fortaleza, poco antes de venir á vuestro aposento, he combinado los medios de libertar á mi querido padre.

—¡Qué estais diciendo, caballero! Por piedad, no me digais nada de lo que intentais.

—Hermosa Berengaria, yo no puedo menos de cumplir lo que creo un deber sagrado. Mi corazon me dicta que en estas circunstancias no puedo ni debo ocultaros nada de lo que mis hermanos y yo pensamos llevar á cabo. Vos sabeis sin duda que este castillo tiene algunas minas que desembocan á larga distancia. Pues bien, esta noche, cuando todo esté en silencio, pensamos llevarnos á nuestro padre conduciéndole por el camino subterráneo, á cuya boca nos será fácil llegar sin peligro, porque nos hemos proporcionado un guia fiel y esperto...

—Callad, caballero, interrumpió la hermosa doncella. Os vuelvo á suplicar que nada me digais. ¡Tened piedad de mi, caballero! ¿Por qué habeis venido á referirme todo eso?

—¡Por qué! Os lo voy á decir, generosa Berengaria... La hermosura siempre conmueve irresistiblemente el corazon del

Lám. 7.ª



Y la encantadora Berengaria se estremeció de manera que las lágrimas brotaban de sus ojos.

hombre; pero la virtud posee mas sublimes encantos... En medio del horror de la noche, en el silencio sepulcral de un subterráneo donde yacía un anciano débil, afligido, sangrientamente mutilado, he visto al pálido fulgor de una lámpara á una vírgen tan bella como la esperanza, tan pura como la luz del sol, tan respetable y santa como la caridad. ¿Quién pudiera mirar tanta belleza y tanta virtud sin respetarla y sin conmoverse? Todos los hombres hubieran hecho lo mismo en presencia de un tan patético y sublime espectáculo; pero yo he hecho mas, yo he tenido el atrevimiento de amar á la hermosa vírgen que he visto vagar, como un ángel de consuelo, en las profundidades lóbregas de los calabozos.

Berengaria, al comprender que se trataba de ella, se puso encendida como si una llama abrasase sus megillas.

Fromestano continuó:

—¡Ya lo he dicho, hermosa Berengaria, yo os amo! Perdonad mi atrevimiento... ¡Cuán feliz sería yo si miráseis con amor él amor que siente mi alma... Yo no quiero engañaros, por eso os he querido revelar todos mis proyectos. ¿Me preguntais por qué os lo digo todo? ¡Ah Berengaria! Yo me moriria de dolor y de vergüenza al pensar que vos me juzgábais como á un impostor infame y despreciable.

—¡Nunca! ¡Nunca! respondió con viveza Berengaria.

—Quiero que lo sepais todo, para que no podais pensar que despues que anoche os hablé y os admiré por vuestra caridad para con mi anciano padre, he sido capaz de hacer sin vuestro conocimiento una accion que puede traer funestas consecuencias para vuestro padre.

—Si supiérais el daño que me estais haciendo con vuestras revelaciones, tendriais compasion de mí, caballero. ¡Cuánto mas no valdria que hubiéseis llevado á cabo vuestra resolucion, que no manifestarme un proyecto que me causa la mas horrible angustia! Si nada supiese de tal cosa, no me pondriais en la situacion cruel en que me encuentro ahora, pues me veo en la necesidad de impedir á todo trance y con todas mis fuerzas el que realiceis vuestro intento, perjudicial á mi padre, ó por tal de que el desgraciado Argerico, que tanta compasion me inspira,

recobre su libertad, deberé guardar un silencio culpable y funesto para el autor de mis dias. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué debo yo hacer en este caso? ¿Qué quereis que yo haga, caballero, en situacion tan crítica, y para mí tan dolorosa?

—Os dejo en la mas completa libertad. Cabalmente ese ha sido mi deseo y mi intencion al dar este paso. Yo me considero como un paladin que va á combatir con otro. Ya estamos en el campo, y los dos armados. ¡Hermosa Berengaria! Podeis obrar como mejor os plazca. Si yo liberto á mi padre, me gozaré tanto como me lo permita el recuerdo de que tal vez he proporcionado un pesar á vuestro sensible y generoso corazon. Si mis hermanos y yo sucumbimos en nuestra empresa, será una batalla perdida, pero con noble intento empeñada y con valor sostenida por ambas partes; mas no se dirá que ninguno de los combatientes triunfó por alevosía. Solo me resta añadir, que si con vos he usado tal conducta, es porque os amo, virtuosa Berengaria, porque vuestra alma generosa y pura ha despertado en mi espíritu el sentimiento sublime de la mas santa adoracion hácia vuestra virtud y vuestra belleza.—¡Adios, Berengaria, adios!

Y así diciendo, el gallardo y noble caballero besó respetuosamente la mano de la hermosa, y se dispuso á salir de la estancia.

Pero Berengaria le detuvo.

—Deteneos, caballero, dijo, deteneos un instante. Aun tengo que hablaros.

Fromestano obedeció la indicacion de la doncella, que permaneció despues durante algunos momentos profundamente pensativa.

Al fin dijo:

—¡Todas mis dudas se han resuelto! ¿Por qué he de negaros que habeis despertado en mí un sentimiento desconocido?...

Berengaria bajó los ojos con la modesta timidez de la virgen, que por vez primera confiesa su amor palpitante de emocion, y con voz temblorosa como el amoroso arrullo de la cándida paloma.

Desvanecida algun tánto su turbacion, la doncella continuó:

—Yo siento mucho lo que vais á hacer; pero no puedo con-

denarlo, y acaso me sería mucho mas sensible el ver que no lo intentábais. ¿Quién no se complace en el espectáculo que presentan tres mancebos que, llevados del santo amor filial, se arrojan con noble brio á una empresa temeraria por salvar á su pobre padre de las angustias y del horror de una prision perpétua? El noble Argerico ha sido víctima de la injusticia mas feroz, y por lo tanto, segun lo que á mí se me alcanza, ningun vasallo debia obedecer los mandatos del rey, cuando este mandase que se ejecuten crímenes. Si mi padre me mandase cometer una infamia, yo no debería obedecerle, porque mi alma no es de mi padre, sino de Dios.

—¡Mujer divina! esclamó el jóven, arrebatado de entusiasmo y de ternura. ¡Tú no sabes lo que vales, ni lo que puedes, ni de lo que eres capaz! La voz de la inocencia, á la par que el acento de la sabiduría, ha hablado por tus labios como un espíritu del cielo. Tú has encontrado mi conducta. Efectivamente, ¿se puede contrarestar la violencia mas que con la violencia misma?

—Vuestro deber es salvar á vuestro padre. Mi deber es callar y rogar al cielo que vosotros realiceis con felicidad vuestra arriesgada empresa, y que este suceso tampoco sea causa para que mi querido padre esperimente el peso de la cólera del rey. Mientras que esta noche mi padre, sin recelar nada de lo que intentais, estará durmiendo, vosotros estareis velando inquietos, y yo entre tanto... ¿Qué debo hacer? Yo velaré tambien, pero estaré orando por todos. ¡Quiera el cielo escuchar mis oraciones!

Calló Berengaria, y Fromestano clavó una mirada dulcísima en el semblante de la vírgen, una de esas miradas elocuentísimas en que el alma parece asomarse á los ojos para publicar todo lo mas íntimo y sublime de sus sentimientos.

—Veo que sois un ángel, dijo el caballero con una ternura infinita, y yo bendigo al cielo, que me ha hecho encontrar en mi camino la estrella que yo buscaba. Yo creía dar un paso generoso y leal al descubriros nuestro proyecto, porque yo no queria ser aleve ni engañar á quien ha dispensado tantos beneficios á mi desdichado padre, y á quien mi alma tributa la santa adoracion que ella se merece por sus virtudes; pero veo que tam-

bien me habeis vencido en generosidad. Yo venia resuelto á manifestaros nuestro plan, pensando que tal vez dariais cuenta de todo á vuestro padre, y, lo confieso francamente, me lisonjeaba esta idea, porque decia: «Aun sin revelar nada á la hermosa Berengaria, es muy posible que su padre descubra nuestra intencion y nos sorprenda al ejecutarla, porque pudiera vendernos la persona de quien nos hemos valido. Nuestra suerte en este caso no podria menos de ser tan horrorosa como lo ha sido la de nuestro anciano padre; pero si tantas desdichas llegan á caer sobre mí, viniendo de mano de la mujer á quien adoro, si por no engañarla, si por no aparecer á sus ojos como un infame, si por decirle sincera y valientemente lo que mi alma piensa, he de sufrir el peso de tantas desventuras, yo las soportaré gozoso si en medio de tan horrible infortunio viene la voz de Berengaria, como una armonía divina, á dirigirme palabras de consuelo.»

La enamorada vírgen se estremeció de horror solo al pensar que pudiese ver á Fromestano, tan jóven y tan hermoso, con los ojos, en donde ahora brillaba el fuego del amor, saltados de sus órditas y sumergido para siempre en un calabozo del subterráneo.

Fromestano añadió:

—No quiero que me venzais en generosidad. Desde ahora renuncio á mi proyecto, ó por mejor decir, desde ahora intentaré salvar á mi padre por otros medios.

—Siempre tendreis que usar de la violencia ó de la astucia. No os queda mas remedio que seguir vuestro plan, ó resignaros á ver con paciencia las desdichas de vuestro padre.

—Vuestra voz celestial estingue en mi corazon todo movimiento de ira y de violencia, y por la primera vez de mi vida encuentro un encanto desconocido, una dulzura infalible en la palabra «resignacion.» —Pero aun pudieran intentarse otros medios mas suaves y mas dignos de hombres amantes de la justicia.

—¿Qué medios son esos?

—¿No creeis que vuestro padre se avergonzaría de ser el verdugo que ejecutase las órdenes de D. Fruela? ¿Tan ciego es

el respeto que el rey le inspira, que así se presta á ser instrumento de las crueldades mas atroces? Si se le revelase toda la verdad del caso, ¿no se conmoveria vuestro padre en nuestro favor?

Berengaria sacudió tristemente la cabeza con aire de incredulidad.

—Mi padre, dijo al fin, considera al rey como á una persona sagrada, y obedece las órdenes de D. Fruela como si fuesen preceptos del mismo Dios.

Fromestano hizo un ademan de disgusto y abatimiento.

—¿Qué teneis? preguntó. ¿Por qué estais inquieta?

—Temo...

—¿A quién?

—Que mi padre llegue á saber que habeis estado en mi aposento.

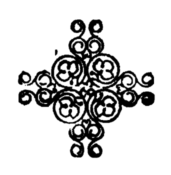
—Procuraré que nadie me vea.

—Es muy posible que al salir os encontreis á mi padre, porque á estas horas suele venir todos los dias.

—Precisamente ahora mismo pienso ir á hablar á vuestro padre.

—Al contrario, él es el que viene á hablaros muy sériamente, dijo una voz áspera que resonó como un trueno á espaldas de Fromestano.

Un rayo que se hubiera desplomado sobre el castillo hubiera aterrado menos á los dos jóvenes, que la brusca aparicion del alcaide.



CAPITULO XX.

Donde se ve lo que hizo un buen sacerdote.

El astro esplendoroso del dia iba ocultando su roja frente en el ocaso, pareciendo que moria para un hemisferio, pero á la vez renaciendo en el oriente para la otra mitad de la esfera. Así el alma del hombre, en el momento mismo en que nos parece que oculta su esplendor en las frias tinieblas de la muerte, saltando las murallas del tiempo, renace en los brillantes horizontes iluminados por un sol que nunca se pone en las esferas de la eternidad.

Bella como la luz de la argentada luna, y melancólica como el último suspiro del dia, estaba una doncella en la plataforma de una de las torres del castillo, contemplando con éstasis sublime la ancha zona de púrpura que en pos de sí dejaba el sol, como si el cielo se ruborizase al ver pasar por sus dilatados senos el diamantino y refulgente carro, desde donde el rey de los astros, vívido y pródigo y magestuoso, derrama los dias, como centellas rutilantes que, al fin, van á perderse en la noche de los tiempos.

Berengaria, fijos los ojos en occidente, aspiraba, por decirlo así, la dulce melancolía que en aquella hora de misterio y de amor exhalaba de su seno la creacion entera.

¿Quién podrá decir lo que en el alma de la doncella pasaba? ¿Dónde podrán hallar los mortales palabras y colores capaces de pintar esa armonía divina, ese encanto, ese dulce afan, ese vago y delicioso sentimiento que aparece en el alma de la tímida vírgen, revelándole nuevos secretos, tesoros nuevos de

la vida, del espíritu que siente, cuando por la primera vez escucha dentro de sí misma el aéreo y misterioso acento de esa pasion que lo engrandece y vivifica todo, y que tiene por nombre *Amor?*

La vida hasta entonces se habia deslizado para la encantadora Berengaria como el cristalino arroyuelo que serpentea sosegado y oculto entre las flores del valle. La ternura infinita de su corazon virginal no habia tenido hasta entonces mas que esa manifestacion sublime que llamamos caridad. La hija del alcaide estaba dotada de una sensibilidad esquisita, de una ternura inefable.

Y esta misma ternura era como la antorcha sagrada que infundia nuevos esplendores á su entendimiento, que la doncella aplicaba siempre y á todas las cosas con una exactitud admirable, y es que la caridad es mas que la inteligencia, es la inteligencia de Dios, que nunca se equivoca.

Ya habian pasado para la doncella aquellos dias inocentes y gozosos de la infancia, en que la vida y la naturaleza aparecian siempre á sus ojos con júbilo y sonrisa.

Sin embargo, hasta en la edad dichosa de la inocencia infantil, la ternura de su corazon habia hecho derramar á Berengaria las dulces lágrimas de la compasion, que valen mas aún que el rocío del cielo.

Desde muy niña Berengaria se habia quedado huérfana y al cuidado de una anciana servidora, á quien profesaba un cariño verdaderamente filial.

Y cuando en las hermosas mañanas de la primavera salia acompañada de su aya á respirar el aire libre y perfumado, y á recorrer la pradera, cubierta de rocío, si por casualidad los servidores que la seguian encontraban algun nido que intentaban regalar á su jóven señora, la encantadora niña comenzaba á llorar amargamente, y prohibia á sus criados que arrebatasen los pajarillos á su madre, que, angustiada y llena de temor, exhalaba dolorosos trinos, como rogando á los crueles cazadores que no la privasen de los inocentes frutos de su amor.

¡Tan angelical era la índole, desde niña, de la hermosa Berengaria!

Ahora, despues de la edad infantil que para siempre habia pasado con sus fugaces tristezas y con sus puras alegrías, el alma de la vírgen reconceptraba en sí misma un nuevo y misterioso aliento de vida que la impulsaba á remontarse en sus alas de fuego á las mágicas y desconocidas regiones de otra existencia de amor y de pasion y de ilusiones juveniles, que ahora, por último, comenzaba por ella.

La imágen del apuesto Fromestano no se apartaba un punto del corazon de la tímida vírgen, que tenia los ojos inundados de lágrimas.

La hora del crepúsculo predispone siempre á la melancolía, especialmente á las almas sensibles y que abrigan el sentimiento de un amor profundo.

Berengaria, al recordar la varonil hermosura y la nobleza y lealtad de carácter del hijo de Argerico, á la par que las desdichas que le amenazaban, sentia hácia él un respeto, un amor y una compasion sin límites.

Por otra parte, la doncella era víctima de la mas dolorosa inquietud, porque deseaba saber el resultado de la conferencia habida entre su padre y Fromestano.

Debemos advertir que cuando el alcaide se presentó tan repentinamente en el aposento de su hija, tanto para esta como para el recadero del rey, manifestó el mayor desagrado y el mas iracundo ceño.

En seguida D. Sancho Silo Ruiz, lanzando una mirada severa á Berengaria, invitó á Fromestano para que le siguiese á su habitacion.

Fromestano obedeció la indicacion del alcaide, y ambos estuvieron departiendo largo rato á solas y á puerta cerrada.

La enamorada doncella temia, atendido el carácter un tanto violento de su padre, que de aquella conferencia pudiese surgir algun enojoso lance.

Berengaria, pues, habia resuelto hablar á su padre en favor del anciano Argerico y de sus hijos, que tan valientemente se arrojaban á los mas espantosos peligros por salvar de su horrible y perpétuo encierro á su padre desventurado.

La jóven se paseaba con impaciencia, y demostrando en

su actitud que sin duda aguardaba el momento de una cita.

Los últimos rayos del sol venian á herir las almenas de la torre en que se hallaba la doncella, cuando apareció un personage de magestuoso continente que saludó á Berengaria con esa noble y cariñosa familiaridad que tan bien sienta á la ancianidad y al sacerdocio.

Durante algunos momentos ambos guardaron silencio. El anciano sacerdote contempló por algun tiempo el soberbio espectáculo que allí á sus ojos se ofrecia.

—¡Cuán grande y benéfico, Dios mio, apareceis en todas vuestras obras! esclamó el sacerdote mirando al cielo enrojecido, y al sol que se hundia en occidente.

La doncella estaba inmóvil, con los ojos bajos y como avergonzada.

Al fin se aventuró á preguntar con tímido y dulce acento:

—¿Habeis sabido algo?

Tu padre está muy mal prevenido contra los recaderos del rey.

Berengaria palideció al recordar que los hijos de Argerico se habian presentado en el castillo sin llevar autorizacion alguna de D. Fruela.

—Cuando yo vine á este sitio, aun permanecia con mi padre el hijo de Argerico.

—Y la conferencia se ha prolongado hasta poco hace, respondió el sacerdote.

—¿Luego nada habeis sabido de lo que han hablado?

—No ha habido tiempo para ello, so pena de faltar á la cita que me habias dado aquí. Todo lo que puedo decirte, es que tu padre se ha quedado muy taciturno y pensativo despues de la entrevista que ha tenido con ese caballero.

—Esa es muy buena señal, dijo Berengaria. Tal vez le hayan hecho impresion á mi padre las revelaciones de Fromestano.

—Ahora bien, ¿qué me querias decir?

—Bien sabeis que jamás os he ocultado nada.

—Y no creo que hayas tenido motivo para arrepentirte.

—Al contrario, vuestra sabiduría y vuestra ternura han sido

siempre para mí un bálsamo de consuelo, cuando he recurrido á vos en mis dudas y aflicciones.

—Hasta ahora, hija mia, todas tus dudas y aflicciones han sido de muy poco momento. ¡Quiera el cielo que desde hoy no comiences á sentir el verdadero peso de la vida!

—Voy á referiros todas las cosas punto por punto, como han sucedido.

Berengaria refirió al anciano sacerdote todo lo que ya sabe el lector respecto al encuentro inesperado que habia tenido con los hijos de Argerico en el subterráneo.

Cuando el capellan del castillo supo las iniquidades que D. Fruela habia cometido con el infante Wimarasio, al cual conocia de oidas por su buena fama, con el anciano Argerico y con su hijo Leandro, á cuya esposa habia seducido; y por último, al saber la conducta del rey con la infeliz é inocente Doña Munia, la indignacion del buen sacerdote llegó á su colmo.

—Si tu padre ha obedecido al rey, es porque ignoraba hasta qué punto eran criminales é injustos sus mandatos.

—Además, añadió Berengaria, el noble Fromestano se ha conducido conmigo con una delicadeza sin igual. Cuando esta mañana fué á buscarme á mi aposento, me reveló...

La doncella vaciló algunos momentos, y permaneció pensativa como si reflexionase sobre la gravedad de lo que iba á decir.

—¿Qué te ha revelado? preguntó el sacerdote. Dímelo todo, hija mia, para que yo pueda formar juicio de lo que conviene hacer.

Berengaria refirió al anciano lo que el hijo de Argerico le habia manifestado respecto á la estratagema de que se habian valido los cuatro caballeros, fingiéndose enviados de D. Fruela.

—¡Bien lo sospechaba tu padre! esclamó Benigno, que asi se llamaba el sacerdote.

—Ya tambien me ha indicado Fromestano sus temores de que mi padre sospechaba en algun modo de la verdad del mensage.

—Pero lo que no te habrá dicho, porque él lo ignora, es que tal vez esta misma noche, ó á mas tardar mañana, regrese

Munio con cartas del rey, en que no solamente se desmienta lo que han dicho esos caballeros, sino que tambien es casi seguro que el rey mande se les imponga el mismo castigo que ordenó para el infeliz Argerico.

—Fromestano, aunque ignora lo que vos me habeis dicho, sospecha sin embargo, que la intencion de mi padre es detenerlos aquí hasta averiguar si efectivamente son enviados del rey. ¿Pero creeis que el rey mandará tambien aprisionar á estos generosos caballeros? Yo tambien he pensado en esto mismo, y me estremezco de horror solo en pensarlo.

—Lo creo muy posible.

—¿Y consentiréis, si tal caso llega, que mi padre obedezca órdenes tan crueles?

—La responsabilidad ante Díos y los hombres será del rey, no de tu padre.

—Pero nunca debemos hacer cosas malas, aunque nos las manden ejecutar.

—¿Qué entiendes tú de eso, Berengaria? dijo el anciano sacerdote, despues de mirar fijamente y con cierta espresion de ternura y de respeto á la doncella, que respondió con encantadora sencillez:

—Es verdad, señor, yo nada entiendo de esas cosas; pero el corazon me lo dice.

El anciano y virtuoso Benigno guardó silencio.

Berengaria continuó:

—Ciertamente que ni Fromestano ni sus compañeros merecen que el rey los trate con tan horrible crueldad, supuesto que son inocentes, y todo su delito consiste en haber sido buenos hijos. Además, que su conducta para con mi padre es acreedora á alguna consideracion.

—¿Pues qué han hecho ellos mas que tratar de engañar á tu padre?

—Pero despues han tratado de lavar esa mancha, si lo es.

—Nunca es lícito mentir, aunque nos vaya en ello la vida.

—Pero cuando se trata de la vida y del bienestar de un padre, no es lo mismo. Al que en igual caso no hiciera lo que estos jóvenes han hecho, lo miraría yo como á un hombre sin

corazon. Os lo digo con franqueza, no me gustaria que Fromestano hubiese obrado como vos decís.

—Lo que yo digo, respondió el sacerdote con cierta severidad, es lo que está conforme con el precepto de Dios.

—De manera es, señor, que tampoco se les ha de exigir á todos que sean unos santos.

—¿Y por qué no se les ha de exigir?

—Eso á Dios toca exigirlo; pero á mí solo me toca mirar con indulgencia lo que hayan podido hacer estos caballeros, acongojados por la triste suerte de su anciano é inocente padre.

—Bendita seas, Berengaria, porque has hablado en espíritu de verdad. Sé siempre así, hija mia, sé siempre caritativa. La virtud que en tan alto grado posees, no morirá nunca, ni aun en la eternidad. Pasan la fé y la esperanza, que solo se necesitan en este siglo; pero la caridad, como dice el Apóstol, nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías y césar las lenguas y ser destruida la ciencia. ¡La bendicion del cielo caiga sobre tí, Berengaria!

La vírgen se ruborizó como la tímida modestia se ruboriza siempre al escuchar una alabanza, por mas que sea merecida.

—Fromestano, añadió Berengaria, es además un cumplido caballero, y agradece en estremo cualquier beneficio. Sin mas razon que haber visto anoche el interés que me inspira su anciano padre, ha venido hoy á revelarme no solamente lo que ya os he referido, sino tambien un proyecto que esta noche pensaba llevar á cabo, y cuyo secreto era para los hijos de Argerico de la mayor importancia. La revelacion de que os hablo os probará hasta qué punto es noble y sincero el carácter de Fromestano.

Y Berengaria refirió al sacerdote cuanto ya sabe el lector respecto á los preparativos que Fromestano tenia hechos para la evasion de su padre.

—¡Fromestano te ama! esclamó de pronto el sacerdote.

—¡Así lo creo! respondió con sencillez Berengaria. ¡Y yo tambien le amo! ¿Es delito el amar?

—No, hija mia; pero el alma pierde con el amor la dulce paz y la tranquila inocencia de la edad primera. No por eso, hija

mia, condeno yo un sentimiento que Dios en su infinita bondad ha querido infundir al corazon del hombre, la mas noble y perfecta de todas las criaturas. El amor es lo mas santo que existe sobre la tierra, todo en el universo se vivifica y perpetúa por el amor. El amor es el orígen de todo lo bueno que hay en la naturaleza humana. La esposa, la madre, el hijo, el hermano, ¿existirian ó podrian existir en toda su grandeza sublime, si no fuese por el amor? El amor es tambien el orígen de la amistad, de la abnegacion, del sacrificio. ¡Cuán grande y bello es el amor! Cristo amó á los hombres, y por su amor infinito fueron rescatados. Hasta el cielo en sus mas santos y puros goces no sabe ofrecer á los espíritus mas que amor, y amor sin límites en la duracion y en la intensidad.

—Así es como mi alma comprende el amor; pero al principio, cuando creí que condenábais este afecto santo, me causásteis la inquietud mas dolorosa.

—Ya te he dicho que el amor lo llena todo, el cielo y la tierra. Sin embargo, al decirte que el alma pierde con el amor la dulce paz de la aurora de la vida, solo he querido manifestarte que es muy difícil encontrar un objeto digno de amor en toda la estension de la palabra.

—Veo que sois muy rigoroso.

—El amor, hija mia, es el tesoro del alma, que no tiene precio, y por lo tanto, no debe enterrarse en un muladar.

—Yo tambien creo lo mismo; pero debemos contentarnos con lo que la prudencia debe exigir de la naturaleza humana. Nadie, sino Dios, es perfecto, de manera que hasta las mismas imperfecciones son causa de que los amantes se dén muestras de su cariño, llevando pacientemente sus flaquezas.

El sacerdote fijó los ojos en la doncella con cierto aire de admiracion y de respeto.

—Por otra parte, debemos fiarnos de lo que el corazon nos dice, cuando nuestras intenciones son puras. Puede ser que yo me engañe; pero me parece que Dios siempre nos conduce al bien, si nuestra voluntad es buena. ¿No lo creeis así?

—Tienes razon, hija mia. Deja á tu corazon cándido y puro que sea el oráculo fiel de tu amor y de tu felicidad.

—Yo tengo la conviccion mas profunda de que Fromostano me ama, y de que es digno de mi amor.

—Hasta ahora su conducta demuestra un gran fondo de virtud y de lealtad. Yo le profeso ya cariño tan solo con saber que te ama y que te ha revelado su proyecto, para que no le tengas por traidor ni por ingrato.

—Debo añadir dos palabras sobre el proyecto de los hijos de Argerico.

—¿Aun no lo has dicho todo?

—No he querido ofenderos haciéndoos una prevencion que Fromestano me indicó para en el caso de que yo no aprobase su conducta. Me encargó que nada dijese á mi padre, porque tal vez Fromestano pensaba desistir de su intento, si yo me oponia.

—¿Y te opusiste?

—No señor. Le dejé en libertad de que por todos los medios que estuviesen en su mano, procurase conseguir la libertad de su padre.

—¿Y no has pensado, hija mia, en las desagradables consecuencias que puede tener para tu padre la evasion de Argerico?

—He pensado en ello, y ese pensamiento me ha sido en estremo doloroso; pero mayores desdichas ha tenido que llorar Fromestano al ver la injusticia y horrible crueldad con que el rey ha tratado á su padre. Así es que yo le prometí solemnemente no hacer nada para impedir que llevase á cabo su propósito, proponiéndome dejar correr los sucesos segun la voluntad de Dios.—Ahora bien, despues que ya lo sabeis todo, es cuando me atrevo á suplicaros que nada digais á mi padre...

—Descuida, Berengaria, descuida sobre ese punto.

—Os encargo la reserva solo en el caso de que el hijo de Argerico no haya dicho á mi padre nada de su proyecto.

—Desde luego se puede afirmar que nada le habrá revelado.

—Así parece á primera vista; pero debo advertiros que el buen Fromestano se conmovió profundamente al ver que yo ni aprobaba ni condenaba su conducta, aunque sí me lamenté de

que pudiesen sobrevenir algunas desdichas á mi padre á consecuencia de esta evasion, y por lo tanto, el noble hijo de Argerico pareció desistir de su primer intento, y aun me indicó que iba á hablar á mi padre con la misma noble franqueza que habia usado conmigo.

—Decididamente, Berengaria, ese caballero es digno de que hagamos en su favor todo lo que esté en nuestra mano para que consiga la libertad de su anciano padre.

—Justamente para eso he invocado vuestro auxilio.

—Y puedes contar con él, hija mia.

—¡Gracias, señor, gracias! Eternamente vivirá en mi memoria no solamente la gratitud por el beneficio que habeis dispensado al hombre á quien amo, sino tambien el respeto y la adoracion que me inspiran vuestra virtudes.

—Vamos ahora mismo á ver á tu padre.

—¿Os parece que yo me retire?

—No, hija mia, tú tambien me acompañarás.

Pocos momentos despues, el anciano sacerdote y Berengaria se hallaban en el aposento del alcaide, que aun permanecia asaz meditabundo de resultas de la entrevista que habia tenido con Fromestano.

El sacerdote juzgó que ante todas cosas le convenia averiguar lo que su amigo D. Sancho habia hablado con el hijo de Argerico. Así, pues, entabló su plática diciendo:

—Paréceme que estais muy pensativo. ¿Qué hay de nuevo?

—Mucho mas de lo que podia esperarse.

Y D. Sancho Silo Ruiz clavó una mirada penetrante en su hija, que se hallaba al lado del sacerdote.

Berengaria bajó los ojos.

—Buen disgusto me causaste esta mañana, dijo el alcaide entre risueño y enojado.

—Ya os habrá dicho el caballero la causa de hallarse en mi aposento.

—Todo me lo ha referido.

—¿Y qué juicio habeis formado del hijo de Argerico? preguntó el sacerdote.

—Que es el mas cumplido caballero que conozco.

La enamorada virgen al oir estas palabras de su padre, sintió palpitar su corazon con un júbilo inmenso. Esperimentaba la doncella esa emocion inefable que esperimenta siempre la mujer cuando oye hablar con entusiasmo del hombre á quien adora.

Fromestano, en efecto, habia producido la impresion mas favorable en el ánimo de D. Sancho, cuyo carácter habia simpatizado vivamente con el carácter caballeresco y esforzado del mancebo.

—¿Y qué os ha dicho Fromestano? preguntó Benigno.

—Cosas que me han admirado.

Y el alcaide refirió al capellan las injusticias del rey Don Fruela, el fingido mensage de los hijos de Argerico, y el proyecto que tenian de salvar al prisionero aquella misma noche.

—¿Y qué pensais de todo eso?

—Que Fromestano, si hubiese querido, me habria puesto en un terrible compromiso con el rey.

—¿Luego convenis en que os ha hecho un beneficio?

—Que yo le agradezco.

—Pero la gratitud debe manifestarse con obras.

—Yo deseo vivamente que llegue una ocasion en que poder probarle á Fromestano cuánto estimo su conducta generosa.

—Pues la ocasion ha llegado ya, amigo mio.

—¿En qué puedo complacerle?

—¡Donosa pregunta!

—Si vos sabeis que yo puedo hacer algo en su favor, decídmelo al punto, pues lo haré con la mejor voluntad.

—Podeis hacer mucho y bueno.

—Veamos.

—¿En qué habeis quedado con el hijo de Argerico?

El alcaide miró á su hija con una espresion que podia traducirse en estas palabras:

—No quisiera que Berengaria estuviese presente, pues hemos tratado de ella.

El buen sacerdote comprendió perfectamente la significacion de aquella mirada, y por lo tanto se apresuró á decir:

—No importa que Berengaria se halle presente; al contra—

rio, es indispensable que nos oiga, porque vamos á tratar de cosas que le interesan mucho.

D. Sancho miró á Benigno con cierta estrañeza.

—No comprendo, dijo, en qué puede interesar á Berengaria nuestra conversacion. Por lo demás, Fromestano y yo hemos convenido en que se ausentará él y sus hermanos de este castillo despues de despedirse de su padre, y por mi parte le he ofrecido que le permitiré venir cuantas veces quiera, con las convenientes precauciones, á visitar al anciano Argerico.

—¿Y no habeis tenido en cuenta que ni aun siquiera debiais haber hecho esa promesa, segun vuestro modo de pensar?

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que para cumplir lo que habeis prometido á Fromestano, debiais no haber enviado vuestro mensage al rey, supuesto que sabiendo D. Fruela que han venido ya aquí fingiéndose sus recaderos, tendreis que optar entre uno de dos estremos, es decir, desobedecer al rey y cumplir vuestra promesa, ó al contrario, faltar á lo prometido y obedecer á Don Fruela.

Estas reflexiones hicieron al parecer profunda impresion en el ánimo del alcaide, que guardó silencio durante largo rato.

El buen sacerdote, conociendo las ventajas del terreno en que se habia colocado, insistió:

—Si consentís que los hijos de Argerico vengan alguna que otra vez á visitar á su desventurado padre, á buen seguro que yo desapruebe tan generoso proceder; al contrario, me congratulo de que mi único amigo, que sois vos, abrigue tan laudables sentimientos. Y sin duda, si tal habeis convenido con Fromestano, no ha podido menos de ser sino porque semejante peticion por parte de ellos la habreis creido justa. Pues bien, amigo mio, si de una manera tan evidente reconoceis la justicia en una parte y la iniquidad en la otra, ¿por qué no os decidís franca y valerosamente por lo que es justo y por lo que mejor se aviene con vuestro carácter generoso?

—¿Y qué quereis que yo haga en el caso en que me encuentro? preguntó al fin confuso el alcaide.

—Yo solamente quiero que hagais lo que es justo, y que de

una vez os dejeis de contemplaciones, porque así vacilando, como vacilais, entre uno y otro estremo, ni sereis bastante esforzado para generoso, sino á medias, ni bastante abyecto para obedecer con toda puntualidad las inicuas órdenes del rey.

—En ese caso, ¿quereis que falte completamente á la obediencia que debo á D. Fruela?

—No se deben obedecer órdenes inicuas, como con mucha razon dice Berengaria.

Y el sacerdote dirigió una mirada de simpatía á la doncella, que inmóvil y silenciosa escuchaba aquel diálogo.

—El rey manda y yo obedezco. Si D. Fruela es injusto, yo nada tengo que ver en eso, la responsabilidad será suya y no mia. Como vasallo debo obediencia al rey, y por lo tanto, yo cumplo con un deber al ejecutar lo que él me manda.

—Mucho siento oiros hablar en esos términos, dijo el sacerdote con faz severa.

—Me parece que yo no digo mas que lo que todo el mundo dice y hace respecto al rey.

—Aun cuando el universo entero dijera ó hiciese lo que vos decís, no por eso dejaría de ser una injusticia y una infamia obedecer las órdenes de un tirano. El hombre es un sagrado que jamás debe profanarse con la criminal inspiracion que viene de afuera. ¿No os humilla, amigo mio, el cometer un crímen, solo porque le plazca á D. Fruela que lo cometais? Al fin, cuando el crímen nace del propio corazon, de la personalidad propia, es una desdicha ciertamente, y que á todo trance debemos evitar; pero esto mismo es una grandeza mas del hombre, porque de él, y de él solo, depende el elegir el bien ó el mal, las tinieblas ó la luz.

—Pero como yo no elijo, no tengo responsabilidad ninguna. El rey me dice, prende ó mata, y aunque le obedezca, yo ni mato ni prendo.

El anciano sacerdote clavó en el alcaide una mirada chispeante de santa indignacion.

—¿Y os resignaréis á ser una máquina? gritó Benigno. En ese caso, vos no seríais mas que lo que es el hacha en manos del verdugo.

—Justamente.

—¡Justamente decís!

—Y lo repito. Por esa razon, ni á los ojos de Dios ni de los hombres tengo que responder de lo que yo no he pensado ni querido.

—¿Aun cuando lo hayais ejecutado?

—Aunque lo haya ejecutado mi mano.

—Pero eso no es ser hombre, una imágen de Dios, que ha sido rescatada por Cristo, Dios y hombre.

—Por eso mismo no merezco ni premio ni castigo. ¿Creeis que se puede imponer una pena al hacha que hiere y mata?

—Pero el caso es que vos no sois hacha, ni aun cuando quisiérais, pudiérais serlo. ¿Por ventura el hombre puede ser otra cosa distinta de lo que Dios le ha hecho? Las criaturas racionales nunca son meros instrumentos, ni por un instante siquiera pueden serlo. Conservan siempre y en todas partes las potencias de su alma y su libertad, y por lo tanto, no debe suponerse que nunca ejecuten una accion sin tener responsabilidad. Si vos ejecutais las inicuas órdenes del rey D. Fruela, cuando vos estais convencido íntimamente de que el rey manda una cosa injusta y cruel, no sois el hacha en tal caso, no, amigo mio, sois un cómplice. Entendedlo bien, D. Sancho; por mas esfuerzos que un hombre haga, nunca podrá sustraerse á las leyes de Dios, en la naturaleza humana.

Este razonamiento dejó algun tanto desconcertado al alcaide, que exhaló un doloroso suspiro, como un hombre á quien la fortuna hubiese colocado en una situacion angustiosa.

Despues de algunos momentos de silencio, el sacerdote preguntó de improviso:

—¿No habeis traslucido que Fromestano ama á cierta persona?

—Ya os he indicado que sí.

—¿Y qué pensais de eso?

—Que si algun hombre hay en el mundo á quien yo de buena voluntad le entregase á mi hija por esposa, es Fromestano.

El alcaide pronunció estas palabras al oido del sacerdote, de modo que Berengaria no pudiera oirlas.

—Vuestra hija, repuso Benigno tambien en voz baja, no ha podido tampoco permanécer insensible á los atractivos personales y á la nobleza de carácter que distinguen á Fromestano, y supuesto que vos estimais al amante de vuestra hija, me parece que lo mejor que podeis hacer es que Fromestano sea esposo de Berengaria.

—El único inconveniente que encuentro es, que la familia de Argerico ha caido en desgracia del rey, y sentiré mucho que D. Fruela no apruebe este enlace.

—¿Y qué os importa la aprobacion de D. Fruela?

—El rey siempre es el rey.

—Pero D. Fruela es siempre un hombre despreciable. Es necesario considerar, amigo mio, que todos los hombres son iguales, y que en la presencia de Dios no hay grandes ni pequeños, vasallos ni reyes. La verdadera grandeza, la supremacía verdadera, el cetro y la corona que debe merecer nuestra estimacion, es la virtud, y por lo tanto, la aprobacion del rey, cuando este rey es un hombre inicuo y feroz como D. Fruela, debemos mirarla con desden. Así, pues, si estimais en algo vuestra dignidad de hombre, si amais á vuestra hija como ella se merece por su alma angelical, si reconoceis las nobles prendas que adornan á Fromestano, si mirais con horror las injusticias del rey, si vuestro corazon no permanece insensible al infortunio del inocente y anciano Argerico, si respetais la virtud y las desgracias del infante Wimarasio, si creeis en Dios, que ha de pedirnos estrecha cuenta de nuestros actos, y si, por último, valen algo para vos los consejos de un sacerdote de Jesucristo, de un anciano, de un amigo que solo desea vuestro bien, en ese caso debeis hacer que el ángel de los santos amores ciña la nupcial corona en torno de la frente pura y serena de vuestra hija encantadora, y que el noble Fromestano os salude gozoso como á un segundo padre, y que el anciano Argerico, ya que la horrible iniquidad del rey le ha privado de la luz, respire durante los pocos dias que le resten de vida el aire embalsamado de la libertad, dichoso bien que la Providencia concede hasta á las fieras del bosque.

D. Sancho, aunque no respondió ni una palabra, estaba

profundamente conmovido por el razonamiento del virtuoso y anciano sacerdote.

Vacilaba, sin embargo, el alcaide, no en reconocer la verdad de lo que Benigno le aconsejaba, sino en resolverse á ejecutarlo. Fuese por preocupacion, por las ideas recibidas en la época, ó por el largo hábito de obedecer ciegamente las órdenes de D. Fruela, lo cierto del caso es que D. Sancho tenia la debilidad de considerar al rey como á un ser sobrenatural, no obstante su carácter feroz, suspicaz y rencoroso.

Y como el alcaide, aunque dotado de buena índole, no tenia ni la instruccion ni la alta idea de la dignidad del hombre, que el buen sacerdote, muy superior á su época, habia bebido en las fuentes vivificantes de los libros sagrados, no se atrevía, ó por mejor decir, no era posible que se decidiese de pronto, y sin luchar con sus preocupaciones, á seguir la generosa conducta que el ministro de Jesucristo le habia trazado con un fervor tan santo como elocuente.

Aun permanecia el alcaide abismado en sus meditaciones, sin acertar á decidirse ni por la estricta obediencia al rey, ni por la abierta proteccion á la familia de Argerico, cuando se presentó en la estancia el mensagero Munio, que saludó á su señor con una profunda reverencia.

En seguida el mensagero entregó á D. Sancho la epístola del rey.

A medida que el alcaide leía, mortal palidez cubria su semblante.

Por último rompió el silencio diciendo:

—¡Ira de Dios! ¿Hasta cuándo el rey ha de estar siempre exigiendo de mí que sacrifique á su furor víctimas inocentes?... ¡Este último sacrificio es terrible!... Tomad y leed.

Benigno tomó la carta, y cuando la hubo leido, esclamó:

—¡Qué horror!

La encantadora Berengaria estaba trémula como la hoja en el árbol y pálida como la muerte.

Harto se le alcanzaba á la doncella que se trataba de una cosa horrible.

En efecto, ya sabe el lector que la carta del rey contenia

la sentencia de *aprisionar al infante y á los hijos* de Argerico, despues de *haberles sacado los ojos con* un hierro candente.

—*¿Y qué pensais hacer? preguntó* el anciano sacerdote.

—*¡El rey lo manda!*

—*No debeis obedecer al rey.*

—*¿No habeis* leido que respondo con mi cabeza?

—*Sin* duda que lo he leido; pero nunca creí que vos temiéseis tanto á las amenazas.

El alcaide se enrojeció á la vez de vergüenza y de ira.

El sacerdote insistió:

—No es fácil que el rey cumpla sus amenazas, si vos teneis resolucion para defender este castillo. Además, podeis estrañaros del reino y buscar un asilo entre los vascones, y por último, la muerte es preferible mil veces al vil temor que os haga ejecutar una accion no solamente infame, sino contraria á vuestra voluntad. ¡Ni aun el bien debe hacerse por mandatos ó amenazas de hombres! ¡Dios es el que manda á todos que aborrezcan el crímen y practiquen la virtud!

El alcaide iba á responder, cuando se abrió la puerta y apareció Fromestano.



CAPITULO XXI.

Ilusion y realidad.

Don Sancho Silo Ruiz era un hombre de buena índole, propenso al bien; esforzado guerrero, prudente, callado, muy adicto al rey; pero debemos decir que el alcaide no se salia de las proporciones ordinarias que tienen los hombres en la vida. No era un malvado, y siempre que obraba por su propio impulso, le guiaba el sentimiento del deber; pero su virtud no era de tal temple que mereciera el nombre de heróica.

Así comprenderá el lector dos cosas.

La primera, que el alcaide no era lo bastante enérgico, bajo el punto de vista moral, para resistir abiertamente las órdenes inicuas de D. Fruela.

La segunda, que D. Sancho no era tan malvado ni tan abyecto que oyese con indiferencia los sabios consejo del virtuoso sacerdote.

Desde luego se comprende, teniendo en cuenta estos datos, la encarnizada lucha que necesariamente debia estallar en el ánimo del alcaide en la ocasion presente.

Pero, sin detenernos en todas las fases y alternativas porque pasó el pensamiento de D. Sancho, nos limitarémos á decir que todas sus vacilaciones al fin se disiparon, gracias á la insistencia y prestigio del anciano sacerdote. Resolvió, pues, el alcaide lo que nunca podian esperar los hijos de Argerico, y hasta la misma Berengaria estàba agradablemente sorprendida.

Ya hemos dicho que Fromestano, por su carácter y por su conducta, habia simpatizado vivamente con D. Sancho, por

cuya razon no tuvo dificultad en aceptarlo para esposo de la encantadora Berengaria, y el anciano Benigno fué el encargado de arreglar definitivamente la union dichosa del gallardo mancebo y de la virtuosa doncella.

Escusado es decir que Argerico y los fingidos recaderos quedaron en libertad de permanecer en el castillo, ó de refugiarse adonde mas les placiese, teniendo en cuenta la persecucion del rey, persecucion que no se haria esperar mucho tiempo, atendido el carácter suspicaz y rencoroso de D. Fruela.

Tampoco debemos pasar en silencio otra circunstancia que, además de las saludables sugestiones del buen sacerdote, influyó no poco en el ánimo del alcaide para que adoptase la resolucion generosa de que hemos hablado.

D. Sancho, segun hemos indicado en otra ocasion, consideraba á D. Fruela como á un ser sobrenatural y sagrado, lo mismo que le sucedia con todas las personas pertenecientes á la familia del monarca. Así, pues, la posicion tan singular como dolorósa en que se hallaba el infante respecto á su hermano, conmovió profundamente al padre de Berengaria, y por lo tanto, se decidió á prestarle todo el auxilio á que alcanzasen sus fuerzas.

Imposible nos será pintar, ni aun para poder conseguir una ligera idea, el inmenso júbilo de que en aquel dia era teatro el castillo de los Lamentos, de ordinario tan silencioso y sombrío.

Todos de comun acuerdo opinaron que lo mas conveniente, en el caso de que el rey intentase acometer la fortaleza, era permanecer allí reunidos y pelear como buenos hasta el último trance.

El alcaide podia organizar en su castillo elementos muy poderosos de resistencia, y en último caso, no era difícil verificar una evasion que por nadie podia ser sorprendida, supuesto que todos, á escepcion de D. Sancho, ignoraban el secreto de una mina, que mas que todas las restantes era imposible de descubrir, porque desembocada á una gran distancia, en un torreon situado en una fragosísima sierra.

Ahora bien, por mas que ni un solo momento cupiese dudar de la indignacion de D. Fruela, cuando llegase á saber la con-

ducta de D. Sancho, no por eso debian temerse los resultados de la cólera del rey de una manera tan inmediata, que no quedase tiempo sobrado para hacer cuantos preparativos se pudiesen necesitar, tanto respecto al aumento de gentes de armas que reforzasen la guarnicion de la fortaleza, cuanto respecto al acopio de provisiones.

Esta circunstancia además favorecia bajo otro concepto los deseos y las miras del infante Wimarasio, que estaba impaciente por averiguar el paradero de Adosinda, á cuyo intento habia enviado á su escudero para que tomase lenguas, tanto en Villanueva, como en las inmediaciones de la misteriosa casa de los Ecos.

El escudero del infante, cuya astucia y lealtad ya conocemos, habia obtenido el mejor éxito en sus investigaciones; pero el temor y la impaciencia le consumian, á consecuencia de que su señor no se presentaba en el sitio de antemano designado.

El infante habia convenido con su escudero en reunirse con él en las inmediaciones de la casa de los Ecos.

Y como el escudero sabia la peligrosa empresa que su señor y los hijos de Argerico iban á acometer cuando se encaminaron al castillo de los Lamentos, temia, y no sin razon, que algun peligroso accidente hubiese sobrevenido á nuestros esforzados caballeros.

Mas el buen escudero Sancho no era hombre que se amilanaba fácilmente, y llevado del doble deseo de comunicar á su señor sus buenas noticias, y por otra parte, de averiguar su suerte y prestarle algun auxilio si estaba en su mano, decidióse á penetrar en el castillo de los Lamentos, á fuer de viandante, y en verdad que el buen Sancho tuvo en esta ocasion una ocurrencia oportuna y por demás acertada.

El escudero fué recibido por su señor con indecible gozo, á la vez que no fué menos agradable la sorpresa de Sancho al encontrar al infante y á sus amigos buenos y salvos, precisamente cuando mas recelaba que nuevas desdichas les afligiesen.

Wimarasio llamó aparte á su escudero, y con indecible ansiedad le preguntó:

—¿Qué noticias me traes, querido Sancho?

—A fé que podeis darme albricias.

—Y buenas que te las mando, repuso el infante; pero acaba, que la impaciencia me consume, y no hay tormento mayor que la impaciencia.

—Ya sabeis, señor, que yo soy un poco testarudo, y que como me proponga averiguar un enredo, es poco menos que imposible que no me salga con la mia. ¡Bien me lo daba á mí el corazon!... Es verdad que yo dí en el lance, gracias á lo que el pobre Flavino, que de Dios goce, me habia manifestado cuando ya estaba el infeliz con las ansias de la muerte.—Pues señor, me embosqué en los alrededores de aquella maldita casa de los Ecos, y me quedé lelo cuando vi á media noche salir una tropa de caballeros, que desaparecieron al galope mas ligeros que el viento.

—¿Y los seguiste?

—No sabia que hacer, si quedarme allí ó seguirlos; pero viendo que corrian tanto, dije para mi sayo: «benditos de Dios vayan.»—Y me alegré mucho de haber pensado y obrado así...

—¿Y quiénes eran aquellos caballeros?

—Tenian el mismísimo aspecto de los que arrebataron á Doña Adosinda.

El infante palideció horriblemente. Estaba de pie y se dejó caer en un sitial, porque le hubiera sido imposible sostenerse. Acababa de ocurrírsele un pensamiento desgarrador, y que ya algunas veces se le habia aparecido como un fantasma horrible.

Habia pensado en la posibilidad no de que Adosinda amase al señor de la casa de los Ecos, porque Wimarasio tenia en Adosinda la misma fé que ponemos en Dios en la hora de la desgracia, sino en la posibilidad de que el señor de la casa de los Ecos amase á la hija de D. Zuria.

Y este horrible pensamiento, por mas que á su imaginacion se presentase como inverosímil ó descabellado, no por eso dejaba de atormentarle, de afligirle, de abismarle en un desconsuelo sin límites.

—Sigue, Sancho, sigue tu relato, dijo el infante, afectando la mayor serenidad que pudo.

—Yo tengo para mí que aquella maldita casa es una madriguera de ladrones.

—¿Y en qué te fundas para creerlo?

—Yo no he podido esplicarme de otro modo la circunstancia de habitar allí tantos hombres armados.

—El dueño de aquella casa, segun todas las muestras, debe ser un personage muy poderoso.

—No digo que no; pero lo que quiera que sea, muy pronto podeis averiguarlo, si quereis.

—Veamos, veamos.

—Al romper el dia vi salir de la casa al dueño de ella, que iba acompañado de dos servidores, y desde luego resolví seguirlos á todo trance.

—¿Y no advirtieron que los seguias?

—Tomé todas las precauciones necesarias para que no reparasen en tal cosa. Los seguí durante todo el dia sin perderles, como se suele decirse, pie ni pisada, hasta que por último, despues de atravesar un frondoso valle, subieron á un monte sobre el cual se levantaba un magnífico castillo. Me pareció prudente dejarlos allí, esto es, no llegar al castillo para que no entrasen en mas sospechas, si por acaso habian reparado en el camino que yo les seguia como la sombra al cuerpo. Parecerá exagerado todo cuanto yo os diga respecto á la fertilidad de aquel delicioso valle, que por todas partes está poblado de alquerías que pertenecen al señor del castillo, y en donde habitan sus siervos y vasallos. Caminaba yo por una vereda que atravesando un hermoso campo sembrado de trigo iba á perderse en un caserío. Por el sendero adelante vi á un anciano campesino de rostro venerable, y que me saludó al pasar. Era ya á puestas del sol, y pregunté al anciano que si podria encontrar por allí donde albergarme aquella noche. El buen viejo me hizo seña de que le aguardase en aquel sitio, y yo le obedecí. En seguida él se dirigió á un prado que no estaba lejos, y en donde pastaban algunas vacas que antecogió, guiándolas por el sendero en que yo le estaba aguardando. Entonces me dijo que le siguiese, me llevó á su vivienda, y con maña, y aparentando la mayor sencillez, le pregunté acerca del señor del castillo...

—Si me vas á referir todo lo que te ha sucedido, contando hasta el número de palabras que has pronunciado desde que te separaste de mí, te prohibo que continúes.

—Es, señor, que yo no puedo contar las cosas de otra manera. En no diciéndolo todo, todo conforme pasó, sin quitar ni poner, me parece que miento, y además, si quiero alterar mi relato, se me olvida.

Wimarasio hizo un gesto que revelaba la mas sublime indignacion.

—No me cuentes nada, dijo.

Sancho miró á su señor con estrañeza.

—Responde á lo que te voy á preguntar, añadió el infante, que comprendió que este era el único medio de abreviar su impaciencia, y la indigesta charla del escudero.

—Preguntad, señor.

—¿En dónde está Doña Adosinda?

—En el castillo donde entró el señor de la casa de los Ecos.

El dolor hizo enmudecer á Wimarasio durante algunos momentos.

—¡Ah! esclamó al fin. ¡Mis temores se han realizado!

Luego, como si alguna duda se hubiese levantado en su espiritu, preguntó:

—¿Estás seguro de que la has visto?

—Segurísimo.

—¿Le has hablado?

—No señor.

—¿Por qué no?

—He creido que no era conveniente.

—¿Y si te has equivocado?

—Yo nunca os daria esta noticia, si no estuviera convencido de que es verdadera.

El infante dudaba, porque si bien sus temores se referian á su amor, jamás creyó que Adosinda fuese infiel á su memoria; así que sus recelos, como ya hemos indicado, se reducian á que el señor de la casa de los Ecos pudiera ser su rival, y que usase de violencia para con su amada Adosinda.

Y bajo este concepto, el infante no comprendia sino que

Lám. 8.ª



—¿En dónde está doña Adosinda?

Fulgencio, como un villano raptor, tuviese prisionera á la hija de D. Zuria, á la cual maltratase para obtener de ella su amor.

Wimarasio se representaba á su idolatrada Adosinda sufriendo todo género de privaciones por no serle infiel, y este espectáculo que en su imaginacion se presentaba conmovia profundamente al enamorado caballero, que solo pensaba ya en el momento afortunado en que pudiese presentarse á los ojos de su amada como libertador.

Pero todos estos pensamientos se quebraban dolorosa y rudamente al pensar que su escudero habia visto á Adosinda.

En este caso no le quedaba mas remedio que creer una de dos cosas, á saber: ó que Adosinda le habia entregado al olvido y amaba á Fulgencio, ó que este, manteniéndose en los límites del respeto, habia prestado la proteccion mas generosa y desinteresada á la bella hija de D. Zuria.

Como el náufrago se ase á la tabla salvadora, así el infante se asió á este último y consolador pensamiento.

—¿Y cómo penetraste en el castillo? preguntó Wimarasio.

—No tuve necesidad de introducirme en el castillo para ver á Doña Adosinda.

—¿En dónde la viste?

—Cuando la vi cabalgaba en una blanca hacanea, é iba acompañada del señor de la casa de los Ecos, al cual seguian muchos hombres de armas y monteros. Parecia como si fuesen á solazarse dando un paseo por el frondoso valle, ó bien á recrearse en el ejercicio de la caza.

Esta imágen del regocijo y alegría de que gozaba Adosinda en compañía del hermoso Fulgencio, se pintó en la imaginacion del infeliz Wimarasio con tanta viveza y le produjo tan dolorosa emocion, que á pesar de su carácter brioso y varonil, las lágrimas se agolparon á sus ojos, que no es delito que el varon esforzado deje correr el llanto, cuando siente su alma entristecida por la amarga pena que le causa el desamor ó la inconstancia femenil.

Largo rato permaneció el infante silencioso y como abrumado por sus crueles pensamientos.

Pero al fin una sonrisa dilató sus labios, á la manera que

en un dia de abril penetran al trasluz de la nube los rayos del sol, cuyo brillo se oscureció por un instante.

—¡Perdona, amada de mi corazon, perdona que por un momento la fé de mi amor haya vacilado!

Dichas estas palabras, el infante recobró toda su serenidad acostumbrada, porque pensó que era muy natural que Fulgencio tratase de distraer y festejar á una dama, cuyos infortunios no le eran desconocidos.

Siempre creemos con facilidad aquello que mas lisonjea nuestros deseos ó pasiones. Así sucedió á Wimarasio, que llegó hasta el estremo de creer que acaso Fulgencio, por respeto á la amistad que le habia jurado, agasajaba á Adosinda, y que por lo tanto hasta debia agradecerle tan delicadas atenciones para con la mujer querida de su corazon.

El escudero, que no comprendia lo que en el interior del infante pasaba, no sabia cómo esplicarse aquella rápida alternativa de alegría y de tristeza.

El buen Sancho se imaginaba que su señor nada tenia que temer respecto á la felicidad de Doña Adosinda, cuyo paradero habia averiguado.

Y como esta averiguacion era lo que mas interesaba á su señor, creía no andar muy descaminado al pedir albricias por su importante descubrimiento, sin apercibirse de los celos y recelos que afligian y torturaban al infante.

—¡Es preciso partir ahora mismo! esclamó.

—Cuando vos querais.

Wimarasio mandó á su escudero que llamase á los hijos de Argerico.

El infante comunicó á sus amigos las noticias que acababa de recibir, y su proyecto de partir al instante adonde se hallaba Adosinda.

Todos convinieron en acompañar á Wimarasio para libertar á su amada del dominio y dependencia en que la suponian respecto al señor de la casa de los Ecos.

Berengaria y Argerico, por mas que la una sintiese la ausencia de Fromestano y el otro se separase de sus hijos, no pudieron menos de aprobar el que acompañasen á Wimarasio

para ayudarle en su empresa, en el caso de que el hermano del rey encontrase algunos obstáculos para apoderarse de Adosinda.

Nuestros caballeros salieron inmediatamente del castillo de los Lamentos, y con toda la presura que les inspiraba la fiebre de la impaciencia, se encaminaron adonde se hallaba Fulgencio en compañía de la hermosa hija de D. Zuria.

Nuestros lectores recordarán que Adosinda, aun cuando le era muy doloroso el separarse de Fulgencio, habia, sin embargo, manifestado á este su resolucion irrevocable de regresar al castillo paterno.

Adosinda y el señor de la casa de los Ecos se hallaban entregados á un amoroso diálogo en el bosque, cuando un servidor anunció á Fulgencio que en el castillo se habian presentado algunos caballeros que demandaban hablarle.

La hija de D. Zuria, como ya hemos indicado, manifestó aquel dia que la primavera y los recuerdos producian en ella cierta especie de melancolía. Fulgencio le propuso dar un paseo por el delicioso valle, y ya sabemos que fueron interrumpidos por la noticia de los dos caballeros que habian llegado al castillo.

El señor de la casa de los Ecos se encaminó rápidamente á la fortaleza en compañía de la doncella, que le habia inspirado una pasion abrasadora.

Despues que dejó á Adosinda en su estancia, Fulgencio se dirigió al salon del castillo en donde le aguardaban los recien llegados.

El servidor de Fulgencio le habia anunciado que dos caballeros demandaban con mucho empeño hablarle.

Pero en lugar de dos, se hallaban cuatro caballeros jóvenes en el salon del castillo.

Antes que el señor de la casa de los Ecos se presentase á los que habian ido á visitarle, cambiaron estos entre sí las siguientes palabras:

—¿Por qué habeis venido?

—Para que no os dejeis engañar.

—¿Sucede algo de nuevo?

—Pudiera suceder que el señor del castillo os negase que aqui se hallaba Adosinda, y en tal caso no era fácil resolver la duda.

—Y si me responde que no está aquí, ¿qué os parece que debo hacer?... Yo, sin embargo, diga el señor del castillo lo que quiera, estoy muy convencido de que Adosinda se halla en esta fortaleza, porque mi escudero no es capaz de haberme dado semejante noticia, sin estar muy seguro de su exactitud.

—Precisamente hemos venido para eso.

—¿Para qué?

—Para confirmaros mas y mas en vuestra creencia de que Adosinda se encuentra en este castillo. Nosotros hemos visto á una hermosa jóven que venia sobre un blanco palafren, al lado del señor de la casa de los Ecos. Segun todas las señas, esta jóven es sin duda vuestra amada. Apenas la vimos de lejos se nos ocurrió que lo mejor que podiamos hacer era venir á daros aviso de este descubrimiento...

Aquí llegaban nuestros personages, cuando se presentó el señor de la casa de los Ecos con su altivo continente y con su mirada penetrante y aguda como la hoja de un puñal.

Los cuatro caballeros eran esforzados, mas no pudieron sustraerse á cierta emocion de respeto y de sorpresa que les causaba la sola presencia de Fulgencio, prestigio irresistible, superioridad misteriosa cuyo ascendiente sufrian nuestros personages, aunque tal vez sin razonárselo.

Fulgencio, cuando hubo reconocido á Wimarasio, le saludó muy cortesmente.

Desde luego se apercibió el señor de la casa de los Ecos del motivo que conducia allí al infante.

Fulgencio, cuya altivez era tan grande como su astucia, adoptó la resolucion de guardar reserva y esperar que el infante manifestase sus intenciones, si bien el señor de la casa de los Ecos, en el caso de que el hermano del rey diese á entender que allí se hallaba Adosinda, estaba dispuesto no solo á no negarle el hecho, sino tambien á hacer que compareciese en presencia de su antiguo amante á la hermosa hija de D. Zuria.

—Bien sabia yo, caballero, que al fin la fortuna habia de

coronar con el mas completo éxito las pesquisas que me ofrecisteis hacer para descubrir el paradero de mi amada.

—Ha sucedido en efecto tal como decís; pero no me ha sido posible avisaros, á causa de ignorar el punto de vuestra residencia.

El infante se sonrió gozoso al oir tales palabras, que daban á conocer hasta la evidencia la sinceridad y buena fé conque procedia el señor de la casa de los Ecos.

Wimarasio era el tipo acabado del cumplido caballero, leal, candoroso y de altos y nobles pensamientos. Jamás las sospechas ni la segunda intencion se albergaban en el corazon generoso del infante.

El señor de la casa de los Ecos, por el contrario, era un hombre singular, era el tipo perfecto de esa reconcentracion sombría de las pasiones que hierven como un volcan en el corazon humano, era una mezcla tan monstruosa como sublime de grandeza y pequeñez, de verdad y mentira, de virtud y crímen, de ángel y demonio.

—¿Luego podré ver á mi amada Adosinda? preguntó Wimarasio.

—Dentro de muy breves momentos.

—¡Oh placer! Al fin los deseos de mi amor se realizarán sobre la tierra.

—¿Pensais que vuestra amada os acompañe?

—Sí, si; quiero llamarla mi esposa, no separarme jamás de ella, vivir y morir juntos.

—Pues habeis estado en peligro de no encontrar aquí á vuestra amada.

—¿Cómo así?

—Mañana mismo pensaba abandonar este castillo para volver á casa de su padre.

—¿Es posible?

—¿Os causa estrañeza lo que os he dicho?

—No puedo ocultarlo.

—Me parece, sin embargo, que es muy natural el deseo de Adosinda.

—En otras circunstancias seria muy natural, y hasta laudable,

ese deseo; pero atendido el carácter del conde D. Zuria, es ciertamente muy estraño que Adosinda quiera regresar al castillo paterno, donde sin duda le aguardan los mismos sinsabores que antes la obligaron á fugarse; pues ya sabreis que Don Zuria quiere obligar á su hija á que dé la mano de esposa al duque de Aquitania.

—Algo he oido decir acerca de eso.

—Entonces comprenderéis muy bien la causa de mi estrañeza.

—Ahora, sin embargo, es muy posible que el conde varíe de conducta; pero veo que estais impaciente, cosa muy natural en un amante tan apasionado como vos. Esperadme un momento, vuelvo muy pronto, voy á avisar á vuestra amada.

Y asi diciendo, el señor de la casa de los Ecos salió del salon y encaminóse á la estancia de Adosinda, que preguntó con ansiedad:

—¿Es mi padre por fin, como yo temia?

—Es una persona que desea llevaros en su compañía ahora mismo.

—¿No me quereis decir quién es?

—Muy pronto lo sabreis.

—¿Es de veras mi padre?

—Tened la bondad de seguirme. Dentro de un instante voy á conocer si en efecto mi amor os interesa. ¡Venid!

Adosinda, llena de curiosidad, siguió á Fulgencio.

Mientras que esto sucedia, el infante no podia ocultar el inmenso gozo que llenaba su alma al pensar que despues de tantas y tan dolorosas alternativas, otra vez iba á reunirse, para no separarse jamás, con la encantadora vírgen que habia despertado en su corazon las dulces y santas emociones que el alma esperimenta en la edad juvenil, cuando la vida sonríe en su mas bella aurora, cuando el generoso anhelo y el vívido entusiasmo de los primeros amores derrama á torrentes sobre la creacion entera su luz esplendorosa y su ternura infinita y sus misteriosas aspiraciones y sus fantasías hermosas y sublimes, hijo del entendimiento y aroma del corazon.

Fulgencio y Adosinda se presentaron en la estancia, y Wi-

marasio, arrebatado del mas vivo gozo, se arrojó á los brazos de aquella mujer adorada.

Pero Adosinda, al reconocer al infante, retrocedió horrorizada como si se le hubiese aparecido un alma del otro mundo.

En efecto, la hija de D. Zuria se habia acostumbrado insensiblemente á la idea de que Wimarasio habia muerto en la terrible refriega, la noche en que ella misma fué arrebatada por una partida de bandoleros (que tal creia Adosinda), sin apercibirse de que habian sido gentes del señor de la casa de los Ecos.

—¡Adosinda de mi corazon! esclamó fuera de sí de júbilo Wimarasio.

Despues de los primeros momentos, Adosinda se recobró algun tanto de la inesplicable sorpresa que le habia causado la inesperada aparicion de Wimarasio, al cual saludó con ternura sí, pero de un modo que hubiera helado de terror y de pesar al enamorado caballero, si este hubiese podido comprender la situacion de espíritu en que la infeliz Adosinda se encontraba.

El infante manifestó á su amada que se habia salvado casi milagrosamente, gracias á D. Zuria, que respetó su persona, que lo dejó en la abadía de San Frocaldo, y que allí, afortunadamente, habia un monge muy perito en la ciencia de Hipócrates.

—¿Quién me habia de decir, añadió Wimarasio, que despues de tantos desastres como la adversa fortuna nos preparaba, habiamos de volver á reunirnos para nunca mas separarnos? ¡Oh! La vida me sonríe desde hoy con nuevos encantos. ¡Amada mia! Te he vuelto á encontrar. ¿No es esta para mí la felicidad del paraiso? La vida sin tu amor, Adosinda de mi alma, sería para mí un suplicio insoportable.

Adosinda escuchaba este lenguage apasionado, confusa y sonrojada.

El señor de la casa de los Ecos parecia impasible.

Los amigos del infante se habian retirado algun tanto por discrecion.

Adosinda rompió al fin su prolongado silencio.

—¡Cuánto me alegro, dijo, de volverte á ver sano y salvo!

—Dios ha querido conservar mi vida, á pesar de tantas calamidades como el destino cruel ha acumulado sobre mi. El rey me persigue de muerte, tu padre me rechaza, y poco me ha faltado para no perder la vida cuando en aquella terrible refriega caí herido mortalmente, al recordar que si la sangre faltaba de mis venas, era por haberla vertido en tu defensa, Adosinda de mi alma.

Al oir tales palabras, la hija de D. Zuria se sintió profundamente conmovida, y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

El infante continuó:

—Despues de tantas desdichas, el cielo me guardaba la sin par ventura de volverte á encontrar. Ya no volveremos á separarnos; mañana, hoy mismo, si quieres, partiremos de aqui, te conduciré al altar, y ¡oh Adosinda! seré el mas féliz de los mortales al llamarte mi esposa, mi bien, mi cielo sobre la tierra.

Adosinda guardó silencio.

—¿Nada me dices? preguntó el infante con acento conmovido. ¿Nada me respondes? ¿Qué es lo que pasa por tí, amada mia? ¿Por qué te encuentro meditabunda y triste, cuando, si es verdad que me amas, deberias participar del gozo inmenso que mi alma siente?

La hija de D. Zuria continuaba silenciosa.

Al fin levantó los bellos ojos innundados de lágrimas, y los fijó en Fulgencio con una espresion que parecia decirle:

—¿Por qué me habeis puesto tan inesperadamente en situacion tan critica?

El señor de la casa de los Ecos comprendió perfectamente la significacion de aquella mirada, á la cual respondió tambien con el mismo mudo lenguage de los ojos.

La elocuente mirada de Fulgencio hubiera podido traducirse por estas ó semejantes palabras:

—Ahora veremos si estimais en algo mi cariño.

—¡Adosinda! esclamó al fin Wimarasio, algun tanto resentido. A fé que es estraño el recibimiento que tienes á tu amante, despues que llegas á verle, despues de una série de verdaderos milagros... ¿Tal vez estás triste por que yo he venido?

¿Será que al fin la mudanza propia del corazon femenil se habrá albergado en tu pecho? ¡Callas! ¡Estás trémula!... ¡Respóndeme, Adosinda, respóndeme por piedad, si es que ya no me tienes amor!

Es imposible pintar la situacion de espíritu en que se hallaba la hija de D. Zuria. Esta situacion era no solamente estraordinaria, sino que hasta parecia estar en contradiccion con la naturaleza misma. En efecto, el amor, por su índole misma, cifra siempre su dicha, su deseo, su aspiracion, y para decirlo en una palabra, su voluntad, en *querer* al objeto de su ternura. Pues bien, Adosinda queria no querer al señor de la casa de los Ecos; pero una fuerza irresistible la impulsaba hácia aquel hombre maravillosamente fascinador.

Por otra parte, Adosinda deseaba, queria permanecer fiel á la memoria, siempre grata y dulce, de los bellos dias de su amor primero; mas lo que ella adoraba no era el antiguo objeto de su amor, sino el recuerdo de su amor. ¡Oh! El recuerdo ejerce en las misteriosas regiones del sentimiento una influencia tan enérgica, tan continua, tan poderosa como indefinible.

El recuerdo no es la pasion en sí misma; pero es tambien una especie de pasion, tal vez menos ardorosa, menos violenta, pero mas constante.

Por mas esclarecimientos, por mas pormenores que intentemos dar acerca del estado en que Adosinda se encontraba, creemos que serán insuficientes, á no ser que el lector pretenda formarse una idea cabal de esta situacion de espíritu estraordinaria y dolorosa, no leyendo nuestras palabras, sino representándose con la imaginacion el estado singular en que se encontraba la hermosa cuanto infortunada hija de D. Zuria. Tales pensamientos, tales emociones íntimas se esperimentan, y aun pueden esperimentarse con frecuencia, pero se sienten mejor que se describen.

Al fin una melancólica sonrisa dilató los labios de la doncella, como si un pensamiento feliz y salvador hubiese iluminado su mente.

—¿Y puedes creerlo Wimarasio? ¿Puedes creer que yo me arrepienta y que me sea sensible el volverte á ver despues de

tantas desdichas? Pero te lo confieso, Wimarasio, yo no puedo acceder hoy á tus deseos...

—¿Por qué, Adosinda, por qué? preguntó con viveza el infante.

La hija de D. Zuria clavó en el hermano de D. Fruela una profunda mirada no de amor, sino de piedad.

—Tú sabes cuánto mi padre se ha opuesto á nuestros amores; pero en las actuales circunstancias, con todo lo que ha sucedido, y que tú sabes mejor que nadie, creo que es mi deber regresar al castillo paterno.

—Pero D. Zuria te obligará á que seas esposa del duque de Aquitania.

—Es muy posible, repuso Adosinda, que se modifique su conducta, y que temple sus rigores, despues que ha transcurrido algun tiempo sin verme. Al fin un padre siempre guarda en su corazon ternura para sus hijos, y fuerza es confesar que, aparte del duque de Aquitania, mi padre siempre ha sido muy cariñoso para conmigo. Actualmente es natural que devore su corazon la mas cruel inquietud, porque ignora completamente mi paradero; y ¿crees que mi padre no sentirá mi pérdida? Es cierto que en algunas ocasiones ha tratado de violentar mi voluntad; pero ¿deberemos creer por eso que me aborrece hasta el punto de no lamentar mi desaparicion, ó de no alegrarse de que otra vez vuelva á besar su frente venerable? ¡No creo que le hagas á mi padre tal injuria!

—No, Adosinda, yo no creo que tu padre sea capaz de aborrecerte, y no desear que vuelvas á su castillo.

—Pues bien, en ese caso creo que debes aprobar mi resolucion, en vez de estrañarla.

—La aprobaré, si quieres; pero no dejaré de estrañarla, aunque no te lo diga, si así te place.

Habia en estas palabras de Wimarasio algo de despecho y de sorda ironía.

—Así es que espero, dijo la jóven, que mi padre ahora no será tan violento en sus exigencias respecto al duque de Aquitania, cuando haya visto que yo por mi propia voluntad he querido sacarlo de la dolorosa incertidumbre en que naturalmente deberá estar, respecto á mi persona y á mi suerte.

—Mucho me alegraria yo de que así sucediese; pero lo dudo.

—¿Por qué esa duda? ¿Por qué esa estrañeza de que antes me has hablado?

—¡Buena pregunta! esclamó Wimarasio. El cariñoso padre que antes tuvo valor para encerrarte en una oscura prision de la torre de las Animas porque te resistias á dar tu mano de esposa al duque; el padre que entonces no temia perder á su hija, á la cual asesinaba lentamente á fuerza de crueles tratamientos; el padre que por esa misma crueldad obligó á su hija á escaparse con su amado de aquel lóbrego calabozo; el que los persiguió en su huida; el padre, en fin, que siempre se ha manifestado como tú sabes, ese es muy posible que te reciba ahora con los brazos abiertos, con inusitada ternura, y que teniendo un carácter por estremo tenaz é inflexible, desista de llevar á cabo el proyectado enlace de Adosinda con el duque. Ahora bien, el que cualquiera que sepa estas cosas estrañe la conducta de la hija y dude la futura benevolencia del padre, debe ser seguramente un insensanto. ¿No lo crees así, bella Adosinda?

—Así lo creo, Wimarasio; y aun cuando así no lo creyera, bastará decirte que á lo menos tal es mi voluntad.

La doncella pronunció estas palabras con el altivo continente de una reina.

Conocíase que la ironía de Wimarasio habia incomodado á la hermosa Adosinda.

Tampoco el infante estaba muy satisfecho del recibimiento que le habia hecho su amada. Comenzaba él á recelar no que el amor de Adosinda se hubiese estinguido, sino que con la ausencia se hubiese en algun modo entibiado.

Este pensamiento desconsolador hizo que el infante se viese obligado á esforzarse por reprimir las lágrimas que estaban próximas á brotar de sus ojos, flaqueza que él juzgaba indigna de su altivez y del brio de un guerrero.

Nada es mas perspicaz que el amor, y por lo tanto el infante habia hecho varias observaciones de escasa importancia, y aun tribiales para un indiferente, pero que tenian gran significacion para un amante.

Por espacio de mucho tiempo, desde que comenzó aquella

entrevista solemne, el hermano de D. Fruela habia disimulado el disgusto que le mortificaba, pero al fin se determinó á manifestarle.

—Nada es mas cierto, dijo, sino que el corazon humano olvida muy fácilmente los objetos de su amor cuando la ausencia ó la muerte los separa. Así por mi desdicha conozco que te ha sucedido á tí. Pocos dias han bastado para que aquel amor tan sincero y vehemente que antes me profesabas se haya estinguido completamente. En otro tiempo, ¡ ay de mí ! del cual no queda ya mas que el recuerdo, yo escuchaba siempre en tus rojos labios dulces y amorosas palabras que en vano he esperado oir en esta ocasion.

—Eres injusto, porque mi lenguage siempre ha sido el mismo, Wimarasio.

—¡ Wimarasio ! Hoy ha sido el primer dia en que para dirigirme la palabra me has llamado constantemente Wimarasio.

—¿ Tienes acaso otro nombre ?

—Para mi amada debia yo ser su amado. Antes, en vez de decir Wimarasio, decias siempre ¡amado mio!—Perdona, mujer idolatrada, perdona mis quejas, que tal vez te parezcan pueriles; ¿pero hay algo que se escape á los amantes?

Como se deja entender, el señor de la casa de los Ecos escuchaba gozoso las recriminaciones de Wimarasio y las frases de reserva y casi de indiferencia que pronunciaba Adosinda.

El infante, despues de algunos momentos de reflexion, pareció animarse como si hubiese tomado una resolucion irrevocable.

Luego dijo de repente:

—¿Me permitirás que te haga algunas preguntas?

—Puedes preguntar lo que te plazca.

—¿Estás resuelta á partir al castillo de tu padre?

—Mañana mismo.

—¿Crees sinceramente que tu padre no te obligará á que seas esposa del duque de Aquitania?

—Creo que no será capaz de valerse de la violencia, como en otro tiempo.

—Ya se valga de amenazas, ya de súplicas, ¿darás tu mano al duque?

—¡Jamás! ¡Jamás!

Y así diciendo Adosinda, por un movimiento involuntario levantó los ojos hácia el señor de la casa de los Ecos, que comprendió perfectamente la promesa de amor eterno que la jóven le hacia tal vez sin apercibirse de ello, porque, lo repetimos, aquel movimiento habia sido completamente involuntario.

El infante, sin embargo, no habia comprendido ni podia comprender la significacion de aquella mirada, instintiva y rápida como un relámpago.

Así, pues, Wimarasio se regocijó en su alma al escuchar que Adosinda jamás entregaría su mano al duque.

El infante ¡desdichado! creía que tal negativa le era por estremo lisonjera, porque suponia que él era la causa de aquella resolucion irrevocable.

—¿Y me prometes cumplir tu juramento?

—¿Cuál?

—¿Le has olvidado ya?

—Desearé saber de lo que me hablas.

—Supuesto que quieres que te lo recuerde, lo haré así. Hubo un tiempo feliz en que mi alma esparcia gozosa su pensamiento por los mas bellos horizontes de la vida. Todo entonces me hablaba de amor. En la noche serena, en el esplendor del dia, en el recinto de mi aposento, en la florida pradera, en el suave murmurio del arroyo, en el dulce trinar de los amantes ruiseñores, en el perfumado suspiro de las brisas escuchaba una promesa de amor, oia un nombre adorado, escuchaba tu nombre, idolatrada Adosinda. Tú eras mi vida, mi esperanza, el alma de mi alma, y yo tenia razon para creer tanta ventura. ¡Oh! Mayor felicidad que aquella, no es posible que la esperimenten los hijos de la tierra sino mas allá del desierto sombrío de la tumba, en los santos goces del cielo. Y tan celestial ventura la habia infundido en mi corazon una sola palabra de tu boca. Tú, encantadora virgen de mis amores, tú me habias prometido ser esposa de Jesucristo antes que del duque de Aquitania, tú me habias jurado que nadie en el mundo sería tu esposo sino el infante Wimarasio. Y este juramento era para mi como el norte y el aliento de mi existencia, fiado en tu pa-

labra, como escudado con una egida sobrenatural; yo me arrojaba, seguro del triunfo, á todos los peligros, y desafiaba con noble osadía todos los obstáculos. Cuando Flavino me llevó al castillo de Samos la noticia de que tu padre te habia encerrado en la torre de las Animas, no vacilé un momento en volar á libertarte, á pesar de la espresa prohibicion del rey mi hermano, que me mandó no salir del castillo. Mi tenaz empeño de aquella noche produjo mi desgracia y la del noble Argerico, cuya triste historia te he relatado. Desde aquella noche el rey leyó en mi tenacidad una conspiracion contra su honra y su trono. Desde entonces estoy errante, proscrito y continuamente amenazado de muerte por el rencor implacable del rey. Y sin embargo todo lo sufro, todo lo he padecido gustoso por tu causa. ¿Qué me importa la cólera del rey, las heridas que recibí de las gentes de tu padre, cuantas desdichas puedan sobrevenirme, qué me importan, si al fin de tan nebulosos horizontes vislumbro la adorada imágen y la sonrisa amorosa de mi Adosinda?

El noble rostro de Wimarasio respiraba en aquel momento tan inefable ternura, que la doncella se sintió profundamente conmovida.

—¿Qué me respondes ahora? preguntó el infante. ¿No es cierto todo lo que he dicho? ¿No es verdad, Adosinda, que me cumplirás tu juramento?

—Sí, respondió la jóven con voz apenas articulada.

Los ojos del señor de la casa de los Ecos lanzaron una llamarada de furor.

—Pues en ese caso, dijo el infante, si aun insistes en regresar al castillo de tu padre, ni yo tendré en ello inconveniente, ni creo que rehusarás mi compañía. Mi llegada aquí no ha podido ser mas oportuna, porque además de acompañarte, nos presentarémos juntos á tu padre, y este no podrá menos de agradecer nuestra lealtad y estimar nuestra conducta como ella se merece.

—Bien, bien, me acompañarás.

—Segun dices, ¿partiremos mañana?

—Sí, respondió Adosinda, mas pálida que la muerte.

La situacion de la doncella era en efecto crítica y horriblemente dolorosa.

Por una parte, el sentimiento de amor vehementísimo que la arrastraba irresistiblemente hácia Fulgencio, la obligaba en aquellos instantes á desear que se la hubiese tragado la tierra antes que haberse visto en la cruel alternativa de que Wimarasio la reconviniese porque faltaba á sus juramentos, ó de que el señor de la casa de los Ecos tuviese motivo para quejarse de su desamor.

Bajo otro aspecto, el sentimiento moral era muy enérgico y vivo en la encantadora Adosinda, y no podia sufrir que el infante con razon la llamase perjura.

Asi es que su alma se hallaba cruelmente desgarrada por dos sentimientos igualmente contrarios y enérgicos y poderosos igualmente.

Al ver el término que tuvo esta conferencia, el señor de la casa de los Ecos empezó á pasearse por la estancia á grandes pasos, y con todas las muestras de la ira mas reconcentrada y de los mas rencorables celos.

Adosinda contemplaba alternativamente á uno y otro caballero, y en su interior acusaba de cruel á su destino, que la habia colocado por tan desusadas vias en una situacion de espíritu incomprensible, horrorosa, insoportable.

De repente el señor de la casa de los Ecos se detuvo, y con aire sombrio y amenazador dijo:

—Yo he prometido acompañar á Adosinda al castillo de su padre, y jamás consentiré que ningun otro ocupe mi lugar.—¡Entendedlo bien, caballeros!

Fué tal la arrogancia, la altivez y la fiereza conque el señor de la casa de los Ecos pronunció estas palabras, que durante algunos momentos el infante y sus amigos permanecieron silenciosos.

—Me parece, caballero, dijo al fin Wimarasio, que usais de un lenguage inconveniente...

—Yo digo siempre lo que quiero y lo que pienso, interrumpió con viveza el señor de la casa de los Ecos.

El infante clavó una mirada profunda en su adversario, y

luego sacudió su cabeza con un estremecimiento ligeramente nervioso, como si dijera para sí:

—¡Ah! ¡No eran infundadas mis sospechas!

Despues de algunos momentos de reflexion, el infante dijo en voz alta y con acento algun tanto amenazador, si bien la ira estaba oculta bajo el velo de la cortesanía.

—En cierta ocasion, caballero, me prestásteis un gran servicio, y desde entonces os he considerado como amigo, por creer que así lo exigian las leyes del agradecimiento; mas nunca debí temer, en vista de lo que hicísteis, que fuesen vuestros favores interesados. Ahora comprendo muy claramente que yo he sido quien os ha hecho un favor tan inmenso, que á la verdad no lo merecíais.

—¡Vos á mí favores! esclamó Fulgencio con un desden soberano y con insultante sonrisa.

—Sí señor, repuso el infante con firmeza. Yo os he hecho el favor de creer que érais un cumplido caballero, y ahora conozco que habeis abusado de mi generosa confianza, dando cabida en vuestro pecho á sentimientos indignos.

El señor de la casa de los Ecos miró fijamente á Wimarasio, y por toda contestacion aproximóse á su oido y murmuró rápidamente estas palabras:

—No acostumbro nunca en casos como este á perder el tiempo en reconvenciones. Si os estorbo y me estorbais, puede arreglarse todo de la manera mas sencilla.

—Eso es cabalmente lo que yo deseo, repuso el infante en el mismo tono de voz.

—Pues mañana al romper el dia os aguardo en la fuente que habreis visto al venir junto al camino.

—Allí estaré sin falta al romper el dia.

Adosinda y los hijos de Argerico no podian sospechar el trágico asunto que en aquellos momentos ventilaban el infante y el señor de la casa de los Ecos.

Sin embargo, pareció que Adosinda, aunque vagamente, habia presentido el funesto desenlace que habia de tener aquella escena.

—Caballeros, dijo con su voz de ángel, ¿por qué ha de ser

motivo de queja entre vosotros una cuestion tan insignificante? ¿Qué inconveniente hay en que ambos me acompañeis, y tambien estos caballeros?

Y Adosinda señaló á los hijos de Argerico.

Los dos rivales se encogieron de hombros.

—Ya hemos convenido en que no os acompañará mas que uno de los dos, dijo el señor de la casa de los Ecos.

—Y de fijo no irá mas que uno, añadió el infante, cuyas palabras encerraban una sentencia de muerte.

Fulgencio dejó escapar una sonrisa, como hombre acostumbrado á encadenar siempre á la fortuna.

En seguida, por órden del señor de la casa de los Ecos, se alojaron todos en el castillo.

Wimarasio no tenia tan mala opinion de Fulgencio que recelase de la hospitalidad que este le ofrecia, por mas que éste fuese su enemigo.

Sin embargo, para mayor precaucion pensaba comunicar á sus compañeros el rápido y misterioso diálogo que habia tenido con su rival.

Aquella noche pasó lenta y vaga como una eternidad para el infeliz Wimarasio, que cada vez veia estrecharse y anublarse mas y mas los horizontes de la vida.

Despues de todas sus desventuras, aun le quedaban sus mas bellas esperanzas de amor; pero ahora habia conocido que el mundo seductor que le fingia la ilusion como verdadero, estaba muy distante de la realidad.

En tan desconsoladores pensamientos le sorprendió el nuevo dia, que acaso era el último de su existencia.



CAPITULO XXII.

El duelo.

Las últimas sombras de la noche huian despavoridas ante los esplendores del sol, que iluminaba con sus rayos las flores del valle, los pasos del monte, y los cristales de la fuente bienhechora.

Entonaban las aves sus armoniosos conciertos saludando al nuevo dia, y todo respiraba en la naturaleza amor y vida; menos los hombres, que entre sí respiran y desean odio y muerte.

Aun cuando el infante habia manifestado á sus amigos el duelo á que debia asistir por la mañana, no por eso consintió que nadie le acompañase, supuesto que de las palabras de Fulgencio no podia deducirse otra cosa sino que junto á la fuente debian encontrarse al amanecer ambos rivales.

Aun cuando los hijos de Argerico, ya enterados del caso, tuvieron temores de que Fulgencio les preparase alguna emboscada, y así se lo manifestaron al infante, este no pensó ni remotamente en salir del castillo. Desde luego se comprende que Wimarasio tenia una razon poderosa para permanecer allí, aun cuando le amenazasen los mayores peligros.

Adosinda habitaba en aquella fortaleza, y el infante de ningun modo queria separarse de su amada.

Los hijos de Argerico llevados por la curiosidad, y mas aun por el cariño que profesaban á Wimarasio, resolvieron presenciar de lejos el combate, ya que no les era permitido asistir ostensiblemente.

Fiero y altivo y hermoso y resplandeciente como el ángel

de las batallas, vióse salir del castillo al romper el alba á un caballero, que bajando la rápida senda se dirigió con su volador caballo al pie de la colina, en donde habia una fuente que derramaba sus cristales en un pilar de mármol. Allí se detuvo el campeon, y en vano dirigió en torno suyo ansiosas miradas. Habia creido llegar demasiado tarde; pero una sonrisa de satisfaccion dilató sus labios al convencerse de que habia sido el primero en asistir á aquella cita de muerte.

Largo rato estuvo esperando, pero nadie aparecia.

¿Quién era el cobarde que faltaba á tan solemne empeño?

Pasaban las horas cada vez mas espléndidas, aunque con la misma velocidad, y el otro combatiente no se presentaba.

Los hijos de Argerico, ocultos entre unos árboles, observaban con indignacion la puntualidad y arrogancia del uno, y la vergonzosa ausencia del otro combatiente.

Ya se hallaba el sol en mitad de su carrera, cuando los hijos de Argerico determinaron llegarse á la fuente, y cambiar algunas palabras con el atrevido campeon.

Entre tanto habia tenido lugar en el castillo una escena demasiado interesante para nuestra historia.

El corazon de la mujer parece mas predispuesto que el del hombre á recibir misteriosas revelaciones de ese prodigioso espíritu de profecía que se llama *presentimiento*.

Adosinda, pues, habia presentido primero y despues adivinado lo que en voz baja se habian dicho el infante y el señor de la casa de los Ecos.

La hermosa hija de D. Zuria estaba condenada á sufrir sobre la tierra las mayores aflicciones que es capaz de producir ese sentimiento santo que se llama amor, y que es tambien el origen de la mas inefable voluptad y de la alegría mas pura.

Adosinda no podia menos de sentir vivamente que sucumbiese á manos de Fulgencio el desdichado Wimarasio, que tan bueno, tan leal y cariñoso se habia manifestado siempre para con ella.

Por otra parte, Adosinda amaba con locura al señor de la casa de los Ecos, y se estremecia de horror á la sola idea de que su amado pudiese morir bajo la espada del infante.

Y si Adosinda es seguro que en cualquiera ocasion hubiese abrigado iguales temores, tampoco es menos cierto que en el caso presente aumentaba su amargura la circunstancia de que ella misma era la causa de cuantas desdichas pudieran sobrevenir. Este pensamiento producia en la generosa Adosinda el mas profundo desconsuelo.

La noche habia estendido ya sobre la tierra su tupido manto de oscuridad. Todo yacia en el castillo abismado en sueño y silencio. La estancia en donde dormian el infante y los hijos de Argerico estaba cerrada.

Durante largo rato, en las primeras horas de la noche, se habia oido en aquel aposento el rumor ligero de los cuatro amigos, que departian en voz muy baja.

Una figura blanca habia estado en la puerta escuchando no la conversacion, sino el ruido de la conversacion. Cuando esta se hubo terminado, la blanca figura se deslizó como una sombra por los tránsitos del castillo, y encaminóse á un aposento situado en el estremo opuesto del vasto edificio.

Aun habia luz en aquella estancia.

La blanca figura llamó resueltamente á la puerta, que se abrió á los pocos momentos.

—¿Quién sois?

—¿No me conoceis?

—¡Oh! ciertamente que no podia figurarme que vos habíais de venir aquí á estas horas.

—¿Y vuestro señor?

—Aun no se ha acostado.

—Decidle que quiero hablarle.

—Podeis pasar, si quereis.

—No, no; quiero que le anuncieis mi visita.

El que habia abierto la puerta era un anciano, el cual inmediatamente partió á cumplir la órden del nocturno visitante.

Pocos momentos despues volvió el anciano diciendo:

—Mi señor ha dicho que paseis al instante.

La blanca figura atravesó el umbral, y guiada por el anciano, llegó adonde estaba el señor de la casa de los Ecos, altiva

la mirada, fiero el semblante, y midiendo con impaciencia á largos pasos el dilatado aposento.

Indecible fué la sorpresa del caballero al ver en su estancia á Adosinda en las altas horas de la noche.

No habia vuelto el señor de la casa de los Ecos de su sorpresa, cuando la jóven se adelantó á decir:

—Sin duda estrañaréis mi venida...

—Lo confieso francamente. Me parece un milagro veros aquí.

—¿Estais tranquilo?

—Como siempre.

—¡Es posible!

—¿Lo dudais?

—Y sin embargo, mañana vais á morir, ó á matar.

—Infaliblemente sucederá una de las dos cosas; pero ¿quién os ha dicho lo que voy á hacer mañana?

—Vosotros mismos, caballeros.

—Yo no recuerdo...

—Wimarasio, lo mismo que vos, dijo bastante cuando aseguró que de fijo no me acompañaría mas que uno de vosotros dos. Estas palabras, unidas á lo que yo he podido deducir de vuestro animado diálogo en voz baja, me han dado la clave de vuestros intentos.

—¿Y bien?

—Yo no quiero que ese duelo se verifique.

—Y sin embargo, vos sois la causa de él.

—Soy la causa involuntaria.

—Sobre eso hay opiniones.

—¿Creis?...

—Creo que vuestras palabras han hecho que yo quiera que el infante ó yo dejemos de existir. No cabemos los dos en el mundo. ¡Al nacer el dia, morirá Wimarasio!

—¿Y qué daño os ha hecho el infante?

—¿Y á qué vienen esas preguntas?

—Él me ama con ciega idolatría...

—Ese es su mayor delito.

—Todo me lo ha sacrificado.

—Nada tengo que ver con eso.

—Yo le he jurado ser suya, ó de nadie.

—Yo me he jurado á mí mismo darle muerte.

—¡Qué horror!

—Al contrario, para vos es un beneficio.

—¡No os burleis de mi amargura!

—Tened en cuenta mis palabras, y vereis como digo verdad.

—Vuestro juramento es un crímen.

—¿Y el vuestro es una virtud?

—Yo sabré cumplirle mi palabra.

—Por segunda vez habeis pronunciado su sentencia de muerte. Si yo cumplo mi juramento, Adosinda no podrá cumplir el suyo. ¿Veis cómo tengo razon?

—¡Me causais miedo!

—Yo os amo mas que el infante.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Y hoy mismo no me habeis dado muestras de que estimais mi cariño?

—Antes de venir Wimarasio.

—¿Por qué no le habeis despedido?

—Él se presenta á exigir que le cumpla mi juramento.

—Tambien me habíais dicho que me amábais.

—Mentí, si tal dije.

—Entonces sufrireis la pena de vuestra mentira.

—Yo creí que el infante habia muerto.

—Pues yo me encargo de justificar vuestra creencia. Estad segura, Adosinda, que mañana podréis repetirme las palabras de amor que hoy me habeis dicho, porque de fijo mañana podreis creer sin duda alguna que ha muerto el infante.

Adosinda inclinó su hermosa cabeza, como abrumada por aquella lucha que no podia sostener por mas tiempo.

Así tambien los lirios del valle doblan su cáliz esbelto y aromoso al rudo impulso del aquilon desapiadado.

El señor de la casa de los Ecos permaneció tambien algunos minutos ceñudo y silencioso.

Al fin una sonrisa fascinadora iluminó su hermosísimo y varonil semblante.

—Yo os conozco, Adosinda, mejor que vos misma os conoceis.—No creais que habeis mentido al decirme que me amais. Yo he leido hoy en vuestro bellísimo rostro todo lo que pasaba en lo íntimo de vuestro corazon, y cuando realmente habeis mentido, y esto lo sabeis tan bien como yo, es cuando le habeis dicho tímidamente á Wimarasio que os acompañase al castillo paterno. Mas bien que el amor, ha hablado por vuestros labios la compasion que el infante os inspira. Si alguna palabra amorosa habeis pronunciado, ha sido inspirada, además de un sentimiento de lástima, por el rubor, por la vergüenza que os causa el aparecer como veleidosa y como perjura.

—No, no.

—Si, si.

—¿Querreis interpretar mejor que yo misma mis propios sentimientos? dijo Adosinda con el rostro escandecido.

—Los estoy interpretando muchísimo mejor que vos misma. ¡No os enojeis! Si yo os amo todavía, es porque vuestra timidez, vuestra misma falta de franqueza es muy honrosa para vos. Si no os habeis atrevido á decir rotundamente á Wimarasio que ya no le amais, si os ha estremecido el recuerdo que ha invocado de vuestros antiguos juramentos, si toda pálida y trémula habeis apenas respondido á las palabras de vuestro amante, todo eso no prueba sino que vos sois muy sensible á los deberes que imponen las promesas solemnes, los juramentos.

Adosinda respiró.

Habia temido que el señor de la casa de los Ecos la reconviniese; pero tuvo la mas viva satisfaccion al ver interpretada con tanta exactitud su conducta.

—¿Y no creeis, preguntó la jóven, que el infante tiene razon en exigirme que le cumpla mi palabra?

—Por lo mismo que tiene razon, es indispensable que muera.

—¡Infeliz Wimarasio!—Si tal llegase á suceder, desde ahora mismo os declaro que os miraria siempre con horror.

—En ese caso, hermosa Adosinda, respondió Fulgencio con cierta espresion de cariño y de tristeza, estad segura de que mañana me dejaré matar. Primero que leer en vuestros bellos

ojos un sentimiento de aversion hácia mi persona, prefiero mil veces la muerte.

Adosinda palideció.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó al fin con el mas profundo desconsuelo. ¿Por qué mi afligido corazon padece tan horriblemente? ¿Qué ha hecho Wimarasio para que yo le mire ahora mas bien como á un amigo á quien se estima por sus nobles prendas, que como á un amante á quien se adora?...

La desdichada no manifestó todo su pensamiento.

Ella habia añadido mentalmente:

—¿Y qué fuerza superior y misteriosa es la que me arrastra hácia este hombre? ¡Solo pensar en su muerte me estremece y me anonada!

El señor de la casa de los Ecos miraba á la hermosa vírgen con cierto aire de complacencia, porque leía en su alma candorosa como en un libro abierto.

—¿Por qué no sois franca, Adosinda?

—¿Qué quereis decir?

—Habeis dicho que Wimarasio no es para vos sino un amigo respetable.

—¿Y bien?

—Por otra parte, vuestro corazon, estoy seguro de ello, no permanece ni puede permanecer insensible al encanto divino del amor. ¿No es así?

—Lo confieso francamente.

—Resulta, pues, que os contradecis.

—¿Cómo?

—Fueron de amistad los juramentos que hicísteis á Wimarasio.

—¡Ay de mí!

—Ahora bien, si Wimarasio es vuestro amigo, y vuestro corazon aun siente la dulce llama del amor, ¿quién es vuestro amante?

—¡Hombre cruel!... ¡Por piedad, Fulgencio, por piedad no destroceis mi afligido corazon! Hartas desdichas me ha enviado el destino adverso. Tened la generosidad de no aumentar su amargura... ¿Quién sois vos, peligroso mortal, quién sois, que

así sabeis penetrar en lo mas escondido de mi alma? ¿Para qué he de negarlo, si vos lo sabeis mejor que yo misma? ¡Hartas pruebas me habeis dado de que conoceis todos los misterios de mi corazon!... Tal vez esta sea la causa del impulso que yo siento que me arrebata hácia vos... Sin duda, Fulgencio, vos poseis el secreto de mi ser, supuesto que vos lo guiais á vuestra voluntad, y sabeis todo lo que pasa en mí, hasta lo mas recóndito. ¡Yo os amo, Fulgencio!... ¡Por lo mismo que os amo, por lo mismo que vos sabeis todo lo que pienso y quiero, yo os suplico encarecidamente que no vayais á pelear con el infante. ¿Para qué he de daros esplicaciones minuciosas? Vos sabeis muy bien que, aunque por diversos sentimientos, me será igualmente dolorosa la muerte de cualquiera de los dos... No escucheis con indiferencia mi ruego... ¡Tened piedad, Fulgencio, tened piedad de esta pobre mujer!

Calló Adosinda, y fijó sus ojos suplicantes é inundados de lágrimas en el altivo caballero.

Bella estaba la hija de D. Zuria en aquellos instantes. Pálida y llorosa, vestida de blanco y con los cabellos esparcidos sobre la espalda, con las blancas y diminutas manos cruzadas sobre el turgente seno, la encantadora vírgen resplandecia en aquellos momentos con el suave brillo de las lágrimas, con la mas suprema de las bellezas, con la belleza que causa mas profunda impresion en el corazon humano, la belleza del dolor.

El altivo señor de la casa de los Ecos estuvo largo rato contemplando en silencio á la doncella.

Los hermosos y negros ojos de Fulgencio estaban fijos sobre Adosinda con tan estraordinaria tenacidad, con espresion tan ardiente y fascinadora, que no parecia sino que el caballero intentaba magnetizar á la llorosa y tímida vírgen.

Al fin el señor de la casa de los Ecos rompió aquel silencio profundo diciendo con ternura:

—¡Mucho me pides, Adosinda amada!

—Os lo ruego de rodillas.

—Si me amas, ¿puedes querer que yo aparezca como un cobarde?

—Yo sé que sois el mas esforzado de los hombres.

—El infante me mirará con desprecio.

—Para nada necesitais su estimacion.

—Y despues de todo, nada se habria conseguido con no asistir á la cita.

—Se habrá evitado una desgracia.

—Wimarasio regresará al castillo escupiéndome en el rostro y obligándome á batirme con él, porque al fin no seré dueño de soportar sus insultos.

Adosinda inclinó su cabeza como reconociendo la exactitud de esta observacion.

—Para todo hay remedio, dijo la doncella despues de algunos momentos.

—Veamos.

—Partid ahora mismo de aqui.

—¡Eso es! ¡Y tú quedarás en su compañía!

—Yo os seguiré..

Los ojos de Fulgencio lanzaron una llamarada de júbilo, pero bien pronto volvió á oscurecerse su semblante.

—¿Y adónde iremos? preguntó.

—Al castillo de mi padre.

—Wimarasio lo adivinará fácilmente.

—¿Y qué importa?

—Que nos alcanzará en el camino, y tendremos al fin necesidad de batirnos.—Desengáñate, Adosinda, el duelo es ya inevitable, y si en tanto que vivamos los dos, mas tarde ó mas temprano tiene que suceder lo mismo, mas vale acabar de una vez, dentro de algunas horas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Además, aun suponiendo que no nos alcanzase, te repito que me exiges un sacrificio inmenso al pedirme que aparezca como un cobarde á los ojos de Wimarasio y sus compañeros.

Dichas estas palabras, Fulgencio permaneció algunos momentos silencioso y meditabundo.

—Sígueme, Adosinda, sígueme, dijo al fin.

La jóven obedeció.

El caballero se encaminó á un gabinete adornado con esquisito gusto y con lujo oriental.

Adosinda no sabia qué pensar de aquella súbita ocurrencia, y aguardaba con curiosidad la resolucion de Fulgencio, que cerró la puerta y se quedó mirando fijamente á la doncella.

—Solo hay un medio, dijo, de que se cumplan tus deseos, pero es preciso que hagas lo que te diga.

—Decid, decid.

—¡Cuánto te amo, Adosinda de mi alma!

Ya hemos dicho que la hija de D. Zuria miraba al señor de la casa de los Ecos no solo con amor, sino tambien con el mas religioso respeto, con una veneracion supersticiosa, porque creía que nada de lo que pasaba en su interior se ocultaba á las miradas de Fulgencio.

Así es que Adosinda respondió con tanto cariño como sencillez:

—Vos que tan bien me conoceis, no ignorais que yo tambien os amo con todo mi corazon.

—¡Cuán feliz sería yo si así fuese!

—¿Lo dudais, caballero? dijo la jóven á la vez con rubor y enojo.

La mirada del altivo caballero se dulcificó de una manera estraordinaria, y adquirió una espresion de ternura infinita.

—¡Si fuera cierto! esclamó. ¡Si yo tuviera pruebas que me convenciesen de tu amor!

—¡Y necesitais pruebas! ¿No las he dado hoy? ¿No me dísteis á entender cuando vino Wimarasio, que no me deciais si era ó no mi padre el que habia llegado, para ver si yo estimaba en algo vuestro cariño? ¿Y no habeis presenciado mi conducta? Si lo he recibido con tanta frialdad, ¿no lo he hecho así por complaceros?... Pero si aun estas pruebas no os bastan, exigid otras que sean, si es posible, mas convincentes.

—Voy á exigírtelas.

—Decid, decid lo que deseais que yo haga. Estad seguro de que lo haré, dijo Adosinda con voz atropellada y con ademan fébril.

—¿De veras?

—¡Os lo juro!

Fulgencio calló, pero estampó un beso de fuego en la nevada mano de Adosinda, que estaba en aquel instante en estremo turbada.

—¿A qué me habeis traido aquí? preguntó con voz débil.

—Para hablarte de amor, hermosa mia.

—¡Oh! ¡Si mi padre me viera... aquí sola con vos... en las altas horas de la noche!...

—Desecha ahora ese recuerdo importuno.

—Por donde quiera que miro me parece que veo la sombra irritada de mi padre.

El señor de la casa de los Ecos hizo un ademan de disgusto; le mortificaba sobremanera que Adosinda se acordase de su padre en aquellos momentos.

Y sin embargo, en aquel caso la encantadora doncella solo en este recuerdo podia encontrar su egida y su salvacion.

Fulgencio tenia aun en la mano la lamparilla que hábia tomado en otro aposento, pero al ponerla sobre un mueble se le cayó, y el gabinete quedó completamente á oscuras.

El caballero se lamentó de este incidente con un furor perfectamente fingido.

Y haciendo como que se dirigia á la puerta, encontróse con Adosinda, y estampó un beso apasionado en su bello rostro.

La hija de D. Zuria estaba tan turbada que apenas podia hablar.

No obstante, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo con voz trémula:

—¡Ah! vuestras palabras me abrasan... Apartaos de mí... En este aposento se respira un ambiente de fuego que infunde en todas mis venas el ardor de la fiebre... Yo no comprendo vuestra conducta estraña; pero el corazon me dice que todo esto es muy culpable... Pedid luz... Estamos solos... Tengo miedo.

—¿De mí? ¿Por ventura la señora debe temer á su esclavo?

—Tengo miedo de vos y de mí misma.

—Y yo en este aposento solitario, en las altas horas de la

noche, contemplando vuestra belleza angelical, soy el mas feliz de los mortales.

—Dejadme que me vaya, ó retiraos.

—¡Oh! Si las tinieblas no lo impidieran, veriais la dulce agitacion que me produce el sonido armonioso de vuestra voz y el perfumado aliento que exhala vuestra rosada boca.

—¡Tened piedad de mi!

—¿Por ventura mi intento es otro que conducirte al paraiso del amor?

—Vuestro intento es un crimen.

—¡Tú no me amas!

—¡Ingrato! ¡Y os atreveis á decir tal cosa!

—¿Son esas las pruebas que me dás de tu amor, Adosinda?

—¡Jamás crei que exigiriais tales pruebas!

—Aquí, en el silencio de la noche, mirando tu belleza, ¿no he de poder gozar de tus caricias?

—Caricias inocentes, amado de mi alma, yo no sabria negároslas; pero si vuestro amor fuese como el mio, de seguro que jamás llegariais á pensar en lo que estais pensando ahora.

—Te diré francamente mi pensamiento, y verás como no es ningun crimen.

—¡Callad, callad por Dios!

Pero el señor de la casa de los Ecos no hizo caso de estas palabras, y se encaminó á la puerta dejando sola á Adosinda en la suntuosa estancia.

Pocos momentos despues volvió Fulgencio con una luz, que dejó sobre un mueble.

Y asiendo de la mano á la hermosa doncella, la condujo á lo mas retirado de la habitacion, y con apacible gesto y voz cariñosa le dijo:

—Tú me juzgas muy mal, Adosinda.—Mi pensamiento al conducirte aquí, ha sido proponerte el medio de que se cumplan tus deseos...

Adosinda miró con estrañeza al altivo y hermoso caballero.

—¿Qué quereis decir? preguntó.

—¿No deseas que deje de asistir al desafío con el infante?

—Sí, sí.

—Pues bien, en este gabinete nadie puede oirnos, y como lo que voy á decirte importa que esté muy callado, hé aquí por qué he creido conveniente que nos traslademos á este aposento.

La jóven clavó en el caballero una mirada de incredulidad.

—¿No podiamos haber permanecido allí?

—Allí podian oirnos, y, bien por amenazas, bien por dádivas, podia el infante arrancar el secreto de nuestra resolucion á mis servidores cuando regresase de la fuente, en donde me habrá esperado en vano, siempre que tú accedas á mis deseos.

—Decid.

—Tú debes saber, ó por lo menos sábelo desde ahora, que una vez manifestada mi voluntad, me es muy penoso dejar de cumplirla, y rara vez me sucede que renuncie á mi propósito.

—¡Y bien!

—Recordarás que en presencia de Wimarasio dije que uno de los dos te habia de acompañar al castillo de tu padre. Tambien manifesté mi voluntad esplícita de combatir con el infante y darle muerte. Tal fué mi resolucion irrevocable, tal es mi deseo mas ardiente. Lo dije, y mi costumbre es siempre hacer lo que digo. Sin embargo, tu voz armoniosa, y tan dulce para mí como los cánticos de los querubines, tus lágrimas suplicantes, que tienen un mágico poder sobre mi voluntad de hierro, tu belleza y mi amor, en fin, han logrado en esta ocasion modificar en algun tanto mis intentos. Me impones un gran sacrificio, Adosinda. Consiento en dar motivo á Wimarasio para que me califique de cobarde, cuando yo mismo le he retado; pero además es preciso...

—¿Y no os he manifestado desde el principio que yo deseaba eso mismo? interrumpió vivamente Adosinda. ¡A fé que es estraño que me hayais conducido aquí para proponerme lo que antes os habia propuesto!

—Y yo estraño que sin haberme dejado concluir, hayais juzgado tan precipitadamente, que creais que lo que he dicho es lo mismo que antes me habíais indicado.

—¡Acabad!

—Os he manifestado que en último caso, y haciendo un cruel sacrificio, me resolvería á acompañaros sin asistir á la cita que

tengo con el infante, pero tambien creo haberos alegado razones que os habrán convencido que de este modo vuestro deseo no se cumplirá.

—Sí, sí, teneis razon. Conozco que era fácil que Wimarásio nos siguiese, y nada se habria adelantado conque faltáseis á la cita de mañana ó de hoy.

—En efecto, ya es mas de media noche; pero vamos, hermosa mia, á tratar de la cuestion que mas me interesa. ¿Quiéres darme una prueba de que me amas?

—Ya os he dicho que os la daré.

—Renuncia al proyecto de volver al castillo de tu padre. Resuélvete á vivir siempre conmigo. ¡Yo te amo como ningun hombre podrá amarte!

Adosinda se quedó confusa al escuchar tales palabras.

—¿Y era eso lo que teníais que decirme? preguntó despues de algunos momentos.

—Sí, Adosinda, eso era lo que tenia sobre mi corazon, y ¡ójala que diéseis oidos á mi propuesta! Ahora conoceréis que yo no pensaba en ningun crimen, y os convenceréis de que han sido vanos vuestros temores, y de que no habeis tenido fundamento para alarmaros.

La doncella se quedó petrificada de asombro, de vergüenza y de ira. Comprendia muy bien, á pesar de ser tan candorosa é inesperta, que Fulgencio habia procedido en aquella ocasion con habilidad estremada.

—¡Qué estraño cambio! pensó para sí la doncella.

¡Cosa rara! ¡Estraño fenómeno! ¡Misterios del corazon de la mujer! Adosinda, que con tanta razon habia temido que el señor de la casa de los Ecos se arrojase con algun intento temerario contra su honor, Adosinda, decimos, sintió en lo mas íntimo de su corazon cierta amargura, cierta tristeza por la actitud desdeñosa é indiferente que de un modo tan repentino é inesperado tomó el astuto señor de la casa de los Ecos.

Aquí llegaban nuestros dos personages, cuando llamaron á la puerta.

Fulgencio abrió, y presentósele el anciano que hemos visto en el otro aposento anteriormente.

—¿Qué sucede? preguntó el caballero en voz baja.

—Que uno de los caballeros que aqui están alojados pretende salir ahora mismo del castillo, y como hasta despues de salir el sol no se levanta el puente...

—Permitidle que salga.

El anciano, es decir, el alcaide del castillo, aunque oyó con estrañeza la órden de su señor, fué sin embargo á obedecerla inmediatamente.

Desde luego habrá comprendido el lector que el caballero que pretendia salir tan temprano del castillo no era otro que Wimarasio.

Pocos momentos despues salieron tambien los hijos de Argerico, que vivamente se interesaban en la suerte de su amigo.

Ya hemos visto que estuvieron ocultos durante largo rato, observando que solo el infante habia asistido á la cita en la fuente.

Al fin, segun hemos indicado, se resolvieron á bajar al punto donde Wimarasio aguardaba ya desesperado á su rival.

Quien tan solo solo hubiese visto una vez al señor de la casa de los Ecos, no podia en ningun modo considerarlo como á un cobarde. Su actitud, su gesto, su mirada, toda su persona demostraba hasta en sus mas insignificantes movimientos á un hombre superior, inteligente y valeroso.

El mismo Wimarasio era de esta opinion.

Ya el sol centelleaba en la mitad de su carrera, y el altivo Fulgencio no se habia presentado en el lugar que habia designado él mismo para combatir con su adversario.

Todos estaban confusos, no sabiendo qué pensar ni á qué atribuir la cobarde cuanto inesperada conducta de Fulgencio.

—¡Quién habia de pensar que el señor de la casa de los Ecos habia de manifestarse tan tímido! esclamó el jóven Fandila.

—Ciertamente que yo no lo esperaba.

—¿Cuál habrá sido la causa de que así haya olvidado su honor? dijo Fromestano.

—Pues á mi me parece que en esta estraña conducta se en-

cierra alguna entruchada, dijo Leandro, que como de mas edad, era el mas prudente de los tres hermanos.

Esta sospecha anunciada por Leandro causó en los demás hermanos una impresion profunda.

Wimarasio, cuya caballeresca lealtad nos es conocida, habia creido hasta entonces que el no haber asistido su rival al desafío, debia atribuirse á cualquiera razon de imposibilidad, antes que á un lazo, á una estratagema, á una insidia.

Pero en las palabras de Leandro, como á la luz de un siniestro meteoro, habia divisado un abismo hácia el cual le empujaba la astucia de Fulgencio.

El infante, dirigiéndose á Leandro, preguntó:

—¿Creeis que el señor de la casa de los Ecos con dañada intencion haya tratado de alejarnos del castillo?

—Me atreveria á jurarlo.

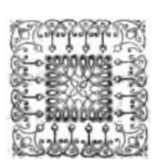
—¿Y qué pensais?...

Wimarasio no se atrevió á concluir. Temblaba de que la respuesta de Leandro fuese en estremo desconsoladora.

—Yo creo que mientras hemos estado aquí hemos perdido un tiempo precioso, dijo el primogénito de Argerico.

—¡Ira de Dios! esclamó furioso el infante. ¡Al castillo! ¡Partamos inmediatamente al castilo!

Todos se lanzaron al galope hácia la fortaleza.



CAPITULO XXIII.

Resurreccion.

ERA la noche.

En medio de las tinieblas se levantaba todavía mas augusta la imponente masa del edificio del monasterio de San Vicente, estramuros de la ciudad de Oviedo.

Al pie de una encina secular, poco distante de la portada del monasterio, estaba un hombre que tenia del diestro á unos caballos.

Pocos momentos despues se divisó un bulto que salió del monasterio, y dirigióse con recatada planta al punto donde hemos dicho que estaba aguardando el personage que tenia del diestro los caballos.

La distancia que mediaba desde el monasterio hasta la encina, si bien no era estremada para que la recorriese en poco tiempo una persona vigorosa, no dejaba sin embargo de ser bastante larga para una mujer, ó para una persona valetudinaria.

Cuando ambos personages estuvieron juntos, entablaron entre sí este diálogo:

—Debes aproximarte mas al monasterio.

—Donde me dijeron me he apostado.

—Acaso el estado de su salud no le permita llegar hasta aquí.

—Pues vamos allá.

—Ya sabes que la empresa es arriesgada.

—Nunca he temido á los riesgos.

—Se trata mas bien de precaverlos que de superarlos. Ya sabes que enemigos muy poderosos tienen interés en desbaratar

nuestros planes, y por lo tanto conviene que usemos de las mas esquisitas precauciones, y aun asi y todo, ¡quiera Dios que al fin no nos sorprendan!

—¿Y qué precauciones hemos de tomar?

—Las que están á nuestro alcance. Ante todas cosas, debemos asegurarnos en lo posible de que ningun riesgo nos aguarda en el camino.

—Me parece que lo mejor es dar un gran rodeo á fin de que no puedan sospechar nunca adónde nos dirigimos.

—Justamente, esa es mi opinion.

—Pues entonces quedamos en eso.

Aquí llegaban nuestros dos personages, cuando ambos se encontraron en las inmediaciones del monasterio junto á la tapia de la huerta.

—Aguárdate aqui, y está alerta por si alguien nos espía.

—Descuidad, Rodrigo.

El que antes habia salido del monasterio, regresó á él penetrando no por la portería, sino por un postigo de la puerta de la iglesia, que volvió á cerrar cuidadosamente.

Si penetramos ahora en el interior del monasterio nos será fácil comprender el motivo que traía tan desvelados á nuestros misteriosos personages.

En los dilatados tránsitos de aquella solitaria y religiosa morada se elevaba el espíritu á pensamientos graves y melancólicos. La calma y el reposo, la virtud sencilla, la meditacion profunda, y la santa tristeza de la penitencia, habitaban en aquella mansion, contra cuyos muros se estrellaban las olas del embravecido mar de las pasiones del mundo, las pasiones tiránicas, que deponian su cetro de hierro, trémulas y encadenadas, en aquel santo y silencioso retiro.

Allí se conocia que el hombre era dueño de sí mismo, y que la luz pura y serena de la razon guiaba todos sus pasos hácia la mansion celeste por la escala mística del ayuno y de la oracion, meditando de contínuo en los misterios de la vida y de la muerte, y sosteniendo sin cesar esa lucha titánica, que se llama santa vida, entre el cuerpo y el alma.

Rodrigo atravesó las estensas y silenciosas naves del templo,

pálidamente iluminado por algunas lámparas, y se encaminó á la sacristía, salió á un atrio, y continuando su camino por las dilatadas galerías del claustro, se detuvo ante una puerta, cerca de la cual, en un nicho que habia en la pared, veíase una efigie que representaba la crucifixion del Salvador de los hombres.

El siervo del rey D. Fruela reparó en la sagrada imágen, delante de la cual pendia una lámpara que destellaba una luz temblorosa, y cayó súbitamente de rodillas como impelido por un sentimiento interior de simpatía y adoracion hácia el Hijo del hombre, que por su voluntad habia padecido todos los dolores que puede sufrir el alma humana, menos los remordimientos.

El afligido siervo elevó sus ojos llorosos hácia la efigie, y en espíritu se trasladó hasta el cielo de los cielos, pronunciando una fervorosa plegaria para que su empresa, tan justa y benéfica como peligrosa, fuese coronada por un éxito feliz.

Luego el siervo continuó su camino, abriendo la puerta que daba á la huerta del monasterio.

La noche estaba oscura, negros nubarrones encapotaban el cielo, y pálidos relámpagos hendian el espacio.

El recinto de la huerta era estenso, triste, sobre todo de noche, á causa del aspecto melancólico y solemne que daban á aquel lugar los muchos cipreses que allí habia, y cuyas copas, al través de las tinieblas, se levantaban como pirámides funerarias.

En efecto, no era vana la significacion de estos árboles fúnebres en aquel sitio, pues dentro de la misma huerta estaba el cementerio de los monges que por humildad se enterraban fuera del recinto de la iglesia que estaba destinado para los sepulcros de los abades, de los fundadores, de los reyes y de los caballeros ilustres por su linage y sus hechos.

Rodrigo eligió la senda que conducia al cementerio situado en un estremo de la huerta.

De pronto de entre unos cipreses salió un monge de elevada estatura, que detuvo á Rodrigo diciendo:

—Ya te aguardábamos con impaciencia.—¡Sígueme!

Obedeció Rodrigo, y ambos se encaminaron á una casita que habia dentro de la misma huerta, en la cual se hallaban dos mujeres, una jóven, anciana la otra.

El monge que acompañaba á Rodrigo era el venerable abad del monasterio de San Vicente, á quien hemos visto defender la inocencia de Doña Munia en presencia del rey, con el generoso ardor que inspira la caridad y la justicia de una buena causa.

El anciano abad, aunque prudente y esperimentado, habia sido, no obstante, engañado y seducido por la infernal astucia del rey D. Fruela, que con tan sentidas razones, y con todas las muestras del mas sincero arrepentimiento, habia lamentado la súbita y prematura muerte de la reina, muerte de la cual el rey, llorando, se confesaba culpable.

Muy ageno estaba el abad de que D. Fruela llorase y se arrepintiese en tan alto grado de lo que antes él mismo hubiera podido evitar.

Pero el venerable anciano devolvió al monarca toda su antigua estimacion, desde que lo vió tan afligido por la muerte de su esposa.

El lector ya conoce la profunda hipocresia con que D. Fruela supo velar sus verdaderos sentimientos.

Mas adelante veremos hasta qué punto la creencia que el abad tenia del arrepentimiento del rey, pudo haber sido funesta á muchos de los personages de nuestra historia.

El abad, Nunilo, Floreva y Rodrigo se encaminaron juntos al enterramiento ó panteon real que habia en el monasterio debajo del altar mayor, y en donde el dia antes habia sido sepultada la reina Doña Munia.

El leal Rodrigo iba armado de una espiocha y de una lámpara.

El anciano abad preguntó al siervo:

—¿Podremos nosotros sin el auxilio de nadie llevar á cabo nuestra empresa?

—Un hombre solo basta, y sobra para el caso.

—Y si es preciso, nosotras ayudarémos, dijeron Floreva y Nunilo.

—No es necesario, respondió Rodrigo.

—Me parece que tú solo tardarás demasiado, observó el abad.

—No lo creo así.

—Y aun cuando así fuese, mas vale que se tarde un poco mas, que no que nadie se entere del caso, dijo la anciana Nunilo.

—Yo no veo necesidad de que haya tanto secreto, repuso el abad. Mas bien que por creerlas indispensables, me he prestado por complacencia á todas vuestras precauciones.

Floreva y Nunilo cambiaron entre sí una mirada de terror.

—¡Cómo! esclamó la anciana. ¿No creis que aun así y todo, descubrirán tal vez el paradero de mi señora? Plegue á Dios que tantas precauciones sean al fin bastantes para sustraerla á la cruel persecucion del que mas que su esposo, es su verdugo.

—No digais tal, Nunilo, no digais tal, repuso el monge. Yo he sido testigo de la profunda tristeza y del sincero arrepentimiento del rey, cuando supo la muerte inesperada de su esposa infeliz; si entonces yo hubiera estado en el secreto que despues babeis confiado á mi discrecion, de seguro que yo hubiera podido aliviar la angustia de D. Fruela, revelándole la falsedad de tan funesta noticia.

Al oir tales palabras, Rodrigo y las dos mujeres se miraron estremeciéndose.

—Permitidme, reverendo padre, que os diga que en tal caso hubiérais obrado con muy poco acierto, dijo atrevidamente la anciana nodriza de la reina.

—Yo conozco demasiado bien al rey y puedo juzgar con toda evidencia, y estoy plenamente convencido de que si D. Fruela llegase á saber hoy que su esposa vivia, se habia de regocijar sobremanera.

—A mí me parece, dijo tímidamente Floreva, que el rey volveria de nuevo á sus sospechas y á sus crueldades.

—Yo creo tambien conocer bastante al rey, dijo Nunilo, y tengo muchos datos para pensar que de seguro D. Fruela tornaria á sus intentos odiosos. Si no hubiera sido por el buen Rodrigo que de antemano estaba de acuerdo con nosotras, y que apresuró muy atinadamente nuestra empresa, el mismo dia que la reina murió á los ojos del mundo y de su esposo, hubiera

muerto en realidad, por órden del mismo rey, que habia mandado envenenarla.

—Eso no importa para que yo crea firmemente en la sinceridad del arrepentimiento del rey.

—Reverendísimo padre, dijo Rodrigo, yo conozco que no deberia tomar la palabra en vuestra presencia; pero ya que nos encontramos en este momento y en este sitio, debo manifestar mi opinion de que en ninguna manera conviene que el rey tenga noticia de este suceso, sino queremos sumir de nuevo á la reina en las mismas angustias de que la hemos libertado, teniendo necesidad para ello de hacerla atravesar encerrada en un atabud todos los terrores de la muerte.

El venerable abad no puso muy buena cara al oir tales reconvenciones.

La anciana y prudente Nunilo conocia hasta qué punto era peligroso el oponerse á la opinion y á los deseos del abad, cuyo delito no era otro que ser sincero y sencillo, é incapaz de comprender ni de recelar siquiera la horrible doblez del ánimo del monarca.

Así, pues, Nunilo clavó una mirada de inteligencia en Floreva y en Rodrigo, y despues se llevó con disimulo el índice á los labios.

Tanto Floreva como Rodrigo comprendieron perfectamente el significado de aquella rápida gesticulacion.

La anciana nodriza no solo les recomendaba el silencio, sino que tambien les daba á entender la conducta que en lo sucesivo debian seguir, que era no manifestar al venerable monge el refugio de Doña Munia.

—Paréceme que por ahora, dijo la anciana, lo que mas nos importa es no dilatar la exhumacion de la Reina, pues si llega la hora en que recobre sus sentidos, le amenaza un verdadero peligro de muerte. Por lo demás, reverendo padre, vos podeis obrar como lo creais mas conveniente, pues nosotras, pobres mujeres, no sabemos discernir lo que será mas acertado. A vuestra esperiencia, á vuestra discrecion y á vuestra virtud, dejamos encomendada la suerte de nuestra pobre reina.

—El espíritu de Dios nos iluminará lo que mas se encamine

á su santo servicio y al bienestar de la desdichada Doña Munia, dijo el abad con una sonrisa de satisfaccion, por la humildad y deferencia que respiraba el lenguage de Nunilo.

Escusado es decir que todo el anterior diálogo habia tenido lugar en el mismo panteon en que se hallaba el sepulcro recientemente cerrado de la reina.

Rodrigo comenzó á trabajar como un leon con su espiocha, quitando en brevísimo tiempo la lápida que cerraba el nicho.

Por último, sacó fuera el atahud, que contenia dentro otra caja de plomo, y en ella estaba el supuesto cadáver.

A la verdad que nuestros lectores no necesitarán una difusa esplicacion para comprender la escena que hemos presentado á su vista.

Rodrigo, de acuerdo con Nunilo y Floreva, se habia provisto de un narcótico que habia suministrado á Doña Munia cuando supo, segun le manifestó el conde D. Aurelio, que el rey trataba de envenenar á su esposa.

Ahora bien, ya sabemos que el conde trataba á su vez de engañar al rey suponiendo que la reina efectivamente habia muerto; pero ya conocemos sus proyectos, que comunicó á Rodrigo, es decir, al carcelero de la reina, á fin de que este le ayudase en su empresa.

D. Aurelio se proponia aparecer á los ojos de Doña Munia como su libertador y su amante, y contaba con que despues de que ella se viese libre, no podia menos de tenerle gratitud, que él sabria con sus rendimientos convertir en amor.

Pálido, pero tranquilo como si disfrutase de las delicias de un venturoso sueño, se presentó á las miradas de los circunstantes el rostro hermoso de la desdichada reina.

—Dentro de poco rato deberá volver en sí, dijo Nunilo.

Mientras que llegaba la hora de antemano calculada en que debia cesar el letárgico efecto del narcótico, Rodrigo se ocupó en colocar el atahud en el nicho, y sobre él la lápida, de manera que todo volviese á quedar, en cuanto á las apariencias, como si la exhumacion no se hubiese verificado.

Apenas Rodrigo habia terminado su tarea, cuanto la reina ex-

haló un suspiro leve y suave como el tímido aliento de las áuras.

Nunilo y Floreva lanzaron un grito de júbilo inmenso.

El abad comprendió que sería muy doloroso, y aun arriesgado para la reina, si al recobrar sus sentidos se encontraba en aquel recinto fúnebre, y reconocia que habia sido enterrada viva. Tal pensamiento en una dama quebrantada por sus padecimientos anteriores, en aquella hora solemne, en aquel sitio lúgubre, en aquellas circunstancias horrorosas, hubiera bastado por sí solo para que la reina realmente sucumbiera bajo la fria guadaña de la muerte.

Teniendo en consideracion todas estas razones, el abad ordenó á Rodrigo que tomase en sus robustos brazos á Doña Munia, y la condujese fuera de aquel recinto mortuorio.

Pocos momentos despues nuestros personages se hallaban en la huerta del monasterio.

El aire libre y fresco de la noche produjo una impresion en estremo benéfica en Doña Munia, que volvió completamente en su acuerdo.

—¿En dónde estoy? dijo, paseando en torno suyo una mirada vagarosa é inquieta. ¿Qué es lo que ha pasado por mí?... ¡Nunilo!

—¡Querida señora de mi alma! esclamó la anciana con la efusion mas viva.

Dejamos á la imaginacion del lector que se represente el gozo inesplicable que en aquellos momentos esperimentaba la fiel y cariñosa nodriza de Doña Munia. La ancianidad y la ternura de Nunilo hacian de ella un personage en estremo simpático, y tambien en estremo venerable.

—¿En dónde estoy? volvió á preguntar la reina con voz mas segura, mirando al cielo y á los árboles de la huerta, y como admirándose de verse fuera de su calabozo. ¿Y mi hijo?... ¿Y mi esposo?

La anciana no sabia qué responder á estas preguntas, porque temia que la reina se opusiese á huir de la presencia de D. Fruela, persecucion que ella habia arrostrado por la mansedumbre y la resignacion de una mártir.

Afortunadamente era estremada la debilidad de Doña Mu-

nia, que volvió á caer no precisamente en un desmayo, sino en cierta languidez, en cierta postracion, que la impedia ocuparse de pensar sériamente en nada.

Repetimos que esta especie de atonia, nada peligrosa y consecuencia natural del estado de narcotismo en que por espacio de muchas horas se habia encontrado la reina, fué una fortuna para la anciana nodriza, que temia con mucha razon dar esplicaciones á su señora en presencia del abad.

En efecto, fácilmente se comprende que si Doña Munia, como en otras ocasiones lo habia hecho, manifestaba repugnancia á evadirse del alcázar y de la tiranía de D. Fruela, era casi seguro que la reina viese secundados sus deseos por el abad del monasterio de San Vicente, el cual sin duda, siguiendo las tendencias que antes habia manifestado, le aconsejaria que regresase al alcázar del rey, en cuyo caso la situacion de Doña Munia quedaba la misma, y aun peor que antes, destruyéndose así las angustias, los afanes, las vigilias que aquellas dos mujeres y el fiel Rodrigo habian afrontado con tan valeroso ánimo, con tanta constancia, con tanta astucia, para salvar á la reina de una muerte inevitable.

Así, pues, la nodriza á todo trance intentó evitar que se suscitasen en aquel momento cuestiones y pareceres acerca del proyecto que Nunilo casi habia conseguido realizar á fuerza de astucia y perseverancia.

—Es una historia muy larga, señora mia... Ya os lo referiré todo cuando estemos mas despacio, y cuando vos tambien os encontreis mas aliviada.

—Sí, sí, respondió con languidez la reina. ¡Me siento tan débil!... Mi cabeza se desvanece... ¡He tenido unos sueños tan horrorosos!... ¡Qué viento tan agradable!... ¡Ah! ¡Me parece que resucito!...

—Venid, señora, venid.

—¡Vos aquí, venerable abad!

—Sí señora, yo estoy á vuestro lado para prestaros el auxilio que esté al alcance de este débil anciano. A pesar de vuestras desdichas, no os faltan buenos amigos, y, Dios mediante, muy en breve espero que se terminen vuestras penas.

—Cada vez me sorprende mas encontrarme fuera de mi prision... Estoy al aire libre... Veo rostros amigos en torno mio... ¿En dónde estoy? ¿Qué hora es?... Veo el cielo tachonado de estrellas que durante mucho tiempo no he visto en mi prision. ¿Es verdad, ó es un sueño delicioso que fascina mis sentidos?

—No, no es un sueño, dijo gozosa la anciana. ¡Dichosamente es una realidad, señora mia!

—Ahora no debeis fatigar vuestra mente con pensamientos sombrios, por mas que vuestra curiosidad sea naturalísima en este momento. Sin embargo, para satisfacer á vuestras preguntas, os diré que estais libre, que es media noche, y que os hallais en la huerta del monasterio de San Vicente.—Por ahora no podeis permanecer aquí mas tiempo. Es indispensable que los monges ignoren de todò punto lo que ha sucedido aquí esta noche.

La reina escuchaba estas palabras con aire de estrañeza, como quien ignoraba lo que por ella misma habia pasado durante dos dias. La cadena de la existencia se habia roto bruscamente para ella. Su memoria y su entendimiento no acertaban á descifrar aquella interrupcion, aquella especie de parentesco de la vida que en ella habia producido el narcótico.

Y como durante este tiempo habia perdido la conciencia de su ser, al verse libre, bajo un cielo rutilante de estrellas, en un recinto poblado de árboles y de flores, se creia resucitada, ó como Eva en el momento sublime y misterioso de su aparicion en el Eden.

—Partamos, dijo Nunilo, partamos pronto de aquí.

—Eso es lo mas conveniente, dijo el abad. Mañana pienso ir á Oviedo, hablaré al rey, y estad segura de que mis desvelos se dirigirán siempre á labrar vuestra felicidad.

—Lo sé, reverendo padre, lo sé, y con todo mi corazon os lo agradezco.

—Yo procuraré cuanto antes, probablemente pasado mañana, visitaros en vuestro retiro, y llevaros noticias agradables.

La prudente Nunilo se estremeció al oir esta promesa del abad.

Debemos advertir que cuando la nodriza de la reina comunicó al anciano monge el importante proyecto que en su corazon abrigaba, y que con todas sus fuerzas pensaba llevar á cabo, no le ocultó tampoco el sitio en donde Doña Munia podia encontrar un asilo seguro contra la crueldad del rey.

Ahora se arrepintió, aunque tarde, de haber sido tan sincera para con el abad, no porque nunca debiese recelar del respeto y cariño que este profesaba á la reina Doña Munia, sino porque, en ciertas y determinadas ocasiones, conviene guardar una prudente reserva con aquellos cuya sinceridad raya en indiscrecion.

Nuestros personages se encaminaron á la puerta que daba al claustro del patio interior, y cerca de la cual se hallaba la sagrada imágen donde antes hemos visto póstrarse á Rodrigo, y elevar al Eterno una ferviente plegaria.

Atravesaron los dilatados tránsitos del monasterio, y por último llegaron á la iglesia, cuya puerta abrió Rodrigo recatadamente.

Pocos momentos despues, Floreva y Nunilo cabalgaban juntas en un manso palafren, Rodrigo sostenia en sus robustos brazos á la reina sobre un magnífico alazan, y Sisenando, que montaba un caballo negro como la noche y veloz como el céfiro, iba delante sirviendo de guia á la cabalgata.

La aurora de un hermoso dia comenzaba á sonreir en el cielo, cuando nuestros personages llegaron á la alqueria de Doña Ermesenda.

La reina se hallaba en un estado de grande postracion, por lo cual Doña Ermesenda procuró que cuanto antes se entregase al descanso en el suntuoso lecho que ya le tenia preparado.

Doña Munia saludó con grande afecto á su antigua amiga Doña Ermesenda, pero esta no quiso prolongar la plática, temerosa de causar con su presencia alguna incomodidad á la reina, impidiéndole que libremente se entregase al sueño, de que tanto necesitaba.

Apenas Doña Ermesenda se retiró del aposento de la afligida esposa de D. Fruela, cuando Floreva y Nunilo se aproxima-

ron á la esposa de Resmundo y entablaron con ella el siguiente diálogo:

—Es indispensable, amada señora, que nadie sepa el asilo adonde se ha refugiado la reina, dijo Nunilo.

—Descuidad, que en ninguna parte puede estar mas segura que aquí.

—No lo creas, dijo Floreva.

—Yo respondo de que en esta alquería se hallará la reina con toda seguridad, repuso Doña Ermesenda.

—Es el caso, señora mia, que no pueden nunca preveerse todos los acontecimientos, dijo Nunilo. La reina está aquí muy mal.

—Estraño que digais eso.

—Vereis como tengo razon.

Nunilo refirió á Doña Ermesenda todo lo que ya sabe el lector respecto al empeño que abrigaba el abad, empeño que rayaba en manía, de manifestar al rey la muerte de su esposa.

—Se ha encerrado el bueno del abad en la idea de que Don Fruela se ha arrepentido del mal tratamiento que ha hecho á su esposa, despües que esta ha muerto en la flor de sus años. El buen abad piensa que el rey mirará á su esposa con mas cariño que en los primeros dias de su matrimonio.

—¿Y en qué funda el abad semejante creencia?

—En que el rey ha llorado mucho la muerte de Doña Munia.

—Puede suceder, en efecto, que el rey se haya arrepentido de su anterior conducta, dijo Doña Ermesenda, despues de algunos momentos de reflexion.

—No, no lo creais jamás, repuso vivamente Nunilo.

—¿Y por qué juzgais imposible que el corazon del rey se ablande?

La anciana manifestó á Doña Ermesenda que Rodrigo habia anticipado la realizacion del proyecto que de antemano tenian meditado, á causa de que el rey habia mandado envenenar á su esposa.

—¡Que horror! esclamó Doña Ermesenda.

—Y aun suponiendo que el rey se hubiese arrepentido, y de que en lo sucesivo fuese el mas amante de los esposos, lo cual

yo creo de todo punto imposible, siempre convendria guardar las mas esquisitas precauciones para no revelar el asilo de Doña Munia hasta tanto que no se supiese de cierto que el rey amaba de veras á su esposa.

—Sí, sí, es indispensable que la reina varíe de domicilio.

—¡El abad ha destruido todos nuestros planes! esclamó Floreva con despecho. Aunque la reina se oculte en otra parte, no por eso dejará ya de saberse que vive, y por lo tanto no dejarán de buscarla. Y la existencia de nuestra amiga será siempre penosa, porque nunca podrá vivir con libertad, siempre tendrá que estar retirada y oculta, á no ser que se resigne á sufrir las penas que le aguardan, si vuelve á caer bajo el dominio del rey.

Doña Ermesenda lanzó un doloroso suspiro.

—Ha sido una verdadera calamidad, dijo, que hayais revelado nuestro secreto al abad de San Vicente...

—Era, sin embargo, una calamidad necesaria, interrumpió Nunilo. A todo trance nos debiamos poner de acuerdo con el abad para que nos permitiese la entrada en el monasterio y consintiese en la exhumacion del supuesto cadáver de la reina. De otro modo, en lugar de ser sus libertadores, habriamos sido sus asesinos, porque Doña Munia habria espirado ahogada en su atahud cuando hubiese concluido la virtud del narcótico.

—Lo reconozco así, querida Nunilo, y en ninguna manera debeis creer que mis palabras encierren una reconvencion; pero en verdad os digo que hubiera valido mas haber asaltado el monasterio para conseguir nuestras intenciones.

—¿Y quién habia de pensar que el rey iba á llorar la muerte de su esposa y á reducir á Doña Munia al alcázar de Oviedo? Hay cosas que son irremediables.

—Todavía pudiéramos encontrar remedio en este apuro, dijo Doña Ermesenda, despues de algunos momentos de reflexion.

—¡Decid! ¡Decid! esclamaron á la vez Nunilo y Floreva.

—Pudiera evitarse de una manera muy sencilla que el rey supiese todo lo ocurrido. Mañana, por ejemplo, ó por mejor decir, dentro de algunas horas, pudiera yo ir al monasterio de

San Vicente y hablar con el abad, y si yo lograba convencerle para que guardase silencio, podiamos ya vivir tranquilas.

—¡Muy bien pensado! esclamó Nunilo. Ahora bien, el inconveniente principal que yo encuentro es que logreis convencer al abad.

—De todos modos, nada se puede perder en dar ese paso, añadió Floreva.

Aquí llegaban nuestras damas, cuando se abrió la puerta y apareció Sisenando con muestras de turbacion.

—¿Qué sucede? preguntó Doña Ermesenda.

El siervo se aproximó á su señora y cambió con ella algunas palabras en voz muy baja.

Doña Ermesenda permaneció algunos momentos profundamente pensativa.

Luego se levantó de pronto como impelida por un resorte.

—¡Aguardadme aquí! dijo la dama con voz trémula.

Y desapareció con el siervo, dejando estupefactas é inquietas á Floreva y á Nunilo.



CAPITULO XXIV.

La torre del Viejo.

Al ponerse el sol de una tarde de de abril caminaban dos ginetes por una estrecha senda que descendia de los montes que parten término entre Galicia y Asturias.

Segun la direccion que llevaban los caminantes, iban á Oviedo; pero quedaba muy poco de dia, y les restaba aun mucho para acabar la jornada.

El caballero que iba delante era un jóven de treinta años, de gentil continente, de ojos negros y brillantes y de aspecto sombrío. De vez en cuando paseaba una mirada indiferente y desdeñosa por la sierra, que ofrecia mil pintorescos paisages á la contemplacion del viajero, bellezas naturales que muy poco impresionaban á nuestro personage, tal vez porque le eran muy conocidos aquellos lugares, ó acaso porque su imaginacion estaba absorta en otros pensamientos.

Nos inclinamos mas á esta última opinion, teniendo en cuenta el aire distraido del caballero y la llama siniestra que algunas veces destellaban sus ojos árabes.

El que iba detrás, guardando una respetuosa distancia, denotaba á tiro de ballesta que era el escudero.

Ambos caminaban en silencio, supuesto que el bizarro caballero, á quien pertenecia la iniciativa de la conversacion, no estaba de humor, al parecer, de dirigir la palabra á su servidor.

Las primeras sombras de la noche comenzaban á estenderse por el horizonte.

Algunas nubes lejanas, pero pizarrosas, diseñaban en el espacio mil fantásticas y gigantescas figuras de castillos, ciudades y ejércitos, que al fondo de lo mas casual y desordenado puede llevar la mente humana, la intencion y el órden.

El aire estaba húmedo, algunos truenos resonaban á lo lejos, y todo anunciaba una próxima tempestad.

De repente en las quebradas de la sierra se oyeron gritos de hombres y ladridos de perros, que resonaban siniestramente en el último instante del dia.

Acudieron nuestros caminantes al sitio donde habia sonado la algazara, y vieron algunos rapaces que subian por un cerro, azuzando á los mastines para que persiguiesen á un lobo que habia robado una oveja del redil, en donde á la sazon estaban los pastores encerrando su ganado.

Junto al redil se veía una cabaña, y los pastores, con los ojos fijos en los zagales que perseguian la fiera, no repararon en los caminantes, que venian por direccion opuesta, hasta que estos no los saludaron diciendo:

—¡Loado sea Dios!

El mas anciano de los pastores hizo á los recien llegados la mejor acogida que supo, y les invitó á que se albergasen allí aquella noche.

Nuestros viandantes agradecieron con muy corteses razones los sinceros ofrecimientos del pastor, manifestando que pensaban continuar su ruta hasta llegar á Oviedo.

—Muy buenas cabalgaduras traeis; mas con todo y con eso, paréceme que habeis de llegar á Oviedo tarde en demasía.

—En último caso pasaremos la noche mas adelante, para que por la mañana nos sea fácil llegar de una carrera.

—Si tal pensais, mas os valiera quedaros aquí, porque os advierto que en las pocas leguas que restan de camino, no encontraréis para albergaros ni siquiera una miserable cabaña como esta, á no ser que seais tan temerarios que os plazca alojaros en la *torre del Viejo*, que dista de aquí dos leguas; pero ni á vos ni á nadie á quien yo bien quiera le aconsejaré que entre en la torre, ni tan siquiera que pase por allí despues de anochecido.

—Por vida mia, repuso el caballero, que habeis escitado mi curiosidad vivamente, y mucho me holgaría de saber la causa de que tanto os espante la susodicha torre.

—No es preciso gastar muchas palabras para poneros al corriente de lo que deseais saber, señor caballero.

—Pues relatadme la tal historia, que tendré mucho contento en oirla.

—Es muy breve, ó á lo menos es muy poco lo que yo he llegado á saber respecto á la causa de tantos asombros. Todo está reducido á que allí se oye de noche un ruido infernal, mientras que de dia hay un silencio nunca interrumpido.

—¿Y quién habita esa torre?

—Nadie, señor. Diz que en tiempos antiguos habitaba en ella un viejo, grande agorero que sabia lo porvenir; pero ahora nadie vive allí, ó á lo menos ninguno de los que andan por estas sierras ha visto en la torre alma viviente hace muchos años. Es verdad que muy pocos tendrian valor para acercarse á la torre, no digo yo de noche, pero ni aun al mediodia.

—¿Y qué clase de ruido es el que se oye?

—Solo el referirlo causa miedo. Allá á la media noche suenan bocinas y relinchos de caballos y choque de espadas; pero lo mas raro es que nunca se oye mas voz que la de un mismo hombre.—Durante toda la noche están gritando:—«¡Hola, mis caballeros, armaos y acudid! ¡Ah de mis pages, vestidme la armadura! ¡Vosotros, los mis siervos, defended el terruño, mientras que yo estoy ausente, que tambien yo estaré en lides!... ¡Hola, mis monteros, vamos al ojeo! Preparad mis sabuesos, mis arpones... ¡Hola, palafreneros! Preparad los jaeces y ensillad mis caballos... ¡Hola, halconeros, marchad á las alcándaras y descolgad mis neblíes, mis azores, mis gerifaltes! Preparad los capirotes y los mis guantes de gamuza...»—Y á todo esto, añadió el pastor, se oye el ruido como de ejecutar todos estos mandatos; pero, al parecer, todos los servidores obedecen en silencio, porque siempre es la misma voz la que se oye.

—¡Vive Dios! ¡Cosa mas rara!

—Por espacio de algunos momentos la voz cesa; pero luego

vuelve á comenzar con mas brio: —«¡Ah de mis pages y escuderos, vestíos de gala para celebrar el triunfo! ¡Hola, maestresala y oficiales de la paneteria, preparad el banquete! ¡Jóvenes pages, recordad vuestras mejores trovas para cantarlas en el festin! ¡Hola, mis juglares, inventad historias y chistes que alegren el ánimo de vuestro señor!... ¡Ah, mi hermosa castellana, corónate de flores para recibir al guerrero que vuelve victorioso á tu regazo!»—Tales son las órdenes que se dán en la *torre del Viejo* todas las noches, segun se dice. Yo, por mi parte, tuve muy buen cuidado de aprender de memoria todo lo que dicen que dice la voz.

—¿Y quién os ha referido eso?

—Todas estas particularidades se las oí contar muchas veces, cuando yo era mozo, al capellan del castillo de Samos, que era un hombre muy sabido, y que lo relataba todo, sin quitar ni poner, de la misma manera que yo os lo he relatado.

—¿Y quién diablos será ese que tanto manda?

—Diz que debe ser algun señor muy poderoso que estará allí encantado por castigo de Dios.

El caballero esclamó con aire de estrañeza:

—¡Encantado por castigo de Dios!

—¿Qué tiene eso de estraño?—Hay señores muy opulentos que no tienen mas Dios ni mas Santa María que estar mandando siempre á sus siervos, sin pensar en otra cosa que en inventar diversiones, y sin acordarse que al fin tienen que morirse, como decia el capellan del castillo de Samos. ¡Qué hombre aquel tan sabio y tan bueno! Por mi parte, á pie juntillo y á puño cerrado creo que en la torre del Viejo debe haber algun señor que pasaría toda su vida alegrándose y divirtiéndose, aunque para ello echasen los bofes sus infelices siervos.

El caminante no puso muy buena cara al oir las últimas palabras del anciano pastor, que continuó impertérrito:

—Yo no digo que los señores no disfruten todo cuanto quieran, con tal que no olviden que todos somos hijos de Dios, y que lo muestren así no con palabras, sino con obras.—Yo estoy seguro de que Dios le habrá dicho al señor de la torre del Viejo: «¿Quieres diversiones y estar siempre mandando á tus in—

felices servidores? Pues vas á estar mandando hasta que llores. Ya que por ahí pecas, por ahí vas á tener el castigo.» Porque os debo advertir, añadió el anciano, que cada vez que cesa la voz de gritar dando órdenes, comienza á exhalar tristísimos lamentos, como si se cansase de tanto mandar. Es verdad que muy pronto vuelve otra vez á su tarea, como si otra voz mas poderosa, la voz de Dios, le dijese á la voz encantadora: «¡Grita y manda sin cesar!»

El caballero escuchaba este relato con la atencion mas profunda.

Y ciertamente que no faltaba razon al caminante para sorprenderse de la narracion del anciano.

Diríase que la imaginacion popular habia personificado el espíritu de aquella época, el genio del feudalismo con sus goces y sus tiranías, y le habia dado por habitacion aquella torre solitaria donde espiase en el horror de la noche su arrogancia iracunda, su crueldad insufrible, y su afan insaciable de dominio, abrumando al pobre siervo y olvidando que tambien pertenecia á la naturaleza humana.

La imaginacion es la falcultad que puede prodigar al hombre mas consuelos, si sabe dirigirla hácia el lado luminoso y risueño.

En aquella edad de hierro los oprimidos no podian ni aun con una mirada manifestar su indignacion contra los opresores.

Los débiles, sin embargo, aunque ignorantes y supersticiosos, abrigaban creencias y tradiciones como la que acabamos de referir, tradiciones y creencias consoladoras para ellos, y que por mas absurdas que se las suponga, encerraban siempre en su fondo una idea de igualdad, de compensacion, de justicia, á cuya ley no se escapaban los poderosos, que eran castigados por Dios, ya que los siervos no podian castigar á sus tiranos.

—¡A fé que me ha entretenido vuestro relato! esclamó al fin el caballero.

—Ahora comprenderéis que yo tenia razon al aconsejaros que os albergáseis aqui esta noche; y en vista de lo que ya sabeis, no dudo que seguireis mi consejo.

—Al contrario, me habeis inspirado un vehementísimo de-

seo de oir por mí mismo esas voces misteriosas que suenan en la torre.

—¡Vírgen de Covadonga! esclamó el anciano pastor admirado de tanta osadía. Ahora sí que me arrepiento de haberos mentado siquiera esa maldita torre. Mirad, señor, que os sucederá la misma desgracia que les ha ocurrido á otros muchos que, llevados de una curiosidad indiscreta, se han atrevido á penetrar en esa mansion endiablada.

—¿Qué les ha sucedido?

—Que entraron, y jamás han vuelto á salir en castigo de su temeridad.

—Cabalmente yo me precio de temerario, repuso el caballero con soberana altivez.

En esto volvieron los zagales que antes habian ido en persecucion de la fiera, y en compañía de otros jóvenes pastores rodearon á los caminantes, ofreciéndoles algunos sencillos y sabrosos manjares, á la par que les aconsejaban que se albergasen aquella noche en la cabaña, porque la tempestad no dejaria de presentarse muy pronto lanzando sus inclemencias sobre los viajeros. Estos se resistieron tenazmente á aceptar las ofertas pastoriles, por mas que las agradeciesen.

La noche, en efecto, estaba oscura y prometia ser tempestuosa; pero ni la lluvia, ni el trueno, ni los consejos de los pastores pudieron hacer que nuestro tenaz personage desistiese de su intento; antes por el contrario, tantas dificultades no hacian otra cosa que inflamar mas y mas sus deseos vehementes de sorprender las misteriosas escenas que de la torre del Viejo le habian relatado.

Así, pues, nuestros caminantes picaron á sus cabalgaduras y continuaron su marcha, dejando atónitos á los pastores con su temeraria osadía.

Ciertamente que una de las cosas que mas commueven los corazones juveniles, ansiosos de impresiones enérgicas, es lanzarse al galope por los campos sobre un troton de noble raza, negro como la noche, espumante como el océano y veloz como los céfiros, en estos momentos solemnes en que la noche se reviste con el augusto velo de sus sombras mas densas, cuando

únicamente en su reinado lúgubre y misterioso le sirven de antorchas los flamígeros rayos y de música triunfal el eco resonante de los truenos, que recorren los espacios como la voz enojada del Criador. ¡Bello y terrible á un mismo tiempo es lanzarse entonces á una carrera frenética y sentir al huracan que agita nuestros cabellos, y ver los rutilantes metéoros agitar sus ondas de luz en torno de nuestras frentes, y devorar el cielo y el espacio con nuestras miradas, y salvar las distancias con la velocidad del rayo sobre el fogoso troton, que es una abreviatura viviente de la tempestad!

Los tímidos pastores contemplaban con asombro la rápida partida de los caminantes.

Largo rato estuvieron haciendo comentarios acerca de la temeraria pretension del bizarro caballero.

Al fin uno de los jóvenes pastores, que hasta entonces habia guardado silencio, añadió:

—Yo tengo para mí que ese caballero no es un hombre de carne y hueso como nosotros.

—No digas eso, rapaz, que yo he estado hablando con él, y verdaderamente es una criatura humana que siente, piensa y habla, repuso el viejo narrador con tono de autoridad.

—Será muy cierto lo que decis, pero yo no me puedo quitar de encima el pensamiento de que ese hombre es un alma del otro mundo.

—¿Y en qué te fundas para creer tal cosa? preguntaron los pastores en coro.

—¿No habeis reparado en su escudo? Mientras que vos estábais hablando de la torre maldita, yo estaba atisvando al señor y al escudero muy á mi sabor, y reparé en el escudo... ¡Jesus, María y José! Solo de pensar lo que llevaba allí pintado, tirito de miedo.

—¿Pues qué tenia el escudo de particular?

—¡No lo habeis visto!

—No he reparado en tal cosa.

—¡Ah! como estábais tan embebido en vuestro relato... Pues señor, el bueno del caballero debe de tener algo de diablo, porque habeis de saber que en el escudo lleva unas figu-

ras que causa espanto solo mirarlas. Son así como figuras de hombres y mujeres; pero muy pálidas y muy delgadas, y como llorosas, y están en la cumbre de una montaña, y sus cuerpos y sus rostros tienen el color como de huesos amarillentos, y por todas partes están rodeadas aquellas figuras de llamas muy encendidas... En fin, yo no puedo relatar con todos sus pormenores lo que he visto y lo que yo sentí al mirar aquellas pinturas, que se me erizaron los cabellos.

El relato del zagal produjo una viva impresion en la asamblea pastoril.

—¿Qué significará ese escudo? preguntaron todos dirigiéndose al anciano, que estaba silencioso y pensativo.

Al fin rompió su silencio diciendo:

—Sin duda ninguna, por lo que tú me cuentas, saco en limpio que ese caballero lleva pintadas en su escudo las almas del purgatorio.

—Luego lo que yo digo es cierto, insistió el zagal.

—¿Y qué dices?

—Digo y repito que ese caballero es un alma del purgatorio, sin que nadie me lo quite de la cabeza.

Esta conclusion pareció la mas aceptable á la generalidad de los pastores, si bien el anciano sacudia la cabeza con aire poco satisfecho, como sino le mereciese entero crédito aquella esplicacion.

Sin embargo, por mas que se devanó los sesos el buen viejo, no halló otra solucion mas plausible ni mas satisfactoria para los demás pastores, que continuaron haciendo los mas peregrinos comentarios acerca del caballero y de su escudo asombroso.

Entre tanto el *caballero de las Almas*, que tal era efectivamente su nombre, continuaba su frenético galope con direccion á la torre del Viejo, acerca de cuya situacion habia pedido informes y señales minuciosas al anciano pastor.

Al atravesar un arroyo bastante caudaloso, el caballero se detuvo, echó pie á tierra, y comenzó á subir corriente arriba por la márgen del arroyo, dejando á la derecha la senda que conducia á Oviedo.

El escudero imitó en silencio todo lo que hacia su señor.

Muy pronto llgaron á un bosque de añosas encinas, por el cual se internaron sin vacilar nuestros caminantes, que habian vuelto á cabalgar sobre sus magníficos trotones. Siempre el arroyo les iba sirviendo de guia, segun las instrucciones del pastor.

Por último, despues de haber hecho como una milla de camino llegaron á una colina, en cuya eminencia tenia su manantial el arroyo, y poco mas arriba estaba situada la famosa torre.

Nuestros espedicionarios llegaron á la esplanada, no sin haber tenido que salvar algunos pasos difíciles.

De repente se detuvieron en estremo sorprendidos.

Habian divisado algunas sombras que se dirigian hácia ellos.

Uno de los que se aproximaban, dijo con ese aire de confianza que debe suponerse entre dos personas que se conocen y que se dirigen de consuno á un mismo objeto.

—Mucho habeis madrugado.

El caballero de las Almas conoció que le habian tomado por otro; pero no tardó en responder:

—Mas vale llegar temprano que tarde.

—Todavía no han venido mas que tres.

—Ya irán llegando.

—Nosotros estamos aqui para cuidar de los caballos y estar en acecho, á fin de que nadie venga á interrumpirnos.

El caballero y su escudero echaron pie á tierra, y entregaron sus caballos á los que debian ser centinelas para impedir que nadie entrase en la torre, á no ser los que de antemano estuviesen convocados para un fin que el caballero ignoraba, pero que deseaba saber con estraordinaria vehemencia.

Comprendió que la casualidad le ofrecia el medio de satisfacer cumplidamente la curiosidad que el pastor le habia escitado respecto á la torre.

No se le ocultaba que su propósito podia acarrearle sérias consecuencias; pero el caballero de las Almas no era hombre que fácilmente retrocedia ante los peligros.

Adelantóse con rapidez y desenfado hácia el ruidoso edificio, y encontró una poterna abierta de par en par, y que daba

entrada á una escalera de caracol que terminaba en una galería.

El caballero de las Almas y su escudero llegaron hasta allí sin el menor inconveniente, pero allí les aguardaba un compromiso terrible.

En la galería habia una puerta que comunicaba á un estenso salon, en el cual debia verificarse una misteriosa asamblea, cuyo efecto era completamente desconocido para el temerario caballero.

A la puerta del salon se veía un monge con la capucha calada, que estaba inmóvil y en la actitud de no permitir á nadie la entrada en el lugar de la junta.

Mas allá, al rededor de una mesa, sobre la cual ardía una lamparilla, estaban sentados cuatro hombres, los cuales tenian delante de sí, sobre la mesa, unas cuantas monedas de oro.

Nuestros caminantes se detuvieron en la galería, indecisos, aunque su vacilacion duró brevísimo tiempo.

Acababan de llegar de un golpe tres nuevos personages que habian seguido los mismos pasos que el caballero de las Almas y su escudero.

Los recien llegados se detuvieron delante del monge y pronunciaron estas palabras:

— *Torre del Viejo. Secreto inviolable.*

Cada cual pronunciaba esta seña al entrar, en tanto que el monge y los que estaban en rededor de la mesa repetian esta contraseña con voz lúgubre:

— *¡Muerte al tirano!*

En seguida cada uno de los que iban entrando arrojaba una moneda de oro sobre la mesa.

Escusado es decir que el caballero de las Almas no perdió la mas mínima circunstancia de esta escena, y que por lo tanto habia cesado lo crítico de su situacion.

Despues de cambiar algunas palabras con su escudero, se adelantó impertérrito hácia el monge, y con imperturbable sangre fria pronunció las siguientes palabras:

— *Torre del Viejo. Secreto inviolable.*

El monge dejó franca la puerta.

El caballero de las Almas se adelantó dos pasos y volvió á

detenerse delante de los que estaban sentados, que en coro con el monge repitieron:

—¡*Muerte al tirano!*

El intrépido caballero arrojó una moneda de oro del mismo valor y tamaño que las demás que habia sobre la mesa.

El escudero hizo exactamente lo mismo que su señor.

Ambos pasaron adelante y tomaron su puesto entre los misteriosos personages que allí se hallaban reunidos.

El dilatado salon presentaba el aspecto de una vivienda deshabitada.

Todo su adorno se reducia á unos escaños que rodeaban los muros de la estensa habitacion en todo su perímetro.

Del centro de la bóveda pendia una lámpara de hierro en cuyo seno nadaba una luz moribunda, cuyos débiles rayos espiraban mucho antes de llevar su resplandor á los últimos confines del vasto aposento.

Aquella luz que se irradiaba en un círculo muy reducido, solo servia para que se viese la oscuridad del resto de la sala, en uno de cuyos ángulos veíanse confusamente algunas figuras humanas sobre los escaños.

El caballero de las Almas sentóse en el rincon frontero, á la sombra, en un escaño donde solo habia un hombre tan cuidadosamente rebozado en su manto, tan completamente embebido en el muro, que parecia un monton de ropa echado allí casualmente.

El escudero sentóse junto á su señor, al cual seguia siempre como la sombra al cuerpo.

Durante largo rato reinó en aquella mansion un silencio sepulcral.

Las horas se deslizaban allí sin ruido como en un cementerio. Diríase que los que se habian reunido en aquel lugar no pertenecian al mundo de los vivos.

De vez en cuando se veían cruzar algunas figuras de guerreros ó de monges que lentamente se dirigian á tomar asiento en los escaños; pero estas apariciones tampoco turbaban el mudo silencio que se albergaba en aquel recinto, porque atravesaban el salon como estátuas que tuviesen movimiento.

La triforme Hecate se hallaba en el apogeo de su reinado misterioso. Era en punto la media noche.

A la verdad que no podia menos de conmover profundamente al caballero de las Almas el espectáculo que á sus ojos se ofrecia.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué causa los movia á celebrar aquel fatídico é imponente sanhedrin durante el horror de la noche, en la soledad de los campos, en un edificio caduco, teñido con el color de los siglos y rodeado de pavorosas tradiciones y de augurios funestos? Tales eran las preguntas que sin cesar se repetia el caballero de las Almas.

De repente se presentaron en un testero del salon los cuatro caballeros que estaban á la entrada en rededor de la mesa, la cual trasladaron tambien al lugar de la asamblea.

Aquellos cuatro personages comenzaron á practicar cierta especie de escrutinio que puso en viva alarma á nuestro temerario aventurero.

Los individuos de la mesa, como diriamos hoy, comenzaron á contar muy cuidadosamente las monedas de oro.

—¡Treinta! esclamó el mas anciano, que parecia ser el presidente de aquel siniestro conventículo.

El caballero de las Almas comprendió muy bien lo que hasta entonces no habia acertado á descifrarse, es decir, que el objeto de exigir aquellas monedas á los que entraban no era una colecta, como el caballero se habia imaginado, si no un medio de evitar que ningun intruso presenciase las misteriosas deliberaciones que tuviesen lugar en aquel recinto.

Desde luego se comprende que era inminente el riesgo que amenazaba al caballero en aquellos instantes solemnes, cuando de resultas del escrutinio debia descubrirse que se habian introducido fraudulentamente en aquella mansion dos hombres que no pertenecian al número de los que allí conspiraban ó discutian.

Pero la sorpresa del caballero de las Almas subió de punto cuando oyó decir al presidente:

—Ninguno ha faltado á esta cita solemne. Los treinta que nos hemos ligado con el mas sagrado juramento, á pesar de los

peligros que nos amenazan, nos hemos reunido aquí esta noche para deliberar acerca de los medios convenientes para llevar á cabo nuestra gloriosa empresa. Ni uno solo ha faltado, y os felicito por ello con todo mi corazon.

El caballero de las Almas no pudo menos de sorprenderse de estas palabras, aunque en realidad se felicitó por ellas mas que ningun otro de la reunion, si bien no sabia á qué atribuir el que no hubiesen reconocido el fraude.

El presidente era un hombre de edad provecta, pero agil y vigoroso todavía.

—Amigos mios, esclamó el gefe, ya sabeis las inauditas crueldades de D. Fruela. Relatarlas es inútil. A todos os son conocidas, y muchos de los que aquí estamos, hemos sufrido el peso de la injusticia del rey. Desde la última vez que nos reunimos, nuevas víctimas lloran su suerte y sus afrentas. Mi hermosa hija, esperanza y consuelo de mi vejez, está prisionera, y ¿quién sabe? acaso deshonrada.

Los ojos del presidente lanzaron á la vez un relámpago de furor y una lágrima de amargura.

Luego continuó:

—Estamos convenidos en sacudir el yugo del tirano; pero este deseo será inútil si no combinamos los medios de llevar á cabo nuestro intento, que no debe llamarse ni rebelion ni venganza, sino justicia. ¡Que cada cual esponga lealmente su parecer!

El monge que antes hemos visto en la puerta, se levantó y dijo:

—El cargo mas grave que puede hacerse á D. Fruela, es el de ser enemigo encarnizado de la doctrina de Cristo. En cuanto á los medios, me parece que lo que se debe hacer es destituirlo. Tal es la pena que merece un rey que ofende á la magestad, afrentando á sus vasallos. No derrameis sangre, porque en ese caso vosotros sereis como él.

La asamblea guardó silencio durante largo rato.

Al fin el presidente dijo, dirigiéndose al monge:

—Yo no puedo menos de aplaudir los sentimientos generosos que aquí se acaban de recomendar con el mas cristiano

celo; pero en tal caso, si admitimos el que solamente debemos limitarnos á destituir al rey, me parece que desde ahora podemos separarnos, rogando al cielo que castigué al cupable, y resignándonos á sufrir sus tiranías hasta tanto que al Ser Supremo le plazca echar sobre nosotros una mirada de misericordia.

Estas palabras causaron viva impresion en los conjurados.

—¿Y por qué no nos será posible destituir á un monarca injusto? preguntó el monge.

—Un rey siempre tiene amigos y parciales, no tanto por el afecto que le profesen, cuanto por el provecho que pueda resultarles. Así, pues, mientras que el rey conserve la vida, conservará la corona y el poder de darnos la muerte cuando le plazca. Y si es que yo estoy equivocado, decidme, demostradme cómo se podrá verificar esa destitucion. ¿Os parece bien que le digamos al rey: eres un tirano, deja la corona, retírate á vivir en un castillo, ó enciérrate en un monasterio? Si los hombres respetasen á la verdad y á la justicia, sin duda alguna que esto debería hacerse; ¿pero cuál de vosotros se atreve á ir al rey con esta embajada puramente verbal, y sin que vaya sostenida por caballeros bien armados?

Un murmurio de aprobacion acogió estas palabras.

El monge respondió con la mas noble franqueza:

—Confieso ingenuamente que son vuestras razones muy poderosas, por lo que respecta al hecho; mas no me negareis que yo he dicho la verdad, por lo que respecta al deber.

—Es que tambien es un deber castigar á los tiranos, dijo una voz que resonó como un timbal.

El que tal dijo era el misterioso personage que hemos dicho estaba oculto en un ángulo del salon envuelto en su manto, y junto al cual fué á sentarse el caballero de las Almas, que murmuró para sí con muestras de la mas profunda admiracion:

—¡Quién habia de pensarlo! ¡A fé que nadie te conoce mejor que yo... En fin, siempre es bueno hallarse en pais de amigos.

Entre tanto el misterioso personage que tan súbitamente se habia levantado, continuó:

—¿Creeis que con destituir á D. Fruela está todo acabado? Despues de haber sido rey, es decir, que ha debido dar á sus vasallos el ejemplo de todas las virtudes; despues de haber gozado de todos los placeres de la vida; despues de haber ultrajado á los mas nobles caballeros de su reino; despues de haberse mostrado cruel hasta el estremo de pretender que su esposa fuese acusada como adúltera; despues de perseguir á su hermano con el mas horrible encarnizamiento porque, envidioso como Cain, mira con rencor al príncipe Wimarasio, modelo de leatad y de heroismo; despues, en fin, que el inicuo Fruela se ha manifestado á los hombres como un mónstruo de crueldad y de libertinage, ¿os parece bien que tantos y tan enormes crímenes merecen solo que le digais: «Estais destituido?» ¿Cuál sería vuestra opinion si como jueces fuéseis á pronunciar vuestro fallo sobre otro hombre cualquiera que hubiese cometido iguales delitos? Seguramente que le condenaríais. ¿Y dejareis de hacerlo porque este es un rey? Es mayor crimen todavía, porque tiene mayor obligacion de ser respetable por sus virtudes. La justicia es inflexible y universal. No solo debemos destituir á D. Fruela, sino castigarlo por sus crímenes. Si no le dais la muerte, no le quitareis la corona. Esta es mi opinion.

El conjurado guardó silencio y volvió á su asiento, rebozándose completamente en su manto.

El caballero de las Almas contempló con admiracion á aquel hombre, no solo por haberle encontrado en aquel sitio, sino por haberle oido espresarse en aquellos términos.

Y ciertamente el caballero de las Almas tenia razon no solo para admirarse, sino para temer el ser conocido, y aun mas todavía, llegó á sospechar que aquel personage era infaliblemente el Judas de la reunion.

Así es que el caballero cambió algunas palabras con su fiel servidor en voz muy baja, al cual le entregó el escudo. Es indudable que el que tan enérgicamente habia hablado para que se diese la muerte al rey, podia conocer al caballero de las Almas si reparaba en sus siniestros timbres.

Por otra parte, el señor y el siervo apercibiéronse á la pe—

lea; pues ambos recelaron que no sería imposible alguna sorpresa á mano armada.

El gefe de la conjuracion dijo:

—Estamos conformes en que es preciso para destituir al rey darle muerte. Ahora bien, los medios de llevar á cabo nuestro intento pueden ser muy distintos. En primer lugar, podemos echar suertes entre nosotros, y aquel á quien el destino designase, deberá encargarse de que el rey muera en el plazo de ocho dias, jurando ante nosotros todos dar muerte á nuestro compañero, si faltase á su palabra por cobardía ó por traicion. En segundo lugar, podemos reunir nuestros hombres de armas, y una noche, cuando el rey se halle mas descuidado, asaltar el alcázar, y cortarle la cabeza. ¿Qué medio elegirémos?

Profundísimo silencio siguió á estas palabras.

Al fin el caballero del manto se levantó segunda vez, y dijo:

—Cualquiera mano, por débil que sea, tiene la fuerza bastante para tronchar una caña y dos y tres; pero si al fin junta un haz de cañas, no le será posible troncharlas todas de una vez. Quiero decir, que los hombres reunidos son invencibles. Por otra parte, el demonio de la alevosía nunca deja pasar la ocasion de infundir malas tentaciones, y como lo mas prudente es no esponer al hombre á que caiga, sino á que no tropiece, paréceme que lo mas acertado será que no nos confiemos á un hombre solo, que tanto puede ser un héroe como un traidor.—Pero aun dejando aparte estas consideraciones, que con mucho fundamento pudieran ser ofensivas para los hombres de honra y prez que aquí nos reunimos, todavía tendremos razones muy valederas para no adoptar el primero de los dos medios propuestos.—Supongamos que con la mejor intencion y con el mas noble brio aquel á quien la suerte designase se aventura á dar el golpe mortal al rey. Como no puede valerse mas que del puñal ó de la espada, es muy fácil que yerre el golpe, y hé aquí que por ahora tendremos que suspender nuestros intentos, porque D. Fruela vivirá ya muy sobreaviso. Esto es sin contar conque el designado por la suerte viéndose prisionero y amenazado, y quizás con la esperanza de

salvarse, no cediese á la mala tentacion de revelar nuestros nombres, nuestros proyectos, nuestras reuniones, y el sitio donde las celebramos.

El orador hizo una breve pausa, y algunos rumores se oyeron en el salon.

Aquellos rumores hubieran podido traducirse por estas palabras:

—Este es un hombre que lo entiende.

El caballero del manto continuó:

—El segundo medio me parece mucho mas aceptable, porque una vez empeñados en la empresa, creo que su éxito será infalible. Y esta creencia es tanto mas fundada, cuanto que podemos llegar á la cámara del rey, cuando esté dormido, sin que haya resistencia en el alcázar, y aun contando allí con algunos auxiliares.

—¡De veras! esclamó el presidente.

—¿Será eso posible? preguntaron muchos á la vez.

—Yo empeño solemnemente mi palabra de que podrá hacerse asi como he dicho.

—A mí me parece, repuso el gefe, que de ese modo la empresa se facilita muchísimo. Solo nos queda calcular el número de hombres de armas que entre todos los presentes y nuestros amigos de confianza podremos reunir.

—Con doscientos hombres bastan, y nadie podrá negar que entre todos nos es muy fácil reunir quinientos hombres, dijo el caballero del manto.

—¿Hay alguno que no esté conforme con lo que acabamos de convenir? preguntó el presidente.

Todos callaron.

El anciano volvió á repetir su pregunta.

Algunas voces respondieron:

—Estamos conformes.

Despues de algunos momentos de reflexion, el presidente inició la cuestion mas importante en estos términos:

—Ahora debemos tratar del modo conque nuestras gentes de armas se podrán reunir en Oviedo sin infundir sospechas, y despues que sobre este asunto nos pongamos de acuerdo, conven-

drá que á punto fijo determinémos el dia en que haya de darse el golpe mortal á tan insoportable tirano.

—Hay un medio escelente, dijo el monge, para que los hombres de armas se reunan en Oviedo sin infundir la mas mínima sospecha.

—¿Y qué medio es ese? preguntó el caballero del manto. Estoy seguro de que es el mismo que se me ha ocurrido á mí.

—Pueden entrar en la ciudad, sin que nadie pare mientes en ello, disfrazados de monges, y yendo de dos en dos, debiendo hallarse todos en Oviedo la víspera del dia señalado para el asalto del alcázar.

—Justamente, ese era mi pensamiento, aunque corregido en alguna manera, dijo el caballero del manto.

—Veamos esa correccion, dijo el presidente.

—Me parece que tanto monge pudiera tal vez llamar algo la atencion, y como en esta clase de negocios nunca sobran precauciones, convendria que la mitad se disfrazasen de monges, y la otra mitad de siervos. ¿Qué os parece mi idea?

—Aprobada, dijeron á una los conjurados.

—Ahora solo falta que lo tengamos todo dispuesto, hombres, armas, disfraces, y sobre todo, ver cómo pudiéramos contar con la guardia ó los auxiliares del alcázar de que habeis hablado, dijo el presidente, dirigiéndose al misterioso personage que tanto habia llamado la atencion del caballero de las Almas.

El interpelado respondió despues de algunos momentos de reflexion:

—Dentro de tres dias creo que nos podremos reunir otra vez, teniendo ya cada cual exacta noticia de los hombres que ha de llevar bien armados y escogidos entre los mas prudentes y valerosos; pues escusado es decir que una palabra indiscreta echaria por tierra todos nuestros planes. Entonces se determinará el trage que cada uno debe adoptar para los suyos, si de siervo, si de monge, á fin de que no vayan todos vestidos de una misma manera, lo cual pudiera ser peligroso. Y desde allí á otros tres dias nos reunirémos otra vez no en esta torre solitaria y defendida por tradiciones funestas, sino dentro de la misma

ciudad de Oviedo, obligándole á cada cual presentarse, como valeroso caudillo, á la cabeza de sus gentes.

Todos los conspiradores aprobaron la proposicion del caballero del manto en todas sus partes.

El presidente observó:

—Antes es preciso fijar bien el punto de reunion en Oviedo.

—¿Y para qué? repuso el conspirador por escelencia que allí habia, que era el caballero que estaba en el rincon. ¿No hemos convenido en reunirnos aquí dentro de tres dias? En la próxima reunion se determinará la casa, iglesia ó edificio donde deberemos ocultarnos hasta la hora del combate, que será la hora de la muerte del tirano.

El presidente, conociendo que la sagacidad y la prudencia exigian que se ocultase hasta el último momento el sitio en que debería verificarse la reunion en la ciudad, respondió:

—Teneis mucha razon, amigo mio. Conozco vuestra intencion, y aplaudo vuestra prudente reserva.

Preparábanse ya los conjurados á levantar, como diríamos hoy, la sesion, cuando súbito se oyó en la galería ruido de pasos que se adelantaban rápidamente hácia el salon.

Todos se pusieron en pie, como impulsados por un resorte.

Creian, y no sin fundamento, que los vigías que en todas direcciones guardaban las avenidas de la torre, habrian descubierto algun peligro.

Repetimos que este temor era muy fundado, á consecuencia de que estaba prohibido rigorosamente á los centinelas interrumpir aquellas misteriosas deliberaciones, á no ser en el caso de que recelasen alguna emboscada ó sorpresa.

Todas las miradas se fijaron con ansiedad en la puerta, por la que apareció un hombre de estatura mas bien alta, cubierto con su armadura, y de marcial y desenfadado continente.

—¿Qué sucede? preguntaron los que estaban al rededor de la mesa.

El recien llegado pronunció las palabras que constituian la seña para entrar en el salon.

El presidente y sus compañeros, en vez de responder con la contraseña, esclamaron á una voz:

—¡Rosmundo!

En el mismo instante apareció otro caballero que venia detrás de Rosmundo, y que fué saludado por el presidente con el nombre de Munio.

—¿Cómo habeis venido tan tarde? preguntó el gefe.

Rosmundo contestó:

—Me basta saber cuál ha sido vuestra resolucion. Con tal que logremos esterminar al tirano, yo seguiré todos los medios que hayais elegido...

—¡Aquí hay algunos traidores! esclamó de pronto el monge.

Estas palabras produjeron una gran sensacion en la asamblea. Todos los conjurados pusieron mano á la espada, y cada cual empezó á mirar al que tenia á su lado con el recelo de un enemigo.

—¿Y en qué os fundais para decir eso? preguntó Rosmundo.

—¿No debemos reunirnos aquí treinta? dijo el monge, dirigiéndose al presidente.

—Sí.

—Pues han falseado la contraseña; dos hombres se han introducido aquí fraudulentamente.

En efecto, del escrutinio anteriormente practicado, resultaba que en el salon se hallaban reunidos los treinta conjurados, segun habia podido comprobarse por las treinta monedas de oro que habian ido echando sucesivamente sobre la mesa.

Ahora bien, ni Rosmundo ni Munio podian ser reputados por el presidente y sus compañeros como intrusos ó traidores, supuesto que todos les conocian.

¿Quiénes eran, pues, los temerarios que habian osado sorprender el secreto de aquella conjuracion?

Los individuos que estaban al rededor de la mesa volvieron á contar cuidadosamente las monedas, y por último, observaron que no solamente su número ascendia á treinta, sino que tambien dos de las monedas carecian de los requisitos que los conspiradores habian convenido que tuviesen, á saber, que todas fuesen del mismo año corriente, y que por lo tanto llevasen todas estampado el busto y el nombre de D. Fruela.

El caballero de las Almas al entrar habia imitado, como

hemos dicho, todo lo que habia visto hacer á los que le precedieron, encargando á su escudero que exactamente hiciese lo mismo. Ambos echaron una moneda de oro de igual valor y tamaño que las que habia sobre la mesa, y si bien por casualidad pertenecian al reinado de D. Fruela, no eran precisamente de aquel mismo año.

Descubierta la superchería, era preciso descubrir á los intrusos.

El presidente se levantó de su asiento, se dirigió á la puerta, la cerró cuidadosamente, y colocó en ella á varios de los conjurados con las espadas desnudas, y con órden terminante de matar al que intentase salir.

Fácilmente se concibe el estado de turbacion en que debia encontrarse el caballero de las Almas, pues su muerte era inevitable si llegaba á ser descubierto, y era imposible que no le descubriesen.

D. Sancho Silo Ruiz, que era el presidente, sacó una lista escrita en caractéres convencionales, y se la entregó al monge, que tenia la clave de los signos que él mismo habia inventado.

—Esta es la lista que me entregásteis escrita de vuestra mano, dijo D. Sancho. Tomad, leed los nombres, y que cada cual vaya respondiendo.

—¡Ira de Dios! esclamó furioso Rosmundo. Es necesario que ejecutemos el mas ejemplar castigo sobre los traidores.

—¡Que todos se pongan á un lado! dijo el monge.

Los del escaño de la izquierda pasaron á la derecha, dejando la mitad del salon vacío.

En seguida el monge comenzó á leer uno por uno todos los nombres inscritos en la lista, y cada cual, al oir nombrarse, atestiguaba con voz sonora su presencia, y pasaba á ocupar la parte vacía del dilatadó salon.

Así fueron pasando todos los conspiradores, hasta que llegaron á quedarse solos el caballero de las Almas y su escudero.

Ya no quedan mas nombres en la lista, dijo el monge.

Todas las miradas se clavaron curiosas é iracundas en el temerario caballero.

Durante algunos momentos reinó en el salon un silencio profundo.

Aquella calma sombría era la calma siniestra y terrible que precede á la tempestad.

El altivo caballero se adelantó lentamente y se paró en medio de la estancia, llamando la atencion de todos por su imperioso ademan y por su gentil talante.

Y paseando una mirada en torno suyo como para medir y contar á sus enemigos, apoyando la mano sobre la empuñadura de su espada, con actitud magestuosa, con voz serena, y con palabra fácil y elocuente, habló de esta manera:

—Caballeros, voy á deciros lealmente la verdad. Yo ignoraba la existencia de esta torre, y las curiosas patrañas que de ella se cuentan. Esta tarde, al ponerse el sol, la casualidad hizo que me encontrase á unos pastores, los cuales me refirieron cosas estupendas que escitaron mi curiosidad de una manera estraordinaria, y teniendo que pasar muy cerca de aquí, tomé la resolucion irrevocable de entrar en esta torre aunque todos los demonios del infierno habitasen en ella. Me habian hablado de encantamientos, de fantasmas y de mil ruidos siniestros que aquí se escuchan de noche. Me encaminé, pues, á satisfacer mi deseo, y encontré cerca de este edificio algunos hombres que parecian estar como de vigilantes. Uno de ellos se me aproximó diciéndome que habia madrugado mucho. Yo comprendí que aquel hombre se equivocaba; pero escitada mas y mas mi curiosidad, quise saber el intento de los que habian de reunirse en la torre, segun pude deducir de las palabras del que se llegó á hablarme, el cual me dijo tambien que él y sus compañeros estaban encargados de cuidar de los calabozos y de estar en acecho, en fin, de que nadie pudiese interrumpirnos.

Mientras que el caballero de las Almas referia la manera comò habia llegado á la torre, uno de los conjurados, hombre sin duda valeroso, escuchaba la narracion del caballero con asombro y hasta con terror. Queremos decir que Rosmundo habia reconocido por la voz al caballero de las Almas, pero seguramente encontraba muy estraño que este se hallase en aquel sitio; por algunos momentos llegó á creer que sus sentidos fascinados le

presentaban la apariencia engañosa de una semejanza perfecta entre el caballero de las Almas y el señor de la casa de los Ecos.

El narrador continuó su relato con imperturbable calma.

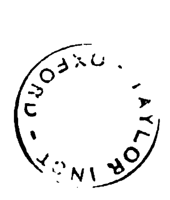
—Llegué por fin á la puerta de la torre, subí la escalera y me detuve á la entrada de este salon, en donde se hallaba este buen monge. Desde luego comprendí que me pedirian una señal, y me detuve algo confuso; pero cabalmente en aquel momento llegaron otros caballeros, á quienes oí pronunciar ciertas palabras, y echar sobre la mesa cada cual una moneda de oro. Yo imité exactamente todas sus palabras y obras, y mi escudero hizo lo mismo. Penetramos sin inconveniente en este salon sin saber ni por asomo de lo que aquí se iba á tratar. Confieso francamente que nunca podia esperar encontrarme con la clase de encantados que he visto, pues segun me dijeron los pastores, aquí se oían voces y ruidos, pero jamás se veian hombres de carne y hueso, como me parece que sois vosotros, si yo no estoy equivocado. Esta es la verdad. Ahora ved cómo ni cuándo merezco yo la nota de traidor, aunque con razon podais llamarme intruso. Sin embargo, cuando un caballero arriba á un lugar donde encuentra amigos, nadie le tacha de entrometido, y bajo este concepto pudiera decir que en esta reunion he encontrado amigos y servidores.—¡Dios te guarde, Rosmundo!

Indecible fué el efecto que causaron las palabras del caballero. Su decir desenfadado, su frente serena y magestuosa, su mirada altiva y facisnadora, y un no sé qué de magnético y simpático que brillaba en toda su persona, hasta en sus mas insignificantes movimientos, cautivaron la admiracion y la benevolencia de todos los circunstantes.

Pero no hemos dicho bien. Al contemplar su varonil hermosura y su valor heróico, uno, uno solo de los conjurados frunció el ceño murmurando una horrible imprecacion.

El que tan á mal llevó encontrarse allí con el caballero de las Almas, fué el misterioso personage que tan cuidadosamente se rebozaba en su manto.

Por su parte el caballero no dejó de sentir que las circunstancias críticas en que se hallaba le hubiesen obligado á descubrirse, ya que antes habia tenido la suerte de saber quién era


TAYLOR IN

Lám. 9.ª



— ¡ Rayos del cielo ! esclamó furioso el caballero, desenvainando la espada.

el que estaba á su lado, sin que este hubiese podido reconocerle.

Sin embargo, ambos enemigos (porque sin duda lo eran) guardaron el mas completo disimulo, porque en aquella ocasion á los dos les convenia usar de la mas absoluta reserva.

—¡Cuán ageno, señor, estaba de encontraros aquí! esclamó Rosmundo.

—Ya has oido de qué modo la casualidad me ha conducido á esta torre.

Pero á pesar de la profunda impresion que en el ánimo de todos causó la persona y el lenguage del caballero de las Almas, se desvaneció bien pronto, cuando pasados los primeros momentos de aquella especie de fascinacion, cada cual comenzó á recelar sériamente que bajo aquellas apariencias de sinceridad podia muy bien ocultarse un espía, tanto mas temible, cuanto era mas hábil y diestro.

La reflexion estinguió completamente de todos los corazones los primeros y espontáneos movimientos de benevolencia y simpatía que habia sabido inspirar el temerario mancebo.

Las sospechas acompañadas de la ira volvieron á dominar en todos los pechos, y condensándose mas y mas los sentimientos sanguinarios y vengadores, estallaron al fin con horrorosa esplosion.

—¡Estamos vendidos! gritaron á una los conjurados. ¡Que muera! No hay que darle crédito á sus palabras engañosas. Nuestra propia seguridad exige que este hombre guarde el secreto que ha sorprendido en el silencio de la muerte. ¡Es un traidor!

—¡Rayos del cielo! esclamó furioso el temerario caballero desenvainando su espada, y apercibiéndose á la desigual pelea con la resolucion irrevocable de morir matando. ¡Yo traidor!... Yo soy capaz, si quiero, de mentir y de cometer crímenes que espanten al mismo Satanás; pero queriendo yo, ¿lo entendeis? queriendo yo: ¿comprendeis vosotros el valor que yo le doy á mi voluntad soberana? ¿Mas cómo habeis creido que soy capaz de mentir por el villano temor que puedan inspirarme vuestras amenazas? Desde ahora os lo digo, sino me quitais la vida, pu-

blicaré el secreto de vuestra conjuracion. ¿Por qué no usais con el rey el lenguage que yo uso con vosotros? ¿Se conducen así los traidores? ¡Yo traidor! ¿Y vosotros sois leales?

¡Cosa estraña! tanta grandeza, tan soberana altivez, temeridad tan estraordinaria, aunque sin duda irritó los ánimos, los llenó sin embargo de sorpresa, de asombro, de admiracion, en tales términos, que todas las espadas dirigidas al corazon del caballero quedaron inmóviles, pero formando un círculo amenazador de aceradas puntas, un círculo de flexibles y relucientes hojas, que brillaban siniestramente á la luz de la lámpara, como un racimo de ponzoñosas víboras brilla á los rayos del sol.

El caballero de las Almas, paseando en torno suyo una mirada desdeñosa, retrocedió algunos pasos hasta guarecerse con el muro del salon, para impedir que le acometiesen por la espalda.

Este movimiento, que revelaba una osadía sin límites, y en el que podia leerse un reto á todos los circunstantes, unido á que el escudero, tambien con la espada desnuda, se puso al lado de su señor, produjo en los conjurados una ira espantosa, desencadenada y ya incontrastable.

—¡A él! ¡A él! gritaban furiosos. ¡Que muera!

Rosmundo abrigaba el mas vivo deseo de salvar al caballero de las Almas; pero su misma temeridad, que rayaba en insensatez, habia hecho su salvacion de todo punto imposible.

Así lo reconoció Rosmundo, el cual, viendo que sus palabras de conciliacion eran desatendidas y ahogadas por los gritos furiosos de los conjurados, desenvainó tranquilamente su acero, y se apercibió á un combate horroroso por lo desigual, resuelto á morir al lado de su protegido.

CAPITULO XXV.

El caballero de las Almas y el caballero del Manto.

Es muy posible que el lector recuerde haber oido hablar en cierta ocasion del caballero de las Almas al rey y al conde Don Aurelio, los cuales se ocuparon de él, manifestando su estrañeza porque ya hacia mucho tiempo que el mencionado personage no parecia por la corte.

El misterio mas profundo envolvia la existencia del *caballero de las Almas*. Este era el único nombre que usaba, y á la verdad que no era el mas á propósito para revelar su alcurnia.

Tal vez á causa de nombre tan estraño, cuya ceguedad se prestaba á las mas peregrinas interpretaciones y á comentarios siniestros, habian dado en decir que no habia recibido el agua del bautismo, que era mahometano, ó por lo menos oriundo de moros, cuya secta profesaba, por mas que el escudo que usaba recordase la creencia de los cristianos respecto á las ánimas del purgatorio.

Y en honor de la verdad debemos decir que no eran del todo infundadas tales hablillas.

Ya hemos oido decir á D. Fruela que el caballero de las Almas poseia los mas prodigiosos medios de accion, y que en todas partes y á todas horas aparecia siempre lleno de noticias. En efecto, en cierta ocasion, años atrás, fué el primero que le anunció al rey que los moros intentaban hacer una belicosa escursion por el reino cristiano.

D. Fruela, al principio, no dió crédito alguno á la noticia; pero pocos dias despues los hechos vinieron á confirmarlo.

Este era ya un dato que, hasta cierto punto, hacia creer que el caballero de las Almas, por lo menos, tenia grande intimidad con los moros, cuando así se hallaba enterado con tanta anticipacion de sus resoluciones mas secretas.

Ya hacia mucho tiempo que el misterioso personage de que nos ocupamos no habia estado en Oviedo, á cuya ciudad le llamaban ahora asuntos de mucha importancia, segun hemos oido á él mismo que se lo indicó asi al anciano pastor, que tantos portentos narraba de la famosa torre.

El caballero de las Almas tenia, pues, interés grandísimo en hallarse al dia siguiente en Oviedo.

Pero ya hemos visto que su adversa fortuna habia dispuesto las cosas muy de otro modo del que á su propósito convenia.

El temerario caballero se hallaba en una situacion muy crítica, cuando Rosmundo, con la espada en la mano, se puso á su lado para defenderle.

Este acto produjo en los conjurados un efecto inesplicable.

Rosmundo era estimado en mucho entre los conspiradores, así es que no pudieron menos de contenerse, sorprendidos al ver la actitud de su compañero.

Por otra parte, las palabras del temerario mancebo, aunque altivas y ásperas, no dejaban de ser verdaderas, porque en realidad él no merecia la nota de traidor conque le calificaron los conspiradores, á quienes el caballero, con mucha exactitud, si bien con demasiada dureza, atendida la situacion respectiva, les habia respondido preguntándoles:

—¿Y vosotros sois leales?

Estas enérgicas palabras, aunque irritando por el pronto los ánimos, resonaron en la conciencia de todos como una reconvencion.

Así, pues, la evidencia que todos abrigaban de que la presencia allí del caballero no tenia otro origen que la casualidad, y que por lo tanto él no era traidor ni espia, y por otra parte, la proteccion inesperada que Rosmundo prestó al temerario caballero, ambas circunstancias juntas hicieron que los conjura-

dos, cediendo poco á poco de su furor, cambiasen sus sentimientos de venganza por una admiracion profunda y cada vez creciente.

Rosmundo cambió al oido algunas palabras con D. Sancho Silo Ruiz, y este respondió con viveza:

—¡Vive Dios! Yo le defenderé hasta morir, supuesto que vos asegurais que todo cuanto ha dicho es cierto.

—Respondo con mi cabeza. Si vos le conociéseis, como yo, comprenderiais que es imposible que el caballero de las Almas mienta obligado por temor de ninguna especie. Es capaz de un profundo disimulo, y si le place engañará al mas astuto, pero libremente, sin que nadie le obligue, porque nadie en el mundo tiene poder para tanto, á no ser su propia voluntad, que es de diamante.

—Es un elemento escelente para nuestra conjuracion.

—De tal manera es asi, que si él me dice que no ayude á nuestra empresa con mis bravos ginetes, no podré ménos de obedecerle, porque mi gente es la suya.

Rosmundo añadió algunas mas esplicaciones que debiéron ser muy atendibles para el presidente, que respondió:

—Es preciso á todo trance salvarle.

Y dirigiéndose á los conjurados, dijo:

—Amigos mios, tengo razones muy poderosas para creer que ese caballero no ha venido aquí con el designio de espiar nuestras palabras. Si un sentimiento de justicia y de santa indignacion nos ha reunido para esterminar á un tirano, no debemos manchar con sangre inocente este recinto.—¡Dejadle que se vaya en paz!

Estas palabras fueron acogidas sin marcada oposicion. Sin embargo, se oyeron algunos rumores que daban claro á entender que no todos aprobaban aquel alarde de magnanimidad.

Los conjurados que resistian la opinion de que el caballero de las Almas saliese libre de la torre, no pretendian precisamente que se le quitase la vida, sino que no se cometiese la imprudencia de dejar á aquel hombre en la posibilidad de descubrir la conjuracion.

Constituyéndose intérprete de esta opinion, dijo el monge:

—No permita Dios que entre jamás en mi pensamiento un homicidio, pero las circunstancias gravísimas en que nos encontramos nos obligan á proceder con la mayor cautela. Por lo tanto, paréçeme que lo mas acertado será retenerle prisionero hasta despues que llevemos á cabo nuestra empresa, y á la verdad yo espero que, Dios mediante, el tiempo de su prision no será muy largo, supuesto que muy en breve hemos de dar el golpe decisivo.

—Eso es lo mas acertado, respondieron muchas voces á la vez.

—¡Yo prisionero! esclamó el altivo campeon. Prefiero mil veces la muerte, y os advierto que no caeré en vuestras manos sino cuando haya dejado de existir, á no ser que me acometais alevosamente, lo cual sería una hazaña digna de vuestro valor, empleando todos juntos vuestras fuerzas para maniatar á un solo caballero. ¡Y seriais vosotros los que intentariais libertar la patria de un tirano!

Despues de tan amarga ironia, el caballero de las Almas corrigió algun tanto su incontrastable temeridad, diciendo:

—Perdona, Rosmundo, te conozco demasiado para temer que seas en ninguna ocasion indigno ni cobarde. Tampoco creo, por la misma razon de que entre ellos te he encontrado, que ninguno de estos caballeros sea capaz de una bajeza.

Es increible el influjo que un hombre superiormente dotado ejerce sobre los demás en circunstancias solemnes. Por lo tanto no nos debemos admirar del predominio del caballero de las Almas, pues era incontestable su superioridad sobre todos los conjurados.

D. Sancho Silo Ruiz, vivamente interesado en salvar á todo trance al temerario y hermoso mancebo, añadió dirigiéndose á los conspiradores:

—El caballero de las Almas es el señor de Rosmundo, de cuyo valor y lealtad nadie puede dudar entre nosotros. Doscientos ginetes valerosos obedecen á Rosmundo. Ahora bien, este y los doscientos guerreros son vasallos del caballero á quien habeis reputado un traidor. No pensaba revelaros este secreto,

pero me ha parecido conveniente hacerlo así para mover vuestros ánimos en favor de una persona que, mas bien que nuestro enemigo, es un poderoso auxiliar de nuestros planes.

—Pues al menos, que jure no revelar nada de lo que ha oido, insistió el monge.

—Ese juramento es injurioso para mí, repuso el caballero con altivez.

—¿Y á qué viene exigir ese juramento? dijo Rosmundo. ¿No acaba de decir el presidente que este caballero, antes que nuestro enemigo, es uno de nuestros auxiliares mas poderosos?—El juramento exigido supone desconfianza, y un caballero nunca permite ni consiente que de él se desconfíe. Ese juramento es una humillacion que jamás recibirá mi señor, que es además mi amigo. Si no quereis dejarle libre sin condiciones, ya lo ha dicho, se dejará matar antes que caer prisionero en vuestras manos. Por mi parte, solo tengo que añadir que moriré á su lado en su defensa.

Tales consideraciones parecieron decisivas á los conjurados, cuyo ánimo acabó por prestarse á dejar libre al caballero con las siguientes palabras de D. Sancho:

—Nada debemos temer de su discrecion, y con vuestra hostilidad solo conseguiriamos perder la cooperacion de doscientos ginetes esforzados. Os lo repito, amigos mios, ¡dejadle que se vaya en paz!

Los conjurados, firmemente persuadidos de que el caballero de las Almas no se habia prestado al juramento exigido por un sentimiento de altivez, propio de su carácter, accedieron al fin á dejarlo en libertad de que se retirase sin imponerle condicion alguna.

El gallardo y simpático mancebo se despidió de los conspiradores sin odio y sin amor, si bien les dirigió un saludo y una sonrisa en que á la par brillaba la mas esquisita cortesanía y el sentimiento enérgico de su personalidad poderosa.

Rosmundo siguió al caballero, que tuvo curiosidad de reconocer los ámbitos de la famosa torre del Viejo, no encontrando en ella mas que un edificio ruinoso y deshabitado.

Ya era cerca del alba cuando el caballero partió de aquel

lugar, en donde pudo haber encontrado una muerte inevitable á pesar de su valor fabuloso.

Rosmundo tenia emboscados cincuenta ginetes en las cercanías de la torre, y ofreció á su señor una escolta hasta Oviedo; pero aquel rehusó la oferta.

—¿Adónde piensas ir ahora? preguntó el caballero.

—A la alquería de la *Bibda*, si tú no dispones otra cosa, respondió Rosmundo.

—Puedes ir adonde mas te plazca. Solo tengo que advertirte una cosa muy importante.

—¿Cuál?

—Que pasado mañana al mediodia vayas á buscarme á Oviedo.

—Está muy bien.

El caballero de las Almas guardó algunos momentos de silencio, durante los cuales parecia estar muy pensativo.

—Quisiera, dijo al fin, que á la reunion que vais á celebrar pasado mañana á medianoche, asistiese un amigo mio. Ignoro todavia si podrá ó querrá venir; pero en el caso de que se decida á entrar en esta conjuracion, ¿podrás presentarlo á tus compañeros?

—No hay el menor inconveniente.

—Me alegro mucho. ¡Adios!

—Pues hasta pasado mañana.

Rosmundo fué á buscar á sus ginetes.

El caballero de las Almas, cuya voluntad de hierro era capaz de cansar á la misma suerte, consiguió llegar á Oviedo, segun lo tenia resuelto de antemano, al salir el sol, y á pesar de tantos y tan inesperados obstáculos como habia encontrado en su camino.

El caballero fué á parar á una casa de suntuoso aspecto, cuyas puertas se abrieron por un anciano que saludó á su señor con muestras de cariño y de respeto.

Cualquiera pensaria que despues de tantas fatigas y emociones, el caballero se entregaría al descanso; pero lejos de eso, se ocupó del asunto que principalmente le habia conducido á Oviedo.

¿Ha venido Isidoro? preguntó al anciano el caballero cuando este se halló instalado en su aposento.

—No señor.

El caballero hizo un gesto muy marcado de disgusto.

—No hace mucho tiempo, añadió el anciano, estuvo aquí á buscaros un hombre que sin duda está á vuestro servicio.

La faz del caballero de las Almas se dilató de júbilo con esta noticia.

—¿Y qué le dijiste?

—Que vos no deberíais tardar.

—¿Cuando recibiste aviso de mi venida?

—Ayer tarde.

—¿Luego Isidoro está desde ayer en Oviedo?

—Sin duda.

Aquel hombre, dotado de una complexion maravillosa, parecia insensible á la fatiga, invulnerable para el cansancio.

Mientras que el caballero se paseaba por la estancia silencioso y profundamente pensativo, llamaron á la puerta.

Pocos momentos despues apareció en el aposento un jóven de buena traza, que fué recibido por el caballero de las Almas con muestras enequívocas de alegría.

—¿Han venido? preguntó el caballero con impaciencia.

—Si señor.

—¿Cuándo han llegado?

—Desde ayer están aquí.

—¿Y sabes si ha venido el duque?

—Ahora mismo acaba de llegar.

—¿Habitan todos en la misma casa?

—Sí señor.

Los ojos del caballero lanzaron una llamarada siniestra de odio y celos.

En seguida se sentó junto á una mesa, y sobre un pergamino de los mas pulidos y tersos que se usaban en la época, trazó algunas palabras con mano rápida y trémula.

Luego entregó la carta cuidadosamente plegada al jóven diciendo:

—Haz que llegue á sus manos, Isidoro, y cuida muy parti-

cularmente de que nadie se entere ni de que yo estoy en Oviedo, ni de qué ella ha recibido esta carta.

—Está muy bien, señor.

—Te repito que á ella personalmente, y solo á ella, le entregues esa epístola. Busca algun medio para seguir mi designio. Introdúcete como puedas, con algun pretesto, en la casa del conde.

—Descuidad, señor, que todo se hará á medida de vuestro deseo.

Isidoro guardó la epístola y se despidió del caballero, el cual inmediatamente mandó á su escudero que le desarmase.

Y vestido en trage de corte, aunque cuidadosamente rebozado en su manto, encaminóse por las desiertas calles al alcázar del rey D. Fruela.

Era el caballero de las Almas en mucho tenido entre las gentes de palacio; así es que el camarero del rey vaciló algunos instantes para cumplir el deseo del altivo señor, que le habia mandado que inmediatamente avisase al rey de su llegada.

—El camarero dijo al fin:

—S. A. ha velado gran parte de la noche. Todavía no me ha llamado, é ignoro si estará despierto ó dormido.

—No importa, interrumpió bruscamente el caballero. Es indispensable que yo hable con el rey.

—Todavía es muy temprano, señor.

—Eso conviene mas á mi intento.

—Yo no me atrevo á despertar á S. A.

—Anda y mira si está dormido.

—Si estuviese despierto le anunciaré vuestra venida y vuestro empeño de hablarle de cosas de suma importancia.

—Anda, pues, y no te detengas.

El camarero, no atreviéndose á contrariar del todo al altivo caballero de las Almas, se resignó al fin á penetrar en el dormitorio de D. Fruela, el cual, afortunadamente para el recien llegado, acababa de despertar en aquel momento, y por lo tanto el camarero se atrevió á anunciarle la estemporánea visita.

Lejos de enojarse el rey, por el contrario, se holgó sobremanera de la llegada del caballero, el cual se presentó en la

real cámara no con el desenfado y jovial semblante que acostumbraba otras veces, sino con el aspecto melancólico y sombrío que es propio de quien trae noticias desagradables.

Con rápida ojeada comprendió D. Fruela que no era de muy buen agüero la venida del gallardo jóven, el cual, despues de saludar al rey, y preguntado por este el objeto de su visita á tales horas, respondió:

—Ante todas cosas, señor, me permitirá V. A. que le haga una prevencion muy importante, y es que ya que me ha conocido el camarero, tengais la bondad de recomendarle con mucha eficacia que guarde el mas profundo secreto acerca de mi venida.

—No acostumbra mi camarero revelar el nombre de las personas que yo recibo en mi cámara.

—¿Ni aun al conde D. Aurelio?

—Mi favorito puede estar esceptuado de esa regla general.

—Pues precisamente el conde D. Aurelio es el único en vuestra corte de quien yo quiero recatar esta entrevista.

—¡Ah! esclamó el rey, eso es otra cosa.

Y D. Fruela, lleno de curiosidad, y tal vez por satisfacerla cuanto antes, llamó al punto á su camarero, y en los términos mas enérgicos le recomendó el silencio mas absoluto.

—Cuida además, añadió el rey, de que nadie nos interrumpa.

—¿Y si viene el conde, que le diré?

—Que estoy solo, pero que he dado órden de nò recibir á nadie hasta el mediodia.

Inclinóse el camarero y se retiró.

—No temais, dijo el caballero de las Almas, que seamos interrumpidos por el conde. Yo, por mi parte, seré muy breve, y por lo que respecta á D. Aurelio, estoy segurísimo de que hoy vendrá mucho mas tarde que otros dias.

—¿Y en qué os fundais para tener esa seguridad?

—En que D. Aurelio ha estado velando toda la noche, y á estas horas es muy probable que aun no esté durmiendo.

—Verdad es que anoche le observé yo cierta premura, y

aun no sé qué de meditabundo y sombrío, que me dió bastante en que pensar.

El caballero de las Almas clavó una mirada de admiracion en el rey.

—Veo que V. A. tiene un instinto poderoso para conocer á los hombres; al menos en esta ocasion estoy convencido hasta la evidencia de que acertásteis con respecto al conde... ¿Estamos completamente solos? preguntó el caballero interrumpiéndose de pronto. ¿Estais seguro, señor, de que nadie podrá oirnos?

—¡A fé que sois desconfiado! esclamó D. Fruela, cada vez mas alarmado de aquellos preliminares y de tantas precauciones.

—Y gracias que despues de tal desconfianza y de tantas precauciones, no se descubra todo antes de tiempo.

—¿Pero de qué se trata? preguntó impaciente el rey.

—Yo pensaba, al emprender mi viaje á Oviedo, venir á hablar á V. A. de asuntos muy importantes para mí; pero nunca imaginé que pudiera tambien hablaros de cosas tan importantes para V. A., que á ellas va unida no solo la suerte de vuestro reino, sino tambien vuestra propia existencia.

—Hablad, caballero, hablad.

—Y es lo peor, que entre vuestros enemigos se encuentra alguno que V. A. estima en mucho, y á quien dispensa toda su confianza.

—¡El conde D. Aurelio!

—Ese es vuestro enemigo mas implacable.

—¡Caballero! esclamó con voz severa el rey. Si no estuviera muy convencido de la sinceridad de vuestras intenciones, y no conociese además la altivez de vuestro carácter, creeria que veniais á calumniar á un hombre de valor, á un vasallo fiel que siempre se ha ocupado en servirme con el mayor celo.

—V. A. por ahora puede creer lo que mas le plazca; pero yo á mi vez estoy muy convencido de que al fin comprenderá toda la verdad y la importancia de mis revelaciones.—¡Escuchadme, señor!

Y el caballero de las Almas, con voz elocuente, comenzó

el verídico relato de todo lo que le habia acaecido en su viaje, de lo cual ya tienen conocimiento nuestros lectores.

A medida que el caballero adelantaba en su narracion, el asombro y el despecho subian de punto en el monarca.

Por último, el caballero añadió:

—Yo me libré del furor de los conjurados, gracias á la serenidad de mi carácter y al casual y feliz encuentro de un amigo mio que intervino poderosa y eficazmente para que yo escapase de la madriguera bueno y salvo.

—¡Sus nombres! esclamó el rey. Decidme sus nombres.

—Ya he manifestado á V. A. que de ningun modo haré semejante revelacion.

—Pero tambien me habeis dicho que os escapásteis de sus manos sin que os impusiesen condiciones. Por lo tanto, podeis, sin faltar á vuestro honor, revelarme los nombres de esos infames.

—Ellos, sin embargo, no pudieron creer que yo iba á dar semejante paso...

—Al menos, interrumpió vivamente el rey, al menos decidme el sitio donde se reunen.

—De ninguna manera.

El rey se manifestó muy indignado de esta negativa.

El caballero de las Almas permaneció algunos momentos profundamente pensativo.

—¿No me quereis decir el sitio donde celebran esas reuniones?

—Sobre ese particular, puede ser que al fin me resuelva á hacer alguna modificacion.

Estas palabras tranquilizaron algun tanto al iracundo monarca.

—Repito, continuó el caballero con su imperturbable calma, repito que aunque los conjurados me dejaron libre sin imponerme condicion alguna, no por eso entra en mi ánimo que vuestra venganza caiga sobre todos ellos, porque voy á decir franca y valientemente mi parecer á V. A.: muchos de aquellos hombres tienen justísimas razones para estar resentidos de V. A., para odiaros con todo su corazon, como yo en su caso

lo haria. Ahora bien, señor, ¿quereis saber quién era el que con mas encarnizamiento que ninguno pedia que os asesinasen sin perder ni un solo momento?

—Sí, sí, dijo el rey con impaciencia. Me abrasa el deseo de saber quién era ese hombre misterioso que tan cuidadosamente se rebozaba en su manto.

—Ya os he dado algunos antecedentes para que pudiérais adivinar quién era ese implacable enemigo.

—Yo no puedo creer...

—Pues no debeis abrigar la menor duda de que el caballero del Manto era el mismísimo conde D. Aurelio, que merece toda vuestra confianza.

—¡Será posible! esclamó el rey como herido de un rayo.

—Ni mas ni menos.

D. Fruela era harto desdichado, pero su tiránico proceder merecia tanta desdicha.

El único hombre tal vez á quien el rey manifestó el sincero afecto que cabia en su naturaleza, era el conde D. Aurelio, el cual, en cambio, habia pensado deshonrarle en otro tiempo, y ahora conspiraba contra él y deseaba arrebatarle el trono y la vida, poniendo á disposicion de los conjurados la guardia del alcázar, cuyo mando habia entregado el infeliz D. Fruela á su favorito para que este velase por su vida, segun en razon estaba obligado á hacerlo, mas bien que como obediente vasallo, como leal amigo.

Así, pues, el rey se afectó muy dolorosamente al recibir noticia tan inesperada como desconsoladora.

El caballero de las Almas le contemplaba en silencio y le compadecia.

Transcurridos los primeros momentos de aquella impresion penosa comenzó á reflexionar, y por consiguiente á poner en duda la exactitud de aquella nueva.

El rey se paseaba por su aposento con ademan desatentado.

Al fin se detuvo delante del caballero.

—¡Yo no puedo creer traicion tan inicua! esclamó. Y comprendo muy bien que mi hermano perseguido, que D. Sancho Silo Ruiz, á quien he arrebatado su hija, que los hijos de Arge-

rico, en fin, que todos los hombres á quienes haya ofendido y afrentado, procuren por todos los medios que estén á su alcance hacerme una guerra sin tregua ni reposo, de noche, de dia, á la luz y en las tinieblas, juntos y separados, hasta que consigan darme la muerte y derribar mi trono y pulverizar mi corona, y reducir mi cadáver á cenizas y luego esparcirlas al viento, y despues condenar y maldecir para siempre mi memoria. Yo concibo y comprendo quo todo esto lo intenten y lo quieran mis enemigos implacables; pero ¡ira de Dios! yo no acierto á concebir que el único hombre á quien he prodigado tantos beneficios, á quien he revestido de tantos honores, á quien he confiado hasta los mas intimos secretos de mi alma, el único hombre, en fin, á quien he tratado como á un hermano querido, á quien he llamado siempre mi favorito, mi confidente, mi consejero, y lo que vale mas que todo esto, mi amigo, yo no acierto á concebir que este hombre abrigue contra mi persona los sanguinarios proyectos que me habeis manifestado. ¡Qué ingratitud tan horrible! ¡Qué perfidia tan inaudita! ¡Qué leccion para un monarca!... ¡No! Ni el mismo Satanás, ni el ángel de las tinieblas con toda su perversidad de demonio, hubiera sido capaz de tan negra traicion, de maldad tan horrenda.

La afliccion del rey era tan inmensa en aquel momento, que es seguro que al verle padecer tan cruelmente, se hubieran desarmado hasta sus mas implacables enemigos.

De repente una sonrisa dilató los labios de D. Fruela, que clavó una mirada aguda como un puñal sobre el caballero de las Almas.

El funesto carácter del rey se manifestó en esta ocasion en toda su repugnante suspicacia, en toda su inmensa desdicha.

D. Fruela recordó que, al principio de aquella entrevista, el caballero de las Almas le habia manifestado que iba á hablarle de asuntos personales, que sin duda debian interesar mucho al mancebo, cuando antes queria predisponer el ánimo del rey, dispensándole ó fingiendo que le dispensaba un favor señaladisimo, refiriéndole la historia secreta de una conjuracion en estremo temible.

Grandes cosas tiene que exigirme, y quiere obligarme, por agradecido, á que nada le niegue, pensó el rey. ¡Ah! Pero te he conocido el juego á tiempo.

Y D. Fruela se aferró á este pensamiento con la obstinacion propia de su carácter.

El caballero de las Almas estuvo muy lejos de sorprenderse de tales sospechas, que leyó en el semblante del rey, al cual conocia demasiado para no adivinar con exactitud lo que ahora pasaba en su corazon y en su mente.

Durante algunos momentos, el rey vaciló en manifestar terminantemente sus sospechas al caballero.

Por lo demás, D. Fruela se habia tranquilizado completamente.

Al fin se atrevió á decir:

—Ante todas cosas, caballero, deseo que me hableis de vuestros asuntos, pues nos hemos ocupado bastante de los mios. ¿En qué podré yo secundar esos negocios de tanta importancia para vos?

V. A., señor, me honra mucho con manifestarme tan singular benevolencia, y por lo tanto, le rindo las mas espresivas gracias.

El rey se sonrió gozoso, diciendo para sí:

—Tú me tendias un lazo, y vas á caer en el.

—Pero aunque yo agradezca en todo lo que valen los buenos deseos de V. A., continuó el altivo caballero, no necesito, como nunca he necesitado, del auxilio de otras personas para llevar á cabo mis intentos. Y aun cuando el auxilio que pudiera necesitar viniese de un rey, debo advertir á V. A. dos cosas, que debe tener muy en cuenta.

—Veamos, dijo D. Fruela, pálido y confuso.

—La primera advertencia que debo haceros es, que ahora ni nunca necesito ni he necesitado de una manera absolutamente indispensable el auxilio de ningun monarca. La segunda advertencia que tengo que hacer es, que en el caso de necesitar en alguna ocasion la alianza ó el favor de alguna persona, deberia esta ser muy poderosa.

El rey, de pálido que estaba, se puso lívido.

El caballero de las Almas continuó:

—Y como hoy, por mas que yo estime en mucho los generosos y benévolos sentimientos que V. A. se ha dignado manifestarme, como hoy, repito, no obstante vuestra buena voluntad, os encontrais, por desgracia, imposibilitado de prestar proteccion no digo á mi, que poseo castillos y vasallos, sino al mas débil y desamparado de los hombres...

D. Fruela devoraba su ira en silencio. Veíase doblemente humillado no solo por las palabras del caballero, sino tambien porque él mismo sentia dentro de sí con vergüenza y rabia todo el peso de su grosero error, al juzgar y medir con la mezquina pértiga de sus propias sospechas y recelos el ánimo levantado y soberanamente desdeñoso del caballero de las Almas.

El rey comprendió con el despecho mas profundo que se habia equivocado.

Pero ¡ay! el misero monarca estaba envilecido hasta la médula de sus huesos, por la desconfianza infame, por el disimulo traidor, y por la especie de astucia falsa y funesta que daba á su entendimiento una agudeza terrible no para hallar la verdad, sino por el contrario, para alejarse mas y mas de ella, perdiéndose en la nebulosa region de sus sospechas insensatas y crueles, que perseguian sin cesar los monstruosos fantasmas que inventaban ellas mismas.

Este es un hombre hábil, pensó para sí el rey. Tal vez ha penetrado mi intencion y no quiere que yo penetre la suya... ¡Oh! Conozco que eres un pájaro de cuenta, pero ya verás cómo te es imposible engañarme... Acaso alguna enemistad con Aurelio te hace calumniarlo...

D. Fruela se paseaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, haciendo el anterior monólogo, merced al cual, el rey levantó la cabeza con aire satisfecho.

El caballero de las Almas contemplaba al rey con espresion ya de desden, ya de risa ó burla.

—Pues yo á mi vez, dijo el rey, tengo que advertiros una cosa que debeis tener muy en cuenta, y es que todavia mi corona está sobre mi cabeza y yo mando en mi reino, y puedo proteger, perseguir, conceder la vida ó decretar la muerte.

—¿Y bien? dijo el caballero con indiferencia.

D. Fruela, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para aparecer tranquilo y risueño, dijo despues de algunos momentos:

—Quiero decir que todavía podré ayudaros mucho en vuestra importante empresa.

—Os lo agradezco, señor; pero creo que habeis comprendido mal mis palabras respecto á la importancia de mi intento.

Efectivamente pensaba hablaros de un asunto importante para mí, esto es, que interesa mucho á mi corazon; pero no hay empresas, ni ruidos, ni alianzas, ni cosa alguna que indique fuerza ó poder material.

—Holgaríame de saber vuestro deseo.

—Se trataba únicamente de que V. A. pronunciase una sola palabra.

—Esplicaos, caballero.

—La simple manifestacion de un deseo del rey, suele ser para muchas personas una órden irrevocable. Pues bien, señor, ni siquiera una órden necesitaba V. A., pues bastaba para mi intento el que lisa y llanamente os dignáseis decir á uno de vuestros vasallos: —«Conde, yo aprobaría esto mejor que aquello.»

Sonrióse D. Fruela con el aire de satisfaccion de quien ve realizados sus pronósticos ó confirmadas sus sospechas.

—¡No me he equivocado! pensó el rey. Sin duda se trata del conde D. Aurelio.

—Luego añadió en voz alta:

—No debeis dudar, caballero, ni de mi complacencia, ni tampoco de mi poder; pues aunque exagerais el número de mis enemigos hasta el estremo que ya lo habeis hecho, todavía me será posible, supuesto que se trata de una cosa tan fácil, realizar un deseo vehemente de vuestro corazon. Yo me considero muy dichoso en que vuestra dicha dependa de una palabra de mis labios, porque en tal caso, desde ahora os aseguro que vuestro deseo será cumplido, porque esa palabra será pronunciada.

Tan estremada cortesanía, tanto alarde de proteccion por

parte del rey, que ahora trataba de tomar la revancha, agradó muy poco al altivo caballero, que respondió:

—Mi objeto al recurrir á la intervencion de V. A., era evitarme la necesidad de dar una estocada á un hombre á quien no aborrezco. Por lo demás, prescindiendo de este escrúpulo, el deseo de mi corazon puede realizarse con facilidad suma.

—Así lo creo, dijo el rey con inequívoca sonrisa; pero no hay necesidad de que corra sangre. Os repito mi promesa de complaceros. Decidme de lo que se trata, añadió el rey con mal oculta curiosidad.

—V. A. en cierta ocasion manifestó que aprobaba y deseaba que se verificase el enlace de la hija de un conde con un duque. Ahora bien, todo lo que yo me atreveria á exigir de la bondad de V. A., se reduce á que digais: —«Conde, vuestra hija no debe casarse con el duque.»

La curiosidad y la mortificacion del rey se aumentaron con estas palabras. Por una parte deseaba saber á qué casamiento y á qué persona aludia el caballero de las Almas.

Por otra, le mortificaba el nuevo desengaño que acababa de sufrir, reconociendo con toda evidencia que de ningun modo se trataba del conde D. Aurelio, como antes se habia imaginado.

—¿Quiénes son ese conde y ese duque? Hoy mismo quedaréis satisfecho, dijo D. Fruela.

—Perdonad, señor, pero no me es posible todavía revelar los nombres de esas personas...

—Entonces, interrumpió vivamente el rey, me será imposible prestaros el servicio que deseais.

—Acepto vuestra promesa, señor, pero su cumplimiento no puede efectuarse hoy precisamente: si he hablado á V. A. de mis asuntos, ha sido porque así me lo habeis demandado.

—¿Cuál ha sido, pues, la causa de vuestra venida á Oviedo? Me parece que me habeis dicho que el motivo de vuestro viaje era tratar conmigo asuntos de mucha importancia para vos.

—Tal, en efecto, es el motivo de mi venida á esta ciudad, pero hasta dentro de algunos dias no me hubiera presentado á

V. A. para hablarle de mis negocios particulares. Si he modificado mi plan de conducta, si he venido con tanta premura resuelto hasta interrumpir vuestro sueño, si hubiese sido necesario, ciertamente que no es mia la culpa, sino de los estraños é importantes sucesos que me han salido al paso en mi camino.

Me propuse prestaros un servicio no en cambio de otro que mas adelante pudiérais prestarme, y que probablemente no aceptaré, sino porque de todas maneras hubiesé hecho lo mismo. Fuerza es, señor, que sufrais el peso de mis palabras. Yo os conozco demasiado para ignorar las alternativas de vuestro pensamiento durante nuestra entrevista. Me habeis medido con la medida ordinaria que gastais para vuestros habituales cortesanos, y es preciso convenir en que no me habeis medido bien. No teneis que balbucear disculpas. Vuestras sospechas me ofenderian si fuéseis libre para tenerlas ó dejar de abrigarlas; pero por vuestra desdicha, las sospechas en vos son una enfermedad, ó por mejor decir, vos sois la desconfianza viviente, la personificacion de la suspicacia. Los recelos infundados no son en vos recelos, son vuestra propia naturaleza.

—Caballero, yo no permito...

—Yo he permitido que me hayais estado envileciendo y calumniando en vuestro pensamiento. Permitidme ahora que antes de retirarme os diga toda la verdad, ya que me he dignado tomar vuestra causa bajo mi proteccion, bajo mi defensa. Os he indicado que pasado mañana los conspiradores volverán á reunirse.

—Pero no me habeis dicho en dónde.

—No hay necesidad de saberlo hasta que no llegue la ocasion. Si V. A. quiere convencerse de quién es el caballero del Manto y de los sentimientos que abriga hácia vuestra persona, yo me obligo á proporcionaros el medio de que con toda seguridad penetreis en el recinto donde celebrarán su próxima reunion los conjurados. Entonces, por vuestros propios ojos vereis la verdad de lo que os digo, os convenceréis de la injusticia de vuestras sospechas, de las mezquinas dudas que habeis abrigado respecto á mi persona y á mi relato. El rey escuchaba con la

faz encendida de cólera y de vergüenza. Ni se atrevia á levantar los ojos delante del ofendido caballero.

D. Fruela, ya lo hemos dicho, era un hombre de valor, y aunque alguna vez vacilase en resolverse, para las resoluciones adoptadas mostraba ánimo fuerte y decidido.

Pero en aquella ocasion la verdad y la justicia estaban de parte del caballero de las Almas, cuyo carácter además de tal manera dominaba á D. Fruela, que en aquel momento mas bien parecia el vasallo que el rey.

A pesar del lenguage severo que el jóven usó con D. Fruela, no manifestó este ni el resentimiento ni la ira que le causaba aquella humillacion. ¿Era tal vez que el rey se cubria con la máscara del disimulo para llevar á cabo algun tenebroso intento? ¿Era por el contrario que D. Fruela, contra su costumbre, habia depuesto todas sus dudas en aquella circunstancia solemne, y daba asenso á las palabras del caballero de las Almas, reconociendo que este le reconvenia con razon sobrada?

No es fácil determinar, por ahora, el verdadero intento que el rey guardaba en los abismos de su conciencia.

Lo único que podemos asegurar es, que D. Fruela aceptó la proposicion del caballero de las Almas, respecto á que este le condujera á la reunion de los conjurados, para convencerse de la lealtad del conde D. Aurelio.

—Iré, dijo el rey, guardando el mas rigoroso incógnito.

—No me parece lo mas conveniente.

La puerta se abrió en este instante, y apareció el camarero del rey diciendo:

—Señor, aquí está...

—¿No te he dicho que nadie nos interrumpa?

—Perdonad, señor, pero ha insistido tanto, que no he podido menos de resignarme á dar aviso á V. A.

—Ya te he dicho que nadie entre.

—Señor, he manifestado que á nadie recibíais; pero en vista de su insistencia, no me he atrevido á cargar con la responsabilidad de privar á V. A. de noticias muy importantes que, segun dice, tiene que comunicaros.

—¿Pero quién es?

—El abad.

—¡El abad! esclamó con sorpresa el rey, que habia creido que el recien llegado era el conde D. Aurelio.

—Yo me retiro, señor, dijo el caballero de las Almas.

—Pues hasta pasado mañana por la noche, repuso el rey.

El caballero se alejó murmurando:

—Bien lo habia yo previsto.

Sin duda el caballero aludia al encargo que habia hecho á Rosmundo respecto á presentar á un amigo en la asamblea de los conjurados.

El tal amigo era D. Fruela, y el caballero, previendo la incredulidad del rey, habia hecho á Rosmundo aquella prevencion, por la cual ahora se felicitaba.

Una vez terminada la entrevista con el caballero de las Almas, el rey no tuvo inconveniente en recibir la nueva visita, cuyo objeto, anunciado por el camarero, habia despertado vivamente su curiosidad.

En efecto, al salir el caballero de las Almas de la cámara real, entraba el abad del monasterio de San Vicente.



CAPITULO XXVI.

El alma y el calabozo.

La noche estaba serena y resplandeciente de estrellas.

El beso cariñoso de los céfiros mecía blandamente los tallos esbeltos de las flores, y les robaba sus perfumes y los esparcia en el espacio como el incienso de la creacion á la divinidad.

Y á lo lejos se escuchaba el murmurio apacible de la fuente que se confundia con los trinos melodiosos del ruiseñor, ese poeta inspirado de las selvas que canta dulcísimas trovas de amor en las horas tranquilas de la noche.

Pero siempre las pasiones humanas vienen á turbar las armonías de la naturaleza, al modo que un niño en sus juegos insensatos rompe las cuerdas de la templada lira.

La naturaleza, ó por mejor decir, aquel que con su mano poderosa estendió la bóveda de los cielos, ha creado para regalo del hombre flores y frutos y beneficios sin límites; pero ¡ay! no ha creado ni cárceles, ni cadalsos, ni esclavos, ni reyes.

En el castillo de Samos, en un reducido calabozo cuyos muros eran de piedra, así como tambien su bóveda, que era tan baja que casi se podia llegar á ella con la mano, hallábase una hermosísima doncella privada de contemplar los astros y las flores, y sin poder oir tampoco ni el murmurio de la fuente, ni el canto del ruiseñor. ¡Infeliz! Su existencia está reducida á su propio pensamiento, que tal vez deberá estinguirse muy pronto en el estrecho y nauseabundo recinto de aquella

especie de tumba que ya comienza á oprimir su corazon con todas las angustias de la muerte.

Pero por fortuna, los tiranos, por mas poderosos que sean, nunca pueden contrariar del todo las leyes que Dios ha escrito en la naturaleza y en el hombre.

La afligida vírgen, en medio de los horrores de la prision y del abandono en que se hallaba, era dueña, sin embargo, de espaciar su alma por las regiones infinitas del amor y la virtud.

Su cuerpo sufria la impresion del dolor físico, de las privaciones; pero su espíritu, dentro de su doble cárcel de carne y piedra, podia proclamarse libre.

Y recordando el castillo de su padre, y los juegos de su infancia, y la estacion de las flores, y el objeto de su amor purísimo, podia encontrar algunas treguas á sus aflicciones en aquellos momentos de bendicion en que se aparecia á su propio pensamiento el pensamiento de Dios, que siempre habita en el alma humana, como una divinidad en un templo.

En aquel tugurio se veía un lecho, dos sitiales y una mesa, sobre la cual habia una vasija con agua.

La tímida vírgen estaba inquieta por su suerte, que cada vez se hacia mas penosa y mas insoportable.

Debemos decir que llevaba ya algunos dias de habitàr en el castillo de Samos, y si bien estaba reclusa, no sufria las privaciones que le aguardaban en aquel calabozo, al cual, dos dias antes, habia sido trasladada desde un aposento suntuoso.

Durante aquellos dos dias, nadie se habia presentado en la mazmorra, á escepcion del carcelero, hombre feroz y adusto, y tan maravillosamente silencioso, que parecia no tener lengua.

La hermosa prisionera le hizo el primer dia una pregunta, á la cual no contestó. La doncella, por un sentimiento de dignidad personal, ni volvió mas á interrogarle, ni aun á mirarlo siquiera.

Embebida en el recuerdo de su padre y de su amado hallábase la doncella, cuando se habrió la puerta de pronto y apareció un caballero de magestuoso continente, pero cuyo semblante era poco simpático.

Las facciones de la doncella se revistieron de estremada

gravedad á la aparicion de aquel personage, que saludó á la prisionera con la mas esquisita cortesanía.

—¿Y bien, hermosa Berengaria, cómo os encontrais?

—Mirad en torno mio, y hallareis la contestacion.

—Vuestra es la culpa, si aqui os hallais mal.

A este insulto la jóven guardó silencio durante algunos momentos.

—¡Oh Dios de justicia! esclamó al fin cruzando las manos sobre su pecho como si dirigiese una fervorosa plegaria al Eterno, en cuya proteccion únicamente confiaba.

El caballero parecia fascinado por la maravillosa hermosura de la doncella. En los ojos de aquel hombre brillaba el fuego infernal de los mas impuros deseos.

La doncella tenia los ojos bajos, y en sus megillas resplandecia la púrpura mas preciada que la de Tyro, la púrpura del pudor.

D. Fruela, pues fácilmente le habrá reconocido el lector, adelantóse hácia Berengaria, y quiso manchar su cándida frente con un beso.

Sobrecogida de espanto la desdichada doncella, retrocedió como el caminante que ve salir de entre sus plantas una verdinegra sierpe.

Pero el rey no se detuvo en su brutal intento.

¡Soberana fuerza, santo brio del pudor! tú salvaste de la deshonra á la tímida virgen!

Cuando la virtuosa Berengaria sintió cerca de su rostro el aliento podrido del monarca, con la rapidez del rayo apoderóse la doncella de la espada del tirano, y con un acento que solamente la virtud y la desesperacion unidas pudieron inspirarle, dijo:

—¡Sois un miserable!... Yo soy una débil mujer; pero Dios, que nunca abandona á los débiles, me dará su fuerza invencible... Si dais un solo paso mas, no derramaré vuestra sangre, Dios os castigará, pero yo me atravesaré el corazon con esta espada. Si quereis estrechar en vuestros brazos un cadáver... ¡venid, asesino!

El gesto, la actitud, los ojos, las palabras de la hermosa

doncella, demostraban demasiado elocuentemente que estaba resuelta á preferir la muerte á la deshonra.

Aquel acto enérgico que revelaba una inmensa desesperacion, impresionó fuertemente el ánimo de D. Fruela, que durante algunos momentos permaneció indeciso, confuso y como aterrado.

Pero al fin sus labios se dilataron con una sonrisa burlona y cruel.

—No estimeis tan en poco vuestra vida, hermosa Berengaria, dijo al fin: ¿no comprendeis que vuestra belleza sobrehumana enciende en todos los corazones la llama devoradora del amor? Vos teneis la culpa de todo lo que yo haga por conseguir la felicidad á que aspiro. ¿Por qué sois tan hermosa? ¿Es por ventura un delito el adorar vuestra hermosura? Si el amaros es ofenderos, confieso francamente que mis ofensas no tendrán fin, como no lo tiene mi amor.

—¡Vuestro amor!... ¡No profaneis esa palabra santa, que es una blasfemia en vuestros labios! ¡No mancilleis la pureza de ese sentimiento divino, que es un crímen en vuestro corazon!

—¡Qué carácter tan obstinado! pensó el rey.

Luego dijo en voz alta:

—Dejaos, hermosa niña, dejaos de esos proyectos sanguinarios. Si tan celosa sois de vuestro honor, si en tanta estima teneis á la virtud, no debeis olvidar que suicidarse es tambien un crímen. Yo me lamentaria eternamente de haber sido la causa de que una muerte prematura y trágica marchitase con su helado soplo la flor de tan perfecta hermosura.

Por otra parte, yo tampoco exijo ni deseo que ahora mismo precisamente vuestros rosados labios me concedan la sonrisa encantadora de vuestro amor.

—Ni ahora ni nunca, interrumpió vivamente la doncella, ardiendo en generosa indignacion.

—Permitidme, hermosa Berengaria, que yo abrigue otra opinion muy diversa.

—Yo os juro por las canas de mi noble padre y por el alma de mi amado Fromestano, que es tambien mi alma, que jamás sucumbiré á vuestros deseos indignos.

El rey, con cierta entonacion de desdeñosa calma, repuso:

—Paréceme que estais muy equivocada, hermosa niña, y abrigo la confianza de que muy en breve reconoceréis vuestro error. No se me oculta el orígen de esa arrogante entereza que demostrais, y que es un encanto mas en vos, que sois tan encantadora. Vos amais á Fromestano, en él cifrais vuestra esperanza, y él es para vos el paraiso en la tierra, y acaso tambien penseis compartir con vuestro amante las glorias del cielo. Hé aquí esplicada, hermosa niña, esa altivez de reina conque os place mortificar á un rey.

D. Fruela guardó silencio durante algunos minutos, y su semblante se oscureció de repente de tal manera, que parecia la imágen viva del genio de las venganzas.

Luego añadió con voz lenta y ronca:

—Yo á mi vez tambien os juro por el alma de Fromestano, que habeis de humillar á mis plantas vuestra soberbia, y que cuando regueis mis pies con vuestras lágrimas, acaso, acaso yo no me digne escuchar vuestros ruegos.

A pesar de tan terribles amenazas, la afligida vírgen ni aun se dignó mirar al rey, que continuó:

—Vos sin duda pensais que no puede haber desdichas para quien ya no teme á la muerte. ¡Cuánto os engañais!

—Nada puede afligirme ya en la tierra, todas mis esperanzas las pongo en el cielo.

—Pues escuchadme, y elegid pronto, Berengaria.

—Nada tengo que escuchar. Mi eleccion no es dudosa. ¿Qué mayor amenaza podeis hacerme que la de darme la muerte? ¡Morir! ¡Oh! es en la situacion en que me hallo, mas que una desgracia, mi único consuelo.

—Os repito que me escucheis. Fromestano está en mi poder, habita en este castillo, y mañana, á estas mismas horas, morirá degollado á vuestra vista, si es que tú rehusas escuchar mis palabras de amor.

Cien rayos que se hubiesen desplomado sobre el castillo, no habrian aterrado tanto á la infeliz y hermosa Berengaria como semejante amenaza.

Transcurridos los primeros momentos, la doncella vol—

vió sobre sí, comprendiendo que el infame D. Fruela trataba de engañarla, pintándole para su amado un peligro que no existia.

Siempre creemos con facilidad aquello que halaga mas nuestros deseos.

Berengaria, sin embargo, no dejaba de tener razones poderosas para no dar crédito alguno á las palabras del rey.

En efecto, cuando la jóven, por una série de funestos acaecimientos que mas adelante tendremos ocasion de conocer, habia caido en poder de D. Fruela, hallábase á la sazon ausente del castillo de los Lamentos el valeroso Fromestano, al cual dejamos en compañía de sus hermanos y del infante en el momento en que este aguardaba ver á su rival para batirse.

Así, pues, Berengaria manifestó al rey su bien fundada incredulidad diciendo:

—Es lástima que jureis, pues estoy muy convencida de que habeis de ser perjuro.

—¿Pensais acaso que me faltará corazon para mandarle cortar la cabeza á ese traidor, digno hijo del pérfido Argerico? ¿Pensais que aunque no fuese vuestro amante, no tengo motivos para castigarle severamente por las ofensas que me ha hecho?

—Pienso que seriais muy capaz de hacer todo cuanto habeis dicho, siempre que tuviéseis al noble Fromestano en vuestro poder; pero afortunadamente no se hallaba en el castillo de los Lamentos cuando vuestros sayones se apoderaron de mi persona. Por eso digo que no creais atemorizarme con vuestras amenazas, pues demasiado conozco vuestras torcidas intenciones. ¿Creeis que porque yo soy una débil mujer, me habeis de obligar á ceder á vuestras infames exigencias, fingiendo que mi amado Fromestano está en vuestro poder? Aun cuando así fuera, preferiria mil veces la muerte de los dos á la deshonra de ambos; pero por dicha mia, y para martirio vuestro, el noble Fromestano se encuentra libre de vuestra crueldad, de vuestros rencores y de vuestra venganza.

D. Fruela soltó una estrepitosa carcajada al escuchar las palabras de la doncella.

—¿Luego habeis dudado de que vuestro amante se encuentra en mi poder?

—Lo dudo todavia.

El rey, por toda contestacion, se dirigió á la puerta del calabozo en donde estaba el carcelero, con el cual cambió algunas palabras.

El carcelero desapareció en seguida, y el rey se volvió á la prision.

En vano D. Fruela requeria de amores á la hermosa Berengaria, contra cuya virtud se estrellaban del mismo modo los halagos que las amenazas.

Seguramente la horrible condicion impuesta á la tímida vírgen, hubiera bastado para anonadar al ánimo mas bien templado y al corazon mas varonil; pero si Berengaria habia podido pensar siquiera en aquella amenaza espantosa sin sucumbir á impulso de la afliccion mas intensa, fué debido á la creencia en que estaba la hija de D. Sancho respecto á la imposibilidad de que Fromestano estuviese en poder del rey.

Pocos momentos despues volvió el carcelero seguido de algunos hombres de armas, que conducian en medio á un jóven pálido, desfigurado, y en cuyo semblante, marchito por el sufrimiento, se leia la mas inmensa desesperacion.

Jamás el dolor ha exhalado un grito mas elocuente que el grito que lanzó Berengaria al reconocer en tan lastimoso estado á su querido amante.

—¡Fromestano de mi alma! esclamó la enamorada doncella precipitándose hácia su amado con el mismo cariñoso anhelo que la madre corre veloz hácia su hijo cuando algun peligro le amenaza.

—¡Berengaria de mi corazon! esclamó Fromestano queriendo estender los brazos hácia su amada; pero ¡ay! el infeliz olvidaba en aquel momento que estaba maniatado, y que sus pies estaban tambien sujetos por pesados grillos.

Todos los huesos de su pecho y de sus brazos crujieron violentamente á consecuencia del brusco movimiento que hizo el vigoroso Fromestano para romper sus ligaduras.

El infeliz mancebo elevó al cielo una mirada de desespe—

racion, y sus labios iban á murmurar una blasfemia; pero Berengaria, con su voz de ángel, le dijo:

—¡Tengamos confianza en Dios!

Estas palabras celestiales hicieron que dos lágrimas se desprendiesen de los ojos de Fromestano. Aquellas lágrimas bienhechoras fueron como un bálsamo consolador para su corazon afligido, indignado y lleno de sorpresa.

—¡Tú aquí! esclamó. Esto me faltaba...

A una señal del rey, los sayones se precipitaron sobre el infeliz Fromestano, que rugia como un leon, pero que estaba imposibilitado de defenderse, ni de evitar que lo arrastrasen de aquel calabozo, ahora mansion de su querida Berengaria.

Cuando la doncella vió que se llevaban á su amado, se precipitó frenética hácia la puerta, pero el carcelero la detuvo con sus toscas manos.

Berengaria, con un movimiento convulsivo, retiróse de aquel hombre brutal, como se huye de un reptil venenoso.

Pero huyendo del carcelero encontróse tan cerca del rey, que este la abrasó con su aliento.

Entonces, con una suprema angustia, retorciendo de dolor sus manos, casi loca de pena, se dejó caer en un sitial, y allí permaneció algunos momentos sin dar otras señales de vida que un ahogado sollozo que de vez en cuando se escapaba de su pecho.

Al fin, y esto fué para ella una fortuna, brotó de sus bellos ojos copioso llanto, al modo que un surtidor de agua salta con violencia de la fuente cuyo venero se ha comprimido por largo tiempo.

El rey parecia gozarse en la afliccion inmensa de la sensible Berengaria.

—¿Y ahora, preguntó, dudareis de que puedo cumplir mis amenazas? ¿Os habeis convencido de que nadie en el mundo, sino vos, podrá salvar la vida de vuestro amante?

—¡Cuán desgraciada soy! esclamó la jóven sin mirar al rey.

—En fin, ¿qué resolveis?

—¡Jamás! ¡Jamás!

—Os lo repito, Berengaria. Ya veis que no mentia al de-

ciros que Fromestano estaba en mi poder. Ahora bien, si mañana á estas mismas horas no habeis escuchado mis palabras de amor, le vereis morir degollado.

Berengaria miró al rey fijamente, despues inclinó su cabeza sobre el pecho, y guardó silencio profundo.

—Meditad bien vuestra resolucion, dijo el rey con voz ronca y con ceñudo rostro; porque os juro, Berengaria, por el cielo y por la tierra, que mañana á estas horas Fromestano habrá dejado de existir.—En cambio, si escuchais mis palabras, en vez de ser degollado, será puesto en libertad.

La doncella continuaba inmóvil y como si nada oyese.

Súbito, desmelenada, con el bello rostro bañado en lágrimas, hermosa y afligida como María al pie de la Cruz, se arrodilló á las plantas de D. Fruela, y entre amargos suspiros, y con voz que ahogaba el llanto, comenzó á decir la desdichada:

—¡Señor! ¡Señor! V. A. no tendrá un corazon tan duro que vea sin conmoverse la afliccion sin límites de esta pobre mujer enamorada de Fromestano... Él os ha servido leálmente, y si acaso abandonó vuestro palacio, fué por la desgracia del anciano Argerico... Y bien mirado, esto no fué un gran crimen... ¿Qué hubiérais hecho, señor, en su lugar? ¿Qué no hubiera hecho V. A. por salvar y aun vengar á vuestro anciano padre?... Además, señor, que un buen rey debe ser magnánimo y perdonar las ofensas, para que sea imperecedera su fama, y para que su nombre sea repetido con amor y con respeto por todos sus vasallos... Perdonad, señor, perdonad á mi amante, para que Dios os perdone, que los reyes tambien serán juzgados... Pero yo, ¿qué delito he cometido? ¿Por qué me teneis prisionera? ¿En qué, ni cuándo, he podido ofenderos?... ¡Ay! ¡Malhadada hermosura, que ella es la causa de mis desdichas... Yo soy vuestra vasalla, vuestra sierva, señor; mandadme y yo os obedeceré, yo trabajaré hasta que un sudor de sangre inunde todos mis miembros; pero no me mandeis que cometa un crímen, que pierda mi inocencia, que mancille mi honor, y que llegue un dia, porque sin duda llegará, en que no pueda levantar los ojos en presencia de mi querido y honrado padre... Y por último, señor, si es preciso saciar vuestra sed de sangre,

yo ofreceré gozosa al verdugo mi garganta, y moriré rogando á la Vírgen María y á su Santo Hijo que os perdonen vuestra ceguedad..... Vamos, señor, vamos..... Mandad que ahora mismo venga el verdugo; pero respetad mi honor, y dejad libre á Fromestano. ¡Señor! ¡Señor! ¡Tened misericordia de esta mujer desventurada!

Y así diciendo, la afligida doncella abrazaba las rodillas del rey, cuyos pies regaba con sus lágrimas.

—Levantaos, Berengaria, dijo el rey con glacial sonrisa. Todo cuanto digais es inútil. La suerte de Fromestano está pendiente de una palabra de amor de vuestros labios.

—¡Tened piedad de mí, señor!

—Meditad bien vuestra resolucion.

—Señor...

—Lo dicho, dicho.

—¡Dios del cielo y de la tierra! esclamó la encantadora y afligida vírgen, llorando amargamente y con las manos cruzadas sobre el pecho, como si dirigiese al Eterno una fervorosa plegaria. ¿No brillará una estrella en la negra noche que me rodea? ¿Tendré que renunciar á toda esperanza? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Hasta mañana, dijo friamente el rey, dirigiéndose con paso lento hácia la puerta.

De repente los ojos de Berengaria se reanimaron con el fuego de la esperanza, levantóse precipitadamente, y dirigiéndose hácia el rey, esclamó:

—¡Aguardad!

D. Fruela se volvió, pudiendo apenas ocultar su gozo.

—¿Qué decís? preguntó.

La doncella guardó silencio aun durante algunos momentos.

Sin duda la resolucion que iba á adoptar era de muchísima importancia.

D. Fruela estaba suspenso y palpitante.

Al fin la doncella clavó una mirada profunda en el rey, palideció espantosamente, y se aventuró á decir:

—Yo soy una débil mujer...

—¿Y qué quereis decir con eso?

—La desgracia es desconfiada y tímida...

—¿Y bien?

—V. A. pudiera hacer que Fromestano continuase prisionero, ó bien pudiérais mandar que le degollasen despues que hubiese satisfecho vuestros deseos, aceptando las durísimas condiciones que me habeis impuesto.

—Esas dudas son injuriosas para mí.

—Sin embargo, yo no puedo desecharlas.

—Yo ofrezco daros todas las seguridades convenientes que puedan tranquilizaros sobre ese punto.

—¡De veras!

—Lo juro por mi corona.

—Pues bien, en ese caso decidme cómo podreis tranquilizarme.

—Vos misma, desde el fondo de esta prision, sereis la soberana. Mandad y sereis obedecida.

—Pues bien, señor, repuso Berengaria con melancólica sonrisa. Lo primero que se me ocurre mandar, es que pongais en libertad á Fromestano.

El rey sentóse en un sitial, y se dispuso á oir con grande atencion las palabras de la prisionera, que continuó:

—Yo me encuentro siempre en vuestro poder, y por lo tanto, no podré menos de sucumbir á las exigencias de los que son poderosos, porque tal es siempre la suerte de los débiles. Perdonad mi desconfianza; pero yo no podré ni remotamente prestar oido á vuestras palabras, sino á condicion de que yo vea á Fromestano libre de vuestro poder.

—Pues bien, le vereis.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo si os place.

—Mañana al salir el sol.

—Vuestros deseos serán cumplidos.

—Despues...

—¡Oh hermosa Berengaria!

El rey estampó un beso de fuego en la mano de la doncella, que miraba al rey con los ojos preñados de lágrimas, pero sonriéndose.

En seguida el rey se despidió, prometiendo volver al dia siguiente.

Berengaria le detuvo diciendo:

—Cuidado, que yo quiero cerciorarme con mis propios ojos de que Fromestano está libre.

—Yo lo arreglaré todo de manera que nada tengais que desear.

El rey salió, y Berengaria, cubriéndose el rostro con ambas manos, é inclinando la cabeza sobre las rodillas, comenzó á llorar amargamente.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuán desgraciada soy! repetia sin cesar entre sollozos.



CAPITULO XXVII.

Esplicaciones.

SIEMPRE son funestas las vacilaciones, pero mucho mas particularmente cuando se vacila entre el bien y el mal. Insigne ejemplo de lo que decimos fué D. Sancho Silo Ruiz, el cual, gracias á los consejos del sacerdote Benigno, consintió al fin en contrarestar los mandatos del rey.

Pero por desdicha, la noble resolucion adoptada por el alcaide del castillo de los Lamentos tenia el gran defecto de ser algun tanto tardía.

Efectivamente, segun hemos ya indicado, el alcaide, receloso de la legitimidad del estraño mensage que llevaban los cuatro caballeros, respecto á poner en libertad al anciano Argerico, envió al fiel Munio con una epístola al rey, en que el alcaide le daba cuenta de su desconfianza.

Ya sabemos cuál fué la resolucion del rey, que puede muy bien reasumirse en estos términos:

—Que á raja tabla se tomen los caminos que rodean el castillo, y que se ponga á mi disposicion á esos falsos recaderos.

Tales fueron las palabras que pronunció D. Fruela despues de leer la epístola de que Munio habia sido el portador.

Ahora bien, el rey, no satisfecho de que esta órden se le hubiese comunicado solamente al alcaide, envió algunos hombres de armas al mando de Claudio, hermano del conde D. Aurelio, con el fin de ayudar á D. Sancho, si lo necesitase, para prender á los cuatro recaderos, y para custodiarlos y conducirlos al castillo de Samos.

Sucedió, pues, que cuando llegó D. Claudio al castillo de los Lamentos, hacia pocas horas que se habian ausentado de allí el infante Wimarasio y sus amigos con el objeto que ya conoce el lector, de averiguar el paradero de Adosinda.

El alcaide habia salido acompañando á los caballeros un gran trecho para despedirlos, y despues se entretuvo mucho tiempo, á consecuencia de que su halconero habia soltado un gerifalte en contra de una garza real, y D. Sancho se alejó aquel dia mucho mas de lo que pensaba, por tal de ver el fin de la volátil contienda.

¡Cuántas veces los acasos que parecen ciegos nos salen al camino de la vida, y ejercen sobre el resto de nuestra existencia un influjo próspero ó adverso, pero siempre poderoso!

D. Sancho tenia por costumbre cotidiana recrearse en la caza de volatería; pero ordinariamente soltaba el halcon en los alrededores del castillo, y por lo tanto nunca se alejaba demasiado.

Aquel dia, sin embargo, se retiró á una distancia considerable, y precisamente nunca mas que aquel dia pudo ser funesto á D. Sancho el estar ausente muchas horas del castillo.

Escusado es decir que las resoluciones íntimas, y que podemos llamar de familia, que habia adoptado D. Sancho por sugestion de Benigno, habian quedado, como era natural, veladas para el resto de los habitantes de la fortaleza.

Cuando llegó D. Claudio con sus hombres de armas, y se presentó en el castillo como un enviado del rey, el lugarteniente del alcaide le dejó pasar, recibiéndole con el agasajo y respeto que se debia al portador de las órdenes de Don Fruela.

La persona que en ausencia de D. Fruela sustituia en sus deberes militares, era un antiguo guerrero de ilustre linage, primo hermano de D. Sancho, hombre ya entrado en años, pero de corazon entero, y que tenia por nombre Gundisalvo. ¡Cuán ageno se hallaba este de los designios de D. Claudio!

—¿Y los cuatro recaderos, dónde están? preguntó el enviado del rey.

—Hoy mismo se han marchado.

—¿Y cómo lo ha consentido el alcaide?

—No puedo responder á esa pregunta. Solo sabré deciros, que D. Sancho ha salido con ellos para hacerles honor y despedirlos.

Debemos advertir que D. Sancho, tal vez por no haber tenido tiempo y ocasion, tal vez llevado por un esceso no de desconfianza precisamente, sino de secretividad y circunspeccion, como dicen los frenólogos, lo cierto del caso fué que no habia manifestado á su deudo todos los importantes sucesos que habian tenido lugar en brevísimo tiempo, respecto á los hijos de Argerico, al amor de Berengaria, protegida por Benigno, y por último, respecto á la falsedad de los recaderos, y á la resolucion que él habia adoptado de no seguir prestándose mas á ser ciego instrumento de las atroces crueldades del rey.

Seguramente merece disculpa el alcaide por su estremada reserva, y aun pudiéramos añadir que tal conducta era la que aconsejaba la prudencia, supuesto que se trataba de acaecimientos que por su misma naturaleza reclamaban discrecion y sigilo.

Pero de cualquier manera que se considere el caso, debemos decir que el buen Gundisalvo, hombre por otra parte cándido é ignorante, respondió á Claudio de la manera mas desacertada, en tales términos que aquel conoció al punto que el alcaide se habia prestado al fin á ser indulgente con los recaderos.

D. Claudio, que era astuto como la zorra y feroz como el tigre, adivinando que D. Sancho no era el hombre que convenia á los intentos de D. Fruela, dijo para sí:

—Ya indudablemente ha recibido la epístola del rey; pero luego dirá que antes de recibirla se marcharon los recaderos. ¡Ah D. Sancho! no te valdrá tu astucia.

Y dirigiéndose al buen Gundisalvo, le preguntó de nuevo y como recalcando las palabras:

—¿Conque D. Sancho á ido á despedir á los recaderos para hacerles honor como á enviados del rey?

—Sí señor, repuso cándidamente el buen Gundisalvo.

—Es un deber.—¿Vos sois el lugar-teniente de D. Sancho?

—Sí señor.

—¿Y no sabeis cuándo regresará el alcaide?

—Me parece que hoy mismo volverá.

—¿No ha dicho terminantemente si tardará algunos dias?

—No ha dicho nada.

—Es el caso que yo traigo órdenes muy perentorias del rey que cumplir.

—Pues se cumplirán, señor.

—En efecto, teneis razon, dijo el astuto D. Claudio fijando una mirada casi burlona en su interlocutor, quien se apresuró á decir:

—Además, si es absolutamente necesario que hableis con D. Sancho hoy mismo, nadie mejor que mi sobrina podrá saberlo.

—¿Y quién es vuestra sobrina?

—¡Berengaria! La hija del alcaide.

—¿D. Sancho es vuestro pariente?

—Sí señor, es primo hermano.

D. Claudio manifestó deseos de informarse mas minuciosamente, y por lo tanto, acompañado de Gundisalvo, pasó al aposento de Berengaria, la cual manifestó que no sabia á punto fijo cuándo su padre regresaría.

En resolucion, diremos que el astuto D. Claudio supo interpretar de la manera mas cumplida las intenciones y los deseos de D. Fruela.

Desarmó fácilmente á la descuidada guarnicion del castillo, mandó quitar la vida á todos los prisioneros que allí se encontraban por órden del rey, entre los cuales se contaba al desdichado Argerico, que ya estaba en libertad, pero que débil y anciano y ciego como se hallaba, sufrió la triste suerte de ser ahorcado de una almena. ¡Tal y tan trágica fué la muerte de aquel hombre tan virtuoso como infortunado! Y por último se apoderó de la hermosísima Berengaria, y se la presentó al tirano como un precioso despojo de que pudiera gozar libremente.

En seguida D. Claudio no se detuvo ni un instante, supuesto que la hermosa Berengaria manifestó que su padre no debia

regresar sino dentro de algunos dias, y que á la sazon debia encontrarse camino de Oviedo.

—¿Sabeis que ha marchado á la corte? dijo gozoso Don Claudio.

—Así me lo ha dicho mi padre, porque tenia que hablar con el rey de cosas de mucha importancia.

Con esta noticia, D. Claudio partió con su gente y con su presa, veloz como un relámpago, lisonjeándose con la esperanza de que en Oviedo se apoderaría el rey de D. Sancho.

A su vez el santo amor filial habia logrado vencer en astucia á D. Claudio.

Queremos decir que Berengaria, temerosa de la horrible suerte que aguardaba á su padre si llegaba á caer en manos del rey, dió á D. Claudio aquella falsa noticia, á fin de que cuanto antes partiese del castillo con sus hombres de armas, y evitar por este medio que D. Sancho, que llegaría muy ageno de lo que en su ausencia habia ocurrido, cayese en poder del inicuo monarca.

Inútil es encarecer ahora la afliccion del alcaide cuando supo tantas desdichas. Desde entonces no pasó un solo instante sin conspirar en daño del rey por todos los medios que estaban en su mano, y que le sugería su inmensa sed de venganza.

Fácilmente comprenderá ahora el lector la causa de haber encontrado á D. Sancho Silo Ruiz entre los conjurados de la solitaria torre del Viejo.

Pero hemos llegado al punto en que el señor de la casa de los Ecos y la encantadora Adosinda reclaman nuestra atencion.

Ya sabemos que el infante Wimarasio estuvo aguardando inútilmente á su rival.

Ahora bien, cuando los cuatro amigos volvieron al castillo de Fulgencio, ni este ni Adosinda se encontraban allí.

La sorpresa del infante, como su indignacion, fué indecible.

Los cuatro amigos llamaron al viejo alcaide, intimándole que les manifestase si realmente su señor se habia ausentado del castillo con Adosinda.

El anciano les aseveró que el caballero y la dama habian partido de allí al amanecer.

Los cuatro amigos no se atrevieron de pronto á dar crédito á tales palabras, imaginando que tal vez ambos continuarían ocultos en el castillo.

Pero al fin el infante, con la agudeza propia de los celos, comprendió que era absurdo suponer que el altivo y esforzado Fulgencio se ocultase en su propio castillo tímida y cobardemente, cuando podia disponer de ellos segun le placiese, supuesto que él era el dueño de la fortaleza y de los hombres de armas.

—¡Partamos de aquí! esclamó Wimarasio con el alma traspasada de dolor.

Los cuatro caballeros partieron siguiendo el dictámen, ó mejor dicho, imitando la conducta de Wimarasio, que durante largas horas guardó el silencio mas obstinado.

En situaciones tales, dice mas el corazon con sus presentimientos, que la cabeza con sus raciocinios.

Así, pues, el afligido amante no dudó que Fulgencio y Adosinda se habian encaminado hácia al castillo de D. Zuria. Esta creencia en el infante, á mas de ser una conviccion, se confirmaba tambien por el deseo que Adosinda habia manifestado de regresar á la casa paterna.

Silenciosos, pero rápidos como exhalaciones, se encaminaron los cuatro amigos hácia Villanueva.

No se habia engañado el infante.

El señor de la casa de los Ecos y Adosinda se habian presentado efectivamente en el castillo del conde D. Zuria.

Es muy posible que el lector recuerde la escena ocurrida entre Fulgencio y Adosinda la noche anterior á la mañana en que debia verificarse el duelo.

Aquella noche, segun queda indicado, iban muy lejos las exigencias de Fulgencio para con Adosinda; pero despues el diestro caballero, por medio de un hábil giro, consiguió desvanecer todos los temores que abrigaba la hermosa hija del conde.

Inútil parece recordar que el señor de la casa de los Ecos

si mudó súbitamente de direccion en su conducta, fué solo en apariencia, y á causa de haber concebido un proyecto que trataba de llevar á cabo con toda la tenacidad de su carácter.

Muy afectado se hallaba D. Zuria por la pérdida de su hija, cuyo paradero ignoraba, y por lo tanto, se regocijó sobremanera al estrechar en sus brazos á su hija idolatrada.

El conde, conociendo á fondo el carácter y las virtudes que adornaban á su bella hija, no receló que pudiese haber entre Fulgencio y Adosinda otro sentimiento mas que aquella inclinacion lícita y honrosa que puede suponerse entre una dama agradecida y un caballero.

Es verdad que Fulgencio, en presencia de la jóven, supo dar á D. Zuria las esplicaciones mas satisfactorias, diciéndole entre otras cosas, que él, á la cabeza de sus gentes, habia libertado á Adosinda de manos de los bandidos que la habian arrebatado.

La misma Adosinda estaba en esta inteligencia, pues nunca habia podido sospechar habia simulado un combate con los suyos, divididos en dos bandos, para hacerle creer que era su libertador generoso, antes que su raptor encubierto.

D. Zuria, pues, recibió en este concepto á Fulgencio, tratándole con el mayor agasajo.

Al dia siguiente el señor de la casa de los Ecos se despidió de su noble huésped, el cual, tratándole como amigo, le habia manifestado todos sus proyectos relativamente al enlace de su hija con el duque de Aquitania.

Ya Fulgencio no se manifestaba pesaroso ni porque Adosinda amase á Wimarasio, ni porque se casase con el duque.

Sereno y risueño, dijo á D. Zuria:

—Tendria mucho gusto en conocer al de Aquitania y ser su amigo.

—Él tambien no podrá menos de estaros agradecido, y de reconocer y estimar en vuestra persona al generoso protector de mi hija. Si os quisiérais detener dos ó tres dias, le encontraríais aquí, pues casualmente, segun me prometió la última vez que nos vimos, deberá llegar pasado mañana.

—¡Cuán ageno estará de la agradable sorpresa que le aguar-

da! esclamó el jóven con cierto acento de amargura. Por lo demás, añadió, con mucho gusto permaneceria aqui algunos dias, si asuntos de la mayor importancia no reclamasen mi presencia en otra parte.

—Tambien nosotros, en cuanto venga el duque, partiremos á Oviedo.

Y D. Zuria comunicó á Fulgencio con la mas intima confianza todos los medios de que pensaba valerse para obligar á su hija á que diese la mano al de Aquitania.

El señor de la casa de los Ecos no perdió ni una sílaba del relato que le hizo el conde.

En seguida, despidiéndose cariñosamente de D. Zuria, acompañado de su escudero partió del castillo, y tambien se encaminó para Oviedo, donde pensaba preparar las condiciones para llevar á cabo con éxito un maquiavélico plan, y que muy pronto daremos á conocer.

Fulgencio acababa de partir del castillo de D. Zuria, cuando llegaron á Villanueva el infante y sus compañeros, entre los cuales fué objeto de la mas detenida deliberacion si deberian ó no penetrar en el castillo de D. Zuria.

El prudente Leandro opinaba porque era mejor alojarse en las inmediaciones de la villa.

Pero el celoso Wimarasio preferia á todo trance entrar en el castillo, descubrir su nombre, arrostrar todos los riesgos, y sufrir todas las consecuencias que pudiera ocasionarle su ciega temeridad.

En vano le representaron sus amigos que D. Zuria le tenia mala voluntad, y que, segun sus últimas noticias, ahora mas que nunca estaban unidos el conde y D. Fruela, y que no sería imposible que aquel, por complacer á este, intentase aprisionarlos para congraciarse mas y mas con el rey, poniendo á su disposicion á sus mas implacables y poderosos enemigos.

Rara vez escuchan las pasiones la voz tranquila y reposada de la razon severa.

El infante se obstinó en llevar á cabo su temerario intento, y sus fieles amigos ni quisieron ni debieron dejarle solo en su empresa, por mas que la juzgasen en estremo arriesgada.

En resolucion debemos decir que D. Zuria recibió á los cuatro caballeros con risueño semblante y corazon dañado, al modo que la serpiente venenosa se oculta entre las flores.

En efecto, nada podia contrariar mas los planes de D. Zuria que la presencia en aquellos momentos de Wimarasio, en el cual siempre habia visto, y veía ahora, el eterno é insuperable obstáculo para que Adosinda consintiese en ser la esposa del duque.

Acababan los cuatro caballeros de recogerse en el aposento que les habian destinado, cuando suscitóse entre ellos el diálogo siguiente:

—¿No os ha parecido ver alguna intencion dañada detrás de la sonrisa de D. Zuria? dijo el prudente Leandro al apasionado infante.

—Al contrario, yo no he reconocido en él sino afecto y sinceridad.

—Pues yo, dijo Fromestano, no sabré decir en qué consiste mi desconfianza, pero la verdad es que me agitan funestos presentimientos.

—Lo que sea, ello dirá. Pudiera suceder que os estuviéseis cansando en hacer conjeturas estériles, mientras que podemos aprovechar el tiempo entregándonos al sueño. Yo de mí se decir, que estoy cansado y todo molido como cibera.—¡Buenas noches!

Y así diciendo, el jóven Fandila estendióse indolentemente en su lecho, disponiéndose á saboréar con la salsa del cansancio las delicias de Morfeo.

Pero muy pronto fué interrumpido Fandila en tan buena jornada.

Apenas habia acabado de pronunciar las anteriores palabras se oyó ruido en la galería, y poco despues llamaron á la puerta muy suavemente.

Todos se sobresaltaron creyendo que algun peligro les amenazaba, y á la verdad no eran infundados sus temores.

Levantóse Fromestano, abrió la puerta, y apareció un adolescente, rubio, tímido, de megillas sonrosadas, pero en cuyos ojos podia leerse que la viveza, la pasion y la bra—

vura, habian de ser patrimonio de su alma en la edad viril.

El adolescente parecia muy conmovido, como un hombre que se encuentra empeñado en una empresa arriesgadísima y superior á sus fuerzas.

—¿A quién buscais? preguntó Fromestano.

—Al infante Wimarasio.

—Yo soy, respondió este.

—Tomad, señor.

El jóven entregó al infante un billete concebido en estos términos: «Seguid al portador de estas letras sin perder ni un instante, si quereis libertaros de una muerte inevitable. Os advierto que los momentos son preciosos.»

Ni seguia firma ni decia mas el billete. Pero Wimarasio reconoció la letra, que era de Adosinda.

El infante, silencioso y meditabundo, entregó la concisa epistola á Leandro, que despues de haberla leido, la entregó á su vez á Fromestano, y este al jóven Fandila.

Los cuatro amigos se consultaron con una mirada, pero ninguno se atrevió á romper el silencio.

—¡Seguidme, caballeros! esclamó al fin el jóven portador de la carta.

—¿Está Adosinda en este castillo? preguntó el infante.

El jóven, algun tanto cortado, respondió:

—Yo no puedo contestaros mas que á las preguntas que tengan relacion con lo que dice el billete.

—¿No está escrito por Adosinda?

El jóven se encogió de hombros.

—Responde á lo que te pregunto, dijo el infante con superior acento.

El adolescente, que hasta entonces habia tenido los ojos bajos, la cabeza inclinada, la actitud tímida, levantó de pronto su altiva frente, clavó una mirada profunda en el infante, y despues de algunos momentos dijo con imperturbable calma:

—¿Quereis seguirme? sí ó nó.

Los cuatro amigos no pudieron menos de sorprenderse de aquella entereza y decision que inesperadamente manifestó el mancebo.

—Ya lo veis, amigos mios, dijo entonces el infante, Adosinda se encuentra aquí. Este billete es suyo. Segid vosotros á este jóven, y salvaos. Yo, por mi parte, me quedo, supuesto que en el castillo se encuentra Adosinda.—Marchad vosotros, amigos mios, no os detengais ni un instante.

Los hijos de Argerico se quedaron pasmados al ver la resolucion de Wimarasio.

—Me parece que á este billete debe dársele crédito, dijo Leandro, y creo que es una temeridad, y sobre todo una temeridad inútil, que permanezcais aquí. ¿Qué ventajas vais á sacar de esponeros sin defensa al furor de vuestros enemigos, que son poderosos, y en cuya casa os encontrais?

—Quiero ver y hablar á Adosinda.

—Enhorabuena; pero eso mismo lo podeis hacer con menos riesgo.

—¿Y cómo?

—Permaneciendo en los alrededores de esta villa... En fin, allá veremos, dijo Leandro mirando al adolescente, y como si quisiese decir al infante:

—No conviene hablar de eso en presencia de testigos.

Las razones del prudente Leandro hicieron impresion en el ánimo del infante, que al fin se resolvió en compañía de sus amigos á seguir al jóven mensagero, que les dijo:

—Os ruego, caballeros, que camineis con mucha precaucion, porque si llegasen á oirnos, habremos de pasarlo muy mal todos.

—¿Y nuestros escuderos? preguntó el infante.

—Esos nada tendrán que temer, y si os empeñais, no será difícil avisarles; pero vamos, no perdamos tiempo.

El jóven salió delante sirviendo de guia á los demás caballeros, que apercibidos á la defensa, llevaban desnudas las espadas; pero todas sus precauciones eran inútiles.

Tenian que atravesar ciertos pasillos y galerías en las cuales reinaba la mas completa oscuridad.

De repente, atravesando un estrecho pasadizo por el cual apenas cabian dos hombres, de pronto cada uno de nuestros caballeros sintió posarse sobre sus hombros una mano de hier-

ro, de modo que, imposibilitados de defenderse á causa de la sorpresa y de la estrechez de aquel recinto, fueron desarmados muy fácilmente.

Muy prolija habria de ser nuestra narracion si hubiéramos de referir minuciosamente las amarguras y trabajos que padecieron nuestros infortunados caballeros. Baste decir, que al pie de la letra se realizaron los temores del prudente Leandro, esto es, que el conde D. Zuria, por complacer al rey, los mandó conducir prisioneros á la presencia de D. Fruela.

Pero de todos, el que mas sufria era el infante Wimarasio, no porque fuese tratado con mas rigor por el rey, que se ensañó cruelmente contra su hermano. Mas que estos rigores afligiale un solo pensamiento, y era la desconfianza que naturalmente le habia inspirado Adosinda con su estraña conducta. ¿Aquel billete en que se le daba aviso del peligro que corria, habia sido realmente una prueba de cariño de Adosinda? O por el contrario, ¿se habia prestado ella á secundar los deseos de su padre, á fin de que con mas facilidad los prendiesen?

Este pensamiento, esta duda, esta desconfianza, atormentaba sin cesar al infeliz Wimarasio, y le atormentaba con mucha mas crueldad que los rigores de su hermano. La muerte misma era para él mucho menos aterradora que el desengaño de su amor.

Ahora se comprenderá fácilmente la presencia del amante de Berengaria en el castillo de Samos.

Al dia siguiente de la entrevista que tuvo el rey con Berengaria en su calabozo, se presentaron á las órdenes de la doncella algunas mujeres, para que la sirviesen y la condujeran á la suntuosa estancia que en otro tiempo habitaba la reina Doña Munia.

En seguida las dueñas que estaban al servicio de Berengaria la vistieron con riquísimas galas y joyas.

La desdichada vírgen se dejaba adornar con la tristeza y la resignacion de una víctima á quien se corona de flores para conducirla al sacrificio.

Nunca mas que aquel dia resplandeció su hermosura; su mismo dolor aumentaba su belleza.

El sol de la mañana difundia por todas partes júbilo y vida y esplendor.

Las dueñas se retiraron; durante algunos momentos se quedó sola Berengaria, no menos hermosa que afligida.

A poco se oyeron pasos, luego se abrió la puerta y apareció el rey con semblante risueño y con cierto esmero en su atavío.

En el aposento habia una ventana enrejada con espesos barrotes de hierro, y desde la cuál se descubria gran parte de la campiña.

El rey se aproximó á la jóven con ademan afectuoso, y asiéndola de la mano la condujo á la ventana.

—Os he prometido solemnemente, con ciertas condiciones que habeis aceptado, conceder la vida y la libertad á vuestro amante. Ahora vereis si yo cumplo mi palabra, y si merezco, segun deciais, ser llamado perjuro...

Oyóse en esto el ruido de las compuertas del puente levadizo, y vióse á un caballero que oprimiendo un magnífico troton, salió del castillo.

—¡Mirad! esclamó el rey señalando al caballero.

—¡Fromestano! murmuró la jóven ahogando sus sollozos.

Berengaria clavó sus ojos ansiosos en el gallardo mancebo, que espoleando su caballo, se arrojó á un frenético galope.

Fromestano estaba pálido y quebrantado por sus crueles sufrimientos; pero no obstante, en la actitud que el jóven guerrero llevaba sobre su corcel, podian leerse mil pensamientos de sangre, de rencor, de insaciable venganza.

La doncella siguió con los ojos llorosos á su amante, hasta que se perdió en las sinuosidades del camino.

—¡Ya eres mia! esclamó el rey besando la mano de Berengaria, que estrechaba contra su corazon.

La doncella continuaba inmóvil, silenciosa y llorando.

La distraccion de la jóven era tan profunda, tan estática, tan maravillosa, que parecia que sus sentidos permanecian inaccesibles á la impresion de todos los objetos que la rodeaban. Diríase que su alma se habia exhalado en pos de su amante.

Ni sentia ni pensaba en aquel momento.

Era una estátua, un cadáver, un mármol.

—¿No me escuchas, hermosísima Berengaria, no me escuchas? preguntó el rey con apasionado acento. Yo que voy á ser en este dia el mas feliz de los mortales, ¿no conseguiré que tu bello rostro resplandezca con nueva hermosura iluminado por las voluptuosas sonrisas del amor? No, yo no quiero ver ceñudo tu rostro en el momento mismo en que debo gozar la ventura suprema. Comprendo que Fromestano os interese todavía; pero el tiempo todo lo borra, y á fuerza de amor, querida Berengaria, yo sabré hacer que en vuestro corazon se estingan los recuerdos de otros tiempos y de otro amor. Vivid, hermosa mia, vivid en este castillo con entera independencia, rodeada siempre de placeres y obedecida como una reina, porque os digo, hermosa Berengaria, que mi voluntad no es otra que ceñir vuestra frente virginal con una corona; con mi corona de rey. Venid, encantadora niña, venid, olvidad lo pasado, y pensad en que el amor abre tambien nuevos y desconocidos horizontes á vuestra alma. En este dia venturoso no debemos pensar sino en nuestra felicidad presente.

Y así diciendo, el rey, con los ojos centellantes, tembloroso de emocion, se esforzaba en vano por apartar á la doncella de la ventana.

Súbito la jóven prorumpió en una carcajada estrepitosa y convulsiva, una carcajada prolongadísima, insensata, nerviosa, y que causaba espanto.

Una palidez mortuoria cubria el rostro de Berengaria; todos sus miembros estaban crispados, y el rey la miraba con horror.

—¡Miserable! gritó al fin la doncella. ¿Pensásteis que por ser rey, que por estar yo encarcelada, que porque me amenazáseis con mil y mil muertes, habia yo de sucumbir á deshonrar á mi padre y á mi amante, deshonrándome á mi misma? ¡Cuán necio sois! Pensábais engañarme, y he sido yo, rey de España, quien os ha engañado. Mi amante está ya libre de vuestro poder... ¡Sois un imbécil!

Y así diciendo con la mas sangrienta ironía, la inocente

corderilla, que se habia cambiado de pronto en una leona, la tímida vírgen, que se habia convertido súbitamente en una vengadora Furia, clavaba en D. Fruela sus ojos desencajados, y volvió otra vez á su risa espantosa é interminable.

Cuando el rey salió del inmenso estupor que le encadenaba desenvainó su acero, y murmurando una horrorosa blasfemia se precipitó furioso y desalentado sobre la infeliz cuanto hermosa Berengaria.



CAPITULO XXVIII.

En el que se refiere la habla habida entre el abad de San Vicente y el rey D. Fruela.

La escena que acabamos de relatar habia ocurrido en el castillo de Samos la misma noche y pocos momentos antes de haberse presentado el rey en el calabozo de Berengaria, para hacerle respecto al infeliz Fromestano la proposicion horrible que ya conoce el lector.

D. Fruela, pues, se creía el mas poderoso y afortunado de los mortales, en el momento mismo en que acaso mas próxima estaba su ruina.

Cuando el insensato monarca, ardiendo en el fuego de la mas repugnante impureza, se precipitó iracundo y ciego y sediento de venganza sobre la infeliz doncella que tan cruelmente habia burlado sus infames designios, la triste Berengaria, en tan amargo trance, cruzó las manos con actitud reverente y elevó al cielo una fervorosa plegaria, porque creyó que era llegada su última hora.

El feroz D. Fruela ¡oh dolor! clavó cobardemente su espada en el surgido seno de la vírgen, que postrada de hinojos, inmóvil, estremecida y como agena al peligro que la amenazaba, no parecia pertenecer ya á este mundo.

En sus ojos brillaba una lágrima, en su boca una sonrisa, en su actitud la resignacion de una mártir.

Diríase que era una santa, que en el místico arrobamiento de su oracion fervorosa exhalaba su alma virginal hácia los cielos, como la flor exhala su perfume.

Aquella actitud tan bella, tan dolorida y resignada, aquel

Lám. 11.



Sobrecogido de espanto por su propia ferocidad, llamó á las dueñas que estaban al servicio de Berengaria.

desprecio de la muerte, aquel amor á la virtud, aquel semblante angelical, todo esto, unido á la sangre inocente que, brotando del puro seno de Berengaria, comenzó á enrojecer su cándido ropage, impresionó tan fuertemente el ánimo de D. Fruela, que, horrorizado de sí mismo, retiró el bárbaro acero del pecho de la doncella.

Sobrecogido de espanto por su propia ferocidad, llamó á las dueñas que estaban al servicio de Berengaria, y prestándole los oportunos auxilios, reconocieron que la herida no era grave.

En seguida el rey, perseguido por sus remordimientos, á la vez que por la tumultuacion é inquietud de sus violentas pasiones, salió del castillo de Samos y se dirigió al alcázar de Oviedo, donde pasó la noche.

Al dia siguiente fué despertado por su camarero á la llegada del caballero de las Almas.

Ya hemos visto tambien, que al salir el caballero de la cámara del rey entraba el abad del monasterio de San Vicente.

Pero antes de referir esta entrevista, se hace necesario relatar una escena que tuvo lugar en la alquería de Doña Ermesenda.

Sin duda recordará el lector que Florera, Nunilo y Doña Ermesenda fueron interrumpidas en su conversacion cuando estaban tratando de volver al monasterio de San Vicente para prevenir al abad á fin de que de ningun modo manifestase al rey que aun existia Doña Munia.

Cuando el siervo Sisenando se presentó á su señora anunciándole una visita, Doña Ermesenda manifestó inquietud y disgusto.

Acababa de llegar á la alquería una tropa numerosa de hombres á caballo.

El visitante era Rosmundo, el capitan de aquellos ginetes á quien vimos separarse del caballero de las Almas á la salida de la misteriosa torre del Viejo.

Rosmundo estaba celoso de su esposa, que rechazaba su amor, y hasta cierto punto las apariencias condenaban á Doña Ermesenda.

Ya sabemos que Rosmundo habia averiguado que el rey visitaba de noche á Doña Ermesenda, y esta tambien no ignoraba que su esposo lo sabia, supuesto que se lo habia dicho su siervo Sisenando.

La dama recibió al ceñudo caballero entre grave y risueña.

Precisamente en ninguna ocasion hubiera podido presentarse Rosmundo en que fuese mas útil su presencia á su esposa, la cual al punto pensó en sacar partido de aquella casual é imprevista circunstancia.

Rosmundo comenzó á reconvenir á Doña Ermesenda; pero esta se apresuró á esplicar su conducta al celoso caballero, manifestándole que si bien aparentemente el rey la galanteaba, ella en realidad llevaba otros designios muy generosos al dar oidos á las palabras y galanteos del rey, que hasta entonces no habia traspasado los límites del decoro.

No se manifestó muy satisfecho y crédulo Rosmundo al escuchar las esplicaciones de Doña Ermesenda, la cual añadió:

—Mi objeto no ha sido ni es otro que salvar á la reina, cuyas desdichas no podrán menos de haber llegado á vuestros oidos, supuesto que tan hábil y sutil sois para averiguar noticias palaciegas. Y al fin he conseguido mi intento, y me alegro mucho de que hayas venido en ocasion en que puedes prestarme un gran servicio, ó por mejor decir, á la infortunada reina. Yo estoy muy convencida, Rosmundo, de que á pesar de que vuestro carácter me sea enojoso bajo algunos aspectos, no por eso dejará de prestarse con entusiasmo y eficacia á favorecer á una dama infeliz, que puede necesitar en este momento tu proteccion.

Este razonamiento comenzó á disipar las dudas que abrigaba Rosmundo, que respondió:

—En cuanto á eso, no te equivocas.

Luego continuó la dama:

—No tengo necesidad de que me lo confirmes. Estoy muy segura de lo que puede esperarse de tu corazon, que en ciertas ocasiones es generoso y bueno.

—Gracias, Ermesenda, gracias, dijo Rosmundo con cierta gravedad irónica.

—Y en prueba de lo que te he dicho, voy á confiarte un importantísimo secreto.

Y Doña Ermesenda le reveló á su esposo todos los pormenores que creyó convenientes respecto á la triste historia de la reina, á fin de interesarlo en la empresa que pensaba proponerle.

Rosmundo sabia parte de los trágicos sucesos que habian tenido lugar en el alcázar de D. Fruela, porque entre conspiradores todo se sabe; pero ignoraba no solo muchos pormenonores que le refirió su esposa, sino tambien que fuese falsa la muerte de Doña Munia, pues habia creido, como todo el mundo, el fallecimiento de la reina.

—Ahora bien, continuó Doña Ermesenda cuando hubo enterado de todo á Rosmundo, la reina se encuentra aquí esta noche; pero es indispensable que al punto varíe de domicilio, aunque por otra parte...

—¿Quieres que la lleve á nuestra antigua morada? dijo Rosmundo conmovido en estremo.

—Sí, repuso la dama. Cabalmente iba á decirte eso mismo.

—Pues cuando quieras, estoy dispuesto á complacerte.

—Créeme, Rosmundo, que te viviré eternamente agradecida, dijo la hermosa Doña Ermesenda con una dulzura no acostumbrada para con su esposo desde su separacion.

—Ahora mismo puedo conducirla.

Durante algunos momentos la dama permaneció profundamente pensativa.

—Ahora mismo me parece imposible, dijo al fin.

—¿Por qué?

—Porque Doña Munia ha venido en muy mal estado, y está descansando en este momento; por esta razon, sería muy peligroso para su salud, ya muy quebrantada, el hacerle emprender un nuevo viaje, sin aguardar á que sus fuerzas se recobren. Si te he manifestado mis deseos, ha sido para contar con tu ayuda, pues todavía puede suceder muy bien que permanezca aquí sin peligro.

—¿Y cómo?

—Yo soy la que tengo que ausentarme sin perder un instante.

—¿Y para qué?

—Para hablar con el abad de San Vicente, y disuadirle de que manifieste al rey que Doña Munia vive. Ya ves que no tengo tiempo que perder, porque es muy seguro, segun ha indicado el abad, que este vaya mañana á revelárselo todo al rey.

—Pues yo te acompañaré si quieres.

—No era eso precisamente lo que iba á exigirte.

—Esplícate.

—Quisiera que permanecieses aquí hasta que yo regresase del monasterio.

—¿Y qué intento te propones?

—Al suplicarte que te quedes con tu gente en la alquería llevo un doble objeto. Si el abad accede á mis deseos, estimando en toda su importancia las observaciones que pienso hacerle, en ese caso cuando yo vuelva puedes marcharte, y la reina continuará aquí segura. Pero si el abad no accede, será necesario que al punto que yo regrese conduzcas á la reina adonde ya hemos dicho. Además, que permaneciendo tú aqui con tus ginetes, podrás custodiarla y defenderla, si por casualidad y por desgracia ya el abad hubiese visto al rey.

—Parte, pues, al momento, y procura llegar al monasterio antes que el abad salga.

Doña Ermesenda dió sus órdenes á su siervo Sisenando, y despues de despedirse de Floreva y Nunilo, partió inmediatamente.

Solo Sisenando acompañó á la dama, que en su palafren se lanzó al galope como una hermosísima amazona.

En las primeras horas de la mañana llegó al monasterio, situado estramuros de la ciudad de Oviedo.

Doña Ermesenda iba palpitante de emocion, ora lisonjeándose con la esperanza de llegar á tiempo de ver al abad, ora temerosa de que ya fuese tarde.

Afortunadamente el anciano monge aun se hallaba en el

monasterio, si bien en el momento de llegar Doña Ermesenda aquel se disponia para ir al alcázar del rey.

En resolucion, diremos que el resultado de aquella entrevista fué el mas satisfactorio para la dama, que logró con muchas y poderosas razones inclinar el ánimo del anciano abad á proceder en este negocio con la mayor prudencia y circunspeccion, pero sin comprometerse definitivamente ni á revelar el secreto, ni á ocultarlo.

Bien hubiera querido la dama que el venerable monge hubiese sido mas esplícito; pero hubo de contentarse con las reiteradas promesas que le hizo de obrar con la mayor precaucion, y no revelando nada al rey sino despues de convencerse hasta la evidencia que semejante resolucion no habia de perjudicar en lo mas mínimo á la suerte de Doña Munia.

Y la hermosa amiga de la reina llevó su prevision hasta el estremo de aguardar en la hospedería del monasterio la vuelta del abad, á fin de saber á qué atenerse respecto á la conducta que debia seguir despues de la conferencia habida entre el monge y el rey.

Todavía se encontraba D. Fruela muy preocupado con las graves noticias que le habia comunicado el caballero de las Almas, cuando recibió la visita, segun queda referido, del anciano abad, que despues de saludarle respetuosamente, dijo:

—¿Y cómo os hallais, señor?

—Muy mal, repuso el rey casi con aspereza.

—Ya lo creo, señor, dijo el abad con evangélica mansedumbre. ¡Han caido en tan poco tiempo tantas desdichas sobre V. A.!... Yo no estraño que vuestro espíritu se encuentre exasperado con tantas amarguras; pero debemos sufrir con resignacion el grave peso de la vida, porque padecer es vivir, pero es tambien merecer.

—¡Ay Dios! esclamó el rey con el mismo acento que si estuviese en un potro.

Aquella arenga le causaba ira y desesperacion.

Pero el virtuoso abad imaginóse que la esclamacion del rey encerraba una queja de la fortuna y una súplica al Eterno.

—Habeis sufrido una pérdida muy cruel, y comprendo, señor, que por este motivo vuestra alma se encuentra incónsolable.

—Sí, sí.

—¿En dónde encontraréis una esposa como Doña Munia, dechado de virtudes y modelo de belleza?

—Era muy virtuosa en efecto, dijo el rey con la mas sangrienta ironía.

El buen abad continuó impertérrito, es decir, sin comprender el verdadero sentido de las amargas y equívocas palabras de D. Fruela.

—Mucho habeis ofendido á vuestra esposa, muchos remordimientos debeis sufrir al recordar que vuestros crueles tratamientos han cortado en flor la vida de la hermosa y jóven reina, cuyà honra mancilló el aliento ponzoñoso de la calumnia, que á nada ni á nadie perdona. ¡Infeliz esposa! ¡Reina desdichada! ¡Madre sin ventura! tu vida y tu muerte será un ejemplo, una leccion severísima para todos los esposos que, juzgando con lamentable ligereza las acciones mas inocentes, se dejan arrastrar, seducidos por apariencias engañosas, del furor mas insensato, de la crueldad mas atroz, para luego llorar eternamente, cuando ya no tiene remedio, las terribles consecuencias de su imperdonable ceguedad. ¡Oh esposos! ¡Oh monarca! Aprended en el ejemplo de la infortunada Doña Munia, la cual, despues de verse insultada, cubierta de oprobio y condenada á muerte por su esposo, este reconoce su error, lamenta su crueldad, y por último, la proclama inocente.

—¡Ira de Dios! murmuró el rey con los puños crispados de rabia.

—No os desespereis, señor; vuestros remordimientos deben ser grandes, la amargura de vuestro corazon debe ser inmensa; pero es mas inmensa todavía la misericordia de Dios para aquellos que, como V. A., caen y se levantan, pecan y se arrepienten.

—¡Yo arrepentirme! ¡Mil vidas que tuviera la quitára, si mil veces volviera á resucitar!... ¡Mujer infame que ha llenado para siempre mi pecho de amargura y mi nombre de infamia!

Y esto diciendo el rey, que ya no podia soportar por mas tiempo tantas y tan severas recriminaciones, comenzó á pasearse por la cámara con ademan desatentado y repitiendo sin cesar:

—¡Yo arrepentirme!

Al ver y oir tales cosas el bueno y cándido abad quedóse asombrado, estupefacto, atortolado, y, segun se dice vulgarmente, como aquel que ve visiones.

Sin embargo, habia logrado el rey engañar con su fingida afliccion al buen monge de tal manera, que este nunca podia imaginar que hubiese en el mundo un hombre capaz de tan refinada hipocresía como la que habia usado D. Fruela al llorar con tan profundo desconsuelo la muerte prematura de su esposa.

Así es que el anciano abad, creyendo que la santa tristeza del arrepentimiento sacaba de quicio su alma, agoviada de amargura, esclamó al fin con piadosa indulgencia:

—¡Bien lo veo! El dolor os estravía... Nada mas natural que ese remordimiento cruel que eternamente os abruma. Ella era inocente...

—¡Inocente! esclamó el rey fuera de sí. ¡Mentira!

—¿Vos mismo no me dijisteis?...

—Os engañé si tal dije.

—¿Qué causa pudo moveros á mentir?

El rey quedóse mirando fijamente al abad, y al fin le dijo con amarga sonrisa:

—¡Qué causa pudo moverme! ¡Vive Dios que sois torpe! ¿Queríais que yo apareciese á los ojos de todos mis vasallos cubierto de afrenta?

—Yo no comprendo vuestra conducta...

—No estraño que no la comprendais, respondió el rey con marcado acento de desden, y que hubiera podido traducirse por estas palabras:—«Sois demasiado torpe y obtuso para comprender los delicados primores de mi habilidad cortesana.»

D. Fruela dió algunos paseos por la cámara sin dirigir la palabra al anciano monge, que le contemplaba desconcertado, sin saber á qué atenerse respecto á la afliccion que el rey ha-

bia manifestado al saber la supuesta muerte de Doña Munia.

El rey continuó:

—Ya que el cielo, cortando la vida de aquella mujer infame, vino á ayudar mi propósito, que era tambien el darle muerte, yo debí hacer lo que hice, esto es, manifestarme poseido del sentimiento mas doloroso, y lamentar el ciego error que me habia hecho acusar de adulterio á mi esposa, habiendo reconocido despues que era inocente.

—¿Y no fué asi?

—¡Ira de Dios! ¿Aun no habeis comprendido mi intento?

—¡Yo!... No adivino... Me parece que...

—Habiendo muerto Doña Munia naturalmente, en primer lugar me evité el mandar que le quitasen la vida, ó por mejor decir, aunque ya lo habia mandado, no hubo necesidad de que se cumpliese mi mandato; en segundo lugar, yo debí proclamar la inocencia de mi esposa, para que nadie tuviese derecho de pensar ni creer que yo habia sido deshonrado por Doña Munia.

—¡Ah! esclamó el abad dándose una palmada en la frente, y con el mismo ademán del hombre que despierta de un profundo sueño. ¡Ya he comprendido vuestra intencion!

Y el buen abad se puso pálido como la muerte.

Acababa de comprender hasta qué punto la anciana y fiel Nunilo tenia razon en temer que el rey supiese que Doña Munia aun vivia.

Y el abad temblaba al pensar cuán cerca habia estado de cometer una indiscrecion de inmensa trascendencia para la reina, cuya vida hubiera podido poner en peligro con solo haber hablado una palabra mas, ó conque el rey no se hubiese apresurado á manifestarle la verdadera intencion que habia llevado al afectar la mas profunda tristeza por la muerte de su esposa, y el proclamarla inocente á los ojos de todos sus cortesanos.

Por fortuna el anciano monge reconoció á tiempo el abismo de desgracias en que nuevamente hubiera podido caer la reina, y que con tanta exactitud le habian anunciado ya Nunilo y Doña Ermesenda.

—¡Cuán engañado he vivido! murmuró para sí el anciano. El rey logró seducirme hasta el estremo de que hubiera podido ser el verdugo de las personas á quienes mas estimo.

Ahora bien, desde luego se comprende que con tan importante descubrimiento se modificó en gran parte el plan del buen abad, cuyo ánimo sencillo y noble, y cuyo corazon piadoso, jamás podia comprender la conducta doble y torcida de D. Fruela.

—Debeis desechar esos recuerdos dolorosos, señor, dijo al fin el abad. Sin embargo, yo no sé qué voz secreta me dice que fué inocente la reina, que de Dios goce. ¿Quién sabe si algun dia se descubrirá la verdad de lo que digo?

Al oir tales palabras, los labios del rey se dilataron con una sonrisa incrédula.

El virtuoso abad era hombre cándido cuando no estaba prevenido; peró una vez alarmado su entendimiento, que era muy perspicaz, no se dejaba engañar fácilmente, y aun era capaz de manifestar notable astucia y agudeza.

Así, pues, el anciano comprendió que sin duda el rey tenia otras razones muy poderosas para estar descontento, y que de seguro, el origen de su mal humor no era el recuerdo de Doña Munia, cuya muerte, segun acababa de manifestar, no habia sentido, antes bien por ella se habia regocijado.

—Yo sabia que vos os habiais valido del conde D. Aurelio para hacer que envenenasen ¡que horror! á vuestra esposa infortunada; pero seguramente ignorará V. A. la entrevista que con este motivo tuvo el infame D. Aurelio con el siervo Rodrigo, que estaba encargado de la custodia de la reina.

—¿Creeis, buen abad, que me dais una gran noticia? dijo el rey sonriéndose desdeñosamente.

—Lo creo, señor, y lo creo con muchísimo fundamento.

—Veamos.

—Es un gran secreto el que voy á revelaros, señor.

—No importa, yo sabré guardarlo.

—Se trata de una persona muy allegada á V. A.

—¿De quién se trata?

—Del conde D. Aurelio, de vuestro favorito.

El rey frunció el ceño; le incomodaba sobremanera que todos viniesen á infundirle sospechas y recelos del único hombre que merecia su amor y su confianza.

—¡Oh!... murmuró al fin. Hoy todos se desencadenan contra él.

Y volviéndose al abad, añadió:

—Referidme todo cuanto sepais.

—El conde es un infame; corresponde á vuestros favores y á vuestra confianza con la mas negra perfidia y con la ingratitud mas horrible. Nadie mas que él ha intentado con mas empeño deshonrar y afligir á V. A. Y sin embargo, ¡cuánta ceguedad por vuestra parte! V. A. nunca ha creido sino que Don Aurelio es vuestro mas leal vasallo y vuestro amigo mas fiel. Mucho tiempo antes de que funestas é injustas sospechas agitatasen vuestro corazon, D. Aurelio, en ocasiones diversas, habia requerido de amores á Doña Munia, la cual rechazó siempre sus palabras con la indignacion y desprecio que cumplian á su dignidad de reina y de esposa. Y el conde nada ha omitido despues para vengarse de vuestra esposa; pues si vos estábais celoso de ella, y la venganza estimulaba vuestro corazon, D. Aurelio tambien abrigaba un rencor implacable por haber sido despreciado, y tenia celos, porque la reina, segun falsamente se creia, hubiese favorecido con su amor á otro hombre.

—Repito lo mismo que antes os dije. Si no teneis mas cosas que manifestarme, desde ahora os digo, venerable abad, que no debeis creer que me dais una noticia nueva. Todo eso que me habeis dicho, hace mucho tiempo que me lo contaron.

—¿Y quién os lo dijo?

—El mismo conde D. Aurelio.

Quedóse el abad desconcertado al oir semejante revelacion.

—¡El conde os lo ha dicho! esclamó al fin el abad, completamente desorientado.

—El mismo conde en persona.

—¡Parece increible!

—Nada es mas cierto.

—¿Y V. A. pudo consentir, pudo escuchar esas palabras,

sin sonrojarse, de boca de D. Aurelio? dijo el abad con energía, y clavando una mirada severa en el rey.

—Pude escucharlas, porque en nada me ofendian.

—¿Cómo asi?

—D. Aurelio me refirió punto por punto lo que habia sucedido. En el momento de ir á prenderla, Doña Munia, con la astucia infernal que le era característica, le manifestó que para vengarse de la dureza conque por él era tratada, iba á decirme que habia sido requerida de amores por D. Aurelio, y este, asombrado de tanta maldad, me refirió las amenazas de la reina, que yo desprecié como se merecian.

—Ahora conozco que fuisteis víctima no de la astucia de la reina, sino de la audacia de D. Aurelio. Si V. A. hubiese comprendido tan á fondo como yo el carácter angelical de la desventurada reina, no la calumniaríais tan injustamente como acabais de hacerlo, y como lo hizo el conde. En efecto, para convencer á V. A. de la verdad de lo que os digo, basta solo reflexionar que si Doña Munia hubiese sido una mujer tal como vos la habeis retratado, es decir, capaz de amenazar á vuestro favorito del modo que él os manifestó, en ese caso de seguro que no hubiera cometido ella la indiscrecion imperdonable de revelar al conde D. Aurelio el golpe que le asestaba para vengarse.

Ya conocemos hasta qué punto el carácter del rey era suspicaz y desconfiado, y por lo tanto, no causará estrañeza que la bien fundada observacion del anciano abad impresionase fuertemente el ánimo de D. Fruela.

Pero el rey guardó silencio y no manifestó su desconfianza.

El abad continuó:

—Yo tengo además otras muchas razones para estar muy convencido de la alevosía conque el conde siempre ha procedido para con V. A...

—Decid.

—¿No disteis al conde el encargo de que envenenasen á la reina?

—Si.

—¿No debia D. Aurelio entenderse con Rodrigo, el carcelero de Doña Munia?

—Es cierto.

—¿Y sabe V. A. del modo que D. Aurelio cumplió vuestro encargo?

—No sé mas sino que el carcelero aceptó todas las condiciones que el conde le impuso, si bien no se llevó á cabo el castigo de la adúltera, porque sobrevino su muerte, que parecia estar decretada á la vez por Dios y por mí.

El abad se sonrió del necio orgullo del rey, que suponia muerta á Doña Munia.

—Pues yo, señor, os diré todo lo que sucedió. El conde le manifestó á Rodrigo que suministrase un narcótico á la reina, para que esta, á los ojos de todo el mundo, apareciese como que habia muerto. Y despues le dijo que conducirian á Doña Munia á uno de sus castillos, en donde viviria oculta y á cubierto de vuestras iras.

El razonamiento del abad se iba introduciendo en el semblante del rey con la mas espantosa palidez.

El anciano continuó:

—A vuestra consideracion dejo cuál seria el designio del conde al proponerle á Rodrigo no envenenar á la reina, sino suministrarle un narcótico y trasladarla á un castillo de los suyos. ¿Qué pensais de todo esto, señor?

D. Fruela guardó silencio. El asombro que le habia causado esta revelacion le hacia enmudecer. Pensaba para sí que sin duda el conde era culpable cuando varias personas se ocupaban de él en el mismo sentido, es decir, que le trataban de traidor.

—¿Y quién os ha referido todo eso? preguntó de pronto el rey.

—El mismo Rodrigo en persona, respondió el abad.

—¿Y cómo pudiérais probarme que todo eso es verdad?

—Yo no creo, señor, que nadie pueda tener razones para ponerlo en duda. ¿Qué interés tenia Rodrigo en decir eso del conde si no hubiese sido cierto? ¿Cómo hubiese podido él inventar esa historia, de la cual, aunque disfrazada, vos teniais

ya noticia? A nadie se le ocurriría poner en duda lo que os he manifestado respecto al siervo Rodrigo. Permitidme, señor, que os hable con franqueza. Vos que generalmente sois tan suspicaz é incrédulo, sois por el contrario confiado en demasía cuando se trata de vuestro favorito. No parece sino que la Providencia quiere castigaros ya que sois tan suspicaz, haciendo que le deis crédito precisamente á quien mas de contínuo os engaña. Y á la verdad, permitidme que os lo diga, mereceis ese castigo por vuestra desconfianza.

D. Fruela se paseaba ceñudo y silencioso.

Al fin se detuvo, y esclamó:

—¡Oh Dios! ¿Por qué este martirio insoportable? ¿Por qué eternamente ha de vagar mi pensamiento entre esta nebulosa atmósfera de amargas dudas, de crueles sospechas? ¡Oh! Si los hombres tuvieran el corazon en el semblante... ¡Qué ansiedad tan dolorosa! ¿Por qué no he de saber la verdad, la verdad á punto fijo?... Yo daria gustoso mi corona por tener un amigo... El conde es el único hombre á quien he tratado con amor, el único que ha merecido mi amistad, y este hombre ¡ira de Dios! me ha vendido... No, no es posible... Yo me saciaría en su sangre, pero... ¿Y si me dejo arrebatar de la ira, le mando degollar, y luego descubro que es inocente? ¡Oh! esta idea me horroriza... ¡Yo soy débil, cuando se trata de D. Aurelio!

—Señor, dijo el abad, yo estoy en el caso de aconsejaros que en esta ocasion hagais uso de la crueldad propia de vuestro carácter violento. Mi deber se limita á deciros como leal vasallo, que el conde, sin que os quede ningun género de duda, ha tratado de deshonraros antes y despues de vuestra acusacion contra la reina, á cuyos ojos deseaba aparecer como un libertador, manifestándole que la habia salvado del veneno.

—¡Infame!

—Y como es casi seguro que quien os ha tratado de engañar en un sentido pueda hacerlo bajo otros conceptos, cumplo con mi deber, ya que he sido sabedor de su perfidia, con deciros lisa y llanamente: «Señor, no os fieis demasiado de un hombre que sin duda os aborrece.» A esto he venido. Ahora

V. A. puede obrar como mejor le plazca. ¡Qué el cielo os guarde, señor.

El abad que habia desistido de su principal intento, cual era manifestar al rey que Doña Munia aun vivia, se dispuso á salir de la cámara real; pero el rey le detuvo diciendo:

—He sabido que el mismo Rodrigo se ha fugado, y el conde me ha dicho que se están practicando las mas esquisitas diligencias para buscarle. Tambien he observado que D. Aurelio ha mostrado mucho empeño en la persecucion y captura de Rodrigo, cuando en otras ocasiones que se han fugado siervos, á la verdad no ha manifestado tanta eficacia.

—Eso prueba que tiene mucho interés en apoderarse de Rodrigo.

—¿Y qué interés puede tener en ello?

—Estraña pregunta.

—¿Y por qué?

—Es muy estraño, sobre todo, en un hombre de vuéstro carácter. ¿No sospechais que el conde solo desea asesinar á Rodrigo para que nunca pueda saberse el secreto que le ha confiado?

—¡Vive Dios que teneis razon!

—Lo que acabo de deciros no es simplemente una suposicion, es la verdad. Realmente no ha habido otra causa para que Rodrigo se fugue de palacio, sino el bien fundado temor que abriga respecto al conde, cuyo interés y cuyos intentos son sin duda los que hemos dicho, apoderarse del siervo y darle muerte.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Tan seguro, como que Rodrigo me ha manifestado que á causa de estos temores no volverá al alcázar, donde le espera, así lo cree, una muerte inevitable.

Durante algunos momentos el rey parecia abstraido en una vaga meditacion.

—¿Sabeis dónde está Rodrigo? preguntó de pronto el rey.

—Si señor.

—¿No pudiérais traerlo á mi presencia?

—Tal vez. ¿Me permitirá V. A. que le pregunte con qué objeto?

—En general, os diré que solo trato de averiguar si efectivamente el conde ha sido tan pérfido é infame como se dice. Por lo demás, yo os empeño solemnemente mi real palabra de que á Rodrigo, si consiente en venir, no le sobrevendrá ningun daño.

—Con esa condicion, yo no tengo inconveniente en conducirlo á vuestra presencia, pues de ningun modo quisiera que el infeliz Rodrigo se arrepintiese de haberme confiado la entrevista que tuvo con el conde.

—Os repito que nada tendrá que temer.

—Rodrigo vendrá, señor.

—Quiero que venga acompañado de vos pasado mañana por la noche.

—¿A qué hora?

—Es muy probable que tengais que pasar aqui la noche; pero convendria que nadie absolutamente os viese penetrar en mi cámara.

—Eso es casi imposible, señor.

—No tanto, venerable abad; lo que mas importa no es precisamente que no os vean, sino que no os conozcan.

El rey quedóse un rato pensativo.

El abad le observaba con curiosidad, y esperaba con impaciencia su resolucion.

—Mi camarero es hombre de confianza, dijo al fin el rey.

—¿Y bien?

—Aun cuando os vea, no importa para nuestro intento; pero os advierto, sin embargo, que seria mucho mas conveniente que nadie os viese.

—Decidme cómo debemos obrar para conseguirlo.

El rey sacó una llave y se la entregó al abad diciéndole:

—Tomad, esta es la llave de mi cámara.

—Quiere decir, que nos entramos aquí sin decirle nada á nadie, y abriendo la puerta, la cual, sin duda, estará cerrada, supuesto que me dais la llave. ¿No es eso?

—Eso es. Probablemente yo no estaré en el alcázar en las

primeras horas de la noche. Por lo tanto, si venís antes que yo, cerrais la puérta y me aguardais. Ni aun es necesario que esteis despiertos, pues yo tengo medios de entrar sin que nadie me abra. Venid.

El rey condujo al anciano abad á un ángulo del aposento, y tocando en el muro rechinó un resorte y se abrió una pequeña puerta que daba paso á una habitacion reducida, en la cual habia dos sitiales y dos lechos.

—Os voy á descubrir el secreto de este mecanismo, dijo el rey enseñando al monge el sitio y el modo de hacer la presion en el resorte para que á su impulso cediese la puerta. ¿Habeis comprendido bien?

—Perfectamente, señor.

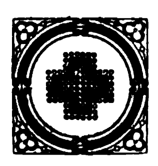
—Aquí me aguardaréis. Si yo tardo y teneis sueño, aquí podeis descansar. Solo os ruego con el mayor encarecimiento que procureis no faltar á esta cita, que es mucho mas importante de lo que á primera vista parece.

—Descuidad, señor, que sereis puntualmente obedecido.

El abad se volvió al monasterio, donde le estaba aguardando Doña Ermesenda.

Y el rey continuó paseándose por su cámara, murmurando con aire sombrío:

—Pasado mañana será para mí un gran dia... ¡Ay de mí, si ellos vencen! ¡Ay de los traidores, si son vencidos!



CAPITULO XXIX.

En donde el rey D. Fruela se convence de la alevosía de su favorito.

Cuando el abad regresó al monasterio, refirió punto por punto á Doña Ermesenda el resultado de la entrevista que acababa de tener con el rey, resultado que la dama celebró sobremanera.

—Ahora bien, dijo el abad, todo ha salido á medida de vuestros deseos. La reina puede continuar en vuestra alquería sin que nadie absolutamente sepa que allí habita... Ahora reconozco que teníais mucha razon en temer que D. Fruela supiese que la reina aun vivia, porque si tal hubiera llegado á suceder, de seguro que nuevamente hubiera intentado envenenarla. Afortunadamente vislumbré á tiempo la profunda y horrible hipocresía del rey. A mi vez, Doña Ermesenda, os recomiendo el secreto mas inviolable.

—En cuanto á eso, venerable abad, debeis vivir descuidado.

La dama se dispuso á partir para su alquería, pero el abad le dijo:

—Si os quereis detener algunos momentos partiremos juntos, porque de todos modos habia prometido ir hoy á visitar á la reina, y ahora nuevos motivos me obligan á hablarle muy por estenso.

—Con mucho gusto me aguardaré, repuso Doña Ermesenda.

—El abad fué á evacuar algunas diligencias concernientes al régimen interior del monasterio, y en seguida, cabalgando

sobre una poderosa mula, partió en compañía de Doña Ermesenda.

Inútil es decir que el principal objeto del anciano monge al marchar á la alquería, era prevenir á la reina de todo lo ocurrido y concertado con su esposo, respecto á la presentacion del siervo Rodrigo en el alcázar.

Doña Munia se habia restablecido casi completamente de la natural laxitud que le habian producido la accion del narcótico y las dolorosas emociones anteriormente recibidas, habiendo disfrutado en la alquería, despues de un sueño sosegado y salutífero, del encanto siempre delicioso, pero mas particularmente atractivo para quien duramente mucho tiempo ha vivido en la negrura de una prision, el encanto del aire libre y de la luz del dia.

Mucho se regocijó Doña Munia al recibir la visita del abad, quien en breves razones le manifestó la conversacion que habia tenido con el rey, asi como tambien el empeño de este en que él y Rodrigo se presentasen dentro de tres dias en el alcázar.

Debemos advertir que la reina habia llevado muy á mal que la fiel Nunilo procurase con tanto empeño libertarla de la suerte, cualquiera que ella hubiera sido, que el rey le hubiese preparado.

Doña Munia aguardaba tranquila y resignada los decretos de su esposo, y era tal la amargura que rebosaba en su corazon, que ya ni la vida tenia para ella encantos ni atractivos, despues que para siempre habia perdido el amor de su esposo, la felicidad conyugal, y su honra de reina y esposa. La muerte misma se le parecia como un ángel bienhechor, como una deidad de consuelo que para siempre desataria las cadenas que la ligaban á este mundo mortal, donde tantas y tan amargas aflicciones habian destrozado su alma.

No era que Doña Munia no agradeciese la buena voluntad de todos los que se habian empeñado en salvarla, y mas particularmente el afecto de la anciana y fiel Nunilo, á quien la reina profesaba el cariño mas sincero.

Era que la desdichada y jóven Doña Munia preferia mil y

mil veces la muerte decretada por su esposo, que la vida ocúltá y deshonrada que le ofrecian sus favorecedores.

—Creed, venerable abad, que he sentido mucho que no hayais manifestado al rey que aun vivo deseando la muerte que él me preparabá. Yo hubiera querido que mi esposo supiese qué ninguna parte he tenido en mi fingida muerte. Mi único deseo es sufrir la sentencia, por mas que sea injusta, que me imponga mi esposo, á quien siempre he respetado, á quien jamás he ofendido, y á quien amo todavía.

Y así diciendo, la apenada Doña Munia lloraba amargamente, porque en realidad profesaba á su obcecado esposo un amor inestinguible.

—Señora, repuso el abad profundamente conmovido á vista de tanta virtud, de tal belleza y de dolor tán inmenso, señora, ya os he dicho que yo pensaba revelárselo todo al rey, porque estaba en la creencia de que vuestro esposo se regocijaría sobremanera al recibir tan inesperada noticia, despues de tanto como parecia afligirse por vuestra muerte; pero luego he comprendido que vuestra nodriza y Doña Ermesenda tenian mucha razon para ocultar al rey que V. A. vivia.

—¡Mi esposo desconfia del infame D. Aurelio! esclamó la reina asombrada.

—No me es permitido dudar de que el rey abriga desconfianzas y recelos para con el conde.

—Yo no puedo menos de encontrar esa desconfianza muy estraña y casi imcomprensible en mi esposo, que tan fascinado ha estado siempre por D. Aurelio; ¿pero en qué fundais esa vuestra opinion? preguntó con interés la reina.

El abad refirió á Doña Munia todo lo que ya sabe el lector respecto á la pretension del rey para que fuese el siervo Rodrigo al alcázar, resolucion que con mucho fundamento habia sido interpretada por el anciano monge como un medio que D. Fruela habia adoptado para averiguar á punto fijo el crédito que debia dar á lo que del conde le referian.

—Vuestro mismo esposo, añadió el abad, me ha indicado que el objeto que se propone es este, si bien pareció esquivar el darme pormenores. Así, pues, se hace absolutamente in—

dispensable que me acompañe Rodrigo pasado mañana al alcázar.

—Rodrigo hará sin duda lo que yo le mande; pero yo no me atrevo á enviarlo á Oviedo sin estar segura de antemano que no correrá ningun riesgo.

—D. Fruela me ha empeñado solemnemente su real palabra de que no ha de sobrevenirle ningun daño.

—Pues con esa condicion, Rodrigo partirá con vos cuando os plazca.

Largo rato estuvieron departiendo la reina y el abad, ella lamentando su fortuna, y él prodigándole los consuelos que debian esperarse de su sabiduría y ministerio.

Por último, el anciano se despidió de Doña Munia, la cual le invitó á que la visitase con frecuencia y la auxiliase con sus consejos.

El siervo Rodrigo no tuvo el menor inconveniente en obedecer las órdenes de su señora, partiendo en compañía del abad para el alcázar del rey, por este prefijado.

Los últimos rayos del sol doraban los edificios de la ciudad de Oviedo, en la cual se notaba mayor animacion que de costumbre.

El rey D. Fruela, seguido de muchos caballeros y hombres de armas, salia de su alcázar para dirigirse al castillo de Samos, situado á corta distancia de la ciudad.

Frecuentemente el rey hacia esta espedicion; pero aquel dia hubiera podido notarse como cierto empeño en hacer una salida ostentosa y que fuese reparada por todos los habitantes de la buena ciudad de Oviedo.

D. Fruela, muy aficionado á la caza, solia salir casi todos los dias, pero sin ostentacion y sin grande acompañamiento, de modo que los habitantes de la ciudad muchas veces ignoraban si el rey se encontraba ó no en el alcázar.

Pero la tarde á que nos referimos, poco despues de salir el rey, todos los habitantes sabian que D. Fruela no se hallaba en Oviedo, y cabalmente tal parecia ser el designio del monarca.

A la misma hora se encontrabban dentro y fuera de la ciu—

dad muchas personas que celebraron infinito la salida del rey y de la mejor parte de sus caballeros y hombres de armas, que habian dejado casi desguarnecido el alcázar.

En efecto, por todos los caminos que conducian á Oviedo, á medida que la noche adelantaba, veíanse vagar muchos viandantes á pie y á caballo, que se aproximaban con seguro y veloz paso hácia la ciudad.

Muy bien hubiera podido confundirse á los ojos de un observador vulgar aquella afluencia de gentes con la natural atraccion que ejercen las grandes poblaciones, adonde sin cesar se dirigen los caminantes cuando la noche estiende su manto de tinieblas, buscando en las ciudades su morada, su seguridad y conveniencia.

Pero á los ojos de un observador listo y atento, no hubiera podido confundirse aquella concurrencia demasiado estraordinaria, con el grupo de habitantes de una ciudad que regresan por la noche de sus quehaceres y espediciones por mil causas motivadas.

Esparcidos, diseminados y viniendo en diversas direcciones, acudian á la ciudad, favorecidos por las sombras de la noche, no pocos viandantes, los unos, al parecer, siervos de señores principales; los otros, á juzgar por su hábito, eran venerables monges, apoyados en sus báculos, y con las capuchas caladas.

Uno á uno, dos á dos, sin hablarse, como si no se conociesen, y como si por casualidad se fuesen reuniendo, venian todos, aunque de diversas direcciones, á converger en un punto, en una casa de pobre apariencia y situada al estremo de la ciudad.

Entre tanto el rey habia llegado al castillo de Samos, y pretestando algun cansancio, encerróse en su aposento, y dió órden de que nadie entrase, supuesto que durante algunas horas pensaba entregarse al sueño.

Todos los cortesanos de D. Fruela se hallaban en la inteligencia de que el rey estaba durmiendo; pero se equivocaron de medio á medio, como vulgarmente suele decirse.

Pocos momentos despues, un hombre armado de todas armas salió á pie y con aire recatado por una poterna del castillo.

El misterioso caballero anduvo como unos doscientos pasos, deteniéndose en un lugar poblado de espesas y añosas encinas.

Y tocando un silbato, le respondió como si fuese un eco otro instrumento exactamente del mismo sonido.

El caballero se encaminó al sitio en que sin duda le aguardaban.

El que parecia estar en espera se paseaba con ademan impaciente. A los pocos pasos veíase un escudero sentado al pie de una encina, y con tres caballos del diestro.

Inútil es decir que el caballero que habia salido del castillo era el rey D. Fruela, á cuyo encuentro salió el que le estaba aguardando en el bosque.

—¿Ha habido alguna variacion en sus proyectos? preguntó el rey.

—Continúan en llevar á cabo su propósito. La reunion se verificará esta noche en donde y como lo tenian convenido.

—¿Podremos partir al instante?

—Cuando plazca á V. A.

—Vamos, pues, á Oviedo.

—Esta noche se convencerá V. A. de la verdad de lo que le tengo dicho.

—Sí, sí, quiero convencerme hasta la evidencia, quiero saber á punto fijo quiénes son los traidores y quiénes los leales. Vamos.

El rey, solo, enteramente solo, se habia puesto en manos del caballero de las Almas, quien habia ordenado á su escudero que llevase á prevencion un caballo para que le sirviese á D. Fruela.

Nuestros ginetes partieron con la rapidez del rayo hácia Oviedo, y fueron á detenerse delante de la misma casa de humilde aspecto de que ya hemos hecho mencion. Esta misteriosa vivienda era solo de un piso, y su fábrica, aunque no suntuosa, era sólida en estremo. Su perímetro incluia una estension considerable.

La noche habia estendido ya su velo de sombras sobre la creacion entera. La ciudad estaba sepultada en el silencio mas

profundo. El sueño estendia sus negras alas sobre todas las casas de la ciudad, que en aquel instante parecia un sombrio cementerio por el cual vagasen con pie callado y ademan medroso las sombras de los difuntos, como evocadas de nuevo á la vida por el potente conjuro de un mago.

La puerta de la casa estaba cerrada, pero de vez en cuando se abria por una mano invisible, despues de haber cambiado el que llegaba algunas palabras misteriosas con el que servia de portero.

Nuestros conjurados se detuvieron al llegar á la puerta, pronunciaron las palabras que servian de contraseña, y por último penetraron en la misteriosa casa, cuyo zaguan era muy espacioso, pero estaba completamente á oscuras.

Por fin llegaron á un estenso patio, en el cual se veían algunos grupos de monges y de siervos que hablaban en voz baja, pero con grande animacion.

Nuestros caballeros pasearon en torno suyo una mirada como si buscasen una persona que les sirviese de guia introductor en aquella casa y entre aquella gente.

Este personage se presentó muy pronto.

Era Rosmundo.

—Buenas noches, señores, dijo. A fé que habeis llegado un poco tarde.

—Hemos tenido mucho que hacer.

—Os he buscado por todas partes, y ya estaba impaciente. Me temia que no viniéseis.

—¿Se ha celebrado ya la reunion?

—No por cierto.

—Entonces nada hay perdido.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando atravesaron el patio dos hombres que salian del interior de la casa, y que se iban deteniendo en todos los grupos, comunicando algunas órdenes.

—Venid, dijo Rosmundo á sus compañeros.

Todos se encaminaron á una puerta que habia en el patio, entraron en un dilatado salon, y por último se detuvieron delante de otra puerta, por la cual no era posible pasar sin repe-

tir las palabras que constituian la consigna ó contraseña de los conspiradores.

El salon, completamente desamueblado, demostraba que la casa estaba de ordinario deshabitada.

El escudero del caballero de las Almas quedóse en el salon donde permanecian todos los demás siervos y monges que iban llegando. Queremos decir, que por la puerta que últimamente les habia sido franqueada á Rosmundo y sus compañeros no entraban mas que los señores de vasallos, y estos continuaban disfrazados de monges y de siervos en aquella especie de cuartel, aguardando silenciosos é impasibles las órdenes de sus respectivos señores.

El caballero de las Almas y el rey, despues de atravesar la puerta mencionada, bajaron una escalera, al fin de la cual halláronse en un recinto circular, y que sin duda habia servido de cementerio antiguamente, pues segun todas las trazas aquella casa habia sido construida con las ruinas y en el sitio que en otro tiempo ocupaba un castillo.

Ya estaban reunidos todos los conjurados, que, segun tenian convenido de antemano, habianse presentado áquella noche llevando cada cual su contingente de hombres de armas.

Como siempre hallábase en el lugar de preferencia D. Sancho Silo Ruiz, que era el alma y el gefe de aquella conjuracion.

Nuestros personages atravesaron en silencio aquel recinto, y fueron á colocarse en el punto menos concurrido y mas distante de donde se hallaba el presidente, delante del cual habia una mesa con dos luces.

Tanto el caballero de las Almas como su acompañante iban muy encubiertos, y de modo que no era fácil reconocerlos.

El rey paseó una mirada de águila en torno suyo; pero sin duda no hubo de quedarse muy satisfecho de su exámen, supuesto que aproximándose al caballero de las Almas, le dijo en voz muy baja:

—No veo aquí al caballero del Manto, como vos me deciais.

—Pudiera muy bien suceder que no viniese.

—Entonces, caballero, dudaria mucho de vuestras palabras.

Si el rey hubiese podido ver la mirada que le lanzó el

mancebo se habria estremecido de terror. Tál fué la ira que resplandeció en los ojos del jóven al escuchar el insulto de D. Fruela.

El caballero de las Almas respondió con aspereza y desprecio:

—Si no viniese, no por eso será menos cierto lo que os tengo dicho; pero descuidad, señor, que al fin lo vereis esta noche.

—Yo creo que ya deben estar aquí todos reunidos.

—Pues aquí tambien estará ya el conde.

—Yo no le veo.

—Pues le oireis cuando hable, como me sucedió á mí la otra vez.

Este diálogo fué interrumpido por la voz del presidente D. Sancho, que dijo:

—Amigos mios, nuestras esperanzas van á realizarse; el tirano va á recibir muy pronto el castigo de sus inaúditos crímenes. Ya sabeis que mi hija está prisionera en su poder, y que sin duda la deshonra amenaza á su virtud y á mis canas. ¡Quiera el cielo que á estas horas mis temores no se hayan verificado! Antes ignoraba el paradero de mi hija, pero despues he sabido que se encuentra prisionera en un horrible calabozo en el castillo de Samos. Y para que veais hasta qué punto yo deseo el bien de todo el reino, me abstengo de proponeros una empresa que seguramente, á estar yo solo, intentaría llevár á cabo. Pero ante todas cosas, cualesquiera que sean mis desdichas particulares, prefiero que todas nuestras fuerzas reunidas no las gastemos sino en libertar á nuestra patria de la tiranía de Don Fruela. Esta noche nos hemos podido convencer de que nuestros esfuerzos no han sido vanos, y de que al fin conseguirémos la victoria, supuesto que ninguno de nosotros ha faltado á sus promesas, respecto al número de hombres de armas que ofreció traer para dar el golpe decisivo.

D. Sancho guardó silencio, y entonces se levantó un caballero de alta estatura y de gallardo continente, el cual habló de esta manera:

—Yo mismo he sufrido tambien de la manera mas horrorosa

las injusticias del rey D. Fruela, que en este momento tiene sumergido en un calabozo á su propio hermano, el infante Wimarasio, y á otros dos valientes caballeros...

Comenzaron á oirse algunos rumores entre los conjurados, que unos á otros se preguntaban quién fuese aquel desconocido, el cual se apercibió de la causa y objeto de aquellas preguntas hechas en voz baja.

—Yo soy Fromestano, el hijo de Argerico, cuya triste historia todos sabeis.

Y el mancebo refirió brevemente todo lo que ya sabe el lector respecto á la prision del infante y de sus amigos, así como tambien manifestó que habia visto en un calabozo á la infeliz y hermosa Berengaria.

El buen Fromestano habia sospechado sin duda la causa de haber sido conducido al calabozo de la jóven para que esta le viese cuando allí se hallaba el rey.

Pero el desdichado mancebo nunca podia acertar á punto fijo la causa de su inesperada libertad, si bien funestos presentimientos le agitaban.

Fácilmente se adivinará la impresion de ira que recibieron los conjurados al escuchar las palabras de D. Sancho y del hijo de Argerico, el cual suponia que sus hermanos continuarian prisioneros, si es que D. Fruela no los habia sacrificado á su furor.

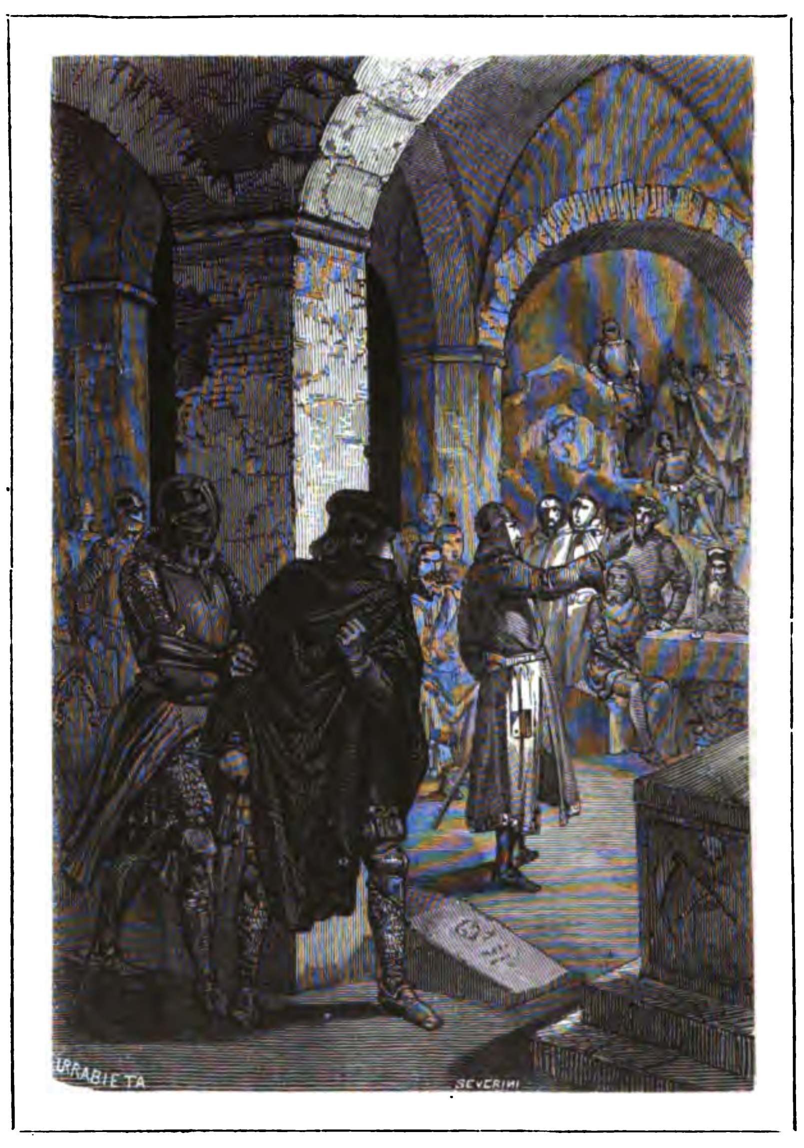
De todos modos, una tempestad de dudas agitaba, perturbaba y afligia su corazon, devorado por los celos.

Cuando pensaba el infeliz mancebo que tal vez su vida era el premio de la deshonra de su amada, la ira, la tristeza y la desesperacion le enloquecian, le torturaban, como si las furias del averno hubiesen derramado sobre su alma sus mas ingeniosas crueldades.

Del mismo modo en las tempestades del alma se encuentra siempre y al fin una idea luminosa, un sentimiento consolador.

Fromestano, pues, en sus propias dudas encontraba en la amargura de este pensamiento desgarrador todo el consuelo que podia esperar en las tristísimas circunstancias en que á la sazon se hallaba.

Lám. 10



El rey hizo un movimiento furioso sobre el que acababa de hablar, pero el caballero de las Almas le detuvo.

—¡No! pensaba para sí el antiguo capitan de la guardia del rey: si fuera cierto que á esta causa debiese yo mi libertad, Berengaria no habria exigido solo mi rescate, sino tambien el de mis hermanos... Además, este pensamiento es monstruoso, horrible, y hasta una calumnia imperdonable... No, no, Berengaria preferiría mil veces la muerte á la deshonra... Ella sabe tambien que yo haria lo mismo. ¿Qué importa que le ofrecieran mi vida y mi libertad? Sin, la honra, la libertad y la vida son para Fromestano un martirio insoportable. Y Berengaria debe saber esto sin duda, porque ella me ama.

Con tales reflexiones el buen caballero quedábase tranquilo, y atribuia la concesion que el rey le habia hecho al ponerle en libertad á una especie de reparacion que el rey le debia, y cuando esta esplicacion la hallaba inverosimil, atribuía el verse libre á los caprichos de la fortuna ó á cualquiera otra causa para él hasta entonces desconocida, antes que al envilecimiento de su amada.

El rey se hallaba en un estado de emocion imposible de describir.

—¡Es necesario quitar el trono y la vida al infame Don Fruela!

Tal era el grito unánime de todos los conjurados.

—Ahora, amigos mios, dijo D. Sancho, solo falta que nos pongamos de acuerdo para el dia y hora en que hayamos de asaltar el alcázar. Todos y cada uno de nosotros, que lo hemos de hacer, debemos deliberar. ¡Que cada cual diga su opinion!

Un silencio sepulcral reinó durante algunos momentos en la asamblea.

Al fin el monge á quien ya en otra ocasion hemos visto en la famosa torre del Viejo, rompió el silencio diciendo:

—Me parece que todos debemos permanecer ocultos en Oviedo hasta el instante en que determinémos ejecutar nuestros intentos. Ahora bien, lo único que nos falta, y esto es muy importante, es ponernos de acuerdo con la guardia del alcázar, segun y conforme se convino en la última reunion.

—Yo prometí, dijo uno de los conjurados, que la guardia del alcázar no solo no haria resistencia, sino que nos secunda-

ria, de manera que es muy posible que á los fuertes de su propia guardia caiga sin vida el feroz tirano.

Al oir tales palabras, el rey hizo un movimiento como para precipitarse furioso sobre el que acababa de hablar; pero el caballero de las Almas le detuvo, reconviniéndole en voz baja por su imprudencia, supuesto que si los conjurados llegaban á reconocerle, su muerte sería tan feroz como inevitable.

Escusado es decir que el conspirador cuyas palabras tanta indignacion habian producido en el ánimo del rey, no era otro sino el conde D. Aurelio, que continuó:

—Creo tambien muy acertado que permanezcamos aquí ocultos hasta mañana ó pasado á mas tardar, pues ya tendré el terreno preparado para llevar á cima nuestra santa empresa con éxito feliz.

El desdichado rey, oyendo y viendo por sí propio que era mucha verdad todo cuanto el caballero de las Almas le habia dicho respecto á la perfidia horrible del conde, el desdichado rey, decimos, sintió que su corazon se oprimia de amargura, y se lamentaba de su suerte al verse tan cruelmente defraudado en los únicos sentimientos de amistad que en toda su vida habia esperimentado.

El rey D. Fruela amaba con sinceridad al conde, que tan mal le correspondia; pero aquel rey merecia esta suerte.

—¿Y cuándo creeis que podremos dar el golpe? preguntó D. Sancho.

—Tal vez mañana.

—Debeis conocer que esta clase de negocios no debe dilatarse mucho.

—Lo reconozco muy bien.

—El menor incidente pudiera hacer que llegase á noticia del rey nuestro proyecto, y en ese caso...

—Todo estaba perdido; pero yo os juro que á mas tardar pasado mañana podreis arrojar la cabeza del rey por los balcones del alcázar.

—Convendrá, sin embargo, reunirnos tambien mañana, para saber á qué altura nos encontramos.

—Mañana vendré á daros cuenta de todo, á la misma hora que esta noche.

—¿No habeis dado todavía ningun paso?

—Hasta ahora he creido lo mas prudente guardar el mas profundo silencio; pero tengo adelantado mucho para no dudar del buen éxito de nuestros planes.

—¿Y en qué consisten esos adelantos que decís? preguntó el monge.

—Tengo muchos allegados en la guardia del rey; además, con mucha anticipacion he hecho que D. Fruela nombre á mi hermano capitan.

—¿D. Claudio es ahora el capitan de la guardia del rey? preguntó D. Sancho, pudiendo á duras penas ocultar su odio hácia el que habia sido verdugo de Argerico, el raptor de Berengaria y el asolador del castillo de los Lamentos.

—Sí señor, mi hermano es ahora el capitan, respondió el conde.

Por último, despues de algunas ligeras observaciones que hicieron algunos otros conjurados disolvióse la reunion por aquella noche, quedando en reunirse la siguiente á la misma hora, en el mismo sitio, y con las mismas precauciones.

Algunos de los conjurados, que tenian domicilio fijo y nada sospechoso en Oviedo, salieron de la casa.

Los restantes, asi como tambien los hombres de armas, continuaron ocultos en aquella vivienda, en la cual de antemano se habian acopiado las provisiones necesarias.

D. Fruela, Rosmundo, el caballero de las Almas y su escudero, salieron juntos de la misteriosa casa.

Al salir, un hombre que estaba en la puerta tuvo que apartarse para dejar paso al rey, el cual, maquinalmente y por un impulso irresistible, se llevó la mano á la empuñadura de su espada.

El desconocido se estremeció como si hubiese visto salir de entre sus pies una sierpe venenosa; pero el rey no advirtió aquella emocion profundísima.

A los pocos pasos de la casa Rosmundo se despidió del caballero de las Almas, pero no sin cambiar antes algu—

nas palabras en voz misteriosa, y recatándose del rey.

—¿Están muy lejos nuestros ginetes? preguntó el caballero.

—La mitad he mandado que abandonen los caballos, y estar aquí oculta en una casa próxima que, obedeciendo tus órdenes, hace mucho tiempo que la compré, como sabes, para otro objeto muy diferente.

—¿Está cerca de aquí la casa consabida? esclamó gozoso el caballero de las Almas.

—Quizá no diste cien pasos.

—Pues que permanezcan allí aguardándome, que yo pronto vuelvo. ¿Sabe mi escudero á esa casa?

—Sí; ha estado en ella varias veces.

—Pues hasta luego.

—Adios.

Rosmundo fué á buscar á su gente, y en honor de la verdad, debemos decir que no iba muy satisfecho de su amigo.

El caballero de las Almas habia encargado y hasta exigido al rey, que aquella noche iba armado, que no se levantase la celada por ningun motivo, á fin de que nadie le reconociese, ni aun Rosmundo, pues así lo aconsejaba la prudencia.

D. Fruela, en efecto, se habia abstenido de pronunciar una sola palabra en presencia de Rosmundo; pero este, receloso como buen conspirador hasta de su propio amigo, abrigaba una curiosidad febril por saber quién fuese aquel desconocido.

El buen Rosmundo habia pensado que al presentarse en la reunion el caballero de las Almas con su compañero, ambos se darian á conocer á los conjurados; pero lejos de suceder así, el caballero de las Almas, por el contrario, manifestó á Rosmundo llegada la ocasion, que deseaba guardar el mas riguroso incógnito, y le encargó por lo tanto que guardase la mas absoluta reserva.

¿Quién era aquel hombre? ¿A qué tanto empeño en asistir á la reunion de los conjurados? Tales eran las preguntas que sin cesar se repetia Rosmundo, que al separarse del caballero de las Almas, se alejó murmurando con aire sombrío:

—¡Vive Dios! ¡Cuánto se parece este hombre en el aire del cuerpo al rey! Afirmaria que era él mismo en persona, si no

estuviese convencido de que Fulgencio ha sido su introductor... ¡Qué diablos!... Allá veremos...

Entre tanto, el caballero de las Almas acompañó al rey hasta el alcázar.

—¿Y qué pensais hacer? preguntó el caballero.

—Os confieso francamente que jamás he vacilado como ahora entre mas contrarios pensamientos. Primero tuve el proyecto de hacer que prendiesen al conde al salir de esa casa maldecida.

—¡Hubiera sido una imprudencia imperdonable, y para mi en estremo sensible! interrumpió el caballero de las Almas. Ya habeis tenido ocasion de oir que el peligro es bastante inminente, y que existe hasta en vuestro propio alcázar, en la misma guardia destinada á la defensa de vuestra persona.

El rey exhaló un profundo suspiro, y permaneció algunos momentos meditabundo.

Luego, de pronto, esclamó con ira y dolor á la vez:

—¡Ni aun de mi propia guardia puedo fiarme!

Y dirigiéndose al caballero de las Almas, añadió:

—¿Vos teneis gente leal y valerosa á vuestra disposicion?

—Y á la vuestra, señor.

—¡Cuánto me place! esclamó el rey gozoso. Es preciso que el rayo de mi justicia aniquile á ese traidor. ¿Quereis, pues, ayudarme en este empeño?

—En cuerpo y alma, señor.

—Pues bien, en ese caso, al amanecer desearia que estuviéseis en el castillo de Samos con vuestra gente.

—Descuidad, que estaré allí.

El rey estrechó afectuosamente la mano del caballero de las Almas, y le despidió diciendo:

—¡Vos sois mi único amigo!

El altivo semblante del caballero de las Almas espresó en aquel momento un afecto sincero hácia el rey, cuya mano estrechó cariñosamente contra su corazon.

En seguida el rey subió á su cámara, y el caballero se dirigió á la casa donde estaba Rosmundo con sus ginetes.

CAPITULO XXX.

Dios consiente, y no para siempre.

Don Fruela, como ya sabe el lector, habia citado al abad de San Vicente y al siervo Rodrigo, á fin de que este le informase con toda minuciosidad de los proyectos que el conde habia abrigado respecto á obtener las caricias de Doña Munia.

El rey iba mas lejos todavía, pues deseaba interrogar sobre este punto al conde D. Aurelio, de tal modo y en circunstancias tales, que á una señal apareciesen el abad y Rodrigo, con el objeto de confundir al impostor.

Pero esta parte de su proyecto, que era la que mas interesaba á D. Fruela, no pudo llevarla á cima, á causa de que D. Aurelio no se habia presentado aquella noche en la cámara real.

Es verdad que D. Fruela no habia participado á su favorito su marcha al castillo de Samos, por cuya razon D. Aurelio no le habia acompañado; pero aun cuando así hubiese sucedido, el conde habria encontrado algun pretesto para asistir á la importante reunion que aquella noche habia de verificarse dentro de la misma ciudad de Oviedo.

Apenas el rey entró en su cámara, dirigióse al pequeño y oculto aposento cuya puerta hemos visto en otra ocasion que estaba forrada por un lienzo del mismo muro que se abria por medio de un resorte.

Allí estaban, ya hacia largo rato, esperando al rey el abad y Rodrigo.

—¿Por qué has huido de mi alcázar? preguntó á este Don Fruela.

—Por el temor natural de la muerte.

—¿Quién ha intentado quitarte la vida?

—Estoy persuadido de que el conde D. Aurelio desea asesinarme.

—¿Y en qué te fundas para pensar tal cosa?

—En que D. Aurelio teme que yo revele ciertos secretos.

Y el siervo Rodrigo esplicó punto por punto al rey todo lo que ya sabe el lector respecto á las proposiciones que el conde le hizo.

El rey permaneció al parecer impasible, pero interiormente la pena y la ira lo devoraban.

El infeliz D. Fruela aquella noche era digno de compasion. La causa principal de su carácter receloso era el temor de ser engañado, pues en su concepto nada podia humillar mas al hombre que verse víctima de un engaño. En el fondo de tales sentimientos habia algo de grandeza, pero el desdichado monarca habia sufrido la humillacion que temia precisamente de la persona que menos lo esperaba.

D. Fruela estaba dotado de un carácter entero, de una voluntad poderosa.

Pero la infame perfidia del conde le habia afectado tan profundamente, que aquella noche su corazon estaba como nunca abrumado y afligido.

Al fin rompió el silencio entablando una larga conferencia con el virtuoso abad de San Vicente, al cual le manifestó el pensamiento que habia tenido de que el siervo hiciese todas sus revelaciones en presencia del mismo D. Aurelio, pensamiento que no habia podido realizarse por la circunstancia de haber fingido el rey que se hallaba lejos de la ciudad.

—Esta medida que despues he visto que la prudencia aconsejaba, añadió el rey, ha impedido que el conde se haya presentado en mi alcázar esta noche.

—Aguardarémos hasta mañana, dijo el abad.

—Es que yo debo partir ahora mismo para el castillo de Samos.

—En ese caso os acompañarémos, si así place á V. A.

—Justamente era esa mi intencion; pero temia que vos

rehusáseis dilatar vuestra ausencia del monasterio, en cuyo caso iba á rogaros que aconsejáseis á Rodrigo que me siguiese; pero ya veo que no hay necesidad de ello, supuesto que vos consentís en acompañarme.

—Sí, sí, los dos iremos de muy buen grado.

Inmediatamente el rey partió, seguido del abad y del siervo, para el castillo de Samos, en donde penetraron recatadamente por la misma poterna por donde al anochecer vimos salir á D. Fruela para reunirse con el caballero de las Almas.

Nadie habia notado la ausencia del rey, y todos los cortesanos le creían en el castillo.

D. Fruela mandó al abad y al siervo que se entregasen algunas horas al descanso en un retrete cuya puerta daba al mismo salon.

El rey hizo otro tanto; pero apenas hacia una hora que se habia recogido en su lecho, cuando se presentó el camarero á llamarle, si bien no le causó por esto grande incomodidad, supuesto que el rey no habia podido dormir ni un instante, en la febril escitacion en que se hallaba.

D. Fruela se imaginó que el recien llegado fuese el caballero de las Almas; pero su sorpresa y su indignacion fueron indecibles al saber que quien le aguardaba era el conde Don Aurelio.

El rey, sin embargo, á fin de esplorar el ánimo de su favorito trató de ocultar sus verdaderos sentimientos, y efectivamente, al salir D. Fruela de su dormitorio la sonrisa mas placentera animaba sus labios, poco antes contraidos por la cólera y la sed de venganza.

—¡Cuántos deseos tenia de verte, mi querido Aurelio! esclamó gozoso el rey.

—Yo tambien tenia muchos deseos de hablar á V. A., supuesto que tengo muchas y muy importantes noticias que comunicaros.

—¡De veras! esclamó el rey con cierta sorna.

—Como os lo estoy diciendo.

—Veamos, pues, esas noticias, querido Aurelio, dijo Don Fruela frotándose las manos con aire jovial.

—Señor, dijo el conde, bien sabeis que constantemente me he desvelado por vuestro bien, y que siempre os he servido con la lealtad de un vasallo y con la tierna solicitud de un verdadero amigo, ya que V. A. se ha dignado con su bondad autorizarme para que me atreva á darle este dulce nombre...

—Perfectamente, mi querido Aurelio, interrumpió con viveza el rey. Sé muy bien á lo que debo atenerme respecto á tu adhesion y sinceridad, y por lo tanto es inútil que te molestes en repetirme tu lealtad y tus desvelos hácia mi persona. Vamos á lo principal. ¿Qué noticias son esas de que me hablais?

—¡Ay señor! esclamó el conde con acento dolorido. Ya hace mucho tiempo que descubrí los indicios de una terrible conjuracion contra vuestra persona, pero nunca creí que el peligro llegase á ser tan inminente como lo es en estos momentos.

—¡Demonio de conjurados! Esplícate, Aurelio, esplícate.

—Para poder servir mejor á V. A., que es y ha sido siempre mi único deseo, me he visto en la necesidad dolorosa de fingirme tambien conspirador.

—¿Y eso lo has hecho para servirme bien, eh? dijo el rey con sangrienta ironía.

—Sí señor, repuso imperturbable el conde. Este era el único medio de sorprender todos los secretos de los conjurados.

—¿Y qué has descubierto?

—¡Ay señor! se trata nada menos que de quitaros el trono y la vida.

—¿Y quiénes son los que tal intentan?

—Vuestros mas poderosos vasallos.

—Dime pronto sus nombres.

—Señor, los conjurados son muy numerosos, y no me será fácil deciros el nombre de todos los que han entrado en esta conjuracion infame; sin embargo, los principales gefes son Don Sancho Silo Ruiz, un monge benedictino, y un tal Rosmundo; los demás son todos amigos y parciales del infante Wimarasio, y parientes de Argerico.

—Muy bien, conde, te agradezco con toda mi alma tan im-

portante revelacion; pero ahora solo falta saber á qué altura se encuentra el proyecto de esas buenas gentes.

—Eso es precisamente lo que yo con todas mis fuerzas he tratado de averiguar.

—¿Y lo has conseguido?

—A las mil maravillas.

En esto se abrió la puerta del salon, y apareció el camarero saludando respetuosamente y entregando en silencio una carta á D. Fruela.

El camarero salió sin aguardar contestacion alguna de su señor; sin duda estaba prevenido para no pronunciar ni una sola palabra en el caso de que alguna persona se hallase con el rey.

El conde estaba inquieto y pálido, y contemplaba con ansiosa curiosidad el semblante del rey, que á cierta distancia y no sin recato leyó rápidamente el pergamino, que decia:

—«Desde el amanecer, segun me indicó V. A., me encuentro oculto en el bosque á la cabeza de cien ginetes cuyo valor raya en temeridad. Lo sé por esperiencia. Constantemente tengo puesto un vigía para que observe el balcon de piedra de vuestro aposento que desde aquí se descubre. En el momento en que se abran las puertas del balcon, volaremos todos al castillo con la rapidez del rayo. No os he avisado antes porque suponia estariais descansando. Aquí aguarda vuestras órdenes

El caballero de las Almas.»

D. Fruela, terminada su lectura, guardó cuidadosamente la epístola.

Y dirigiéndose á D. Aurelio, le dijo con faz risueña:

—Continúa, conde, continúa.

D. Aurelio se mordió los labios de ira hasta hacerse sangre, pues bien se le alcanzaba que bajo la jovialidad del rey se ocultaban crueles y sanguinarios pensamientos.

Esforzándose por aparecer tranquilo, el conde continuó su narracion interrumpida.

—Hé aquí en breves palabras el proyecto de los conjurados. Una de estas próximas noches, cuando ya todo esté en silencio, asaltarán el alcázar con un buen número de hombres de

armas que han conseguido reunir, subirán á vuestra cámara, os quitarán la vida y proclamarán por rey á vuestro hermano el infante Wimarasio.

—¡Me quitarán la vida! esclamó el rey procurando sonreirse, pero palideciendo espantosamente.

Aquellas palabras resonaron en el corazon del rey con una fuerza estraordinaria, como una sentencia de muerte que debia cumplirse, como una profecía.

El rey, para ocultar su turbacion, comenzó á pasearse por la estancia.

Al cabo de algunos minutos, ya mas tranquilo, se detuvo delante del conde.

—¿Y qué medidas has tomado para evitar ese golpe mortífero para mi vida y mi corona? preguntó.

—Aquí es adonde, á mi parecer, he desplegado yo grande astúcia. Como he dicho á V. A., me he fingido tambien conspirador. Pues bien, yo he alentado hasta cierto punto esta conjuracion, á fin de cogerla como á la fruta cuando está madura. Para llevar á cabo mi intento, he fingido tambien que la guardia del alcázar ayudaria á los conjurados, y desde luego se comprende que se han regocijado sobremanera con tal noticia.

Al llegar aquí, el conde fijó una mirada escrutadora en D. Fruela, que escuchaba atónito aquella estraña relacion, y no sabia qué pensar, pues tuvo momentos en que creyó que Don Aurelio se burlaba.

El rey estaba muy ageno de la sutil estratagema que habia usado el conde.

D. Fruela no obstante continuó en guardia, pero guardando la mas absoluta reserva, esto es, sin manifestar sorpresa ni enojo.

D. Aurelio continuó con maliciosa sonrisa:

—Desde luego supongo que V. A. habrá comprendido mis verdaderas intenciones.

—No por cierto, repuso el rey con sequedad.

—Me parece que no es difícil de adivinar mi propósito, el cual consiste en tener prevenida la guardia del alcázar, y que en

vez de ayudar á los conjurados, los acometa sin compasion y los destroce sin dejar uno solo á vida.—¿Qué os parece, señor, mi pensamiento? preguntó el conde con una entonacion en que se revelaba el amor propio lisonjeado por aquella ingeniosa ocurrencia, de la cual D. Aurelio creia deber felicitarse.

El rey estaba asombrado de lo que oia.

¿Trataba D. Aurelio de prevenir el ánimo del rey contra cualquiera noticia que pudiese recibir respecto á la conjuracion en que habia tomado parte? ¿Era que realmente se habia desvelado por servir á D. Fruela?

¿Era aquella la prueba mas irrefragable de amistad, de adhesion, de afecto sincero y profundo? ¿Era por el contrario el colmo de la mala fé, de la astucia y de la audacia?

El rey en aquella ocasion, mas que en ninguna otra de su vida, se hallaba atormentado por la duda mas horrible.

Su larga costumbre de recelar de todo el mundo, su sistema, su carácter, en fin, le impulsaban á juzgar al conde por el aspecto mas odioso y repugnante; pero su afecto, su amistad, su corazon, en fin, por el contrario, le impulsaban á juzgar al conde con benevolencia.

Vacilando entre tan contrarios sentimientos, el rey sufria un martirio horroroso.

La resolucion de aquella duda en el ánimo del rey era de mucha importancia para D. Aurelio, pues su vida ó su muerte dependia de la opinion definitiva que adoptase D. Fruela, respecto á considerar al conde leal ó traidor.

Al fin, en esta lucha venció como era natural el carácter receloso del rey, y justo es decir que si en alguna ocasion pudiera tener disculpa el esceso de desconfianza y prevision que constituye la suspicacia, si alguna vez, repetimos, puede tener disculpa, fué en aquella ocasion, única tal vez en la vida del rey en que este sospechó con verdad, con fundamento.

D. Fruela, despues de haber clavado una mirada penetrante en D. Aurelio, reconoció que en su mirada habia algo de pérfido y rencoroso.

No se atrevió el rey, sin embargo, á manifestar entonces toda su desconfianza. Hasta cierto punto D. Fruela casi desea-

ba equivocarse, y que el conde á sus ojos apareciese justificado y merecedor de su afecto.

—¿Y cuándo piensan dar el golpe? preguntó el rey.

—Probablemente, pasado mañana.

—¿Y crees que podremos triunfar de nuestros enemigos?

—Ni por un momento debeis dudarlo.

Estas palabras fueron pronunciadas por el conde con tan íntima conviccion que dejaron de nuevo desconcertado al rey, el cual comenzó á medir la estancia á grandes pasos, abrumado por ese amargo pesar que la duda produce en el corazon y en la mente.

—¡Dios del cielo y de la tierra! murmuraba á la vez con ira y tristeza. ¡Tened compasion de mí! ¿No he de tener ni un solo amigo? ¿No habrá un corazon sobre la tierra que palpite por mí con amor, con amistad?... ¡Oh duda! No tortures mas mi alma... Yo no quisiera ser víctima de una horrible perfidia; pero... ¡y si bárbaramente sacrifico á mi venganza á mi único amigo!... ¡Qué horror!... ¡Dios mio! Dadme una señal para que yo distinga la verdad de la mentira; pero ¡ay! el alma humana es un abismo impenetrable...

El desdichado monarca en aquel momento se hallaba profundamente conmovido; por último, despues de sus vacilaciones se arrojó en los brazos del conde, esclamando con la mas tierna efusion:

—¡Perdona, mi querido Aurelio, perdona mi desconfianza!

—¿Habeis dudado de mí, señor? ¡Cuán desgraciado soy!

—Sí, conde, he dudado, te lo confieso francamente, pero en ciertas ocasiones las apariencias son tan engañosas, que el hombre mas sesudo puede estraviarse en sus juicios. Te lo repito, Aurelio, perdona el que te haya considerado como á un traidor. Yo he tomado por una infame perfidia lo que en tí era un refinamiento de astucia y destreza para servirme con mas acierto, para velar por mi trono y por mi vida... Ya no quiero guardar reserva contigo; ya no mereces que yo te trate con doblez; voy á revelarte ahora mismo un secreto que tú ignoras, y que nunca habrias podido sospechar. Yo he asistido, yo

he tenido paciencia para asistir ¡admírate! á la reunion que han celebrado en Oviedo los conjurados.

—¡Es posible! esclamó el astuto conde con una sorpresa perfectamente fingida.

Inútil parece decir que el hombre con quien el rey habia tropezado de manos á boca, como vulgarmente se dice, al salir de la casa donde se habian reunido los conspiradores, no era otro que el conde D. Aurelio, y este habia conocido perfectamente al rey en el aire del cuerpo.

Al pronto el infame cortesano quedóse estupefacto, y temeroso de la cruel venganza que sin duda el rey tomaria por haberle encontrado entre sus enemigos; adoptó el medio que acabamos de ver, es decir, presentarse á D. Fruela, y hacerle entender que solo el deseo de servirle habia sido la causa de que él se hubiese hallado entre los enemigos de su rey.

El conde, hábil y astuto sobremanera, habia conseguido á las mil maravillas su propósito de desorientar á D. Fruela, quien continuó:

—En aquella reunion te oí hablar en los términos mas duros respecto á mi persona, y por cierto que no te contentaste con eso solo, sino que tambien espusiste los medios mas fáciles de asaltar mi alcázar y quitarme la vida con ayuda de mi propia guardia, que tú te encargabas de sobornar ó seducir...

—No mas, señor, no martiriceis por mas tiempo mi corazon refiriendo esas palabras que me causan horror, y cuya única disculpa solo puede encontrarse en la situacion crítica en que me habia colocado respecto á vuestros enemigos implacables. Yo tenia en aquella ocasion urgente necesidad de manifestarme cruel y agresivo hasta el estremo para con V. A. De otro modo hubieran podido fácilmente sospechar el juego, y todo mi plan se desbarataba. Pero si yo lo sentia, no era por mí solo. ¿Qué me importa la vida, si la pierdo en defensa vuestra? Morir por vos es mi deber, y tambien mi único deseo, siempre que mi muerte, por cruel y violenta que sea, pueda proporcionaros un solo instante de felicidad. A mi vez, señor, os ruego que os digneis perdonarme el lenguage que me vi precisado á usar en tan difíciles circunstancias. Yo mismo ignoro cómo tuve valor

para tanto; pero mi propia admiracion cesa desde el punto que recuerdo que aquel terrible sacrificio era necesario para salvaros de los peligros que os amenazan.

—¡Mi querido Aurelio! esclamó el rey transportado de gozo. ¡Cuánto debo á tu sincera adhesion! ¿Qué habria sido de mí sin tu lealtad y sin tu destreza? Y despues de todos los sacrificios que tan generosa y valientemente te has impuesto por servirme, ¡aun te atreves á rogarme que te perdone! ¡Ah! Tú no sabes, Aurelio, el bálsamo consolador, la felicidad inefable que has esparcido sobre mi alma entristecida con las plausibles esplicaciones que has dado á tus palabras y á tu conducta. ¡Tú no eres mi vasallo, conde, eres mi amigo!

Y así diciendo, el rey tendió sus brazos al pérfido D. Aurelio, en cuyos labios brillaba una sonrisa no de gozo, pero tampoco de tristeza.

Aquella sonrisa diabólica hubiera podido traducirse en algun modo por estas palabras:

—¡«Qué imbécil eres!»

D. Fruela abrigaba la serpiente en su propio seno.

De pronto el rey se apartó de su favorito como asaltado por una idea súbita.

—¿Y por qué no me habias comunicado con anticipacion toda esta trama?

Y el rey clavó una mirada de águila en el conde, cuya respuesta aguardaba como para formar un juicio decisivo en vista de la solucion que D. Aurelio diese á esta dificultad.

Pero D. Fruela se engañaba lastimosamente al pensar que el conde pudiese caer con facilidad en un lazo cualquiera, y mucho mas cuando aquella pregunta no tenia una respuesta tan espinosa como el rey se imaginaba.

D. Aurelio, con indecible aplomo, le contestó:

—Señor, he creido conveniente no alarmar á V. A. sin motivo. Me parece conocer bastante vuestro carácter, y estoy seguro de que una revelacion intempestiva é indiscreta solo hubiera servido para inquietaros y afligiros inútilmente. Podia muy bien suceder, y asi lo temí al principio, que mis noticias no fuesen exactas, en cuyo caso habria despertado en el ánimo

de V. A. sospechas sin fundamento que os hubieran dado motivo para que me reconociéseis por falto de circunspeccion ó de sobrada credulidad. Además, yo abrigaba el convencimiento íntimo de que mi plan era el mas acertado, y me hubiera sido en estremo sensible tener que modificarlo en el caso de no merecer en todas sus partes la aprobacion de V. A. Tal vez haya en todo esto algo de amor propio; pero bien sabeis, señor, que es cosa muy natural que profesemos cierto cariño á los proyectos que nos han costado muchas y sérias meditaciones. Hé aqui, pues, las poderosas razones que he tenido para no comunicar antes á V. A. el secreto de esta horrible conjuracion.

El rey estaba triste y silencioso.

En vez de satisfacerle la respuesta del conde, habia por el contrario despertado mas y mas vivas sus sospechas.

Pero justo es decir que el rey no obraba de esta manera por capricho. ¿Qué razones podia tener para recelar de nuevo de la lealtad del conde, precisamente cuando su espíritu abatido habia respirado por un instante el delicioso aroma que la amistad inspira al corazon?

D. Fruela se habia apartado bruscamente de los brazos de su favorito, porque habia divisado en el suelo un pergamino que acababa de caerse del bolsillo de D. Aurelio.

El rey puso el pie disimuladamente sobre el pergamino, y no sabia qué hacer, si entregar al conde aquel billete con toda lealtad, ó si guardarlo y leerlo.

Vacilaba D. Fruela, y varias veces estúvo á punto de entregar el billete al conde; pero un presentimiento irresistible le obligó á guardar silencio.

Afortunadamente el favorito se despidió del rey por un momento para ir á comunicar, segun dijo, sus órdenes á los hombres de armas, á fin de que estuviesen apercibidos para cualquier lance que pudiera sobrevenir.

—Sí, sí, respondió con viveza el rey; en tales casos conviene vivir muy alerta.

El conde salió, prometiendo volver muy pronto.

D. Fruela aprovechó los momentos, y ciertamente que nunca la casualidad ha venido mas que en aquella ocasion

á influir tan decisivamente en el destino de un hombre.

Con ansia indecible devoró el rey el billete, que decia de esta manera:...

«Hermano, ya no podemos retroceder. No es posible darte esplicaciones. Si nos vieran hablar... El leon acudió disfrazado de cordero á la ciudad. Es necesario mudar el dia, la hora y el sitio. El golpe será hoy, el sitio será aquí, la hora al anochecer.»

Ni seguia firma, ni decia mas la funesta epístola.

Pero el rey habia comprendido perfectamente aquellas palabras siniestras y escritas con cierto simbolismo.

—¡Infame! esclamó D. Fruela guardando el billete. ¡Él sabia sin duda que yo estuve en la reunion de los conjurados! ¡Oh!... Ahora recuerdo que al salir tropecé con él... ¡Me habia conocido!

Y el rey, hondamente afligido por ver desvanecida la confianza que habia puesto en la adhesion del conde, y tambien vivamente ofendido por tan horrible perfidia, comenzó á pasearse por la estancia con los ojos chispeantes y con los puños crispados de furor.

D. Aurelio, despues de haber desvanecido con su infernal astucia las sospechas del rey, no llevaba otro objeto que entregar el lacónico billete á su hermano, á quien habia buscado inútilmente por todo el castillo antes de presentarse á Don Fruela.

Pero la fatalidad, ó mejor dicho la Providencia, que tambien se sirve de los acasos, habia hecho que el conde no encontrase á su hermano, y que se viese en la necesidad de hablar al rey antes de deshacerse del pergamino funesto.

El conde preguntó por D. Claudio á su lugar-teniente de la guardia de D. Fruela; pero aquel le respondió:

—Yo creo que D. Claudio no está en el castillo.

—¡Es posible! ¿Y cómo ha dejado su puesto sabiendo que yo habia de venir necesariamente, y que tenia que hablar con él de asuntos muy importantes?

—Me parece que ha ido á buscaros.

—¿Lo sabeis de fijo?

—No en verdad, pero lo deduzco así de lo que el capitan me dijo esta mañana, pues me anunció que si vos no llegábai pronto al castillo, tendria necesidad de hacer una breve ausencia.

Aquí llegaban el conde y el lugar-teniente de D. Claudio, cuando este se presentó en el confin de la galería.

—¡Hélo allí! esclamó D. Aurelio dirigiéndose rápidamente hácia su hermano, que le dijo:

—¡Vive Dios que pensé que ya no venias! Yo habia resuelto ir á buscarte á la ciudad.

—¿En dónde diablos estabas cuando yo he venido?

—Me habia retirado á lo mas oculto del castillo para tener una conversacion secreta con algunos de vuestros hombres de armas, dijo D. Claudio en voz muy baja.

—Comprendo perfectamente, repuso D. Aurelio, pero no puedo detenerme por mas que quisiera hablárte muy despacio. El rey me aguarda, y además, añadió bajando la voz, las paredes oyen, y por lo tanto, temiendo que tal vez no encontraria ocasion de hablarte á solas, he trazado en un pergamino algunas palabras que, aunque breves, serán sin embargo bastante para que comprendas lo que debe hacerse en el dia de hoy con la rapidez del rayo.

Y así diciendo, el conde echó mano á su bolsillo para buscar el consabido billete; ¿pero cuánta no sería su sorpresa al notar que la peligrosa epístola se le habia perdido?

—¡Ira de Dios! esclamó el conde palideciendo espantosamente.

—¿Qué te sucede, Aurelio?

—¡Que he perdido el billete!

—¿Y qué importa? A bien que hemos tenido ocasion de hablar, y por lo tanto para nada se necesita la carta.

—No me aflijo yo por eso.

—¿Pues por qué?

—Porque si alguien se encuentra el pergamino...

—Supongo que estará escrito con algunas precauciones, y en ese caso nada hay que temer, porque nadie lo entenderá en su verdadero sentido.

—Sin embargo, nunca sobran precauciónes.

—Vamos, tengamos paciencia.

—Es verdad, no tenemos tiempo que perdér.

—Dime lo que ha de hacerse hoy.

Ambos pasearon una mirada inquieta y escrutadora á su alrededor, y convencidos de que nadie podia oirles, cambiaron rápidamente estas palabras:

—El rey lo sabe todo.

—¿Cómo asi?

—Anoche estuvo en la reunion de los conjurados.

—¡Voto al demonio!

—Aunque iba disfrazado, le conocí perfectamente.

—En ese caso, ¿por qué no lo descubriste? No es fácil encontrar otra ocasion mas propicia para asesinarlo.

—¡Ah! Yo no le conocí sino á la puerta cuando saliamos.

—¿Y revelaste nuestro plan respecto á la guardia del alcázar?

—Claro está.

—Entonces hoy nos manda degollar de fijo.

—Yo, sin embargo, he destruido todas las prevenciones que pudiera abrigar contra nosotros.

—¿Y cómo te las has compuesto?

—Haciéndole entender que yo me habia afiliado á los conspiradores con el objeto de saber todos sus designios y prevenir de esté modo la defensa.

—¿Y qué ha dicho el rey?

—Elogiar mi conducta, admirar mi destreza, y agradecer mi lealtad.

—Has dado un golpe verdaderamente maestro.

—Le he revelado tambien, como si yo ignorase que él lo sabia todo, que el asalto del alcázar deberá tener lugar pasado mañana en las altas horas de la noche.

—Muy mal hecho.

—¿Por qué?

—Porque si está preparado, nos será imposible realizar nuestros intentos.

—Para todo hay remedio.

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora mismo voy á despedirme del rey; en seguida me marcho á Oviedo, y manifestaré á los conjurados que el sitio y la ocasion de dar el golpe es hoy, en este castillo, al anochecer.

—Muy bien pensado; pero se me ocurre una observacion.

—¿Cuál?

—¿Para qué necesitamos á la gente de Oviedo? ¿No podemos matarlo ahora mismo?

El conde permaneció algunos momentos meditabundo.

—Es preciso pensar en todo, dijo al fin. No debemos nosotros solos cargar con la responsabilidad de un acto semejante, pues casi estoy seguro de que luego los mismos conjurados habian de castigarnos. Además, no creo que nos deben inspirar mucha confianza los hombres de armas que están bajo tu mando, los cuales de fijo se pondrán en contra del rey desde el momento en que vean que les son muy superiores en número y en decision las gentes de los conjurados. Por otra parte, es muy peligroso que nosotros personalmente acometamos tamaña empresa. Él es valiente y vigoroso como un gigante, y además lleva siempre vestida una cota de malla, y por lo tanto no es tan fácil como tú piensas rematar tan pronto con el leon. Añade á esto que puede pedir socorro, que los hombres de armas pueden ponerse de parte suya, y en fin, que cualquier imprudencia ó cualquiera circunstancia imprevista puede perdernos irremisiblemente.

—¿Y cómo no has dado aviso de todo á los conjurados antes de venir al castillo?

—Por lo que pudiera ocurrir, le comuniqué parte de mi proyecto á D. Sancho Silo Ruiz; pero no pudiendo resolver nada definitivamente sin haber hablado contigo, y sin saber lo que el rey habia determinado en vista de la escena que presenció anoche, hemos convenido en que á mi regreso se adoptará la resolucion mas conveniente y oportuna; pero adios, que nos hemos detenido demasiado.

—Pues hasta el anochecer.

Separáronse los dos hermanos, y en seguida el conde se dirigió á la cámara del rey.

D. Aurelio iba pensando para sí con regocijo:

—«¡El rey es un imbécil! ¡Yo ejerzo sobre él una influencia portentosa!»

Pero de pronto el conde se estremeció al ver el semblante desencajado y terrible del monarca.

—¿Qué habrá sucedido? pensó D. Aurelio, el cual hizo un movimiento que significaba:—«¡Bah! Ya estoy acostumbrado á dominarte; de seguro le ha ocurrido alguna nueva sospecha.»

El rey, por mas que su rostro espresase gran descontento, permaneció taciturno y paseándose por la estancia, si bien de vez en cuando lanzaba al conde una mirada oblicua, rápida y siniestra, como el relámpago que precede á la tempestad.

Durante largo rato reinó en la cámara un silencio sepulcral. El conde continuaba inmóvil y de pie, mientras que Don Fruela continuaba agitado y paseándose con el ademan violento y desatentado del tigre, que iracundo se revuelve en su jaula.

Al fin el conde se atrevió á romper aquel silencio prolongado.

—¿Me permitirá V. A. que le pregunte la causa de tan repentino enojo? ¿Habeis recibido tal vez alguna mala noticia?

—Ciertamente que así ha sucedido.

—¿Supongo que tales noticias tendrán sin duda relacion con el golpe que nos amenaza?

—Sin duda.

Esta respuesta picó nuevamente la ansiedad del conde, que insistió:

—V. A. me dispensará que me tome tanto interés en este asunto, que es para nosotros cuestion de vida ó muerte. Ahora bien, en vista de las nuevas que habeis recibido, ¿creeis que convenga hacer alguna modificacion en el plan defensivo que teniamos combinado?

—Así lo creo.

—Yo tengo necesidad de partir inmediatamente para Oviedo, por cuya razon ruego encarecidamente á V. A. se sirva darme cuanto antes sus órdenes.

—Aguárdate algunos momentos.

—¿Tal vez nos amenazan nuevos peligros?

El rey no respondió á varias preguntas que le dirigia el conde.

Al fin D. Fruela consiguió serenar algun tanto su espíritu y su rostro, y deteniéndose delante de D. Aurelio, dijo:

—Lo conozco, á pesar de tu refinada hipocresía.

—¿Qué conoceis, señor? repuso el conde no poco desconcertado.

—Conozco, Aurelio, que me tienes odio.

—Me parece, señor, que os he dado repetidas pruebas de lo contrario.

—¿Lo crees así?

—Señor...

—¿Crees tú que eres muy astuto y muy previsor?

—Sin duda que lo soy siempre que se trata del mejor servicio de V. A.

—¡Muy bien! esclamó el rey con irónica sonrisa. Veo que tambien eres muy audaz, Aurelio.

El conde se estremeció al oir la entonacion siniestramente sorda y reconcentrada de las palabras del rey, que añadió:

—Siempre te he tratado con cariño, y jamás, fuera de una ocasion, recuerdo haberte contrariado.

—¿Y qué ocasion fué esa?

—¿La has olvidado ya?

—Ignoro completamente de lo que V. A. quiere hablarme.

—Pues yo te lo diré.

Y D. Fruela guardó silencio con la actitud de un hombre que recuerda sucesos pasados.

Luego, dando una mirada amenazadora en el conde, le dijo:

—Hace algunos años que gané una gran batalla é hicimos muchos esclavos, entre los cuales tambien se hallaban algunas hermosisimas mujeres, y entre otras la hija del Duc Eudo, á quien tú, segun decias, adorabas con toda tu alma. Fué sin duda una desgracia para tí el que yo eligiese para mi esposa á la bella esclava, pero en esta eleccion, por mas que te hiciera padecer, no tuve yo la intencion de ofenderte ni afligirte. No, y

mil veces no, Aurelio; pero tú no has olvidado nunca aquella ofensa, supuesto que por tal la tomaste. Desde entonces has ocultado en lo mas recóndito de tu alma el rencor que me tenias, y has intentado vengarte...

—¡Señor, señor! interrumpió el conde con fingida afliccion. No penseis tan mal del mas fiel de vuestros vasallos. Es cierto que yo amaba á Doña Munia, y que ella era el único premio que yo deseaba del botin arrebatado á los enemigos; pero desde el momento en que V. A. manifestó su voluntad, yo la respeté como debia, y como siempre he respetado los deseos de mi rey...

—Déjame que continúe.

El conde se cruzó de brazos con un ademan de resignacion, mientras que el rey, cada vez mas sombrío y amenazador, dijo anudando su interrumpido discurso:

—Has intentado vengarte, Aurelio, porque tú crees que yo he sido el autor de tu desdicha, pues la vida para ti es una carga pesada sin el amor de Doña Munia, pero...

D. Fruela se interrumpió bruscamente.

El conde apretaba con mano convulsa la empuñadura de su espada.

—Pero has tomado muy mal tus medidas, continuó el rey.

—Señor, no comprendo lo que me quereis decir, respondió el conde esforzándose por aparecer tranquilo.

—¿No trataste de robar á Doña Munia de la prision? preguntó de pronto D. Fruela.

Este tiro disparado á quema ropa desconcertó completamente á D. Aurelio.

—¿Qué es eso? ¿Por qué palideces?

—De indignacion.

—¿Tanto te incomoda la verdad?

—Conozco que he sido víctima de una calumnia infame.

—¿Es falso por ventura que deseabas que Rodrigo suministrase un narcótico á Doña Munia, y que la condujese á uno de tus castillos? ¿Es falso tambien que le dijiste que yo debia ignorar ésto completamente? ¿Es falso por ventura que en vez de envenenarla, tu intento era aparecer como su libertador,

y gozar por este medio de sus amores, deshonrándome? ¿No es tambien cierto que varias veces le hiciste á la reina proposiciones infames, que ella rechazó con la indignacion que se merecian?

—Todo eso es falso, señor.

—¿Cómo te atreves á negarlo? ¡Eres un miserable!

—¿Quién ha podido decir á V. A. tantas infamias, tan ruines calumnias, tratándose de mi persona? Os han engañado lastimosamente.

—¡Me han engañado!

—Sí señor.

D. Fruela se dirigió á la puerta del gabinete en que se hallaban el abad y el siervo Rodrigo.

—¡Salid! dijo.

—¿Qué mandais, señor? respondieron presentándose á la vez en la estancia el siervo y el abad.

Un rayo que hubiera caido sobre el castillo de Samos no hubiera aterrado tanto al conde como la repentina aparicion del siervo, á quien habia elegido por confidente para llevar á cabo su proyecto, que, al parecer, se habia desvanecido por la muerte de Doña Munia.

—Rodrigo, refiere todo lo que este hombre te dijo en la prision de la reina, dijo D. Fruela.

El siervo obedeció la órden del rey.

Varias veces intentó el conde interrumpir aquel relato; pero el rey, con la espada desnuda, amenazó con la muerte al infame favorito, si no callaba hasta que Rodrigo acabase.

D. Aurelio se vió cogido tan imprevistamente en aquel lazo, que no supo qué responder.

Aturdido por la violencia de tan inesperado golpe, se arrojó á las plantas del rey, y comenzó á implorar su perdon.

—No mereces que te perdone, esclamó D. Fruela riendo de una manera espantosa. Así, de rodillas, así estás muy bien. Esa es la actitud que conviene á un reo sentenciado á muerte.

—Señor, mi objeto era libertaros de que cometiéseis un crimen horroroso.

—¡Vive Dios! Siempre encuentra tu astucia buenos recursos, que por mucho tiempo me han engañado; pero ahora te juro por el alma de mi padre que no me seducirán tus ingeniosos subterfugios.

—Si acaso os ofendí en el hecho, si acaso os desagradó esta libertad que me tomé de evitaros la responsabilidad de un gran crímen á los ojos de Dios y de los hombres, perdonad, señor; perdonad al menos mis buenas intenciones.

—¡Calla, pérfido, serpiente!

—Os digo la verdad, señor.

Al oir tales palabras, el rey prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Luego dijo con la mas sangrienta ironía:

—¡Tus buenas intenciones!... Vamos, quiero dar crédito á tus palabras respecto á esta cuestion; pero vamos ahora á tratar de otra mas importante todavía.

El conde comenzó á respirar el ambiente de la esperanza.

El rey continuó:

—Vas á ver, mi queridísimo Aurelio, hasta qué punto estoy convencido de tus buenas intenciones hácia mi persona. Respóndeme á lo que te pregunte. ¿No es cierto que el leon ha estado cubierto con la piel del cordero en la ciudad?

—Yo ignoro...

—¿No es verdad que es imposible retroceder?

—¿Qué estais diciendo, señor?

—¿No es cierto que es necesario mudar el dia, la hora y el sitio?

—¡Señor!...

—¿No es verdad que habeis convenido en que el golpe será hoy, el sitio aquí, la hora al anochecer? ¿No es verdad, mi querido Aurelio, que en todo esto hay la mejor intencion?

—¡Yo no os entiendo!

—¡Toma y lée! esclamó D. Fruela, entregando al conde el billete fatal.

—¡Maldicion! ¡Maldicion! esclamó D. Aurelio en el colmo de la mas desesperada rabia.

El rey contemplaba á su favorito con una risa diabólica.

El conde, comprendiendo que estaba perdido irremisiblemente, y que en aquella ocasion debia jugar el todo por el todo, se levantó como impelido por un resorte, desenvainó valerosamente su espada, encaminóse con la rapidez de un gamo hácia la puerta, y comenzó á gritar desaforadamente:

—¡Claudio! ¡A mí, Claudio, á mí!

Y volviéndose hácia el rey con el semblante que respiraba ira y venganza y rencor implacable, dijo con voz ronca y reconcentrada por la cólera:

—¡Ahora veremos quién vence!

El abad y el siervo contemplaban atónitos aquella escena borrascosa, y que nunca hubieran podido esperar; pero instantáneamente ambos se colocaron al lado del rey como para protegerle contra los traidores.

D. Fruela comprendió perfectamente que era grave el peligro en que se encontraba, supuesto que D. Claudio y los hombres de armas de su guardia estaban todos vendidos al pérfido D. Aurelio.

Rodrigo se abalanzó á una espada que habia en uno de los sitiales de la estancia, y se dispuso á morir matando al lado del rey.

El abad, imposibilitado por sus años y por su ministerio de derramar sangre humana, se postró de hinojos, estendió los brazos en cruz, y se puso á orar fervientemente.

El rey dirigióse al balcon, abrió la puerta y se asomó agitando su acero desnudo. Esta era la señal convenida para que acudiesen al punto los ginetes del caballero de las Almas.

Mientras que D. Fruela se habia vuelto para abrir la puerta del balcon, el aleve conde acometió al rey por la espalda con la rapidez del rayo, y seguramente habria sido víctima de aquella cobarde y traidora acometida, si Rodrigo no hubiese gritado oportunamente:

—¡Guardaos, señor, guardaos!

El rey volvió la cabeza á tiempo de parar el furibundo golpe que el infame D. Aurelio le asestaba, trabándose entre ambos un combate á muerte.

A la sazon se hallaba D. Claudio comunicando una órden al

alcaide del castillo, que tambien habia entrado en la conjuracion contra D. Fruela.

—¿Y vendrán de Oviedo gentes de armas? preguntaba el alcaide?

—Seguramente; y hé aquí por qué os advierto que si vienen echeis al punto el puente para que entren en el castillo, decia D. Claudio.

—Me alegro mucho de saberlo, pues de otro modo, sin saber que eran nuestros aliados, no les hubiese permitido la entrada; pero... ¿qué ruido es ese?

—¡Suena en la cámara real!

—Me parece que os llaman por vuestro nombre.

—¡Es mi hermano!... ¡Adios!... ¡que no olvideis mis órdenes!... ¡tal vez ha llegado la hora!...

D. Claudio, seguido de sus hombres de armas, presentóse en la estancia del rey, que se defendia valerosamente de los ataques del conde.

Entonces D. Fruela se retrajo hácia la pared resguardando contra ella la espalda, y recibiendo frente á frente la vigorosa y múltiple acometida de sus numerosos adversarios.

El rostro del rey estaba ensangrentado, porque tenia la cabeza descubierta y D. Aurelio le habia acertado á dar una furiosa cuchillada.

El fiel Rodrigo habia caido traspasado de heridas á los pies de D. Fruela.

Algunos momentos mas de lucha, el cansancio y la pérdida de la sangre hubieran hecho materialmente imposible la defensa del rey, el cual, sin embargo, combatió con el furibundo brio de la desesperacion.

—¡Ahora veremos quién vence! repetia sin cesar el conde, acosando cada vez mas á D. Fruela.

—¡Miserable! gritaba D. Claudio. ¡Hoy pagarás todos tus crímenes!

A duras penas podia ya defenderse el rey; toda su esperanza estaba ya reducida totalmente á prolongar algunos instantes su agonía.

El anciano abad rogaba por los que caian exánimes.

Luego comenzó á reprender y á increpar severamente á los

hombres de armas de la guardia, que con tanta deslealtad y villanía se olvidaban de sus deberes, acercando los aceros contra la misma persona del rey, que estaban obligados á defender hasta el último trance.

Estas reconvenciónes produjeron su efecto.

Muchos de los hombres de armas permanecieron inmóviles, presenciando indiferentes la contienda, y algunos llegaron hasta el estremo de ponerse al lado del rey para defenderle.

Sin embargo, el peligro de D. Fruela era inminentísimo. D. Aurelio y su hermano redoblaban sus ataques, cada vez mas furiosos. De repente se oyó un ruido formidable en el castillo.

Aquel estruendo llenó de júbilo á los dos hermanos implacables.

—¡Los conjurados! esclamó el conde.

—Ellos son sin duda, repuso gozoso D. Claudio.

Estas palabras cayeron como una losa sepulcral sobre el corazon de D. Fruela, que conoció la posibilidad de que fuese todo como decian y deseaban sus adversarios.

Súbito inundóse el salon de hombres armados.

El rey suspiró con amargura.

El conde y su hermano cambiaron una mirada de alegria y una sonrisa de triunfo.

Pero aquel gozo prematuro debia trocarse muy pronto en angustia mortal y en vergonzosa humillacion.

El que venia á la cabeza de los guerreros recien llegados era el caballero de las Almas.

—¡Oh! esclamó el rey. ¡Bien sabia yo que no me abandonarias!

A los primeros encuentros cayeron exánimes muchos de los hombres de armas de la guardia.

El salon estaba hecho un lago de sangre.

—No mates á esos hombres, dijo D. Fruela señalando al conde y á su hermano: ¡prendedlos!

A una señal del caballero de las Almas varios de los suyos se precipitaron sobre los traidores, que al punto fueron desarmados y conducidos á una prision.

El rey se proponia sin duda hacer un público y terrible escarmiento con los traidores.

CAPITULO XXXI.

Donde se refieren grandes sucesos acaecidos en Villanueva.

SONABA ruido de fiesta en el castillo de Villanueva.

En el salon principal veíanse algunas damas y caballeros lujosamente ataviados, y que se entregaban al encanto voluptuoso de la danza al compás de los bandolines hábilmente tañidos por algunos trovadores.

La fama de aquella fiesta se habia estendido muy lejos á la redonda. Heraldos y gritadores por las villas y castillos del contorno habian anunciado las nupcias de la gentil Adosinda con el poderoso duque.

Vinieron allí juglares y bufones con abigarradas ropas, gente de malicia y chiste, y que de ordinario pertenecian al mal linage judáico ú moruno.

Tambien acudieron trovadores peregrinantes que eran de buena casta de cristianos, y que cantaban sin cesar al son de sus bandolas los belicosos lances acaecidos entre los nobles paladines de la Cruz y los tostados mantenedores del Koran.

Señaláronse premios de dijes y preseas para los que se aventajasen en los juegos, en decir agudezas y en el tañer y cantar.

Los pages y servidores del opulento señor del castillo decian con aire vanidoso, y aseguraban en Dios y en su conciencia á la gente allegadiza, que el señor habia gastado para aquellas bodas, por lo menos, los caudales de un tesoro.

Entre los trovadores que habian acudido hallábase uno de tan gentil talante, que á todos admiraba su gallardía.

Los negros ojos del bello trovador no se apartaban un punto de la hermosa hija del señor del castillo.

Pero nadie, al parecer, reparaba en la vehemente aficion que al jóven inspiraba la doncella.

Ya el Preste habia bendecido la union de Doña Adosinda y del duque en la capilla del castillo.

Gozoso estaba el duque, y en sus megillas de fuego y en sus ojos amorosos se leian las próximas felicidades de un amor desdeñado, y por último correspondido.

Triste estaba la doncella, y en sus megillas cubiertas de mortal palidez, y en sus ojos arrasados en lágrimas, podia leerse el inmenso sacrificio que hacia la jóven al dar su mano de esposa al de Aquitania.

Sentados á la mesa se hallaban el conde, varios caballeros y algunas damas.

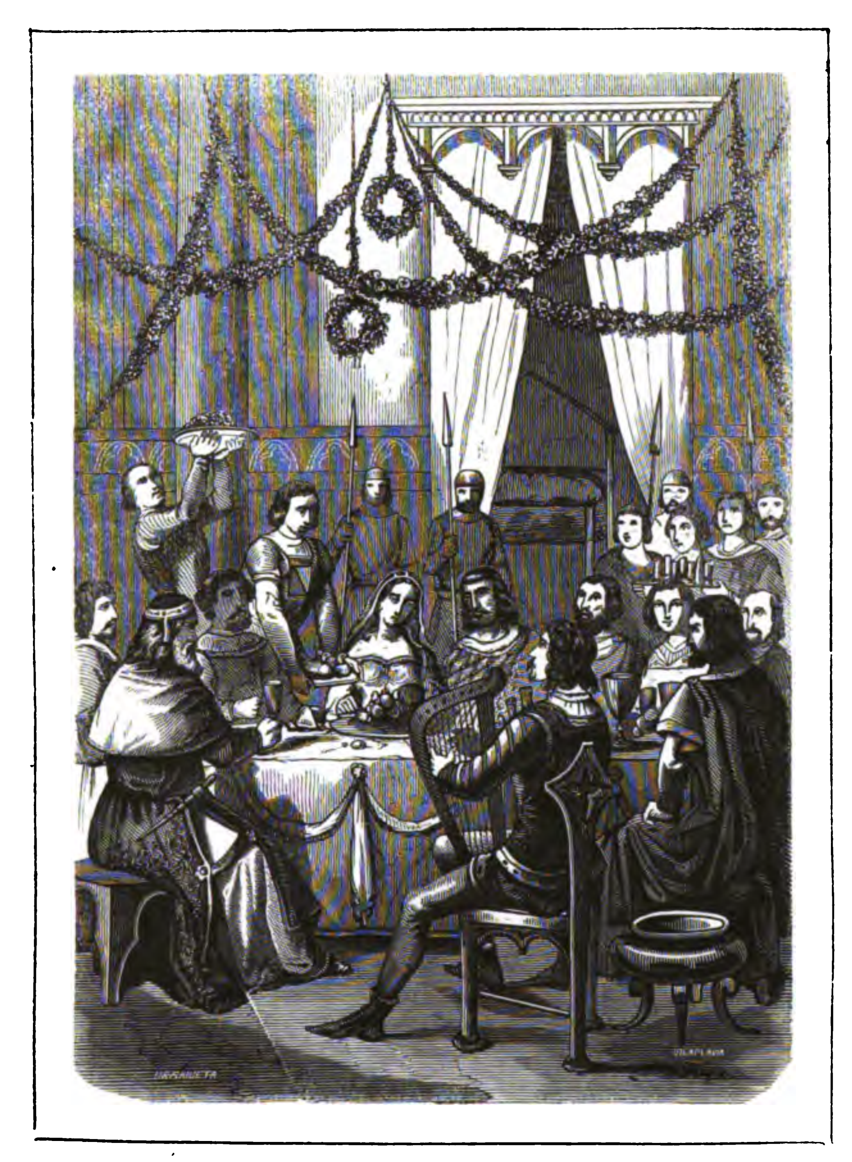
Y en tanto que el maestresala, segun la ceremonia de su oficio, gustaba el primero con gracia y galantería todos los manjares por temor del veneno, los trovadores cantaban unas veces en coro, y otras aparte cada uno.

Por aquella época la imaginacion oriental habia esparcido en el Occidente sus cuentos, sus trovas y leyendas, cuyo colorido mágico aun conserva la tradicion popular en las gustosas consejas de nuestra España.

Fijos los negros y ardientes ojos en la bella desposada, el gentil trovador cantó de esta manera:

El penado caballero
Que avizoró la su dama
En un boscage sombrío
De malandrines robada.
Abruciado de querencia
Se dispone á defensarla
Conhortando á las sus gentes
Que lidiaren con pujanza.
É lidiaron cual leones
Por acorrer á la dama:
Cobraron á la ponzella,
Si cativa, ya librada.

Lám. 12.



Fijos los negros y ardientes ojos en la bella desposada, el gentil trovador cantó de esta manera.

Dolzes ojos de colomba
Resplandecian en su cara,
Fasta las fieras del monte
Al su mirar se homillavan.
¡Ay cuán polido es su garbo!
¡Cuán su persona gallarda!
¡Cuán gracioso su adeliño
Y cuán discreta su fabla!
El penado caballero
A la ponzella falaga,
Et vio cedo las sus coitas
Se trocar en esperanzas.

Aquí calló el trovador, exhalando un profundo suspiro.

A todos los circunstantes agradó sobremanera la destreza en el canto del mancebo.

Pero sobre toda ponderacion habia despertado el trovador el interés de Adosinda.

La letra de aquel cantar parecia referir su propia aventura, cuando fué rescatada por el señor de la casa de los Eços de manos de los que ella habia creido sus raptores, es decir, que los habia juzgado agenos á la accion y mandatos de Fulgencio.

Adosinda no apartaba un punto los ojos del hábil trovador, que rogado por los circunstantes, y mas particulármente por la bella desposada, otra vez comenzó á cantar de esta manera:

¡Torna esos ojos
A mí, por Dios!
Fuye el periglo,
Venze el tu error,
Non mas acoites
Mi corazon.
Que yo homildoso
Te dí mi amor,
É agora zelos
Son mi dolor.

La sepoltura
Con su fedor
Será el mi lecho,

Lecho de amor,
Si non te coidas
Del trovador.
Que yo homildoso, etc.

Non fagas cuenta
Del tu opresor,
La mi tristura
Trueca en dulzor,
Que el que te adora
Ese soy yo.
Que yo homildoso
Te dí mi amor,
É agora zelos
Son mi dolor.

A todos pareció muy bien el cantar del trovador, pero nadie como Adosinda se fijó en la letra, que á ella parecia encaminada.

Tambien algunas damas alabaron como se merecia la gentileza y habilidad del cantor.

Pero los caballeros no se fijaron gran cosa en el mancebo.

En cambio Adosinda esperimentaba con febril vehemencia el deseo de saber quién fuese aquel cantor que tan á fondo parecia conocer su historia..

No queria dar crédito á los presentimientos de su corazon, que en voz muy alta le anunciaban que aquel era Fulgencio, por mas que estuviese tan disfrazado que nadie pudiera reconocerle.

— ¡ Imposible ! murmuraba Adosinda, presa de la mas cruel inquietud. No... no es él... se hubiera presentado sin disfraz, pues siempre ha quedado muy su amigo... ¡Es una ilusion de mi deseo ! Yo no puedo olvidarle... ¡qué adversa suerte la mia!...

Al pensar en el infante, la encantadora Adosinda llevóse precipitadamente las manos al corazon. Habia sentido como si le hubieran atravesado el pecho con un puñal. Palideció espantosamente, y las personas que estaban junto á ella acudieron á sostenerla, porque perdió completamente el sentido.

Aquel lance perturbó en algun modo la alegría de la fiesta;

pero muy pronto Adosinda tornó en sí, apresurándose á manifestar á su padre y demás convidados que habiéndole pasado aquel desmayo sentíase bastante bien, aunque algo débil.

Y la jóven, como para probar la verdad de lo que decia, comenzó á sonreirse y á dirigir á su padre cariñosas palabras.

El duque, vivamente afectado por el pasagero desvanecimiento de su bella esposa, volvió á recobrar su primitiva calma y su inefable júbilo, cuando aquella le aseguró que se hallaba perfectamente restablecida.

La fiesta y el banquete volvieron á su primitiva animacion; los trovadores volvieron á entonar sus cántigas, y el júbilo se hizo general, de modo que cualquiera hubiese creido que hasta la misma Adosinda hallábase arrebatada de gozo.

Pero ¡ay! la desdichada hija de D. Zuria sufria en aquellos instantes el tormento mas cruel que puede esperimentar el corazon humano, el tormento que por su propia inmensidad propende á manifestarse á la vez que por un complicado concurso de circunstancias funestas se ve obligado á devorar en silencio el corazon. El semblante de Adosinda, en apariencia risueño y tranquilo, ocultaba el llanto y la agitacion mas profundamente dolorosa.

Máquinalmente asistia á aquel festejo, cuya causa principal era ella; mas no la podian conmover ni los juegos y chistes de los juglares, ni los ecos melodiosos de los bandolines, ni los amorosos cantares de los trovadores.

Con mirada indiferente contemplaba aquel festin, mucho mas horroroso para ella que la fúnebre ceremonia de un entierro.

La infeliz desposada tendió en vano sus ojos por el salon para examinar de nuevo al gallardo trovador cuya presencia en tan alto grado escitára su curiosidad é interés.

El trovador misterioso habia desaparecido tambien misteriosamente; nadie sabia su paradero, ni tampoco nadie le habia visto entrar ni salir.

Poco á poco Adosinda se fué tranquilizando, hasta el punto de creer que eran ensueños de su imaginacion los comentarios y sospechas que habian despertado en su mente las trovas del

mancebo, atribuyendo á la casualidad la especie de intencion que ella habia creido distinguir en las tales cántigas.

Al fin se aferró á este pensamiento, como el náufrago se aferra á la tabla salvadora. La desdichada conocia que de no hacerlo así hubiera perdido el juicio; y una especie de instinto de conservacion no respecto á lo físico, sino á lo moral, la impulsaba poderosamente á que con todas sus fuerzas procurase desechar los presentimientos é ilusiones que acaso su misma imaginacion se forjaba.

El trovador, sin embargo, se hallaba en una oscura galería del castillo, hablando atropelladamente con un hombre.

—¿Cumplirás tu palabra? decia el trovador.

—Ya debíais saber, señor, por esperiencia, que cumplo lo que prometo.

—¿Crees que lo advertirán?

—Estoy seguro de que nadie caerá en ello.

—Si cumples tu palabra te daré un tesoro, si faltas á ella te mandaré degollar.

—La eleccion no es dudosa, señor.

—Hasta luego.

Y el trovador perdióse en los estensos tránsitos del castillo.

El otro interlocutor entróse al punto en el salon del banquete. Allí su presencia era sin duda muy necesaria.

Así lo comprenderá el lector cuando sepa que el personage á quien hemos visto departir con el trovador era el maestresala de D. Zuria.

Numerosos servidores asistian á la espléndida mesa, y aun cuando el maestresala, segun sus funciones, no estaba rigorosamente obligado á servir los manjares, sino á gustarlos, no por eso dejó de servir aquella noche al novio como por via de predileccion obsequiosa.

El servicio del maestresala fué, sin embargo, muy leve, pues se limitó únicamente á escanciar al duque el agua y el vino.

Indudablemente el maestresala tenia muchísimo interés en observar todos los movimientos del de Aquitania, que agradeció con una benévola sonrisa la oficiosa solicitud del escanciador.

A su vez el maestresala sonrióse tambien de una manera singular, cuando observó que el duque habia hecho honor al agua y al vino que le sirviera.

La celebridad de las nupcias, es decir, el banquete, los juegos y la música, se prolongaron hasta ya muy avanzada la noche.

Como acaece en tales casos, tambien los servidores del castillo se regalaban aquella noche con una opípara cena.

Y en verdad que era muy de ver la gozosa gastronomía y la charla sempiterna que escuderos y hombres de armas desplegaban en el tinelo.

Allí se encontraban dos de nuestros antiguos conocidos, que ciertamente no eran de los que menos comian, bebian y charlaban.

Fácilmente se comprenderá que hablamos de los perínclitos escuderos Ordoño y Bermudo, los antiguos encargados de custodiar á Adosinda cuando se hallaba prisionera en la torre de las Animas.

El buen Ordoño, narrador inagotable, era sin embargo bebedor mas incansable todavía. Es cierto que su locuacidad para referir consejas estaba en razon combinada con el número de tazas de vino que trasegaba entre espalda y pecho. Por lo tanto parece inútil decir que aquella noche Ordoño estaba elocuentísimo, ó lo que es igual, que aquella noche Ordoño habia hecho frecuentes y abundantes livaciones á Baco.

Pero Bermudo estaba tan tenazmente silencioso cuanto imperturbablemente parlanchin estaba su compañero.

—A fé, Bermudo, que esta noche estás mas callado que una almena. ¡Qué demonios! Echa buenos tragos y verás como el vino ahoga la murria. Escucha estas palabras, que son muy verdaderas. Oye, Bermudo, apréndete de memoria este refrancillo: «No hay mejor quita pesares, que el mosto de los lagares.» ¿Qué tal? ¿digo bien, ó digo mal?

Y á vueltas de tan peregrinas razones, el buen escudero empinaba el codo con una fruicion y contentamiento mas fácil de comprender que de esplicar.

—¡Bebe, hombre, y alégrate! añadió Ordoño saboreando el último trago. ¡Estás como lelo! ¿En qué piensas?

—¡Ay! me estoy acordando del pobre Flavino, dijo Bermudo.

Ordoño hizo un gesto de dolor, y permaneció silencioso algunos momentos.

Pero muy pronto desechó su tristeza, pues era casi imposible que Ordoño estuviese cinco minutos sériamente afligido, con tal que tuviese al lado una taza de buen mosto.

—¿Y cómo ha de ser? ¡Paciencia! esclamó Ordoño, que en realidad habia profesado un afecto sincero á Flavino. Ahora solo debemos pensar en olvidar lo pasado, y en celebrar la felicidad presente de nuestra ilustre señora Doña Adosinda.

—¡No está mala felicidad! murmuró entre dientes Bermudo.

—¿Qué estás diciendo? A fé que pareces un sabueso cuando gruñe al descubrir la presa. ¡Qué diablos! ¿Por qué te afliges precisamente esta noche? Mas vale estar aqui en el tinelo devorando perdices y humedeciendo el pasapan con buenos tragos de lo mas añejo, que no estar habitando en la maldita casa del Silo contigua á la torre de las Animas.

—¡Pobre Flavino! esclamó otra vez Bermudo, siempre con el mismo dolorido acento. ¿Quién le habia de decir que aquella noche que nos referiste la historia de los antiguos señores de la torre, quién le habia de decir al buen Flavino que aquella noche habia de ser la última que habiamos de pasar juntos?

Ordoño y Bermudo habian sabido por los demás servidores de D. Zuria que Flavino se habia escapado de la muerte á que le habia condenado su señor, pero despues ignoraban completamente su paradero, pues la noticia de su trágico fin no habia llegado al castillo de Villanueva.

—En esa maldita torre, dijo Ordoño, se oyen ruidos espantosos á media noche, y nadie me podrá á mi quitar de la cabeza que á Doña Adosinda la robó algun caballero invisible de los muchos que sin duda habitan en esa mansion infernal.

—Yo tambien creo lo mismo, respondió Bermudo.

—Y la prueba mas segura de lo que digo es, que los caballeros que tan valientemente batallaron con los hombres de armas del conde nuestro señor fueron los que robaron á Flavino.

—Los mismos que robaron á Doña Adosinda.

—Pues así como se ha escapado la señora, es muy posible que se haya escapado el escudero; todavía hemos de ver á Flavino aparecer por aquí el dia menos pensado.

—¡Ojalá que así sucediese!

—Mañana mismo voy á dar un paso que nos dará bastante luz para saber á lo que debemos atenernos respecto á la suerte de nuestro buen compañero.

—¿Qué piensas hacer?

—Supuesto que Flavino fué robado por los mismos que se llevaron á Doña Adosinda, esta debe saber lo que ha sido de nuestro amigo.

—¡Es verdad!

—Pues bien, mañana voy á preguntarle á la señora acerca del paradero de Flavino.

—Pues que no te se olvide, Ordoño, practicar esa diligencia.

—Descuida, Bermudo.

—¿Dices que hablan en la torre de las Almas durante la noche? preguntó un page dirigiéndose á Ordoño.

—¡Vaya si hablan!

—¿Tú lo oyes claramente?

—Ya lo creo, como que la sala donde yo duermo está junto á la misma torre.

—¿Y entiendes lo que dicen?

—Ni una palabra.

—¿Cómo así?

—No se oye mas que el murmullo.

—Dicen que habita en la torre un astrólogo, añadió Bermudo.

—Pero todos saben en Villanueva quién es ese astrólogo, repuso el page.

—Por lo menos nadie ignora el nombre que usa, dijo Ordoño.

—Pero el caso es saber si Ben-Alcama es lo que parece.

—Unos dicen que es judío.

—Y otros afirman que es moro.

—Tal vez sea cristiano.

—Tambien dicen algunos que no es astrólogo, sino mágico.

—Yo no veo inconveniente en que Ben-Alcama sea las dos cosas.

—Diz que es un gran personage.

—A lo menos trata con gente muy principal.

—Como que el mismo rey en persona suele venir á visitarle.

—Pues yo en verdad os digo que si fuera el conde D. Zuria, no habia de permitir que ese hombre solo habitase en esa torre. El mejor dia mandaba prender fuego al edificio, y que viniera luego el señor Ben-Alcama con sus astrologías.

—¿Qué sabes tú de esas cosas, pobrete?

—Lo haria como lo digo.

—Sí, pero D. Zuria no querrá hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque el conde es muy amigo de su hechicero Ben-Alcama.

—Y tambien se dice que el astrólogo le ha leido el sino á D. Zuria.

—¿Y de donde habrá venido ese hombre á Villanueva?

—Hace poco tiempo que se presentó aquí por la primera vez.

—¡Qué disparate! Hace ya muchos años que yo lo he visto en la villa.

—En hora buena que haya venido algunas veces, pero la verdad es que nunca ha residido aquí hasta pocos meses hace.

—Pues yo lo que digo es, que los misteriosos habitantes de la torre, cualesquiera que ellos sean ó puedan ser, de seguro miran con malos ojos el casamiento de Doña Adosinda con el duque de Aquitania.

—¿Y en qué te fundas para pensar así?

—En que los habitantes de la torre están dispuestos sin duda á favorecer los amores de Doña Adosinda con el infante Wimarasio, segun podemos creer por los lances ocurridos.

—Quizá tengas razon.

—Estoy convencido de que todavía ha de suceder aquí una desgracia.

—¿Qué quieres decir?

—Que los duendes y los hechiceros son muy poderosos, y que siempre se salen con la suya.

—¿Y qué tenemos con eso?

—¡Qué tenemos! Ahi no es nada. Asi tuviera yo buena fortuna, como tengo seguridad de que todavía se ha de descomponer el matrimonio de Doña Adosinda.

—¡No digas tal!

—¿Estás en tu juicio?

—Allá veremos; pero el corazon me dice que ha de suceder del modo que lo digo.

—¡Cáspita! esclamó uno de los hombres de armas.

—¡Parece que el castillo se derrumba!

—¡Qué trueno tan espantoso!

A los pocos momentos entró un page en el tinelo, todo pálido y azorado.

—¡Rayos del cielo! esclamó.

—¿Qué te pasa? preguntáronle sus compañeros.

—¡Cuerpo de Cristo! En un tris ha estado que un rayo no me haya reducido á cenizas.

—¿En dónde ha caido?

—En el patio, precisamente cuando yo lo atravesaba.

—Efectivamente la noche se ha vuelto muy tempestuosa.

—¿No os lo decia yo? Alguna desdicha amenaza á este castillo. Ya comienza el cielo á manifestar sus iras.

—¿Qué tienen que ver los rayos con los duendes y hechiceros?

—En fin, mas vale que no los nombremos siquiera.

Y como si el cielo sañudo hubiese querido manifestar que el escudero tenia razon, en aquel mismo instante resonó un trueno todavia mas ronco y espantador que el primero.

Ordoño, tan locuaz como era, enmudeció en vista de la terrible tormenta.

Sus compañeros hicieron otro tanto, como temerosos de alguna calamidad si continuaban hablando de las apariciones misteriosas de la torre de las Animas.

En aquella misma hora, no lejos del castillo de D. Zuria, tenia lugar otra escena no menos importante que necesaria para el cabal entendimiento de nuestra verídica historia.

En un recinto húmedo y frio, de figura circular, y opacamente iluminado por la luz vacilante de una lámpara, hallábanse dos hombres de exótico ropage, y que departian con voz y ademanes muy animados.

Aquel recinto subterráneo y lúgubre era el antiguo panteon de la torre de las Animas.

El mas anciano de nuestros personages vestía una ropa talar, su cabeza estaba cubierta por un birrete cónico de color de púrpura, y su luenga barba, mas blanca que la nieve, caia ondeando sobre su pecho.

A pesar de sus años, cuyo número era prodigioso, los ojos del astrólogo nada habian perdido de su espresion y vivacidad. En sus cuencas profundas las pupilas de aquel estraño personage brillaban como dos luces en el interior de una caverna. Este anciano era Ben-Alcama, del cual hemos oido hablar á los escuderos de D. Zuria.

El segundo de nuestros personages era un hermoso jóven que demostraba mucho respeto y deferencia á las palabras del astrólogo, ó del mago, pues de ambas cosas tenia Ben-Alcama grande reputacion.

Ambos se hallaban embebidos en un coloquio que debia ser muy interesante, sobre todo para el mas jóven de los dos interlocutores.

—¡Los dos caísteis heridos y puede decirse que prisioneros en un mismo dia! esclamaba el mancebo. Los dos hermanos teníais sin duda una estrella muy semejante.

—Su sino sin embargo era mas adverso y maléfico, aun cuando el mio ¡infeliz de mí! haya sido tambien asaz infortunado. Ya te he dicho, mi querido Aliatar, que mi hermano, es decir tu abuelo, murió asesinado por las gentes del conde Don Rugiero.

—¡Infeliz! murmuró el jóven devorando las lágrimas que, próximas á correr por sus megillas, se detuvieron, no obstante, en sus párpados, empañando sus negros ojos y dulcificando en

algun modo, y á pesar de sus esfuerzos, la fiereza habitual de su mirada.

Diríase como que el jóven formaba particular empeño en no manifestar síntoma alguno de flaqueza.

Despues de algunos momentos, preguntó:

—¿Porqué no te volviste á tu patria, supuesto que estabas libre?

—Voy á revelarte, mi querido Aliatar, el secreto de mi conducta, y la causa de que despues que la hermosa nazarena murió asesinada por sus hermanos, yo haya vivido siempre en esta tierra valiéndome de mis artes y astucias.

—Te agradezco tu confianza, dijo el mancebo disponiéndose á escuchar la narracion de Ben—Alcama.

—Nuestras estrellas estaban juntas en el oriente; pero ¡ay! en el ocaso eran muy diversas. Ya sabes como la hermosa nazarena, cuyo recuerdo eternamente vivirá en mi memoria, aunque mi larga vida se prolongára cien siglos, ya sabes como me recogió en su casa llevada de su noble corazon, ayudada de una sierva leal, y tambien, y esto es lo mas cierto, impelida por la fuerza incontrastable de su destino, que la obligaba á salvarme, á amarme y á morir tambien por causa mia. Ella, la infeliz Doña Sol, era huérfana y vivia sola á la sazon servida por un antiguo doméstico y por una sierva fiel. El viejo criado cuando llamé á la puerta quiso matarme, arrastrado por el odio que su raza tiene á la nuestra; pero enterada su señora de que era un pobre herido, y que por un prodigio de vigor habia caminado muchas leguas, y que se hallaba próximo á desfallecer de hambre, de cansancio, y por la pérdida de la sangre, la noble dama sintióse conmovida, y mandó á su siervo que me albergase y me suministrára todos los auxilios que mi estado requeria. Ella me salvó, y por las puertas de la piedad y del agradecimiento entró naturalmente el amor apasionado. En casa de aquella dama bienechora estuve dos meses, y ya completamente restablecido, no me atreví á separarme ni un momento del lado de Doña Sol...

El astrólogo se detuvo exhalando profundos suspiros, pero al fin calmóse algun tanto su dolorosa emocion y continuó su relato.

—¿Para qué he de referirte con todos sus desgarradores detalles lo que pensé, lo que sentí en aquellos hermosos dias de mi juventud? Yo, por un funesto y poco envidiable privilegio de la naturaleza, cuento ya mas de ciento doce años, y además hace noventa y dos años que tuvieron lugar todos estos acontecimientos, y sin embargo, mi querido Aliatar, me acuerdo de estos instantes de mi vida como si hubieran pasado ayer, como si ahora mismo estuviesen trascurriendo. Mi vida entera se reconcentra en aquellos instantes, hace noventa y dos años que vivo esclusivamente en aquellos dias que se parecen á una eternidad, en aquellas emociones que se han identificado con mi ser, con mi alma, y que del mismo modo que mi alma y mi ser, nunca, nunca morirán.

—Sin duda es tambien cristiano como yo, murmuró Aliatar.

—La hermosa Doña Sol, continuó Ben-Alcama, tenia dos hermanos que se hallaban ausentes en la guerra; súpose que volvian, y entre mi amada y yo concertamos el modo de vernos en lo sucesivo, supuesto que ya no me era posible permanecer mas tiempo en su casa. Habia cerca un edificio ruinoso, en medio de un yermo, y defendido no solamente por sus asperezas, sino tambien por las siniestras y temerosas tradiciones que acerca de aquel solitario edificio se referian en la comarca. Llamábase aquella mansion la torre del Viejo, y en ella pude con seguridad establecer mi residencia. Allí venia frecuentemente á verme Doña Sol, y durante algun tiempo nadie se apercibió de nuestros amores, velados por las sombras del misterio. Desgraciadamente Doña Sol sintió que abrigaba en su propio seno el fruto de su pasion, y en tan crítico lance temia con harto fundamento el furor de sus hermanos; pero por fortuna durante los primeros meses de su larga inquietud volvió á encenderse de nuevo la guerra, y los hermanos de Doña Sol partieron antes de que hubieran podido advertir el estado de mi amada. En este intermedio Doña Sol dió á luz una hermosa niña en la misma torre en que yo habitaba. La fiel servidora de que te he hablado estaba impuesta en el secreto de nuestros amores, supuesto que muchas veces habia acompañado á su señora hasta mi solitaria vivienda, si bien en muchas ocasiones mi amada

iba sola á verme. Así sucedió la noche terrible en que Doña Sol fué madre. Apenas distaba mi morada una milla de la poblacion, y advirtiendo la sierva que tardaba mucho su señora, receló que le hubiese ocurrido alguna desgracia. Ya era mas de medianoche, cuando resolvió ponerse en camino para la torre del Viejo; pero no atreviéndose á ir sola, comunicó sus temores al antiguo criado, rogándole que la acompañase.

Al llegar aquí, el jóven, que escuchaba atentamente, hizo un movimiento de disgusto, como cuando se recibe una mala noticia ó amenaza un lance peligroso.

El anciano comprendió muy bien este movimiento, y continuó su narracion.

—La sierva, para hacerse acompañar del antiguo doméstico de Doña Sol, tuvo necesidad de referirle la historia de nuestros amores. Es de advertir que el criado solo sabia ó sospechaba que su señora me profesaba algun afecto mientras que yo permanecia en su casa, pero ignoraba completamente que yo estuviese cerca de la poblacion, y tuviese entrevistas con su ama.

—¿Y ese antiguo servidor, no habia advertido el estado difícil de ocultar en que se hallaba su señora?

—Sin duda; pero juzgaba que era el resultado de mi permanencia allí cuando estuve herido.

—¿Luego ignoraba que tú habitabas en la torre del Viejo?

—Ya te he dicho que lo ignoraba, y que eso fué lo que la sierva le reveló para que la acompañase á buscar á su señora. El criado me profesaba un odio irreconciliable, y aun cuando ya por viejo no se atrevia á combatir frente á frente conmigo, no por eso dejó de concebir y de llevar á cabo un plan diabólico. Por el pronto disimuló, poniendo buen rostro á la sierva para que esta le refiriese todo lo que sabia, y además se ofreció gustoso á ir á la torre, no solo por saber de su señora, sino para conocer perfectamente el sitio en que se hallaba mi habitacion y dar luego aviso á los hermanos de Doña Sol, á fin de que tomasen de mí la mas cruel venganza. Despues de medianoche llegaron á la torre. La sierva hizo la señal que acostumbraba. Yo salí al punto y recibí gozoso á la sierva, porque me hallaba muy desconsolado con mi amada Doña Sol, que estaba casi mo-

ribunda despues de haber dado á luz una hermosa niña, que yo acallaba acariciándola en mis brazos. En tales momentos encontrar una buena compañía es un consuelo inefable. Doña Sol tenia necesidad de volverse inmediatamente á su casa, porque de un momento á otro podian llegar sus hermanos y advertir su ausencia; sin embargo, era preciso que se detuviese allí algunos dias hasta restablecerse algun tanto. Yo acogí con gran benevolencia al antiguo criado, cuyas miradas oblicuas no eran para inspirar mucha confianza, pero le saludé sonriendo y agasajándole, porque aquel dia era yo tan feliz, abrigaba en mi corazon un sentimiento tan dulce de ternura, que me hubiera sido imposible tratar á nadia como enemigo. El amor y no el odio inundaba como un océano de luz todas las misteriosas profundidades de mi espíritu: ¿qué me importaba que aquel servidor me mirase de reojo, con tal que fuese leal para la madre de mi hija?... ¡Pobre hija mia! ¡Naciste con mala estrella!

Al llegar aquí el astrólogo comenzó á derramar abundantes lágrimas, y los sollozos ahogaron su voz.

Contemplábale en silencio el jóven, y aguardó resignado á que Ben-Alcama, ya mas tranquilo, continuase la narracion de su triste historia.

—Perdona, mi querido Aliatar, perdona si abuso de tu paciencia, pero no puedo recordar estos sucesos lamentables sin sentirme hondamente conmovido.—Dejé recomendada Doña Sol á los cuidados de sus servidores, y yo partí á buscar una nodriza, la cual encontré felizmente en una aldea imediata. Le entregué á mi hija, y con ella una bolsa llena de oro para remunerar sus servicios. Al dia siguiente estaba de vuelta en la torre del Viejo, y encontré á Doña Sol bastante aliviada, aunque con el sentimiento de no ver el fruto amado de nuestra recíproca ternura. A los cuatro dias, aunque bastante débil, se halló en estado de regresar á su casa. Entre tanto la guerra continuaba cada vez mas sangrienta, pues el rey D. Alonso no cejaba en su intento de estender mas y mas los límites de su reino. Por aquella época se trabó no lejos de estos contornos una terrible batalla, pero desde muchos dias antes los cristia-

nos recorrian la comarca. En el ejército de D. Alonso venian los hermanos de Doña Sol, y fueron á pasar algunos dias con ella. Durante este tiempo el infame servidor les reveló toda la historia de nuestros amores. Yo fui el primer objeto de su venganza. Una tarde, estaba por cierto lloviendo y tronando, vi presentarse en la torre dos caballeros con faz ceñuda. Yo no los conocia personalmente, pero al punto adiviné que eran los hermanos de Doña Sol, porque habia entre sus facciones cierta semejanza. Desde luego me apercibi á la defensa, pues nada bueno auguré de semejante visita. Constantemente llevo un puñal en mi cintura, y además al alcance de mi mano, sobre una mesa, tenia un alfange de fino acero de Damasco. Me hicieron varias preguntas, y yo les respondi con aire humilde, manifestándoles que era astrólogo.

—«¿Y tambien parece que sois mago?» dijo el hermano mayor.

—«Tambien.»

—«Segun eso, ¿adivinais el porvenir?» preguntó el hermano jóven.

—«Sin duda.»

—«¿Y no habeis adivinado que ibamos á venir nosotros?» dijo el mayor de los hermanos con voz reconcentrada por la ira.

—«Hace ya mucho tiempo que os esperaba.»

—«¿Desde cuando?»

—«Desde que vi por primera vez á un aleve servidor que teneis en vuestra casa.» Los dos hermanos cambiaron una mirada de inteligencia, desenvainaron las espadas y se precipitaron furiosos sobre mi: yo empuñé el alfange y me defendí como un leon de Numidia. La sangre inundaba el pavimento de la estancia, pues desde los primeros golpes nos habiamos herido todos. ¡Terrible era aquel combate! Me era imposible dejar de sucumbir bajo el furor de dos adversarios diestros y rencorosos. Ya era de noche, y la lluvia caia á torrentes y el trueno retumbaba y de vez en cuando podiamos ver nuestros rostros pálidos de rabia á la luz amarillenta de los relámpagos. Comenzaba á sentirme débil por la pérdida de la sangre, y por otra parte se me ocurrió de pronto que aquellos al fin eran los herma-

nos de mi amada, los tios de mi hija. En aquel instante, y con esta consideracion, solo en el último caso hubiera sido capaz de darles muerte. Por fortuna yo tenia otros medios de salvacion. Aprovechando un intervalo en que reinaba la mas profunda oscuridad, toqué á un resorte, cerca del cual habia cuidado de colocarme, se abrió una puerta formada de un lienzo del mismo muro, y desaparecí.

—¿Y adónde daba esa puerta? preguntó Aliatar.

—A una escalera que comunicaba con los subterráneos de la torre; pero yo permanecí detrás de la puerta para oir lo que decian. Durante algunos momentos despues de mi evasion invisible, los golpes de mis contrarios se estrellaban en las paredes del aposento. Al fin reconocieron que yo no me encontraba allí cuando un relámpago vino á iluminar aquel recinto. Lanzando espantosas blasfemias, trataron de salirse al campo, aterrados sin duda por mi súbita desaparicion, ó tal vez creyendo encontrarme en las inmediaciones de la torre, pues les oí algunas palabras que daban á entender la persuasion en que se hallaban de que á favor de la oscuridad, yo hubiese pasado por entre ellos para salir á la puerta esterior. Desde entonces comprendí que debia en adelante vivir con sumo cuidado, pues mis enemigos conocian ya mi habitacion solitaria. Aquella misma noche partí de la torre y fuí á ver á mi hija, como solia con mucha frecuencia. No me fué dificil encontrar una habitacion oculta en la misma aldea donde vivia la nodriza. Ansioso de saber de Doña Sol, me aventuré una noche á enviar con una persona de confianza un aviso á la sierva, para pedirle informes de su señora. Yo sabia que los hermanos de Doña Sol estaban ya ausentes, pues á los dos dias de haber estado ellos en la torre se habia dado la batalla. El mensagero volvió á poco, pues yo me habia quedado en espera no muy lejos de la casa de Doña Sol. Díjome el mensagero que la sierva me aguardaba. Bien armado, y algo receloso, me dirigí hácia la casa. La sierva salió á recibirme llorando amargamente; le pregunté la causa de su desconsuelo, y... ¡ay Dios mio!... ¡qué espantosa noticia me aguardaba!

El astrólogo palideció estraordinariamente al recuerdo de

sus desdichas; pero muy luego sus ojos se animaron con un brillo siniestro.

—La sierva me refirió sollozando que sus señores habian asesinado á su hermana Doña Sol.

—¡Infames!

—Sí, Aliatar, mil veces infames; pero mi venganza tambien fué tan grande, mas grande todavía que su infamia. Ya no me oculté desde que supe su horrible atentado. Aguardaba que fuesen á buscarme á la torre, y así sucedió. Yo los habia visto venir desde lejos; bajé al punto, abri y me oculté detrás de la puerta.

—Así te seria mas fácil matarlos.

—No era ese mi intento. Me previne de cordeles y de una pesada maza de hierro. Los dos hermanos sin duda habian convenido en que uno entrára, mientras que el otro guardaba el recinto esterior de la torre para lanzarse sobre mí si, como la otra vez, me salia al campo, segun ellos imaginaban. Entró el primero muy confiado, y apenas habia puesto el pie en el interior de la torre le descargué un furioso golpe de maza que le hizo caer en tierra privado de sentido. En breves instantes le puse una mordaza en la boca y lo até de pies y manos, colocándole como un fardo un poco lejos de la entrada. Sucedió que el hermano menor, cansado de dar vueltas á caballo, y desesperado é inquieto por la tardanza de su hermano, echó pie á tierra, entró en la torre, le acerté un furioso golpe, y en fin, sufrió la misma suerte que su hermano mayor.

—¿Y qué género de muerte les preparastes?

—Ninguna precisamente; el único temor que yo tenia, era que se muriesen pronto, ó se suicidasen. Cuando volvieron en sí del atolondramiento que les habian causado los tremendos golpes que habian recibido, desplegué la mayor solicitud para curarlos, y les aseguré completamente que si allí les aguardaba la muerte, no era por lo menos una muerte repentina.

Y esto diciendo, el fuego de la venganza satisfecha brillaba en los ojos del mago.

—¿Y qué hiciste por fin de tus dos prisioneros, preguntó Aliatar?

—La misma venganza me inspiró las mas ingeniosas crueldades. Los cargué de cadenas, los encerré separadamente en un estrecho tugurio en donde no volvieran jamás á ver la luz del sol, y en donde apenas podian revolverse, y por último, los torturé sin compasion con hambre, con sed, con frio y con hierros candentes. En algunas ocasiones solia hacer treguas en los malos tratamientos que les daba, lo cual sucedia siempre que llegaba á notar que les faltaban las fuerzas, y que podia venir en su socorro la muerte, que ellos invocaban entre blasfemias y oraciones. Entonces los curaba, los alimentaba, y como eran jóvenes y robustos, muy pronto volvian á recobrar el vigor suficiente para encontrar en ellos las víctimas inmortales que necesitaba mi furor inestinguible y mi sed hidrópica de venganza: yo entonces comprendí el alma del avariento; pero mi avaricia era de venganza y de odio contra los infames asesinos de mi amada Doña Sol. De dia y de noche les gritaba como la voz implacable de sus propios remordimientos: «¡Asesinos!» «¡Fratricidas!...»

De tal manera se animó el anciano con estos recuerdos de sangre y de rencor, que sus ojos centellaban como brasas, y las venas de su calva frente se hinchaban cómo si fuesen á estallar.

Pasados estos momentos de escitacion, el astrólogo suspiró tristemente, y por una reaccion tan rápida como contrapuesta cayó en el mayor desaliento.

—¡Ay de mí! esclamó. ¡Al fin murieron!

Aliatar clavó una mirada casi de admiracion en el anciano, como si quisiera decir:

—«Yo siempre me he creido hombre que entiende un poco de voluntad firme y de rencores implacables; pero á la verdad que Ben-Alcama tiene un carácter diabólico para con sus enemigos.»

—Te confieso francamente, continuó el astrólogo, que desde que aquellos hombres murieron me parece que ya nada tengo que hacer en este mundo. Yo hubiera querido resucitarlos para que de nuevo comenzase la espiacion del horrible fratricidio... ¡Infeliz Doña Sol!

—¿Y vivieron mucho tiempo tus cautivos?

—El uno veinte años y el otro veinte y uno, respondió el astrólogo con satírica sonrisa.

Aliatar hizo un movimiento de asombro.

—Pues á fé; dijo, que no puedes quejarte, Ben-Alcama: grande fué su crímen, pero es preciso convenir que tambien fué tremenda tu venganza.

—Ahora solo me resta decirte que mi hija creció en años y en belleza, y que su amor fué para el alma de este pobre anciano como un vergel delicioso en medio de los arenales del desierto. Yo la miraba con respeto, porque me parecia una hada. ¡Tal era su maravillosa hermosura y su incomparable sabiduria. Su rostro tenia mucha semejanza con el de su madre, y por esta causa, y tambien porque ella era realmente la luz de mis ojos y de mi alma, yo le puse por nombre Sol.

—¿Y vive?

—¡Ay! no, pero tengo una nieta.

—Y nunca me habias dicho eso.

—A nadie mas que á tí he referido mi triste historia, y si lo he hecho, ha sido á causa de tus muchas instancias; no he querido llevarme al sepulcro el secreto de tu orígen por parte de padre.

—¿Y con quién se casó tu hija?

—Con un noble caballero cristiano.

—¿Y cómo lo consentiste?

—Veo que tengo que darte algunas esplicaciones respecto á mis creencias religiosas.—Has de saber que yo soy cristiano.

—¡Es posible!

—¿Por qué te admiras? Lo mismo te ha sucedido á tí.

—No, Ben-Alcama. A mí me han educado en la religion de Cristo.

—Eso no importa para que seas descendiente de buenos muzlimes. Además, cuando se trata de personas que han adquirido una grande cultura intelectual, todos vienen, si estudian con buena intencion, á detenerse admirados y gozosos delante de la verdad, y la verdad conduce siempre á la doctrina de Cristo. Nada importa el siglo, nacion ó raza á que per-

tenezcamos, pues esencialmente Dios, que es la verdad misma, se manifiesta siempre en una misma direccion, y en prueba de ello, te citaré á Platon, que en las alas de su genio llegó á vislumbrar el cristianismo. Ahora comprenderás que soy cristiano, mas que por fé, por ciencia, que engendra la conviccion.

—Me alégro mucho de que así sea; pero vamos al caso. ¿Quién es el caballero cristiano que se casó con tu hija?

—El conde D. Zuria.

—¡D. Zuria! esclamó asombrado Aliatar. ¿Luego la hermosa Adosinda es tu nieta?

—Y tu sobrina.

—¡Quién habia de pensarlo! esclamó Aliatar, procurando disimular su turbacion.

—Ahora solo me resta decirte, querido Aliatar, que el principal objeto de este relato ha sido manifestarte tu origen y el de Adosinda, á fin de que en todo lugar y tiempo procures protegerla, si por acaso necesitase de tu auxilio. ¿Me lo juras?

Aliatar, embargado por la sorpresa que le habia causado la revelacion de Ben-Alcama, permaneció algunos momentos silencioso.

Luego dijo:

—Te juro protegerla en cuanto mis fuerzas alcancen.

—Así moriré tranquilo, hijo mio, porque ya mi muerte no debe estar muy lejana.

—Ya no me causa estrañeza tu afan por habitar en esta torre.

—Aqui he podido prestar algunos servicios á mi amada Adosinda, que es dos veces mi hija.

Y el astrólogo refirió á Aliatar cómo libertó á Adosinda y Wimarasio del furor de D. Zuria y del duque de Aquitania, la noche en que estos penetraron en la torre, alarmados por Bermudo y Ordoño.

Tal vez no haya olvidado el lector que Wimarasio, auxiliado del leal cuanto infeliz Flavino, habia penetrado en la torre de las Animas, cuando allí se encontraba Adosinda prisionera, y

que en el momento en que D. Zuria y el de Aquitania estaban próximos á entrar en la prision, aparecióse un personage de exótico atavío que condujo á los amantes por un camino oculto fuera de la torre.

Aquel incógnito personage era el astrólogo Ben-Alcama.

—¿Y sabe Adosinda quién eres? interrogó Aliatar.

—Me conoce como á su libertador.

—¿Luego ignora el parentesco que os une?

—Sí; pero pienso tener con ella una entrevista semejante á la que he tenido contigo, á fin de revelarla tambien no solo que es mi nieta, sino que tú serás su protector despues de mi muerte.

No pareció este proyecto ser muy del agrado de Aliatar, que despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—¿Y en dónde piensas ver á Adosinda?

—En su mismo aposento.

—¿Te será fácil verla allí?

—Es la cosa mas hacedera.

—¿Sin que lo advierta D. Zuria?

—Sin que lo advierta nadie.

—¿Cómo así?

—Porque yo puedo penetrar en la estancia de Adosinda por uno de los subterráneos de esta torre, que comunican con el castillo.

—¡Ah! esclamó Aliatar palideciendo: ¿luego sabes tú tambien las comunicaciones subterráneas que existen entre el castillo y la torre?

—¿Eso es decir que tú tampoco las ignoras?

—Justamente.

Ambos interlocutores guardaron silencio.

Ben-Alcama pensaba para sí cómo Aliatar habia podido saber las comunicaciones secretas que existian entre aquellos dos vetustos edificios.

Y Aliatar temblaba de que aquella noche se le ocurriese al astrólogo tener alguna entrevista con la hija de D. Zuria.

—¿Y quién te ha revelado el secreto de estas vias subterráneas? preguntó al fin Ben-Alcama.

—Un anciano servidor del conde.

—¿Tal vez Ordoño?

—El mismo.

—¿Y cómo se ha atrevido á hacerte esa revelacion?

—Entiende que me lo ha dicho verbalmente.

—¿Tal vez por escrito?

—No por cierto.

—Pues esplícate.

—Tú sabes que hace ya mucho tiempo que yo sé que el castillo de Villanueva y esta torre pertenecieron á mi familia por parte de mi madre, y que el conde Rugiero era el antiguo señor de esta villa...

—¿Y bien?

—Quiero decirte que á mi padre, que era tu sobrino, le confiscó el rey el feudo de Villanueva, que por un azar de la fortuna, segun me has referido esta noche, ha venido á parar al fin en manos del conde D. Zuria, del padre de tu nieta...

—¿Pero qué tiene que ver todo eso con las comunicaciones subterráneas? interrumpió el astrólogo.

—No deja de tener relacion, amigo Alcama, pues me ha impresionado bastante la circunstancia de que este feudo haya vuelto al fin á ser poseido, sin saberlo el rey, por personas de mi misma familia. Por lo demás te diré que habiendo oido á mi abuela referir muchas veces la historia del trágico fin de tu hermano, esperimenté la mas viva curiosidad hace muchos años de visitar esta mansion. Pues bien, informado de una poterna que tiene esta torre y que dá al campo, vine una noche y penetré en este edificio, gracias á una llave que yo poseo de la mencionada puerta.

—¿Y cómo te proporcionaste esa llave?

—Mi abuela me la dió.

—¿La llegaste á conocer?

—Claro está, respondió el jóven sonriéndose.

—Oí decir que habia perdido el juicio.

—Es verdad que durante algunos años vivió en el estado mas lamentable de demencia; pero despues recobró su ra-

zon, y en el dia se encuentra disfrutando de la mas perfecta salud.

—¡Vive todavía! esclamó Ben-Alcama con asombro.

—No has de ser tú solo el que goce de una longevidad prodigiosa.

—Sin embargo, bien puedo asegurarte que no he encontrado todavía ninguna persona que cuente tantos años como yo.

—Eso mismo dice mi abuela; bien puede asegurarse que en esta comarca sois vosotros los mas ancianos que se conocen.

—Ahora bien, vamos al caso.

—Pues como iba diciendo, habiendo penetrado en esta torre, vi á Ordoño con una lamparilla en la mano que se dirigia á una habitacion situada en el piso bajo, donde habia un prisionero que, segun todas las trazas era vasallo del conde D. Zuria. En seguida Ordoño encaminóse á la escalera del subterráneo, y por una estrecha galería tomó la direccion del castillo, despues de abrir una reja de hierro. A los pocos pasos le vi hablar con otra persona. Era el conde que venia á tener una conferencia con el prisionero.

—Ahora lo comprendo todo.

—Ya solo me resta decirte, que desde aquella noche supe el lugar por donde se comunicaba el castillo con la torre, pues aun cuando yo sabia de antemano, porque mi abuela me lo habia dicho, que existian comunicaciones, no sabia precisamente el sitio.

Ben-Alcama hizo todavía algunas preguntas relativas á la hija del conde Rugiero, á las que satisfizo Aliatar diciendo que á la sazon Berta habitaba en la misteriosa casa de los Ecos.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando Aliatar fijó sus ojos en un reloj de arena que estaba sobre una mesa de mármol negro.

—¡Ya es la media noche! esclamó.

—Sí, ya ha llegado la hora en que los espíritus vuelvan libremente sobre la tierra. La noche embozada en un negro manto y deslizándose silenciosa, es la protectora y amiga de todos los terribles misterios... Esta es la hora en que se escu-

cha el grito de la corneja, el ladrido de los perros y esos innumerables y vagos rumores que suspiran sobre las alas de los vientos. Ahora el espíritu del hombre evocà á los espíritus errantes para que, obedeciendo á sus potentes conjuros, le revelen los arcanos del porvenir... Disponte, querido Aliatar, para recibir la revelacion de tu destino.

—¡Estoy dispuesto!

—Esta noche será memorable entre todas las que pasará tu espíritu durante tu peregrinacion por este planeta.



CAPITULO XXXII.

El caballero invisible y el astrólogo.

Sin duda el lector tiene sospechas de que conoce al personage que con el nombre de Aliatar hemos presentado en el antiguo panteon de la torre de las Animas.

Y en efecto, podemos asegurar que las sospechas de nuestros lectores no son infundadas.

Tambien ya hemos oido decir que el anciano Ben—Alcama poseia la doble cualidad de astrólogo y mágico, si bien nosotros profesamos la opinion de que entre ambas cosas no hay diferencia notable.

Ben-Alcama, pues, comenzó á hacer sus estraños preparativos, que el curioso Aliatar contemplaba con curiosa sorpresa.

Despues que el mágico se hubo reconcentrado profundamente en sí mismo, como si quisiera centuplicar las fuerzas de una vehemente volicion, salió de pronto de su abstraimiento, y con rapidez increible comenzó á trazar con su báculo en torno del panteon un círculo mágico en el cual intentaba aprisionar á los espíritus reveladores.

Largo rato permaneció Ben-Alcama agitándose en torno de aquel recinto, murmurando palabras misteriosas y trazando figuras geométricas dentro del círculo de la evocacion. El lúgubre recinto, segun hemos dicho, estaba iluminado por la oscilante luz de una lámpara que esparcia con sus trémulos y alterados rayos un no se qué de fantástico sobre los semblantes espresivos y animados de Aliatar y Ben-Alcama.

—¿No has oido el soplo ligero de los espíritus que se aproximan? preguntó el anciano.

En otra ocasion Aliatar, que no era decidido creyente de la magià y astrologia, se hubiera tal vez reido de la pregunta del viejo; pero en la ocasion presente se hàllàba tan fascinado Aliatar por las ceremonias del conjuro, que lejos de burlarse, esperimentó una emocion casi de terror.

Por lo tanto Ben-Alcama continuaba con los ojos tenazmente fijos en un punto como si allí estuviese reconcentrada toda la vitalidad de un ser. Diríase que los ojos de su entendimiento, en un círculo misterioso, en una escitacion sobrenatural, en una atmósfera puramente intelectual, y por decirlo asi no accesible á los sentidos, contemplaba y departia con alguno de los espíritus que habian acudido á sus potentes evocaciones.

Súbito el anciano con la mirada centellante, con los puños crispados, con las venas frontales prodigiosamente inyectadas, esclamó con voz de trueno:

—*¡ Conjúrote !... ¡ Veni, spiritus, veni !*

Es increible la fuerza y énfasis conque estas palabras fueron pronunciadas por el viejo mágico, y ¡ cosa estraña ! en aquel mismo instante la luz de la lámpara, poco antes tan pálida y moribunda, comenzó á resplandecer de tal manera, que no parecia sino que en el antiguo panteon de la torre de las Animas habian penetrado los espléndidos y vívidos rayos de un sol de primavera.

Delante de aquel prodigio quedóse Aliatar estupefacto.

Ben-Alcama contemplaba con gozo á la luz, pero dirigia sus palabras al jóven Aliatar.

—¡ Alégrate, mortal afortunado, porque vas á leer tu destino con la maravillosa claridad de la ciencia sublime ! ¡ El espíritu de fuego que habitaba en el seno de esa luz se ha dignado escuchar mis conjuros y obedecer mis mandatos !

Luego el mago quedóse sumergido en una profunda meditacion, durante la cual se fué poco á poco estinguiendo la luz brillante de la lámpara, hasta que por último el subterráneo recinto quedó completamente en tinieblas.

En seguida el anciano comenzó á formular las preguntas relativas al destino de Aliatar.

—*¿ Cuántos años de vida le tiene el cielo concedido?*

Hecha esta pregunta, el mago se aproximó á la mesa de mármol negro sobre el cual habia una pizarra, y en ella trazó á oscuras algunos signos.

Terminada esta operacion, Ben-Alcama formuló esta otra pregunta:

—*¿ Morirá de muerte natural?*

El mago tornó á escribir en la pizarra del mismo modo que antes lo habia hecho.

Y por último, la tercera vez interrogó de la manera siguiente:

—*¿ Se lograrán sus deseos ambiciosos?*

Despues de un largo rato de profunda meditacion, durante el cual el mago parecia esperar la respuesta del espíritu, escribió por tercera vez en la pizarra.

Mientras que el anciano Ben-Alcama habia hecho el estraño interrogatorio que hemos oido, Aliatar habia guardado silencio; pero al fin, viendo que el anciano llevaba trazas de concluir sus quehaceres mágicos, se aventuró á decir:

—¿Por qué no haces la pregunta que mas vivamente deseo?

—¿Y cuál es esa pregunta?

—Aquella en que se interesa mas enérgicamente el corazon de todos los hombres, la pregunta suprema que nuestro espíritu busca en este proceloso mar de ideas y de sentimientos, de deseos y pasiones, que se llama vida. Si hoy he querido levantar el velo del porvenir, ha sido para saber si algun dia seré dichoso; no en una época lejana, sino cuando todavía las auras perfumadas de la juventud acariciára con sus soplos lisonjeros la flor de mi existencia. ¿Seré feliz?—¡Hé aquí, Ben-Alcama, lo que quiero que preguntes á mi destino!

—Hijo mio, dijo el viejo, en esa pregunta que deseas hacer se encuentra la mayor temeridad y la mas grande sabiduría.

En seguida el anciano tomó una actitud meditabunda como para evocar de nuevo al espíritu revelador.

Despues, dirigiéndose á Aliatar, dijo:

—Ya he recibido la respuesta.

Ben-Alcama encendió la lámpara, cuya luz poco antes se habia estinguido.

—¿Y cómo y de dónde recibes esas respuestas? preguntó Aliatar.

—Tú no comprendes los misterios de la vida superior del espíritu que habita en nosotros.

—Pues esplícame esos misterios.

El mago miró fijamente á Aliatar, y despues de algunos momentos le dijo con voz lenta y grave:

—Hijo mio, para penetrar en los abismos de la ciencia se necesitan largos años de una perseverancia á toda prueba y de un amor sin límites á la verdad, única estrella que adora y persigue el sabio en la region sombría de los arcanos del espíritu y de la naturaleza...—¿Y quieres que ahora en un momento yo te esplique la magnífica era de verdades sublimes que el género humano ha ido acumulando para constituir un Babel espiritual cuyas almenas tocan á los cielos? ¿Acaso podrás tú acompañarme para medir de una ojeada esa ciudad mística de la ciencia, trazada por Dios y edificada por espíritus privilegiados que han vestido el velo de la carne en este planeta, y que despues han merecido con sus obras ser los ciudadanos de la eternidad? ¡Ah!... si tú pudieses comprender las formas nuevas y bellas que el espíritu del hombre guarda en su seno y sucesivamente se irán desarrollando de siglo en siglo hasta el fin de los tiempos en que la perfeccion humana aparecerá sobre la tierra con todos los esplendores divinos, entonces sí, mi querido Aliatar, que te sería fácil comprender la esplicacion que me has exigido.

—Sin embargo, esplícate como creas que yo mejor pueda comprender, pues en verdad te digo que esperimento vehementes deseos de saber el medio de que te vales para recibir esas respuestas que tú llamas del espíritu revelador.

—Me valdré de una semejanza. ¿Has visto á la ciudad de Roma?

—No.

—¿Has leido su historia?

—Sí.

—¿Y no has advertido en tu alma, cuando lees la historia de los tiempos antiguos, que ves con maravillosa evidencia pueblos y ciudades, pasiones, sentimientos y hombres, que aunque esencialmente sean los mismos, afectan una infinita variedad de formas en todas las esferas de la vida?

—He observado que efectivamente se verifica eso en mi alma.

—Ahora bien, esas cosas que en tales casos vemos con tanta evidencia, ¿las contemplamos por ventura con los ojos corporales?

—No por cierto.

—¿Luego es decir que podemos ver muchas cosas que están lejos de nosotros en distancia ó en tiempo, y que esta vision se verifica, por decirlo así, con los ojos del alma?

—Así es la verdad.

—Pues bien, del mismo modo que nos podemos trasladar en espíritu á cualquier punto de la tierra, ó cualquier punto del tiempo conocido en la historia humana á cualquier siglo, así tambien nuestro espíritu puede trasportarse en su propio seno á cualquier punto de vista intelectual, y allí con meditacion profunda podemos esperar confiadamente en que nuestra inteligencia, segun nuestra idea fundamental, segun nuestra posicion respectiva á Dios y á la naturaleza, segun las leyes del espíritu, en fin, recibirá una respuesta á toda interrogacion.

—¿Y no podrá ser en Roma?

—El terror es tambien ley del espíritu en este planeta segun y como se encuentra constituido.

—A fé, amigo Ben-Alcama, que no te entiendo.

—¿Comprendes tú que haya en el mundo, despues de la verdad, cosa mas necesaria é importante que el creer? A él se le debe una parte del progreso de la ciencia humana. ¿Concibes tú el dia sin noche?

—Perfectamente, supuesto que concibo un sol que nunca salga ni se ponga, un dia eterno, y lo mismo pudiera suceder respecto á la verdad.

—Tienes mucha razon, hijo mio, pero ese modo puro é igual asimismo de la vida no es para este tiempo la esplicacion

que mas puede estar á tu alcance respecto á la ciencia mágica que yo profeso, que es mas perfecta que la de todos los magos que me han precedido.

—¿Y en qué consiste esa perfeccion?

—En que todos mis predecesores han obligado por medio de la evocacion á los espíritus á que comparezcan visiblemente, y si bien es verdad que nunca podian resistir al conjuro, tambien es cierto que muchas veces se les aparecian espíritus engañadores; pero yo sigo otro método muy diverso y mas seguro, el cual consiste en conocer y examinar bien la situacion del alma de aquel que se me presenta deseoso de llamar á las misteriosas puertas del destino. Luego, una vez sabidas las preguntas cuya respuesta quiere obtener, yo me traslado al punto lógico y sencillo que en la inteligencia y en el sentimiento marca la pregunta formulada, y de esta manera, con la volicion mas vehemente, mi espíritu personal llega á contemplar cara á cara al espíritu de verdad que en la region propia de los espíritus me dá la respuesta apetecida.

—¿De modo es que tú buscas el pensamiento del porvenir en el seno mismo de tu pensamiento?

—Y esa es la única senda que conduce á la verdad, pues todo lo que existe en el mundo físico y moral es comprendido por el hombre; no es mas que nuestro propio espíritu que se difunde é irradia á todas las cosas por nosotros comprendidas, y así ahora entenderás perfectamente que nuestro espíritu puede ponerse en contacto con el espíritu del porvenir.

Ben—Alcama quedóse muy satisfecho con esta esplicacion que habia dado; pero Aliatar, sino la comprendió muy bien, aceptó al menos comprenderla, tal vez por no perder tiempo, pues como muy en breve tendremos ocasion de conocer, aquella noche Aliatar tenia entre manos una empresa de las mas difíciles que puede concebir y acometer un hombre.

Así, pues, aguijado por la vehemente curiosidad de conocer el resto de las investigaciones del mago, y por otra parte deseoso de dirigirse cuanto antes al castillo de D. Zuria, dijo:

—Ahora bien, dime cuáles son las respuestas de mi destino.

Ben-Alcama, aproximándose á la mesa y tomando la pizarra, leyó:

—*Si escapa de la muerte violenta que le amenaza, llegará á una vejez dichosa. De todas maneras debe guardarse mucho de los castillos.*

—¿Y cómo se esplica eso?

—La respuesta que el espíritu ha dado á tu primera pregunta es muy terminante, y sin duda te amenaza una muerte próxima en algun castillo. ¡Guárdate, Aliatar!

Es indecible la impresion de terror que estas palabras causaron en el ánimo del mancebo, el cual, sin embargo, tal vez por temor, ó acaso por orgullo, disimuló su turbacion, y con voz tranquila dijo:

—Tengo mucha priesa, amigo Alcama, y quiero cuanto antes saber el resultado de las demás preguntas.

Ben-Alcama leyó:

—*Hay en su existencia un dia terrible, y en el que se reunirán magníficas influencias que le pondrán en muy grave peligro.*

No pareció Aliatar muy satisfecho con los oráculos del mago, que dijo:

—Esta respuesta confirma la precedente.

—Oigamos las otras.

—*Si llega á triunfar de maléficos influjos, algun dia ceñirá una corona.*

Los labios de Aliatar se dilataron con una sonrisa de júbilo, y en sus negros ojos brilló un relámpago de ambicion soberana.

El mago leyó la última respuesta que estaba escrita en la pizarra.

—*Podrá ser feliz, si solo aspira en esta tierra á ser dichoso.*

Aliatar y Ben—Alcama durante algunos minutos permanecieron sumergidos en el mas profundo silencio, el uno pensando en las misteriosas promesas de su destino, y el otro meditando en la manera de confirmar por otro medio los oráculos pronunciados por su ciencia mágica.

Al fin dijo Aliatar:

—¡Cuán desventurado es el corazon del hombre! ¡Cuán—

tas bellas esperanzas abrigaba yo esta noche al venir á este recinto! ¡Qué sentimiento tan delicioso como indefinible me hacia esperimentar el ardiente deseo de conocer los misterios de mi porvenir!... Y ahora... ¡todo el encanto se ha desvanecido!

—¿Acaso no te han satisfecho mis revelaciones?

—El sentimiento de lo infinito que abriga siempre el corazon del hombre me deja yerto é indiferente, despues de haber escuchado tus respuestas; además, cuando entré aquí traía la fé mas profunda en tu ciencia, y ahora con probarlo confieso, Ben-Alcama, ahora la fé ha desaparecido, y en su lugar solo me ha quedado la dicha mas dolorosa. ¿Por ventura puedo yo creer que todo lo que me has dicho se cumplirá al pie de la letra sin falencia alguna?

—La ciencia es infalible, dijo gravemente Alcama.

Y en seguida aproximóse á la mesa de mármol negro donde estaban señaladas con incrustaciones blancas las doce figuras del Zodiaco y los siete planetas principales. Sobre la mesa veianse tambien esferas, cuadrantes y otros instrumentos astronómicos.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Aliatar.

—Vas á leer tu horóscopo.

—¡Lo has levantado ya! esclamó Aliatar gozoso.

—Anoche estuve observando atentamente las estrellas, y no solo he levantado tu horóscopo, sino que tambien he inquirido la influencia bajo la cual te encuentras actualmente.

—¿Y qué has deducido de tus observaciones?

—Ahora te responderé definitivamente, supuesto que podré comprobar mis observaciones astrológicas con las revelaciones que nos ha suministrado la ciencia de Zoroastro, porque la astrología y la magia se esplican y se completan recíprocamente. La una lée el destino de los mortales que Dios ha escrito con estrellas en la bóveda de los cielos que cubren la tierra, y la otra sorprende tambien los misterios del porvenir en el cielo invisible del espíritu.

Ben-Alcama tomó un pergamino que estaba sobre la mesa, y con voz solemne leyó:

—«Nació bajo la influencia del signo de Leo, y el varon que naciese bajo el influjo de este signo será hermoso, altivo, sabio y valiente. Denota que tendrá propension á emprender largos viajes, y que entre las mas estrañas aventuras el amor le prodigará sus mas lisonjeros favores, si bien por causa de una hermosísima doncella se hallará en grave peligro de muerte.»

Al oir Aliatar esta primera parte de su horóscopo quedóse en estremo sorprendido, pues no parecia sino que el astrólogo habia formulado su pronóstico sabiendo de antemano los mas recónditos pensamientos del jóven. A tal punto llegó la sorpresa de Aliatar, que en el primer momento sospechó si tal vez por algun conducto de él ignorado habia podido Alcama averiguar la historia de sus amores.

Pero Aliatar comprendió al fin que sus sospechas no podian menos de ser bien infundadas, supuesto que era de todo punto imposible que Ben-Alcama supiese el atrevido proyecto que aquella noche Aliatar intentaba llevar á cabo.

Ben-Alcama sacó al jóven de sus imaginaciones, continuando la lectura del horóscopo.

—«Pasados los treinta años, si escapa del hierro ó de la enfermedad, llegará dia en que ciña sus sienes con una corona.»

—Esa prediccion coincide con una de las respuestas que antes me habeis dado, interrumpió vivamente Aliatar.

—Eso te demostrará la certidumbre de lo que te he dicho antes respecto á la conformidad que existe entre la astrología y la magia.

El jóven comenzó á interesarse vivamente en la lectura de su horóscopo, que Ben-Alcama continuó de esta manera:

—«Tambien denota que en las ciencias será muy aventajado, y que poseerá muchos secretos de la naturaleza, porque al tiempo de su nacimiento el planeta Saturno estaba oriental, y este planeta influye sobre todas las profundidades del espíritu y de la naturaleza, por lo cual todos los que nacen bajo el dominio de Saturno son de profundísimos pensamientos. Igualmente denota que el varon que naciese bajo el signo de Leo con influencias de Saturno, será en la vejez algo suspicaz y ca-

viloso, aunque por lo mismo suelen ser muy previsores y prudentes. Tambien indica que será muy apto para intrigas y árduos negocios que requieran grande secreto. Del mismo modo los que están bajo este superior influjo serán imperturbables en sus proyectos, y les placerá afectar en su vida el nombre y el trage mas diverso para dar á entender que son distintas personas y convencerse por este medio de que no son engañados.»

Aliatar, haciendo aplicacion de lo que el astrólogo decia á lo que él practicaba, no pudo contener una esclamacion de asombro, supuesto que encontraba su carácter perfectamente retratado en las palabras del viejo Alcama, que continuó:

—«Sin embargo, es preciso que se guarde mucho de una maléfica influencia que en cierto año de su vida le amenazará con una muerte violenta por medio del puñal ó del veneno, lo cual ha de verificarse en una fortaleza ó castillo.»

Aquí dió fin á su lectura el astrólogo, y aquí tambien subió de punto la admiracion de Aliatar, que se habria sobrecogido de espanto y de terror si aquel hombre estraordinario no estuviese dotado de tan vigoroso temple, que jamás le habia visto la cara al miedo.

Ben-Alcama quedóse profundamente pensativo y murmurando sin cesar:

—¡Qué coincidencia tan maravillosa!... Jamás he visto un pronóstico de la astrologia tan exactamente confirmado por la sublime ciencia de Zoroastro.

Luego, de repente, el anciano esclamó con voz en estremo conmovida:

—¡Guárdate, hijo mio, guárdate de intentar aventuras peligrosas en castillos y fortalezas, porque allí los hados te serán adversos!

Aliatar escuchaba al anciano con turbacion creciente, hasta que por último, haciendo un esfuerzo sobrehumano para alejarse de aquel sitio, dijo con voz atropellada:

—Adios, Ben-Alcama, y recibe la espresion mas viva de mi agradecimiento por los pronósticos que he debido á tu ciencia maravillosa.

El anciano pareció no haber oido las palabras del mancebo;

pero cuando este ya se retiraba, el astrólogo, con mano convulsa, le asió diciéndole:

—Aun estás á tiempo, querido Aliatar... Mira que luego no habrá remedio...

Aliatar se quedó estupefacto al escuchar á Ben-Alcama, que sin cesar repetia:

—Mira que luego no habrá remedio humano.

—¿Qué quieres decir? preguntó Aliatar lleno de asombro.

—Ya te he dicho, hijo mio, que anoche estuve observando atentamente las estrellas bajo cuyo influjo te encuentras actualmente...

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que tu estrella principal, que es Saturno, está ahora maléficamente influida por Marte y por la Luna, y estos dos planetas son para tí al presente asaz malévolos; pues el sanguinario Marte en estos dias te anuncia un trágico suceso, y además la Luna, que es el planeta de la inconstancia y de los azares de la fortuna, indica que todas las contingencias de tu signo son actualmente mudables y funestas.

La sorpresa, la admiracion, el pasmo de Aliatar subian de punto á cada palabra que decia el astrólogo.

El mancebo llegó ya no á tener sospechas, sino el convencimiento de que Ben-Alcama sabia á fondo sus proyectos, dado que fuese por espíritu de profecía ó por arte del diablo.

No obstante, hizo un esfuerzo para disimular sus temores, y afectando calma preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Qué desgracia es esa para la cual no ha de haber remedio humano?

—Ben-Alcama permaneció silencioso como absorto en hondas meditaciones.

Aliatar insistió:

—Yo deseo, mas aún, yo te exijo, Ben-Alcama, que me digas las razones que tienes para manifestarme esos temores.

Y así diciendo, Aliatar clavaba tenazmente sus ojos en el anciano, para ver si sorprendia alguna señal de que él supiese sus recónditos intentos.

Pero el anciano respondió con las mas inequívocas muestras de veracidad y sencillez:

—Yo no tengo mas razones para temblar por tí, sino las que me suministra la ciencia; te digo y te repito, Aliatar, que estás rodeado de influencia maléfica.

El jóven se tranquilizó completamente al escuchar al anciano, que sin duda hablaba impulsado por sus conocimientos mágicos ó astrólogos, mas no porque él supiese nada respecto á las intenciones de Aliatar, el cual, cada vez mas admirado, dijo:

—Supongamos que sean ciertos tus pronósticos.....

—No tengas la menor duda, hijo mio.

—Pues bien, si tan seguro estás de la exactitud de tus predicciones, en ese caso, ¿cómo podré yo sustraerme á los decretos inexorables del destino?

—Difícil es, muy difícil, el escaparnos de las calamidades que nos destinan los hados; pero el hombre puede poner algo de su parte para evitar las desdichas.

—Veamos, ¿qué debo yo hacer?

—El único remedio que te queda es que suspendas todos los negocios que traigas entre manos, y que permanezcas en el campo, al aire libre, hasta tanto que yo te dé aviso.

—A fé que es estraño tu consejo.

—Es el mas acertado, dijo Ben-Alcama, supuesto que el peligro, segun todas las señales, donde te amenaza es en algun castillo ó fortaleza.

Aliatar quedóse algunos momentos profundamente pensativo, hasta que por último, deseando tal vez desorientar á Ben-Alcama, le dijo:

—Pues bien, por complacerte haré lo que me has dicho; pues no puedo dejar de conocer que tus prevenciones son de grande importancia.

El anciano clavó sus ojos con estraordinaria fijeza en el jóven, y luego con voz en estremo conmovida esclamó:

—Por Dios te ruego, querido Aliatar, que no me engañes, pues yo me intereso vivamente por tu suerte, y sentiré en el alma que por un capricho te arriesgues á perder la vida.

—Descuida, Ben-Alcama, dijo precipitadamente el mancebo.

Y en seguida se alejó Aliatar por el mismo sitio que antes habia venido.

Debemos advertir que el jóven se habia dirigido antes á la torre de las Animas, no por el camino subterráneo que existia desde el castillo de D. Zuria, sino por las calles de Villanueva.

Aliatar, que se hallaba en la fiesta que se celebraba aquella noche en el castillo, no habia querido ir á la torre de las Animas por el camino cubierto, porque Ben-Alcama no se enterase de que él poseia el secreto de aquella comunicacion invisible.

El llamado Aliatar estaba muy lejos de cumplir lo que habia prometido al astrólogo, es decir, que en lugar de trasladarse al campo, se volvió inmediatamente al castillo de Don Zuria, donde Aliatar, segun todas las trazas, intentaba aquella noche llevar á cima una empresa en estremo peligrosa.

Es muy posible que nuestros lectores hayan reconocido en el jóven Aliatar al hábil trovador que aquella misma noche habia tañido el bandolin con tan singular maestría, cantando las gustosas trovas del *peñado caballero.*

Cuando el trovador tornó al castillo se habian trocado ya el ruido en silencio, las luces en tinieblas y el bullicio en soledad. El banquete se habia terminado, las gentes se habian recogido, y solo algunos servidores, estremadamente amigos del mosto, se hallaban en el tinelo en compañía del maestresala y de algunos trovadores y juglares que, despues de amenizar el banquete de los señores, habian prolongado su cena, departiendo alegremente, murmurando sin compasion, diciendo chistes y malicias y echando valientes tragos.

Apenas se presentó Aliatar le salió al encuentro el maestresala, y retirándose ambos por una oscura y solitaria galería entablaron el siguiente diálogo.

—¿Se hizo el negocio?

—A pedir de boca, señor.

—¿Se han recogido ya?

—Hace muy pocos momentos.

—¿Y estaba el duque muy en su juicio? preguntó Aliatar con la mas viva inquietud.

—Yo he conocido que hacia grandes esfuerzos para no dormirse, y es seguro que cuando la madrina dejó sola á la señora, se hallaba el duque tan aletargado que apenas hubo tiempo para que se desnudase, pues en seguida quedóse dormido.

—¿Quién le ayudó á desnudar?

—Su escudero y yo.

—¡Rayos del cielo! esclamó Aliatar con voz reconcentrada por la ira. Si tal vez...

Luego, interrumpiéndose de pronto, preguntó:

—¿Y cuándo podemos ir?

—Muy en breve.

—No me parece muy conveniente que yo vaya adonde están esos juglares.

—Sí, sí; mejor es decir que os habeis ido.

—¿En dónde te aguardo?

—Aquí en esta galería, por donde ya no tiene que pasar nadie.

—¿Tardarán mucho en recogerse esos bigardos?

—Yo procuraré despedirlos al momento.

—Pues anda, y no tardes.

Separóse el maestresala del llamado Aliatar, y fué á reunirse con los que aun charlaban como cotorras y bebian como tudescos.

El maestresala, que tenia las llaves de la bodega, les repartió nueva y abundantísima racion de lo trasañejo, con lo cual se regocijaron todos y se dispusieron á dormir como lirones.

Pocos momentos despues el maestresala presentóse de nuevo al gallardo trovador, que le aguardaba impaciente.

—Seguidme, señor, y procurad no hacer ruido con vuestros pasos.

El maestresala condujo al trovador por los dilatados tránsitos del castillo, hasta llegar á un aposento contiguo á la cámara imperial del duque y de Adosinda.

El maestresala sacó una llave y abrió muy recatadamente la puerta del mencionado aposento, en donde penetraron nues-

tros personages, volviendo á cerrar cuidadosamente la puerta.

En aquella estancia dormia el page de cámara del duque de Aquitania.

—¿Estás seguro de que este no despertará tampoco? preguntó el trovador.

—¡Vaya si lo estoy! Como que ha bebido del mismo vino generoso que su señor.

—Y en el caso de que alguno de los dos llegase á despertar, ya sabes lo qne hay que hacer.

—Descuidad, señor, que ninguno dirá esta boca es mia.

Aliatar y el maestresala atravesaron el aposento y se dirigieron á la parte del muro que correspondia precisamente con el sitio donde estaba el lecho de los desposados en la habitacion contigua.

—¿En dónde has practicado la puerta? preguntó Aliatar en voz muy baja.

—En el lugar conveniente.

—¿Habrán advertido algo? dijo el trovador algun tanto receloso y acordándose de los temores de Ben-Alcama.

—Estoy seguro de que nadie ha sospechado ni podia sospechar la empresa que traemos entre manos.

—Mucho me alegraré de que así sea; pero me temo que tal vez hayan caido en sospecha, y pudiera suceder que viniesen disimulando sus recelos y estuviesen aquí acechando y prevenidos para todo evento.

Escusado parece decir que tantas precauciones por parte del trovador solo habian sido motivadas por las funestas angustias del astrólogo.

—Señor, dijo el maestresala un poco alarmado por los recelos de Aliatar, me parece que debemos proceder con cautela, aunque en este momento estoy muy seguro de que en esta habitacion no hay nadie mas que el duque de Aquitania y su esposa.

—Pues bien, tú estarás alerta mientras que yo entro.

En seguida el maestresala tocó un resorte que habia en la pared, y apareció una abertura no muy grande, si bien era lo bastante ancha para que cupiese un hombre.

El gallardo trovador penetró osadamente en el aposento de los desposados.

¡Cuántas emociones profundas, placenteras y á la vez desgarradoras combatian en aquel instante el fogoso corazon del apasionado mancebo!

Las pálidas sospechas, los celos horribles, el amor en toda pujanza, la pasion con sus delirios, el deseo con su embriaguez calenturienta, y en fin, el orgullo inexorable y anheloso de triunfar de todos los obstáculos lucharon en el alma del trovador con indecible energía.

Silencioso como una sombra, se deslizó el mancebo por la cámara nupcial, procurando no hacer ruido, conteniendo la respiracion y sintiendo hervir como un volcan las venas de su ardiente pecho.

Profundamente dormida hallábase la hermosa jóven, y á la tímida luz de una lámpara que ardia en el salon inmediato á la alcoba donde dormian los esposos pudo vislumbrar á la bella Adosinda, que á causa del desmayo que habia sufrido aquella noche, y de los dolorosos pensamientos que la agitaban, habia sucumbido al fin bajo el peso del inexorable sueño, pero de un sueño inquieto y perturbado por imágenes espantosas.

Caida lánguidamente su hermosa cabeza, coronada por los abundantes rizos de su negra y sedosa cabellera, que como un manto de terciopelo caia sobre su cuello de cisne, ostentando sus alabastrinos brazos de ideales contornos, y con sus labios de rosa entreabiertos con una espresion de inefable melancolía, como si estuviese exhalando amargas quejas contra su adverso destino, la desdichada Adosinda en aquel momento y en aquella actitud se apareció á los ojos del trovador mas hermosa que jamás pudieran pintarla los lisonjeros colores de su deseo.

El vigoroso Aliatar cogió en sus brazos al aletargado duque, y lo condujo con recatada planta al aposento contiguo, donde estaba de acecho el maestresala.

En seguida el gallardo trovador aproximóse al lecho de Adosinda, y allí, contemplando á su amada, permaneció inmóvil y estasiado al parecer, sin pensamientos, sin deseos, sin emociones, pero en realidad el mancebo sentia dentro de su

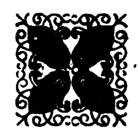
corazon la tempestad mas desecha que jamás habia centellado en su espíritu, en otro cielo invisible donde las estrellas son verdades, donde las nubes son errores y donde las tempestades son las pasiones que luchan y rugen como los vientos embravecidos.

¡Cuán hermoso estaba el jóven en aquel momento! En aquella inmovilidad y en aquella noble figura se encerraban ahora todos los movimientos impetuosos de esa vida ardiente y desgarradora que como una antorcha de los cielos arde en el corazon humano, agitada violentamente por un soplo del infierno. En los breves contornos de esa figura divina que se llama hombre, estaba contenida en espíritu la inmensidad de las inmensidades de los universos.

Los negros rizos del gallardo caballero caian sobre sus hombros como una noche sombría. Sobre su frente augusta brillaba el júbilo inquieto y á la par doloroso de una pasion satisfecha, y en sus ojos negros y brillantes ardian los deseos, las iras, los amores, todas las llamas de la existencia.

Entre tanto la encantadora Adosinda parecia estar agitada por algun ensueño, á juzgar por el movimiento de sus labios coralinos que murmuraban palabras ininteligibles.

—¡Cuánto te amo! esclamó el mancebo clavando sus ojos en el bello rostro de la desposada. ¡Oh! La hermosura de la mujer es una abreviatura deliciosa de todo lo que puede saber y sentir el alma del hombre...



CAPITULO XXXIII.

El espíritu y la materia.

LA tempestad habia pasado.

La noche, como el alma despues de una afliccion, se habia vuelto á revestir de alegría con su magnífico manto recamado de estrellas.

Todo yacia sumergido en sueño profundo en el castillo de D. Zuria.

El duque de Aquitania tenia paralizados los resortes de su existencia, lo mismo que su escudero, merced al narcótico que el maestresala le habia administrado.

La hermosa Adosinda tambien estaba dormida, aunque su sueño era natural. Procurarémos, sin embargo, penetrar en los abismos del alma de aquella mujer infortunada.

Pero ante todas cosas conviene hacer algunas esplicaciones.

Sin duda el lector recordará que el caballero de las Almas, hallándose en Oviedo, entregó un billete á uno de sus servidores para que á todo trance lo pasase á manos de su amada.

Escusado es decir que el caballero de las Almas no era otro que Fulgencio, y que la dama á quien iba dirigido el billete era Adosinda.

En efecto, el conde D. Zuria, segun ya hemos visto, habia manifestado al señor de la casa de los Ecos que muy en breve partiria con su hija á la ciudad de Oviedo.

La causa de aquel viaje era la próxima boda de Adosinda y del duque de Aquitania.

El conde queria celebrar aquel casamiento con solemnidad

y magnificencia inusitadas, y por lo tanto determinó ir á la corte para proveerse de galas y jóyas y de los demás efectos necesarios para realizar su intento, y ya hemos visto que el lujo y esplendor de aquellas nupcias traía alborotadas á las gentes de Villanueva, y de diez leguas á la redonda, segun se lo habia propuesto D. Zuria.

Isidoro, el servidor de Fulgencio que habia llevado el billete á Adosinda, habia tornado sin contestacion, no porque no hubiese visto á la doncella, sino porque esta ya se consideraba como la esposa del duque, y por lo tanto no convenia á su decoro mantener relaciones amorosas con otro caballero, dado que ella le amase, como en efecto adoraba, á pesar suyo, con todo su corazon al señor de la casa de los Ecos.

Hemos dicho que Fulgencio en el castillo de Villanueva se manifestó risueño é indiferente cuando el conde le hablaba de sus proyectos relativos al matrimonio de su hija, é igualmente hemos indicado que la causa de esta tranquilidad, que con razon pudiera parecer estraña é incomprensible en aquel caso, consistia en un atrevido plan que acababa de concebir su imaginacion fecunda, y que se proponia llevar á cabo con toda la perseverancia de su carácter. Desde luego habrán adivinado nuestros lectores que el mencionado proyecto era el mismo que le hemos visto realizar de acuerdo con el maestresala del castillo de Villanueva.

Mucho trabajo costó al conde persuadir á su hija para que se decidiese á dar su mano al duque de Aquitania.

La situacion de espiritu en que se hallaba la hermosa Adosinda era por demás cruel y terrible; pero sobre todo inesplicable, á lo menos para ella misma.

La jóven adoraba con ciega idolatría á Wimarasio, porque él habia sido para ella el revelador de esa fuerza misteriosa que existe oculta en el corazon humano en cierta época de la vida, esa fuerza que se llama amor, y que solo aguarda un objeto digno de ser amado, que inspire simpatía, y entonces este foco recóndito de la existencia se revela, aparece y centellea con magníficos esplendores, como la flor del alma vivificada por las auras fecundantes de otra alma; entonces se verifica un mis-

terio divino en que dos espiritus se reunen, como dos rayos de luz se confunden en uno solo.

Este amor primero, paraiso de la vida, cuya pureza y frescura es comparable al límpido cielo de una hermosa mañana de primavera, esta lozanía y este perfume delicioso á inestinguible del alma que jamás se olvida, que nos acompaña durante nuestra peregrinacion por esta triste morada de los hombres, este encanto divino, este recuerdo inmortal era el que adoraba Adosinda en su amante Wimarasio.

Y en efecto, la hermosa hija de D. Zuria debia amar al infante, aun cuando no fuese mas que por agradecimiento, que ciertamente merece gratitud sin límites el objeto que es causa ocasional de que se revele en nuestro espíritu ese himno inefable, ese gozo indecible, esa vida de los cielos que llamamos amor aquí en la tierra.

Pero ¡ay! la encantadora Adosinda, despues de esta vida superior, augusta y serena del espíritu que ama con la pureza de los ángeles, habia esperimentado ese otro modo de la existencia, esa faz tempestuosa de las pasiones, donde la sensibilidad y el deseo desplega sus alas ansiosas precipitándose con frenesí sobre todos los goces, como se precipitan los carnivoros milanos sobre las cándidas palomas.

El señor de la casa de los Ecos ejercia sobre Adosinda una fascinacion misteriosa é irresistible, pero á la par volcánica, rugiente y llena de inquietudes y delicias.

Aquel gallardo caballero, de hermosísimo semblante, pálido con la magnética palidez de la pasion, de cabellos y ojos negros que destellaban los deliciosos incendios de la vida, aquella actitud osada, aquella voluntad de hierro, aquella inteligencia suprema y, sobre todo, aquel aliento de fuerza y de misterio esparcido en torno suyo como el soplo de una divinidad caida, todo esto impresionaba fuertemente y atraía de una manera incontrastable á la hija de D. Zuria, sin que ella misma se apercibiese de la verdadera causa de sus emociones, por mas que notase la diferencia entre el amor que despertaba en su alma Wimarasio, y el que le inspiraba el señor de la casa de los Ecos.

El amor del infante, ya lo hemos dicho, era el amor puro,

desinteresado, platónico, divino. ¡Era el amor de las almas!

El amor de Fulgencio era terrenal, inquieto, profundo, abrasador, satánico. ¡Era el amor de los voluptuosos delirios!

Las pasiones se han llamado hijas del cielo, porque dirigidas hácia el bien, son las fuerzas que nos elevan al entusiasmo, al heroismo, al genio.

Entonces la llama de la pasion es la luz pura de la naturaleza, que con noble anhelo aspira á elevarse hasta el espíritu, y le sirve de medio y de inspiracion en ese camino glorioso, flanqueado por todas las virtudes, en esa senda fija y determinada de la vida práctica.

Pero cuando la pasion tan solo aspira al goce, sin tener en cuenta la virtud, entonces el espíritu cae de su alto pedestal, y desciende á una vida inferior, *ad inferos*.

En esta especie de escala de Jacob que une la tierra con el cielo, pueden las pasiones, purificándose, ascender á las regiones luminosas y serenas del espíritu, ó bien por el contrario, el espíritu, materializándose, puede bajar á la region tempestuosa de las pasiones.

Así, pues, Wimarasio hablaba al espíritu de Adosinda, y aparecia á sus ojos con el brillo de un sereno dia sobre el límpido azul de los mares.

Y el señor de la casa de los Ecos hablaba al corazon de la doncella, á su sensibilidad, á los deseos misteriosos de la mujer, que ella misma no sabia definirse, y Fulgencio aparecia á sus ojos como una hermosa noche de luna, en la estacion de las flores, cuando recrean la fantasía juvenil los febriles ensueños y delirios del amor que goza con los placeres de la tierra.

Jamás en un corazon humano ha tenido lugar una lucha mas cruel y dolorosa que la que esperimentaba Adosinda cuando su padre le propuso de nuevo que diese su mano al duque de Aquitania.

Tambien nuevamente rechazó la doncella con horror aquel enlace, orígen de tantos y tan amargos sinsabores como habia sufrido desde que su padre la tuvo prisionera en la torre de las Animas.

Sin embargo, Adosinda amaba tiernamente á su padre, y

este, que conocia perfectamente el carácter de su hija, encontró medio de persuadir á la triste jóven para que consumase el sacrificio mas inmenso.

El conde D. Zuria valióse de una traza infalible para recabar de Adosinda el consentimiento deseado.

Era D. Zuria áspero y tenaz, pero astuto y mañero, y en la ocasion presente lo demóstró de la manera mas cumplida y para él mas satisfactoria.

Manifestó á la doncella que aun cuando á la sazon se le mostraba el rey muy propicio y cariñoso, con todo, D. Fruela estaba en estremo enojado, por mas que lo ocultaba, á causa de la amistad que existia entre él y el duque de Aquitania.

Hízole entender además, que el rey D. Fruela, siendo de carácter cruel é ingrato, como acababa de mostrarlo con el infeliz Argerico, seria tambien muy capaz de confiscarle todos sus bienes á la menor sospecha de que él conspiraba para quitarle el trono y la vida, añadiendo que por desgracia estas sospechas ya existian en el ánimo del rey, aunque sin ningun fundamento por su parte.

El conde D. Zuria, como ya sabemos, era vascongado, y el rey D. Fruela habia admitido su naturalizacion en el reino, dándole el feudo de Villanueva, punto importante en aquella época para resistir cualquiera incursion de los vascones, inquietos siempre á pesar de la alianza del rey D. Fruela con el duque Eudo.

Temia D. Zuria verse despojado de sus dominios, y en esto dijo la verdad á su hija, y para prevenir cualquiera agresion por parte del rey, cuyo carácter feroz, mudable, y en gran manera suspicaz, se iba haciendo cada dia mas temible para todos sus vasallos, habia resuelto que Adosinda contrajese matrimonio con el duque de Aquitania, que en caso necesario podia servirle de poderoso aliado para contrarestar las fuerzas del rey.

Efectivamente, la alianza de D. Zuria con el duque no podia ser mas temible para D. Fruela, y en honor de la verdad debemos decir que el padre de Adosinda no dejaba de tener algun fundamento para recelar del rey, si bien D. Zuria exageraba estos temores á los ojos de su hija con el objeto de

obligarla mas eficazmente á que aceptase el enlace propuesto.

La generosa Adosinda, firmemente convencida de que su querido padre corria gran peligro de ser despojado, y aun tal vez muerto, por el rey, consintió al fin en dar su mano de esposa al duque, llevada por el noble sentimiento de hacer en algun modo mas propicia y estable la fortuna de su padre amado, que creia terriblemente amenazada por las iras de Don Fruela.

Hechas estas esplicaciones, el lector comprenderá fácilmente la inmensidad del doloroso sacrificio que hizo Adosinda para con su padre al dar su mano al de Aquitania.

Jamás una jóven desposada, en esos momentos en que el corazon humano esperimenta las emociones mas divinas y deliciosas, ha esperimentado un dolor mas profundo, una angustia mas insoportable que la que sufrió Adosinda en la noche de sus bodas, en aquella noche en que todos los semblantes se ostentaban en torno suyo alegres y risueños, y en que el júbiloso ruido de las danzas, de las cánticas de los trovadores, de los armoniosos bandolines y de los chistes de los juglares resonaban en su oido como ecos placenteros del contento que animaba á todos los convidados; pero ¡ay! aquel contento era un horrible sarcasmo para la infeliz Adosinda, que no podia apartar un punto de su memoria los tristes y á la par dulces recuerdos de su primer amor, que en otro tiempo mas dichoso habia llenado su existencia de una felicidad indecible é inolvidable.

Pero la situacion de espíritu en que se hallaba la hermosa Adosinda era tan complicada, tan intimamente dramática y poderosa, que hácia cualquier punto que se dirigian los ojos de su alma, le salia al encuentro una desdicha.

En medio del refulgente coro de bellas imágenes donde agitaba sus alas de céfiro su primer amor, se le aparecia tambien el semblante hermoso y pálido del altivo señor de la casa de los Ecos.

Ya hemos visto de qué manera el tenaz Fulgencio habia logrado penetrar en el castillo de Villanueva.

Conviene advertir, que cuando Fulgencio se presentó con

Adosinda en el castillo de D. Zuria, y este le manifestó su resolucion irrevocable de casar á su hija con el de Aquitania, el señor de la casa de los Ecos, merced á una casualidad para él feliz, concibió el atrevido proyecto que despues le hemos visto realizar, vestido con el trage de los trovadores.

El maestresala del castillo de Villanneva habia sido antiguo servidor de Fulgencio, á quien ciegamente respetaba y obedecia, como ya hemos tenido ocasion de conocer en la arriesgada empresa que ambos intentaron la noche de las bodas de Adosinda.

A causa del desmayo que poco antes habia padecido, y de las dolorosas emociones que la habian agitado por los recuerdos que en ella habia despertado la presencia del gallardo trovador, hallábase Adosinda profundamente dormida, segun ya hemos dicho, cuando el señor de la casa de los Ecos penetró en la estancia de los desposados.

Pero á la sazon Adosinda estaba soñando.

La hermosa jóven tal vez se habia dormido con los ojos de su alma vueltos á lo pasado.

El espíritu de Adosinda, como una hermosa paloma de rápidas alas, habia emprendido un viaje aéreo y encantador por las mágicas regiones de los sueños.

Su alma volaba, huyendo de los desiertos y de las tempestades, hácia otro mundo mejor, hácia el paraiso de los amores, donde en medio de una primavera sin límites, la inteligencia y el sentimiento de las almas se alimentan, como las ovejas de las flores, de ideas luminosas y de emociones divinas.

Adosinda creia encontrarse en una hermosa mañana de mayo bajo un cielo mas azul y resplandeciente que el cielo que vemos todos los dias, en otros campos mas verdes y perfumados, á las márgenes de otros rios de mas cristalinas corrientes que se deslizaban murmurando sobre arenas de oro; y creia tambien escuchar el canto mas delicioso de otras aves de mas bellos colores que revoloteaban en torno de árboles gigantescos y de nunca imaginada verdura y lozanía.

La hermosa jóven sentíase arrebatada por el torrente de la vida universal que se desgaja brillante y espumoso de las ma—

nos del Eterno, y encontraba incesantemente una magnífica sucesion de horizontes, cada vez mas hermosos, que se aparecian con la rapidez de la imaginacion en los espacios infinitos.

Y en medio de aquel rápido vuelo, de aquella vida serena y gozosa, donde cada instante se marcaba en su espíritu, como con un reloj del cielo, por un pensamiento delicioso, ó por una emocion inefablemente placentera, Adosinda contemplaba la imágen de un gallardo caballero que le ofrecia su mano con la sonrisa de los castos amores. Entonces creyó que su alma se transfiguraba, aumentándose hasta lo infinito su amor y su inteligencia con la inteligencia y el amor de aquella otra alma que parecia ser su hermana gemela.

Y ambas, en un éstasis sublime de amor, iban cariñosamente abrazadas por los espacios mas puros del sentimiento.

Y creian escuchar en las inmensidades etéreas la voz del mas bello de los espíritus que les decia: «El rocío de la primavera es menos puro que vuestros corazones, y la felicidad que gozais solo se encuentra entre los mas santos goces del cielo.» Y las dos almas amantes y venturosas seguian su camino luminoso, sin que ningun vapor de la tierra subiese á oscurecer ni á turbar aquel diluvio rutilante de dulcísimas emociones que brotaban de las alturas de la vida sublime en su inmortal esencia...

Bajo la impresion deliciosa de este sueño encantador, los rosados labios de Adosinda se dilataban con una sonrisa de júbilo inefable, repitiendo sin cesar el nombre de Wimarasio.

Pero el hermoso ensueño se desvaneció como un nacarado celage que arrebatan los vientos, ó por mejor decir el ensueño no se habia desvanecido, sino que únicamente habia cambiado de aspecto. . . . .

Despues de las encantadas y luminosas regiones que habia recorrido su espíritu en las alas de su amor, los bellos horizontes se oscurecieron, y las tempestades de la vida, las pasiones con su ardiente lava comenzaron á rugir con toda su indómita pujanza en el corazon de la infeliz doncella, que hasta entonces solo habia esperimentado las serenas emociones de un amor puro y santo.

Entonces fué cuando la figura á un tiempo hermosa y sombría del señor de la casa de los Ecos apareció á los ojos de la candorosa vírgen, cuyo espíritu habia permanecido hasta entonces tranquilo como la superficie del lago que solo riza el leve soplo de las auras.

Los negros y brillantes ojos del gallardo caballero inflamaron el tierno corazon de Adosinda con una pasion turbulenta y profunda, despertando en ella emociones completamente desconocidas.

Entonces el amor tomó para ella nueva forma, y en aquellas voluptades divinas que antes se determinaban en el fondo mismo de su alma con una serenidad olímpica y con celestial pureza, se cambiaron de repente en sensaciones volcánicas, desgarradoras y á la par llenas de un atractivo irresistible.

La infeliz Adosinda creia encontrarse en un bosque de naranjos en flor, á la hora en que asoma la primera estrella, en compañía de Fulgencio, que la devoraba con sus ojos.

La mirada del gallardo caballero ejercia sobre la inesperta cuanto sensible jóven una fascinacion semejante á la de la antigua serpiente sobre la hermosa y antojadiza Eva.

Y en su amoroso delirio Adosinda veia en los ojos apasionados del mancebo una llama brillante de placer que se irradiaba de sus pupilas como un filtro calenturiento que iba á emponzoñar hasta las últimas fibras de su corazon. De pronto el señor de la casa de los Ecos estendió sus brazos hácia la jóven, que sintió sobre sus megillas los labios de fuego del apasionado Aliatar.

Adosinda se estremeció como la tórtola arrullada por su amante compañero. Hizo un esfuerzo desesperado para huir; pero la mirada tenaz y ardiente del mancebo la detenia clavada en el mismo sitio.

En el momento en que Adosinda se hallaba bajo la impresion de este ensueño, fué cuando apareció en la estancia el altivo y enamorado señor de la casa de los Ecos, el cual, aquella noche, habria dado la mitad de su vida por arrancarla del lecho nupcial del duque de Aquitania.

La hermosa hija de D. Zuria en presencia del gallardo Ful-

gencio sentíase como subyugada por las corrientes magnéticas que aquel parecia exhalar de todos sus poros, como una atmósfera volcánica, embriagadora y deleitosa.

Ciertamente que tales emociones no eran del espíritu, sino de la sensibilidad lisonjeada, no por la belleza, sino por la hermosura; pero estos goces vivos, turbulentos y frenéticamente deliciosos arrancaban profundos suspiros del corazon de Adosinda, que luchaba en vano por sustraerse á la profunda nube de ilusiones placenteras que turbaban agradablemente sus sentidos.

La bella desposada, creyendo en su sueño hallarse en un bosque solitario en compañía del hermoso Fulgencio, murmuraba con dulce languidez estas palabras:

—Levantad, plácidas y queridas ilusiones, levantad vuestros incitantes velos, y embriagad suavemente mi corazon con vuestras delicias... ¡Qué hermosura tan varonil!... ¡Qué fuego brilla en sus ojos!... ¡Todo en él respira el incendio de frenética pasion!... Yo te amo, sí, yo te amo, Fulgencio de mi vida... ¿Me querrás mucho?... ¡Ah!... ¡Yo te amaré eternamente!

Entre tanto la risueña aurora, vestida con su brillante manto de escarlata, se apresuraba á abrir las puertas del dia, que con sus afanes y sus esperanzas despertaba á los mortales.

La hermosa luz del sol comenzaba á descender, como límpidos arroyuelos, por las pendientes de las montañas, penetraba al trasluz del umbrío ramage de los bosques, y reflejada en mil cambiantes por las gotas de rocío que como líquidas perlas adornaban espléndidamente plantas y flores, lanzaba mil destellos al través de la impalpable y aérea gasa estendida sobre los campos, como una blanca nube de incienso que la tierra agradecida eleva al trono del Creador.

Voces misteriosas de los espíritus del aire murmuraban á lo lejos sonidos vagos, perdidos, indefinibles.

Frescos aromas, aliento de los genios de la tierra, embalsamaban el ambiente.

La creacion, como una vírgen que se despierta, ostentaba á los rayos del sol de la mañana toda la pompa de su hermosura, y de su rosada boca exhalaba ricos olores, y de su fecun-

do seno brotaba, puro y suave, un hálito de vida que todos los séres aspiraban con indecible júbilo y deleite.

Y el aire, animado por la voz múltiple de aves canoras, de animales veloces y de brillantes insectos, palpitaba como un inmenso viviente; y de los mares, de los lagos, de los rios, de los valles, de las rocas y de los bosques salian á la vez las mil y mil voces que en aquel grandioso y sublime concierto formaban la voz universal, cuyas gigantes armonías, propagadas en todas direciones, se dilataban en ondas inmensas, de mundo en mundo, como el himno titánico que este planeta entonaba en el coro de los demás planetas que giran gallardos y rutilantes, como en un fluido de oro, por los espacios infinitos.

Entonces en aquella hora en que las rosas del valle entreabrian su seno para recibir con amor los besos de las auras matinales, abrió tambien sus ojos la hermosa Adosinda, rodeada todavia de las nacaradas y placenteras imágenes de su ensueño delicioso, y al verse en los brazos del señor de la casa de los Ecos, exhaló un profundo suspiro á la vez de alegría, de horror, de vergüenza, de placer y de asombro.

—¡Fulgencio! esclamó con voz desfallecida.

—¡Amada mia! ¡Esposa de mi alma! esclamó el caballero con el delirante arrebato de su pasion abrasadora.

—¡Su esposa! murmuró Adosinda como si aun se hallase bajo el influjo de su ensueño, que parecia haberse realizado. ¡Jamás! ¡Jamás!

—Sí, hermosa Adosinda, yo te amo como ningun hombre puede amarte; sí, yo soy tu verdadero esposo, y en tanto que yo viva, nadíe en la tierra podrá llevar con razon este título sino tu amante Fulgencio, que ha saboreado junto á tí las mas bellas voluptades que el amor puede ofrecer en su copa encantada.

Adosinda comenzó á comprender.

—¡Dios mio! esclamó juntando sus manos con una espresion de angustia infinita. ¡Qué misterio acabo de entrever!... Peligroso mortal, ¿por qué me persigues siempre?... ¡Ahora lo comprendo todo! ¿Cómo habeis penetrado aquí?

—Por esta puerta secreta, respondió Fulgencio, tocando el

resorte por medio del cual se abria la comunicacion que ya el lector conoce.

Y en seguida Fulgencio esplicó en breves palabras á la jóven los estraordinarios medios de que se habia valido para conseguir su intento de penetrar en aquella habitacion, donde se encerraba el tesoro de su ternura.

Adosinda permaneció silenciosa durante algunos momentos, con los ojos bajos, con el bello rostro encendido de amable rubor, y sin saber qué hacer ni qué decir en situacion tan estraña y dolorosa.

—¡Mi honor! esclamó al fin, exhalando profundos y prolongados sollozos. ¿Qué dirán las gentes del castillo, si llegan á saber tu atrevimiento y mi deshonra? ¡Cuán desgraciada nací!

Esto diciendo la infeliz Adosinda, se cubrió el rostro con ambas manos, y sin cesar repetia con grandísimo desconsuelo:

—¡Mi honor! ¡Mi honor!

El señor de la casa de los Ecos contemplaba silencioso y estasiado á la triste Adosinda, que en medio de su dolor parecia mas bella.

—¿Y mi esposo? preguntó Adosinda de repente.

—En la estancia contigua.

—¿Y cómo no te ha atravesado el corazon?

—¿Acaso has olvidado lo que te he dicho?... El duque se halla profundamente dormido, merced á un narcótico que se le ha administrado.

—¡Ah! ¡Es verdad! Creo que me lo habeis dicho... Yo estoy loca... ¡Sois un infame!

Los ojos del señor de la casa de los Ecos lanzaron un relámpago de furor, pero al fin se contuvo, limitándose á decir con cariñoso acento:

—Perdona, amada de mi corazon, perdona mi osadía, y no mires en el paso que he dado sino una prueba de mi ternura sin límites.

Adosinda vistióse rápidamente, saltó del lecho, y mirando con ojos flameantes al caballero, dijo con voz ahogada por la indignacion:

—Yo no veo ni puedo ver en vuestra conducta sino la prueba mas evidente de que sois el mas ruin de los hombres.

—¿Es posible, Adosinda de mi alma, que estimeis en tan poco mi amor inmenso?...

—No es amor el que me profesais, mal noble y mal caballero, interrumpió vivamente la hija de D. Zuria.

—¿Querrás hacerme creer que te profeso odio?

—Sí, me odias, Fulgencio, porque si así no fuese, jamás os hubiéseis atrevido á hacer lo que habeis hecho.

—Quien no ama, no se aventura á intentar lo que yo he intentado por vuestra causa.

La hermosa hija de D. Zuria quedóse mirando fijamente al señor de la casa de los Ecos.

Habia en aquella mirada por parte de Adosinda cierta indecision, como si dudase de los verdaderos sentimientos que Fulgencio abrigaba.

La jóven creia que el altivo caballero no habia retrocedido ante ninguna consideracion, no porque él le profesase un amor apasionado, sino porque conociendo su carácter soberanamente soberbio y orgulloso, se imaginaba que habia querido á todo trance lograr sus deseos para salir con la suya, como vulgarmente suele decirse, y es natural en hombres del temple de Fulgencio.

Pero por otra parte las palabras y las miradas del gallardo trovador revelaban tanta ternura y tan ardiente pasion, que la jóven no sabia á qué causa atribuir la conducta de Fulgencio, que podia ser igualmente motivada ó por un esceso tenaz orgulloso, ó por un estremo de amor apasionado.

Sin duda hubo de prevalecer en su ánimo la primera suposicion, cuando dijo:

—Lo que vos habeis intentado no ha sido por amor, sino por satisfacer vuestro orgullo, pues el amor respeta siempre al objeto amado.

—Créeme, Adosinda de mi alma, yo te amo con delirio, y he lamentado en mi corazon la infausta suerte que te persigue.

Y Fulgencio asió cariñosamente de una mano á Adosinda,

y fijando en ella una mirada de inefable ternura, continuó:

—¿Piensas acaso, mujer adorada, que si yo no te amase con todo mi corazon, me habria vestido este trage para venir á cantar trovas y á tañer mi bandolin en honor de tu hermosura en la noche de tus bodas? ¿Has podido imaginar, Adosinda idolatrada, que yo he mirado con indiferencia el doloroso sacrificio que hacias al entregar tu mano de esposa al duque de Aquitania, tan solo por obedecer á tu padre? Yo he leido como en un libro abierto en el interior de tu alma, y todos tus sufrimientos se han reflejado en mi corazon, que te adora. ¡Ah! Bien sabes, Adosinda, que no es esta la primera vez que te he demostrado que yo te conozco aun mejor que te conoces tú misma.

La jóven escuchaba atentamente al señor de la casa de los Ecos, y no podia menos de sentirse fuertemente conmovida al ver la ternura que el apasionado Fulgencio le manifestaba.

Así, pues; Adosinda, por mas que al principio tuvo el pensamiento de llamar á su padre y á sus servidores para que castigasen al temerario caballero, sintió que su resolucion flaqueaba en vista de las cariñosas palabras de Fulgencio, á quien ella tambien amaba ciegamente, á pesar suyo.

—¡Quiero ver á mi esposo! esclamó Adosinda como absorta en una vaga meditacion.

El señor de la casa de los Ecos frunció las cejas con una espresion de furor.

—¡Ahí lo tienes! dijo, señalando á la habitacion contigua.

La hija de D. Zuria dió algunos pasos hácia la puerta.

El gallardo trovador la detuvo diciendo:

—¿Qué piensas hacer?

—Os digo que quiero ver al duque.

En el ánimo de Adosinda habia brotado una sospecha horrible.

Pensó que tal vez el señor de la casa de los Ecos, arrastrado por su amor y por sus celos, habia dado muerte al duque de Aquitania, y la jóven se estremecia al considerar que por causa suya fuese Fulgencio homicida.

La bella desposada insistió en penetrar en el aposento inmediato á fin de cerciorarse de la suerte de su esposo, á quien bastaba este título para que ella, cumpliendo un deber sagrado, procurase á todo trance salvarlo de cualquier peligro que le amenazase.

Pero en el momento en que el gallardo trovador habia consentido ya en que la jóven se convenciese por sus ojos de que él no habia cometido ningun crímen sangriento, sino solamente un delito amoroso, asomó por la puerta secreta el pálido rostro del maestresala, diciendo atropelladamente:

—Señor, ved lo que haceis, porque corremos un gran peligro.

En otra ocasion Fulgencio se hubiera reido desdeñosamente de la turbacion del maestresala y del peligro anunciado, pero en la ocasion presente Aliatar se acordó al punto de las lúgubres predicciones de Ben-Alcama, y esta consideracion impresionó fuertemente su espíritu, si bien la soberana altivez que distinguia su carácter le hacia incapaz de detenerse en pensar en el peligro mas tiempo que el necesario para desafiarlo valientemente y aceptarlo con desprecio, por grande que fuese.

—¿Qué sucede? pregunto el caballero con aire de indiferencia.

—Señor, el escudero del duque ha hecho ya algunos movimientos como para despertarse.

—¿Y no te he dicho ya lo que tienes que hacer? respondió Fulgencio volviéndole la espalda al maestresala, que atolondrado y confuso murmuraba entre iracundo y admirado:

—¡A fé que mi antiguo señor es un hombre de pelo en pecho!

El señor de la casa de los Ecos tornóse hacia Adosinda como para continuar departiendo con ella; pero el maestresala, conociendo la imprudencia imperdonable, la temeridad insensata que era el permanecer allí mas tiempo, cuando ya las gentes del castillo no tardarian en levantarse, insistió obstinadamente, aun á riesgo de disgustar al irascible galan:

—Señor, no solo tenemos que temer á los que están en

este aposento, sino á los hombres de armas y á todas las gentes del castillo, que se levantarán muy en breve.

—Calla y retírate de ahí, dijo el caballero sin mirar siquiera al maestresala.

Entre tanto Adosinda, triste y desolada y combatida por los mas contrarios sentimientos, no sabia qué resolucion adoptar en aquel caso en que su honra estaba comprometida, y en que, por otra parte, el amor irresistible que profesaba al hermoso Fulgencio le impedia, como algunas veces tuvo tentaciones de hacerlo, el avisar á su padre y delatar al temerario caballero que con tan culpable osadía habia profanado aquel recinto.

¿Pero todo lo que habia hecho Aliatar no habia sido inspirado por el ardiente y profundo amor que á ella le profesaba?

Esta consideracion fué decisiva en el ánimo de la hermosa hija de D. Zuria, que por último resolvió guardar silencio y favorecer la fuga y la salvacion de su amado. ¡Tal es el corazon de la mujer, que á sus ojos hasta el mismo crímen pierde parte de su deformidad, con tal que haya sido cometido por un esceso de amor hácia ella!

De pronto se oyó en la estancia inmediata un grito ahogado y el ruido de una lucha desesperada.

Adosinda y el señor de la casa de los Ecos se miraron con inquietud, ella temblando por la suerte del duque de Aquitania, y él recordando, á pesar suyo, las siniestras predicciones del viejo astrólogo.

Pero ninguno de los dos amantes pronunció una sola palabra.

En esto presentóse en la estancia un hombre, de cuyo pecho brotaba una ancha fuente de sangre, y que, con los brazos estendidos y la faz desencajada, dirigióse hácia Adosinda, gritando con voz ronca:

—¡Traicion! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

La hermosa cuanto afligida jóven lanzó un grito de horror al ver á aquel hombre, que cayó á sus pies, manchando su trage nupcial. ¡Aquel desgraciado era el duque de Aquitania!

Fulgencio contemplaba impasible y quizá con secreta alegría aquella escena.

Adosinda estaba petrificada de espanto.

—Señor, no tenemos tiempo que perder, dijo en voz baja el maestresala, que apareció á la puerta, lívido como un espectro.

—Sí, sí, dijo Fulgencio, es preciso partir al punto.

—¡Guardaos, señor, que os matan! gritó el maestresala á Fulgencio, que se habia vuelto de espaldas al duque para hablar con su antiguo servidor.

Efectivamente, el duque, con las ansias de la muerte, habia hecho un esfuerzo desesperado, y desenvainando la rica daga que llevaba á la cintura intentó matar al hermoso caballero, en quien confusamente debió ver un rival afortunado.

Pero gracias al aviso del maestresala y á la debilidad del moribundo, el golpe vino á dar con espantosa furia en la pared, habiendo logrado Fulgencio retirarse á tiempo oportuno para no ser víctima del furor del duque.

Adosinda, pálida, con el rostro desencajado, con la mirada vagarosa, agitaba estraordinariamente sus labios como esforzándose para pronunciar algunas palabras; pero el espanto la tenia encadenada con todos sus terrores.

La jóven, en efecto, cuando vió levantarse tan súbitamente á su esposo, imaginó desde luego que iba á acometer á su amante Fulgencio, y entonces comenzó á agitar sus labios para avisar al trovador del peligro que le amenazaba; pero la aterrorizada jóven no pudo articular siquiera una palabra, y ciertamente que nada puede imaginarse mas espantoso que aquella hermosa cabeza, espresando en su fisonomía los mas contrarios y profundos afectos, agitando sus labios y permaneciendo muda.

El duque, al descargar su golpe furioso contra el muro de la estancia, lanzó una maldicion y cayó en tierra con los ojos vueltos hácia Adosinda.

—¡Pérfida serpiente! esclamó el moribundo con voz ronca. ¡Tú me has asesinado!... ¡Oh furor!... ¡Y el cielo no ha querido dejarme vida suficiente para acabar con la vuestra!... ¡Malditos seais, infames adúlteros!... ¡Malditos!

Y así diciendo, el duque de Aquitania exhaló el último aliento.

Ya era de dia muy claro cuando tuvo lugar esta escena do-

lorosa, y por lo tanto Fulgencio se hallaba en el caso de aprovechar los instantes, sino queria verse sacrificado al furor del conde D. Zuria y de los vasallos del infortunado duque de Aquitania.

Algunos hombres de armas que pasaban por una galería próxima habian oido al duque cuando gritó: ¡Al asesino!

Inmediatamente la alarma cundió por el castillo, y ya se aprestaban muchos á venir al aposento de los desposados cuando la infeliz Adosinda, llena de dolor y de vergüenza, cayó desmayada en brazos de Fulgencio.

—Seguidme, señor, si no quereis morir á manos del conde D. Zuria y de sus gentes, dijo el maestresala.

El señor de la casa de los Ecos vaciló algunos instantes, hasta que por último, impulsado por el amor que profesaba á Adosinda, antes que por temor á los hombres de armas del castillo, tomó en sus brazos á la hermosa jóven, y precedido del maestresala, desapareció por las oscuras galerías de la antigua fortaleza.



CAPITULO XXXIV.

De como Fromestano dió muerte á su amigo el infante.

No muy distante de Villanueva, en un espeso bosque de añosas encinas, á la hora en que las aves saludan al dia y en que las flores, cubiertas de rocío, reflejan como brillantes joyas los rayos del sol de la mañana, estaban dos hombres que tenian del diestro cuatro caballos enjaezados lujosamente, embridados y prontos para servirse de ellos.

Conocíase fácilmente que los escuderos estaban inquietos y recelosos, á juzgar por la espresion de sus semblantes.

—A fé que me dá mala espina, Isidoro, la tardanza del señor, decia uno de ellos, que era un mozo que apenas llegaba á veinte años, alto, agraciado, moreno, vivaracho y listo.

—Todavía no tarda, dijo el segundo, que era un jóven de treinta años, de estatura mas bien alta, de hermoso aspecto y de espresion grave y melancólica.

—¿Si habrá sobrevenido algun peligro?

—No será estraño; pero á Dios gracias, nuestro señor ni es manco ni lerdo, y difícilmente se le presentarán peligros que no puedan superar su entendimiento y su bravura.

—Sin embargo, si le acometen á traicion...

—Yo creo que un poder misterioso le protege. En mas de una ocasion lo he visto salir de los mas grandes riesgos como por milagro.

—Y lo mas estraño es que, segun he oido decir, ni jamás ha estado herido, ni nunca ha dejado de salir vencedor en cuantos duelos y batallas se ha encontrado; pero á la postre suele

suceder que acontece en una hora lo que no ha acontecido en un año.

—Hay hombres cuya fuerza de voluntad triunfa de todo, y para los cuales no hay peligros que no venzan ni imposibles que no alcancen, y nuestro señor es uno de esos hombres prodigiosos.

—Lo que es en eso no hay duda, y segun se dice, parece que el caballero de las Almas tiene hecho pacto con el diablo.

—¡De veras! esclamó riéndose Isidoro.

—Vamos, no te rias tanto, que de menos nos hizo Dios, replicó un si es no es amostazado Alfonso, que así se llamaba el mas jóven de los escuderos.

—¿Y á quién le has oido decir tales lindezas?

—Al viejo Lainez, el portero de la casa de los Ecos, que me parece que es voto en la materia, amigo mio.

—¿Qué entiende él de pactos con diablos ni diablesas? dijo Isidoro con sorna.

—¡Ahí es un grano de anís! esclamó Alfonso haciendo aspavientos; Lainez me ha contado cosas estupendas.

—¿Qué te ha contado?

—Me ha dicho, entre otras cosas, que un ascendiente de nuestro señor era moro ó judío, en fin, que no creia en Dios ni en Santa María, y que hizo un pacto con el diablo de darle su alma despues de morir, con tal de que en vida le proporcionase cuantos caprichos y gustos apeteciese, y segun dice Lainez le pidió no solamente riquezas, sino tambien pueblos y castillos, y parece que en cierta ocasion, hallándose enamorado de una señora muy hermosa, y deseando vivir con ella en un lugar apacible y solitario, le pidió al diablo que en medio del campo le fabricase en un momento una casa de tal manera construida, que ni su amada ni sus vervidores pudiesen nunca hacerle traicion, ni hablar cosa que él no pudiese oir, si así le placia...

—¡Jesus, María y José! esclamó Isidoro santiguándose.

Alfonso continuó:

—Y entonces fué cuando en una noche el diablo fabricó la casa de los Ecos, que llenaba todas las condiciones que apetecia

el ascendiente de nuestro amo. Hé aquí por lo que yo sospecho que tambien es muy posible que el señor tenga pacto con el diablo.

—Todas esas son patrañas á que no se les debe dar crédito.

Aquí llegaban nuestros escuderos, cuando á lo lejos divisaron al señor de la casa de los Ecos, que, ayudado de otro personage, conducia á una hermosa dama.

Escusado parece decir que la dama era Adosinda, y el que acompañaba á Fulgencio no era otro que el maestresala de D. Zuria.

Adosinda aun no habia vuelto de su desmayo.

Fulgencio cabalgó en su troton llevando en sus brazos á la hermosa jóven, y los dos escuderos y el maestresala cabalgaron tambien, preparando sus armas para el combate, pues no dudaban que habian de tener algun encuentro con las gentes del conde D. Zuria, el cual, en efecto, en aquellos mismos instantes habia mandado que sus hombres de armas saliesen en todas direcciones para buscar al asesino del duque de Aquitania y al robador de Adosinda.

Fulgencio, pues, encaminóse rápidamente con los suyos hácia la casa de los Ecos.

Fulgencio, que bajo tantos nombres y aspectos se ha presentado ya al lector, estaba muy comprometido con el rey Don Fruela para no salir de Oviedo, cuando á consecuencia del casamiento de Adosinda concibió el proyecto de presentarse vestido de trovador en el castillo de Villanueva.

El rey se hallaba entonces en muy críticas circunstancias, y necesitaba del apoyo de un señor tan poderoso y leal como era el caballero de las Almas.

La ciudad de Oviedo se hallaba en grande agitacion por las nuevas que habian corrido de la caida del conde D. Aurelio y de su hermano D. Claudio, que pasaban por ser los consejeros y favoritos del rey.

Ya sabemos que D. Fruela habia mandado conducir á una prision á su favorito y al capitan de su guardia, que de una manera tan infame habian abusado de su confianza.

El intento de D. Fruela era ejecutar el mas severo castigo con los traidores.

El rey se hallaba con fuerzas bastantes para no temer á los hombres de armas de los conjurados, pues el caballero de las Almas, aunque se ausentó por breves dias de Oviedo, cuidó de que las gentes de Rosmundo estuviesen á todas horas á disposicion de D. Fruela.

Durante algunos dias estuvieron los traidores sumidos en el mas oscuro calabozo del castillo de Samos.

Proponíase el rey aparentar para con los prisioneros sentimientos de clemencia, y aun hacerles concebir la esperanza de que serían perdonados, siempre que ellos hiciesen algunas revelaciones importantes respecto á la conjuracion, exigiéndoles sobre todo que entregasen una lista de los conspiradores, pues en la reunion á que habia asistido el rey ni se habian presentado todos, ni D. Fruela habia podido conocerlos, porque muchos iban disfrazados.

Pero fué inútil este artificio del rey, pues el conde D. Aurelio conocia demasiado el carácter de D. Fruela para dejarse engañar por sus arterías.

El siervo Rodrigo, que tan fiel se habia mostrado para el rey, habia recibido una herida muy leve en la cabeza, si bien el atronamiento que le habia producido pudo inspirar sérios temores por su vida en los primeros instantes; pero despues se recuperó fácilmente.

D. Fruela, que tan inequívocas muestras de lealtad y adhesion habia recibido del siervo, creyó que ninguno mejor que él podia desempeñar el cargo de carcelero del rebelde conde y de su hermano.

D. Fruela además tenia la costumbre de hacer servir á sus planes las pasiones de los hombres, y bajo este aspecto ninguno como Rodrigo podia custodiar al conde y á D. Claudio, que eran sus enemigos irreconciliables.

La noche habia estendido su manto de sombras sobre la tierra.

Negras nubes, como inmensas pizarras de caprichosas figuras y semejantes á montañas aéreas, encapotaban el firmamento.

Una lluvia menuda, pero incesante, añadia un no sé qué de triste y pavoroso á aquella noche terrible, que debia ser la última que en este valle de lágrimas pasasen los prisioneros.

En este dilatado salon, en el piso bajo del castillo de Samos, en torno de una hoguera donde ardia media encina, se hallaban algunos hombres cuyos semblantes siniestros revelaban á la vez la ferocidad, la abyeccion y el embrutecimiento.

El uno de ellos, sobre todo, era en estremo repugnante. Su nariz espantosamente chata, sus ojos oblicuos y sanguinolentos, sus labios gruesos como los de un hotentote, y que dejaban ver unos dientes blancos y afilados como los de un chacal, su cabeza abultada, greñuda y disforme, su estatura gigantesca, su color terroso, sus anchas espaldas, y sus brazos bellosos y nerbudos, formaban un conjunto tan feroz y tan estúpido, que era imposible mirarlo sin estremecerse á la vez de terror, de ira y de lástima.

Aquel gigante contemplaba gozoso una enorme hacha que tenia en sus manos, y cuyo reluciente filo probaba con sus huesudos dedos con la misma satisfaccion que el músico preludia en su instrumento, ó del ginete que acaricia la redonda grupa de su corcel mas estimado.

Inútil parece decir que aquel hombre era el verdugo, y que los demás eran hombres de armas destinados á guardar los diferentes tránsitos que conducian al calabozo de los reos.

Al despuntar el alba debian ser degollados en el patio principal del castillo el conde y su hermano. Tal era la justicia que habia mandado hacer el rey en los traidores.

¡Qué contraste formaba el silencio sepulcral que reinaba en los calabozos de los condenados, con la chacota y algazara que en torno de la hoguera traían aquellos hombres, que solo tenian de tales la figura!

Un mozalbete vestido de amarillo, criado del verdugo, les escanciaba en una taza que pasaba de mano en mano, si bien el ejecutor bebia en un jarro aparte.

Groseros chistes, feroces carcajadas brotaban como plantas venenosas de aquellas bocas inmundas y humeantes de embria-

guez, y se mezclaban al chasquido de la leña del hogar, cuyas movibles y rojizas llamas esparcian sobre aquellos estúpidos rostros un tinte vinolento, febril y jubilosamente salvaje.

De pronto cesaron las risas y las voces, se levantaron todos, y saludaron con un ademan grotescamente respetuoso á un venerable monge que con lento paso atravesó la estancia.

Apenas hubo pasado el monge, el verdugo y los hombres de armas volvieron á sentarse, y no parecia sino que por sus turbadas y fruncidas frentes habia pasado tambien un pensamiento grave y religioso, como el último instante de la vida del hombre.

Así al menos podia creerse, á juzgar por el obstinado silencio que reinó entre ellos durante largo rato.

—Mucho tiempo hacia que no nos veiamos, dijo al fin el verdugo con su bronca voz, dirigiéndose al mas jóven de los hombres de armas.

—No es para todos los dias el degollar altos y poderosos señores, respondió el mancebo.

—En este castillo ya ha cortado mi hacha otras cabezas tan altas como las del conde y su hermano.

—¿Quién habia de pensar que los que ayer eran amos del reino, iban á morir hoy tan desastrosamente? dijo el mas viejo de los hombres de armas, apurando con delicia una gigantesca taza de mosto.

—Ese es el mundo, que rueda como una bola, dijo el que estaba á su lado, asiendo la taza, que en efecto iba dando la rueda de mano en mano.

En esto presentóse un personage á quien todos los mas saludaron con muestras de gran respeto.

—Venid, dijo el recien llegado.

El verdugo y los hombres de armas siguieron silenciosos á su gefe, que colocó en diversos puntos á los soldados ó sayones, como entonces se decia, y mandó al verdugo que fuese á disponer lo necesario para la ejecucion en un patio retirado y húmedo, en donde se veia un tablado cubierto de negras bayetas, y encima un asqueroso tajo.

Los hombres de armas y el verdugo creyeron que ya era

llegada la hora de que se verificase la justicia que habia mandado hacer el rey.

En seguida el gefe de los hombres de armas se dirigió á la prision de los reos, en cuya puerta le aguardaba el anciano monge que poco antes hemos visto pasar, y que iba á ofrecer los consuelos de la religion á los sentenciados á muerte.

—¿Qué tenemos, Rodrigo? preguntó el monge con ansiedad.

—Por mi parte, he cumplido mi palabra.

—¿Podrán salvarse al fin?

—Así lo espero.

—Es preciso que tú tambien te vengas con nosotros, pues el rey jamás te perdonaria el que hayas dejado escapar á sus mas encarnizados enemigos.

—Esa es exactamente mi opinion, y por lo tanto acepto el unir mi suerte á la suerte de los reos.

—Sí, hijo mio, Dios mediante, creo que conseguirémos salvarnos todos.

—¡Así sea!

—Vamos, Rodrigo, no tenemos tiempo que perder.

—¿Habeis mandado preparar un caballo para mí?

—Todo está perfectamente dispuesto para vuestra fuga.

—Y vos, ¿qué pensais hacer, reverendo padre?

El abad del monasterio de San Vicente de Samos al escuchar esta pregunta, quedóse profundamente pensativo y no sabia qué resolver, hasta que por último respondió con otra pregunta:

—¿Qué te parece que haga?

—Vuesa Paternidad tiene dos caminos que elegir.

—Veamos.

—El primero es venirse con nosotros ahora mismo, y el segundo es quedarse, y aun participarle al rey la nueva de la fuga del conde D. Aurelio y de su hermano.

—¡Oh! esclamó espantado el abad. Esa última resolucion no me parece aceptable.

—Perdone vuesa Paternidad, pero yo creo que esta seria la resolucion mas sabia.

—El rey se enojaria sobremanera...

—Vuesa Reverencia está á cubierto de las iras del rey.

—Además, ¿qué ventajas tiene para nosotros el que yo le comunique al rey que los prisioneros se han fugado?—¿No es mas sencillo y menos enojoso para mí el marcharme ahora mismo?

—En hora buena; pero tambien sería una insigne torpeza.

—En fin, yo me atengo al primero de los dos caminos propuestos.

—Lo siento á fé mia, porque si vuesa Paternidad hiciese lo que yo le digo, no entraria el rey en sospechas de lo que hemos hecho.

—¿Pero crees tú que el rey sospechará que yo he tenido parte en la evasion del conde y de su hermano?

—Si vuesa Reverencia se viene con nosotros, de seguro que el rey sospechará que vos les habeis ayudado, y lo peor es que el rey tendrá datos muy fehacientes para creerlo así, supuesto que á sus ojos os habíais conducido de una manera estraña é inconveniente. Vuesa Paternidad ha venido aquí para auxiliar espiritualmente á los reos en sus últimos instantes, y por lo tanto, antes que ningun otro debeis saber que se han fugado. Ahora bien, el rey, apenas llegue á saber la evasion de sus enemigos, no perdonará medio alguno para apoderarse otra vez de ellos, lo cual quiere decir que vuesa Reverencia, permaneciendo al lado del rey, debe tardar algunas horas en comunicarle la noticia, á fin de que nosotros nos podamos poner en salvo. Por lo demás, repito que será muy sospechoso para el rey el que vos hayais sabido la fuga de sus enemigos mas irreconciliables y hayais guardado silencio.

El abad tenia un alto concepto de la inteligencia y perspicacia del siervo Rodrigo; pero en la ocasion presente su admiracion subió de punto, porque nunca pudo imaginar que el siervo raciocinase con tanta seguridad y tino.

—Verdaderamente que tienes razon, dijo al fin el abad despues de algunos momentos de profunda reflexion.

—¿Estais resuelto á quedaros?

—Si, Rodrigo, porque me han convencido tus razones.

—Pues bien, en ese caso, ahora debeis iros al patio en

donde aguarda el verdugo, y allí permaneceréis todo el mas tiempo que podais, hasta que afectando estrañeza por la tardanza, enviais á esta prision al verdugo ó á uno de los hombres de armas á fin de que se informe de la causa de tan incomprensible dilacion. Entonces se descubrirá la fuga de los reos y se alborotará el castillo, y entonces tambien es la ocasion de que vayais á Oviedo y anuncieis al rey, todo lo mas tarde posible, el lamentable suceso.

—Tu plan es escelente, pero tiene una gran falta, dijo el abad con inequívocas muestras de disgusto.

—¿Y qué falta es esa, señor?

—Que para realizar tu proyecto es necesario mentir un poco.

—Señor, si vamos á reparar en esas cosas, no debíamos habernos comprometido á salvar á los prisioneros.

El abad hizo un gesto que podria significar:

—«¡Tengamos paciencia!»

En seguida el abad se despidió afectuosamente del siervo Rodrigo, que reunia el valor y la astucia á una índole generosa, como si en él, de una manera marcada é incontestable, hubiese querido la naturaleza protestar contra la servidumbre.

Mientras que tenia lugar esta escena junto al calabozo de los reos, uno de los hombres de armas del castillo de Samos, al pie de los muros, estaba departiendo misteriosamente con un caballero de gallarda presencia y apostura, si bien envuelto en una especie de luengo tabardo procuraba recatar su rostro de miradas curiosas.

El soldado trataba con muestras de gran respeto al incógnito personage, á quien llamaba su capitan.

—¿Me prometes, decia el caballero, entregarle este pergamino?

—Señor, os lo juro por la salvacion de mi ánima.

—Toma esta escarcela.

—Señor, yo no necesito que me pagueis este servicio, pues el afecto que siempre os he profesado á vos y al infante me mueve á esponer mi vida, si necesario fuese, por sacar de la prision á vuestro amigo.

—Yo, sin embargo, quiero que aceptes esta suma.

El soldado no discutió mas, y se guardó la escarcela.

El caballero preguntó:

—¿Y tú sabes á punto fijo el sitio donde está el calabozo?

—Ya lo sabia yo poco mas ó menos; pero ahora, con las esplicaciones que vos me habeis dado, estoy seguro de no vacilar ni un momento.

—¿A qué hora vendré mañana para saber el resultado?

—Podeis volver á estas mismas horas.

—Pues adios, hasta mañana.

Y el caballero se dirigió á un árbol donde tenia amarrado su caballo, cabalgó, y desapareció rápido como un genio de las nubes.

Entre tanto el siervo Rodrigo habia sacado de su calabozo al conde D. Aurelio y á su hermano sin el menor riesgo.

Efectivamente, los centinelas que habian encontrado al paso en la galería no les opusieron resistencia alguna, pues viendo á su gefe Rodrigo que acompañaba á los reos, se imaginaron que ya los conducia al cadalso.

Pero en vez de dirigirse al patio donde ya hacia tiempo les aguardaba el verdugo, Rodrigo y los reos detuviéronse al fin de la galería en una pequeña estancia donde estaban los monges que habian ido acompañando al abad de San Vicente.

Apenas entraron en el aposento Rodrigo y los sentenciados, que iban provistos de espadas y puñales, se precipitaron furiosos sobre los desgraciados monges, á los cuales dejaron atados de pies y manos, despues de haberles despojado de sus hábitos.

En seguida el conde D. Aurelio y su hermano, caladas las capuchas y acompañados del valeroso siervo, salieron fácilmente del castillo.

En un respetuoso bosque de encinas se hallaba Sisenando, el siervo de Doña Ermesenda, que estaba con el oido atento y la mirada fija, y con direccion hácia el castillo de Samos.

Un poco apartada, y con actitud que revelaba profunda tristeza y la mas cruel ansiedad, veíase una jóven encantadora que tambien dirigia sus miradas hácia el castillo cuando no las

elevaba al cielo con una espresion de religioso arrebato, como si dirigiese al Eterno una ardiente plegaria.

Los primeros albores del dia comenzaban á iluminar la tierra con su luz nacarada, cuando la hermosa Floreva lanzó un grito de alegría al reconocer á Rodrigo, que iba acompañado de los dos monges.

Floreva, por mas que reparase la conducta que siempre habian seguido el conde D. Aurelio y D. Claudio, no podia prescindir de que eran sus hermanos, y por lo tanto los abrazó con muestras del mas vivo gozo porque habian logrado escaparse de la muerte cruel que en el castillo les amenazaba.

Sisenando embridó en un momento los caballos que trabados pacían allí cerca, é inmediatamente cabalgaron todos, dirigiéndose hácia la alquería de la *Bibda*, muy á pesar de Rodrigo y de los supuestos monges, los cuales creían que era muy peligroso no alejarse cuanto antes de Oviedo; pero hubieron de ceder á los deseos y á las reiteradas súplicas de la hermosa Floreva, la cual se empeñó en que á todo trance fuesen á la quinta de Doña Ermesenda, en donde á la sazon vivia oculta la reina Doña Munia.

Ahora bien, tornando al castillo de Samos, debemos decir que el abad de San Vicente ejecutó al pie de la letra el plan convenido de antemano con el siervo Rodrigo.

No es decible la sorpresa y el furor que esperimentó el rey cuando supo la fuga del conde D. Aurelio y de su hermano.

D. Fruela, ardiendo en ira, se trasladó inmediatamente desde Oviedo al castillo de Samos.

Despues de las mas enérgicas manifestaciones de su inmensa rabia, el rey cayó en una especie de marasmo físico y moral. Inmóvil y ceñudo, permaneció sumergido en el mas absoluto silencio durante algunas horas.

En aquellos momentos de inmensa é iracunda reconcentracion, el mundo entero se hubiera podido partir por sus ejes sin que el rey hubiese pestañeado siquiera.

Al fin salió de aquella especie de estupor, mil veces mas terrible que la agitacion mas violenta, y á grandes pasos comenzó á medir la estancia.

Todos huian de D. Fruela cuando se hallaba en sus accesos de cólera, por cuya razon nadie habia entrado en su aposento desde que á media tarde llegó al castillo.

Por último, la antigua noche, hermana del caos, estendió sus negras alas sobre los campos y las ciudades.

El camarero del rey, todo pálido y trémulo, penetró en la estancia, y dejó sobre una mesa de noche una lamparilla de plata.

En seguida volvió á salir lanzando una tímida mirada al rey, como para leer en su semblante el estado en que se encontraba.

El rey ni siquiera pareció reparar que habia entrado su camarero.

Absorto en su meditacion, D. Fruela continuó en sus rápidos paseos como poseido de un vértigo. Su gigantesca estatura proyectaba una sombra colosal en los muros del aposento.

—¡Oh! pensaba suspirando de ira. ¿Quién habia de creer que mi siervo Rodrigo me habia de hacer traicion? Él era, él debia ser naturalmente el enemigo mas implacable del conde D. Aurelio, que trataba de asesinarlo. ¡Ira de Dios! ¡Y sin duda ese miserable ha sido cómplice para que se escapen los rebeldes! ¡Ah! ¿Quién podrá confiar en el corazon de un hombre? Yo esperaba sacar partido del odio que se profesaban, y hé aquí que mi adverso destino ha hecho que, contra las leyes de la naturaleza, ellos se hagan amigos y se conjuren en mi daño. Yo habia colmado de beneficios á ese infame siervo, le habia dispensado mi confianza, y en recompensa me ha engañado villanamente.—¡Infame!

Y el rey crispaba los puños de furor, y paseaba en torno miradas flameantes, vagarosas, terribles.

—¿Quién sabe? dijo de pronto deteniéndose. Tal vez Rodrigo me habrá sido fiel... ¡Oh! ¡Qué horrorosa tempestad de crueles dudas agita mi alma en este momento!

D. Fruela pensaba que podia muy bien haber sucedido que á viva fuerza hubiesen obligado al siervo á que les dejase escapar, ó que tal vez Rodrigo habia sido asesinado por los reos ó por algunos de sus numerosos parciales.

El rey sintió que su espíritu se turbaba estraordinariamente bajo el peso de un pensamiento á la vez doloroso y terrible.

Ocurriósele que nadie mejor que él mismo en persona podia ejecutar sus proyectos, por mas sanguinarios que fuesen.

—¡Oh! murmuraba. ¡Si yo no me hubiese valido de nadie!... Y ahora es preciso tambien que yo piense en mi propia seguridad, porque esos hombres no se contentan con menos que con quitarme el trono y la vida... Los conjurados... ¡Ah! ¡Qué recuerdo!... ¡Claro está!... Ellos sin duda alguna elegirán á mi hermano para que me suceda en el trono... Wimarasio con sus hipocresías ha sabido captarse la voluntad de los señores mas poderosos de mi reino... ¡Qué gano con tenerlo en un calabozo! ¡Es preciso que muera!

El rey se detuvo en este pensamiento fratricida á la vez con horror y complacencia. Sus ojos lanzaron una llamarada de júbibo feroz, al mismo tiempo que sintió en su corazon una angustia y un dolor, como si lo hubiesen clavado un hierro candente.

—Sí, sí, continuó, yo estoy sensiblemente perdido si Wimarasio, por medios que no pueden nunca precaverse, logra evadirse de su prision. ¿Pero quién le dará el golpe mortal? ¿Quién podrá inspirarme bastante confianza para que yó no recele que será un traidor?... ¡Quién! ¡Yo mismo!

Y apenas hubo formulado este horrible pensamiento agitó una campana, á cuyo tañido apareció instantáneamente el camarero.

El rey le mandó que pidiese al carcelero de Wimarasio la llave de su prision.

Pocos momentos despues el rey salia de su estancia, llevando al cinto un magnífico puñal con rica empuñadura de oro, con la llave en una mano y la lamparilla en la otra.

D. Fruela atravesó con paso lento, aunque seguro, los dilatados tránsitos del castillo de Samos, y se dirigió al calabozo donde gemia prisionero el desventurado amante de Adosinda.

El rey abrió muy recatadamente la puerta de la prision, penetrando en ella con ligera planta como un espectro sediento de sangre.

Era la media noche, y la azulada bóveda de los cielos resplandecia con esas magníficas joyas del vestido del Creador que se llaman estrellas, y la nacarada luna derramaba sus plácidos rayos sobre la tierra. Escuchábase á los lejos el dulce canto del ruiseñor, y en las alas de los suaves céfiros venian los perfumes de las flores, los murmurios de las fuentes, y esos misteriosos ruidos de la noche que parecen ser la respiracion de la naturaleza dormida.

La alegre primavera con su aliento fecundo derramaba sobre la naturaleza vida y flores, y sobre el espíritu amor y gozo.

Pero como para demostrar que siempre andan juntos el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la tempestad y la calma, algunas ligeras nubes antecogidas por los vientos cruzaban por los espacios como cruzan las siniestras sospechas por medio de la risueñas esperanzas.

Despues de los armoniosos trinos del nocturno cantor de las selvas, resonaban tristemente los desapacibles graznidos del mochuelo que anunciaban la próxima tormenta que habia de nacer de aquellos leves celages, cual de ligera chispa suele brotar devastador incendio.

Cuando el rey penetró en el calabozo, hallábase el infante sumergido en el sueño mas profundo.

D. Fruela aproximóse lentamente procurando no hacer ruido, y se detuvo delante del lecho contemplando las hermosas facciones de su hermano.

Sin duda el infante en aquel momento se hallaba bajo la grata emocion de algun ensueño delicioso. Su tez estaba un poco pálida; pero en su bello rostro resplandecia la serena calma de una conciencia pura, y en sus labios purpurinos brillaba una sonrisa, como si su imaginacion de prisionero le presentase entre sueños las gozosas imágenes de la libertad.

El rey, ceñudo, lívido y apretando convulsivamente el mango de su puñal, permaneció largo rato contemplando fijamente al bello jóven dormido.

—¡Qué hermoso es! murmuró con amargura. Ahora está lleno de vida, y en su persona resplandecen todos los dones de

la naturaleza. ¡Oh! No es estraño que las damas se disputen su amor. Mi esposa... ¡Infames!... ¡Ellos han deshonrado mi nombre!

Y el rey, fuera de sí, dió un paso hácia el infortunado amante de Adosinda.

Pero de pronto se detuvo, como si el ángel custodio del infante hubiese paralizado todos los miembros del fratricida.

—¡Ira de Dios! murmuró con celosa furia. Tal vez esa placentera sonrisa que ahora brilla en sus labios sea provocada por los voluptuosos recuerdos de la hermosa y adúltera Munia... ¡Ya me vengué de ella!... ¡Ahora me vengaré de ti, pérfido hermano! Tu juventud y tu peligrosa belleza serán destruidas por mi puñal en un instante. La luz de tu existencia será estinguida por mí con la misma facilidad que puedo estinguir la luz de esta lámpara... ¡Oh! ¡Qué pensamiento tan inoportuno! La luz de esta lámpara puede fácilmente volver á encenderse; ¿pero quién, una vez apagada, podrá encender de nuevo la llama de tu vida?

El rey, bajo la terrible impresion que este pensamiento le causaba, comenzó á estremecerse como la palmera azotada por el huracan.

Al fin D. Fruela hizo un brusco movimiento como para resolverse á llevar á cabo el horroroso crímen que como un pensamiento del infierno germinaba en su mente.

Y desenvainó su puñal, y levantó el brazo; pero en el momento de descargar el golpe, la luz de la lamparilla hirió de lleno el rostro del infante y el fratricida se detuvo, ahogando un ligero grito.

—¡Qué semejanza tan sorprendente! pensó el rey: mi querido padre, su padre, debia tener la misma fisonomía, el mismo aspecto, cuando contaba la misma edad.

D. Fruela retrocedió algunos pasos repitiendo:

—¡Qué semejanza tan sorprendente! ¡El alma de mi padre vuela en torno suyo y brilla en su semblante!

Y lentamente envainó su puñal y se dirigió hácia la puerta murmurando:

—El alma de nuestro padre te ha salvado de la muerte.

En este momento el terror del rey subió al mas alto punto, hasta un estremo imposible de concebir y de pintar.

Acababa de abrirse la puerta por la parte esterior, al mismo tiempo que el rey alargaba el brazo para abrirla por la parte de adentro.

El primer impulso de D. Fruela fué huir despavorido; pero hubo un instante en que se llegó á imaginar que su padre, abandonando la mansion de los muertos durante el horror de la noche, se le aparecia para maldecir al fratricida, para proteger al prisionero.

El rey, sin embargo, estaba dotado de un valor á toda prueba, y por lo tanto, pasados los primeros momentos de su turbacion, adelantóse valientemente hácia la puerta, y encontróse con un hombre que llevaba un pergamino en la mano.

—Tomad, señor, esta carta, y á fé que me alegro mucho de haber encontrado la puerta abierta. ¿Cómo es que no os escapais? añadió el soldado á quien por la mañana hemos visto departir con un gallardo caballero cerca del castillo.

El rey comprendió al punto que el soldado se hallaba en la inteligencia de que él era el infante, y se apoderó de la carta como de una presa.

—¿Quién te envía? preguntó Don Fruela con voz de trueno.

—¡Es el rey! esclamó el soldado lleno terror, y alejóse con la rápidez del rayo temeroso de que el rey le reconociese.

D. Fruela se lanzó en su seguimiento, pero no pudo alcanzarlo.

Al fin, deseoso de saber el contenido de la carta se detuvo, y á la luz de la lamparilla leyó:

«Mi querido Wimarasio: el dador es un hombre que merece toda nuestra confianza, que nos profesa grande afecto, y que me ha prometido solemnemente ayudarme en la empresa de sacarte á todo trance de la prision. Dentro de tres dias, á medianoche, me aguardarás, dispuesto á seguirme. Aun cuando oigas ruido en la puerta de tu calabozo, no te alarmes; antes bien procura secundar nuestros esfuerzos para abrir la puerta. Grandes acontecimientos se preparan, y puedes estar seguro de que muy en breve el tirano caerá de su altura, y tú serás el

que ocupe el trono. Adios: ten confianza ên Dios y en nuestros parciales, y no dudes ni por un momento de la ternura y actividad de tu amigo

FROMESTANO.»

Figúrese el lector cómo se quedaria el rey al ver la epístola precedente.

Inmóvil, pálido de ira, con los puños crispados, los ojos centelleantes y candados los dientes, D. Fruela se encontraba en aquel momento víctima de la mas cruel y dolorosa lucha.

De pronto un estremecimiento convulsivo recorrió todos sus miembros, y un relámpago brilló en su mirada, un relámpago semejante al resplandor de la lamparilla sobre la hoja de su puñal. El rey acababa de pronunciar en su corazon una sentencia de muerte, una sentencia inapelable.

Y rápido como una exhalacion encaminóse al calabozo de Wimarasio, que entregado al sueño, no podia sospechar el terrible golpe que le amenazaba.

D. Fruela penetró en el calabozo con paso mas rápido que la primera vez, y sin detenerse un punto, acaso temeroso de que nuevos y sagrados recuerdos le asaltasen y le retrajesen de su criminal intento, levantó su puñal, y una y otra vez con horrible furia lo clavó en el pecho de su hermano.

El infeliz mancebo abrió sus hermosos ojos, lanzó un suspiro, y solo tuvo tiempo para pronunciar con voz tan débil como cariñosa estas sublimes palabras:

—¡Te compadezco y te perdono, hermano mio!

Y las sombras de la muerte se difundieron por su semblante, se apagaron los latidos de su corazon, y su alma voló á la mansion de los justos.

Cuando el rey contempló á su hermano lívido y bañado en su propia sangre, sintió en su alma inesplicable angustia; pero ya era tarde.

—¡Oh! murmuró el fratricida. ¿Quién podrá borrar un hecho consumado? Un momento basta para cometer un crimen irreparable, y ¡oh sarcasmo del destino! tambien basta un momento para que la voluntad del hombre cambie.

Y bajo el peso de este horrible pensamiento, el espíritu del

fratricida sentiase arrebatado á las regiones de los espantosos delirios que los implacables remordimientos, con habilidad cruel y con vivisimos colores, saben pintar á una conciencia culpable.

El desdichado D. Fruela, que al salir de su aposento habia contemplado la celeste bóveda espléndidamente bordada de estrellas, no podia esplicarse cómo en aquel momento la tempestad rugiente le enviaba su tremenda voz de trueno.

El fratricida, en medio de los negros horrores que habian caido sobre su alma, llegó á imaginarse que la naturaleza entera le increpaba, le rechazaba de su seno y le maldecia.

La lluvia, en efecto, caia á torrentes, amarillentos relámpagos hendian el espacio, y roncos truenos bramaban en la region de las nubes como el eco formidable de las iras del Increado.

Pero la tempestad de la naturaleza, en medio de la noche, era menos terrible que la tempestad de encontrados sentimientos, de amargas dudas y de infernales terrores que bramaba en el espíritu del fratricida.

En aquel instante sentia la muerte de su esposa, recordaba los bellos dias de sus felices amores; estremeciase al pensar que Wimarasio habia merecido el afecto de Doña Munia; se acordaba de los años inocentes, de la infancia, cuando con indecible ternura amaba á su hermano; creia á veces en su deshonra, y á veces dudaba, creyendo que habian sido infundados sus celos; se arrepentia de su horroroso fratricidio; conocia que de nuevo, en las mismas circunstancias, era capaz de hacer lo mismo que habia hecho; y por último, temblaba como si presintiese terribles é irremediables infortunios, como horrorizado de sí mismo, como si escuchase en los espacios la tremenda pregunta que Dios hizo al primer fratricida:

—«¡Cain! ¿En dónde está tu hermano Abel? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra, que abrió su boca y recibió de tu mano misma la sangre de tu hermano. ¡Maldito serás sobre la tierra! Vagamundo y fugitivo, ni la tierra te ofrecerá sus frutos, ni yo te daré mi perdon.»

El mísero monarca se estremecia como la hoja en el árbol, y un hielo de muerte penetraba hasta la médula de sus huesos, y se arrepentia de haber nacido.

—¡Oh! esclamó al fin lanzando de su pecho un prolongado sollozo. ¡Si al menos me hubiese batido con él!... Pero no... ¡Soy un cobarde asesino! He dado muerte á mi propio hermano sin respetar el momento sagrado de su sueño. ¡Ah! Desde hoy en adelante ya no podré dormir tranquilo... Una eterna vigilia palidecerá mi frente y enrojecerá mis ojos. ¿Cómo podré dormir sin ver durante mi sueño el puñal de un asesino levantado contra mi corazon, y sin escuchar esa voz que ahora despierto me persigue agitándome sin cesar: «¡Fratricida! ¡Fratricida!»

Y la fiebre y el delirio, y las dudas y los temores, y los pesares y los espantos, y las sospechas y los celos, y las angustias y los remordimientos con sus aceradas garras como carnívoros buitres, desgarraban y afligian sin compasion el alma del rey, que fuera de sí huia despavorido del teatro de su crimen horroroso.

Y por los patios y por las galerías del castillo caminaba ó creia caminar desatentado; pero viendo siempre agitarse delante de sus ojos, como una llama del infierno, un puñal teñido en sangre.

Aquel espectro de nueva especie, el espectro del puñal, suspendido en el aire, reluciente, humeante y sangriento, heria sin cesar sus pupilas, amenazaba su corazon, temblaba su mente, helaba sus miembros y volcanizaba su cabeza, próxima á estallar con mil y mil visiones de asesino, de fratricida, de condenado, de víctima y verdugo al mismo tiempo.

Jamás en un alma humana ha estallado una tempestad mas horrible, un delirio mas espantoso, un torbellino de terrores mas violento y rugiente que el que en aquellos instantes sacaba de quicio, enloquecia y torturaba el espíritu de D. Fruela.

Al fin el mísero fratricida, blasfemando, rezando y gimiendo, insensato, estúpido y jadeante, creyendo que habia recorrido una inmensa distancia, vino á caer como muerto en el calabozo del infante, que yacía en su lecho asesinado ¡qué horror! por su propio hermano.

CAPITULO XXXV.

Milagros del amor.

Qué fuerza misteriosa arrastra dos almas al través del tiempo y les lleva en las invisibles alas de los recuerdos los dulces suspiros de la pasion, ó el doloroso llanto de la ausencia?

¿Qué mágico poder establece magnéticas y aéreas comunicaciones, aunque sea de polo á polo, entre dos almas que navegan en este mar de la vida impulsadas por un mismo viento?

¿Quién trae á nuestro espíritu acentos idolatrados de otro espíritu, infundiéndonos sus alegrías ó sus pesares, y cambiando recíprocamente sus mas íntimas emociones?

¿Quién hace que dos vidas, á pesar de la distancia, se confundan en un aliento?

¿Qué rocío fecundo, qué suaves céfiros, que vivífico sol hace crecer á una misma altura las hermosas y perfumadas flores de dos esperanzas que, aun al través del inmenso océano, se comprenden y adivinan, se alientan y se juntan como las gallardas copas de dos palmeras al través de un arroyo cristalino?

¿Quién estiende un velo encantado sobre la creacion sembrando las mas hermosas flores de la primavera sobre la nevada cumbre de las montañas, aun en los mismos rigores del aterido invierno? Tu fuerza milagrosa, llama divina del amor.

¡Divina llama del amor! Sin tu refulgente luz, sin tu seductor encanto, ¿qué serian las hermosas noches de verano cuando la luna riela sus rayos de plata sobre el sereno rio y el estendido mar?

¿Qué sería la dulce luz del crepúsculo que esparce sobre

la faz de la creacion una melancólica belleza, como brilla sobre el semblante de una vírgen enamorada el dolor de la ausencia de su amado, norte de su destino y sol de sus esperanzas?

¿Qué serian los armoniosos trinos del ruiseñor, el suspiro de las brisas, el aroma de las flores, la sonrisa del alba, los misterios de la noche, las galas de la naturaleza, las inefables emociones del espíritu, qué serian sin tu refulgente luz, sin tu seductor encanto, llama divina del amor? Sin tu aliento fecundante, la naturaleza y el espíritu, el universo entero, no sería mas que una roca muerta, un vasto sepulcro, una noche sin fin, el caos, la nada.

Pero hay otro mundo mejor, el mundo del espíritu, donde todo existe en idea pura, donde el sol y las flores tienen una forma de pensamiento, sol de verdad, flores de amor.

Hé aquí por qué es posible la comunicacion de las almas, cuyos lazos de amor, lazos espirituales, no pueden romper ni la distancia ni el tiempo.

Este mundo superior de que hablamos es invisible para los sentidos, pero las almas lo ven y lo sienten de la manera que se pueden ver los pensamientos, y las íntimas y puras emociones que vibran dentro de nuestro ser como las armonías celestiales de la lira del alma que á sí misma se recrea en los espacios inmensos, pero invisibles, de su propia conciencia.

Eso que el sentido comun de la humanidad ha llamado corazonadas ó presentimientos, no solo tiene los fundamentos mas racionales, sino tambien su mas cumplida comprobacion en la esperiencia, verificándose frecuentemente en organizaciones privilegiadas que la voz del corazon con enérgicos presentimientos les anuncie sus dolores, sus alegrías y sus peligros.

¡Cuántas veces un hijo no ha llorado á gran distancia la muerte de su padre precisamente en el momento mismo en que se sacrificaba!

¡Cuántas veces tambien no han tenido dos amantes revelaciones prósperas ó adversas de su amor con maravillosa exactitud y en regiones muy distantes!

Sin duda nuestros lectores recordarán que la gentil Ado—

sinda en la noche de sus bodas, tan fecunda en acontecimientos, se desmayó de repente, de pensar en su amante Wimarasio, sintiendo como si le hubiesen atravesado el corazon con un puñal.

Ahora bien, en aquella misma noche en que la hermosa hija de D. Zuria habia entregado su mano de esposa al duque de Aquitania, en la misma hora en que Adosinda se acordó del objeto de sus primeros amores, en el mismo instante en que se desmayó, descargaba D. Fruela sobre el infeliz Wimarasio el golpe fratricida..

Inútiles fueron las pesquisas del conde D. Zuria y de sus gentes para descubrir el paradero de Adosinda, y grande fué la desolacion y angustia que esperimentó el señor de Villanueva al ver el trágico fin de su amigo y yerno el duque de Aquitania.

Mientras se afanaba en vano por averiguar la causa y orígen de la catástrofe ocurrida en su castillo, Fulgencio, como ya hemos indicado, se encaminaba á la casa de los Ecos, llevando en sus brazos á la hermosa hija del señor de Villanueva, en un punto casada y viuda.

En una suntuosa estancia de la misteriosa casa de los Ecos veíase una hermosa jóven pálida y triste, pero en cuyos negros ojos brillaba con indecible intensidad el fuego del amor, del amor apasionado, volcánico y sediento de placenteras emociones.

La sombra de profunda melancolía que velaba el rostro de la hermosa dama era producida por el recuerdo de un amor tan puro é inestinguible como desgraciado.

Adosinda, cuando reconcentraba su alma en sus recuerdos, cuando se hallaba absorta en esas meditaciones íntimas que forman la parte mas pura y elevada de nuestra vida, vertia amargas lágrimas pensando en su primer amante el infeliz Wimarasio, cuya trágica muerte ignoraba, aunque su corazon le decia á voces que irremediables infortunios le afligian.

Y en estos momentos de meditacion jamás dejaba de recordar la noche de sus funestas bodas, cuando pensando en su amante se le oprimió el alma con horrible angustia.

Pero en el mismo instante en que se presentaba á sus ojos el gallardo y altivo señor de la casa de los Ecos, huian de su espíritu estas ligeras nubes de tristeza con mas rapidez que las nubes que atraviesan el espacio arrebatadas por los furiosos vientos.

Las nuevas y deliciosas revelaciones que el amor de Fulgencio habia hecho á la hermosa Adosinda arrebataban su corazon de fuego con hidrópica sed y frenético delirio á las voluptuosas regiones en donde sueña la juventud insensata encontrar un paraiso de delicias, y en donde solo se encuentran, como sierpes escondidas bajo fragantes flores, las amarguras mas dolorosas que existen sobre la tierra; las amarguras que siempre dejan en pos de sí los placeres criminales indignos del inmortal espíritu que nos anima, y que solo ha sido creado para saborear con el santo gozo del vivir las eternas y puras delicias de la ciencia, de la virtud y de los castos amores.

Era en la estacion en que los campos coronados de espigas de oro ofrecen la recompensa de sus afanes al laborioso labrador, que recibe los dones de la Providencia como una bendicion del cielo.

El sol chispeaba en el espacio en la mitad de su carrera esparciendo sobre las campiñas su aliento abrasador; los siervos de la gleva, encorvados bajo mil dolorosos afanes, segaban las mieses humedecidas con el sudor de sus frentes, y cuya mejor parte habian de guardar en sus trojes los señores feudales, que holgados y altivos solo salian á los campos para regarlos con sangre, no conociendo mas ejercicios que la caza ó la guerra.

Los rebaños pasaban las ardientes horas de la siesta junto á los abrevaderos y á la sombra de los frondosos álamos, mientras que á lo lejos se escuchaba el agudo canto del grillo y la voz monótona é incansable de las cigarras.

Entre tanto, en el aposento en que se hallaba la hermosa Adosinda veíase un gallardo jóven muellemente reclinado sobre un suntuoso lecho. Los negros y abundantes rizos de su cabellera caian sobre sus hombros en bello desórden, y destacándose vigorosamente sobre las blanquísimas almohadas. Y

por sus labios de rosa vagaba como una alegre mariposa una sonrisa de amor.

Sus luengas y profusas pestañas daban un encanto irresistible á sus ojos, cerrados blandamente por la mano de un sueño delicioso.

En el momento en que hemos presentado á nuestros lectores á la hermosa Adosinda, se hallaba ocupada en peinar sus hermosos cabellos, y en ceñir á sus sienes una hermosa guirnalda de olorosas flores.

La hija de D. Zuria estaba sentada delante de un espejo de metal bruñido, y mientras que se ocupaba en su tocado, mil dolorosos recuerdos, á pesar suyo, habian asaltado su mente.

Pero apenas hubo concluido su operacion, dirigiendo una mirada hácia el lecho donde dormia el gallardo Fulgencio, la tristeza desapareció del semblante de la jóven, y una sonrisa indescriptible de complaciencia iluminó su rostro.

La hija de D. Zuria, andando de puntillas, conteniendo la respiracion de su gracioso y agitado seno, y fijos tenazmente los bellos ojos en su amante, aproximóse á la cabecera del lecho, y allí sentada quedóse largo rato contemplando la varonil hermosura del señor de la casa de los Ecos.

La estancia estaba inundada de una semi-oscuridad producida por un cortinage de color de rosa que habia en los balcones, y por donde penetraba la luz, que se descomponia de la manéra mas agradable en mil visos y cambiantes, con arbolados tornasoles, misterioso resplandor, especie de crepúsculo artificial, á cuyos plácidos fulgores los ojos del amante podian contemplar los ojos de su amada, como al trasluz del velo aéreo de nubes de escarlata se ven los moribundos rayos del sol por entre las ramosas encinas del bosque.

Dos pebeteros inundaban la estancia de fragante aroma, y en el centro murmuraba sin cesar una cristalina fuente, cuya taza de alabastro estaba rodeada de búcaros con flores. Respirábase allí un ambiente fresco y perfumado, que contrastaba singularmente con los ardores que el estío, febril y sediento, esparcia por todas partes, fuera de aquella mansion deliciosa.

Diríase que el amor y la primavera habian presidido á su adorno con todos sus aromas y encantos.

Adosinda, bella como un ángel, parecia estar guardando el sueño á su gallardo amante.

—¡Qué hermoso es! murmuraba fijando en él sus ojos con una complacencia indefinible. ¡Ah! Ningun hombre causa una impresion tan profunda como mi adorado Fulgencio. La magestad y el amor brillan igualmente en sus miradas de fuego. Con ademan soberano domina á los hombres, y con su espresion atrevida y apasionada esclaviza á las mujeres, y les infunde la deliciosa locura de amor. Aquí, eternamente aquí, en esta soledad, Fulgencio mio, estaria contemplándote sin hacer ni pensar mas que mirarte... ¡Oh! Es tan infinitamente deliciosa como inesplicable la emocion que se esperimenta al contemplar absorta de amor al objeto amado.

Aquí llegaba Adosinda, cuando súbito se oyó resonar en el patio esterior de la misteriosa casa ruido de caballos y de voces que anunciaban la llegada de una tropa numerosa.

La jóven se asomó recatadamente á una ventana que daba al patio, y lanzó un grito á la vez de terror y de júbilo.

—¡Fulgencio! ¡Fulgencio! esclamó Adosinda llamando con voz atropellada á su amante.

—¿Qué ha sucedido? preguntó levantándose de un salto el señor de la casa de los Ecos.

—¡Que acabo de verlo ahora mismo! esclamó Adosinda pálida como la muerte.

—¿A quién?

En este momento abrióse la puerta y apareció Rosmundo diciendo:

—Aquí está tu amigo el conde D. Zuria.

—¡El padre de Adosinda! —¿Y cómo ha sabido que yo habito en esta casa?

—Lo ignoro; pero no será imposible que tú mismo se lo hayas manifestado, cuando estuviste en el castillo de Villanueva.

—Mas bien podré creer que Adosinda le haya hablado á su padre de esta oculta morada, pues yo por mi parte estoy se-

guro de no haber cometido indiscrecion alguna respecto á este punto. En fin, allá veremos.

—Todavía es tiempo, si quieres, de no dejarle pasar.

—No, no quiero recibirlo.

Rosmundo, el fiel amigo del señor de la casa de los Ecos, salió de la estancia, mientras que Adosinda con el rostro cubierto con ambas manos, permanecia reclinada en un sitial con muestras de la mas violenta agitacion, trémula como la hoja en el árbol y exhalando profundos sollozos.

Cuando los dos amantes se hubieron quedado solos, Adosinda levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas y esclamó:

—¡Dios mio! ¿Y ahora qué haremos?

—¿Qué hemos de hacer?

—¡Si mi padre sabe que estoy aquí!...

—¡Bah! No te apures por tan poca cosa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

El señor de la casa de los Ecos salió de la estancia de Adosinda y fué al salon principal, donde ya le aguardaba Don Zuria.

Tranquilo, cortés y circunspecto presentóse el hermoso caballero al conde, que saludó con grandes muestras de cariño al protector de su hija.

Nuestros lectores recordarán que Fulgencio á causa de haberlo exigido así Adosinda, la habia conducido al castillo de Villanueva, donde el señor de la casa de los Ecos fué recibido muy cordialmente por D. Zuria.

Así, pues, nuestros personages habian quedado muy amigos, y el listo Fulgencio se apercibió al punto de que el conde nada sabia, supuesto que acababa de manifestarse muy jovial y cariñoso.

—¿A que no adivinais, amigo mio, qué funesta causa me trae por aquí?

—Siento mucho que la causa sea funesta.

—¿Quién habia de pensar que me habian de afligir tantas y tan crueles desdichas?

—¿Pero qué desdichas son esas, conde? preguntó Fulgencio afectando la mas viva sorpresa.

—Escuchad mi triste historia, y compadeced la suerte del mas desgraciado de los padres.

Y D. Zuria comenzó su relato manifestando á Fulgencio todo lo que ya saben nuestros lectores respecto al casamiento de Adosinda, la trágica muerte del duque de Aquitania, y por último, la incomprensible desaparicion de la bella desposada.

—Ahora bien, amigo mio, vos habeis sido para mi en cierta ocasion como un enviado del cielo, que me trajo á mi quirida hija cuando la lloraba por muerta, y por lo tanto, al recordar estos sucesos, me he acordado de vos, y he abrigado la lisonjera esperanza de que acaso ahora, como entonces, podais ayudarme á buscar el tesoro de mi ternura.

Y asi diciendo el conde, clavó tenazmente los ojos en Fulgencio, como si quisiese leer en lo mas íntimo de su alma.

El señor de la casa de los Ecos sostuvo impasible aquella mirada; pero comenzó á ponerse en guardia, comprendiendo que el conde no procedia con tanta sencillez como él al principio se habia imaginado.

—Deploro con todo mi corazon, dijo Fulgencio con la mayor naturalidad del mundo, el que os hayan sobrevenido tan lamentables acontecimientos, y lo peor es que no alcanzo á comprender que tengan remedio fácilmente.

—Acaso vuestra amistad pudiera encontrar algun remedio para mis cuitas.

—Yo me alegraria mucho de que así fuese.

—Así lo espero.

—Sin embargo, yo desearia que me dijeseis lo que debo hacer para serviros. Mucho me complace que os hayais acordado de mi persona para semejante empresa; pero ante todas cosas es necesario saber cuáles son vuestros intentos. Decís que ha desaparecido vuestra hija, que ignorais su paradero, que tratais de buscarla, y, francamente, aun cuando todo esto me parece muy natural por vuestra parte, no acierto de qué modo podreis llevar á cabo vuestros deseos. Sin antecedentes ningunos, sin el menor rastro, y sin sospechar ni remotamente siquiera adónde se encuentra vuestra hija, no creo que podais hacer otra cosa sino tener paciencia, imposibilitado como os

hallais de moveros en ninguna direccion. Este es al menos mi parecer, que vos podeis acaso ilustrar con mas datos.

El astuto Fulgencio queria conducir la cuestion al terreno de que D. Zuria le manifestase terminantemente si en efecto sospechaba el paradero de Adosinda.

El conde por su parte, oyendo el razonamiento del caballero de las Almas, quedóse asaz meditabundo y mirando de hito en hito á su interlocutor, como si quisiera convencerse de la sinceridad de sus palabras.

Durante largo rato el conde permaneció silencioso, hasta que al fin comenzó á dar paseos por la estancia con muestras de grande agitacion. Luego de pronto se detuvo delante de Fulgencio, y mirándole de arriba abajo, le preguntó:

—¿De veras no sabeis el paradero de Adosinda?

El señor de la casa de los Ecos quedóse mirando fijamente al conde, y despues de algunos momentos de reflexion dijo:

—¿Qué significa esa pregunta?

—Me parece que no necesita de mas esplicaciones.

—Eso es decir...

—Seamos francos, amigo mio; yo no puedo menos de mirar con simpatía al que una vez se manifestó para conmigo bueno y generoso. Yo os debo gratitud, y me complazco en confesarlo así; pero al mismo tiempo, á pesar mio, he llegado á concebir sospechas de que Adosinda se encuentra en esta misteriosa casa, y una prueba del afecto que me inspirais, es la franqueza con que os hablo manifestando sin rebozo lo que pienso acerca de vos, ya sea favorable, ya adverso.

—¿Y qué motivos teneis para sospechar que aqui se encuentra Adosinda?

—Primero se me ocurrió esta idea de un modo involuntario y sin dato alguno, como un presentimiento; pero deseché como absurda la creencia de que mi hija estuviese en vuestra casa. Pasaron dias, y la casualidad de haber encontrado á una persona que os conoce muy á fondo, ha sido causa de que yo abrigue en este momento, no ya la sospecha, sino la íntima conviccion de que mi amada hija habita en esta morada.

—Pues os digo, conde, que os habeis equivocado de medio á medio.

D. Zuria con la esperiencia de un hombre ya entrado en años, con el instinto de un padre, miró fijamente á Fulgencio, y dijo:

—¡Mentís!

¿Quién podrá describir los colores conque la ira se revistió en el hermoso y altivo semblante del señor de la casa de los Ecos?

Al fin las centellas de sus ojos, la contraccion de su nariz y de su boca, espiraron en una sonrisa indeciblemente desdeñosa, y que parecia significar:

—«Sois un enemigo indigno de mi valor.»

El conde, ardiendo en ponzoñosa furia al ver el soberano desprecio que respiraban todos los ademanes del caballero, llevó la mano á la espada y se dispuso á precipitarse sobre su adversario.

Ya sabemos que D. Zuria era de carácter violento, y que estaba dotado de un valor á toda prueba; pero no pudo menos de sentirse helado de terror hasta la médula de sus huesos al contemplar delante de sí á aquel hombre estraordinario, en cuyos ojos brillaba un no sé qué de siniestro y amenazador que ponia espanto, á la vez que en su sonrisa podia leerse una espresion irónica y burlona, mas terrible todavia que la gravedad mas severa.

No insistimos en pintar con exactitud la torva á la par que sarcástica espresion de aquel altivo semblante, en donde resplandecia el valor impertérrito, una ironía profunda, una soberbia satánica, no insistimos, porque antes de encerrar en palabras aquella espresion augusta y terrífica, creemos mas fácil que la imaginacion del lector podrá concebirla y pintarla con mágicos colores dentro de su propio espíritu, y durante los horrores de una pesadilla, cuando se nos aparecen los siniestros fantasmas que son engendrados por los sueños funestos.

Aquella inmovilidad, aquella mirada, aquella sonrisa y la actitud soberana y desdeñosa del señor de la casa de los Ecos impresionaron tan fuertemente el ánimo de D. Zuria, que su

mano podia apenas sujetar su acero, palideció espantosamente, y su iracunda rabia trocóse en un momento en trémulo terror.

El conde, no obstante, deseaba ánte todas cosas entrar en esplicaciones con Fulgencio, y despues no llegar hasta el estremo de trabar un combate con un adversario tan temible.

En efecto, dadò que D. Zuria era un hombre valeroso, no debemos dudar de su esfuerzo porque en aquel caso se manifestase asaz comedido, pues no solamente le convenia la prudencia, sino que tampoco el mas osado de los hombres habria dejado de temblar delante de Fulgencio, de aquella especie de Luzbel en figura humana.

—Perdonad, amigo mio, dijo el conde procurando dominar su emocion, perdonad si aguijado por mis sospechas he ido tal vez demasiado lejos al decir que mentiais.

—Estais perdonado, respondió con desdeñosa sonrisa Fulgencio, pues las palabras de un anciano aturdido jamás pueden ofenderme.

El conde mordióse los labios de ira hasta hacerse sangre al escuchar este nuevo insulto.

Sin embargo, hizo un efuerzo supremo para llevar á todo trance la cuestion por el camino de las esplicaciones que él con tanto anhelo deseaba.

Así pues, con reposada voz dijo:

—Repito que francamente confieso que he procedido con ligereza al dudar de la veracidad de vuestras palabras; pero tengo razones muy poderosas para creer que no seria imposible que Adosinda se encontrase en esta casa.

—¿Y qué razones son esas? Ya os he dirigido varias veces esta misma pregunta, y no habeis tenido á bien contestarme.

—En nombre de nuestra amistad y de la gratitud que os debo, voy á responderos con toda la franqueza propia de mi carácter.

—Decid.

—¿Conoceis á Fromestano?

—¿El antiguo capitan de guardias del rey?

—Justamente. ¿Os acordais de cierto desafío que tuvisteis con el infante, que iba acompañado del hijo de Argerico?

—Sí me acuerdo.

—Creo que el desafío no llegó á verificarse, dijo D. Zuria con maliciosa sonrisa.

—Si no llegó á verificarse, fué porque vuestra hija suplicó muy encarecidamente á uno de los dos adversarios que no tuviese lugar el duelo, respondió el señor de la casa de los Ecos, un poco ofendido por la imperceptible sonrisa del conde.

—Yo no he dudado del valor de ninguno de los dos contendientes.

—Valga lo que valiere, bueno es que tengais presente las circunstancias de que os he hablado.

—Podeis creer, amigo mio, que yo ignoraba completamente que mi hija os hubiese rogado que no asistiéseis al duelo; pero me complazco mucho en que tal fuese la causa, aunque lamento que ciertas personas hayan formado de vos un juicio que á la verdad no mereceis.

—Se me hace tarde saber lo que habian pensado esas personas.

—Juzgando por las apariencias, como vulgarmente suele hacerse, atribuyeron á cobardía vuestra falta de asistencia.

Fulgencio se encogió de hombros con un ademan despreciativo, como un hombre que no hace caso de una calumnia indigna, y que abriga la conexion de que á todas horas puede probar la facultad de los cargos que se le dirigen.

—Y bien, dijo, ¿qué tiene que ver el duelo de que me hablais, conque vuestra hija se encuentre en esta morada?

—Tiene mas estrecha relacion de la que vos pretendeis encontrar...

El conde se detuvo, como si buscase en su imaginacion la forma mas conveniente de manifestar su pensamiento al caballero de las Almas.

Al fin D. Zuria continuó:

—En resolucion, debo deciros que vos amábais á Adesinda.

El conde, que habia creido desconcertar al altivo Fulgencio con esta revelacion, quedó á su vez desconcertado al ver que el caballero con la mayor naturalidad del mundo respondió:

—No lo niego. ¿Quién podrá ver á la hermosa Adosinda sin amarla?

—Pues hé ahi que con esa confesion que acabais de hacerme se confirman mas y mas mis sospechas.

—Estraño mucho que deduzcais que aqui se encuentra vuestra hija, por la sola razon de que me interese su persona y me agrade su hermosura.

—Me parece que la deduccion no deja de ser razonable.

—Permitidme, conde, que mi opinion sea muy diversa.

—Pero en fin, ¿qué me respondeis?

—Nada.

—¿Qué quereis decir?

—Que ya estoy harto de sufrir un interrogatorio tan largo.

—¡Ira de Dios!

—Lo dicho, dicho, conde.

Durante algunos minutos D. Zuria guardó silencio, y pálido de ira tuvo impulsos de acometer repentinamente y asesinar al orgulloso señor de la casa de los Ecos.

Por último, considerando que tal vez él habia tenido la culpa de agriar la cuestion, lanzando inesperadamente un mentís al rostro de Fulgencio, é imaginándose que acaso este, por vengarse de aquel insulto, intentaba mortificar su curiosidad con inequívocas respuestas, determinó ausentarse inmediatamente de aquella casa, creyendo en realidad que allí no se hallaba Adosinda.

—Adios, caballero, dijo el conde con voz reconcentrada por el mas violento furor; y supuesto que no habeis querido satisfacer á mis preguntas, dejándome en la mas cruel incertidumbre para un padre que llora perdida á su hija idolatrada, os juro por mi nombre que si algun dia llegase á descubrir que teneis aquí oculta á Adosinda, nada ni nadie podria detener los ímpetus de mi venganza sin ejemplo. Incendiaré vuestra casa y beberé vuestra sangre, aunque supiera perder mi vida, y que el infierno se abria para tragarme en sus abismos.

El altivo señor de la casa de los Ecos solo respondió con una carcajada de desprecio.

—¡Os reis! esclamó D. Zuria fuera de sí de cólera.

—Me rio de vuestras amenazas, respondió Fulgencio con su calma imperturbable.

El conde salió precipitadamente del aposento, lanzando una mirada de relámpago al altivo caballero.

Inmediatamente D. Zuria fué á reunirse con sus hombres de armas y algunos amigos que le habian acompañado en aquella espedicion, cuyo único objeto era averiguar el paradero de Adosinda, que tan misteriosamente habia desaparecido del castillo de Villanueva.

Entre aquellos amigos se hallaba Fromestano.

—¿Qué tenemos? preguntó.

—Nada he podido saber, respondió el conde.

—Pues yo he sido mas afortunado.

—¿Cómo asi?

—Mis sospechas eran muy bien fundadas.

—Esplicaos.

—Que he visto á Adosinda.

—¡Aqui!

—En aquella ventana.

—¿Estais seguro, Fromestano?

—Segurisimo.

D. Zuria, al recibir esta noticia, quedóse estupefacto.

Era en verdad no poco dificil la situacion en que se hallaba el conde.

En aquellas circunstancias debia proceder con suma cautela, supuesto que el señor de la casa de los Ecos era un hombre de los mas esforzados, además de que tenia á su disposicion una numerosa mesnada, y por consiguiente D. Zuria y sus amigos, dado que trabasen una lucha desigual y temeraria, nada conseguirian, porque en el último caso Fulgencio podia poner á salvo á Adosinda, aun suponiendo que acometiesen á sus gentes con ventaja los pocos hombres de armas que llevaba D. Zuria.

Todos estos inconvenientes se presentaron en un momento á la consideracion del conde y Fromestano, que conociendo lo que en el interior de D. Zuria pasaba, le dijo:

—Es necesario apelar á la astucia.

—Estaba pensado en lo mismo.

—¿Y qué os parece que debemos hacer?

—¡Ah, querido Fromestano! Dadme algun consejo, porque mi alma se encuentra tan combatida de contrarios sentimientos que no atino á resolver lo que mas nos conviene en estas circunstancias.

—Me parece que lo mejor que podemos hacer es salir de esta casa, y despues meditarémos despacio el modo de arrebatar á vuestra hija de las manos del señor de la casa de los Ecos.

—Sí, sí, teneis razon; pero no podeis imaginaros cuánto padece mi alma al pensar que aquí se encuentra mi hija, y que me veo obligado á alejarme.

—Ya volveremos con mejores condiciones para conseguir vuestros intentos.

El conde hizo un gesto de resignacion, lanzó una mirada de dolorosa despedida hácia la ventana que le habia indicado Fromestano, y ahogó un ligero grito de júbilo y de sorpresa.

—¡No os habeis equivocado! esclamó.

—No acostumbro á equivocarme fácilmente.

—¡Oh! Me parece una ilusion de mi deseo... La vi cruzar como una sombra... ¿Será verdad que está aquí?

—No tengais la menor duda.

—¡Hija mia! ¡Hija de mi alma!

Y el conde no fué dueño de contener sus lágrimas.

Pocos momentos despues, el conde y los suyos se alejaban rápidamente de la misteriosa casa de los Ecos.

Entre tanto Fulgencio habia tornado á la estancia de Adosinda.

Hallábase la hermosa jóven con el rostro cubierto con ambas manos, y llorando con grandísimo desconsuelo.

Fulgencio se detuvo delante de su amada, y á fuer de discreto la contempló silencioso respetando su dolor.

Tan absorta se hallaba Adosinda en sus tristes pensamientos, que no advirtió al pronto la presencia de su amante.

Cuando la jóven levantó su hermosa cabeza para mirar al caballero, este se conmovió profundamente al ver los bellos ojos

de Adosinda inundados de lágrimas, que aumentaban el maravilloso prestigio de su peregrina hermosura.

—¿Sabe que estoy en tu compañía? preguntó suspirando tristemente la hija de D. Zuria.

—Al menos lo sospecha.

—Sin duda Fromestano ha debido infundirle esas sospechas, porque tal vez á mi padre no se le habria ocurrido jamás que yo me encontraba en esta casa.

—Tal y conforme lo estás diciendo ha debido suceder, pues tu padre me ha indicado que su venida á esta casa se ha debido á la casualidad de haber encontrado á un amigo suyo, que tambien le ha referido la historia de mi desafio con el infante.

—Entre los varios amigos que venian acompañando á mi padre, he visto tambien á Fromestano.

—¿Le has visto?

—Desde ésta ventana.

—¡Ah! ¡Que no lo hubiera yo sabido!

Y Fulgencio comenzó á pasearse por la estancia con inequívocas muestras de disgusto y enojo.

En efecto, cuando D. Zuria manifestó al señor de la casa de los Ecos que algunas personas lo habian tachado de cobarde por no haber asistido al duelo, el altivo Fulgencio habia hecho propósito de buscar los hijos de Argerico, y uno á uno probarles que la valentía le sobraba.

Y como le hubiera sido tan fácil cumplir este deseo á haber sabido que allí se hallaba Fromestano, hé aquí la causa de su enojo. Fulgencio hizo ademan de salir de la estancia para lanzarse sin pérdida de tiempo en persecucion de Fromestano; pero Adosinda le detuvo preguntándole con tímido y dulce acento:

—¿Adónde vas, amado mio?

—A dar muerte al hijo de Argerico.

—¡Qué horror!

—Es un villano, que ha creido que yo soy un cobarde. ¡Es preciso que muera en mis manos!

—No, no, mi querido Fulgencio, yo te ruego encarecidamente que no te ensañes contra Fromestano, porque además de ser amigo de mi padre, lo es tambien de Wimarasio.

El señor de la casa de los Ecos al oir este nombre frunció el ceño.

Y efectivamente, la súplica de Adosinda, antes que la compasion, despertó en el ánimo de Fulgencio el deseo de venganza.

Sin embargo, Fulgencio, cuyo altivo carácter conocemos, se guardó muy bien de manifestarse celoso por el recuerdo de ternura que Adosinda aun parecia abrigar respecto al infante.

El señor de la casa de los Ecos afectó que deseaba complacer á su amada, y permaneció en el aposento.

Durante largo rato reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Fulgencio estaba sentado en frente de Adosinda, la cual de hito en hito levantaba sus hermosos ojos empañados de lágrimas, y los fijaba en su amante con una espresion de inmensa ternura y de inefable melancolía.

Fulgencio estaba sumergido en profundas meditaciones, pues no solamente se ocupaba de sus propios negocios, sino que tambien absorbian mucho su atencion los asuntos del rey D. Fruela.

Al fin Adosinda preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo necesidad de ausentarme.

—¡Ah! Yo debo...

—Yo tambien temo que durante mi ausencia, tu padre y los suyos intenten asaltar esta casa para apoderarse de tu persona.

—¡Cuánto mas no me valiera haber entrado en el convento antes de que me hubiéseis conducido al castillo de Villanueva!

Y la encantadora jóven retorcia de dolor sus manos, y exhalaba amargos suspiros al recordar la plácida calma de aquellos hermosos dias en que contemplaba al mundo entero al trasluz del velo refulgente que por todas partes estendia delante de sus ojos esa fuerza creadora é inefable del amor primero.

Y una voz secreta é inestinguible como un remordimiento gritaba sin cesar dentro del espíritu de Adosinda:

—«¡Wimarasio! ¡Wimárasio!... ¡Mujer pérfida!... ¿Qué responderás á tu tierno amante cuando te acuse de perjura?»

Bajo el peso de estas dolorosas reflexiones, la infeliz Adosinda esperimentaba la afliccion mas horrible, afliccion que se encrudecia mas y mas siempre que Fulgencio por cualquier motivo se le manifestaba indiferente ó desdeñoso.

Así sucedió aquel dia, en que despues de la entrevista con D. Zuria, el señor de la casa de los Ecos pareció muy preocupado, y aun cuando realmente no fuese su intencion mortificar á la jóven, esta sin embargo se alarmaba fácilmente y se afligia sobremanera.

En aquella ocasion, no obstante, Adosinda tenia razon para afligirse, supuesto que aun cuando Fulgencio estaba meditabundo á causa de los acontecimientos que le habian sobrevenido, tambien era cierto que le habia causado grande enojo el que la jóven se tomase tan vivo interés por Fromestano á título de que era amigo del infante.

Fulgencio levantóse bruscamente, despidióse de Adosinda, sin darle esplicacion alguna acerca de la resolucion que pensaba adoptar, salió rápidamente de la estancia, comunicó algunas órdenes, mandó ensillar su mejor caballo, y seguido de algunos hombres de armas partió para Oviedo.

Adosinda, desde el alto mirador de la misteriosa casa estuvo contemplando fijamente al gallardo caballero hasta que se perdió de vista en una polvorosa nube.

Luego la triste Adosinda apartóse lentamente del mirador, y dejóse caer en un sitial con espresion de profundo abatimiento é inconsolable tristeza.

Allí permaneció largo rato abismada en sus dolorosas reflexiones, hasta que al fin, oprimida de pena y de angustia, esperimentó la necesidad de respirar el aire libre, y aproximóse de nuevo al mirador, desde donde se descubria un pintoresco y dilatado horizonte bañado en la plácida luz del crepúsculo de la tarde.

Un cristalino arroyo sombreado de altos y frondosos olmos se estendia por la pradera como una sierpe de plata.

Las brisas suspiraban blandamente, y en sus rápidas alas

conducian los ecos del arrullo de las tórtolas, el aroma de los bosques y los tiernos y sencillos cantares de las enamoradas pastoras.

Toda la naturaleza, en las últimas horas de la tarde, al ausentarse el encendido sol, respiraba dulce melancolia, como una vírgen que llora la ausencia de su amante.

Adosinda tambien lamentaba la partida de Fulgencio, que con ademan desdeñoso se habia despedido de ella.

La jóven en aquellos momentos recordó con indecible vehemencia el adverso destino que le dominaba.

Y al pensar en las angustias de su padre, y en que para siempre se habian desvanecido las hermosas ilusiones que su amor le fingiera en los primeros dias de su juventud, la infeliz Adosinda lloraba amargamente.

La sombra de Wimarasio, cuyo recuerdo invocado por Adosinda habia sido causa de que Fulgencio se enojase con ella, se le aparecia por todas partes con faz siniestra y amenazadora.

La hija de D. Zuria pensó en el triste porvenir que le aguardaba en compañía del altivo señor de la casa de los Ecos, el cual ahora, una vez satisfecha su pasion, comenzaba á manifestársele ingrato y desdeñoso.

Ausente de su padre, é imposibilitada de recrear su espíritu con las auras lisonjeras de los floridos años de su infancia, supuesto que para siempre debia renunciar al tierno amor de Wimarasio, cuya suerte ignoraba la hermosa cuanto infeliz Adosinda, comprendia muy bien que solamente le aguardaba una vida triste y poco decorosa, porque habia perdido su libertad, y porque el deshonor habia mancillado su frente.

Entonces, mas que en ninguna otra ocasion, comenzó á sentir espantosos remordimientos, los de la existencia del dulce abandono y frenéticos placeres que durante algun tiempo habia llevado en aquella misteriosa casa.

La nube de embriaguez deliciosa que habia perturbado su alma comenzó á desvanecerse al recordar la afliccion de su padre, su propia deshonra y su perfidia para con el virtuoso Wimarasio, como á los rayos del sol se desvanecen las nieblas.

Adosinda llegó á comprender, aunque muy tarde por desgracia, que el amor verdadero, el amor de las almas y las virtuosas cualidades no era el amor que el altivo y fogoso Fulgencio le ofrecia.

Sobre el nacarado tropel de placeres delirantes que habian revoloteado en torno de su abrasada frente, se aparecia como un ángel de pureza, como un lucero rutilante en medio de una opaca nube, la imágen querida de Wimarasio, que con melancólica sonrisa le brindaba con el amor infinito que el alma tributa á el alma por su propia virtud, por su propio merecimiento, purificada del fango de la tierra, no con una grosera sensacion, sino con un sentimiento espiritual, profundo, inmenso y delicioso, con una voluptad divina.

La hija de D. Zuria hasta entonces no habia tenido clara y evidente conciencia de sus diversas emociones para compararlas; pero en aquella tarde en que la tristeza abrumaba su corazon, en que su alma estaba mas predispuesta á saborear el melancólico encanto del dolor en la hora del crepúsculo, comprendió que la verdad ideal del amor estaba en el amor que Wimarasio le profesaba.

Dos almas que se aman esperimentan de la manera mas pura la tristeza y las alegrías. No son las emociones, dolorosas ó placenteras, de los sentidos las que elevan nuestro espíritu á las inefables delicias del amor verdadero. Son los sentimientos del alma los que nos arrebatan á esa vitalidad poderosa del entusiasmo, á ese cielo encantador en que nuestro ser llega á desplegar los esplendores mas bellos de la vida, allí donde el espíritu solo contempla al espíritu, libre, soberano, y sin acordarse de que está amarrado á este planeta con las pesadas cadenas de la carne.

Adosinda, fijos los ojos en el lejano confin del horizonte, contemplaba la purpúrea zona que el moribundo sol dejaba al poniente, pintando con sus impintables matices nubes de oro y rosa que en mil caprichosas figuras fingian al alma una especie de ciudad aérea circundada de rosas de granito rojo, enriquecida con altísimas cúpulas de oro y azul, adornada de mágicos y portentosos edificios, y coronada de gigantescas torres

que se abalanzaban atrevidas hasta el último cielo entre una luminosa confusion de espléndidas reverberaciones, que como un inmenso y airoso penacho de luz se mecia al soplo del Eterno sobre aquella ciudad de topacio que nadaba en el piélago del vacío como una isla en el océano, como la inmensa flor de la creacion palpita estremecida de amores en medio de espacios infinitos.

Y arrebatado el espíritu de la jóven por el magnífico espectáculo de la naturaleza á las regiones puras del alma, y al considerar que habia rendido su culto á una deidad engañosa, la desdichada esclamó entre lágrimas amargas y ardiente suspiros:

—¡Ay de mí! ¿Qué he hecho yo, Dios mio, qué es lo que he hecho? para siempre he perdido la esperanza de vivir dichosa, de vivir amando y amada con el amor que mi corazon soñaba en otro tiempo, con el amor de Wimarasio, con un amor puro y divino.

Y Adosinda afligíase sobremanera al pensar en su suerte, en su padre, y en el objeto de sus primeros amores.

Poco á poco la noche fué estendiendo su negro manto de sombras sobre los campos y las ciudades, el canto de las aves y de las pastoras se fué estinguiendo lentamente, y las primeras estrellas comenzaron á publicar la escelsa gloria del que creó á los cielos.

A medida que la noche se adelantaba con su faz oscura, el alma de la jóven se iba angustiando con un dolor indecible bajo la penosa influencia de sus recuerdos.

Largo rato permaneció Adosinda asomada al mirador, y absorta en sus reflexiones, habia perdido hasta la idea del tiempo que transcurria.

Entre tanto la blanca luna, como un ave luminosa, habia estendido su vuelo por la vóbeda celeste, derramando sobre la tierra la misteriosa y plácida luz que convida á las sabrosas pláticas de amor.

La augusta magestad de la estrellada noche, el suave soplo de los céfiros, el perfume de la flor, el eterno murmurio del arroyo cristalino, y sobre todo, la disposicion de ánimo en que

Adosinda se encontraba, despertaron en su corazon una ternura tan infinita, que las lágrimas corrian hilo á hilo por sus pálidas megillas, y una tristeza indefinible oprimia su alma.

De pronto lanzó un grito desgarrador.

Allá á lo lejos, entre los árboles del arroyo, acababa de distinguir una sombra que poco á poco se fué aproximando hasta ponerse al pie de la reja, dirigiendo á la hermosa con triste sonrisa un afectuoso saludo.

Adosinda habia reconocido en aquel hombre á su querido Wimarasio.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la impresion profunda é inesplicable que en el ánimo de la jóven causó esta aparicion inesperada.

—¡Wimarasio! ¡Amado mio!

—¡Mujer infame y pérfida! dijo una voz en el espacio que llenó de amargura á la infeliz Adosinda.

—Perdóname, amado de mi corazon, perdóname, porque yo soy inocente.

—¡Pérfida! ¡Pérfida! repitió la voz con un acento mas lúgubre.

Y así diciendo la encantadora y afligida jóven, asomada al mirador, deshecha en llanto, y apartando con sus blancas manos los negros rizos que caian en desórden sobre su hermosa frente, con voz atropellada y triste acento repetia sin cesar:

—Yo no he dejado de amarte, Wimarasio de mi alma, yo no podré olvidarte nunca... por Dios, por caridad, amado mio, no me acuses de perfidia, no me desprecies, no me mires con esos ojos y con esa sonrisa incrédula y burlona. Te lo juro por la salvacion de mi alma, querido Wimarasio, yo he sido mas desgraciada que culpable. ¿Qué habia de hacer? Yo estaba privada de sentido y Fulgencio me condujo á esta morada misteriosa... ¡Ah! Ten compasion de mí, Wimarasio, y no me niegues tu perdon, ni me arrebates el preciado tesoro de tu inolvidable ternura.

A tales quejas, á pasion tan vehemente, á amor tan puro, y á tan sincero arrepentimiento, solo respondió el eco con una carcajada irónica.

Lám. 13.



¡Ah! ¿Eres tú, amado mio, ó es tal vez una hermosa ilusion de mi deseo?

—¡Ay de mí! esclamó Adosinda con la espresion del dolor mas inmenso que jamás haya destrozado el corazon de una mujer. ¡Ay de mí! ¡Ya no me queda mas esperanza que la muerte!

Luego, la hermosa jóven permaneció durante algunos momentos sumergida en el silencio mas profundo; pero con un estremecimiento nervioso, agitado todo su cuerpo, su seno delicado brotaba en hondos sollozos, y en sus negras y brillantes pupilas parecia estar reconcentrada toda la vitalidad de su ser con maravillosa energía.

La sombra de Wimarasio se habia elevado prodigiosamente hasta llegar á tocar con su rostro pálido el rostro de Adosinda, que esclamó horrorizada:

—¡Ah! ¿Eres tú, amado mio, ó es tal vez una hermosa ilusion de mi deseo? ¿Acaso mi alma enamorada se ha salido fuera de mí para tomar la figura y recrear mis marchitas esperanzas?... Si supieras cuánto he padecido. ¡Oh! Entonces estoy segura de que tendrias compasion de tu infeliz Adosinda... Tal vez te habrán dicho que al dar mi mano de esposa al desgraciado duque de Aquitania, me arrastraba la vanidad ó el amor... No creas á quien tal diga... Una causa mas noble y honrosa decidió mi voluntad para consentir en dar mi mano al duque... La suerte de mi padre, su seguridad amenazada por el rey asi lo exigian, porque el duque era un fiel aliado... Yo te digo la verdad, amigo mio, tú no hubieras podido menos de aprobar el generoso sacrificio que yo hice por mi padre al dar la mano de esposa al duque... despues ¡desgraciada de mí! hay en mi vida una historia horrible... ¡Perdon, Wimarasio, perdon!

Adosinda en aquel momento parecia estar arrebatada por el mas frenético delirio.

La desgraciada creia encontrarse frente á frente con su ofendido amante, y no cabe en el idioma humano espresar ni describir la profunda, múltiple y maravillosa impresion que en su alma habia producido el semblante de Wimarasio, que ella veia delante de sí á un paso de distancia por entre los hierros de la reja, con una espresion irónica, sarcástica, vengadora, y á la vez tristísima é inconsolable.

Al fin Adosinda quiso evitar la vista de aquel semblante que le perseguia como un remordimiento, y apartándose de la ventana, dejóse caer en un sitial abrumada por sus dolorosos recuerdos, y con la febril escitacion que en ella habia causado la presencia del infante.

Allí, con el rostro cubierto con ambas manos, permaneció la hermosa jóven largo rato, al parecer inmóvil, pero realmente en aquellos momentos la actividad de su espíritu era enérgica, indecible, calenturienta.

Por último, ese instinto que nunca nos abandona, el instinto de la propia conservacion, hizo que Adosinda se levantase procurando salir del aposento, encaminándose á otras habitaciones á fin de que sus gentes la acompañasen y conseguir de esta manera ahuyentar de su pensamiento las imágenes sombrías que sin cesar le mortificaban.

Pero la desdichada jóven al dirigirse á la puerta de la estancia lanzó un grito desgarrador, un grito á la vez de espanto, de ira y de gozo.

La sombra de Wimarasio se destacaba fuertemente en el marco de la puerta como una de esas figuras enérgicamente entonadas por el valiente y sombrío pincel de Rembrandt, el genio trágico de Skaspeare de la pintura.

Wimarasio, ó por mejor decir su espectro, tenia una espresion tan triste, tan doliente, que jamás una esperanza marchita por un desengaño se ha pintado en un semblante humano con mas elocuentes colores.

El cuerpo de Wimarasio parecia envuelto en una blanca túnica semejante á una mortaja. En el lado del corazon tenia una mancha de sangre, y veiasele el rico mango de un puñal que llevaba clavado en su pecho.

La sombra, inmóvil y con espresion cada vez mas triste, lanzaba de vez en cuando profundos y prolongados gemidos.

Adosinda con los ojos fijos en su amante, con los negros rizos de su abundante cabellera que en bello desórden caian sobre sus mórbidos hombros, estremecida por todos los terrores que pueden agitar el alma humana, como la palmera que es combatida por los vientos, esperimentaba en aquel instante

el vehemente deseo de hablar con su amante; pero su lengua permanecia pegada al paladar, y le era imposible articular una sola palabra.

Sin embargo, existen hilos misteriosos entre las almas que son conductores de los pensamientos, mucho mas seguros y rápidos que la electricidad, que es mas lenta que el pensamiento del hombre.

Así, pues, Adosinda dió á entender su pensamiento sin valerse de las palabras. Estendió su blanca mano hácia la sombra, y señalando al mango del puñal parecia dirigir esta pregunta al infante:

—¿No es verdad que te han herido?

La sombra inclinó la cabeza en señal de afirmacion, sonrióse tristemente, señaló con su mano hácia el cielo, exhaló un suspiro, y desapareció.



CAPITULO XXXVI.

Donde se relatan algunos sucesos muy importantes para el cabal entendimiento de esta verdadera historia.

Fromestano, el conde D. Zuria y los suyos se ocultaron en un lugar próximo á la misteriosa casa de los Ecos, desde donde vieron salir á Fulgencio, que acompañado de algunos de sus hombres de armas, dirigióse con rapidez increible hácia la ciudad de Oviedo.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que Don Zuria y Fromestano habian permanecido cerca de la morada de Adosinda con el intento de espiar la ocasion mas oportuna de apoderarse de la jóven prisionera, que tal la juzgaba el conde, por mas que Fromestano se esforzaba en convencerle de que Adosinda indudablemente amaba al señor de la casa de los Ecos.

D. Zuria se regocijó sobremanera al ver que Fulgencio habia salido inmediatamente de su vivienda, y al punto el conde y Fromestano convinieron en que sin dilacion alguna debian hacer una desesperada tentativa para conseguir sus deseos.

Pocos momentos despues el conde y los suyos se alejaron al galope, y segun todas las muestras, ya llevaban concertado el plan que habian de poner en ejecucion para libertar á Adosinda.

Al dia siguiente, á la hora en que el sol se hundia en el ocaso, llamaron á la puerta de la casa de los Ecos dos monges, los cuales manifestaron al gigantesco portero que llevaban un mensage de gran importancia para una dama que allí habitaba.

—¿Y quién os ha dado ese mensage? preguntó con desconfianza el portero.

—El señor de la casa de los Ecos, respondió uno de los monges.

—¿Le conoceis vosotros?

—Es muy nuestro amigo.

—¿Y en dónde le habeis hablado?

—¿Acaso ignoras que ayer salió de aquí para Oviedo?

El atlético guardian de la puerta quedóse algunos momentos pensativo, como un hombre que examina las razones que tiene para conceder ó negar una demanda.

Al fin, como para desvanecer del todo sus recelos, preguntó:

—¿Y cómo habeis sabido que esa hermosa dama se encuentra en esta casa?

—¡Buena pregunta! esclamó el monge. No sabemos si es hermosa, ni nos importa el saberlo; pero lo que sí nos urge, es que cuanto antes nos dejeis desempeñar la importante comision que nos ha encargado el caballero de las Almas, nuestro señor y nuestro amigo.

El portero en vista de este lenguage, y de las inequívocas señas que los monges daban de conocer al señor de la casa de los Ecos, resolvióse al fin á dejar á los mensageros que penetrasen en la misteriosa casa, conduciéndolos á una habitacion situada en el piso bajo.

Allí, como si todavía le mortificase un resto de duda, el portero, clavando en los monges una mirada aguda como un puñal, volvió á preguntarles:

—¿Y no os ha dicho mi señor que pregunteis aquí por otra persona además de esa dama?

El monge que llevaba la palabra, despues de algunos momentos respondió con otra pregunta.

—¿Acaso está aquí hoy Rosmundo, el lugar teniente del señor de la casa de los Ecos? Si él estuviera, os habriamos dicho que le anunciáseis nuestra venida; pero no hallándose aquí Rosmundo, estais en el caso de conducirnos inmediatamente al aposento de esa dama, para hacerle saber la voluntad de su señor.

El portero, perfectamente convencido de que los monges

eran enviados de Fulgencio, no tuvo ya dificultad alguna en conducirlos á la estancia de Adosinda.

—Anúnciale á esa dama que venimos á comunicarle algunas órdenes, tal vez algo dolorosas para ella, de parte del señor de la casa de los Ecos, á quien tiene muy enojado.

Obedeció el atlético portero, y á poco volvió diciendo:

—Pasad, reverendos padres.

Los monges indicaron al portero con un ademan que se alejase, y en seguida ellos penetraron en la habitacion de la jóven, que pálida y triste, llena de inquietud y de curiosidad por saber la causa de aquel mensage, levantóse de su asiento para saludar respetuosamente á los venerables monges.

Durante algunos momentos reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Los monges sin duda se conmovieron al ver la espresion de profunda tristeza que revelaba el semblante de Adosinda, pues ambos ahogaron un ligero grito de sorpresa al contemplar la inmensa transformacion que en aquel hermoso rostro habia obrado la mano del dolor.

Al fin la hija de D. Zuria, rompiendo aquel prolongado silencio, dijo con voz conmovida en que el acento del despecho vibraba:

—Aguardo impaciente, reverendos padres, que os digneis manifestarme la causa de vuestra venida de parte del señor de la casa de los Ecos, cuyo enojo he tenido la desgracia de provocar, segun se me ha dicho.

Uno de los monges adelantóse lentamente hácia Adosinda, y con voz severa le dijo:

—A otras personas que debian ser para vos mas respetables que el señor de la casa de los Ecos, habeis causado enojos mas graves y penas mas profundas, y tal vez por este motivo no sentireis remordimientos...

Al oir estas palabras la jóven lanzó un grito y precipitóse en los brazos del monge, esclamando con inmenso júbilo:

—¡Padre mio! ¡Padre de mi alma!

El segundo monge, al escuchar estas esclamaciones imprudentes, encaminóse con la rapidez del rayo hácia la puerta para

ver si algüien habia podido espiar aquella conversacion. Fromestano, pues parece inútil decir que él era el monge que acompañaba á D. Zuria, asomóse á la galeria, examinó hasta el último confin de una ojeada, y convencido de que nadie habia podido espiarlos, volvióse mas tranquilo á reunirse con el conde y su hija, los cuales en aquel momento se entregaban á los mas puros transportes de alegría.

—Por Dios os ruego, dijo Fromestano, que no os entregueis á esas imprudentes manifestaciones, que pueden hacer fracasar nuestro proyecto, en tan buena hora y con tan buenos auspicios comenzado.

El conde comprendió la exactitud de la observacion de Fromestano; desde entonces, para prevenir cualquier funesto incidente, comenzó á tratar á su hija con el carácter que allí se habia presentado, es decir, como un mensagero del señor de la casa de los Ecos.

—Señora, vengo á intimaros la órden de que inmediatamente abandoneis esta morada.

Adosinda palideció espantosamente al escuchar estas palabras, que daban á entender el deseo de su padre de que le siguiese al castillo de Villanueva.

En aquel momento presentóse á la jóven la imágen de Fulgencio mas encantadora que nunca, y aunque por otra parte deseaba con vehemencia vivir en compañía de su amado padre y salir de aquella especie de prision deliciosa en que Fulgencio la tenia, con todo, no era dueña de contener el pesar que le causaba la idea de romper aquellas cadenas de flores conque habia sabido el señor de la casa de los Ecos sujetar dulcemente sus sentidos, revelándole la ciencia del mal, que por desdicha de los mortales encierra tanto atractivo para el pobre corazon humano.

Adosinda no obstante, con todo su entendimiento y con todas las fuerzas de su alma queria romper los vínculos que la ligaban á Fulgencio, por mas que sus deseos, con sus vehementes arrebatos, á pesar suyo, le condujesen á las placenteras regiones que Páris y Elena recorrian, protegidos por la deidad nacida de la espuma de los mares, al estruendo mismo de las

armas de los guerreros de Troya contra los héroes de la Grecia.

La naturaleza y el espíritu, la una con sus ardientes deseos, y el otro con sus deberes inapelables, luchaban con estraordinaria energía en el corazon de la hermosa hija de D. Zuria, el cual con amoroso acento, y en voz muy baja para que nadie pudiese oir aquel coloquio, le habló de esta manera:

—Hija mia, escusado me parece encarecerte las penas y aflicciones que en tan breve tiempo me has causado. Si estas desgracias han tenido origen en tu propia voluntad, ó si han sido producidas por el superior decreto de un destino inexorable, yo no quiero ahora averiguarlo, ni por ello tampoco dejarian de ser menos ciertas ni menos dolorosas las penas que he padecido. Ya ves en qué trage me he presentado ante tus ojos, hija mia; ni tengo para qué hablarte de los riesgos ni inconvenientes por en medio de los cuales he tenido que atravesar para venir á decirte: «Amada hija de mi corazon, aquí tienes á tu anciano padre que cifra en tí el tesoro de su ternura, y que en los cansados dias de su vejez aspira á recrearse en tu vista y á buscar en tu cariño el centro de sus deseos y los mas puros consuelos de su alma. Ya vés que por conseguir la dicha de vivir en tu compañía, como Dios y la naturaleza me lo mandan, no he perdonado sacrificio alguno, hija mia, y que acaso en este momento mi existencia está amenazada, y que no será imposible el que veas caer bañado en su propia sangre á este anciano, que á todo trance quiere librarte de tus opresores, porque tal es su deseo y su deber como padre. Yo no quiero sin embargo violentar tu voluntad, hija mia; pero seré el mas infeliz de los mortales si llego á convencerme de que al fin es cierto lo que tantas veces me han repetido acerca de que tú amas con frenesí al señor de la casa de los Ecos. Si es verdad, no me lo digas, y si no es cierto, en este instante solemne me lo probará tu conducta. Elige, pues, hija mia... ¿Habrá alguien en el mundo que valga mas para tí que tu padre?»

—¡Padre de mi alma! esclamó Adosinda estrechando contra su corazon al anciano conde. Aquí estoy á vuestra disposicion; cuando querais podemos partir, mi único deseo es vivir y morir en vuestra compañía; vamos.

Y asi diciendo Adosinda se dispuso á seguir á su padre, no sin lanzar en torno de aquella estancia, testigo de tantas placenteras emociones, una mirada de dolorosa despedida.

En resolucion debemos decir que los dos monges, que debajo de sus hábitos escondian sus armas, se dispusieron á sacar á Adosinda de la misteriosa casa de los Ecos.

D. Zuria y Fromestano estaban muy seguros de que nadie habia podido oir su diálogo con la jóven; pero el lector recordará que la estraña estructura de aquella singular morada hacia fácil escuchar cualquiera conversacion, que era repetida de una en otra estancia, y que gracias á este maravilloso artificio, era conocida aquella morada portentosa por el nombre de la casa de los Ecos.

Asi, pues, por un esceso de precaucion, que ciertamente en aquel caso no era inútil, apostóse el portero en un aposento inmediato y estuvo oyendo, sin perder ni una sílaba, el diálogo que ya conocen nuestros lectores.

Fromestano, el conde D. Zuria y su hija llegaron hasta el patio sin encontrar á nadie que les pusiese obstáculo para su marcha, ó por mejor decir para su fuga.

Pero al llegar al aposento situado en el piso bajo, donde ordinariamente habitaba el portero, no dudaron de que se abrigaba desconfianza respecto á sus intenciones.

Efectivamente, junto á la puerta principal vieron formada una tropa de hombres de armas, que parecian mirar con ánimo hostil á los monges y á la dama.

D. Zuria y Fromestano, aunque apercibidos á la defensa y resueltos á todo trance á superar cuantos obstáculos se les opusiesen, no dejaban de conocer la temeridad y el peligro de su intento, y sobre todo la imposibilidad de llevarlo á cabo, que era lo que mas les afligia.

No por esta consideracion desistieron de su propósito, antes, por el contrario, con admirable serenidad se dirigieron hácia la puerta como si en lugar de enemigos, viesen en aquellos hombres de armas una escolta dispuesta á servirles de compañía y á prestarles apoyo.

En este momento el hercúleo personage que servia de con-

serge ó portero en aquella morada, salió al encuentro de los monges y les detuvo diciendo:

—Esta dama no sale de aquí...

—Lo ha mandado tu señor.

—Ni vosotros tampoco saldreis, porque sois unos impostores.

—¡Villano!

—Todo lo he oido.

D. Zuria y Fromestano comprendieron que ya era poco menos que imposible el llevar á cabo su empresa, y que además sus vidas se hallaban en gran riesgo.

Entre tanto los hombres de armas permanecian impasibles junto á la puerta.

El conde, dirigiéndose al que parecia gefe de aquella tropa, le dijo:

—El señor de la casa de los Ecos, vuestro señor y nuestro amigo, nos ha mandado conducir esta dama á Oviedo.

El gefe permaneció impasible y silencioso como una estátua.

—Es inútil que os empeñeis en salir de esta casa, dijo el portero.

Y volviéndose á los hombres de armas, añadió:

—Ya os he dicho que estos caballeros no son lo que parecen.

—¿Y qué quereis decir con eso? preguntó D. Zuria.

—Que no sois monges.

—¿Os hemos dicho nosotros que lo seamos?

—Al menos así parece que deseais darlo á entender, en el mero hecho de venir con ese hábito.

—Eso quiere decir solamente que nos ha convenido venir disfrazados; pero os debo advertir que este disfraz no lo hemos usado porque temiésemos que vos nos conociéseis, sino por otras personas, como vuestro señor lo sabe muy bien, y aun pudiéramos añadir que el señor de la casa de los Ecos ha sido la causa de que vengamos con este trage, que por consejo suyo hemos adoptado.

—¿Luego confesais que vos sois el conde D. Zuria?

—Ni tengo inconveniente en confesarlo, ni me ha pasado por las mientes.

Estas hábiles respuestas del conde desconcertaron al por—

tero, que no sabia qué pensar, y aun comenzó á creer que en efecto los fingidos monges merecian algun crédito, en atencion á que él no habia escuchado mas sino que uno de aquellos personages era el padre de la dama, y esta era la circunstancia que principalmente habia despertado sus sospechas y producido su alarma.

Ahora bien, el portero pensaba que ningun inconveniente habia en que su señor supiese que aquel era el conde D. Zuria, y que le enviase por la dama para conducirla á Oviedo.

Sin duda alguna la empresa del conde y Fromastano se hubiera podido llevar á feliz cima sin tropiezo alguno, si el portero insiste algunos minutos mas en considerar la cuestion bajo este aspecto; pero por desgracia un súbito recuerdo hirió su mente, y otra vez renacieron sus sospechas con mas brio.

Este recuerdo consistia en aquellas palabras que habia pronunciado D. Zuria manifestando que no sabia ni le importaba saber si era ó no hermosa la dama á quien habian de comunicar el mensage del señor de la casa de los Ecos.

—¿Luego vos no conociais á vuestra propia hija? preguntó el portero. ¿Por qué me habeis dicho que ignorábais si era hermosa la dama á quien veniais buscando?

—Porque yo no tenia necesidad de manifestaros si era mi hija ó no la que habitaba en esta casa.

Esta esplicacion no dejó de satisfacer al portero, que comenzó á vacilar, aunque ya no era fácil que se disipasen sus sospechas.

El gefe de la tropa, oyendo estas razones, adelantóse algunos pasos y cambió con el portero estas palabras:

—Me parece que tienen razon.

—Yo tengo mis dudas, amigo mio.

—Es que sería una diablura que realmente estos fuesen enviados del señor, y en ese caso provocaríamos su enojo.

—En efecto, sería una contrariedad.

—¡Qué diablos! Déjalos que se vayan.

—¿Y si luego salimos conque eran unos impostores?

—En fin, haz lo que mejor te plazca.

Entre tanto que tenia lugar este diálogo, Fromestano y D. Zuria habian convenido tambien en la mejor manera de salir de aquel apurado trance.

El antiguo capitan de la guardia del rey habia propuesto á D. Zuria que manifestase al conserge el deseo de volver al aposento de la dama y aguardar allí la venida del señor de la casa de los Ecos.

—¿Consientes en dejarnos salir? preguntó el conde.

—No, respondió el portero, despues de algunos momentos de reflexion.

—Pues bien, aguardarémos á tu señor en el aposento de esta dama.

—No tengo inconveniente.

—Te prevengo que te ha de pesar mucho el no haber obedecido las órdenes que de parte de tu señor te hemos comunicado.

El portero hizo un gesto de resignacion.

El gefe de los hombres de armas dijo al portero:

—Me parece bien que accedas á su peticion, pues de este modo el señor no tendrá motivo de queja contra tí cuando vea que has procedido con tanta circunspeccion...

—No creo que sea este el mejor medio de prevenir el enojo del señor, pues si realmente estos son enviados suyos, no dejará de encolerizarse cuando sepa que no he cumplido sus órdenes.

—Pero en último caso, alguna diferencia hay entre no cumplir sus órdenes, tal vez por un esceso de precaucion, á castigar á los enviados como hace poco intentabas.

—Mi objeto era prenderlos, porque repito que tengo para mí que son unos impostores.

—En fin, conque aguarden en el aposento de la dama, que es lo mismo que ellos te han rogado, se conciliarían todas las dificultades. Si en efecto, como tú sospechas, son unos impostores, aquí los tiene el señor para que haga de ellos lo que mas sea de su agrádo; pero si por el contrario fuesen realmente mensageros suyos, quiere decir que no tendrá graves motivos de enojarse, ni de reconvenirte por tu conducta.

Estas razones parecieron convincentes al portero, que en seguida, volviéndose hácia D. Zúria, le dijo:

—Cuando querais podeis volveros á la habitacion de esta dama, donde aguardaréis el regreso de mi señor.

El conde inclinó la cabeza en señal de asentimiento, cambió una mirada de júbilo con Fromestano, y en seguida los tres se encaminaron á la estancia de Adosinda.

Cuando el conde se encontró allí dijo en voz muy baja y con muestras del mas inmenso júbilo:

—Me parece haber adivinado vuestro proyecto.

—Ante todas cosas conviene que nos quejemos con la mayor energía al señor de la casa de los Ecos, dijo Fromestano en voz alta y con muestras del mas vivo enojo.

—¿Por qué nos hemos de quejar? esclamó D. Zuria estupefacto.

—Porque ese infame portero no ha querido dar crédito á nuestras palabras.

El conde comprendió perfectamente que Fromestano se espresaba en aquellos términos para convencer mas y mas al conserge, en el caso de que los espiase, de que ellos realmente eran enviados del señor de la casa de los Ecos.

Fromestano recordó la singularidad de aquella misteriosa mansion, que repetia hasta el infinito, por medio de mil convenciones acústicas, las palabras que allí se pronunciaban.

Teniendo presente esta consideracion el antiguo capitan de la guardia del rey, habia adoptado aquel medio para desorientar al conserge, y por un esceso de precaucion, que ciertamente justificaban las circunstancias, llegó hasta al estremo de no espresar sus ideas sino por señas y gestos.

Con este lenguage silencioso, con el lenguage mímico esplicó su proyecto al conde, el cual ya de antemano habia comprendido la intencion de su compañero.

Fromestano intentaba llevar á cabo el plan que primitivamente habian concebido al presentarse en la casa de los Ecos.

Este plan consistia en penetrar hasta el aposento de Adosinda por los medios que ya hemos visto, y desde allí, por uno de los balcones que daban al campo, evadirse los tres, merced

á una escala de seda y cerda flexible y fuerte que llevaban á prevencion oculta debajo de los hábitos monacales.

Despues, gracias á la inesperada complacencia del portero, que los habia dejado penetrar hasta el aposento de la jóven sin gran resistencia, habian desistido de su primer intento, pensando que el conserge los dejaria tambien salir sin oposicion alguna.

Pero el lector sabe ya que esta esperanza de nuestros caballeros salió frustrada, y se arrepintieron, aunque tarde, de no haber llevado á cabo su proyecto como al principio lo habian determinado.

Ahora bien, su hábil conducta los habia colocado de nuevo en posicion de realizar con todas las probabilidades de buen éxito su plan primitivo.

Y efectivamente, Fromestano, con rapidez increible, desarrolló la escala, y asegurando uno de sus estremos en la balaustrada de un balcon, arrojó el otro estremo hácia el campo.

En seguida el jóven se lanzó el primero por la escala, y ya que se encontró en campo libre, desenvainó su acero como para proteger la fuga del conde y su hija.

Luego D. Zuria mandó á Adosinda que descendiese por la escala, y él se lanzó el último.

La hora era la mas á propósito para llevar á cabo aquella empresa, pues ya la antigua noche habia estendido sobre la tierra su tupido velo de sombras.

Rápidos como fantasmas, y con ese convulsivo azoramiento que en tales casos se esperimenta, encamináronse nuestros personages hácia el bosque cercano, donde las gentes de D. Zuria les aguardaban.

Inmediatamente cabalgaron en sus corceles y se dirigieron por sendas estraviadas hácia el castillo de Villanueva.

D. Zuria dijo á Fromestano que en su poderoso troton condujese á la jóven y se adelantase un gran trecho seguido de la mitad de los hombres de armas, en tanto que él se quedó con el resto de la gente para proteger la retirada.

Entre tanto Fulgencio acababa de llegar á la casa de los Ecos, donde al punto fué informado de todo lo acaecido, y que

en el aposento de Adosinda le estaban aguardando los dos monges.

Desde luego conoció Fulgencio que D. Zuria y el hijo de Argerico habian intentado apoderarse de la jóven, sospechando lo que efectivamente habia sucedido, es decir, que los monges se habian fugado; al ver la estancia desierta y la escala en el balcon, se dispuso al instante á salir en su seguimiento, acompañado de sus mejores ginetes.

No se habian descuidado el conde y los suyos en aguijar sus caballos; pero las gentes del caballero de las Almas, que conocian perfectamente aquel terreno, acertaron fácilmente la direccion que habian podido tomar los fugitivos.

De repente D. Zuria se detuvo, habiendo escuchado á lo lejos el galope de los caballos de las gentes de Fulgencio.

— ¡Ira de Dios! esclamó el anciano conde lleno de pena y de rabia. ¡Nos siguen, y es preciso á todo trance detenerles el paso!

Cada vez mas se aproximaba el ruido de la enemiga tropa, que á frenético galope se lanzaba en pos de los hombres de armas de D. Zuria. Este comprendió que no podia evitar un sangriento combate, y queria salvar á Adosinda de que de nuevo cayese en poder del señor de la casa de los Ecos.

El conde envió uno de los suyos para que le avisase á Fromestano de que eran perseguidos, á fin de que se adelantasen cuanto mas pudiesen. La serenidad de D. Zuria y los suyos haria todos los esfuerzos imaginables por contener á sus perseguidores.

Afortunadamente Fromestano llevaba una gran delantera á D. Zuria, y merced al aviso que este le habia enviado, redobló mas y mas el impetuoso valor de su galope.

El conde por su parte, cuando sintió que ya se hallaban cerca sus contrarios, ordenó á su gente del modo mejor que el terreno permitia, y se dispuso á hacer frente á sus enemigos hasta exhalar el último aliento.

¡Terrible fué el choque!

Fulgencio á la cabeza de los suyos precipitóse como un torrente sobre el reducido escuadron de D. Zuria.

Eran en efecto inferiores el número de las gentes del con-

de, aunque no en arrojo, pues aguardaron impávidos la vigorosa acometida.

El señor de la casa de los Ecos buscaba entre las tinieblas á la hermosa jóven; pero solo encontró á su padre, que como un leon de Numidia se lanzó furioso sobre el altivo Fulgencio.

Entre ambos paladines trabaron entonces un terrible combate.

La destreza, la ira y el valor guiaban el acero del conde.

La calma imperturbable, y por lo mismo mas tremenda, resplandecia en la actitud del señor de la casa de los Ecos, y la violencia irresistible guiaba sus furibundos golpes.

La noche horrorizada se cubria á cada momento con mas densas tinieblas por no presenciar aquel sangriento espectáculo.

Desesperada fué la resistencia de los hombres de armas de D. Zuria, los cuales consiguieron detener durante largo rato á las gentes de Fulgencio.

Pero al fin no pudieron menos de sucumbir al número superior de los hombres de armas del altivo amante de Adosinda.

El desgraciado conde, ya fatigado de sostener tan prolongada lucha, cayó herido mortalmente por la irresistible espada del señor de la casa de los Ecos, el cual, desesperado de no encontrar á Adosinda junto á su padre, adivinó que Fromestano se habia adelantado con la jóven para impedir que de nuevo cayese en sus manos.

En seguida Fulgencio gritó á los suyos:

—¡Adelante, y prometo grandes albricias al que me averigüe donde se encuentra la dama que perseguimos!

—¡Viva el señor de la casa de los Ecos! gritaron á una voz los fieros soldados del caballero de las Almas.

Y todos se precipitaron á un frenético galope en seguimiento de Fromestano.

CAPITULO XXXVII.

La vida de los recuerdos.

Qué fuerza tan poderosa tienen los acontecimientos consumados!

El tiempo no existe sino para el espíritu del hombre.

La naturaleza sufriendo los efectos de la duracion no lo sabria nunca, porque ella no tiene conciencia intelectual de sí misma, porque el espíritu es el que sabe.

Por eso el tiempo adquiere toda su verdadera importancia en la accion del hombre, que colora los espacios del tiempo con las negras nubes del crímen ó con los luminosos caractéres de la virtud, trazando un recuerdo que no muere ni en la tierra ni en el cielo.

En cada momento de la duracion, el hombre, la mas alta de las criaturas, porque es dueño de su destino, espresa en sus actos su voluntad soberana de una manera inapelable, porque la voluntad del mismo Dios es, que ni él mismo pueda hacer que deje de haber sucedido lo que una vez sucedió.

Enhorabuena que en el mundo moral el arrepentimiento y la espiacion puedan borrar el crimen; pero es imposible que borren el hecho; y la espiacion y el arrepentimiento son una prueba mas de esta imposibilidad, porque no pudieran existir sin que el crimen hubiese existido.

El hombre ejecutando su voluntad es como vive por completo, y el pensamiento mismo seria nada si no fuese acto. La accion es la corona brillante de la vida, de la vida que se ma-

nifiesta en toda su plenitud en el espíritu y en la naturaleza, porque el pensamiento no es la obra.

Por eso un acto moral, es decir, el hombre, practicando el mal ó el bien, es la criatura libre que obra en su totalidad con todas las fuerzas de su ser, y un acto de esta naturaleza es absoluto é indeleble por toda la eternidad.

El pensamiento puede morir sin nacer á la vida; pero el pensamiento que se ha vestido de la luz de la accion, tiene algo de eterno y divino que solamente Dios puede juzgar.

La intencion fratricida del rey D. Fruela pudo muy bien no haberse verificado, y aun pudo convertirse aquel mal pensamiento en mayor cariño hácia el infante Wimarasio.

Pero una vez ejecutado el intento, no habia ya reparacion posible.

La mas infernal de las torturas que pueda esperimentar el alma humana cuando ha cometido un crímen, es el conocimiento y conviccion que adquiere de la inutilidad y del horror de su atentado.

Entonces la irresistible nocion del bien le pinta su culpa con los mas negros colores, y esperimenta la horrible angustia y la inesplicable tristeza que produce la tranquilidad perdida, el bien desvanecido de una alma justa, la eterna inquietud de una conciencia culpable.

Entonces los remordimientos con sus aceradas garras torturan sin compasion al espíritu del hombre.

Este conocimiento del mal que habia cometido, cuando ya no tenia remedio, afligia ahora sin cesar el ánimo del rey Don Fruela, que hubiera dado gustoso todos sus tesoros y hasta su misma corona por no haberse dejado arrebatar de aquel ímpetu feroz que le habia hecho derramar la sangre de su hermano.

Los remordimientos cruelmente ingeniosos hacian que ahora el rey solo se acordase de los apacibles dias de su primera juventud y de las buenas cualidades de su hermano, cuando este á cada momento le estaba dando irrecusables pruebas de lealtad y de ternura.

El desgraciado monarca á pesar suyo reconocia que el odio que profesaba al infante era infundado, y que acaso tambien

podia engañarse respecto á los celos que su esposa y Wimarasio le inspiráran.

Recordaba sin cesar todo cuanto el esclavo Rodrigo le habia manifestado relativamente á la trama que habia urdido el conde D. Aurelio, á fin de apoderarse de la hermosa Doña Munia.

Como el rey habia descubierto la perfidia del conde, y además sabia que este amaba á la hija del duque Eudo aun antes de que D. Fruela se hubiese casado, sospechaba, no sin fundamento, que habia cometido sin la menor vislumbre de razon un horrible asesinato, un fratricidio.

Este pensamiento le torturaba, le afligia, le desgarraba el corazon, y le enloquecia de dolor y de rabia al mismo tiempo.

De noche, de dia, á todas horas, despierto y soñando, la voz de su conciencia le gritaba sin cesar:

— «¡Fratricida! ¡Fratricida!»

En resolucion, desde la trágica muerte del infeliz Wimarasio, la vida de D. Fruela era un tormento contínuo, insoportable.

El corazon del rey, por otra parte, necesitaba de amor, y no encontraba un objeto capaz de satisfacer esa necesidad del alma humana, que consiste en consagrarse á una persona á quien prodigar su ternura.

La amistad habia huido del alcázar del aquel rey suspicaz y sanguinario.

Un vacio espantoso rodeaba su existencia, el porvenir estaba cubierto para él con un velo fúnebre, la esperanza le habia abandonado, y su alma solo se alimentaba de dolorosos recuerdos, que como fantasmas sombríos é implacables estaban sentados en su memoria.

Las notas predominantes y esenciales del espíritu del hombre son pensar y amar.

Una vida sin pábulo para el entendimiento no es vida humana.

Pero una existencia sin amor es la condenacion sobre la tierra.

En tal estado el infeliz monarca sentia en su pecho esa

afliccion sin límites, y la hermosa imágen de Doña Munia se le aparecia por todas partes como el eco melodioso de sus pasados amores, como el recuerdo del paraiso perdido de su existencia.

Y su alma, constantemente con los ojos vueltos hácia los hermosos dias de amor y de ventura que habia gozado en compañia de su casta esposa, esperimentaba un dolor inmenso é indefinible, porque reconocia la imposibilidad de reconstruir el bello edificio de lo pasado, que con sus encantos habia caido al fiero empuje de irremediables desdichas.

— ¡ Si yo pudiera encontrar otra Munia !... ¡Si yo de nuevo pudiese esparcir sobre mi alma aquellos suavísimos aromas de amor y de felicidad inefable que en otro tiempo hacia de mi existencia un himno sin fin!... ¡ Ah ! ¿Por qué ha huido aquel dulce encanto que estendia un velo de luz y de colores al través del cual mi espíritu regocijado contemplaba la creacion entera?... Hermosos dias de la juventud, plácidas inquietudes del amor, espléndida naturaleza coronada con las flores de mayo, misteriosas y halagüeñas esperanzas que prometeis al corazon mil prodigios de felicidad entre incitantes imposibles, ¿no volvereis mas á llamar á mi puerta, bellos y jubilosos ensueños de la juventud? ¡ Ay, esposa mia ! ¡ Tu dulce recuerdo llena ahora toda mi alma !

Aquí llegaba D. Fruela en sus reflexiones, cuando se presentó el camarero anunciando al rey la visita de una dama, cuyo anuncio no pareció estrañar D. Fruela.

Sin duda aquella dama se presentaba con frecuencia en el alcázar del rey.

En su talante gentil se echaban de ver á la par los pronunciados contornos de la matrona y los delicados y airosos movimientos de la doncella.

Su trage además tenia un atractivo irresistible.

El amor, la devocion y la coquetería por iguales partes se habian dividido el cuidado de adornarla.

Una toca mas blanca que la nieve servia como de marco á su rostro encantador, y un prolongado mongil daba á su estatura un aire á la vez magestuoso, provocativo y modesto.

Desde luego estamos seguros de que nuestros lectores han reçonocido en la dama á nuestra antigua amiga Doña Ermesenda.

Tambien me parece escusado advertir que la esposa de Rosmundo seguia su galanteo con el rey, dentro de los límites del decoro, y que siempre en sus entrevistas, por cuantos medios estaban á su alcance, procuraba dejar bien puesta la memoria de la infeliz Doña Munia.

El rey, siguiendo el órden de ideas de que se ocupaba su pensamiento cuando le hemos presentado á nuestros lectores, dijo á la dama con aire jovial y cariñoso:

—Me alegro mucho de que hayais venido en tan buena ocasion.

—Yo tambien celebro mucho que V. A. se digne recibirme con tanta benevolencia.

El rey clavó una mirada de indecible ternura en la dama, y comenzó á pasearse por el aposento.

Doña Ermesenda, cuya curiosidad se habia escitado hasta el último estremo, se aventuró á preguntar:

—¿Y no se dignará V. A. manifestarme la causa de haber yo llegado á tan buena ocasion? ¿De qué se trata?

El rey continuó impasible en sus paseos.

Doña Ermesenda comenzaba á amostazarse.

—¿Me vais á responder con franqueza á lo que voy á preguntaros? dijo de pronto D. Fruela, deteniéndose delante de la dama.

—Señor...

—Os exijo, os ruego que me hableis con toda sinceridad. Yo he tenido ocasion de admirar en vuestro carácter ciertas dotes de dignidad y grandeza que me inspiran la confianza de que ahora, supuesto que os lo ruego tan encarecidamente, me direis con toda ingenuidad los sentimientos que esperimentais hácia mi persona.

Doña Ermesenda quedóse admirada de la estraña exigencia del rey, cuyo carácter, de ordinario brusco y altivo, se habia dulcificado en aquella ocasion de una manera incomprensible é inusitada.

D. Fruela, viendo que la dama permanecia silenciosa, volvió á preguntar:

—¿Me amais de veras?

—Señor, yo no comprendo la causa de que V. A. me dirija semejante pregunta.

—No importa, Ermesenda, que ignoreis el motivo, con tal que me respondais con sinceridad.

La dama, echando sobre sus hombros el prolongado manto que la cubria, dejó ver su bello rostro, y con gracioso melindre, entre risueña y pensativa, clavó una mirada incendiaria en el rey, diciéndole á la vez con seductora sonrisa:

—Os prometo, señor, satisfacer cumplidamente vuestra exigencia, pero con una condicion...

El rey frunció el ceño con una espresion que podia significar:

—«¡Condiciones á mí!»

Doña Ermesenda continuó siempre con el tono mas jovial:

—La condicion que trato de imponeros, amado rey, es muy poco penosa de cumplir. ¿No quereis siquiera por una vez que yo sea la reina?

—No por una vez, sino para siempre quisiera yo que fueseis reina, dijo el rey con el mas cariñoso acento.

Doña Ermesenda abrió desoladamente los ojos, y se ruborizó como la rosa de mayo.

¿Era tal vez un pensamiento de emocion el que habia cruzado por la mente de la hermosa dama?

¿O acaso Doña Ermesenda amaba apasionadamente al monarca y le lisonjeaba la idea de llegar á ser su esposa, como parecian indicarlo las últimas palabras de D. Fruela?

Cualesquiera que fuesen las conjeturas que la dama hizo en aquel momento, y por viva que fuese su curiosidad, logró al fin dominarla, y con el aire mas indiferente dijo:

—¿Se dignará V. A. aceptar la condicion que deseo imponerle?

—Veamos.

—Yo responderé á vuestra pregunta con la mayor sinceridad, siempre que V. A. se digne manifestarme la causa de querer averiguar si yo os amo de veras.

—Bien mirado, Ermesenda, no debíais estrañar tanto esa pregunta, que es la que todos los amantes del mundo dirigen á sus amadas.

—Sin embargo, como nunca hasta ahora habeis manifestado ese deseo, me permitiréis que lo estrañe.

—Pues bien, con lo que antes he dicho, me parece que fácilmente podeis adivinar el objeto de mi pregunta, que tanto os ha sorprendido.

—V. A. tiene una idea exagerada de mi penetracion.

—¿Luego nada adivinais?

—Os suplico, señor, que ilumineis un poco mi pobre entendimiento.

El rey comenzó de nuevo á pasearse por la estancia, y durante largo rato permaneció silencioso.

Al fin, deteniéndose delante de la hermosa Ermesenda, dijo:

—Habeis de saber que hace ya muchos dias que estoy pensando en casarme.

—¡Vos!

—¿Qué tiene eso de estraño?

—Nada, señor. Ese deseo me parece muy natural en un rey viudo.

—Y me parece que tambien puede ser un deseo muy propio de una viuda.

—No lo niego.

—Ahora bien, me parece que no tengo necesidad de daros mas esplicaciones.

La dama se hizo la desentendida, como se suele decir, y con la mas perfecta candidez preguntó:

—¿Y quién es esa viuda á quien pensais dar vuestra mano?

—¿Es posible qué despues de las señas que os he dado, aun no la hayais conocido? ¡A fé que sois torpe en demasía!

—Lo confieso francamente.

—Decid mas bien que no hay peor sordo que el que no quiere oir, ni nadie mas torpe que el que no quiere entender.

—Es que muchas personas, aunque quisieran entender todo lo que ha dicho V. A., se verian en la absoluta imposibilidad de hacerlo.

—¿En qué consiste esa imposibilidad?

—Suponed que V. A. pone los ojos en una dama á quien considera viuda, y que luego se descubre que está casada.

—Sí; pero cuando hasta la misma vivienda de esa dama tiene el nombre en todos estos contornos: *La alquería de la Bibdá*, no queda la menor duda de cuál es su estado.

—Es que esa denominacion pudiera ser muy engañosa.

—¿Cómo así?

—Las gentes han dado en llamar la Alquería de la Viuda á una heredad que precisamente pertenece á una señora casada.

—¡Ah! esclamó el rey, sin poder ocultar el despecho que le causaba aquella noticia.

Doña Ermesenda se ruborizó de placer; pero su gozo no era producido por la idea de su engrandecimiento personal, sino porque aquella revelacion del rey le proporcionaba la ocasion mas oportuna de llevar á feliz cima los planes que muy de antemano habia concebido en favor de sus amigos y allegados.

La hermosa dama conocia perfectamente el carácter de Don Fruela, y ya hacia algun tiempo que habia sorprendido en él el deseo de contraer nuevo matrimonio.

Así, pues, Doña Ermesenda, que anhelaba que el rey cuanto antes contrajese nuevas nupcias, trató de alentar los deseos de D. Fruela hablándole de una hermosa jóven, digna por todos conceptos de la mano del rey.

—Señor, dijo Doña Ermesenda, no puedo menos de daros las gracias por la buena voluntad que habeis manifestado hácia la dueña de la alquería; pero creo que V. A. debe alegrarse de que esa dama se encuentre en la imposibilidad de ser vuestra esposa, pues así os podré presentar la jóven mas bella que existe en vuestro reino...

A estas palabras el rey salió de su distraccion, y preguntó con grande interés:

—¿Y quién es esa jóven?

—Pertenece á una de las familias mas ilustres.

—Decidme su nombre.

—Perdonad, señor, pero eso no es posible.

—¡Ah! ¿Tratais de mortificarme?

—No en verdad; y en prueba de ello no tendré inconveniente en hacer que veais por vuestros propios ojos la peregrina belleza de la jóven de que os he hablado.

—¡De veras! ¿Y cuándo? preguntó el rey, cuya curiosidad se habia escitado vivamente.

—Dentro de tres dias.

—¡Oh! esclamó el rey. A pesar de ser tan breve ese plazo, me parece una eternidad.

—No puede ser antes, dijo Doña Ermesenda, que sin duda se proponia escitar enérgicamente el interés del rey.

—Pero al menos decidme cómo se llama.

—Os repito que en eso no puedo complaceros.

—¿Y cuál es la causa de que reserveis tan cuidadosamente su nombre, si al fin decís que he de verla?

—Es que yo misma ignoro cómo se llama.

—¡Parece increible!

—Al menos me cuesta mucho trabajo el pronunciar su nombre, que es muy singular.

—¿Acaso es estrangera?

—Sí señor; y aun cuando, segun tengo entendido, arde en deseos de hacerse cristiana, pertenece á la raza árabe; pero no podeis figuraros hasta qué punto es deslumbradora su belleza, maravillosamente realzada por su magnífico trage oriental.

—¿Y en dónde podré verla?

—En Oviedo ó en mi alquería.

—¡Ah! ¿No pudiérais hacer que yo la viese al instante?

—Podeis estar seguro de que así lo haria si estuviese en mi mano.

El rey, comprendiendo que tal vez era algo inconveniente el manifestar tanta impaciencia delante de otra dama por ver á la jóven árabe, se resignó al fin á esperar que espirase el plazo propuesto, convencido por otra parte de que sería inútil su insistencia en anticipar aquella entrevista.

Así, pues, D. Fruela con apacible sonrisa, dando á entender que le era indiferente la noticia de aquella jóven, comenzó como diríamos hoy á dirigir galanterías á Doña Ermesenda; pero esta, tomando una actitud grave, dijo:

—Señor, ha llegado el momento de que terminen entre nosotros unas relaciones que han podido parecer amorosas; no han sido de hecho, al menos por mi parte, sino la pura espresion de un afecto amistoso. V. A. se ha dignado hablarme de amor, y yo no he podido menos de agradecer con toda mi alma el interés que he tenido la fortuna de inspiraros. Podeis estar seguro, lo digo sin rubor, porque esta confesion nada tiene de criminal, podeis estar seguro, señor, de que esperimentaba hácia vuestra persona la mas viva simpatía; pero siempre os he dicho, y ahora os lo repito de la manera mas solemne, que nunca me olvidaré de mis deberes de esposa...

—¡A fé que me ha sorprendido sobremanera la revelacion que me habeis hecho de que sois casada!

—Hoy ha llegado la ocasion de que os manifieste mi verdadero estado; porque no quiero alentar en ninguna manera vuestras amorosas esperanzas, y porque tambien deseo cuanto antes volvais á contraer matrimonio, para que dejeis un heredero al trono...

—¡Hija mia! murmuró el rey, que en aquel momento, profundamente enternecido, se acordó de su hija Doña Jimena, á la sazon niña de poca edad, y á quien siempre, á causa de sus horribles celos, habia mirado con aversion, creyendo que aquella inocente criatura era el fruto maldito de un adulterio.

El infeliz D. Fruela, despues de la muerte de Doña Munia y del infante, ni una sola vez siquiera habia consentido en ver á Doña Jimena, á la cual su razon juzgaba hija de Wimarasio.

Doña Ermesenda continuó:

—Yo estoy firmemente persuadida de que todas las aflicciones que V. A. ha padecido durante el tiempo que estuvisteis casado, no han tenido mas fundamento que vuestro carácter suspicaz. La infeliz Doña Munia...

—Por Dios, Ermesenda, por Dios os ruego que no me la nombreis... Ahora, aunque tarde, comienzo á conocer mi error; pero ya lo hecho no tiene remedio, y demasiado cruel es el castigo que sufro con mis remordimientos implacables, y con los recuerdos de aquellos hermosos dias de amor y de felicidad que, como aves luminosas, están cruzando siempre por los

espacios de mi imaginacion. ¡Ah! ¡Cuán feliz sería yo si puediese ahuyentar de mi mente esos recuerdos que me atormentan tanto mas, cuanto son mas lisonjeros y deliciosos! ¡Ah! Vos no podeis comprender la infernal tortura que encierra el recuerdo incesante del bien que hemos perdido, y cuando á la par reconozcamos que ni el cielo ni la tierra nos pueden ya devolver el preciado tesoro de nuestra dicha.

El rey, cuyo varonil semblante revelaba de ordinario la altivez y la fiereza, estaba en aquel momento hondamente conmovido, y acaso por la primera vez de su vida se desprendian de sus ojos abundantes lágrimas.

En vano se esforzaba D. Fruela por contener su llanto.

Sus remordimientos eran espantosos, y su arrepentimiento era sincero, aunque tardío.

Cuanto es mas enérgico el carácter de un hombre, tanta mas impresion causan sus lágrimas en aquellas personas que siempre le han contemplado altivo, fiero é indomable.

Así sucedió á Doña Ermesenda, que al ver al rey que parecia de tan áspera condicion, en aquel estado sintió que las fuerzas le faltaban para resistir la encarnizada lucha de afectos encontrados que se trabó en su corazon sensible y generoso.

La hermosa dama se habia impuesto un sacrificio tan tremendo como glorioso para ella.

En honor de la verdad, debemos decir que la esposa de Rosmundo amaba tiernamente al rey; pero Doña Ermesenda no solamente queria permanecer fiel á sus deberes, sino que tambien deseaba contribuir á la felicidad de D. Fruela, tranquilizando su espíritu y haciendo que contrajese nuevo matrimonio, creándose una familia, seno de paz, centro de la vida humana.

Pero Doña Ermesenda no podia menos de afligirse al considerar que aquel hombre querido perteneceria muy en breve á otra mujer. Sin duda la bella esposa de Rosmundo se habia exagerado sus propias fuerzas al emprender la consumacion de aquel penoso sacrificio, y para mayor amargura de la triste dama, nunca hasta entonces, como en aquel momento, se le

habia presentado D. Fruela tan sensible, tan generoso, tan digno de ser amado.

Durante largo rato reinó en la estancia el mas profundo silencio.

Al fin la dama, procurando sonreirse, dijo con el acento mas cariñoso:

—Ya nada tenemos que hablar respecto á la entrevista que habeis de tener con la hermosa árabe.

—¿Todavía pensais en eso?

—Es cosa convenida.

—¿Pero adónde vais á parar?

—Ahora, señor, debo manifestaros el objeto principal de mi venida esta noche.

—Decid, decid.

—¿No habeis averiguado nada respecto al paradero del conde D. Aurelio y de su hermano?

D. Fruela, á este recuerdo, dió un salto como si le hubiese mordido una víbora.

—No he sabido nada, respondió con tono brusco, y clavando una mirada recelosa en Doña Ermesenda.

Despues de algunos momentos, el rey añadió:

—Supongo que se habrán estrañado de mi reino.

—Pues yo creo que no están muy lejos de aquí.

—¡Será posible!

—¿Qué tiene eso de estraño?

—¡Ira de Dios! ¿Acaso se burlan de mi furor? ¿Piensan tal vez que me faltarán medios de tomar venganza? ¿Es posible que así desprecien mi poder? ¡Insensatos!

—Al contrario, señor, yo imagino que el conde y su hermano tratan de implorar vuestra clemencia.

Esta noticia pareció impresionar fuertemente el ánimo del rey, que guardó silencio y miró á la dama con estrañeza, como no dando crédito á sus palabras.

—¡Qué carácter tan desgraciado teneis! esclamó Doña Ermesenda, fijando en el rey una mirada de profunda compasion. Estoy segura de que habeis sospechado de mí en este momento.

—Señora... me parece que lo que acabais de decirme...

—Es una prueba mas de la lealtad que os profeso.
D. Fruela, profundamente meditabundo, parecia no escuchar á Doña Ermesenda.
Al fin, clavando en ella una mirada aguda y penetrante como un puñal, preguntó:
—¿Y en dónde están esos hombres?
—No puedo satisfacer la curiosidad de V. A.
—¡Vive Dios que siempre estais rodeada de misterios!
—Puedo asegurar á V. A. que siento mucho no satisfacer vuestro deseo, que ciertamente es muy natural.
—¿Y decís que ellos tratan de implorar mi perdon?
—Puedo decirlo con la seguridad mas completa.
—En ese caso, preciso es que yo sepa en dónde se encuentran ellos.
—¿Qué quereis decir, señor?
—Que si es verdad lo que vos decís, será necesario que ellos me hablen.
—Tal es en efecto su intencion; pero antes quisiera que V. A. empeñe su real palabra de que no ha de atentar contra sus vidas.
—¡Jamás! ¡Jamás!
—Me parece que hareis mal en no prestar oidos á sus ruegos.
—¿Por qué?
—Porque ellos han ofrecido revelar á V. A. secretos de grandísima importancia.
D. Fruela se sonrió con incredulidad.
—¿Piensan acaso, dijo, que yo me dejaré engañar de nuevo? ¡Están muy equivocados!
—D. Aurelio y su hermano han ofrecido solemnemente probar á V. A. de la manera mas cumplida, que sus revelaciones son tan importantes como verdaderas.
—¿Y cómo han de probarme la verdad de lo que dicen?
—Han puesto una condicion que yo creo muy aceptable, y que además demuestra evidentemente que ellos están dispuestos á cumplir con fidelidad su promesa.
—Sepamos esa condicion.
—Ellos no tienen el menor inconveniente en ser presenta-

dos á V. A. para hacerle las consabidas revelaciones, siempre que V. A. haya dado su palabra de honor de que les perdonará la vida; pero que vos quedareis relevado de vuestra palabra, pudiendo mandar que los degüellen en el caso de que sus revelaciones salieren falsas. ¿Qué decis, señor?

El rey guardó silencio durante largo rato como si meditase atentamente la respuesta que habia de dar á la dama, la cual, un poco amostazada por el prolongado silencio del rey, volvió á preguntar:

—¿Qué me respondeis, señor?

—Respondo y digo que acepto la condicion que me proponen.

—¡De veras! esclamó con inmenso júbilo la bella esposa de Rosmundo. ¿Y cuándo consiente V. A. en verlos?

—Al instante.

—Pues bien, señor, yo os avisaré el dia y hora en que ha de tener lugar vuestra entrevista.

—¿Es decir que yo no podré señalar el dia y la hora de la audiencia? dijo el rey con despecho, por creer que aquella concesion envolvia cierto desprecio hácia su autoridad.

Doña Ermesenda comprendió perfectamente lo que en el ánimo del rey pasaba, y se apresuró á decir:

—Señor, ellos no tienen ni han podido tener la pretension de imponeros y señalaros el dia en que habeis de hablarles. Yo lisa y llanamente he querido manifestar á V. A. la necesidad de ponerme de acuerdo con el conde y su hermano, á fin de yo saber por mi parte cuándo estarán dispuestos á ser presentados á V. A., pues hoy mismo, aunque yo quisiese, no me sería posible satisfacer vuestro deseo. Por lo demás, V. A. si le place puede decir en dónde y cuándo quiere que se le presenten, despues de yo manifestarles que estais dispuesto á oirlos.

El intento de Doña Ermesenda era evitar que el rey fijase no el dia, sino el sitio.

Si como era natural el rey manifestaba su deseo de que el conde y su hermano se presentasen en el alcázar, toda la combinacion de Doña Ermesenda fracasaba por las razones que mas adelante veremos.

Entre tanto el rey se hallaba sumergido en un mar de confusiones, y no sabia qué pensar de las inesperadas nuevas que la esposa de Rosmundo le habia comunicado.

Y en medio del tropel de ideas y sentimientos que combatian en aquel instante el espíritu del rey, se le aparecia sin cesar la pálida y sangrienta imágen del infeliz Wimarasio.

Este pensamiento no solamente le destrozaba el alma, sino que tambien le llenaba de ira y rencor implacable contra el conde D. Aurelio y su hermano, cuya evasion habia sido la causa, al menos asi lo creia D. Fruela, de que él se hubiese encendido en la rabia ponzoñosa que le hizo cometer tan horrible fratricidio.

Doña Ermesenda, que sin duda habia logrado ya su objeto, se dispuso á salir de la cámara real, no sin recordar antes á D. Fruela que dentro de tres dias tendria ocasion de conocer á la hermosa jóven árabe.

—¿Conque puedo estar segura de que se dignará V. A. ir á la alquería? preguntó Doña Ermesenda.

—Iré, respondió lacónicamente el rey, que se hallaba muy preocupado y distraido con lúgubres pensamientos.

—Pues adios, amado señor, y os ruego muy encarecidamente que procureis no afligiros y abrir vuestro corazon á la esperanza, que además de ser una virtud, es el consuelo de la vida.

La dama pronunció estas palabras con el acento del mas sincero cariño.

El rey miró á Doña Ermesenda con agradecimiento, y con una espresion de infinita ternura y tristeza.

—¡La esperanza es el consuelo de la vida! esclamó el desdichado rey exhalando profundos suspiros.

—¿No lo creeis así, señor?

—¡Ay de mi! ¡Ojalá que creyese lo contrario!... ¡En vano se afana mi espíritu por tender su vuelo hácia los hermosos y floridos campos de la esperanza!... ¡Oh! Mi existencia, por desgracia, mas que hácia el porvenir, gravita hácia lo pasado. ¡Oh recuerdos, y qué dolorosos y amargos sois para mi corazon! esclamó el rey con los ojos empañados de lágrimas.

—¿Quién sabe, señor, si la vida se os presentará todavía con mas bellos encantos que al principio?

—¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca!

—Pues yo os anuncio que así sucederá.

Al oir tales palabras, una sonrisa incrédula, y á la vez inmensamente dolorosa, vagó por los labios del rey.

Doña Ermesenda insistió:

—Yo estoy segura de que se cumplirán mis profecías.

—¡Oh! Yo daría mi corona porque así fuese.

—Al tiempo doy por testigo.

—Hablais con tal tono de seguridad...

—La esperiencia os dirá que tengo mucha razon en lo que digo, señor.

—No negaré que teneis hácia mí buenos deseos.

—Y las mas agradables sorpresas.

—¡Será posible!

—Muy en breve os convenceréis.

—¡Oh! Por piedad os ruego que me deis algunas esplicaciones.

—¿Para qué?

—¡Y lo preguntais!

—Estoy segura de que no me habíais de creer.

—Eso me prueba que hablais sin fundamento.

—Y vuestra respuesta, señor, me confirma mas y mas en que no en vano sospecho que no habia de ser creida.

—Los hechos son los que yo creo.

—Lo sé muy bien, y por lo tanto, con hechos innegables quiero hablaros.

—Os lo agradeceré mucho.

—Pues de seguro podré contar con vuestra gratitud.

—A fé que no me pesará.

—Adios, señor, y tened fé y esperanza en quien os ama de veras.

—De todos modos, bien sabe el cielo que os agradezco infinito vuestra buena voluntad hácia mi persona.

—El cielo sabe tambien que os amo con toda mi alma.

—¡Adios, hermosa Ermesenda!

—Que os guarde Dios y os envie buenos pensamientos, que son las joyas mas ricas del alma, señor.

Y asi diciendo, la hermosa dama besó la mano del rey, en tanto que este, con la mas viva emocion, estampó sobre la frente de Ermesenda un beso respetuoso, y con la misma pureza y cariño que un padre besa á su hija.

La dama salió, y el rey quedóse sumergido en hondas meditaciones.

Así permaneció largo rato, inmóvil, con el rostro cubierto con ambas manos, y exhalando de tiempo en tiempo dolorosos suspiros.

Ya era la media noche.

Todo yacía en silencio en el alcázar.

El rey, con su poder, con su opulencia, con su esplendor, con la fiebre del insomnio, con la carcoma lenta y dolorosa del remordimiento, gemia en su palacio á la hora en que el humilde siervo se olvidaba de sus pesares en brazos del tranquilo sueño.

Y el martirio mas insoportable que el desgraciado D. Fruela esperimentaba, consistia en esa enérgica representacion de lo pasado que se llama *recuerdo*.

Por una especie de crueldad del destino, el infeliz monarca veía los horizontes recorridos de su existencia como los mas bellos paisages que pudiera soñar su deseo. Así es que los ojos de su alma, segun ya hemos dicho, estaban constantemente vueltos hácia lo pasado, la esperanza habia huido despavorida de su corazon, creia que era de todo punto imposible que otra vez llegase á ser tan feliz como en la época en que el amor de Munia esparcia sobre su alma un velo encantado, al trasluz del cual contemplaba la creacion entera, y la horrible consideracion de que él mismo con su propia mano habia destruido el mágico palacio de su felicidad, llenaba su alma de insoportable angustia, de remordimientos implacables y desesperacion indecible.

—¡Oh! esclamó el rey exhalando un profundo sollozo. ¡Cuán desgraciado soy! El mas espantoso y cruel de los sarcasmos es el recuerdo constante de nuestra felicidad perdida en el seno mismo de nuestra desventura presente.

Y D. Fruela, como si quisiese arrancarse sus dolorosos é importunos recuerdos, se pasó la mano por la frente, paseó en torno suyo una mirada vagarosa y sombría, y salióse rápidamente del aposento.

El rey atravesó los dilatados tránsitos del silencioso alcázar, y en el estremo opuesto adonde se hallaba situada su cámara sè detuvo en una oscura galería, y penetró en un aposento suntuosamente amueblado, y en donde se veía una cuna de madera preciosa con incrustaciones de marfil y oro.

Junto á la cuna veíase una mujer de hermoso aspecto, y que parecia la imágen rejuvenecida de Nunilo.

Aquella jóven, hija de la nodriza de la reina, era la nodriza de la infanta Doña Jimena, que á la sazon contaba tres años.

La nodriza al ver al rey se levantó respetuosamente, y en estremo sorprendida de aquella visita inesperada.

Era en efecto muy natural la sorpresa de la hija de Nunilo, pues despues de la muerte de la reina, jamás D. Fruela se habia presentado en la habitacion de la infanta.

El rey apenas pareció reparar en la nodriza, y encaminándose á la cuna, permaneció largo rato inmóvil contemplando á la hermosa niña, que dormia el sueño de la inocencia.

No es posible figurarse una criatura mas linda ni mas graciosa que la niña Jimena. Sus hermosos cabellos rubios circundaban su rostro de ángel como una espléndida aureolá, y sus labios de rosa, entreabiertos por una dulce sonrisa, parecian festejar al rey.

El infeliz D. Fruela, pasado el primer momento en que le causó grande gozo la vista de la infanta, frunció el ceño á impulsos de las lúgubres ideas que á pesar suyo se le ocurrian.

—¡Oh! esclamaba con profunda tristeza. ¡Qué dudas tan crueles! ¡Dios mio! ¿Por qué me enviais tan tristes pensamientos?

Y el rey, no pudiendo contener su angustia, cubrióse el rostro con ambas manos y comenzó á llorar amargamente, á llorar de esa manera contenida, exhalando roncos sollo—

zos, como lloran los hombres de altiva condicion y vigoroso temple.

La niña entre tanto abrió sus hermosos ojos, velados por magníficas pestañas que le hacian sombra, y clavó en el afligido rey una mirada de infantil recocijo.

É inmediatamente otra vez la niña, vencida por el sueño, volvió á cerrar sus ojos, volviéndose del otro lado hácia donde estaba D. Fruela, quien no habia perdido de vista ni un solo instante á la infanta.

—¿Serán fundadas mis sospechas? murmuró al fin el rey. ¡Ah! Mi corazon necesita recrearse en la ternura divina del amor paternal; pero si en un sentimiento tan santo yo me engañase... Si yo amase á esta inocente niña con toda la ternura de mi alma y luego fuese el fruto de un adulterio!... ¡Dios mio! ¡Qué horror! ¡El infierno se encierra en este pensamiento!

En el mismo instante en que tan horribles sospechas asaltaban la mente del rey, la hermosa niña, sonriéndose entre sueños, murmuró con su voz de ángel:

—¡Padre mio!

Y estendió sus pequeñas y bonitas manos hácia D. Fruela, que gozoso y admirado de aquella coincidencia singular tomó en sus brazos á la hermosa niña, cubriendo su lindo rostro de tiernos besos.

Jimena, lejos de enojarse por ser interrumpida en su sueño, comenzó á acariciar á su padre con tanta gracia, que el rey no pudo menos de estrecharla contra su corazon por un movimiento irresistible.

La nodriza, un poco retirada en un ángulo de la habitacion, contemplaba esta escena profundamente enternecida.

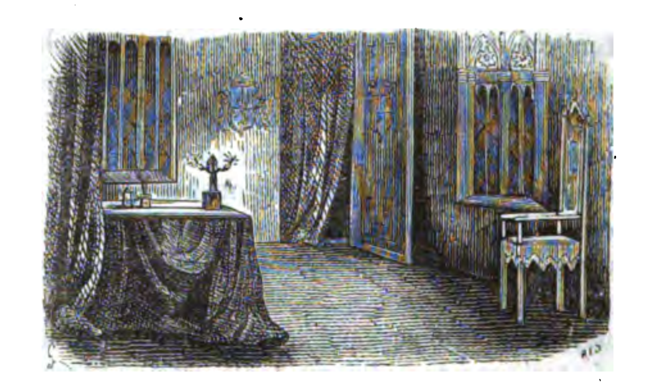
—¡No! ¡No hay duda que Jimena es mi hija! Los latidos de mi corazon me lo dicen en este momento... ¡Qué felicidad!... Al contemplar este lindo rostro me acuerdo de mi amada Munia, y aun tambien me parece que tiene en sus facciones mucha semejanza con las mias.

El noble sentimiento del amor paternal dulcificó en algun modo la afliccion del desdichado monarca, que aquella noche

comprendió que su desgarradora tristeza consistia principalmente en que su alma hacia ya mucho tiempo que no respiraba el vivificante ambiente del amor.

Todavia continuó el rey largo rato deliciosamente absorto en contemplar á su hija, recibiendo sus caricias, prodigándole amorosos besos y llorando de ternura.

¡Aquellas lágrimas fueron para su alma entristecida como el rocío para las flores!



CAPITULO XXXVIII.

Donde se sabe quiénes fueron los libertadores del conde D. Aurelio y de su hermano.

Tres dias despues de las escenas que hemos relatado en el capítulo precedente, presentóse el rey en la quinta de Doña Ermesenda.

El rey, aunque deseaba mucho conocer á la hermosa árabe, esperimentaba deseos todavía mayores de averiguar el paradero de su antiguo favorito y de su hermano. Así, pues, Don Fruela, apenas hubo saludado á la bella esposa de Rosmundo, cuando con grande afan le preguntó:

—¿Habeis visto á D. Aurelio?

—Sí señor.

—¿Y cuándo ha quedado en venir á mi presencia?

—Cuando V. A. lo mande.

—Hoy mismo.

—Vuestro deseo quedará satisfecho.

—¡De veras! esclamó gozoso el rey.

—Si V. A. me lo permite, voy al momento á comunicar mis órdenes, á fin de que sean conducidos aquí sin dilacion.

El rey hizo un ademan de asentimiento, como concediendo el permiso que Doña Ermesenda le demandaba.

La dama salió del aposento, y á juzgar por el tiempo que tardó en regresar, debieron ser numerosas y prolongadas las órdenes que hubo de trasmitir la dueña de la alquería.

Ya comenzaba el rey á impacientarse por la tardanza de la dama, y aun comenzó á recelar alguna asechanza por parte

de sus enemigos, quienes tal vez habian logrado seducir á Doña Ermesenda para que les ayudase en sus proyectos.

No temia D. Fruela el que la esposa de Rosmundo se le manifestase enemiga, pues estaba muy seguro de la adhesion sin límites de la dama; pero sí temia, acaso no sin fundamento, que sus enemigos irreconciliables le hubiesen hecho creer que el prestarse ella á secundar sus planes podia redundar en el mejor servicio del rey.

Caviloso é inquieto, á causa de su carácter suspicaz, se hallaba D. Fruela, cuando por último se presentó la dama con faz tranquila y risueña, y que harto daba á entender que procedia con libertad.

—¿Tardarán mucho en venir?

—Muy en breve se presentarán á las órdenes de V. A.

Cambiadas estas palabras, Doña Ermesenda y el rey guardaron profundo silenciò durante largo rato.

La dama asomóse á un balcon que daba enfrente de una ventana, en donde se veía una jóven de maravillosa hermosura, y vestida á la oriental con esquisito gusto y magnificencia.

La tarde estaba hermosísima, y los dorados reflejos del sol poniente parecian comunicar nuevo esplendor á la peregrina belleza de la jóven árabe.

Doña Ermesenda permaneció algunos momentos asomada al balcon, sin duda con el intento de atraer al rey al mismo sitio, intento que consiguió cumplidamente la dama.

El rey, que por todas partes veía brotar negras sospechas, creyó que tal vez la esposa de Rosmundo estaria haciendo señas á alguna persona, y asomándose al balcon, exhaló un grito de dolor y de sorpresa al divisar á la bellísima Valadata, pues asi se llamaba la jóven árabe que tan profunda impresion habia causado en el ánimo de D. Fruela.

Ciertamente que era fundada la sorpresa del rey, porque jamás se habia ofrecido á sus ojos una criatura mas hermosa. Su talle era esbelto y flexible como la cimbrante palmera, su tez del color del jazmin y de la rosa, y sus ojos negros y rasgados respiraban fuego y viveza y gracia, y al par dulce melancolia. Sus movimientos eran por estremo airosos; su boca respi—

raba amores, y en toda su persona se echaba de ver el donaire, la magestad, el pudor, y un ligero velo de tristeza.

Pero al par que la admiracion, habia esperimentado el rey el espanto mas incomprensible.

¿Qué causa podia motivar la especie de terror que produjo en el rey la vista de la graciosa Valadata?

D. Fruela, volviéndose hácia la dueña de la alquería, esclamó con delirante acento:

—¡Es ella!

—¿Quién, señor?

—Esa jóven no es...

—La hermosa Valadata, la jóven árabe de quien hablé la otra noche á V. A.

—Ya lo supongo; pero no era eso lo que yo queria decir... ¡Es ella!

—Señor, no os comprendo.

Debemos advertir que doña Ermesenda sabia perfectamente la causa de la estraordinaria sorpresa del rey; pero ella afectaba la mayor candidez, porque así convenia á sus vastos planes.

—¿No me comprendeis? preguntó D. Fruela, cada vez mas pálido y turbado.

—Señor, siento mucho no saber lo que quiere decir V. A.

—¿Me habré engañado?

Y D. Fruela asomóse de nuevo al balcon, para ver mas despacio á Valadata; pero esta ya habia desaparecido.

El rey hizo un gesto de disgusto.

—Conducidme al aposento de esa jóven, dijo.

—Perdonad, señor, pero hoy es absolutamente imposible.

—Nunca hubo imposibles para mí.

—Os ruego, señor, que no apeleis á la violencia, pues además de que encontraréis gran peligro en satisfacer vuestro deseo, al menos hoy os hareis por otra parte en estremo aborrecible á los ojos de Valadata.

—¡Aborrecible de sus ojos! esclamó el rey con terror.

—Yo le he hablado de V. A. como de un caballero que está prendado de su hermosura...

—¿No sabe ella quién soy?

—Yo al menos no se lo he dicho.

—Pues os ruego encarecidamente que no le digais mi nombre. Quiero hablarle de mi amor sin que ella sepa quién soy. ¡Ah! ¡Cuán feliz seria yo si Valadata correspondiese á mi ternura!

—Yo creo, señor, que eso no será imposible.

—Pero... ¡Qué semejanza tan prodigiosa!

—¿Qué quereis decir, señor?

—¿No conocísteis á la reina?

—Sí señor, respondió Doña Ermesenda con la mas perfecta calma, y como si no comprendiese el objeto de la pregunta del rey.

—¿Y no os recuerda esa jóven algo del semblante de la infeliz Doña Munia?

—Francamente, no he reparado en tal cosa.

—¿Habrá sido una fascinacion de mis sentidos?

—Nada tendrá de estraño que ocupado siempre vuestro pensamiento en el recuerdo y en la imágen de Doña Munia, hayais creido ver ahora su rostro en el bello rostro de Valadata.

—Tal vez los ojos de mi deseo me hayan pintado á Munia... ¡Infeliz! ¡Cuán funesta suerte le ha perseguido! ¡Cuán crueles remordimientos está sufriendo mi alma!...

—Señor, debeis procurar no afligiros fuera de término con tan tristes pensamientos. Yo conozco que sin duda es muy doloroso para vuestro corazon el recuerdo de vuestra jóven esposa, á quien tratásteis con injusticia, con crueldad; pero me parece que podeis encontrar un consuelo inefable al reconocer vuestro error y al sufrir la amargura salvadora del remordimiento.

—Sí, sí; pero ese consuelo no basta para satisfacer á mi alma, que se recrea sin cesar con la memoria de mi pasada ventura, para luego precipitarme en el abismo de mi desdicha presente.

—Bajo cierto aspecto, señor, lejos de condenar vuestra profunda tristeza, yo no puedo menos de reconocer que es harto fundada, porque no tan fácilmente se puede hallar una

esposa que posea las virtudes, á la par que la hermosura, de la desgraciada hija del duque Eudo. Yo, señor, estoy muy convencida de que nunca encontraréis una mujer que reuna todas las perfecciones de su sexo en mas alto grado que la infeliz Doña Munia, aunque fuéseis buscando una por una todas las mujeres tenidas por mas virtuosas.

—Así lo creo, Ermesenda; hé ahí la causa de mi tormento.

—Pues ya solo debeis pensar en que el remedio de vuestros males consiste en el olvido.

—Sí, pero para eso necesito arrancarme la memoria.

—¿Quién sabe todavía lo que el porvenir os reserva?

—Yo solo presiento desgracias. ¡Oh! La voz de aquel ermitaño resuena en mis oidos como el eco de una maldicion que me persigue á todas partes.

Tal vez no hayan olvidado nuestros lectores un acontecimiento de que ya se hizo referencia al principio de esta verídica historia, relativo á que en cierta ocasion, andando á caza, encontró el rey entre unas ásperas breñas á un ermitaño, el cual le profetizó que algun dia se habia de ver en peligro de que le quitasen el reino y la vida, y que por lo tanto le aconsejó que siempre viviese con gran cautela.

El rey desde luego dió grande importancia á esta prediccion, y ciertamente que los sucesos se fueron despues encadenando de manera, que acaso tenia alguna razon el rey en no mirar con absoluta indiferencia aquel desastroso pronóstico.

D. Fruela, despues de un prolongado silencio, preguntó de repente:

—¿Y cómo ha venido á esta quinta Valadata?

—Como ahora teneis ajustadas treguas con los infieles, muchos de ellos, que son ricos y poderosos, hacen viajes por tierra de cristianos. Ahora bien, el padre de Valadata, que tiene por nombre Ben-Almanzor, es amigo de mi esposo.

—A propósito, la otra noche cuando me dijísteis que estábais casada, noticia que me sorprendió mucho, y muy dolorosamente, pensé preguntaros acerca de vuestra historia, que deseo saber, suponiendo que no tuviéseis inconveniente en referirme los principales sucesos de vuestra vida.

—Mi historia, á la verdad, es harto sencilla, á la par que dolorosa. Básteos saber, señor, que estimando mucho á mi esposo, tuve con él, sin embargo, algunos motivos de disgusto, y me separé para siempre de su compañía. Por lo demás, yo ignoro completamente los motivos que haya podido tener mi esposo para contraer amistad con el anciano Ben-Almanzor. Lo cierto del caso es, que hace pocos dias recibí una carta en que mi esposo me anunciaba la próxima llegada á esta quinta del moro y de su hija, recomendándome con grande eficacia que lo agasajase todo lo posible, y así he procurado hacerlo. Ben-Almanzor parece que ha determinado permanecer algunos meses en esta quinta, cuya situacion le agrada sobremanera, y es muy favorable para el alivio de su salud quebrantada. Yo creo que el moro es médico, ó á lo menos tiene bastantes conocimientos en esta ciencia. Hé aquí, señor, todo cuanto puedo deciros respecto á su propia historia, si bien no tuve inconveniente en aceptar como verdadero, ó al menos como probable, todo cuanto me manifestó relativamente Ben-Almanzor y Valadata.

Así, pues, D. Fruela creyó oportuno el no insistir en que la dama le diese mas informes respecto á su vida pasada, seguro de que ella no estaba muy dispuesta á entrar sobre este punto en minuciosas esplicaciones; pero no creyó que debia usar de la misma circunspeccion y reserva respecto á la historia y circunstancias del anciano árabe.

—Me parece que es un grave inconveniente el que esa jóven sea infiel, porque ni ella escuchará fácilmente mis palabras de amor, ni á mí tampoco me place mucho el que pertenezca á esa secta maldita de Mahoma, fuera de que por otra parte, mis vasallos me acusarian de estos amores como de un crimen horroroso.

—Hasta cierto punto V. A. tiene mucha razon; pero todo pudiera remediarse conque guardáseis el mas profundo silencio en vuestros amores.

—¡Ay, Ermesenda! Eso que vos decís, aunque seria lo mejor, es de todo punto imposible para un rey.

—Tomando ciertas precauciones...

—Al fin todo se sabria. Por lo demás, os digo que la hermosura de esa jóven me ha impresionado de manera, que si sus cualidades de alma me llegasen á interesar en igual grado, no tendria inconveniente alguno en hacerla mi esposa.

—Y yo, señor, me atrevo á asegurar á V. A. que no será fácil que encontreis una mujer mas digna de vuestro amor.

—Pero aun suponiendo que tal fuese mi voluntad, y que ella me agradase hasta ese estremo, todavía tropezaríamos con obstáculos del abismo.

—Con tal que ella os amase, yo no veo...

—Sí, sí, Ermesenda, siempre es un obstáculo el que Valadata sea infiel. ¿Cómo es posible que yo dé mi mano de esposo á una mujer que no es cristiana?

—Aunque en efecto esa dificultad parece muy grave, creo, sin embargo, que se puede vencer fácilmente.

—A menos que ella no se resuelva á abrazar la ley de Cristo, no veo medio de vencer la dificultad.

—Justamente, esa es mi opinion.

—¿Y creeis que será fácil que Valadata se haga cristiana?

—Yo creo que no tiene que tomarse ese trabajo.

—¿Qué quereis decir?

—Que Valadata es ya cristiana.

—¡De veras! esclamó gozoso el rey.

—Tengo la seguridad mas completa respecto á este punto; pero sin embargo, vos mismo podreis juzgar, pues yo estoy muy convencida de que vuestro juicio será en esta parte idéntico al mio.

—Deseo verla al instante.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando súbito se abrió la puerta y apareció un anciano de blanca y luenga barba, que llevaba de la mano á una jóven de peregrina belleza.

Inútil parece decir que aquel anciano era Ben-Almanzor, y que la jóven era su hija Valadata.

El rey, agradablemente sorprendido, fijó de nuevo sus ojos en la hermosa árabe, y de nuevo encontró en ella, ó creyó encontrar, una prodigiosa semejanza con la reina Doña Munia.

Sin embargo, Valadata parecia mas jóven y aun mas bella, ó á lo menos así lo creyó el rey, deslumbrado á la vez que por la singularidad de aquella coincidencia, por el mágnifico esplendor de su trage oriental.

Valadata, al ver á D. Fruela, se conmovió profundamente, y el encendido carmin del pudor y de la pasion tiñó su rostro angelical con los bellos matices del clavel y de la rosa.

Trémula como la flor agitada por los céfiros, la encantadora Valadata clavó sobre el rey sus hermosos ojos con una ternura infinita, con tristeza indecible, y á la par con el atractivo incomparable de la tímida modestia.

Al punto apercibióse el rey de que habia causado en la jóven una impresion favorable, y desde entonces ya no dudó que serian bien acogidas sus amorosas palabras.

La jóven árabe, que al parecer no sabia espresarse correctamente en la lengua de los cristianos, permaneció silenciosa y lanzando de vez en cuando tímidas miradas á D. Fruela, que la contemplaba estasiado.

Entre tanto Ben-Almanzor examinaba atentamente al rey, como si ya de antemano supiese que tenia delante de sí al monarca cristiano, cuyo carácter y espíritu quisiese reconocer y juzgar por su aspecto.

Durante algunos minutos Doña Ermesenda pareció algo confusa, como si ella no hubiese esperado la visita de Ben-Almanzor y Valadata, y le hubiese contrariado en aquel momento su presencia.

Al fin la dama rompió el silencio diciendo:

—Señor, V. A. estará muy ageno de saber quiénes han sido las personas que libertaron de su prision al conde D. Aurelio y á su hermano.

El rey pareció no escuchar las palabras de Doña Ermesenda.

Mudo, inmóvil, atento, sin pestañear siquiera, el rey tenia fijos los ojos en la hermosa Valadata con tal intensidad y concentracion, que solo á ella veía, y solo en ella pensaba en aquel momento.

Seguramente, aun cuando D. Fruela hubiese visto alguna

vez á Doña Munia vestida á la oriental, no la hubiera encontrado mas semejante á Valadata.

—¡Qué prodigio! murmuró al fin, sin curarse de responder á Doña Ermesenda.

En la hora en que el sol comenzaba á hundirse en el occidente entre anchos cortinages de carmíneas nubes, y en la habitacion en que se hallaba el rey penetraba la dudosa luz del crepúsculo, envolviendo en una atmósfera de misterio á las hermosas figuras de Doña Ermesenda y de Valadata.

El rey, que estaba muy distante en frente de la jóven árabe, levantóse de su asiento bruscamente y comenzó á pasearse por la estancia, deteniéndose de vez en cuando delante de Valadata y devorándola con sus miradas ardientes.

—¿Y quiénes fueron los libertadores del conde D. Aurelio y de su hermano? preguntó D. Fruela deteniéndose súbitamente, y como si hasta entonces no hubiesen resonado en su alma las palabras que anteriormente le habia dirigido Doña Ermesenda.

—Ben—Almanzor y Valadata, respondió la esposa de Rosmundo.

—¡Vosotros libertásteis al conde! esclamó el rey en el colmo de la sorpresa, de la admiracion y de la ira.

—Señor, nosotros fuimos, dijo Ben-Almanzor con cierta arrogancia.

—Esa voz...

—La conoceis muy bien, D. Fruela.

—Yo os conozco... Yo no recuerdo... ¿Quién sois?

—Muy en breve lo sabreis.

—¿Y cómo os habeis atrevido á dar la libertad á mis prisioneros?

—Teníamos razones muy poderosas para hacerles ese beneficio, que los libertó de la muerte.

—¿Y cuáles eran esas razones?

—Señor, el conde y su hermano eran nuestros mayores amigos.

Esta respuesta, que revelaba una virtud heróica, produjo suma impresion en el ánimo de D. Fruela, que esperimentó

aun con mas vehemencia que al principio el deseo de averiguar quién fuese aquel estraño personage, cuya voz creia conocer, y cuyo nombre no recordaba.

Ya se disponia el rey á pedirle algunas esplicaciones, cuando apareció en la estancia la jóven Floreva anunciando la llegada de sus hermanos.

Doña Ermesenda consultó al rey con una mirada, pero D. Fruela tenia los ojos fijos en la puerta, en cuyo marco se destacaban las figuras sombrias de D. Aurelio y D. Claudio.

—Entrad, dijo el rey con altivo continente.

Los caballeros obedecieron.



CAPITULO XXXIX.

Donde se ve quiénes eran Almanzor y Valadata.

Cuando el rey fué aquella tarde á la quinta de Doña Ermesenda, llevó consigo algunos hombres de armas de su confianza para que estuviesen apostados y dispuestos á una señal suya, en el caso de que sus implacables enemigos le preparasen alguna asechanza.

Presentáronse pues los antiguos prisioneros de D. Fruela, y cambiaron entre sí una mirada tal de rencor y de ira que les lanzára, que se estremecieron temerosos de que allí tuviese lugar muy en breve algun trágico suceso.

Durante largo rato reinó en la estancia un silencio sepulcral, como si todos presintiesen que aquella calma aparente era la calma terrible que precede á la tempestad.

El rey, por una actitud llena de dignidad, estaba en medio de sus enemigos, impávido y sereno, como desafiando sus furores.

Al fin D. Fruela rompió aquel prolongado silencio dirigiéndose á la esposa de Rosmundo.

—¿Por qué no haceis que yo me qnede solo con estos caballeros?

Y el rey, con faz ceñuda y ademan altivo, miró de arriba abajo á D. Claudio y al conde, con una espresion de soberano desprecio.

—Señor, si V. A. lo exige absolutamente, no hay cosa mas

fácil que satisfacer vuestro deseo; pero si V. A. se dignase escuchar mis observaciones deberíamos todos permanecer aquí, supuesto que es necesario que todos hablemos para que V. A. pueda comprender los sucesos ocurridos.

El rey, en vista de tales razones, hizo un ademan de asentimiento.

Era sin embargo muy dificil entablar la conversacion por parte del conde y de su hermano, los cuales no querian exasperar el ánimo del rey, aunque por otra parte no querian tampoco humillarse demasiado.

Y á su vez el rey, transcurridos los primeros momentos en que habia estallado su cólera, no queria provocar una escena tumultuosa, y tal vez trágica, porque temia que en este caso no le sería tan fácil averiguar el móvil que habia impulsado á Almanzor y á su hija para constituirse en libertadores de D. Aurelio y de su hermano.

D. Fruela, pues, con la fiebre de la impaciente curiosidad, preguntó:

—¿Y á qué se refieren esos sucesos de que me habeis hablado?

—A la evasion de estos caballeros del castillo de Samos, respondió Doña Ermesenda.

—Pues se me hace tarde el saber la causa que movió á ciertas personas para rebelarse contra mi autoridad, favoreciendo la evasion de mis enemigos implacables.

Y el rey lanzó una mirada furibunda á los caballeros.

En este momento abrióse la puerta y aparecieron otros dos personages. El uno de ellos era Rodrigo, el siervo encargado de la custodia de D. Aurelio y D. Claudio, quienes, como ya sabemos, debian haber sufrido su sentencia de muerte en el castillo de Samos, y el segundo personage era el anciano abad del monasterio de San Vicente.

La sorpresa y el asombro del rey subian de punto á cada momento al ver la manera inesperada conque se aparecian allí las personas que habian tomado parte en los acontecimientos que mas le habian contrariado.

El rey, al conocer al siervo, apenas pudo contener su in—

dignacion, recordando que Rodrigo habia sido un traidor despues de los beneficios que le habia dispensado, creyendo que naturalmente debia ser enemigo irreconciliable de los prisioneros.

El abad sorprendió la iracunda mirada que el rey lanzó á Rodrigo cuando este se presentó en la estancia, y entonces el venerable monge se apresuró á decir:

—Señor, no le condeneis sin oirlo. Muy en breve os convenceréis de que no ha obrado tan mal como pensais en este momento.

El rey nada respondió, pero hizo un gesto que podia significar:

—«Mucho dudo que justifique su conducta.»

En seguida Doña Ermesenda dijo:

—Señor, ante todas cosas, voy á suplicaros que me hagais una solemne promesa.

—Hablad.

—A fin de que podamos referir con franqueza todos los acontecimientos que tienen relacion con la fuga de estos caballeros, conviene, señor, que V. A. nos empeñe su real palabra de que no ha de enojarse, cualesquiera que sean las revelaciones que escucheis de nuestros labios...

El rey hizo un movimiento como de repugnancia.

Doña Ermesenda continuó:

—Por lo demás, tengo la seguridad de anunciaros que todo lo que ha de oir V. A., si no fuese de su agrado, que lo será segun creo, es por lo menos muy conveniente para vuestra satisfaccion y tranquilidad.

—El cielo quiera que así sea.

—No tengais en eso la menor duda.

Sonrióse D. Fruela con aire de incredulidad, pero la dama continuó como si nada hubiese observado:

—¿Conque nos jurais solemnemente no tomar ninguna resolucion violenta á causa de nuestras revelaciones?

El rey frunció el ceño, porque evidentemente le repugnaba aquella fórmula de juramento, que no sin impertinencia se le exigia.

Sin embargo, D. Fruela comprendió que lo mas acertado era prometer solemnemente que no habia de adoptar ninguna resolucion violenta, segun se lo habia rogado la dama, aun dado caso que le mortificasen mucho los acontecimientos que le refiriese.

Así, pues, el rey, que habia permanecido silencioso y meditabundo durante largo rato, dijo al fin:

—Os prometo que olvidaré que puedo castigar á los que hubiesen provocado mi enojo.

—Pues bien, señor, confiada en vuestra real palabra, voy á dar principio á la narracion de los hechos que ignorais, y que en sumo grado os interesan.

—Aguardo impaciente vuestras revelaciones.

—Inútil es hablar del asombro y de la indignacion que os causaría la noticia de la fuga de estos caballeros, cuando precisamente habíais encomendado su custodia á un hombre de cuya fidelidad y adhesion no era lícito que dudase V. A.

Al oir tales palabras, el rey miró de reojo al siervo Rodrigo, que á una señal de Doña Ermesenda, con voz turbada y actitud respetuosa, dijo:

—Señor, como V. A. sabe, yo me hallaba en el castillo de Samos con el encargo de vigilar á los prisioneros, y de hacer que el verdugo los degollase por traidores.

—Todo eso lo sé, y no tenias necesidad de referirlo. Vamos al caso, dijo el rey con voz severa.

Rodrigo continuó:

—Ahora bien, el mismo dia, y casi á la misma hora en que debian ser ejecutados los reos, me manifestó el venerable abad del monasterio de San Vicente, de parte de una persona cuyos mandatos creí que debia obedecer al pie de la letra, era necesario que favoreciese á todo trance la evasion de los prisioneros, y... así lo verifiqué.

Rodrigo interrumpió bruscamente su razonamiento mirando al abad con una espresion que parecia decir:

— «Ahora os toca á vos el dar esplicaciones.»

Entonces el abad tomó la palabra y dijo:

—Señor, el conde D. Aurelio y su hermano habian ofendi-

do de la manera mas cruel á una persona que nunca les habia hecho daño alguno, y que por el contrario, les habia dispensado en muchas ocasiones grandes beneficios. La persona de que hablo es la criatura mas perfecta, mas virtuosa, mas angelical que hoy existe sobre la tierra. Tal vez os parecerán exageradas estas calificaciones, pero fácilmente os convencerán los hechos de la verdad de mis juicios...

—Venerable abad, tened en cuenta que estoy deseoso de saber cuanto antes esos hechos.

—La persona de que hablo, que es un alma santa, cuando supo que sus mas implacables enemigos se hallaban á punto de ser degollados, concibió al punto el generoso proyecto de salvarlos del gran peligro que les amenazaba, como en efecto así lo verificó, valiéndose de Rodrigo y tambien de mi humilde cooperacion para llevar á cabo su intento.

—¿Y por qué no me participásteis esa resolucion, que era un insulto á mi autoridad?

—Porque yo mismo no podia menos de aprobar una resolucion tan heróica.

El rey frunció el ceño, pero no manifestó su enojo.

El abad continuó:

—Perdonad, señor, si acaso nuestra conducta ha podido contrariar en algun modo los deseos de V. A., pero mas tarde comprenderéis que nadie mas que nosotros se interesaba por vuestra felicidad.

—¡Gentil manera de agradarme era dar libertad á mis mas encarnizados enemigos! esclamó el rey con sangrienta ironía.

—Repito, señor, que muy pronto os convenceréis de que frecuentemente las apariencias engañan.

—Hablad, reverendo padre, esplicaos pronto, y no me mortifiqueis con vuestras dilaciones, aumentando mi impaciencia.

—Yo nada tengo que añadir, sino que llevamos á cima nuestra empresa; aqui teneis á los fugitivos, que, reconociendo sus errores, han tenido la magnanimidad de ponerse en vuestras manos, á fin de que los perdoneis por sus lamentables estravíos.

D. Fruela clavó una mirada escrutadora en D. Aurelio y en su hermano.

El abad, dirigiéndose á los caballeros, añadió:

—Ahora vosotros debeis esplicar la causa de encontraros en este sitio.

Entonces D. Aurelio adelantóse algunos pasos hácia el rey, saludó respetuosamente, y con voz conmovida comenzó á decir:

—Señor, ante todas cosas os ruego encarecidamente que escucheis mis palabras sin prevencion, con la completa seguridad de que nunca un vasallo se ha presentado á su rey abrigando hácia él una lealtad mas acrisolada y un cariño mas tierno que el que en esta ocasion profesamos á V. A. mi hermano y yo, por mas que os parezca estraña é increible esta declaracion que hago solemnemente...

Al escuchar este preámbulo, una maligna sonrisa dilató los labios de D. Fruela, el cual, despues de haber sorprendido los planes de su favorito, no sin fundamento desconfiaba de sus palabras melosas.

La fisonomía de D. Aurelio, al ver la incredulidad del rey, se revistió de la espresion mas dolorida, y cambió una mirada con Doña Ermesenda, como si en aquel momento implorase la proteccion de la dama, que efectivamente vino en su auxilio diciendo:

—¿Me permite V. A. que le dirija una pregunta?

—Decid.

—¿Creeis, señor, que yo soy vuestra mas sincera amiga?

El rey clavó una mirada penetrante como un puñal sobre el rostro de la dama, que insistió:

—Respondedme con franqueza.

—Creo que sois mi amiga, respondió el rey despues de algunos momentos de reflexion.

—Tal era la respuesta que yo aguardaba, porque me parece que os he dado inequívocas pruebas de mi cariño. Ahora bien, señor, yo os suplico que deis entero crédito á las palabras del conde, pues si él fuese capaz de engañaros, que estoy muy lejos de creerlo, yo estoy aquí para desmentirlo, y para

aconsejaros en tal caso que vuestra venganza fuese terrible, implacable, inaudita.

—Ermesenda, os otorgo lo que me pedís; pero demasiado debeis comprender que nada tiene de estraño el que yo escuche receloso las palabras de este caballero.

—Lo comprendo muy bien, señor, y lejos de admirarme vuestra conducta, la encuentro por el contrario muy natural en esta circunstancia. Sin embargo, V. A. conocerá que no es imposible que hasta los mayores criminales se arrepientan volviendo al camino del honor y de la virtud, y vos, que sois la imágen de Dios sobre la tierra, sabeis amparar con vuestro manto á los que han tenido la desgracia de ofenderos, á los que lloran actualmente sus estravíos lamentables, y por último, á los que se entregan sin defensa en vuestras manos implorando vuestro perdon.

El razonamiento de la dama causó una impresion profunda en el ánimo del rey, que nunca podia esperar que el conde D. Aurelio y su hermano se encontrasen dispuestos á confesar sus faltas é implorar su clemencia.

El rey, pues, para manifestar á Doña Ermesenda que daba importancia á sus razones, dirigióse á D. Aurelio, y con voz grave, aunque sin rencor ni enojo, le dijo:

—Continuad, caballero, vuestro relato.

El conde, con ademan solemne, continuó:

—¡El cielo me es testigo de la sinceridad conque deseo merecer vuestro perdon y confianza, y que el rayo de Dios me aniquile, señor, si en este momento no digo la verdad!... Yo habia ofendido cruelmente á una dama, atenté contra su honra, la calumnié villana y cobardemente, la perseguí con encarnizamiento, turbé su tranquilidad, la indispuse con su esposo, la encerré en una prision, llevé hasta el último estremo mi venganza, porque ella, digna, virtuosa y fiel á sus deberes, habia rechazado mis amorosas palabras... ¡Ah, señor! cuando recuerdo la vileza de mi conducta, la vergüenza ciñe mi rostro, el remordimiento tortura mi corazon, y lágrimas de sangre brotan de mis ojos. ¡Yo fuí el mas infame de los hombres con la mas bella y virtuosa de las mujeres!

El conde se detuvo muy agitado, y dirigiendo una mirada hácia la hermosa Valadata, que, con los ojos fijos en el suelo, con la encantadora timidez del pudor, sonrojada y llorosa escuchaba aquel relato.

—Continuad, conde, continuad, dijo el rey muy conmovido, y con un acento que revelaba el mas vivo interés y la curiosidad mas impaciente.

—Ni las lágrimas de la hermosa, ni su deshonra, ni el verla prisionera y condenada á muerte, nada pudo conmover entonces mis entrañas de tigre. Yo me gozaba con un júbilo feroz en sus aflicciones, porque yo era el instrumento de que se valia su mismo esposo para castigar á la inocente, porque yo mismo casi fuí su carcelero y su verdugo.

D. Fruela empezó á comprender que su agitacion crecia por instantes.

El conde continuó:

—Yo tambien habia alimentado en el esposo con mil calumnias la hoguera infernal de los monstruosos celos, aunque me consuela hoy la consideracion de que no fuí yo quien encendió primero la funesta pasion de aquellos celos terribles, de aquellas sospechas tan infamantes para su esposa como inmotivadas. El desgraciado esposo, naturalmente suspicaz, veia por todas partes, con los ojos de aumento de su celosa pasion, aun en las acciones mas inocentes, horribles infidelidades. Arrastrado por los horrorosos fantasmas de su imaginacion, llegó á recelar hasta de su propio hermano, y abrigó el espantoso proyecto de envenenar á su inocente esposa. Entonces yo tambien concebí un plan diabólico, porque el crímen tiene una especie de contagio. En lugar del veneno que el carcelero de la dama debia suministrarle por órden de su esposo, yo propuse al dicho carcelero que le suministrase un narcótico, á fin de enterrar á la dama, haciéndole creer á su esposo que ya no existia; pero mi intencion era exhumar despues el supuesto cadáver, y conducir á la hermosa jóven á uno de mis castillos, haciéndole creer que yo era su libertador, que su esposo era el mas infame de los hombres, que ella me debia su vida, y que en cambio debia embellecer con su amor mi existencia.

D. Aurelio interrumpió su narracion exhalando un suspiro, como si en estremo le mortificase el recuerdo de sus crímenes.

Entre tanto el rey estaba pálido como la muerte, inmóvil y silencioso como una estátua.

Las revelaciones del conde le habian petrificado de espanto.

Al fin, haciendo un esfuerzo, murmuró con voz trémula y apagada:

—Referidme por completo esa terrible historia. La impaciencia me consume por saber el fin de tan dolorosos sucesos.

—El ángel de tinieblas se habia posesionado de mi alma. No contento con apoderarme de la dama, habia concebido otro crimen, que consistia en asesinar al carcelero, para que no pudiese hacer revelacion alguna, despues de haberme servido; pero la casualidad, ó por mejor decir la Providencia, lo dispuso de otro modo. El siervo utilizó mi proyecto, sin duda de una manera mas laudable.

—¿Qué hizo?

—Efectivamente suministró el narcótico á la prisionera; pero con el intento de engañar al cruel esposo, haciéndole creer que en realidad habia muerto...

—¿Pues qué, no murió? preguntó vivamente el rey.

—La dama, despues de haber sido sepultada con toda solemnidad y pompa en un monasterio, fué exhumada y conducida á una mansion oculta; pero notando que en su retiro no se supiesen los trastornos que poco despues sobrevinieron en vuestra corte.

Al llegar aquí D. Aurelio se detuvo como buscando el mejor medio de continuar su relato sin ofender al iracundo monarca.

Al fin prosiguió diciendo:

—Ya sabreis, señor, que despues de tantos años de haberos servido lealmente, arrastrado por un cúmulo de funestas circunstancias, tuve la desdicha de conspirar contra V. A...

—Y yo, interrumpió vivamente el rey, tuve la fortuna de sustraerme á los aleves golpes que los conjurados me asestaban.

—Y yo no puedo menos de alegrarme hoy sobremanera

de que os hubiéseis salvado del peligro que os amenazaba.

—Continuad vuestra relacion.

—Decia, pues, que hallándome prisionero en el castillo de Samos, la dama consabida, que no ignoraba que solo podia esperar la muerte, en lugar de alegrarse de mi desgracia, tuvo por el contrario la notable magnanimidad de ser mi única protectora, cuando de todo el mundo me veía abandonado. Aquella mujer virtuosa llevó su generosidad hasta el estremo de esponerse á grandes peligros por salvarnos. Mi hermano y yo nos fugamos del castillo por los medios mas estraordinarios que habia preparado nuestra protectora con la mas tierna solicitud, y al vernos libres de la muerte, dábamos gracias á la Providencia; pero nunca podíamos esperar que fuese nuestra libertadora la misma dama ¡infeliz! á quien tantas desgracias habíamos acarreado.

Al llegar aquí el conde pareció muy conmovido, y durante algunos momentos su turbacion fué tan grande que le faltaron las palabras para continuar su relato.

Por último, ahogando un suspiro, continuó:

—¿Qué mas os diré, señor? Básteos saber que esta accion generosa nos conmovió tan profundamente, que desde entonces nuestro espíritu se ha regenerado, hemos abierto los ojos á la luz, y nuestras almas han vuelto á descubrir los bellos horizontes de la virtud, cuyo aroma celestial hemos respirado, gracias á esta mujer sublime. Y nosotros, valiéndonos de la mediacion de esta dama, continuó el conde señalando á Doña Ermesenda, hemos provocado esta entrevista á fin de manifestar á V. A. nuestro sincero arrepentimiento, y probaros que los crueles dolores que habeis sufrido no han tenido otro orígen que vuestra funesta suspicacia y las mas infames calumnias.

El rey habia comprendido ya perfectamente de lo que se trataba; pero la admiracion y la sorpresa embargaban su espíritu, de modo que no sabia qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir. Atónito y turbado no parecia sino que habia entendido en toda su estension el importante relato del conde.

Es imposible describir la espantosa lucha de ideas, de sentimientos y de recuerdos, á la vez gratos y dolorosos, que en

aquel instante perturbaban su alma, como si dentro de ella se agitase una tempestad mil veces mas furiosa que las que retumban en el espacio, entre relámpagos amarillentos con flamígeros rayos, y roncos y prolongados truenos.

Esta vitalidad inmensa é interior, este tropel de pensamientos absorbia completamente la atencion del rey, que al parecer estaba tranquilo.

Así las enhiestas cumbres del Mongivelo cubiertas de nieve ocultan en sus senos la hirviente agua de los volcanes.

D. Claudio, que hasta entonces habia permanecido silencioso, adelantóse hácia D. Fruela, y le dijo:

—Ahora, señor, podeis hacer de nosotros lo que mas os plazca. Por lo demás, señor, nosotros os juramos solemnemente guardaros eterna fidelidad.

El rey continó silencioso como si nada hubiese oido.

Entonces se adelantó hácia D. Fruela el anciano Ben-Almanzor, y con voz respetuosa le dijo:

—La dama que fué capaz de perdonar tan horóicamente á sus mas encarnizados enemigos, es mi hija, señor, que siempre fué la honra de su sexo y el orgullo de su padre...

Al llegar aquí D. Fruela interrumpió vivamente al anciano árabe diciendo:

—¡Todo lo he comprendido ya, duque Eude!

El anciano Almanzor quedóse en estremo sorprendido de esta salida del rey.

—¿Qué quereis decir? preguntó el padre de Valadata.

Pero D. Fruela nada respondió á esta pregunta, porque llorando de gozo se precipitó en los brazos de la hermosa jóven esclamando:

—¡Amada mia! ¡Esposa mia! ¡Idolatrada Munia! ¿Es realidad ó es un sueño tan inmensa dicha? ¡Oh ventura! ¿Quién habia de pensar que habia de volverte á ver, esposa de mi alma?

La encantadora jóven, con los hermosos ojos inundados de lágrimas de júbilo, abrazó á D. Fruela con infinita ternura y esclamando:

—¡Amado esposo y señor! ¡Cuán feliz soy en este instante,

que es el mas bello de mi vida! Yo bendigo mis desgracias, porque ellas han proporcionado la felicidad inefable de veros completamente desengañado de vuestros antiguos errores, y porque hoy nos reunimos mas felices y mas amantes que en los primeros dias de nuestra juventud. Ahora comprenderéis, señor, que yo siempre os he querido con toda mi alma, y que vuestra esposa no merecia ultrajantes sospechas y crueles tratamientos. De hoy en mas tampoco mortificaréis á vuestro inocente hermano, á quien jamás concedí sino el afecto que el decoro y el parentesco exigian.

—¡Calla, infeliz, calla! esclamó el rey, en cuyo corazon se habian clavado como un puñal agudísimo las últimas palabras de la reina.

Desde luego comprenderá el lector que Doña Munia ignoraba la trágica muerte de Wimarasio.

Este recuerdo aumentó de la manera mas dolorosa el espantoso desórden en que se hallaban las ideas y los sentimientos del fratricida monarca.

El refulgente sol de la felicidad, que por un momento habia iluminado su semblante, se cambió en las lúgubres tinieblas del crímen. Su palidez, su turbacion, sus convulsivos estremecimientos causaban espanto á todos los circunstantes, que ignoraban que el rey D. Fruela, como Cain, estaba manchado con la sangre de su hermano.

Los ojos del rey estaban tenazmente fijos con una vitalidad inmensa, con un brillo siniestro en un punto del espacio, como si en aquel punto misterioso se le apareciese el cuerpo ensangrentado de su inocente víctima.

Todos los circunstantes se miraban consternados, y no sabian qué pensar ni á qué atribuir la profunda agitacion que dominaba al rey.

Por último, D. Fruela, pasándose la mano por la pálida frente como para arrancarse sus sombríos pensamientos, postróse de hinojos á los pies de Doña Munia, y esclamó:

—¡Perdon! ¡Perdon! ¡El cielo tendrá misericordia de mi!

Todos los que presenciaban esta escena se conmovieron

profundamente al ver al cautivo monarca con tan evidentes muestras de arrepentimiento.

Es probable sin embargo, en la escitacion delirante en que se hallaba D. Fruela, se postrase este delante de Doña Munia; pero en realidad estamos persuadidos de que el fratricida en aquel instante, mas bien que con su esposa, hablaba con el sangriento espectro del infeliz amante de Adosinda.

No obstante, la reina, hondamente conmovida al contemplar la humilde actitud del rey, con acento de ternura y derramando dulces lágrimas, dijo:

—Ven á mis brazos, esposo de mi alma, porque no solo te concedo mi perdon, sino que tambien te consagraré mi amor, mi vida. Yo conozco, amado Fruela, que tú has sido mas desgraciado que culpable. Bastante castigo has sufrido ya en tu propio remordimiento. ¡Ah! No llores, amado mio, no llores sino de alegría, porque desde hoy un porvenir risueño nos sonríe, la esperanza nos presenta de nuevo sus mas bellos horizontes, la felicidad nos aguarda, porque la felicidad es el amor, porque el amor es la ventura del cielo aquí en la tierra.

Y así diciendo la generosa Munia con inefable júbilo, estrechó contra su corazon al esposo que tan cruelmente la habia tratado.

El rey lloró sobre el seno de su esposa, y aquellas dulces lágrimas fueron para su alma como el rocío para las flores.



CAPITULO XL.

El monasterio de Santa María de Villanueva.

Es la hora del crepúsculo.

Los últimos rayos del sol al despedirse de los horizontes que han recorrido, engalanan con una bella corona de luz la gallarda torre del monasterio.

¡Qué plácida calma reina en toda la naturaleza!

¡Cuán suave es el suspiro de las brisas de la tarde entre los olmos!

¡Cuán dulcemente murmuran los arroyos sobre las alfombradas campiñas!

¡Qué trinos tan melodiosos encuentran las aves en el último concierto del dia que se muere!

¡Oh naturaleza! Cuando cubres tu frente con el misterioso velo del crepúsculo, como una pálida y hermosa vírgen que ardiendo en religion y amor y envuelta en negros tules se encamina al templo, suspiras tambien ¡oh bella naturaleza! hija del soplo fecundo del Eterno, un pensamiento religioso y un sentimiento de amor.

Dulce crepúsculo, tu plácida luz, indecisa entre el sol y las sombras, se parece á las misteriosas penumbras de las antiguas catedrales.

En tus horas de bendicion, dulce crepúsculo, tambien las flores del alma, que son los bellos pensamientos, exhalan mas suaves perfumes del soplo de las misteriosas brisas que vienen de otro mundo mejor, que es el aliento de ángel que creó al hombre, gloria de Dios y cúpula magnífica de los mundos.

En tus horas de bendicion y de dulce melancolía el espíritu piensa y ama con fuerza nueva é infinita ternura.

Entonces la creacion no calla, la creacion no habla, la creacion suspira.

Y aquella es tambien la hora de la inspiracion del poeta, cuando la religion, la gloria y el amor, entre las auras de la tarde, envian á su lira sus mas dulces acentos.

Porque el espíritu y la naturaleza, como dos pensamientos sublimes, palpitan ambos en el seno del Creador.

Porque entre la naturaleza y el espíritu existen armonías divinas que solo puede comprender el alma del hombre; no es otra cosa que esta misma armonía, este cántico vivificante que se escucha en la naturaleza y que se repite engrandecida en el espíritu, que suena en la tierra y que resuena en el cielo.

Aquella misma melancolía que exhalaba la naturaleza como un dulce suspiro, parecia haberse apoderado de todos los pobres siervos, que á la sazon volvian á sus cabañas despues de sus faenas.

El triste esclavo de la gleva, en aquella hora de paz y de bendicion, descansaba de los afanes del dia sentado en la puerta de su cabaña, y contemplando el cielo que comenzaba á vestirse de estrellas.

Y una lágrima se desprendia de los ojos del fatigado y afligido siervo.

Aquella lágrima era de gozo y de esperanza.

En los espacios inmensos del cielo el triste esclavo veía una bella imágen de libertad, y una voz secreta y misteriosa le gritaba en su conciencia que su raza estaba ya reunida en el cielo, y que tambien lo estaría en la tierra.

Las campanas del monasterio tocaban las oraciones, y aquellos ecos vibrantes se dilataban á lo lejos perdidos en el espacio en alas de los vientos, como el ángel de Dios que llevaba al oido de cada esclavo un suspiro de resignacion, una palabra de inmortalidad, una promesa misteriosa de otra patria mejor, donde no hay señores ni esclavos.

En aquella hora veíanse por el camino que conducia al monasterio algunos ginetes que caminaban á gran priesa.

El que parecia gefe de aquella reducida tropa era un jóven de elevada estatura, de hermoso aspecto, y armado de todas armas.

El guerrero llevaba en brazos á una dama con el rostro cubierto con un tupido velo.

La dama sin duda era conducida contra su voluntad al monasterio de Santa María, á juzgar por los profundos suspiros que de vez en cuando exhalaba.

Al fin los ginetes se detuvieron en la portería del monasterio, en donde, segun todas las muestras, ya esperaban á la dama, que siempre cubierta con el velo, fué conducida á un locutorio.

Los ginetes se acomodaron en la hospedería del monasterio, que estaba situado á media legua de Villanueva en un lugar apacible y pintoresco, en el suave declive de una colina, cuyo pie besaba un caudaloso arroyo flanqueado de altos y frondosos álamos.

Solo el gefe quedóse acompañando á la dama en el locutorio, donde en muy breve rato se presentó la abadesa, la cual, llorando de alegría, saludó á la hermosa dama, en cuyas facciones se pintaba una espresion inesplicable de tristeza.

La superiora del convento frisaba en los cincuenta años, y ciertamente que no era fácil imaginarse un tipo mas bello de mujer que el de Sor Jimena Lanez, que tal era el nombre de la abadesa.

Sus ojos eran negros y sombreados por luengas pestañas, el rostro formaba un óvalo perfecto, su boca semejaba á una rosa un poco marchita, su nariz gruesa revelaba dignidad, y su talle airoso, su elevada estatura, la blanca toquilla que encerraba sus facciones como en un cerco de nácar, los ámplios paños del hábito mongil y la espresion de dulce melancolía que como un ligero velo cubria su semblante, constituian una figura llena de magestad, y que inspiraba á la vez respeto y simpatía.

El guerrero fué tambien recibido por la abadesa con agasajo y ternura.

—Amada sobrina, esclamó la superiora, ¡cuántos deseos tenia de verte!

—Y yo tambien, querida tia, deseaba mucho veros, aunque deploro la causa que me obliga á encerrarme en este convento.

—Hija mia, tal vez al principio echarás de menos aquí las alegrías del mundo, pero mas tarde te convencerás de que en este santo y siléncioso retiro es donde únicamente puede encontrarse la dulce paz y la tranquila inocencia que nos hace dignas de la gracia del Señor.

Adosinda no respondió una sola palabra, pero exhaló un doloroso suspiro.

El caballero que acompañaba á la hija de D. Zuria tomó la palabra, y dijo:

—Ha llegado el momento de que sepais la verdad con todos sus pormenores...

—Lugar teneis de darnos malas nuevas, dijo Adosinda.

—Siento manifestaros que no me queda tiempo sino para referiros rápidamente sucesos harto lamentables, supuesto que al amanecer debo partir para Oviedo.

La abadesa y su sobrina hubieron de resignarse á escuchar en aquel momento las revelaciones de Fromestano.

Pero antes de oir al antiguo capitan de la guardia del rey D. Fruela, daremos algunas esplicaciones acerca de los sucesos ocurridos desde el sangriento combate que tuvo lugar entre D. Zuria y el señor de la casa de los Ecos.

Fromestano en aquella terrible noche, conoció que si triunfaban las gentes de Fulgencio, este se encaminaria naturalmente hácia Oviedo para sustraerse á la persecucion del altivo y poderoso amante de Adosinda.

Sucedió, pues, que dando Fromestano un gran rodeo, cuando pensaba Fulgencio perseguir al antiguo capitan de la guardia del rey, se hallaba este á su retaguárdia y aquel iba persiguiendo una sombra.

Figúrese el lector la inmensa furia del señor de la casa de los Ecos al ver que se le escapaban Adosinda y Fromestano.

Despues que el hijo de Argerico puso á buen recaudo á la hija de su amado D. Zuria, volvió acompañado de los suyos al sitio del combate, y allí encontró el yerto cadáver del desventurado conde.

Adosinda habia referido á Fromestano con terror las frecuentes apariciones de la sombra de Wimarasio, y el desventurado amante de Berengaria no pudo menos de maravillarse de aquel estraordinario suceso.

Igualmente Adosinda le manifestó que en la noche de sus bodas con el infortunado duque de Aquitania, habia sentido como si le atravesasen el corazon con un puñal, á la vez que le pareció haber escuchado la voz de su amante que se quejaba, y habiéndose informado el hijo de Argerico de la fecha de las nupcias de Adosinda, esclamó sobrecogido de un religioso espanto:

—¡Es posible! Qué coincidencia tan misteriosa. En esa misma noche, y á esas mismas horas, el desgraciado Wimarasio, mi querido amigo, era bárbaramente asesinado por el rey. ¡Qué coincidencia tan maravillosa! repetia sin cesar el hijo de Argerico.

Y en efecto, el alma noble y bella del infeliz Wimarasio voló á los cielos prematuramente, porque la Providencia dispuso como un beneficio para el infante el que sufriese la negra muerte del asesinato antes que ser testigo de las bodas de Adosinda, y de sus criminales amores con el señor de la casa de los Ecos.

Fromestano supo el trágico fin de su amigo al dia siguiente de haberse perpetrado este horrible fratricidio.

Sin duda recordará el lector que Fromestano estaba en inteligencia con uno de los hombres de armas del castillo de Samos, al cual le habia dado la comision de que entregase una carta al infante, carta funesta que hasta cierto punto fué el origen de que aquella misma noche D. Fruela cometiese su atentado.

Ahora bien, el rey que no habia podido conocer al soldado, y además, poseido despues del espantoso vértigo de sus remordimientos, no volvió á acordarse de investigar quién habia sido el portador de la carta.

Al dia siguiente, cuando el alcaide y los carceleros bajaron al calabozo del infante, corrió misteriosamente por el castillo de Samos la terrible noticia del crímen que se habia cometido en la noche precedente.

Fromestano, segun habia convenido con el soldado, lo esperó al otro dia en las inmediaciones del castillo, y fácilmente se comprenderá la afliccion y el desconsuelo del amante de Berengaria al saber la muerte de su amigo, ocurrida precisamente en los momentos en que él abrigaba mayores esperanzas de estrecharlo entre sus brazos y de conducirlo al trono de Don Fruela, á quien pensaban deponer y castigar los conjurados.

Desde aquel dia no tuvo ya límites el rencor de Fromestano hácia el rey.

Hasta entonces el generoso mancebo, que habia perdido á su anciano padre merced á los crueles tratamientos de Don Fruela, que tambien tenia prisioneros á los demás hijos de Argerico, hasta entonces, repetimos, el generoso Fromestano habia mirado siempre al rey con respeto, solo porque era hermano de su amigo, y dado que conspiraba contra su trono, jamás pensó atentar contra su vida.

Y esta conducta del noble Fromestano era tanto mas digna y heróica, cuanto que el mancebo habia recibido del rey la ofensa mas cruel y dolorosa que puede recibir el corazon humano.

En efecto, la hermosa Berengaria, á quien idolatraba Fromestano con la adoracion mas ciega, habia sido arrebatada y sumergida en una prision, y tal vez deshonrada por el rey.

Este horrible pensamiento, el mas horrible para un amante apasionado, le roia las entrañas, le torturaba sin cesar, y lo enloquecia de celos y desesperacion.

Así, pues, todas estas ofensas reunidas habian despertado en el mancebo una hidrópica y rabiosa sed de venganza, que solo podia satisfacer en algun modo con la sangre aborrecida del inicuo D. Fruela.

Tan escusado como imposible es encarecer la inmensa afliccion de Adosinda cuando supo las terribles circunstancias de la muerte de su amado, cuya sombra le perseguia incesantemente como un remordimiento implacable, á la vez que como un hermoso y querido recuerdo.

¿Por qué el alma humana jamás olvida las primeras emociones de un amor verdadero? ¿Por qué guarda estos recuer-

dos sagrados en el santuario mas recóndito de su conciencia, bellos recuerdos del amor del alma que de tal manera se identifican con ella, que en alma se convierten?

Es que la emocion en la totalidad y en la energía de nuestro ser solamente podemos recibirla en el momento sublime en que á su vez recibe el alma una revelacion en cualquier sentido.

Aquella revelacion que afecta enérgicamente todo nuestro ser, es como el tipo de todas las emociones de su especie.

Es la primera vez que contemplamos el inmenso mar.

Es la primera ocasion en que sobre un soberbio caballo, desnuda la fulmínea espada, al estruendo de músicas guerreras, soñando en la gloria de los héroes, nos llamamos al combate y sentimos latir nuestro corazon por la patria y por la gloria de una manera desconocida, con ese encanto particular que el mismo peligro encierra sobre las almas valientes.

Es la primera emocion de amor que nos inspira la refulgente belleza de la vírgen de nuestros sueños, cuando en una noche de primavera, al plácido rayo de la luna, á orillas del sereno rio y aspirando el aroma del jazmin y del azahar, escuchando de su boca con delicia inesplicable que ella siente por nosotros lo que nosotros sentimos por ella, confusion del sentimiento en una unidad, cuando dos almas libres como dos liras templadas al unísono resuenan fácilmente la una en la otra con idénticos deseos, con emociones iguales.

Es la impresion que nos causa la primera lectura de una produccion del genio que con su divina magia nos conduce de horizonte en horizonte cada vez mas bello y mas distante, haciéndonos pensar y sentir con nueva pujanza á cada momento con perspectivas inesperadas, con revelaciones nunca oidas.

Ahora bien, la segunda navegacion, la segunda batalla, los segundos amores, en fin, la segunda lectura sirven al espíritu indudablemente mucho mas que las primeras impresiones, cuando no se trata mas que de formarse una idea cabal de los fenómenos que pasan en nuestro espíritu; pero entonces la inteligencia se apodera del sentimiento, el cual, sufriendo ser

analizado, pierde gran parte de su energía. ¡Todo es ya una segunda lectura!

La noticia del trágico fin del infante, con las misteriosas coincidencias que le acompañaron, hirió profundamente la imaginacion de Adosinda, que aterrorizada y hondàmente afligida, comunicó á Fromestano su resolucion irrevocable de tomar el velo de esposa de Jesucristo en el monasterio de Santa María de Villanueva.

El hijo de Argerico no pudo menos de aprobar esta resolucion de Adosinda, que era una especie de reparacion tardía de fidelidad hácia el difunto Wimarasio.

El corazon del hombre está formado de manera que aun despues de la muerte desea la felicidad de la mujer querida.

Sin duda hay en el noble sentimiento del amor puro y apasionado un aliento de eternidad.

Fromestano, conociendo que la hermosa hija de D. Zuria se hallaba en estremo afligida por la muerte de su amado, no quiso por entonces añadir nuevos pesares á su alma, y por lo tanto se guardó muy bien de manifestarle el desastroso fin que su padre habia tenido á manos del señor de la casa de los Ecos.

Pero los dias pasaban, y la triste jóven no podia menos de estrañar la ausencia de su padre, que siempre se le habia manifestado tan solícito y cariñoso.

Adosinda, pues, llena de inquietud, no dejaba de importunar con preguntas á Fromestano para que le manifestase la causa de la desaparicion ó ausencia de su padre.

Al fin Fromestano manifestó á la jóven que D. Zuria estaba muy mal herido.

El mancebo le dió esta noticia con intento de prepararla para que recibiese otra mas funesta.

Pero como era natural, Adosinda, con grande insistencia, le rogó entonces que la condujese adonde se hallaba su padre.

Èscusóse el hijo de Argerico diciendo á la jóven que Don Zuria estaba muy enojado contra ella, y que no convenia que se presentase ante su padre hasta que este no estuviese completamente restablecido de sus heridas.

Aceptó la hija de D. Zuria esta esplicacion, y á instancias

de Fromestano apresuró su entrada en el convento, porque en Oviedo vivia oculta bajo la vigilancia del antiguo capitan de la guardia del rey; pero ciertas empresas en que se habia empeñado Fromestano le obligaban á salir frecuentemente de la ciudad, por cuya razon temia dejar á la jóven sola y espuesta á las asechanzas de Fulgencio.

Hechas estas esplicaciones, el lector comprenderá fácilmente la necesidad en que se veia Fromestano de manifestar á Adosinda la suerte de su padre antes de despedirse de ella.

El hijo de Argerico quedóse largo rato silencioso y meditabundo, hasta que la abadesa, un poco impaciente por tan prolongado silencio, le dijo:

—Caballero, segun las muestras me parece que muy lúgubres noticias nos aguardan.

—Así es la verdad, señora.

—¡Oh! esclamó Adosinda con acento dolorido. ¡Plegue al cielo que mis presentimientos no se cumplan. ¡Padre mio!

—Pues en tales casos, dijo la abadesa, lo que mas conviene es apurar cuanto antes la amargura del caliz.

—Adosinda, dijo gravemente Fromestano, y vos, señora, preparad el ánimo para recibir un doloroso golpe.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Ya sé yo lo que vais á decirme... ¡Tal vez por mi causa ha muerto!

Fromestano inclinó la cabeza con un ademan afirmativo.

Adosinda se cubrió el rostro con ambas manos, y su alma dolorida se exhalaba en profundos y prolongados sollozos.

La abadesa pidió algunas esplicaciones al mancebo, el cual le refirió todo lo que ya saben nuestros lectores respecto al desastroso fin del conde D. Zuria.

La hermosa cuanto desolada Adosinda levantóse de repente, y con la desesperacion mas inmensa esclamó:

—¡Hija vil! ¡Qué horror, Dios mio, qué horror!... Yo he tenido la culpa de la muerte de mi padre, y acaso tambien de la muerte de mi querido Wimarasio... ¡Sombras sagradas y queridas... tened piedad de esta desgraciada!... ¡Oh encantos funestos de un amor culpable!... ¡Yo os maldigo! ¡Ay de mí!... ¡Padre de mi alma! ¡Querido Wimarasio! ¡Oh! ¡Por

piedad, no me acuseis en el cielo, no me aterreis con vuestra faz vengadora!...

Y la jóven, como nunca triste, pero como nunca bella, apartaba con sus manos de nieve los negros rizos que caian en desórden sobre su frente alabastrina y sobre su cuello de cisne.

Adosinda se hallaba en el mas completo delirio, y el guerrero y la abadesa la contemplaban consternados.

—¡Qué felices hubiéramos sido todos, si yo hubiera sido la esposa de Wimarasio! ¡Padre mio! ¿Qué espíritu funesto te impulsó á contrariar nuestros amores?... Yo te perdono, querido padre, y respeto tus mandatos; pero de seguro sin tu oposicion yo no habria conocido á ese hombre funesto... Sí, porque Fulgencio ha sido mi ángel de tinieblas... ¡Tú, querido Wimarasio, tú siempre serás mi verdadero esposo!...

—Hija mia, interrumpió la abadesa con voz cariñosa, hija mia, tu verdadero esposo debe ser Jesucristo.

La jóven se deshacia en lágrimas.

Fromestano y la abadesa consiguieron tranquilizarla algun tanto, y por último, Adosinda penetró en el claustro despues de haberse despedido cariñosamente del generoso mancebo, que tan leal amistad habia desmostrado para ella, como para Wimarasio y para D. Zuria, el cual en la época de estos sucesos conspiraba contra D. Fruela en compañía de Fromestano y de D. Sancho Silo Ruiz, el desventurado padre de Berengaria.

—Os encargo, señora, con grande encarecimiento, que vivais con muchas precauciones, no permitiendo que nadie absolutamente vea á vuestra sobrina, si no quereis esponeros al grave disgusto y al escándalo de que sea asaltado el convento.

—¡Será posible! esclamó la abadesa estupefacta.

—Ni mas ni menos que os lo digo.

—¿Y quién será el osado que tenga valor para cometer semejante sacrilegio?

—El señor de la casa de los Eços, el amante de vuestra sobrina.

Y Fromestano refirió punto por punto á la abadesa todo lo que ya saben nuestros lectores, respecto al carácter y circunstancias del activo y poderoso amante de Adosinda.

La abadesa prometió al mancebo que tomaria todas las precauciones convenientes para evitar que nadie viese á la hija de D. Zuria.

En seguida se despidió Fromestano, que debia partir al dia siguiente.

La hermosa y triste Adosinda bajo la mano del infortunio, porque el dolor purifica las almas, comenzó á sentir en el claustro solitario la influencia saludable y redentora de los primeros amores, cuyo grato recuerdo jamás se borra de nuestra memoria, recuerdo que ha perfumado con su aroma todas las emociones de nuestra vida, y que hasta en el último trance de la muerte se nos aparece como un hermoso dia de primavera coronado de esplendores, vestido de cielo azul, y palpitante de júbilo ó de tierna melancolía.

Una sonrisa y una lágrima.

Una sonrisa entonces y una lágrima ahora.

Las lágrimas silenciosas de Adosinda, que recordaba sus estravíos, eran las lágrimas del remordimiento.

¿Pero qué es el llanto del remordimiento? Es el bautismo de la conciencia culpable que se regenera, es el alma que nace á la nueva vida de la virtud.

¡Benditos seais, bellos y salvadores recuerdos del primer amor!



CAPITULO XLI.

Un año despues.

La generosa reina Doña Munia, como ya hemos indicado, habia querido devolver bien por mal á sus implacables enemigos el conde D. Aurelio y su hermano, que tan funesto influjo habian ejercido sobre el rey D. Fruela, y al cual tambien habian tratado de quitarle el trono y la vida, pagando sus beneficios con la ingratitud mas infame y con la mas negra y cobarde alevosía.

Sin duda parecerá estraño á nuestros lectores el que con tanto empeño se propusiese la reina en libertar á sus enemigos de la muerte que les amenazaba en el castillo de Samos.

Pero al lado de Doña Munia tenian los dos hermanos una eficaz protectora.

Hablamos de la hermosa y bella Floreva, hermana de Don Aurelio, y la cual, en compañía de Doña Ermesenda y de Nunilo, habia tomado muy á pechos la defensa y salvacion de la inocente Doña Munia, cuando se hallaba perseguida de muerte por su obcecado esposo.

A la verdad no necesitaba el corazon generoso de la reina que Floreva abogase por sus hermanos, pues Doña Munia era bastante magnánima, no solo para perdonar de todo corazon á sus enemigos, sino tambien para prestarles su mas eficaz auxilio en el peligroso trance en que se hallaban.

Las tres amigas, pues, concertaron, valiéndose del abad de San Vicente y de Rodrigo, el modo y forma como se habian de

salvar los caballeros sentenciados á muerte, y ya hemos visto que llevaron á feliz cima su generoso intento.

Ahora bien, Doña Munia habia mandado llamar secretamente á su padre el duque Eudo, el cual, enterado de la terrible situacion en que se hallaba su hija, púsose al punto en camino acompañado de una escolta reducida, pero compuesta de hombres valerosos y leales.

Pensaba el duque tornarse inmediatamente á su tierra llevándose á Doña Munia, y despues declarar la guerra al rey por los crueles é injustos tratamientos que habia dado á su esposa.

Pero las discretas damas, que tenian trazado su plan muy de otra manera, lograron disuadir al duque de su resolucion belicosa, que en ningun modo podia remediar las dolorosas desavenencias ocurridas entre aquel matrimonio, modelo en otro tiempo de felicidad conyugal.

Nada ofende mas cruelmente á un alma noble, que el que se le atribuyan delitos que ha estado muy lejos de cometer.

La infeliz Doña Munia, que amaba con todo su corazon á su esposo á pesar de su funesto carácter, no podia soportar la idea de que siendo inocente se la creyese culpable. Este pensamiento mortificaba de tal manera á Doña Munia, que hubiera preferido sin vacilar la muerte, antes que sufrir la humillacion de verse considerada como una mujer digna de desprecio.

Así, pues, el deseo vehemente y constante de Doña Munia era vindicarse á los ojos de su esposo.

En vano le argüian que era en estremo arriesgado que el rey supiese que ella vivia, cuando la felicidad de D. Fruela habia llegado hasta el estremo de mandar que envenenasen á su esposa.

Pero Doña Munia era capaz de arrostrar las iras de su esposo aunque le costase la vida, con tal de que D. Fruela se convenciese de que ella no era culpable, que habia sido villanamente calumniada, que era inocente.

La hija del duque Eudo en su generoso anhelo de volver por su honra, y merced á la circunstancia de hallarse Floreva en su compañía, concibió un proyecto que no solamente re—

velaba la nobleza de su corazon, sino tambien la perspicacia de su entendimiento.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que este proyecto consistia en hacer que sus mismos detractores, que sus enemigos mas implacables declarasen en favor suyo la verdad y se desdijesen, como debian, de sus calumnias infames.

Repetimos que Doña Munia era bastante generosa para libertar á sus enemigos sin esta mira interesada, pero tambien es cierto que si el bien debe practicarse solo por ser bien, no por eso dejan de ser beneficiosos sus resultados, como consecuencia legítima, por mas que esta necesaria y verdadera utilidad del bien no se haya tenido presente al practicarlo.

Ya sabemos que las damas llevaron á cabo su propósito de libertar á los prisioneros, los cuales, al saber que la reina habia sido su mas eficaz protectora, no pudieron menos de conmoverse profundamente y de admirar la grandeza de alma de aquella mujer que ultrajada y perseguida por ellos, se vengaba de sus injurias sacándolos, por decirlo así, de las manos del verdugo.

Tienen las acciones generosas un prestigio tan irresistible, que hasta los corazones mas empedernidos no pueden menos de sufrir su influencia saludable.

Así sucedió á D. Aurelio y á su hermano, quienes humillados por tanta grandeza, arrepentidos por sus crímenes, y penetrados de gratitud, solo ansiaban una ocasion de mostrar á su bienhechora que no estaban tan corrompidos que no fuesen capaces de practicar la virtud, siguiendo el ejemplo de la reina y apreciando su noble conducta en lo que valia.

Doña Ermesenda, por su parte, fué tambien una poderosa auxiliar para que la reina pudiese conseguir sus deseos, atrayendo al rey á la alquería con el pretesto de que viese á la hermosa jóven árabe.

La imaginacion femenina es flexible é ingeniosa, y las tres amigas de concierto combinaron el plan que ya han visto nuestros lectores realizado en la fingida historia de Almanzor y Valadata.

No obstante, costóles mucho trabajo el reducir al duque

Eudo á que se prestase á desempeñar el papel de Ben-Almanzor; pero al fin, comunicándole estensamente sus proyectos, pudieron recabar de él que les ayudase en su empresa.

Por lo demás, los hombres de armas del duque Eudo estaban apercibidos ocultamente para impedir que el rey, en el caso de no hallarse verdaderamente arrepentido de su feroz conducta para con su inocente esposa, tratase de castigarla de nuevo.

En resolucion debemos decir, que el plan de nuestras damas les salió á medida de su deseo, que se esplicaron todos los enigmas, que se reconciliaron todos los ánimos, que se olvidaron todas las ofensas, y que la paz y la alegría y la concordia comenzaron á reinar de nuevo entre todos nuestros personages.

El rey habia recibido una leccion terrible al saber por esperiencia cómo pesa el crímen en el alma, y cuán enérgico es el deseo de deshacer, por decirlo así, un crímen cometido, un hecho consumado.

Pero el hombre que en la plenitud de su libre albedrío ha realizado un acto criminal, solo puede deshacerlo en alguna manera con el dolor del arrepentimiento, que es el principio de una purificacion, aunque por cierto muy costosa, porque es necesario sufrir las torturas, los martirios, la insolucion y las terribles visiones de los remordimientos.

D. Fruela, por hacer que no hubiese sido asesinado Wimarasio, hubiera dado gustoso su cetro, su corona, y hasta su vida.

Hallándose, pues, en esta disposicion de ánimo cuando tuvo lugar la escena del reconocimiento de su esposa, abrió su corazon fácilmente y sin reserva á las dulces emociones del amor, alejando de sí todo pensamiento de sangre y de venganza, porque se estremecia como la palma azotada por el huracan, á la sola idea de obrar precipitadamente y de arrepentirse luego.

Un año habia transcurrido despues de los acontecimientos que acabamos de esplicar. La primavera estendia sobre la creacion su vistoso manto de flores, y esparcia su aliento de amor y de júbilo.

El rey acababa de tener un sucesor al reino, un hermoso niño, que mas adelante reinó con el nombre de D. Alonso el

Casto, cuya hermana Doña Jimena fué la que, segun refieren nuestras historias, tuvo amores con el conde de Saldaña, amores muy desdichados por cierto, y cuyo fruto fué el valeroso paladin Bernardo del Carpio, que llenó el mundo con su fama.

D. Fruela se hallaba muy gozoso por el nacimiento del príncipe; pero este gozo estaba amargado por el contínuo y doloroso recuerdo de su horrible fratricidio.

Además, el desventurado monarca tenia otros motivos de horrorosos sufrimientos, cuya causa principal estaba en su propio carácter. El infeliz D. Fruela se hallaba solo y triste en su aposento.

A pesar suyo su alma volvia siempre á un doloroso pensamiento que sin cesar le atormentaba y le roía las entrañas como un carnívoro buitre.

¿Quién será capaz de determinar á punto fijo la parte de culpa que tenia D. Fruela en hallarse en aquella situacion dolorosa?

A la verdad que nos seria muy dificil, por no decir imposible, el determinar los límites y condiciones de esta culpabilidad. Diríase que las mismas sospechas habian amamantado en su cuna al rey D. Fruela y le habian infundido sus constantes recelos y sus pálidas y descarnadas inquietudes.

Durante algun tiempo el rey creyó de buena fé todos los acontecimientos que Doña Munia le habia referido.

Pero llegó un dia en que no tardó mucho el astuto y cruel demonio de la desconfianza, con sarcástica sagacidad, el murmurar en el oido del rey durante las tinieblas de la noche estas terribles palabras:

—¡Imbécil! ¡Cómo te han engañado! ¿Has podido creer toda esa farsa que han urdido para engañarte mejor? ¡Ah! Tú te fiaste de D. Aurelio para castigar á tu adúltera esposa, y ellos estaban de acuerdo para burlar todos tus mandatos y fugarse juntos. Despues han cambiado de conducta cuando han visto que la suerte les era adversa. ¿Quién sabe si era su intento desposarse sobre tu tumba y reinar despues sobre tu trono? ¡Imbécil! Todo lo que te han dicho no ha sido mas que

una hábil maniobra para sustraerse á la muerte, y tal vez para asesinarte mañana cuando te hallasen adormecido con sus caricias engañosas y con su fingido arrepentimiento. ¡No los creas! ¡No los creas!

Estos terribles pensamientos, estas dudas crueles, no dejaban de atormentar dia y noche al mísero monarca, que una vez habiendo dado cabida en su alma á esta sospecha, no podia sustraerse á su maléfico influjo y á sus tristes consecuencias.

Así es que podemos decir que la primera vez sus horribles sospechas se le ocurrieron espontáneamente, merced á su funesta organizacion; pero despues de esta especie de fatalidad interna y esterna, fisiológica y psicológica, el espíritu del rey, haciendo recto uso de su razon, podia haber sacudido fácilmente el yugo de aquella especie de enfermedad que le atormentaba, la horrible enfermedad de las sospechas.

La libertad del hombre está por encima de todas las fatalidades.

La libertad es el sol, la fatalidad son las tinieblas.

La libertad es la afirmacion, la fatalidad es la negacion.

No en vano se ha dicho á este propósito que *sapiens dominabitur astris.*

¡La libertad es el hombre!

Mientras que el rey se hallaba sumergido en sus tristes pensamientos, y tal vez meditaba de nuevo en deshacerse del conde D. Aurelio y de su hermano, hallábase una jóven lamentando su fortuna en uno de los mas lóbregos calabozos del castillo de Samos.

Sobre el fangoso piso veíase un lecho que consistia en un tablado y un jergon, y de la negra bóveda pendia una lámpara de hierro que destellaba un resplandor siniestro y moribundo, pero que era bastante para que se pudiese ver toda la oscuridad y el horror de aquel infecto calabozo.

La hermosa prisionera, sentada sobre su lecho, paseaba en torno suyo miradas vagarosas y terribles, en las cuales se pintaban la desesperacion y la fiebre.

—¡Oh! esclamó la infeliz fijando sus ojos en la moribunda lámpara. ¡Y esa luz mortuoria ha de ser eternamente mi único

sol!... yo no sé ya el tiempo que hace que estoy aquí. Sin duda ese inicuo rey se ha olvidado de que yace aqui una desgraciada que no tiene mas delito que el haber despreciado sus repugnantes caricias... ¡Dios mio! ¡Sagrada Vírgen María! ¿Me habreis olvidado en mi triste abandono, en mi cruel aislamiento? Hasta ahora he tenido fuerzas para sufrir, porque he tenido esperanza; pero ya mi espíritu desfallece, porque la desesperacion me rodea como una noche sin límites. Yo lo conozco, Dios mio, yo conozco que mi resignacion se acaba, si vos no me sosteneis, Dios del cielo y de la tierra.

Y la triste encarcelada cruzó las manos sobre su pecho con una actitud tan doliente y tan suplicante, y dirigió al Eterno una plegaria tan fervorosa, que no pudo menos de ser escuchada por el Dios de los afligidos, y la Providencia sabe hasta qué punto las fuerzas del mortal pueden sufrir meritoriamente los golpes del infortunio.

Despues de largo rato, cuando la jóven hubo terminado su oracion, esclamó con aire mas tranquilo y con una melancólica sonrisa:

—¡Recuerdos queridos del castillo paternal! ¡Frondoso valle en que se recreaba mi alma y donde se perdian mis pensamientos infantiles cuando jadeante y llena de júbilo perseguia entre las flores á las pintadas mariposas! ¡Padre de mi alma, que llorarás sin consuelo mi pérdida! ¡Querido Fromestano, que tal vez estarás sufriendo como yo las iras del rey! ¡Recuerdos tan queridos como tristes, venid, venid á mi alma, porque ya puedo soportar vuestra amargura, saboreando tambien la parte de felicidad que encerrais para la pobre prisionera! ¡Venid á mí, bellas imágenes de lo pasado, porque ya no me abrumais, porque ya encuentro en vosotras risueñas esperanzas para el porvenir, porque Dios y su Santa Madre, compadeciéndose de mi súplica, han disipado de mi alma la negra nube de mi desesperacion horrible.

Y la infeliz Berengaria quedóse como absorta en pensamientos consoladores, y un júbilo inefable se reflejaba en aquel rostro tan pálido y tan bello.

Dios envía sobre la tierra los vientos abrasadores, azote de

los campos, pero envía tambien las húmedas nubes, esperanza de los labradores.

Así tambien envía sobre las infinitas regiones del alma tristes pensamientos como árboles deshojados, ó risueñas esperanzas como verdes y floridas praderas, cual si quisiese hacer mas agradable el otoño despues de los ardores del estío.

Berengaria, ya mas tranquila, confiándose en Dios, se disponia á entregarse al sueño, alivio de los tristes, cuando á deshora abrióse la puerta y penetró el carcelero.

Berengaria solo por congeturas podia saber los dias que pasaba en la prision, pues suponia con razon que siempre que entraba el carcelero á llevarle su exigua racion de pan y agua, era por la mañana.

Ahora bien, en la ocasion presente la jóven creyó que habia vuelto muy pronto el carcelero, y que sin duda se le iba á comunicar su sentencia de muerte.

La prisionera, llena de júbilo, preguntó:

—¿Se ha acordado ya de mí el rey para sacarme de esta vida?

Por la primera vez, despues de mucho tiempo, el carcelero dió muestras de oir las palabras de la prisionera, á las cuales jamás respondia.

—El rey se ha acordado de vos, dijo lacónicamente el carcelero.

—¿Y no me enviarán un sacerdote? preguntó la desdichada jóven con inquietud, porque temia que el rey llevase su ferocidad hasta el estremo de hacer que la degollasen en aquella oscura mazmorra, sin prestarle siquiera los auxilios de la religion.

—Señora, estais en libertad.

En el semblante y en las acciones humanas tienen la misma espresion el dolor y la alegría, cuando llegan á cierto grado de intensidad y de vehemencia.

Berengaria, pues, al escuchar aquella inesperada noticia, comenzó á llorar de gozo.

—¡Seguidme! añadió el carcelero.

La jóven, ruborizándose, se acomodó como mejor pudo sus andrajosos vestidos, y se dispuso á seguir al sayon, que en

aquel momento aparecia á los ojos de Berengaria como un enviado del cielo.

—Gracias, Dios mio, murmuraba la jóven, gracias porque os habeis dignado escuchar mi plegaria.

Y luego añadió en voz alta dirigiéndose al carcelero:

—¿Y adónde vamos?

—Tenemos órden de conduciros á Oviedo, y desde allí vos podreis dirigiros adonde mejor os plazca.

En efecto, despues que á la prisionera le sirvieron una comida mas restaurante, como diriamos hoy, y de haberle suministrado vestidos mas decorosos, el mismo carcelero, escoltado por algunos hombres de armas, condujo á la jóven á la cercana corte de D. Fruela.

Entre tanto, en la plaza del alcázar, á favor de las tinieblas, se iban reuniendo numerosos grupos de hombres de armas, que obedecian en silencio las órdenes que en voz muy baja les comunicaban sus gefes.

Cuando por todas las avenidas llegaron los diversos grupos que se esperaban, se dividieron en dos batallones como para asaltar el alcázar en dos direcciones distintas.

Era en punto la media noche.

Las tinieblas envolvian como un fúnebre crespon á la ciudad de Oviedo, cuyos habitantes miraban con horror al tiránico D. Fruela desque se habia divulgado que el rey habia dado muerte á su hermano, á quien todos estimaban.

El hijo de Argerico no habia perdonado medio alguno para que por todas partes cundiese la noticia de aquel horrible fratricidio.

Todos los magnates del reino que habian tomado parte en las conjuraciones pasadas, vivian siempre recelosos de las iras del rey, y si durante algun tiempo sufrieron resignados las crueldades del monarca, todos volvieron de nuevo á conjurarse contra él con mas encono que antes, desde que supieron la trágica muerte del esforzado y virtuoso Wimarasio.

Ahora bien, la noche á que nos referimos era la destinada para asaltar el alcázar y dar muerte al rey.

Escarmentados los conspiradores por las perfidias é indis-

creciones que se habian cometido en sus anteriores tentativas, habian procedido ahora con tal cautela y acierto, que era de todo punto imposible que el rey se sustrajese al terrible golpe que le amenazaba.

En medio de la plaza se habian reunido los principales magnates del reino, llevando cada cual sus hombres de armas, y entre sí concertaron el modo y forma que habian de guardar en el asalto.

Tres eran los gefes principales, á quien todos consultaban con muestras de grandísimo respeto.

El de mas edad de los tres era nuestro antiguo conocido el alcaide del castillo de los Lamentos D. Sancho Silo Ruiz, padre de la hermosa Berengaria.

El segundo era el valiente Fromestano, que no solo deseaba vengar la muerte de su amigo Wimarasio, sino tambien á su idolatrada Berengaria, cuya suerte ignoraba de todo punto á la sazon el enamorado y celoso mancebo.

Y por último, el mas jóven de los tres gefes, al cual trataban con mucho respeto D. Sancho y Fromestano, no era D. Aurelio, el conde favorito de D. Fruela, sino el hermano menor del rey, que tenia este mismo nombre.

Durante mucho tiempo habia vivido D. Aurelio fugitivo en Francia, á causa de que en una disputa el insensato jóven se atrevió á dar una bofetada á su hermano mayor el rey Don Fruela. Este, ciego de enojo, sacó un puñal para matar al jóven, que huyó velozmente, y protegido por su ayo, logró al fin escapar de la venganza de su hermano.

El jóven Aurelio, á fin de estar mas seguro de la persecucion de D. Fruela, habia hecho correr la voz de que habia muerto, y así lo llegó á creer el rey.

Escusado es decir que durante este destierro habia acumulado el jóven Aurelio un rencor y un odio implacables contra su hermano, á quien al principio pidió con la mayor humildad, aunque inútilmente, que le perdonase su ofensa y que le jurase no atentar contra su vida si volvia á su patria.

Ahora bien, una vez muerto el infante Wimarasio, que era de todos tan bien quisto, y que merecia serlo por sus virtudes,

los conjurados creyeron que nadie mejor que D. Aurelio debia suceder á D. Fruela en el trono, por cuya razon le llamaron en secreto, y ya hemos visto que se hallaba al frente de los hombres de armas que debian asaltar el alcázar de su aborrecido hermano.

D. Aurelio era de índole aviesa y de ánimo cruel y sanguinario, aunque cobarde, odiosas cualidades que motivó despues en su vergonzoso reinado (1).

No obstante D. Aurelio tenia una cualidad que le hacia muy adepto y simpático á los ojos de los conjurados, que veían en el jóven príncipe un vivo retrato de Wimarasio, aunque esta semejanza era puramente esterior, pero tan admirable, que en la estatura, en el rostro y en el metal de la voz, parecian realmente una sola y misma persona.

Los dos batallones en que hemos dicho se habian dividido las gentes de los conjurados, se dirigieron rápidos y silenciosos hácia el alcázar por dos puntos diversos; el uno por la puerta principal y el otro por la espalda.

Mientras que tenian lugar tales acontecimientos, el rey D. Fruela, segun ya hemos indicado, se hallaba solo en su cámara, triste, inquieto, y rodeado de pálidas sospechas.

—¡No, no hay en el mundo quien ame con desinterés y con pureza! Ella me amó, ó fingió amarme, por ceñir á su frente una corona. ¡Oh misero corazon humano!

Y bajo el peso de estos pensamientos desgarradores, los ojos del rey se inundaron de lágrimas.

Luego añadió:

—¿Es posible que no haya sobre la tierra ese amor tan bello y tan puro como lo desea mi corazon? ¡Ah! esclamó el rey como asaltado por un súbito recuerdo. ¡Si, si existe ese amor tan bello! Berengaria es la prueba mas evidente de que hay

---

(1) Sabido es que este rey D. Aurelio, además de haber sido muy cruel, hizo una paz indecorosa con los moros, obligándose á darles en tributo cada año cincuenta doncellas nobles y otras tantas plebeyas; si bien este pacto no tuvo efecto en su reinado, sino en el de Mauregato, de odiosa memoria.

almas nobles y apasionadas sobre la tierra. Ella era capaz de morir por su amante. ¡Infeliz! ¡Cuánto lamento no haberme acordado de ella hasta ayer!... ¿Y cómo es que no la han traido ya á mi presencia?

En efecto, el rey, despues de la terrible escena que tuvo lugar en el castillo de Samos cuando hirió á Berengaria, mandó en aquellos momentos de furor que despues que la curasen la condujesen á la mas estrecha y lóbrega mazmorra.

Todavía insistió el rey en verla algunas veces y en requerirla de amores, pero la noble doncella rechazó siempre con indignacion sus proposiciones.

Despues sobrevinieron los numerosos y terribles acontecimientos que habian ocupado la mente y el corazon del rey de tal manera, que en mucho tiempo ni aun se habia acordado de Berengaria, hasta el dia anterior en que habia dado órden de que la pusiesen en libertad y la condujesen á Oviedo.

La noche avanzaba, y D. Fruela hubiera dado la mitad de su reino porque un ensueño apacible hubiese venido á interrumpir agradablemente los dolorosos pensamientos que le agitaban.

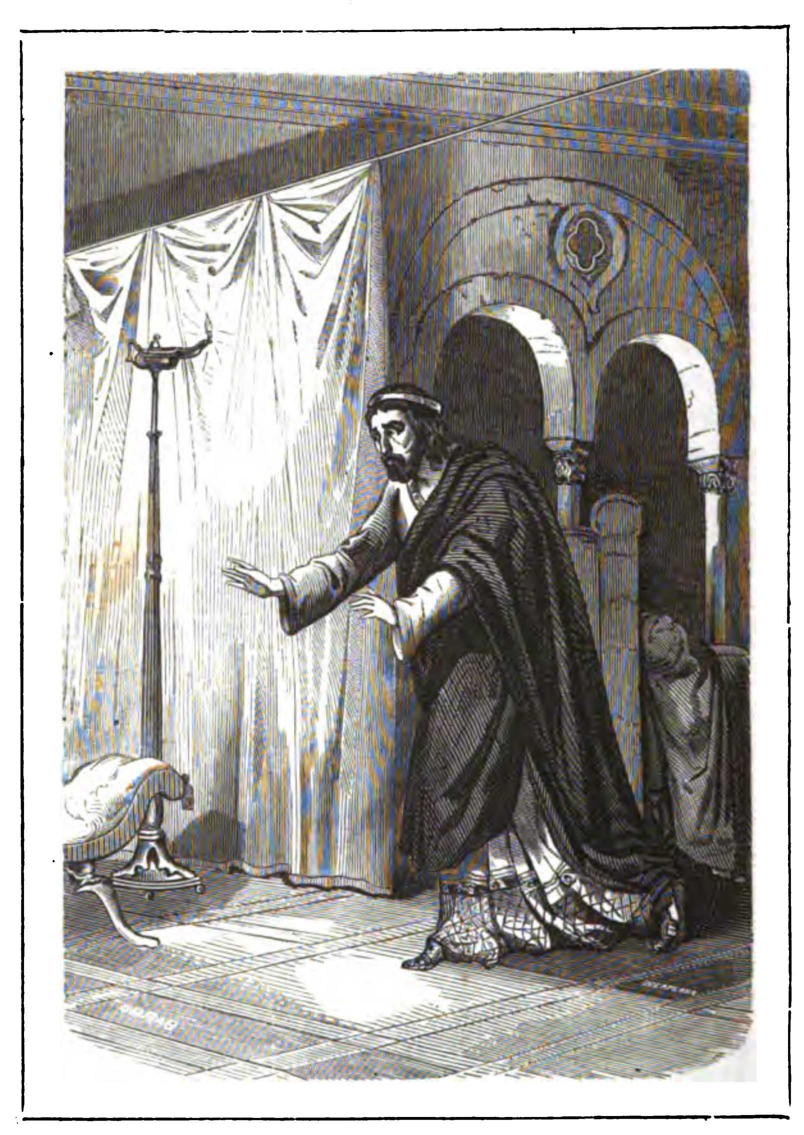
En medio de sus horribles celos, el rey solia tener á veces pensamientos sanguinarios y vengadores respecto á su esposa y al conde D. Aurelio, á quienes suponia en amorosa inteligencia.

Pero el recuerdo de la muerte de Wimarasio le salvaba de adoptar resoluciones violentas, pues demasiado sabia por esperiencia propia que el remordimiento sigue muy pronto á las acciones criminales, cuando ya estas son de todo punto irremediables.

En las altas horas de la noche, en la soledad y silencio de su cámara, y en la disposicion de ánimo en que se encontraba el rey en aquella noche terrible, el recuerdo de su horrible fratricidio se le apareció mas enérgico y mas espantoso que nunca, llegando su fascinacion á tal grado de viveza, que el desgraciado monarca creía que realmente estaba viendo á su hermano dormido en la prision y bañado en su sangre.

D. Fruela se paseaba desatentado por su cámara, y cuanto

Lám. 14.



—¡ Wimarasio ! ¡ Wimarasio! ¡ Perdóname, hermano mio!

mas avanzaba la noche, esperimentaba mas profundas emociones de terror, de un terror inmenso, desconocido, inesplicable, que helaba la sangre en sus venas y á la vez le infundia la abrasadora fiebre de los delirios mas espantosos.

—¡Wimarasio! ¡Wimarasio! ¡Perdóname, hermano mio! ¡Ah! ¿No tendrás piedad de mí? Tú que habitas sin duda allá en el cielo, hermano de mi corazon, ¿no ves el sincero arrepentimiento que ha brotado en mi alma? ¡Ah! Yo estoy seguro, generoso Wimarasio, que si tú ves lo que ahora mismo está sucediendo en mi espíritu contristado, yo estoy seguro de que me concederás tu perdon.

Y una sonrisa de inmenso júbilo se dibujó en los labios del angustiado monarca.

Pero luego de pronto nublóse de nuevo su semblante, y con espresion tristísima esclamó:

—¡Ah! No me perdonarás, no puedes perdonarme, porque el Dios del cielo y de la tierra ha lanzado su terrible maldicion sobre la raza cruel de Cain...

En esto el rey se detuvo, porque en medio de su espantosa turbacion creyó que llegaban á su oido voces de hombres y choque de armas.

El ruido del combate se aproximaba cada vez mas, y el rey quedóse inmóvil, petrificado de terror, como si hubiese echado raices en el pavimento.

En los patios, en las galerías y en las habitaciones interiores del alcázar, se escuchaban ayes de moribundos, ruido de espadas, voces que gritaban sin cesar:

—¡Muera el rey! ¡Muera el rey!

De pronto abrióse la puerta de la cámara, el rey lanzó un grito de espanto, y murmuró:

—¡Dios mio! ¡Qué recuerdo! ¡Esta misma noche hace un año asesiné á mi hermano en el momento sagrado de su sueño! ¡Y hé aquí que ahora él mismo viene á castigar con su propia mano un crimen horrendo é inaudito!

La cámara del rey se habia inundado de una tropa de hombres, á cuya cabeza venian Fromestano, D. Sancho Silo Ruiz y D. Aurelio, el hermano menor de D. Fruela.

Fromestano y D. Sancho se adelantaron hácia el rey, diciendo:

—¡Ahora pagarás, cobarde monarca, hombre cruel, la muerte que diste á tu hermano y al infeliz Argerico, y tambien la afrenta que acaso has hecho á la hermosa Berengaria!

Y todos acometieron con las espadas desnudas, y con implacable rabia, al atónito D. Fruela, que recobrado algun tanto, desnudó tambien su acero y se dispuso á morir matando.

En este momento se oyeron en la cámara gritos femeniles que imploraban piedad para el mísero rey.

Los gefes de los conjurados volvieron la cabeza, y vieron atravesar por entre los grupos de los hombres de armas dos mujeres que se adelantaban ligeras como las ninfas de las auras, y desoladas y tristes como María y Magdalena al pie de la cruz.

La una de ellas llevaba un niño en brazos, y en nombre de la inocencia demandaba á los rebeldes perdon para el monarca.

La otra era una doncella pálida, descarnada, con los cabellos destrenzados, pero dotada de maravillosa belleza.

La desolada Munia dijo á Fromestano presentándole á su hijo:

—¡Respetad á vuestro rey, generoso Fromestano!

—¡Padre mio! dijo la otra jóven dirigiéndose á D. Sancho, no mancheis vuestras manos en sangre; y tú, Fromestano de mi alma, no señales con un homicidio este dia venturoso en que volvemos á reunirnos, despues de tantos peligros y pesares.

—¡Berengaria! ¡Hija de mi corazon! ¡Amada mia! esclamaron á la vez D. Sancho y Fromestano.

Y el padre y la hija y el amante formaron un tierno grupo en que las palabras se atropellaban, y en que se vertian lágrimas de gozo, especialmente cuando la doncella les esplicó en brevísimas razones que el rey, por mas que la hubiese tratado con inmerecida crueldad, no habia conseguido sin embargo mancillar su honra.

De pronto oyóse en la cámara un grito desgarrador.

El rey D. Fruela habia caido atravesado por la espada fratricida de D. Aurelio.

En aquel momento los gefes de los conjurados se arrepin—

tieron de su obra, particularmente Fromestano y D. Sancho.

No obstante, algunos de los magnates que se hallaban presentes y muchos hombres de armas comenzaron á gritar:

—¡Viva el rey D. Aurelio!

La infeliz Doña Munia cayó desmayada en brazos de la generosa Berengaria.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! gritaban sin cesar los conjurados, mientras que el infame y rencoroso D. Aurelio, para saludar mejor á los que le victoreaban, con el rostro centellante de un júbilo feroz se habia subido sobre el sangriento cadáver de su hermano.

El crímen es una horrible cadena que no engendra mas que el crímen, sino se interrumpe en un alma generosa, capaz de perdonar todas las injurias y devolver bien por mal.

Este triunfo divino es el mas bello privilegio de la libertad de las almas humanas.

FIN.

RECTIFICACIONES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
179	32	Clotilde	Floreva
Id.	34	esposo!	hermano!
180	18	Clotilde	Floreva
Id.	18 y 19	hermana	amiga
Id.	19	esposa del conde	hermana del conde
Id.	24	Clotilde	Floreva
Id.	25	esposo	hermano
181	9	Clotilde	Floreva
Id.	19	prestaré.	prestaré gustosa.
Id.	24	Clotilde	Floreva
Id.	26	esposo	hermano
Id.	33	esposo	hermano
Id.	34	Clotilde	Floreva
182	3	Clotilde	Floreva
Id.	11	Clotilde	Floreva
183	20 y 21	mi corazon está	mi amor se ha visto
Id.	30	enamorar	enamorarse
322	31	habia propuesto!	habia yo propuesto!
Id.	36	un cruel	un gran
323	29	arrojase con	arrojase á
324	34	esperaba.	esperaba, dijo el infante.
329	4	injusticia	justicia
331	31	sus sentidos,	sus sentidos y se encuentra todavía en el atahud,
332	37	cuanto la reina	cuando la reina
333	34	presencia de	persecucion de
Id.	35	arrostrado por	arrostrado con
335	22	parentesco	paréntesis
336	20	sostenia en	sostenia con
497	25	ser en Roma?	ser errónea?
Id.	26	el terror es	el error es
499	18	*magnificas influencias*	*maléficas influencias*

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.



